LUZ DEL CIELO

PARA LA PREDICACIÓN DE NUESTROS TIEMPOS

ó SEA

HOMILÍAS DE ACTUALIDAD

SOBRE LAS

EPISTOLAS DE SAN PABLO

según la mente de la Iglesia, Santos Padres
y Sagrados Expositores.

OBRA PREDICABLE

escrita por

D. SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ, PRESBÍTERO

Y PUBLICADA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

Praedica verbum: insta opportune et importune... Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt...

(II Tim., IV, 2-3.)

Predica la palabra: insta en toda ocasión... porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina...

VOLUMEN I

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.
1899

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

Dr. D. José María de Cos

Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá,
Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica
y del Mérito militar, Senador del Reino,
Consejero de Instrucción pública, etc., etc.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

La benévola acogida y generosa protección con que V. E. I. se dignó honrar mi pobre **Catecismo predicable**, *en unión del filial afecto y agradecimiento que le debo, me imponen el grato deber de ofrecerle y dedicarle la presente obrita, titulada* **LUZ DEL CIELO**, *encaminada al alivio de los jóvenes sacerdotes en la dispensación de la divina palabra al pueblo fiel.*

Dígnese V. E. I. aceptar este pequeño homenaje de veneración y amor de manos del ínfimo de sus sacerdotes é hijo en Jesucristo Señor nuestro,

Santiago Ojea y Márquez.

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA DE COS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA Y DEL MÉRITO MILITAR, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA., ETC., ETC., Y EN SU NOMBRE, NOS EL DOCTOR DON ALEJO IZQUIERDO Y SANZ, DEÁN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MADRID, GOBERNADOR ECLESIÁSTICO DE ESTA DIÓCESIS DE MADRID-ALCALÁ, ETC., ETC.,

HACEMOS SABER:

QUE venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **LUZ DEL CIELO**, que desea publicar su autor D. Santiago Ojea, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada tiene contrario al dogma y sana moral.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 22 de Noviembre de 1899.

Dr. Alejo Izquierdo Sanz,
Gobernador Eclesiástico.

L. ✠ S.

Por mandado de S. S. I. el Gobernador eclesiástico,
Dr. Julián de Diego Alcolea,
Arcediano Secretario.

AL QUE LEYERE

No es nuestro ánimo, carísimo lector, dirigir este pobre libro á nuestros mayores en el sagrado ministerio, de quienes debemos aprender; sólo nos proponemos delinear en él algunas pequeñas Homilías *para facilitar* el espinoso é importante ejercicio de la predicación dominical á los jóvenes sacerdotes, amadísimos de nuestro corazón, quienes al comenzar la dispensación de la divina Palabra al pueblo fiel, suelen carecer de libros apropiados á las necesidades de nuestro siglo, y tal vez de tiempo para escribir y ordenar bien sus discursos predicables.

Animados únicamente de este deseo, y sin esperar otra recompensa que el acrecentamiento de la gloria de Dios y la santificación de las almas, emprendimos animosos la difícil tarea de homiliar las preciosísimas é importantísimas Epístolas de los domingos y fiestas principales del año, en forma sencilla, natural y piadosa, procurando *sazonarlas con la sal de la gracia,* como dijo San Pablo (1), y cual corresponde á este género de predicación, para que sea útil al pueblo fiel, que, en verdad, no ha menester grandes teologías, ni sutiles cuestiones de escuela, ni elocuencia afectada, ni palabras campanudas, sino lenguaje claro, sencillo, afectuoso y paternal, que persuada al entendimiento, que mueva la voluntad, y que incline los corazones al amor de Dios, al aborrecimiento del vicio y á la práctica de las virtudes cristianas.

Conocer á Jesucristo y su divina y santa Ley, servirle, amarle, adorarle é imitarle; he aquí todo nuestro propósito, y para ello nos pareció innecesario exponer todos y cada uno de los versículos de la Epístola, uno en pos de otro, acompañando los afectos y moralidades convenientes, juzgando que basta y, como la experiencia enseña, es más provechoso dividir y reducir á ciertos puntos principales el texto sagrado, moralizándole y acomodándole á

(1) Sermo vester semper in gratia salis sit conditus... (Coloss., IV, 6.)

las necesidades del auditorio, como lo han hecho con grande fruto los santos y Padres de la Iglesia.

Entendemos que lo esencial en la predicación al pueblo es que la doctrina sea pura, que convenga á las circunstancias y á los oyentes, que todas sus partes se hallen dispuestas con orden, que su exposición sea clara, sólida y fácil de comprender, que su forma sea agradable, que salga de un corazón lleno de fe, de dulzura, de bondad y de caridad, y todo ello de tal suerte que instruya, persuada y conmueva, y que los predicadores puedan decir con San Pablo: *No somos como muchos que adulteran la Palabra de Dios; sino que hablamos en Cristo, con sinceridad, como de Dios y ante Dios* (1). *Ten mucho cuidado* — dijo á Timoteo—*de ser á los ojos de Dios, fiel dispensador de la Palabra de verdad: evita los discursos vanos y profanos* (2).

Esto es, carísimo lector, lo que hemos procurado con esmero en este nuestro pobre trabajo, acordándonos de aquellas palabras de San Jerónimo: *Cuando enseñéis en la Iglesia, arrancad del pueblo gemidos y no aplausos; sean vuestro elogio las lágrimas de arrepentimiento en vuestros oyentes* (3).

No sabemos si habremos acertado á decir algo de provecho; mas sí testificamos nuestra buena voluntad, y á Dios nuestro Señor, que ve en lo oculto de los corazones, rogamos humildemente se digne bendecir y aceptar este nuestro pequeño libro, y hacer que su doctrina fructifique en las almas de muchos hombres, para que sea bendecido, alabado y ensalzado el nombre adorable de su Hijo unigénito Jesucristo, Rey de cielos y tierra, de pueblos y naciones, y que *sólo á Él sea dado honor y gloria en los siglos de los siglos*.

Madrid, fiesta del Patrocinio de la Bienaventurada Virgen María, 12 de Noviembre de 1899.

SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ.

---

(1) Non sumus, sicut plurimi, adulterantes verbum Dei; sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur. (II Cor., II, 17.)

(2) Sollicite cura te ipsum exhibere Deo recte tractantem verbum veritatis. Profana et vaniloquia devita. (II Timot., II, 15-16.)

(3) Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur; lacrymae auditorum laudes tuae sint. (San Jerón. ad Nepotianum.)

HOMILIAS

SOBRE LAS EPÍSTOLAS DE TODOS LOS DOMINGOS Y FESTIVIDADES PRINCIPALES DEL AÑO

HOMILIA 1.ª

Para el primer domingo de Adviento

Sobre el fervor del espíritu.

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la santa Misa de hoy es un despertador enérgico de las almas tibias ó negligentes en el servicio divino, y nos muestra á todos cuáles son nuestros deberes cristianos y cómo hemos de obtener la eterna salud. Oigamos las mismas palabras de San Pablo, y grabémoslas bien en nuestro corazón, porque ellas son precisas y decisivas; dice así el Santo:

Hermanos: hora es ya de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca nuestra salud que cuando creímos. La noche pasó y el día se acercó; desechemos, pues, las obras de tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Caminemos como de día, honestamente; no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidias; antes bien, revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no tratéis de contentar á las exigencias desordenadas de vuestros sentidos corporales. (Rom., XIII, 11 al 14.)

Tres cosas, como se ve, encarga aquí el santo Apostol: 1.ª *Que desechemos la tibieza y negligencia en el servicio divino.*—2.ª *Que arrojemos de nosotros las obras de tinieblas y nos vistamos de las armas de la luz.*—3.ª *Que vivamos siempre honestamente, como revestidos de*

nuestro Señor Jesucristo. En la presente enseñanza os hablaré sólo del primer encargo del Apóstol, y al efecto os mostraré con brevedad, en contra de la tibieza, dos cosas:

1.ª Que es preciso salir del estado de tibieza.
2.ª Los motivos que á ello nos obligan.

PUNTO 1.º

DE CÓMO ES PRECISO DESECHAR LA TIBIEZA

Hora es ya que salgamos del sueño—dijo el Apóstol á los romanos y con ellos á nosotros, cual si hiciera vibrar en nuestros oídos el eco espantable de la trompeta de San Jerónimo.—*Hora es ya que despertéis de vuestra somnolencia*—parece decirnos á todos. ¿Por qué? ¡Oh! Sabía bien el Santo la miseria y ruindad del corazón humano; sabía bien que entonces, como ahora, había de haber cristianos desgraciados, que tibios y negligentes en el servicio de Dios y en la caridad para con el prójimo, pasarían su vida como dormitando en las prácticas cristianas; sabía muy bien que en el siglo XIX llegaría la insensatez de algunos sectarios hasta el punto de imaginarse que pueden los hombres obtener la eterna salvación, practicando indiferentemente una cualquiera de las religiones; error fundamental, condenado por la Iglesia católica, porque *fuera de ella no hay salvación* (1), y porque el *indiferentismo* es blasfemia contra la providencia, sabiduría y santidad de Dios.

Por eso San Pablo, con luz del cielo y como trueno aterrador que debe espantarnos á todos, nos dice á unos y á otros: *Hermanos; hora es ya que salgamos del sueño. (Hora est jam nos de sonno surgere.)*

Sí, amados míos, esto es preciso, esto nos urge, esto ha de tenerse siempre en cuenta, y el Santo Apóstol señala á renglón seguido la causa diciendo:—*Porque ahora está nuestra salud más cerca que cuando creímos.*—Es decir, porque ahora está más cerca que antes el día de nuestra muerte, el día terrible del Juicio, el día en que seremos cribados como el trigo en la era...

(1) La condenación del *indiferentismo*, puede verse en la Encyclica *Mirari vos*, de Gregorio XVI, 15 de Agosto de 1832; en la Encycl. *Qui pluribus*, de Pío IX, 9 de Nov. 1846; en su Alloc., 9 Decem. 1854, y en su Encycl. *Singulari quidem*, 17 de Marzo de 1856, siendo además la proposición 16 condenada en el Syllabus.

La vida pasa, la muerte llega, la eternidad nos aguarda, el juicio es inexorable y de él pende la sentencia decisiva para siglos sin fin. He aquí por qué la Iglesia nuestra Madre nos da hoy la voz de alerta en la Epístola de la Misa, para que no permanezcamos en el pecado, para que desechemos la somnolencia espiritual y no dormitemos, ni seamos tibios, ni indiferentes, sino vigilantes y fervorosos, porque no sabemos si nos quedarán horas ó minutos de vida. ¿Quién sabe si moriremos hoy?

Nótese cómo San Pablo en las palabras dichas hace mención de tres tiempos: del pasado, del presente, del porvenir. Lo pasado, es el sueño en que hemos vivido y del que es preciso despertar; lo presente, son los momentos actuales para que los aprovechemos en abrir los ojos y enmendarnos; lo porvenir es la proximidad de la salud y del día del Señor, que cada vez se nos va acercando más. ¿Cómo hemos vivido? ¿Cómo vivimos? ¿Cómo debemos vivir? He aquí lo que á cada uno de nosotros importa considerar.

¿Somos, por ventura, *tibios?* ¿Somos de los somnolientos á quienes se refiere San Pablo? Oigamos la voz del Apóstol; oigamos la voz de Dios en las Sagradas Escrituras; oigamos á los Santos Padres de la Iglesia; oigamos á nuestra propia conciencia. Oigamos y no seamos sordos. ¿Qué dicen?

Hora es ya—dice el grande Apóstol,—*que salgáis del sueño... Levanta tú que duermes, levanta de entre los muertos y Cristo te iluminará... Mirad, hermanos, que andéis cautelosamente, usando bien del tiempo, porque los días son malos; es decir, están llenos de peligros. Hora est jam nos de somno surgere.* (Ephes., V, 14 y siguientes.)

El hombre tibio—dijo el Salmista—*es como las estatuas de madera, de piedra ó de yeso, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, olfato y nada perciben, boca y lengua y no hablan, manos y no las mueven, pies y no andan... ¡Infeliz! Dormita su alma por la tibieza... se encuentra á las puertas de la muerte... es un sueño peligrosísimo... (Dormierunt somnium suum.)* (1).

El hombre tibio es como aquel desgraciado del Apocalipsis, que *se consideraba rico y opulento, pensando no tener necesidad de nada y era miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo. ¡Ojalá*—dijo el Señor—*que fueses frío ó caliente, mas porque eres tibio comenzaré á vomitarte de mi boca!* (2).

(1) Psalm. CXIII, 5-7.—Psalm. CVI, 18.—Psalm. LXXV, 6.

(2) Utinam frigidus esses aut calidus! Sed quia tepidus es, incipiam evomere ex ore meo. Quia dicis: Quod dives sum, et locupletatus, et nullius egeo; et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et coecus, et nudus. (Apoc. III, 15 al 17.)

Esto dice el Señor Dios, y para terminar esta prueba basta que recordemos aquellas palabras del Kempis: «Nunca alcanzarás las virtudes sin cuidado y diligencia. Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal; mas si te excitares al fervor, hallarás gran paz y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios y por el amor á la virtud. El hombre fervoroso y diligente á todo está dispuesto. Te alegrarás siempre por la noche, si gastares bien el día. Vela sobre ti, despiértate á ti, amonéstate á ti, y sea de otros lo que fuere; no te descuides á ti» (1).

Tal es, en suma, el alcance de la amonestación que hoy nos hace el Apóstol diciéndonos: *Hora es ya que salgamos del sueño.* Los motivos que á ello nos obligan son poderosísimos. Considerémoslos brevemente.

PUNTO 2.º

MOTIVOS PARA DESECHAR LA TIBIEZA

Es preciso—dice—*salir del sueño*, porque Dios no da su gracia eficaz á los perezosos ni á los tibios, ni á los indiferentes, sino á los que andan vigilantes en el servicio divino, procurando adelantar en la virtud y en la perfección; que por eso fué dicho á la Esposa de los Cantares: *Levántate, apresúrate, amada mía, y ven* (2).

Es preciso salir del sueño para romper las cadenas del pecado y llegar á la amistad de Dios, á semejanza de San Pedro cuando hallándose en la cárcel aprisionado le dijo el Angel: *Levánta pronto*. (*Surge velociter.*) (Act., XII, 7.)

Es preciso salir del sueño y no forjarse la ilusión de que los hombres pueden alcanzar la eterna salud en el culto de una religión cualquiera, pues el gran Pontífice Pío IX condenó este error *como horrendo y sumamente contrario á la luz misma de la razón natural*. (Encycl. *Qui pluribus*, 9 Nov. 1846.)

Es preciso salir del sueño, para hacer penitencia por nuestras culpas, según amonestó en su tiempo San Juan Bautista, diciendo: *Haced penitencia, porque se aproxima el Reino de los cielos.* (Matth., III, 2.)

Es preciso salir del sueño porque el tiempo pasa, y, como dijo

(1) Libro de la *Imitación de Cristo*, libro primero, cap. XXV al fin.
(2) Surge propera, amica mea, et veni. (Cant., II, 10.)

nuestro divino Redentor, *vendrá la noche cuando ninguno podrá obrar* (1).

Es preciso salir del sueño para merecer la gloria, porque escrito está que *será maldecido el que hiciere la obra del Señor con negligencia* (2).

Es preciso en absoluto salir del sueño de la tibieza, y ser fervorosos, porque, según expresión del Apóstol, para negociar el cielo sólo se nos da la hora presente. *(Hora est.)* El tiempo pasado ya no es nuestro; el venidero no sabemos si vendrá; sólo nos pertenece el momento actual, y Dios nos le ha dado precisamente para hacer penitencia, para obtener la remisión de nuestros pecados, para adquirir la gracia y para merecer la gloria. ¿Hay mayor locura que desperdiciar el tiempo?

Veamos, pues, si por ventura nos hallamos en el estado de sueño espiritual, y despertemos. Las señales para conocerlo son las siguientes: Hacer con negligencia los ejercicios espirituales, meditar sin fruto y rezar sin devoción, examinar ligeramente la conciencia y leer con gusto las cosas que deleitan y no las que mueven á piedad, hallarse en las Confesiones con el corazón duro, y en las Comuniones como insensible, cual si fuéramos de piedra, distraerse voluntariamente en las pláticas ó exhortaciones espirituales hasta el extremo de exclamar como los israelitas: *A nuestra alma le produce náuseas este manjar de poquísima substancia* (3).

Quien estas ú otras parecidas señales experimente en sí mismo, bien puede afirmar que se encuentra en estado de tibieza y de somnolencia espiritual y que á él de un modo particular le dice el Apóstol: *Hora es ya que salgamos del sueño*. (*Hora est jam nos de somno surgere.*)

¿Qué es lo que con esta frase nos significa San Pablo? ¿Qué cosa es el fervor á que hoy nos exhorta la Iglesia? Reparémoslo bien. El alma fervorosa se halla siempre animada del vivo deseo de agradar á Dios y de procurar su gloria; se halla en un estado de regocijo espiritual, elevando con frecuencia al Señor los pensamientos de su mente y los afectos de su corazón; se halla deseosa de cumplir sus deberes con prontitud, con fortaleza, con alegría y por espíritu de Religión; se halla guiada por la fe, sostenida

(1) Venit nox, quando nemo potest operari. (Joann., IX, 4.)

(2) Maledictus, qui facit opus Domini fraudulenter.—Los setenta intérpretes tradujeron: *Negligenter*. (Jerem., LXVIII, 10.)

(3) Anima nostra jam nauseat super cibo isto levisimo. (Num., XXI, 5,)

por la esperanza, impulsada por la caridad, y anhelando unirse íntimamente á su Dios, su principio, su centro y su único fin. He aquí el estado de fervor á que desea elevarnos el Apóstol cuando dice: *Hora es ya que salgamos del sueño;* he aquí el estado dichoso que la Iglesia nuestra Madre procura para todos sus hijos; he aquí los sentimientos de mi corazón al dirigiros hoy la palabra; he aquí lo único que puede hacernos felices ahora en la tierra y después eternamente en el cielo. Amén (1).

HOMILIA 2.ª

Para el domingo primero de Adviento.

Sobre la conversión del pecador.

Después que el grande Apóstol de las gentes hubo amonestado á los romanos excitándoles á que salieran de la tibieza de espíritu, diciéndoles: *Hora es ya que salgamos del sueño, porque el día de nuestra salud está más cerca que cuando creímos*, añade una razón poderosísima que les urge y casi obliga á que desechen todo pecado, y toda vanidad y miseria mundanas. *Hermanos*—dice,—*tened presente que la noche pasó, y que se aproxima el día. Desechemos, pues, las obras de tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Caminemos como de día, honestamente; no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidia; antes bien, revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no tratéis de contentar á las exigencias desordenadas de vuestros sentidos corporales.* (Rom., XIII, 11 al 14.)

¡Qué argumento! ¡Qué expresiones! Convenientísimo es, amados míos, que las consideremos atentamente; porque si es cierto

---

(1) Sobre la *naturaleza*, *actos* y *daños* de la tibieza, y los *medios* para desecharla, véase nuestra obra *Complemento á la vida feliz*. Volumen I, cap. XXX.

que al Señor *le excita á náuseas un alma tibia y floja en su divino servicio y es maldecido el que hace las obras de Dios con negligencia*, mucho más merecerá maldición divina aquel que voluntariamente persevere en el pecado; y por eso San Pablo en la Epístola de hoy nos da la voz de alerta, diciendo: *Desechemos las obras de tinieblas y vistámonos de las armas de la luz.*

Reflexionemos, pues, un momento sobre la exhortación dicha del Apóstol, y procuremos comprender bien dos cosas:

1.ª La necesidad de arrojar las obras de tinieblas.
2.ª La necesidad de vestirnos de las armas de la luz.

PUNTO 1.º

DE CÓMO ES PRECISO DESECHAR LAS OBRAS DE TINIEBLAS.

Nadie entre cristianos ignora que el supremo mal del mundo es el pecado, mal absoluto, mal sin mezcla de bien, mal por esencia, mal peor que la muerte, peor que Satanás, peor que el infierno y que todos los males del mundo; mal que ofende á Dios, que daña al prójimo, y que perjudica al mismo que le comete; mal que entraña el abandono de la voluntad al demonio, la completa degradación del hombre, su soberana miseria, su temporal y eterna desdicha; mal sobre todo mal que el Apóstol, divinamente inspirado, tuvo en su mente cuando al exhortar á los fieles de Roma, les dijo: *La noche pasó y el día se acerca. (Nox praecessit, dies autem appropinquavit.)* (Rom., XIII, 12.)

¡Qué exhortación! ¿Qué quiere decir la palabra NOCHE? ¿Qué significa aquella otra DÍA? Clarísimos se ostentan los sagrados expositores de las divinas letras. «*Noche*—dicen —es el tiempo en que imperan las pasiones obscureciendo la luz de la razón; el tiempo en que reina el príncipe de las tinieblas; el tiempo que vivimos en esta vida, así como la eternidad es comparada al día esplendoroso y refulgente. Por consecuencia, cuando San Pablo, lleno de celo por la salvación de las almas, dijo: *La noche pasó y el día se acerca*, fué como decir: «Hermanos, reparad bien que esta vida tenebrosa toca rápidamente á su fin; el mundo pasa con todas sus vanidades y miserias, cual sombra que huye. *El día se se acerca. (Dies autem appropinquavit.)* Esto es; el día del Señor, el gran día, el día terrible de las venganzas, está ya próximo para nosotros, y ese día será seguido de otro día sin fin para los

buenos, y de una noche eterna para los malos. *El día se acerca;* nos hallamos tocando á la eternidad que ha de durar siempre, y por lo mismo yo os digo que es preciso *desechar las obras de tinieblas*, ó sea los pecados, los peligros y ocasiones de caer en ellos; las cosas mundanas y transitorias, las costumbres inveteradas de pecar; y al propio tiempo es preciso *vestirnos de las armas de la luz. (Induamur arma lucis)*, ó lo que es lo mismo; es preciso vestirnos de las virtudes cristianas, de las santas y buenas obras, que son como armas refulgentes y vestidos luminosos, con los cuales adornamos y embellecemos nuestras almas, y nos defendemos de las embestidas de los enemigos de nuestra salvación.

Tal es, en resumen, el argumento de que se vale el grande Apóstol para que los fieles de su tiempo y también nosotros *desechemos las obras de tinieblas;* entendiendo por tales, no sólo los pecados en general, como antes dejo indicado, sino muy particularmente *las comilonas, las embriagueces, las impurezas, las contiendas y las envidias,* como á continuación las enumera el mismo Apóstol con enérgica frase (1).

Llámase á todas estas cosas *obras de tinieblas*, ya porque no debieran haber visto nunca la luz, ya porque el que obra mal odia la claridad, ya porque conducen al fuego del infierno, ó sea á las tinieblas exteriores, donde será el llanto y el crugir de dientes; ya porque semejantes pecados tienen su principio en las obscuridades de la razón sobornada, ó en las ciegas pasiones del corazón, ó en el príncipe de este siglo tenebroso.

Por estas razones llámanse con verdad á los pecados *obras de tinieblas*, y deben desecharse con empeño, é igualmente los vicios de donde ellas proceden, á saber: *gula, liviandad, ambición;* porque con la gula abusamos de los bienes exteriores; con la liviandad, de los bienes del cuerpo, y con la ambición, de los bienes del alma. ¡Cuán necesario es, como dijo el Apóstol, *que salgamos del sueño y desechemos las obras de tinieblas.* ABJICIAMOS ERGO, OPERA TENEBRARUM *.

* ¡Oh, santo Apóstol! ¡Qué diríais si contemplaseis en la actualidad á tantos y tantos cristianos, que se imaginan ser la luz del mundo y los regeneradores de la humanidad, teniéndose por católicos purísimos, y al mismo tiempo sosteniendo las proposiciones condenadas en el *Sylla-*

(1) Non in comesationibus, et ebriatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et emulatione. (Rom. XIII, 13.)

Sí, amados míos; necesario es de todo punto desechar las tinieblas. Es necesario, porque *el error y las tinieblas son propias de los pecadores,* porque van siguiendo al pecado, y son la pena que merecen, y porque *los que se huelgan en los males envejecen en ellos* (1).

Es necesario, porque *el que comete pecado grave es pertenencia del diablo,* puesto que al pecar sigue las sugestiones, la doctrina y el espíritu del mismo diablo (2).

Es necesario, porque *los que obran el pecado y la iniquidad son enemigos de su propia alma* (3); y porque así como *las acciones virtuosas elevan á las naciones, así también el pecado hace míseros á los pueblos* (4).

Es necesario, porque al modo que el escorpión con la boca lame y con la cola punza, así el pecado en el principio agrada por la tentación, y en el fin daña por la muerte eterna.

Es necesario, porque escrito está, que *en aquello que uno peca, en lo mismo será castigado, y que lloverá sobre los pecadores lazos, fuego y azufre, y que viento tempestuoso arruinará su casa hasta los cimientos* (5).

Y no se diga que esta necesidad se refiere sólo al *pecado mortal,* porque ofende gravísimamente á Dios y á su Cristo, y porque

---

bus, como si éste no fuera un documento pontificio *de todo punto infalible!* ¡Qué diríais si vierais á tales doctores empeñados en desvirtuar la fuerza de dichas proposiciones, torciendo y violentando su sentido con sutilezas y glosas, á fin de hacer compatible el catolicismo con el liberalismo, cual si no fueran dos ideas esencialmente antitéticas! Católico y liberal son dos cosas que se repelen, conceptos que se excluyen como la luz y las tinieblas, y por eso cuadra á maravilla que tomen para sí las palabras del Apóstol, cuando en la Epístola de este día nos dice: *Hora es ya que salgáis del sueño, y que desechéis las obras de tinieblas. (Abjiciamus, ergo, opera tenebrarum.)*

No hay ciegos peores de curar que los que creen tener la vista muy fina, y por eso es dificilísimo que abran los ojos y se enmienden los *católico-liberales.*

---

(1) Error et tenebrae peccatoribus concreata sunt, qui autem exultant in malis, consenescunt in malo. (Eccles., XI, 16.)

(2) Qui facit peccatum, ex diabolo est... (I Joann., III, 8.)

(3) Qui faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animae suae. (Tob., XI, 10.)

(4) Justitia elevat gentem, miseros autem facit populos peccatum. (Proverbios, XIV, 34.)

(5) Per quae quis peccat, per haec et punitur. (Sap., II, 17.) Pluet super peccatores laqueos; ignis, et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum. (Psalm. X, 7.)

mata al alma y la condena, y hace al pecador esclavo de Satanás; sino que también se extiende al pecado que llaman *venial*, por múltiples razones, á saber:

Porque los pecados veniales son grande impedimento para la perfección del alma, se oponen á la devoción verdadera, desvirtúan las acciones buenas del hombre, obstruyen la fuente de la divina gracia, suspenden la munificencia de Dios para con nosotros, y disminuyen nuestro amor para con El en esta vida y el goce de la visión beatífica en la otra.

Y no es esto sólo, pues dichos pecados veniales aminoran el temor de Dios, predisponen al pecado mortal, roban la hermosura del alma, merecen pena terrible en el purgatorio, y por decirlo de una vez, *son el mal sumo* (después del pecado mortal), y de ordinario, más temible que las culpas graves y enormes, porque se ve menos su malicia y se cometen con mayor facilidad.

He aquí por qué el Apóstol, tratándose del pecado, no hace distinción de grave ó de leve, sino que en absoluto dice: *Hora es ya que salgamos del sueño*; *desechemos, pues, las obras de tinieblas.* (*Abjiciamus ergo opera tenebrarum*) (1).

Este es, amados míos, el primer paso para la santidad, mas como Dios, nuestro Señor, nos quiere ver perfectos, como hijos de su Padre celestial, añade San Pablo á continuación estas hermosas palabras: *Vistámonos de las armas de la luz.* ¿Qué significa este nuevo encargo? Reflexionemos.

PUNTO 2.°

NECESIDAD DE VESTIRNOS DE LAS ARMAS DE LA LUZ

Las armas de la luz, ya lo hemos indicado, son las *obras buenas*, participación radiante de la luz divina, de las cuales nos servimos como de armas poderosas para combatir y defendernos contra el príncipe de las tinieblas; y así, cuando el Apóstol dijo (2): *La noche pasó y el día se acerca*, *vistámonos de las armas de la luz*, fué como decir: «Los pecados y hábitos malos son un terrible efecto

(1) Sobre la necesidad de evitar y desechar todo pecado, véase nuestra obra *Complemento á la Vida feliz*, volumen II, los diez primeros capítulos, donde trata extensamente cuanto al pecado concierne.

(2) *Arma lucis* sunt opera fidei, gratiae et virtutum, quibus veluti armis contra hostes tres mundum, carnem, daemonen bello tan offensivo, quam deffensivo depugnamus.—*Cornelio á Lapide.*

de las tinieblas de nuestra ignorancia»; todo el tiempo que precedió á la Encarnación del divino Verbo, fué verdadera noche tenebrosa para las inteligencias de los hombres; más tan luego como el divino *Sol de justicia*, Cristo Jesús, vino á este mundo, entramos de lleno en completo y refulgente día, y cuando yo os exhorto á que *os vistáis de las armas de la luz*, equivale á deciros que os ejercitéis en obras virtuosas, sobrenaturales y divinas, á imitación de Cristo y según la vida evangélica, en conformidad con lo que poco antes os dije por estas palabras: *Reformaos en novedad de vuestro espíritu, para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios. buena, agrable y perfecta* (1).

Ciertamente; así lo exponen y publican los Santos y Padres de la Iglesia, y por lo mismo yo en este día hago mías las referidas palabras del Apóstol y os digo: *Hermanos míos, hora es ya que salgamos del sueño, hora es ya que desechemos las obras de tinieblas, hora es ya que nos vistamos de las armas de la luz*, ó lo que es lo mismo, hora es ya que dejemos toda suerte de pecados y que nos ejercitemos en toda especie de virtudes. Esto no es un mero consejo, sino una obligación imperiosa á cuyo cumplimiento nos está impulsando el testimonio de nuestra propia conciencia; porque, como dijo el Apóstol, la noche tenebrosa de las culpas pasó y se acerca para nosotros el día terrible de dar cuenta á Dios de todos nuestros actos, aun de los más ocultos y secretos de nuestro corazón.

Por último, el gloriosísimo San Pablo pone término á la Epístola de esta Dominica, resumiendo en sus dos últimos versículos cuanto dijo en los anteriores, á saber: *Andemos como de día, honestamente, no entregándonos á los placeres de la mesa, no procurando satisfacer los deseos menos puros, no dejándonos arrastrar por el afán de honores inmoderados, sino que es preciso os vistáis de nuestro Señor Jesucristo, no condescendiendo jamás con los deseos desordenados de los sentidos corporales. (Induimini Dominum Jesum Christum.*—Verso 14.)

(1) Reformamini in novitate sensus vestri: ut probetis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta. (Rom. XII, 2.) Con las palabras: *bona, beneplacens, perfecta*, indica el Santo los tres grados de la vida espiritual: el primero, *bueno*; el segundo, *mejor*; el tercero, *óptimo*; el primero, de los *principiantes*; el segundo, de los *proficientes*; el tercero, de los *perfectos*. Los principiantes hacen *lo que es bueno*, lo que Dios manda que sea hecho, ó sea *los preceptos divinos*.—Los proficientes hacen *lo que es mejor*, lo que es más grato á sus divinos ojos, ó sea *los consejos* de los Evangelios.—Los perfectos hacen *lo que es de mayor perfección* y gratísimo á Dios, y al mismo tiempo lo hacen perfectamente (según la humana flaqueza), ó sea con amor puro y caridad perfecta. ¡Cuán sublime y expresivo se muestra el Apóstol en las palabras dichas!

Amados hermanos míos en el Señor: ¡Qué resumen! ¡Qué advertencias! Quien desee adquirir la verdadera ciencia, aquí lo encuentra todo. Aquí se nos encarga que nuestra vida sea siempre *decente, honesta, morigerada*, como el que anda de día en sitio público, como el que tiene por regla la luz esplendorosa del Evangelio; aquí se nos amonesta *que huyamos de la gula, de la embriaguez y de toda intemperancia en los alimentos*, dándole al cuerpo lo necesario, mas no lo superfluo que sirve para ensobervecerle, para que se rebele contra el espíritu, y para que nos arrastre á multitud de vicios vergonzosos; aquí se nos advierte que es de absoluta necesidad *vivir vida angélica*, inmaculada en el cuerpo y sin que los malos pensamientos degraden al alma; aquí se nos exige un trato de gentes afable y cariñoso, *exento de envidias* que lesionan la caridad, *exento de disputas* que producen amargura de corazón, *exento de ambiciones* locas que tanto perturban el ánimo y afligen el espíritu; aquí, finalmente, se nos prescribe que *nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo*, que es la elevación suprema de la perfección cristiana. (*Induimini Dominum Jesum Crhistum.*)

No vemos que haya en humana inteligencia avisos más saludables ni advertencias más provechosas. ¿Qué significa *vestirse de nuestro Señor Jesucristo?*—Significa—dicen los sagrados intérpretes—representar en todo á Jesucristo, viviendo como Él vivió. Vestirse de nuestro Señor Jesucristo es una metáfora expresiva que usa frecuentemente el Apóstol (1) para encarecer la imitación perfecta de Cristo, y es como si dijera: «Imprimid ¡oh cristianos! en vuestro ánimo, no sólo el recuerdo constante de Cristo nuestro bien, sino todas sus virtudes, practicándolas de continuo por su amor, y esto de tal suerte que en todo vuestro porte exterior y en todos vuestros sentimientos interiores, no se vea sino á Cristo, así como en el hombre civilizado casi no se ve de su cuerpo otra cosa que su vestido.»

Vestirse de nuestro Señor Jesucristo es encontrarse el alma completamente adornada con la gracia y el espíritu de Cristo, y por modo tan extraordinario é inefable, que sus virtudes sean como un precioso manto que cubran todo lo exterior, no dejando ver en el hombre otra cosa que la faz augusta y el continente hermoso y apacible de Cristo.

Así quiere Dios nuestro Señor que seamos todos los cristianos, como otros Cristos, como continuación de su sacrosanta y

(1) Galat., III, 27.—Ephes., IV, 24,—Colos., III, 10.—I Thesal., V, 8.

adorable Persona, como hombres vestidos de Cristo, esto es, con la gracia y el espíritu de Cristo en el interior, y con sus virtudes prácticas en el exterior, en una palabra, como hombres en los cuales resplandezcan las virtudes perfectísimas de Cristo, pudiendo decir con el mismo San Pablo: *Vivo yo; pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (1).

Mas... ¿cuándo seremos cristianos de esta manera? ¿Cuándo seremos como otros Cristos? ¿Cuándo dejaremos de ser rebeldes á Cristo? *Hermanos míos, hora es ya que salgamos del sueño, hora es ya que desechemos las obras de las tinieblas, hora es ya que nos vistamos de las armas de la luz, hora es ya que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo.* Hagamos esto y viviremos con paz en la tierra y obtendremos la suprema y eterna dicha del cielo. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el segundo domingo de Adviento.

Sobre la concordia y amor entre los cristianos.

Hermanos míos amadísimos: El gran Apóstol de las gentes en la Epístola qué corresponde á la Dominica de este día, después de exhortar á las personas más firmes, poderosas é instruídas para que sobrelleven con paciencia las flaquezas de sus prójimos, en especial á los pobrecitos é ignorantes, se expresa de esta manera: *Hermanos, todo cuanto se halla escrito en los Libros Sagrados es para nuestra enseñanza, á fin de que por la paciencia y consolación de las Escrituras Santas tengamos esperanza. Mas el Dios, de quien viene la paciencia y el consuelo, os dé á sentir una misma cosa entre vosotros conforme á Jesucristo, para que unánimes y á una sola voz, glorifiquéis al Dios y Padre de Cristo, nues-*

(1) Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.

tro Señor. Por tanto, es preciso que os abracéis y améis los unos á los otros, de igual modo que Cristo os abrazó y amó para gloria de Dios. (Rom. XV, 4-7.)

¡Qué enseñanzas, amados míos, tan instructivas para nosotros, hoy que tan disgregados se encuentran los corazones de los hombres, y que tan poco se ama y ayuda á los pobres necesitados! Menester es que consideremos bien la doctrina expuesta y que tomemos por regla de nuestra vida la Epístola que hoy nos ofrece la Iglesia. Dos cosas sobresalen en ella:

1.ª La concordia que debe haber entre los cristianos.
2.ª El amor, la ayuda y la tolerancia mutua.

Os diré dos palabras sobre cada una de ellas en particular, comentando las mismas expresiones del Apóstol.

PUNTO I

DE LA CONCORDIA ENTRE LOS CRISTIANOS

Hermanos míos—dice el gloriosísimo San Pablo,—*todo cuanto se halla escrito es para nuestra enseñanza.*—¡Qué principio! ¡Qué bien cuadra esta advertencia en el día de hoy! ¡Cuántos hombres desdichados hay entre los mismos cristianos, que apenas se acuerdan de las Santas Escrituras, en especial de lo que se refiere en el Antiguo Testamento! Bueno es recordarles una y muchas veces, que todo cuanto se halla escrito y profetizado de Cristo en la Ley y en los Profetas tuvo por objeto instruirnos á nosotros en el negocio de nuestra salvación eterna. «Todo—dice San Pablo—fué amorosa ordenación divina, para que, en vista de aquellos ejemplos y doctrina de los Santos, y sobre todo de Cristo, que había de venir, tengamos paciencia en nuestros trabajos y aflicciones, y nos consolemos concibiendo una firme esperanza de los bienes eternos que en dichas Escrituras nos tiene prometidos.» *La paciencia, el consuelo y la esperanza* son, pues, frutos propios de la lectura atenta de los Libros Sagrados, los cuales han sido ordenados por Dios, *ya para la instrucción de nuestra fe, ya para fundamento de nuestra esperanza, ya para el incremento de la caridad.* *

* ¡Oh! ¡Cuánta falta hace que los hombres de nuestros tiempos se penetren bien de esta luminosa verdad! ¡Cuánto interesa que vean, no sólo la verdad histórica, cierta é indudable de los hechos narrados por

Pues bien; hecha esta advertencia preliminar, dícenos el Apóstol: *Ruego al Dios de la paciencia y de la consolación que os dé á sentir una misma cosa entre vosotros, en conformidad con Cristo nuestro Señor, para que, unánimes y á una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de Cristo nuestro bien.*

Notémoslo, hermanos carísimos: *El Dios de la paciencia y del consuelo...*—dice San Pablo (y más adelante añade *de la esperanza*—Verso 13), para mostrarnos claramente que en todos los acontecimientos de nuestra vida hemos de implorar de Él la paciencia, el consuelo y la esperanza, como único dador de estos hermosos bienes.

Dios es caridad, y porque es caridad, es también paciencia y consolación; ó mejor dicho, es la fuente y origen de todo consuelo verdadero, y por lo mismo, amados míos, en todas las tribulaciones de nuestra vida hemos de acudir confiadamente al Señor, diciendo:—¡Oh Dios caridad! ¡Oh Dios consolación! ¡Oh Dios océano de consuelo! En Vos y por Vos únicamente deseo yo ser consolado; Vos sois, Señor, mi único regocijo. Gócense los mundanos en sus vanidades terrenas; gócese cada cual en lo que quiera; en cuanto á mí, sólo me he de gozar en Vos y en vuestro Hijo unigénito Jesucristo.—Este es el lenguaje propio de los buenos cristianos. ¿Es este el nuestro?

Moisés en el Pentateuco, sino la misión divina del mismo Moisés, escritor inspirado por Dios, que no pudo engañarse ni engañarnos, y por consecuencia, que los Libros de Moisés son verídicos, y que la *Revelación primitiva* se encuentra en ellos teniendo por autor al mismo Dios! ¡Cuánto interesa que reconozcan y confiesen que Dios habló á los Profetas, y que éstos hablaron á los hombres en nombre de Dios! ¡Cuánto interesa que contemplen en Jesucristo el cumplimiento de todas las profecías, el Mesías prometido, el Verbo de Dios hecho hombre, lleno de Gracia y de Verdad! ¡Cuánto interesa que crean las palabras del mismo Jesucristo, venido de su Padre á este mundo para referir á los hombres lo que vió en su Padre! (Joann., VIII, 38.) ¡Cuánto interesa que crean el Evangelio y la divinidad de Jesucristo, probada hasta la saciedad con innumerables é irrecusables testimonios! ¡Cuánto interesa que vean en Jesucristo la imagen perfectísima del Padre (Sap., VII, 2.—II Cor., IV, 4.—Colos., I. 15), la figura de su substancia, el esplendor de su luz (Hebr., I, 3), Dios verdadero de Dios verdadero, la verdad misma personificada, comunicándose á los hombres para enseñarles los secretos escondidos en el seno del Padre, y derramar sobre ellos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia divinas!

Pero viniendo á lo principal, dice el glorioso Apóstol á los romanos, que ruega á Dios *les dé á sentir una misma cosa conforme á Cristo Jesús;* y esto, en verdad, es como si dijera:—Hermanos míos, deseo vivamente que siempre haya entre vosotros verdadera y perfecta *concordia;* esto es, que tengáis el mismo sentir, el mismo querer, el mismo espíritu, las mismas aspiraciones y afectos, de tal suerte, que jamás haya entre vosotros disputas, ni diversidad de pareceres sostenidos, sino que viváis pensando y obrando todos como Jesucristo. Es decir, según la fe, la doctrina y el ejemplo de Cristo, glorificando *unánimes y á una voz* al Padre Celestial. *Unánimes*, esto es, con un solo ánimo, con un solo corazón, con un solo deseo, cual si tuvierais una sola alma. *Unánimes* en cuanto á la unidad de creencias; *con una sola voz,* en cuanto á la identidad de la confesión de fe; glorificando todos á Dios en cuanto *á la verdad de la obra.*

Esto dice, amados míos, la hermosa Epístola de hoy, y esto es lo que quisiera yo que se quedara para siempre grabado en nuestros corazones. La concordia entre los cristianos es la verdadera fraternidad. Ser hermano de alguno, es formar como una misma cosa con él; y *el hermano ayudado de su hermano*—leemos en los Proverbios (XVIII, 19),—*es como una plaza fuerte é inexpugnable.*

En tres cosas—dice el Eclesiástico—*se ha complacido mi corazón, y ellas son aprobadas por Dios y por los hombres, á saber: la concordia entre los hermanos, el amor á los prójimos y el marido y la mujer bien unidos entre sí* (1).

¡Cuán excelente cosa es la concordia entre los hombres! Bellamente lo expresó San Agustín cuando dijo: «La concordia entre los hermanos es la paz, es la voluntad de Dios, es la alegría de Jesucristo, es la perfección de la santidad, es la regla de la justicia... Es, en suma, la madre del amor, la señal cierta de un alma pura que pide á Dios todo lo que quiere, y todo lo que quiere consigue» (2). ¡Cuán profundo se muestra en esto el grande Obispo de Hipona!

No es posible encarecer con palabras la excelencia de la concordia. Dios es la concordia por esencia, increada, suprema. Las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, están absolu-

(1) In tribus placitum es spiritui meo, quae sunt probata coram Deo, et hominibus: Concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes. (Eccles., XV, 1-2.)

(2) Pax dilectionis mater est, ac purae mentis indicium manifestum; quia sibi exigit de Deo quod velit, quidquid voluerit, petit, sumit. (S. Agust., Sentent.)

tamente de acuerdo, no por accidente, sino de una manera esencial. La Santísima Trinidad ha comunicado é impreso su concordia á los cielos, á los elementos y á todas las cosas. Dios ha hecho participante de su Trinidad en la Unidad á todo lo que ha creado; *ha dispuesto todas las cosas con número, peso y medida* (1), y en este orden y concordia consiste la belleza del universo, porque tanto tienen las cosas de buenas y hermosas, cuanto se asemejan á su Creador y conservan el orden que á El plugo establecer en ellas.

Y si esto acontece en las cosas insensibles, ¿qué diremos del hombre, ser más perfecto, criatura racional, creada á su imágen y semejanza? ¡Oh! En el hombre debe haber siempre perfecta concordia, ya en sí mismo, ya con el prójimo, ya con Dios, su divino Hacedor.

La concordia con Dios consiste *en la perfecta conformidad de la voluntad humana con la divina,* y de ella nos hablaron los ángeles cuando en el Nacimiento del Salvador cantaron alegres: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

La concordia con el prójimo estriba en que los hombres sientan, piensen y quieran de un mismo modo en lo substancial, conspirando al mismo fin y hablando de idéntica manera, y ésta fué la que Cristo nuestro Señor quiso que desearan los Apóstoles al entrar en alguna casa diciendo: *La paz sea en esta casa. (Pax huic domui.)*

La concordia con nosotros mismos, no es otra cosa que la omnímoda sujeción de los vicios y de las pasiones á la voluntad, y de ésta á la razón, y de la razón á Dios. A esta concordia se refería el Apóstol San Pablo cuando dijo á los Filipenses: *La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros sentimientos en Cristo Jesús* (2).

Triple concordia que hace á los hombres felices en la tierra, preparándolos para ser después eternos ciudadanos del cielo. La concordia, en suma, es el lazo amoroso que une entre sí á los individuos, á las familias, á las Sociedades y á los pueblos, y á todos con Dios, porque donde hay concordia, al modo dicho, allí está el espíritu del Señor, allí está Jesucristo, allí está Dios, allí está toda la santísima y augustísima Trinidad formando en las

(1) Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti. (Sap., XI, 21.)

(2) Pax Dei, quae exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu. (Philip., IV, 7.)

personas concordes una especie de trinidad en la unidad, esto es, la unión de los espíritus, de los corazones y de las obras.

He aquí, en substancia, lo que el Apóstol deseaba á los romanos, y juntamente á nosotros cuando dijo: *El Dios de la paciencia y del consuelo os dé á sentir una misma cosa entre vosotros, en conformidad con Cristo nuestro Señor, para que unánimes y á una sola voz glorifiquéis á Dios.*

Cosa grande, sin duda, es este deseo de San Pablo, mas como en la vida práctica de los hombres no bastan los actos interiores del corazón, sino que son precisas las obras, por eso el glorioso Santo encarga á continuación que *se amen, y ayuden y soporten los unos á los otros* en todas las circunstancias de su vida. ¿Cómo ha de entenderse esto? ¿Qué es lo que el Señor exige de nosotros en este punto? Ved aquí lo que ahora intento declararos.

PUNTO 2.°

DEL AMOR, AYUDA Y TOLERANCIA ENTRE CRISTIANOS

Refiérese en las Vidas de los Padres que el Abad Onufrio enseñó de un modo ingenioso á sus hermanos la manera de practicar la concordia. Todas las mañanas, durante varios días seguidos, apedreaba á una estatua, y por la noche, humillado ante ella, le decía:—*Perdóname.*—Sus hermanos, asombrados, le preguntaron por qué hacía aquéllo, y el buen Abad respondió:—Pensaba en vosotros. Ya habéis visto cómo he arrojado piedras al rostro de esa estatua. ¿Me ha respondido? ¿Me ha dicho injurias? ¿Se ha encolerizado?—No—contestaron ellos.—Y cuando le he pedido perdón por haberla ultrajado, ¿se ha conmovido? ¿Me ha negado el perdón?—No.—Pues bien; nosotros, que somos siete hermanos, si queremos vivir juntos en santa paz, hemos de parecernos á esa estatua; es preciso no sólo la concordia interior, sino además las exteriores manifestaciones de amor que dicha concordia exige.—He aquí lo que el grande Apóstol debió tener en su mente cuando después de haber encargado á los romanos que sintieran todos lo mismo, añadió: *Por tanto, recibíos los unos á los otros, como Cristo os recibió para gloria de Dios* (1).

Hermosísimo encargo que merecía estar grabado con oro en

---

(1) Propter quod suscipite invicem, sicut Christus suscepit vos in honorem Dei. (Rom. XV, 7.)

todos los Códigos humanos, y en lo íntimo del corazón en todos los hombres. Es la ley del amor elevada al grado más sublime que puede imaginarse; es la caridad evangélica en toda su pureza, salida misericordiosamente del Corazón sacratísimo de Jesús; es el suave, tierno, dulce y amoroso eco de la voz de Jesucristo, cuando dijo: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo* (1); es el precepto propio de Cristo nuestro Señor, que le pregonó y enseñó por estas palabras: *Este es mi precepto, que os améis los unos á los otros recíprocamente* (2); es la plenitud de la ley, que entraña amor purísimo de Dios, y que una vez cumplida, el Señor se da por contento (3); es el mandamiento *antiguo* (4) porque fué dado á Adán y á todos los hombres en la ley natural, así como á los ángeles, desde el principio de su creación; es el mandamiento *nuevo* á causa del nuevo peso y perfección que le imprimió el nuevo Legislador Jesucristo, y también por el nuevo pueblo, que está llamado á practicarlo en un grado más sublime; es el mandamiento de los mandamientos, porque quien le cumple lo ha hecho todo y eso basta.

Tal es, amados míos, la magnífica enseñanza que hoy nos suministra San Pablo en la Epístola, diciendo: *Hermanos, recibíos los unos á los otros, como Cristo os recibió para gloria de Dios.*

La palabra *recibíos,* según los sagrados intérpretes, quiere decir: *amaos, ayudaos, soportaos*; propiedades propias de la caridad cristiana, que hemos de cumplir necesariamente si queremos agradar al Señor.

Nos hemos de amar los unos á los otros, no sólo con amor natural y ordinario, sino con un amor fino, *sobrenatural* y á semejanza del que Cristo nos tuvo á nosotros, dando hasta su propia vida por la nuestra, que por eso el Apóstol añade: *Como Cristo os recibió.* Quiere esto decir, que los cristianos nos hemos de *amar* y *ayudar* y *sobrellevar* nuestras flaquezas, no como los demás hombres que no conocen á Cristo, ni están bautizados, ni siguen su ley, sino como hermanos é hijos de Dios, que tenemos el mismo espíritu, y la misma fe, y los mismos Sacramentos, y la misma esperanza de obtener la Patria celestial. Nos hemos de amar como personas de una misma familia, cuyo Padre es Dios nuestro Señor, que se dignó adoptarnos por hijos, mediante la persona

(1) Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Matth., XXII, 39.)
(2) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem. (Joann., XV, 12.)
(3) Omnis lex in uno sermone impletur. (Gal., V, 14.)
(4) Epist. I Joann., II, 6.

adorable de nuestro Señor Jesucristo. Nos hemos de amar como miembros de un mismo cuerpo, puesto que Cristo es nuestra cabeza, y todos formamos con El una misma persona moral y un mismo espíritu, teniendo todos vida propia en su divino y amante Corazón. Jesucristo nos ha amado y nos ama tierna y dulcemente para gloria de su Padre celestial, y este es el modelo que el Apóstol nos propone cuando dice: *Amaos los unos á los otros como Cristo os amó para gloria de Dios* (1).

He concluido, carísimos Hermanos, lo que me propuse mostraros hoy al comentar brevemente la hermosa Epístola de San Pablo. No olvidemos que, según el Apóstol, tenemos contraído los unos con los otros un débito verdadero de caridad fraterna, mediante el cual nos obliga compadecernos de los débiles é ignorantes, sobrellevando suave y caritativamente sus flaquezas y miserias, instruyéndolos en sus ignorancias y ayudándoles en sus necesidades espirituales; á la manera que también es débito de caridad compadecernos de los pobres, y socorrerlos con nuestras limosnas del mejor modo que nos sea posible.

Dios nuestro Señor da á los hombres ciencia y virtud para que enseñen al que no sepa y soporten sus flaquezas, del mismo modo que reparte haciendas á los ricos para que con ellas atiendan á las necesidades de los menesterosos. El que esto no haga va mal.

Es preciso que tengamos concordia, suavidad y dulzura con todos nuestros prójimos, y que los amemos y ayudemos, á imitación de lo que ha hecho y hace con nosotros Cristo nuestro bien.

Cristo nos ha recibido á todos para dar gloria á Dios; nos ha unido íntimamente á sí con inefable amor; mediante la Encarnación se dignó revestirse á sí propio de todas nuestras debilidades (excepto la culpa); en la pasión tomó sobre sí todos nuestros pecados; durante su vida mortal en cuanto hombre, jamás buscó su propia conveniencia, ni su descanso y comodidades, sino únicamente nuestra temporal y eterna salud, y la gloria de su eterno Padre.

He aquí el modelo de nuestra vida como cristianos. Debemos llevar con paciencia y dulzura las flaquezas de nuestros prójimos, compadecernos de sus miserias, aliviarlas en lo que podamos, complacerles y ayudarles en todo, muy principalmente en lo que se refiera á su eterna salud, y todo esto como olvidándonos de nuestras propias comodidades, ordenándolo todo á la mayor gloria de Dios nuestro Señor. Amén.

(1) Sobre el amor al prójimo, véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo I, desde el capítulo XIV á XXII.

HOMILIA 2.ª

Para el segundo domingo de Adviento.

Sobre el reinado social de Jesucristo.

CARÍSIMOS hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo, en la Epístola de este día, hubo exhortado á los Romanos para que tuvieran entre sí *unidad en los sentimientos, concordia en los corazones y amor mutuo y constante para sobrellevarse y ayudarse en sus necesidades y flaquezas*, así como Cristo lo hizo con nosotros glorificando al Padre celestial, pasa á mostrarles que todos, judíos y gentiles, deben alabar y glorificar á Dios, y que Jesucristo, descendiente de David, se levantará PARA REINAR EN TODAS LAS NACIONES, las cuales le reconocerán por su Dios y por el autor de su eterna salud. Oid sus propias palabras, que son claras y terminantes. Dice así:

Hermanos: Yo os declaro que Jesucristo fué por sí mismo dispensador del Evangelio respecto de los judíos, para mostrar el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho á sus Padres; y que los gentiles, que no habían recibido promesa alguna, glorifiquen á Dios, por la merced que les hizo (en llamarlos á la fe), *según aquello que está escrito: Por eso, Señor, yo te confesaré entre las gentes, y cantaré himnos en alabanza de tu nombre. Y escrito está también: Alegraos gentes con su pueblo. Y en otra parte: Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle todos los pueblos. Y también dijo Isaías: Será de la estirpe de David el que se levantará á regir las naciones, y las naciones esperarán en Él. El Dios de la esperanza os colme de todo gozo, y de paz en el creer para que abundéis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo.* (Rom., XV, 8 á 13.)

Hasta aquí el santo Apóstol; y en lo dicho nos declara principalmente dos cosas:

1.ª Que todas las naciones deben alabar y glorificar á Jesucristo.
2.ª Que Jesucristo es Rey verdadero de todas las naciones.

Ampliar estas verdades, siguiendo la letra de nuestra Epístola, es lo que ahora me propongo para afianzar más vuestra fe y dar consuelo á vuestro corazón.

PUNTO 1.°

DE CÓMO CRISTO HA DE SER ALABADO Y GLORIFICADO.

Jesucristo, amados míos, lleva en sí mismo el sello de Dios, de tal suerte, que, como dijo San Pablo, *habita en Él corporalmente la plenitud de la divinidad* (1). Por modo clarísimo lo expresó el mismo Jesucristo en su Evangelio. *¿Quién*—preguntó á sus Apóstoles—*dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Es decir: *¿Quién dicen los hombres que soy Yo?* (2).—*Ellos respondieron: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías ó alguno de los Profetas.—Jesús les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy?—Respondiendo Simón Pedro le dijo:* SOIS CRISTO, HIJO DEL DIOS VIVO. *(Tu es Christus Filius Dei vivi.)—Y Jesús entonces contestó: Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque esta verdad no te la ha revelado ningún afecto humano, ninguno de los hombres, sino mi Padre que está en los cielos.* (Matth., XVI, 17.)—Lo cual, amados míos, es como si Jesús dijera:—¡Oh Pedro! Has dicho una gran verdad: *soy ciertamente el Hijo de Dios* y Dios como el Padre, porque *el Padre y yo somos una sola cosa.* Has tenido la gran dicha de ser en este punto enseñado por mi mismo Padre, que está en los cielos; Él te ha revelado el Misterio de mi divinidad, Misterio que supera á todo humano entendimiento, para que tú le anuncies á todas las naciones y á todo el universo, y todos los hombres crean que yo soy el Hijo de Dios, el Mesías prometido á Adán, á Abrahán, á Isaac, á Jacob, á Moisés y á David; que soy aquel á quien los Patriarcas y los Profetas han deseado con ardor y todas las naciones esperan: que soy el Verbo eterno encarnado, y por lo mismo doctor del mundo, Pontífice, Profeta y Rey del universo: que soy el Mediador entre Dios y los hombres, para que todos puedan conseguir la vida eterna.

(1) In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. (Coloss., II, 9.)
(2) ¿Quem dicunt homines esse Filium hominis? (Matth., XVI, 13.) ¿Quem me dicunt esse turbae? (Luc., IX, 18.)

Esto significa el sagrado texto, y por consecuencia Jesucristo es Dios y juntamente hombre, con dos naturalezas, divina y humana, y por lo mismo, en virtud de la unión hipostática, es la *suma Gracia*, según aquello de San Juan: *Y vimos la gloria de El como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (Plenum gratiae et veritatis.)* (Joann., I, 14.)

Es la *suma Santidad*, y con razón pudo decir á los Judíos: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Joann., VIII, 16.)

Es la *suma Sabiduría*, como testificó San Pablo cuando dijo: *En El se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.* (Coloss., II, 3.)

Es la *suma Dignidad*, pues como afirma el mismo Apostol: *Todo lo sometió el Padre debajo de sus pies y le constituyó cabeza de toda la Iglesia.* (Ephes., I, 22.)

Por consiguiente, Jesucristo, que vino al mundo en obsequio de todos los hombres, y que por todos dió su Sangre y su vida divinas y que de todos es Padre, Señor y Dueño, *debe ser amado, alabado y glorificado por todos los hombres, por todos los pueblos y por todas las naciones*. Y esto es, en substancia, lo que el grande Apóstol encarga en la Epístola de este día, diciendo á los Romanos: *Yo os declaro que Jesucristo fué por sí mismo dispensador del Evangelio respecto de los judíos..., y que los gentiles que fueron llamados á la fe, sin haber recibido promesa alguna, obtuvieron gran merced del Señor, á fin de que todos, judíos y gentiles, glorifiquemos á Dios... según aquellas palabras divinas: Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle todos los pueblos.* (Rom., XV, 8 á 11.)

¡Oh, carísimos hermanos, cuán lejos están de pensar y querer esto las sociedades contemporáneas, especialmente en nuestra vieja Europa, donde parece que todos los espíritus infernales se han enfurecido contra Dios y su Cristo! Oigan, pues, todas las almas buenas lo que dice nuestro grande Apóstol: *Hermanos míos, guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros.* (1). Es decir: *Guardaos de los falsos doctores y malos cristianos. En cuanto á mí, todo lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo. (Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.* (Philip., III, 8.) *Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, (Anathema sit.)* (I Corint., XVI, 21.)

Pues bien; nosotros, que tenemos á buena dicha ser cristianos verdaderos; nosotros que estamos presenciando el odio satánico

---

(1) Videte canes, videte malos operarios. (Philip., III, 2.)

que la impiedad tiene á Cristo Jesús, nosotros debemos recordar los tres primarios oficios del mismo Jesús, y de ellos surgirá en nuestro corazón el deseo de prestarle tres indispensables oficios.

Jesucristo es nuestro *Guía*, nuestro *Maestro* y nuestro *Redentor*, como El mismo indicó cuando dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. (Ego sum via, veritas et vita.)* Yo soy el *camino*, que os conduzco al cielo; Yo soy la *verdad*, que os enseña lo verdadero; Yo soy la *vida*, que os he hecho vivir muriendo por vosotros.

Tales son los oficios de Jesús para con los hombres, y por ellos el corazón cristiano, ardiendo en amor á Jesucristo, exclama de esta manera:—¡Ah Señor, *yo os amo ternísimamente por vuestra dilección; yo os doy gracias infinitas por la Redención*; *yo os imitaré cuidadosamente por la perfección*!

Sí, amados míos, estos deben ser siempre nuestros tres oficios principales para con el Señor. *Amarle*, porque nos ama y nos guía por el camino del amor. *Darle gracias* y gracias continuas, porque continuos son sus inmensos é innenarrables beneficios. *Imitarle*, porque en eso consiste nuestra bondad, nuestra perfección y nuestra bienaventuranza eterna. ¿Quién que conozca á Jesús no le ama, no le da gracias y no le imita?

Pero sigamos con nuestra Epístola, porque el Apóstol nos presenta á Cristo *como Rey*, no sólo de los individuos, sino de las familias, de los pueblos y de las naciones todas.

PUNTO 2.°

JESUCRISTO ES REY DE TODO EL UNIVERSO

¡Cristo *Rey!* ¡Hermosa y sublime idea! ¡Cristo *Rey* de los corazones de los hombres! Esto es lo más dulce y consolador que puede pensar un cristiano. ¿Conque yo, pobre gusanillo de la tierra tengo por *Rey* de mi corazón nada menos que á Jesucristo, Dios del cielo? ¿Conque el mismo Verbo encarnado, Dios verdadero, de Dios verdadero y Sabiduría eterna é infinita, es quien rige y gobierna mi pobre corazón?—Sí, amados míos; así lo vaticinó Isaías, así se realizó en el tiempo y así lo expresa San Pablo en la Epístola de este día, diciendo: *Alegraos gentes con su pueblo.—Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle todos los pueblos.—Será de la estirpe de David el que se levantará á regir las naciones y las naciones esperarán en El.* (Vers. 10, 11, 12.)

Es decir, que Jesucristo, *Rey* del cielo que nació en Belén, que

vivió en Nazaret, que predicó en la Judea, que murió en la Cruz, que resucitó y subió á los cielos, y que se quedó en la tierra como Cabeza mística de la Iglesia católica, nuestra Madre, es *Rey universal* de todas las naciones de la tierra, y Reyes y pueblos, y Príncipes y vasallos, y familias é individuos, todos á una voz debemos exclamar: ¡Viva Cristo nuestro *Rey!* ¡Viva *el reinado social* de nuestro Señor Jesucristo!

Sin embargo, ¡oh dolor! no es así; y el gran crimen de las sociedades contemporáneas es haber arrancado, ó tratar de arrancar, del corazón de los hombres, el dulcísimo y amorosísimo reinado de Cristo nuestro Señor.

Los *racionalistas,* los *naturalistas,* los *masones* ó los *liberales,* como queráis llamarlos, todos á una rechazan y combaten á sangre y fuego el reinado de Jesucristo en nuestros corazones y cantan himno de victoria en cada triunfo contra el Evangelio, teniendo por gloriosa conquista ahuyentar á Jesús de todas las manifestaciones de la vida, y de todas las instituciones humanas; pues todo lo quieren secularizar en estos tiempos desdichados.

Tienen odio al reinado de Jesucristo, y como dice un escritor católico, «cuando despojan al Clero, molestan ó expulsan á los religiosos, urden tramas contra la Santa Sede, cierran las Iglesias. como también cuando elaboran Constituciones y leyes, abren escuelas y organizan Asociaciones, siempre es Jesucristo el blanco de sus ataques. No quieren que reine en el Estado, ni en la legislación, ni en la familia, ni siquiera en la conciencia. El católico dice á Jesucristo cada día:—*Señor y Dios mio, venga á nos el tu Reino* (1); mas los racionalistas responden:—*No queremos que reine Cristo en nosotros.* (*Nolumus hunc regnare super nos.*) (Luc., XIX, 14.)

Este es el tristísimo caso en que nos encontramos, esto es lo que con satánico empeño se procura hoy por muchos de los que gobiernan las naciones, redoblando sus ataques, su furor y su obstinación cuando se trata del *Reinado social de Jesucristo.* Y porque nadie se imagine que invento un fantasma por tener el gusto de combatirle, ó por amedrentar vuestros ánimos piadosos, oid las palabras mismas del Santo Concilio Vaticano. Dicen así los Padres de la augusta Asamblea: *El racionalismo y el naturalismo es aquella doctrina que, combatiendo en todo la Religión cristiana, como institución sobrenatural, trabaja con ardor inaudito en excluir á Jesucristo, nuestro único Señor y Salvador del alma humana, de la vida y*

(1) Joann., XX, 28.—Matth., VI, 10.

costumbres de los pueblos, para establecer el mero reinado de aquello que llaman la razón y la naturaleza. (De fide cath., Prooem.) ¡Pobres naciones que de esta manera piensan y obran, intentando llevar á las inconscientes muchedumbres por tan funestos derroteros!

Pero, amados míos, entendedlo bien: Jesucristo no se contenta con reinar en los individuos y en las familias aisladas, sino que quiere reinar con la plenitud de su soberanía en las sociedades todas, y más particularmente cuando éstas llevan el nombre de cristianas.

Quiere Jesucristo reinar *espiritual y sobrenaturalmente* en los hombres todos, mediante su Iglesia, como sociedad verdadera, perfecta é independiente, Reino superior á los temporales del mundo y que no tendrá fin. *(Et Regnum ejus non erit finis.)*

Quiere que los hombres todos, sin distinción de razas, ni de pueblos, ni de naciones, entren en dicha Iglesia, y que vivan como hijos sumisos de ella, sometidos á sus divinas enseñanzas, y á sus leyes evangélicas, mediante los sacerdotes, regidos éstos por los Obispos, y los Obispos por el Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Quiere, por tanto, que la vida sobrenatural y divina baje de Él (de Jesucristo) al Pontífice Sumo, de éste á los Obispos, de los Obispos á los sacerdotes, y de los sacerdotes á todos los fieles, imperando y gobernando de esta manera en todos los espíritus humanos, para gloria del Padre celestial, paz de nuestros corazones y salvación de nuestras almas.

Quiere, además de esto y mediante su reinado espiritual en la Iglesia, extender su benéfico, amoroso y pacífico reinado á las sociedades naturales de los hombres, ó sea á los fines naturales de la vida humana, para que *los pueblos y los Estados* (conservando siempre su propia independencia civil en el orden natural) reciban luz del cielo, que les impida extraviarse ó apartarse de la voluntad de Dios, fundamento de todas las sociedades y de todas las leyes justas y benéficas.

Quiere, en suma, reinar espiritualmente *en la Iglesia*, y mediante ésta, reinar también espiritualmente en las sociedades naturales, ó sea *en los Estados*, para que Príncipes y vasallos vivan según Dios, según su voluntad divina, según sus eternos designios, y todo en el mundo sea paz, concordia, amor y felicidad, como preludio de la eterna bienaventuranza del cielo. Esto es lo que quiere Jesús, y por eso se complace en llamarse REY DE LAS NACIONES.

Pero, cabalmente esto es lo que el mundo moderno rechaza de un modo absoluto. Transigen algunos con que Jesucristo reine *en las conciencias privadamente*, y también con que en el hogar doméstico cada cual haga lo que quiera; pero soportar que la Religión católica, ó lo que es lo mismo, que la Iglesia lleve vida social independiente de los Estados, y que reivindique sus derechos de hacerse oir de sus hijos en todas las naciones, para que rijan y gobiernen las sociedades con leyes justas, equitativas y honestas, en conformidad con el dogma católico, con la moral evangélica y con las enseñanzas divinas de Jesucristo... ¡Oh! Eso de ninguna manera, pues lo conceptúan como un monstruoso atentado contra los derechos imprescriptibles de los pueblos, y contra la soberanía nacional de los Estados. He aquí el error contemporáneo para que todo el mundo lo entienda.

—Es necesario—dicen—que la sociedad civil se halle libre de la influencia moderadora y directriz de la Iglesia; es necesario que el Estado obre y legisle y enseñe y administre con independencia absoluta de las leyes eclesiásticas; es necesario que la misma Iglesia viva *dentro del Estado como súbdita*, y que dependa del poder civil lo mismo que las demás sociedades. Es necesario, en suma, que el *Reinado social de Jesucristo* quede destruído en todo el universo.

Ved aquí, amados míos, en lo que consiste la *herejía liberal* entronizada en muchas naciones, con más ó menos exageración, y con más ó menos persecución y encarnizamiento contra la Iglesia católica, esposa inmaculada de Jesucristo y salvadora del orden y de la moral en todos los pueblos del universo. Enfrente, pues, de este error funestísimo, levanta hoy su voz el inspirado Apóstol de las gentes y en la Epístola de este día dice al mundo entero, con el Profeta Isaías: *De la estirpe de David será el que se levantará á regir las naciones y las naciones esperarán en El.* (Ver. 12.) Es decir, que Jesucristo es *Rey de Reyes*, Señor de los señores, y quieran ó no los hombres, ha de reinar siempre en los individuos, en las familias, en los Estados, y al fin *será proclamado en todo el mundo el Reinado social de Cristo nuestro Señor.*

Por último, carísimos hermanos, concluyo la Epístola de hoy, diciéndoos con el mismo San Pablo: *El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y de paz en el creer, para que abundéis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo.* (Ver. 13.) Así se lo ruego al Señor, para que siendo buenos cristianos en esta vida, tengáis la dicha de gozar de Dios eternamente en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo tercero de Adviento.

De la alegría y modestia cristianas.

Carísimos *hermanos mios, estad firmes y perseverantes en el servicio y en el amor de Dios... Gozaos siempre en el Señor, otra vez os lo digo, gozaos. Vuestra modestia sea conocida á todos los hombres: el Señor está cerca. No tengáis inquietud por cosa alguna. En cualquier estado que os halléis, presentad á Dios vuestras peticiones, con súplicas y oraciones acompañadas de agradecimiento*; *y la paz de Dios, que sobrepuja toda inteligencia, guarde vuestros corazones y vuestras almas en Jesucristo Señor nuestro.* (Philip., IV, 4 al 7.)

Esta exhortación, amados mios, que hizo el glorioso San Pablo á los filipenses, y que leemos en la Misa de la presente Dominica, contiene grandísimas enseñanzas, que conviene considerar para provecho de nuestras almas. Exhórtanos, en primer lugar, á *que estemos siempre espiritualmente alegres*; después á *que seamos modestos en todas nuestras acciones*; y por último á *que acudamos al Señor en la oración, dándole en todo gracias*; y la razón que aduce para que nos ejercitemos en dichas virtudes, es que *Dios nuestro Señor está cerca. (Dominus prope est.)* En el dia de hoy sólo os hablaré de los dos primeros puntos, á saber:

1.° De cómo hemos de estar siempre alegres.
2.° De la modestia cristiana en nuestras acciones.

PUNTO 1.°

DE LA ALEGRÍA ESPIRITUAL

Seiscientos años antes de la venida de Jesucristo, el Profeta Habacuc le anuncia, le nombra y se regocija en él, pues preveía que por medio del divino Salvador quedaría el género humano redimido, el demonio encadenado, y todos los cristianos enriquecidos con su doctrina, con su ejemplo, con su gracia, y hechos partícipes de su felicidad y de su gloria. *Me alegraré en el Señor*—dijo el Profeta—*y me llenaré de alegría en Dios, mi Jesús* (1). Fundado en estas y otras enseñanzas, el grande Agustino exclamó entusiasmado: *Jesucristo es nuestra alegría, y el que en Cristo se alegra no puede engañarse en sus consuelos* (2).

Así lo entendía el Apóstol San Pablo, cuando al escribir á los Filipenses, que se mostraban tristes por verle en prisiones, les dijo: *Hermanos, gozaos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo, gozaos* (3).

¡Qué enseñanza tan fundamental y necesaria! Hallábase el Santo en Roma prisionero por Cristo, y en vez de mostrarse afligido, les escribe animoso exhortándoles á que estén alegres. *Gozaos siempre en el Señor*—exclamaba, lo cual fué como decirles:—Hermanos míos, no ignoro que es natural al hombre afligirse cuando le acaece alguna cosa adversa, más la naturaleza se vence con la gracia de Dios. El cuerpo gime, más el espíritu se alegra cuando padece tribulación por Jesucristo, y de este modo la alegría de los cristianos no es según el sentido de la naturaleza, sino según la razón ilustrada y fortificada por la fe y por la gracia.

Gozaos, pues, aunque haya tribulaciones; pero gozaos no como los gentiles ó las gentes mundanas, que se alegran en las cosas prósperas de este mundo, sino como se gozan los hijos de Dios y los discípulos de Cristo, *en el Señor.* (*In Domino.*)

Gozaos en el Señor, pues, como dijo David, *El os concederá cuanto vuestro corazón le pida* (4). Gozaos á la manera de Isaías, cuando dijo: *Me alegraré en el Señor, y mi alma estará llena de regocijo,*

(1) Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Jesu meo. (Habac. III, 18.)

(2) Non potest quisquam fraudare delectationibus suis, cui Christus est gaudium. (S. Agust., Sentent. XC.)

(3) Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete. (Philip., IV, 4.)

(4) Delectare in Domino; et dabit tibi petitiones cordis tui. (Psalm. XXXVI, 4.)

porque mi Dios me ha dispuesto los vestidos de la salvación y me ha rodeado con los adornos de la justicia (1).

Gozaos en el Señor; otra vez os lo digo, gozaos, no sólo por vuestra vocación al cristianismo, sino por los inmensos beneficios que Jesucristo os ha hecho, y por los que ha prometido haceros.

Gozaos por la gracia de la filiación divina, que benignamente os ha sido otorgada en el santo Bautismo, y también por la promesa de la gloria que el Señor os tiene hecha, pues esta gloria os será dada como corona de justicia, si ahora soportáis con paciencia las tribulaciones de la vida por amor á Jesucristo.

Gozaos siempre en cualquiera adversidad que os ocurra, y ofrecedla á Dios nuestro Señor, porque los padecimientos son semilla de la gloria, y esto debe regocijaros en todas vuestras tribulaciones.

Gozaos en el Señor, porque los sufrimientos terrenos son una amorosa comunicación de la Pasión de Cristo, y si con El y por El padecéis, regocijaos, porque con El seréis también glorificados. *(Si compatimur, et glorificabimur.)*

Otra vez os lo digo, gozaos, (*iterum dico, gaudete*), porque la pérdida ó carencia de los bienes temporales es dulce y consolador presagio de la posesión de los bienes eternos. El que por amor de Jesucristo es desposeído de los bienes terrenos, regocíjese en el Señor, porque no puede menos de ser remunerado en la otra vida con los inefables y eternos bienes de Dios, y con Dios mismo, que es el conjunto de todos los bienes.

Esto, sin duda, y mucho más quiso significar el Apóstol, cuando en la Epístola de hoy dijo á los filipenses: *Regocijaos en el Señor; otra vez os lo digo, regocijaos*, en conformidad con aquellas otras palabras que escribió á los fieles de Corinto: *Estoy lleno de consuelos; reboso de alegría en todas nuestras aflicciones* (2).

Pues bien; con esta doctrina á la vista, yo os digo ahora: «Hermanos míos, es preciso que nosotros los cristianos estemos siempre espiritualmente alegres. Tenemos á Jesucristo y con Él todos los bienes; ¿quién, sabiendo esto, podrá permanecer triste en su corazón? Que estén tristes los paganos, que lloren los judíos, que se aflijan los que no crean en Dios, que no encuentren consuelo los corazones impenitentes, esto se concibe bien; pero ¡que tengamos

(1) Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo; quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiae circundedit me..(Isa., XI, 10.)

(2) Repletus sum consolatione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. (II Cor., VII, 4.)

penas inconsolables los cristianos, poseyendo á Jesucristo, que endulza nuestras amarguras y que nos promete en herencia el Reino de los cielos!... ¡Oh! Esto es lo que no se comprende, ni cabe en cabeza sana. Los cristianos siente con la naturaleza, pero se regocijan con la gracia. Es un amargo dulce que constituye sus delicias.

»Jesucristo, que es nuestro modelo, se alegraba en medio de sus padecimientos: llamaba al día de su crucifixión el día suyo; y así debemos pensar y obrar los cristianos. Los sufrimientos materiales son una pena natural para el cuerpo; pero espiritualmente considerados son alegrías. La naturaleza de las pruebas no puede por sí misma darnos placer ni contento; mas sufriendo por Jesucristo y sostenidos por el Espíritu Santo, obtendremos el regocijo y el descanso, sobre todo en la eternidad» (1).

Así lo experimentaba el glorioso San Francisco de Asís, en cuya vida leemos que decía: *Es tan grande la gloria que me espera, que ante su consideración todas las penas me sirven de regocijo.* Por eso puede afirmarse con verdad que la alegría espiritual es un gusto anticipado de los regocijos del cielo. «Vos, Señor—decía San Agustín á Dios,—sois nuestra alegría, y el alegrarnos cerca de Vos, de Vos y por Vos, constituye la vida bienaventurada; esa es la verdadera alegría y no hay otra» (2).

Y ciertamente, el gozo cristiano dulcifica las aflicciones y las hace meritorias; algunas veces domina hasta el punto de no dejarlas sentir, y testigo de ello son innumerables mártires y otros santos, quienes, por una gracia especial de Dios, lejos de temer los sufrimientos, los aman, se alegran de ellos, los desean y los buscan. Así le sucedía al grande Apóstol, y por eso leemos que decía de sí mismo: *De buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me complazco en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; porque cuando estoy enfermo entonces me siento más fuerte.* (II Corint., XII, 10.) En consonancia, pues, con estos hermosos sentimientos dijo en la Epístola de hoy á los Filipenses: *Hermanos, gozaos siempre en el Señor; otra vez os lo digo, regocijaos.* (*Iterum dico: Gaudete*) (3).

(1) Así San Crisóstomo en una de sus homilías al pueblo.

(2) Gaudium tu ipse es; et ipsa est beata vita gaudere ad te, de te, propter te ipsa est, et non altera. (S. August., lib. X, de sus confesiones, cap. XXII.)

(3) Sobre los padecimientos con regocijo, véase nuestra obra *La Vida Feliz*, tomo II, cap. XL, § II, números 13 á 20 y también el tomo III, cap. VI; y sobre el modo de estar siempre alegres consúltese nuestra obra *Complemento á la Vida Feliz*, cap. XXXIX.

* Mas vengamos ya á nuestro segundo punto ó sea á la modestia, que es como el ornamento precioso de toda persona cristiana.

PUNTO 2.°

DE LA MODESTIA

Que vuestra modestia—dice el Apóstol, (verso 5)—*sea conocida de todos los hombres;* y después (verso 8) añade: *Hállese en vosotros todo lo verdadero, todo lo puro, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que da buena fama, todo lo que pertenece á la virtud y merece alabanza.* ¡Qué recomendación, amados míos, si nosotros acertáramos á cumplirla debidamente!

La modestia es una virtud necesaria en toda sociedad cristiana y en todo trato humano, honesto y decente; es compañera inseparable de la alegría espiritual, y á la manera que á la rosa la denominan *púrpura de la primavera,* así la modestia puede llamarse *púrpura de las virtudes.*

«Todo afecto y todo movimiento del alma—dijo Cicerón,—ha

* Carísimos hermanos míos: Si gozarse en el Señor, según acabo de indicaros y según expone A. Lápide, consiste en regocijarse, no en las riquezas, no en la salud, no en los honores, no en la sabiduría del mundo, sino en que somos cristianos, en que poseemos á Cristo, en que nos redimió del pecado, en que nos colmó de sus gracias, y en que nos promete su gloria, ¿quién no ve la infelicidad de los hombres mundanos, que carecen de fe, de esperanza y de caridad y que por lo mismo se hallan privados de tan dulces, sobrenaturales y perpetuos regocijos?

Para el buen cristiano, creer, esperar y amar constituye su gozo en la presente vida, así como el ver á Dios cara á cara será su dicha en la otra; más el infeliz que no ame, ni espere, ni crea, ¿cuál será su alegría y su consuelo? ¿Hay hombre más desdichado que un incrédulo? ¡Sin embargo! á destruir y aniquilar la fe, es á lo que se tiende en las sociedades modernas. Crueles, y más que crueles son todos los que se ocupan en tan funesta empresa, no sólo los que intentan con mano sacrílega arrojar á Cristo del corazón de los hombres y de las instituciones de los pueblos; sino también todos aquellos que pretenden conciliar entre sí el catolicismo y el liberalismo, ó sea los llamados *católico-liberales*, afirmando que *la Iglesia ó el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con la civilización moderna, con el progreso, y con el liberalismo* sin tener en cuenta que es un error expresamente condenado en la proposición 80 del *Syllabus.*

recibido de la naturaleza una expresión de rostro, un sonido de voz y una impresión que le son propios; el rostro es la imagen del alma» (1). Por lo mismo, hay en nosotros obligación de moderar y ordenar primeramente los movimientos interiores de nuestro corazón y de nuestro espíritu, y á esto se llama *modestia interior*, que debe reinar en el alma, en la inteligencia, en la voluntad, en el corazón y en todo nuestro ser espiritual, y al hombre así interiormente ordenado, ya le será fácil ser modesto en el exterior.

La modestia debe sujetar á sus leyes los ojos, los oídos, las palabras, el rostro, los pies, las manos, el porte, los movimientos, el andar, en suma, todo el hombre exterior; pero entiéndase bien que la modestia puramente exterior, no basta, como tampoco basta la que sea en todo interior, porque es menester que la una vaya acompañada de la otra, á la manera que en un reloj es preciso que marchen de acuerdo el movimiento interior de las ruedecillas, con la indicación exterior de las horas.

He aquí por qué fijándose en la actitud exterior del cuerpo, se conoce bastante el estado interior del alma, pues los movimientos visibles vienen á ser como la voz, que manifiesta los pensamientos, los deseos y los afectos invisibles. Todo esto lo expresó terminantemente el Eclesiástico cuando dijo: *Por el aspecto se conoce al hombre y por los movimientos del rostro se descubre su prudencia; el vestido y la risa y el modo con que se presenta, dan claro testimonio de lo que es el hombre* (2).

Por consiguiente, «la modestia es de grande importancia en la vida moral y social, puesto que ella gobierna al alma y al cuerpo, impide que la frente se enorgullezca, destruye el aire feroz, compone el rostro, encadena las miradas, detiene las risas descompuestas, refrena la lengua, calma la ira y suaviza el andar» (3); y como el Apóstol, divinamente inspirado, trataba de dar á los cristianos reglas fundamentales de perfección, por eso dijo á los filipenses y con ellos á nosotros: *Mirad que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres;* como diciendo:—Quiero que en el interior seáis santos, y en el exterior modestos, para que sólo con vuestra presencia deis buen ejemplo y edifiquéis á todos cuantos os vean (4).

(1) Animi imago vultus est. (Cicer., lib. III, de Orat.)

(2) Eclesiástico, XIX, 26-27.

(3) San Bernardo, *De modo bene vivendi*, cap. IX.

(4) Sobre la modestia cristiana, véase nuestra obra *La Vida Feliz*, tomo II, capítulos XIII y XIV.

Esto es también, amados míos, lo que yo quisiera de vosotros; mas para no cansaros, habré de terminar repitiendo las mismas palabras de San Pablo, á saber: *Hermanos míos, hállese en vosotros todo lo verdadero, todo lo puro, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que da buena fama, todo lo que pertenece á la virtud y merece alabanza.* Es decir:

Todo lo verdadero, sin fingimiento, ni doblez, ni mentira en vuestros labios. ¿Hay cosa más abominable que la mentira?

Todo lo puro, ó sea todo lo humilde, honesto y verecundo.

Todo lo justo, de tal suerte, que jamás hagáis á otro injuria.

Todo lo santo, separando de vuestra alma toda especie de mancha.

Todo lo amable; esto es, todo lo digno de ser amado, y todo lo que os haga agradable en el trato con vuestros semejantes.

Todo lo que da buena fama, ó sea todo lo que pueda ser edificante para vuestros prójimos.

Todo lo que pertenece á la virtud y merece alabanza; es decir, todo lo que sea virtuoso según Cristo, y todo lo que sea laudable delante de Dios y de los hombres.

Esta doctrina es la que quiero conservéis en vuestros corazones, para hoy, para mañana y para todo tiempo, á fin de que la pongáis por obra. Hagamos, pues, todos lo que sea laudable, sin buscar jamás la alabanza, sino diciendo siempre:—Sólo á Dios sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo tercero de Adviento.

Sobre la acción de gracias á Dios.

El glorioso Apostol San Pablo en su Epistola á los Filipenses, capitulo IV, comienza exhortándolos cariñosa y tiernamente á la *perseverancia* en la vida cristiana, á la *concordia*, al *gozo espiritual,* á la *modestia* (1) y después á la atenta y piadosa *oración á Dios, acompañada de acción de gracias;* propo-

(1) Vers. 1 al 5.

niéndoles por razón que *el Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)
Hermanos—les dice,—*no andéis inquietos por nada; en cualquier estado que os halléis, presentad á Dios vuestras peticiones con súplicas y oraciones acompañadas de acción de gracias; porque el Señor está cerca. (Dominus prope est.) Y la paz de Dios, que sobrepuja todo pensamiento, guarde vuestros corazones y vuestras almas en Cristo nuestro Señor.*

Esto que leemos en la hermosa Epístola de la Misa de hoy, encierra grandes enseñanzas, que un cristiano no debe ignorar; mas como ahora no podemos detenernos á grandes discursos, cual ellas reclaman, habré de concretarme á declararos dos cosas:

1.ª La acción de gracias debida á Dios.
2.ª Cuán cercano á nosotros se halla el Señor.

PUNTO 1.º

DEL AGRADECIMIENTO Á DIOS

Hermanos—dice el grande Apóstol,—*no andéis inquietos por nada* (1). ¡Sublime consejo! ¡Provechosa advertencia! ¿En qué se funda?—El mismo Apóstol lo dice: *Porque el Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)

Quiere decir:—Hermanos, no andéis afanosos y desasosegados por las cosas caducas de este mundo; todas ellas pasan brevísimamente; muy pronto habréis de dejarlas todas; cuidad mucho y con grande esmero de las cosas eternas, que Dios es vuestro Padre y os favorecerá en todo cuanto hayáis menester. *El Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)

Quiere decir:—No os acongojéis por el mal éxito de vuestros negocios temporales, porque Dios lo gobierna todo con su divina Providencia; ya vendrá pronto del cielo el divino Salvador y coronará vuestros trabajos y vuestra paciencia. *El Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)

Quiere decir:—Reparad, hermanos, que el día del Señor, ó lo que es lo mismo, el día de la muerte y del Juicio, no puede tardar, por mucho que se retrase. ¿Qué es el tiempo de esta vida, comparado con la eternidad? Casi nada. *El Señor está cerca. (Dominus prope est.)*

(1) Nihil solliciti sitis. (Ver. 6)

Quiere decir:—Que pronto, muy pronto habremos de dar cuenta á Dios de todos los bienes de naturaleza y de gracia, que benignamente se dignó otorgarnos. ¿Qué uso hemos hecho de ellos? ¿Hemos abusado de sus dones? Pensadlo bien, porque *el Señor está cerca. (Dominus prope est.)*

Quiere decir: que jamás nos aflijamos por las tribulaciones de esta vida, ni por la ingratitud de los hombres, cuando les hagamos bien; pues el Señor ve nuestro corazón, nuestro deseo de agradarle, nuestra paciencia en sufrir por su amor. El premio no puede faltar. *El Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)

Todo esto y mucho más parece decirnos San Pablo, cuando en la Epístola de hoy exclama: *No andéis inquietos por nada. El Señor está cerca. (Dominus prope est.)* *

Mas descendiendo ya á la oración, añade el Santo: *Presentad vuestras oraciones á Dios con hacimiento de gracias.* Verdaderamente; esto es preciso. No hablemos aquí de la excelencia de la oración, ni de su eficacia y omnipotencia, ni de las condiciones con que ha de ir acompañada; pues todos sabemos que la oración es una omnipotencia suplicante y que debe hacerse con *humildad, confianza, atención y perseverancia.* (1). Nos detendremos sólo *en la gratitud y alabanza* que debemos á Dios, en todos los aconteci-

* Sí, amados míos; el Señor está cerca de nosotros, y sin embargo, ¡cuántos hombres infelices se imaginan que está lejos! Dios está lejos—dicen,—porque su mansión es los cielos, y no desciende á la tierra. Dios está lejos, porque una vez creada la naturaleza y puesta en orden, no hay necesidad de suponer que está siempre con nosotros rigiendo al mundo. Dios está lejos, porque eso que llaman *Providencia* es inútil y no es necesaria la acción continua de Dios sobre el universo. Dios está lejos, porque la naturaleza se basta á sí misma, y no es menester que el Señor esté siempre auxiliándonos con sus gracias.

¡Desgraciados los hombres que así piensan! Estos son los llamados *naturalistas;* unos que niegan el orden sobrenatural, y por consecuencia todo lo que no alcance su razón; son *racionalistas,* y fueron condenados por el santo Concilio Vaticano. (De fide catholica, cap. II, can. 3.) Otros que niegan la acción de Dios sobre los hombres y sobre el mundo, y también fueron condenados en la proposición 2.ª del *Syllabus.*

A todos, pues, es preciso argüirles con la Epístola de este día y decirles con el Apóstol: *El Señor está cerca.* (*Dominus prope est.*)

(1) Sobre la oración y sus cualidades véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV capítulos IX á XXI.

mientos de esta vida, no ya en los prósperos, sino también en los adversos; según aquello del mismo Apóstol: *In omnibus gratias agite.* (Dad gracias á Dios en todas las cosas.) (Thesal., V, 18.)

Es indecible el encarecimiento con que el Santo nos exhorta á que siempre y con insistencia demos gracias al Señor. *Dad gracias á Dios*—dice—*por su don inefable. No olvidéis la acción de gracias al Señor en todas vuestras cosas. Gracias sean dadas al Hacedor Supremo, que siempre nos hace triunfar en Jesucristo; porque en todo tiempo y en todas las cosas hemos de dar gracias á Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.* (1). Y como de semejante manera se lee en multitud de pasajes bíblicos, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, forzoso es que los cristianos repitamos una y muchas veces con el santo Rey David: ¡Ah Señor! *De generación en generación os alabaremos para daros gracias. Cada día os bendeciremos y celebraremos vuestro nombre en tiempo y en eternidad* (2).

¡Qué enseñanza, amados míos, y cuán olvidada se encuentra de muchos hombres! ¿Quiénes son hoy los que en todos los acontecimientos de la vida, tanto prósperos como adversos, levantan el corazón al cielo y dicen:—*Gracias á Dios?*

Sin embargo, nada hay más preciso y nada más justo y debido. Los beneficios innumerables de Dios nos están apremiando sin cesar á darle rendidas gracias, y nos imponen el sagrado deber del reconocimiento. Ríos de gracias bajan del cielo; ríos de acciones de gracias deben subir allí, de lo íntimo de nuestro pecho. Nada más natural que nuestro corazón agradecido, diga á cada momento:—*Gracias á Dios.*

La conservación del mundo no es más que una creación continua. Semejante conservación equivale á una creación de cada instante. Todo cuanto fuera de Dios existe sería reducido á la nada, de donde salió, si el Señor retirara un momento la fuerza omnipotente de su acción creadora. Por eso es muy justo que el hombre sensato eleve de continuo sus ojos al cielo, y diga fervoroso:—*Gracias á Dios.*

Demás de esto y por decirlo de una vez, todo cuanto poseemos

---

(1) II. Cor., IX, 15.—Instate, in gratiarum actione. (Colos., IV, 2.) Deo gratias, qui semper triunfat nos in Christo. (II. Cor., II, 14.) Gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri. (Ephes., V, 20.)

(2) In generationem et generationem anuntiabimus laudem tuam (Psalmus LXXVIII, 13.) Per singulos dies benedicant tibi, et laudabo nomen tuum in saeculum, et in saeculum saeculi. (Psalm. CXLIV, 2.)

y todo lo que somos, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, tanto en la vida natural como en la sobrenatural, viene de Dios, es dádiva preciosa suya, y es preciso tener el corazón negro ó la cabeza huera para no exclamar lleno de agradecimiento:—*Gracias á Dios.*

Sí, amados míos: *Gracias á Dios*; esta debe ser la idea predominante en nuestro espíritu; éste el suspiro constante de nuestro pecho, éste el afecto amoroso de nuestro corazón; porque, en realidad, nada mejor puede abrigar nuestra alma, nada mejor expresar nuestra lengua, nada mejor trazar nuestra pluma; y es indudable que el Señor se complace sobremanera cuando nos ve reconocidos á sus favores y cuando oye de nuestros labios cristianos esta humilde alabanza:—*Gracias á Dios.*

Por último, Dios exige de nosotros manifestaciones ostensibles de gratitud, no porque las necesite para sí, sino á fin de que obtengamos para nosotros el grande mérito que ellas encierran y nos hagamos dignos de mayores auxilios y de gracias nuevas.

¡Qué insensatez la del hombre cuando á semejanza de los hijos de Ephraín, *no se acuerda de los beneficios de Dios*! (1). Bueno es que sepan y entiendan todos los hijos de Adán que la ingratitud es un viento abrasador que seca el manantial de la piedad, el rocío de la misericordia, los canales de la gracia, y que nada hay más desagradable á Dios (2). Palabra es del Espíritu Santo, que *la esperanza del ingrato se derretirá como el hielo de invierno, y correrá como agua inútil y sin provecho alguno* (3).

Esto es, en resumen, lo que me propuse deciros respecto de la *acción de gracias á Dios,* y ahora sólo resta añadir dos palabras sobre lo cercanos que nos encontramos al Señor, para eterna confusión de los *naturalistas* y de todos los impíos antiguos y modernos.

PUNTO 2.°

DE LA PRESENCIA DE DIOS

El Señor está cerca—dijo el Apóstol *(Dominus prope est).* Varias son las significaciones de esta frase bíblica, mas como quiera que ella se interprete, es para nosotros de grandísimo provecho.

(1) Obliti sunt benefactorum ejus. (Psalm., LXXVII, 11.)
(2) San Bernardo, Serm. XLI, in Cant.
(3) Ingrati enim spes, tamquam hibernalis glacies, et tabescet. (Sap., XVI, 29.)

Si por ella entendemos *la última venida del Salvador,* ocurre decir:—Señor, ¿qué haré ahora para ser salvo luego?—Y con esto sólo el deseo de obras buenas brota en nuestro corazón.

Si dicha frase la aplicamos *al momento supremo de la muerte,* en el que Dios viene á juzgarnos, diremos:—¡Ah, Señor! Tú me has ocultado el momento y la hora, para que yo lo juzgue cercano y esté preparado en toda hora y en todo momento.

Si referimos las palabras citadas de San Pablo *á los grandes Misterios del Nacimiento del Salvador,* se ofrece á nuestra consideración lo siguiente:—Jesús mío, la conmemoración de tu venida al mundo está cerca; ¿cómo me preparo yo á ella? ¿Cómo me humillo y me anonado en vista de tu humillación y anonadamiento?

En fin, si por la referida frase consideramos únicamente cuán cerca se halla el Señor de nosotros, en ese caso se ofrece á nuestro espíritu el dogma consolador de *la presencia de Dios,* con todas sus fecundas y provechosísimas enseñanzas.

¡Dios está en nosotros! ¡Nosotros en Dios! ¡Nuestra unión con Dios es íntima! ¡Hermosas y dulces verdades! ¿Quién no se regocija con ellas? Con razón dice el Apóstol: *Regocijaos en el Señor; otra vez os lo digo, regocijaos. En Dios vivimos, en Dios nos movemos y en Dios existimos. De Dios, y por Dios, y en Dios son todas las cosas; á Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén* (1).

«Dios—dijo á este propósito San Gregorio,—vive dentro de todas las cosas, está fuera de ellas, sobre ellas y debajo de ellas. Está encima de todo por su poder, debajo por la sustentación, en el exterior por su grandeza y en el interior por su sutileza. En todos los seres presidiendo sostiene y sosteniendo preside; rodeándolos penetra y penetrándolos rodea... Está, pues, encima y debajo de todo sin lugar y más allá de todo sin extensión» (2).

Esta doctrina es ciertamente magnífica y sublime, pero al mismo tiempo es abrumadora y terrible. Si Dios está en todas partes, Dios lo ve todo, lo conoce todo y lo oye todo; *nada hay oculto á sus divinos ójos.* (Hebr., IV, 13.) Cuando alguna persona peca, quiera ó no quiera, peca en la presencia del Señor; el Señor lo ve y *penetra hasta lo íntimo de los corazones y de las entrañas* (3). ¿Es posible que creyendo y sabiendo esto haya hombre tan audaz que ose ofender á Dios ante sus divinísimos y purí-

(1) In ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia. (Rom., XI, 36.) In ipso vivimus movemur et sumus. (Act., XVII, 28.)

(2) San Gregorio. *Moral.*, lib. II, cap. VIII.

(3) Scrutans corda et renes Deus. (Psalm. VII, 10.)

simos ojos? ¿Quién no teme el castigo viendo delante el Juez?

En cuanto á los tiempos, ¡ah! para Dios no hay tiempos; todo para Él es presente; todo es un eterno *hoy*. Dios es eterno y la eternidad no tiene pasado ni porvenir; todo es actual y presentísimo. *Sepan, pues, todos los hombres, que sus obras, aun las interiores y recónditas, están delante de Dios, y que nada se esconde á su vista; su mirada se extiende de uno á otro siglo, y nada es extraordinario en su presencia.* (Eccles., XXXIX, 24-25.) Esto dice el Espíritu Santo, y esto hemos de recordar nosotros.

He aquí por qué los que se mantienen en la presencia de Dios y consideran que Él los ve en todas partes y siempre, no pecan y viven santamente, tratan de agradar al Señor en todo y no se apartan un punto de su adorable y divina voluntad. No hay vida más dichosa que actuarse de continuo en la presencia de Dios, pues quien esto haga, no solamente huirá del pecado, sino que se regocijará en su espíritu, considerando que Dios le mira, y le cuida, y le protege y desea colmarle de favores. «Así como el sol alegra, ilumina, calienta, embellece, vivifica y fecundiza la naturaleza, así también la presencia de Dios alegra, ilumina, abrasa, fecundiza y vivifica el alma.» (Tesor. de Cornel.) Cabe, pues, decir con verdad, que cuando el cristiano se actúa de continuo en la presencia de Dios, asegura la gracia, la virtud, la salvación y la gloria eterna. ¡Dichoso el que así vive, y así obra, y así muere! Nada hay más provechoso para los buenos cristianos que traer siempre en la memoria y en el corazón, aquella hermosa frase del Apóstol: *El Señor está cerca. (Dominus prope est)* (1).

Por último, termina el gloriosísimo San Pablo la Epístola de hoy diciendo: *Y la paz de Dios, que sobrepuja todo pensamiento, guarde vuestros corazones y vuestras almas en Jesucristo Señor nuestro.* Esto es cabalmente lo que yo os deseo á todos, y por lo mismo termino diciéndoos con el mismo Apóstol:—Hermanos míos, *no se inquiete vuestro corazón por nada... El Señor está cerca,* y la paz de Dios os servirá á manera de centinela para defender vuestra inteligencia, vuestra voluntad, vuestro corazón, ó lo que es lo mismo, el Señor defenderá toda vuestra alma contra los temores y ansiedades de esta vida. El Señor os conceda esta gracia y después su consumación en la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

---

(1) Sobre el dogma consolador y fecundo de la inmensidad de Dios, puede verse nuestra obra *Maravillas divinas,* tomo I, cap. XIII.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo cuarto de Adviento.

Sobre las relaciones entre los Sacerdotes y los fieles.

En tiempo del Apóstol San Pablo habíase suscitado entre los fieles de Corinto un cisma, diciendo unos: *Yo soy de Pablo; otros: Yo soy de Apolo; y otros: Yo soy de Cefas*, formando unos de otros juicios temerarios. El grande Apóstol á fin de cortar este abuso, les escribió una Epístola, diciéndoles entre otras cosas, lo siguiente: *Hermanos míos: Procuremos que cada uno de los hombres nos considere como ministros de Cristo y dispensadores de los Misterios de Dios. Lo que se exige á los dispensadores es que sean fieles. En cuanto á mí poco me importa ser juzgado por vosotros ó por otro cualquiera, pues ni aun yo me juzgo á mí mismo. Nada me arguye mi conciencia, mas no por eso me creo sin falta; que el Señor es quien me juzga. Por lo cual, hermanos, no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que aclarará lo que está oculto en las tinieblas y descubrirá los secretos de los corazones, y entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que le sea debida.* (I Cor., IV, 1 al 5.)

Así, amados míos, se expresa el Apóstol en la Epístola de la Misa de hoy, y en ella nos muestra claramente tres cosas:

1.ª Que los fieles de la Iglesia han de honrar á los sacerdotes mirándolos como ministros de Cristo y dispensadores de sus Misterios.

2.ª Que los sacerdotes por nuestra parte, hemos de ser fieles en el desempeño de nuestro sagrado Ministerio, procurando el bien espiritual de las almas que nos son encomendadas.

3.ª Que nadie puede lícitamente formar juicios temerarios de sus prójimos y menos de los sacerdotes.

Ampliar los dos puntos primeros con las mismas palabras de

dicha Epistola es lo que ahora me propongo, y al efecto declararé dos cosas:

1.ª **Cómo han de ser considerados los sacerdotes.**
2.ª **Cómo los sacerdotes desempeñan su sagrado Ministerio.**

PUNTO 1.º

DELA HONRA Y VENERACIÓN DEBIDA Á LOS SACERDOTES

La palabra *sacerdote* quiere decir *cosa sagrada;* ya porque es consagrado solemnemente para el servicio divino, ya porque tiene por oficio enseñar los Misterios sacrosantos, ya porque administra los santos Sacramentos á los fieles cristianos, ya porque ofrece el santo Sacrificio de la Misa, ya porque es mediador entre Dios y los hombres, dándoles las cosas divinas (1); y bajo todos estos aspectos quiere el Apóstol que los fieles honren y veneren á los sacerdotes, y por eso dijo: *Así, de esta manera nos ha de considerar el pueblo fiel, como ministros de Cristo y dispensadores de los Misterios de Dios.*

Verdaderamente, nada hay más justo y puesto en razón que sean honorificados y venerados en la tierra los que tienen por oficio dispensar á los hombres los bienes inefables del cielo. Y no se diga que hay algunos sacerdotes malos y de no muy sanas costumbres, porque aquí no se trata de las culpas que como hombres pueden tener en particular, sino *de su misión sagrada* en cuanto son legados ó embajadores de Dios, pues en tal concepto *deben ser venerados y honrados* por consideración á Dios que los envía y á quien con toda verdad representan. Quien dice sacerdote, dice hombre de Dios y su dignidad más que humana, es angélica, y más que angélica, divina (2).

Contestes se hallan en este punto las sagradas letras y los testimonios de los santos Padres de la Iglesia. Allá desde muy antiguo, leemos en el Eclesiástico: *¡Oh hombre! Con toda tu alma teme á Dios y reverencia á sus sacerdotes. Con todas tus fuerzas ama á Aquel que te hizo, y no desampares á sus ministros. Honra á Dios con toda tu alma, y da honor á los sacerdotes y purifícate con los brazos.*

(1) Véase S. Tom. p. 3, q 22, a. 1.

(2) Qui sacerdotem dixit, prosus divinum insinuavit virum; angelica, imo divina est dignitas. (San Dionisio, De Coelest. hier., cap. III.)

(Eccles., VII, 31.) Lo cual ciertamente es como si Dios dijera: —¡Oh cristianos! hay en vosotros una obligación estricta de reverenciar á los Sacerdotes, mis enviados, y mis representantes y así como ellos se ocupan en vuestro bien, así vosotros no podéis en conciencia dejar de suministrarles lo necesario para su debido alimento y decoro de su estado. Esto exige la equidad y la justicia, pues quien sirve al altar ha de sustentarse del altar. ¿Es justo que al sacerdote se le pidan trabajos y sacrificios y que después carezca de lo necesario y viva en la indigencia? ¿Cómo ha de conservar el Clero la dignidad y la rectitud que su elevado cargo le impone, si se ve impelido por la necesidad casi á mendigar el sustento? La pobreza no es vileza; mas para sostener firmemente la dignidad y el decoro del estado, es preciso no verse oprimido por la miseria y la calamidad.

Pues bien; si los textos aducidos fueron dichos del sacerdocio en la Antigua Ley, sombra de la Nueva, ¿qué habrá de decirse hoy en pleno Evangelio, cuando los sacerdotes representan al mismo Jesucristo, y cuando el fiel desempeño de su sagrado Ministerio les exige que, como buenos pastores de almas, den hasta su propia vida por la de sus ovejas? (1). ¿Qué reverencia, qué honor y qué atenciones en su sustento y decoro merecerán hoy por parte de los fieles, toda vez que, según San Pablo, *todo Pontífice* (todo sacerdote) *tomado de entre los hombres, es puesto en beneficio de los mismos hombres en aquellas cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados?* (Hebr., V, 1.) ¿No es digno todo operario de recibir su merced? ¿Es posible que el clero viva del aire y que se alimente del desprecio? *

* Sin embargo, esto es lo que hoy se pretende por muchos. Desconocen los inmensos beneficios que el sacerdocio católico prodiga á las Sociedades; no ven en la Iglesia y en sus ministros la acción sobrenatural de nuestro Señor Jesucristo, sacrificándose por el bien de los pueblos; sólo miran en ella y en los sacerdotes los enemigos constantes de las *libertades modernas,* y por eso odian á la Iglesia y al Clero, y les persiguen y les merman cuanto pueden los elementos de vida para que sucumban ante el hambre y la miseria. Quieren á todo trance, como ya os dije en otra ocasión, que la Iglesia se reconcilie solemnemente con dichas libertades de perdición. «*El Romano Pontífice*—dicen—*puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna*», y no conocen que esto es imposible, por ser intrínseca-

(1) Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis. (Joann., X, 11.)

«*En cuanto á mí*—dijo San Pablo á los de Corinto—*todo lo daría con regocijo y me daría aun á mí mismo por vuestras almas* (1). Este es cabalmente el espíritu del sacerdocio católico, esta es la voz de los sacerdotes en todo el orbe cristiano, esto es lo que estamos presenciando todos los días con asombro de los impíos é incrédulos, y esto se repetirá siempre en la Iglesia de Jesucristo, sacrificándose diariamente millares de sacerdotes por el bien de las almas, de las familias y de los pueblos. ¿Hay, por ventura, personas más dignas de ser veneradas, honorificadas y atendidas en sus necesidades corporales? He aquí por qué en la Epístola de la Misa de hoy nos dice el Apóstol de las gentes: *Hermanos, justo es que cada uno de los hombres nos mire y considere como Ministros de Cristo y dispensadores de los Misterios de Dios.*

Y si dejando las sagradas Escrituras, oimos á los Santos y Padres de la Iglesia, asombran los elogios con que encarecen la dignidad sacerdotal, y la veneración y estima en que quieren la tengamos. «¡Oh Sacerdotes de Dios!—exclama Casiano.—Si contempláis la elevación de los cielos, estáis aún más elevados; si consideráis la grandeza de los Reyes, sois más grandes; sólo sois inferiores á Dios vuestro Creador.» (*Cassian. in Catal. glor.*) «El Sacerdocio ocupa un lugar intermedio entre el hombre y Dios; es menor que Dios, pero mayor que el hombre» (2). Verdaderamente es digna de toda veneración la preeminencia de los sacerdotes, en cuyas manos encarna, digámoslo así, el Hijo de Dios, no una sola vez como en el seno purísimo de la Virgen, sino muchas veces y en diversos tiempos y lugares (3).

He aquí cómo se expresan los Santos respecto del sacerdocio; y como esta voz es unánime en todos, habremos de terminar esta prueba, diciendo: ¡Oh cristianos! reparad bien la dignidad del sacerdote; no es humana, sino divina, porque ejercita funciones propias de sólo Dios. Dios únicamente perdona los pecados y al sacerdote le fué otorgada esta asombrosa potestad; en tal concepto

---

mente malo y una de las proposiciones (Prop. 80), condenadas en el *Syllabus*. Mas dejemos esto para llorarlo en silencio y volvamos á nuestra Epístola.

---

(1) Ego libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris. (II Cor., XII, 15.)

(2) Sacerdos inter Deum et hominem medius constitutus: minor Deo, sed major homine. (El Papa Inocencio III, Serm. 2.° in consecrat. Pontif.)

(3) San Agustín, Homil. II, Psalm. XXXVII.

es como un dios terreno, y merece por lo tanto honores más que humanos.—¿Decís que es hombre perverso é indigno?—No importa; siempre es dispensador de las divinas gracias; siempre santifica las almas perdonando las culpas; siempre es coadjutor de Jesucristo en la obra de la Redención; siempre consagra y hace que se halle en la Hostia el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Cristo nuestro Señor; siempre conserva la dignidad sacerdotal y siempre merece ser venerado y honorificado. *El don del sacerdocio aventaja á todo humano pensamiento, y el que honra al sacerdote, honra á Jesucristo, así como el que le desprecia, á Jesucristo desprecia,* que por algo hubo de exclamar el Espíritu Santo dirigiéndose á los sacerdotes: *El que os tocare á vosotros es como tocarme en la pupila de mis ojos* (1).

Mas pasemos ya al segundo punto, porque en el versículo primero de la Epístola de hoy, que venimos exponiendo, no sólo habla el Apóstol á los fieles para que honren á los sacerdotes, sino también á los sacerdotes para que prodiguen los Misterios de Dios á los fieles. Quiero, amados míos, indicaros también nuestras obligaciones como pastores de las almas, para que se despierte en vuestros corazones el agradecimiento á la Iglesia católica, y sepáis amarla y apreciar tan excelsos dones y tan señalados beneficios.

PUNTO 2.°

DE LA SANTIDAD Y OFICIOS DEL ESTADO SACERDOTAL

Hermanos—dijo el Apóstol,—*así nos han de considerar los hombres, como ministros de Cristo y dispensadores de sus Misterios.* Palabras divinas y de doble sentido que equivalen á decir: «Hermanos, lo que debéis creer de nosotros, los sacerdotes, es, que somos siervos y ecónomos del gran Padre de familias, esto es, de Cristo nuestro Señor, escogidos por El, para dispensar sus dones, sus Misterios, su Doctrina y sus Sacramentos á los miembros de la misma familia (Scio).» Por tanto, cuidad mucho de no faltarles jamás al respeto, antes bien, los habéis de honrar y reverenciar

(1) Excedit omnem cogitationem donum dignitatis sacerdotalis. (S. Efren, De Sacerd.)—Qui honorat sacerdotem, honorat Christum; et qui injuriat sacerdotem injuriat Christum. (S. Chrisost., Homil. XVII, in Matth.)—Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit. (Luc., X, 16.)—Qui tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei. (Zachar., II, 5.)

como á ministros del Salvador y como á dispensadores de los bienes celestiales, que son vuestro tesoro y vuestra dicha. Pero al mismo tiempo las palabras citadas se encaminan á nosotros, los sacerdotes, y es como decirnos:—Hermanos, cuidad mucho de conduciros de tal manera, que el pueblo os vea santos y os considere como ministros de Dios. No os gloriéis entre los hombres por poseer tan excelsa dignidad (1); acordaos que *sois solamente ministros* de Dios; servidores, no señores; administradores, no propietarios, y que habéis de dar estrechísima cuenta de vuestra administración; por lo cual vosotros mismos habéis de estar siempre temerosos y humillados bajo la potente mano de Dios.—Esto significan las palabras del Apóstol.

¡Qué lección para nosotros los sacerdotes! Y para que se nos queden bien impresas en nuestro ánimo, añade á continuación el mismo Apóstol: *Porque ahora lo que principalmente se requiere en los sacerdotes es que sean fieles.* (Ver. 2.)

¡Fieles! ¿En qué consiste esta fidelidad que el Señor nos exige? —Yo os lo diré, hermanos míos, porque no trato de ocultaros la tremenda responsabilidad que pesa sobre nosotros al titularnos SACERDOTES, PADRES y PASTORES de vuestras almas.

Somos SACERDOTES y debemos ser santos.

Somos PADRES de almas y debemos miraros como hijos.

Somos PASTORES y debemos daros pastos saludables.

Debemos ser santos, no sólo porque santo es nuestro Padre celestial, sino porque, según San Pablo, *el sacerdote ha de ser irreprochable, como el dispensador de Dios; nada arrogante, nada colérico, nada violento, nada ávido de ganancias injustas; sino hospitalario, amante del bien, sobrio, justo, santo y continente* (2).

Debemos ser santos, porque la Iglesia nuestra Madre así lo encarga, diciendo: *Es preciso que en los sacerdotes todo sea santo, y que su porte, sus gestos, sus conversaciones y todas las demás cosas estén llenas de gravedad é inspiren sentimientos piadosos* (3).

Debemos ser santos, porque siendo elegidos por Cristo, como mediadores entre Dios y los hombres, nada más necesario que

(1) Nemo glorietur in hominibus. (Cap. III, 21.)

(2) Tít. I, 7-8. El Apóstol en este lugar bíblico habla con Tito, que fué Obispo, mas ¿quién duda que se refiere también á los sacerdotes, puesto que el episcopado no es más que la plenitud del sacerdocio?

(3) Decet omnino clerico, in sortem Domini vocatos, vitam moresque componere, ut habitu, gestu, sermone, aliisque rebus, nisi grave ac religione plenum prae se ferant. (Trident. Sess. XXII, cap. 1.)

ostentar una conciencia pura ante el Señor y una fama buena entre los mismos hombres. (S. Thom., Suplem., q. 26, a. 1 ad 2.)

Debemos ser santos, porque siendo nuestro ministerio enseñar y santificar á los demás, es muy razonable que seamos puros para purificar á otros; sabios, para comunicar la sabiduría; soles, para iluminar á los pueblos; cercanos á Dios, para llevar á Él las almas, y perfectos, para ofrecernos como modelos de toda perfección. (S. Gregor. Nazianc.)

Debemos ser santos, porque santos son todos nuestros ministerios; y preciso es que la mano que toca el cuerpo sacratísimo de Jesús sea santa, y santa la lengua que consagra, y santos los labios que se enrojecen con la sangre inmaculada del Cordero, y santo todo nuestro ser, brillando más que el sol en perpetuas generaciones.

Santos, en suma, debemos ser, porque eso y nada menos es lo que el Apóstol San Pablo, en la Epístola de hoy, y divinamente inspirado, nos encarga diciendo: *Así nos han de considerar los hombres, como ministros de Cristo y dispensadores de sus Misterios.* Pues bien, amados míos; si no todos somos santos, procuramos serlo, y esto basta para que el Señor se complazca en nuestros ministerios.

Pero os decía además, que siendo PADRES de vuestras almas os hemos de mirar como hijos. ¿Y qué otra cosa hacen diariamente en la Iglesia de Dios los buenos sacerdotes? Hijos nuestros sois muy queridos y os llevamos dentro de nuestro corazón; hijos amadísimos, por cuyo bien nos desvelamos sin cesar.

Por vosotros oramos noche y día, rogando al eterno Padre que os conceda todo género de felicidades, corporales y espirituales, temporales y eternas.

Por vosotros ofrecemos diariamente el santo Sacrificio de la Misa, hacemos descender del cielo al Hijo del Eterno, y os le damos en alimento para vuestras almas, como el manjar más regalado que un padre puede dar á sus amadísimos hijos.

Por vosotros nos hallamos dispuestos á trabajar incesantemente y á soportar toda suerte de penalidades, ya en el púlpito, ya en el confesonario, ya en la catequesis, ya en la promoción de obras de misericordia, ya á la cabecera de los enfermos... diga lo que quiera la impiedad que nos aborrece.

Por vosotros defendemos con ardor el reino de la verdad y de la justicia, por más que, como dijo San Pablo, nos hallemos rodeados de peligros en todas partes y de todas maneras; siendo

nuestro lema, á imitación de Jesucristo, HACERNOS TODO PARA TODOS PARA SALVAR Á TODOS. *En cuanto á mí*—dijo el Apóstol—*todo lo daría con regocijo, y me daría aún á mí mismo por vuestras almas,* y esta es la expresión fiel y constante del sacerdote católico en toda la redondez de la tierra. (II Cor., XII, 15.)

Por vosotros, en suma, somos como ángeles terrenos, dispuestos á sufrirlo todo por llevaros al cielo, y nos complacemos en repetir una y muchas veces con San Pablo: *Hermanos, somos atribulados por daros consuelo y salvaros...; y si vosotros os gloriáis en tener tales Padres, nosotros nos gloriamos en tener tales hijos. Sois nuestra gloria y nuestro regocijo en Cristo Jesús* (1).

Por último, además de ser vuestros SACERDOTES y vuestros PADRES, somos vuestros PASTORES, y esto, de tal suerte, que, como dijo Jesucristo, *el buen pastor da hasta su vida por la de sus ovejas.* Vigilamos día y noche por vuestro bien como los pastores por su rebaño, y si es preciso imitamos á Jacob cuando dijo de sí mismo: *Estuve expuesto al calor y al frío, y el sueño no cerraba mis párpados.* (Génes., XXXI, 40.)

He aquí, en resumen, lo que me propuse deciros sobre la Epístola de este día. El Apóstol habla á los sacerdotes y juntamente á los fieles; habla á los pastores y también á las ovejas; habla á vosotros y al mismo tiempo á mí; quiere que seáis buenos hijos y que yo sea buen Padre. Habla á todos los sacerdotes amonestándonos que seamos fieles al Señor, que busquemos la gloria de Dios, no la nuestra; que procuremos la salvación de las almas primero que nuestras conveniencias; que hagamos á los cristianos súbditos de Dios, no súbditos nuestros; que distribuyamos los tesoros de su divina gracia á quien la merezca y que no demos lo santo á los indignos. Habla á todos los fieles para que amen, veneren y honren á los sacerdotes, para que nunca jamás murmuren de ellos ni los persigan ni calumnien, antes bien les atiendan y ayuden con todo lo necesario para su decorosa y debida sustentación. Y á todos el santo Apóstol parece decirnos: *Buscad, en primer lugar, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.* Quien esto hiciere tendrá paz cumplida en este mundo y después la gloria eterna en el otro. Amén.

(1) II Corint., I, 6 y 14.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo cuarto de Adviento.

Sobre los juicios temerarios.

EL glorioso Apóstol San Pablo, sabedor de que entre los fieles de Corinto se había suscitado un cisma con ocasión de los milagros del Evangelio y de los Sacramentos, erigiéndose algunos en jueces del mérito de sus maestros, rebajando á los demás con juicios temerarios y comparaciones odiosas, les escribió una hermosa Epístola, en la cual después de amonestarles á que honraran y veneraran á los sacerdotes, ministros de Jesucristo y dispensadores de sus Misterios, les habla de esta manera: *Hermanos, en cuanto á mí poco me importa ser juzgado por vosotros ó por cualquiera, pues ni aun yo me juzgo á mí mismo. Nada me arguye mi conciencia, mas no por eso me creo sin falta; que el Señor es quien me juzga. Por lo cual, hermanos, no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que aclarará lo que está oculto en las tinieblas, y descubrirá los secretos de los corazones y entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que le sea debida*. (I Corint. IV, 3 al 5.)

Tales son las consideraciones que el grande Apóstol oponía á los juicios temerarios de aquellas gentes, y en verdad que después de diecinueve centurias de años todavía es de sumo interés que las recordemos nosotros, porque se ha hecho costumbre pésima en nuestras sociedades juzgarlo todo, y examinarlo todo, y hablar de todo, á veces tan sin tino y razón, que es gran lástima entre cristianos. Dos cosas, pues, importa considerar aquí.

1.ª Cómo hemos de despreciar los juicios de los hombres.
2.ª Cómo hemos de cuidar de no formar juicios temerarios.

PUNTO 1.°

SOBRE EL DESPRECIO DE LOS JUICIOS HUMANOS

Refiere San Juan Crisóstomo que en tiempo de San Pablo los fieles de Corinto juzgaban y disputaban sobre el mayor ó menor mérito de sus Doctores, mofándose de los varones santos y piadosos, tachándolos de simples, al mismo tiempo que elogiaban y tenían por grandes hombres á los que mostraban elocuencia en sus conversaciones ó discursos. El grande Apóstol, ardiendo en celo santo por la gloria de Dios y el bien de sus discípulos, para que huyeran de semejante vicio, se puso por ejemplo á sí propio y les dijo: *Hermanos, en cuanto á mí poco me importa ser juzgado por vosotros ó por otro cualquiera* (1), *pues ni aun yo me juzgo á mí mismo*. (Ver. 3.) Lo cual fué como decirles:—Hermanos, es preciso despreciar el juicio que de nosotros pueden formar las gentes, porque no somos mejores porque nos juzguen bien, ni peores porque nos juzguen mal; lo que somos delante de Dios eso somos, y no otra cosa. En cuanto á mí, no me cuido de los juicios humanos, porque sé que ni aun á mí mismo me puedo juzgar bien. ¿Qué caso he de hacer de los juicios que de mí formen los demás, cuando estoy viendo que ni aun puedo juzgar con acierto lo que pasa en mi interior? Ciertamente, *yo no conozco en mí culpa alguna, mas no por eso me considero libre de ella.* ¿Quién sabe si seré yo infiel á Dios en mi propio Ministerio? *¿Quién entenderá los pecados?*—dijo David.—Y *aun en los ángeles encontró el Señor malicia*, leemos en Job (2).

Esto dijo el santo Apóstol, y en verdad que es una lección tremenda para todos aquellos que se imaginan ser buenos y que han llegado al colmo de la perfección en esta vida. ¡Cuánto mejor y más humilde y más seguro es que entren en los sentimientos del Apóstol y digan con él: *De nada me arguye mi conciencia; mas no por eso me creo justificado; porque el Señor es quien me juzga. (Qui autem judicat me Dominus est.)*—Así, de este modo debemos pen-

(1) Mihi autem pro minimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die.—Nótese que el día humano ó *día del hombre*, se toma en las santas Escrituras por el *Juicio del hombre*.—Dies hominis, judicium est hominis. (San Ambrosio.) Sobre este punto puede consultarse á Piconio en su *Triplex expositio.*

(2) Delicta quis intelligit? (Psalm., XVIII.)—In angelis reperit pravitatem. (Job., IV, 19.)

sar y hablar todos los cristianos, porque en verdad Dios es el único que puede formar de nosotros un juicio cierto y exacto de lo que somos y valemos. El es el único que penetra y comprende bien lo íntimo de nuestro corazón; el único que jamás yerra, ni se equivoca; el único que juzga enteramente libre de pasiones; y por consiguiente, el único á quien hemos de dejar el juicio de todo (1).

Poquísimo, pues, han de importarnos los juicios que de nosotros formen los hombres: 1.° Porque, hagamos lo que hagamos, *es imposible* complacer á todos, puesto que ni aun el mismo Dios hecho hombre fué aplaudido de todos.—2.° Porque *es vano* temer los juicios de dichos hombres, toda vez que no somos más santos si nos alaban, ni más malos si nos vituperan.—3.° Porque *es dañoso* para nuestro espíritu el turbarnos por los juicios siniestros de otros. ¡Cuántas veces se obra imperfecta ó desordenadamente, ó se omiten las obras necesarias, solo por el respeto humano y que no se forme de nosotros mal juicio! Mucho interesa que, recordando la Epístola de hoy, digamos una y muchas veces con el Apostol: *En cuanto á mí poco me importa ser juzgado por vosotros ó por otro cualquiera, pues ni aun yo me juzgo á mí mismo.*

Nótese bien la expresión de San Pablo: no dice él que *estima en nada* los juicios humanos referentes á su persona, sino que *le importan poco*; como diciendo:—Yo despreciaría los juicios ajenos, si la caridad no me obligara á cuidar del buen nombre.—Así lo entendió también el glorioso San Francisco de Sales cuando dijo en su *Vida devota* (p. 3.ª, cap. VII): «La obligación de mantener la buena fama y hacernos dignos de ser estimados, fortalece el ánimo generoso con una poderosa y dulce violencia; pero no por eso hemos de ser excesivamente delicados para conservarla; siendo puntillosos sólo conseguiríamos perderla. Así los cristianos sólidos y verdaderos desprecian por lo común las avenidas de las lenguas maldicientes, en tanto que los flacos se inquietan á cada paso. Hemos de ser celosos, mas no idólatras de la buena fama, y así como es justo no ofender la vista de los buenos, así también es necedad querer contentar la de los malos.»

Esto no impide el que nosotros procuremos evitar los malos

---

(1) Cum in multis rebus, offendamus omnes, majorem tamen offensarum partem ne intelligimus quidem. Idcirco Apostolus dicebat: *Nihil mihi conscius sum, sed in hoc justificatus non sum;* quod idem est ac si diceret. «Multa delicta committo, quae committere me non intelligo.» Propter quod causam etiam Propheta ait: *Delicta quis intelligit?* Quare nihil mentitus sis, si te peccatorem appellaveris. (San Basil. in Constitut. monach, cap I.)

juicios que de nosotros pueden formar los hombres, *en cuanto por ellos sufra menoscabo la gloria de Dios ó la salvación del prójimo.* «Es cierto—añadió el mismo San Francisco de Sales—que la humildad despreciaría la fama si la caridad no hubiera menester de ella; pero como uno de los fundamentos de la sociedad humana es la reputación, sin la cual no sólo seríamos inútiles, sino también perjudiciales al público, por el escándalo que recibiría, de ahí nace el requerir la caridad y consentir la humildad que nosotros deseemos y conservemos con toda diligencia el buen nombre; y aun debemos exigir una reparación de quien injustamente nos le quite, por requerirlo así la pública edificación de nuestros semejantes. Mas vengamos ahora al segundo punto, que es sobremanera luminoso y necesario

PUNTO 2.°

DE CÓMO SE HAN DE EVITAR LOS JUICIOS TEMERARIOS

Hermanos—continúa diciendo San Pablo en su Epístola,—*no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que aclarará lo que está oculto en las tinieblas y descubrirá los secretos de los corazones, y entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que le sea debida.* ¡Hermosas palabras! Detengámonos un momento á considerarlas; pues á todos nos es provechoso comprender bien su profundo sentido.

No juzguéis—dice,—*antes de tiempo, sino esperad hasta que venga el Señor.*» Nótese que no prohibe el Apóstol *juzgar,* sino *juzgar antes de tiempo.*

Antes de tiempo juzga el que sin causa legítima y sin autoridad competente forma juicio siniestro de las costumbres y de las acciones de sus semejantes; de donde se sigue que quien tenga certeza de un hecho malo, y le incumba por su oficio corregirle, ha llegado su tiempo, y debe juzgarle y reprimirle, y castigarle si es preciso, pues en ello ejerce un acto de justicia y de corrección fraterna laudable.

Antes de tiempo juzga el que por leves conjeturas é indicios afirma que es mala y pecaminosa alguna acción del prójimo, y á esto se llama *juicio temerario,* ó lo que es lo mismo, *detracción interna,* en cuanto disminuye en su interior la fama de otro, cosa

prohibida por nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo: *No juzguéis según lo que aparece, sino juzgad justo juicio* (1).

Antes de tiempo juzga quien viendo en el prójimo una acción de suyo indiferente, interpreta que fué hecha con mal fin, porque no cuenta con datos suficientes, y lo malo no ha de presumirse á no ser que sea patente (2).

Antes de tiempo juzga el que, presenciando una acción aparentemente buena y virtuosa, forma de ella un juicio siniestro, y á éstos les comprende de lleno aquella sentencia de Isaías: *¡Ay de aquellos que llaman á lo malo bueno y á lo bueno malo, tomando las tinieblas por luz y la luz por tinieblas* (3).

Antes de tiempo juzga quien por un solo acto vicioso que observa en su prójimo, afirma que lo hace habitualmente. No porque un hombre se embriague una vez hemos de decir que es uno de los adoradores del dios Baco.

Antes de tiempo juzga el que, viendo á una persona viciosa, afirma que lo es igualmente toda la comunidad á que pertenece. ¡Cuántos de estos juicios hay en el mundo, en especial si se trata de personas consagradas á Dios!

Finalmente, antes de tiempo juzga todo el que para formar juicio desfavorable de sus semejantes no aguarda á que venga el día del Juicio. Ahora no podemos juzgar perfectamente á nadie porque no penetramos su interior, y por eso el Apóstol, iluminado con luz celestial, dijo: *No juzguéis antes de tiempo, sino aguardad hasta que venga el Señor;* es decir, esperad hasta que llegue el día en que Cristo nuestro Señor descienda del cielo en Trono de excelsa majestad para juzgar á todos los hombres. *Entonces*—añade,—*aclarará todo cuanto ahora se halla oculto en las tinieblas;* entonces aparecerán patentes á los ojos de todos aun las acciones más recónditas de los hombres, ya buenas, ya malas, ya pésimas, ya óptimas ó medianas; entonces descubrirá, y veremos como en un espejo, los afectos, los deseos, las intenciones, el fin y la voluntad con que fueron hechas cada una de nuestras obras; *entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que le sea debida,* esto es, más ó menos, según fuere el mayor ó menor grado de mérito en nuestras acciones buenas; entonces también se verán clarísimas las maquinaciones

(1) Nolite judicare secundum faciem, sed justum judicium judicate. (Joannem, VII, 24).

(2) Malum non praesumitur, nisi probetur.

(3) Vae, qui dicitis malum bonum, et bonum malum, ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras. (Isa., V, 20).

ocultas de los impíos, las maldades internas de su corazón, y el Señor las juzgará y dará á cada uno el tormento que en realidad merezca; entonces será el día del Juicio, el día del Señor, el día de la luz, el día en que desaparezcan todas las tinieblas, y en que podamos juzgar, porque veremos las cosas tal como son, lo cual hoy es imposible. En tanto que llega aquel día, suspendamos el juicio, no juzguemos antes de tiempo, porque juzgaremos sin conocimiento de causa y sin misión de Dios, lo cual es una iniquidad, á menudo una injusticia, y una injusticia á veces irreparable.—*Nolite ante tempus judicare.*

Consideremos esto bien, amados míos, porque ahora no conocemos bien al que juzgamos, no vemos su interior, ignoramos cuál ha sido su intención, intención que tal vez le justifica. Y aun suponiendo que su crimen sea manifiesto, no sabemos si se habrá arrepentido ya, ó si habrá de arrepentirse luego, ó si será uno de los que adorarán á Dios en el cielo, quizá en grado superior á nosotros. Por lo mismo, yo os digo con Jesucristo: *No juzguéis para que no seáis juzgados, pues con el juicio que juzgáreis á los otros se os juzgará á vosotros mismos, y con la medida que midiereis seréis medidos* (1).

«Tres—dijo Santo Tomás,—son las condiciones para que nuestros juicios sean lícitos: primera, que lo hagamos por amor á la justicia; segunda, que sean con arreglo á una recta razón de prudencia; tercera, que nos hallemos revestidos de autoridad para ello» (2). Siempre que falte alguna de estas condiciones, nuestros juicios serán inicuos, reprobados por el Evangelio y reservados al juicio terrible del Señor. ¿Qué serán, pues, los juicios en los cuales no concurran ninguna de dichas tres condiciones?

¡Sin embargo, hay muchas gentes que se tienen por buenas y juzgan diariamente de su prójimo, sin reparar en nada de lo dicho! ¿Qué juicio les espera á ellas en el Tribunal de Dios? Forzoso es decirlo. La mayor parte de los juicios desfavorables que formamos de nuestros prójimos es por pasión y no por amor á la justicia; es sin conocimiento de su interior, ó lo que es lo mismo, sin datos suficientes para juzgar con acierto; es, en fin, sin autoridad legítima, y aun contra la expresa autoridad de Dios, que nos dice: *No juzguéis. (Nolite judicare.)* He aquí, en resumen, la iniquidad

(1) Nolite judicare, ut non judicemini. In quo enim judicio judicaveritis, judicabini; et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis. (Matth., VII, 1-2.)

(2) Tria requiruntur..... ut procedat ex inclinationae justitiae..... secundum rectam rationem prudentiae .... ex autoritate praesidentis. (II, Quaest. 60).

que San Pablo trata de evitar con su Epístola, cuando dice: *No queráis juzgar antes de tiempo. (Nolite ante tempus judicare.)*

Saquemos, pues, en consecuencia de todo lo dicho, que nunca hemos de juzgar ni acusar á los demás, sino antes bien, nos ocuparemos en juzgarnos y culparnos á nosotros mismos. Los dos vicios más ordinarios y más universalmente extendidos en las sociedades, son el exceso de severidad para con los prójimos y el exceso de indulgencia para con nosotros mismos. Vemos la paja en el ojo ajeno, y no vemos la viga atravesada en el nuestro. Quitemos primero la viga de nosotros, y luego con caridad podemos pensar en las pajitas de nuestros hermanos.

Jamás hemos de juzgar ligeramente, sino siempre con lentitud y prudencia. Aquél que juzgamos caído, tal vez esté en pie, y aquél cuya caída miramos como próxima, es posible que no caiga nunca. Aquél que nos parece culpable, tal vez ocupe en el cielo un lugar más distinguido que nosotros.

Disculpemos siempre, y en cuanto sea posible, á nuestros semejantes; si no podemos disculpar la acción, disculpemos á lo menos la intención. Supongamos que nuestro prójimo ha pecado por ignorancia, por engaño, por casualidad..... Y si el hecho fuere tan cierto que excluya toda duda, esforcémonos al menos en atenuar su falta, diciendo: El diablo es muy astuto; la tentación ha sido demasiado violenta. ¿Qué habría sido de mí si me hubiese combatido con tal fuerza (1).

Obrando de esta manera cumpliremos el precepto de Jesucristo, andaremos en caridad, seguiremos el consejo del Apóstol, y Dios nuestro Señor, único Juez de vivos y muertos, nos galardonará con eterna recompensa en las mansiones inefables de la gloria. Amén.

(1) Sobre los juicios temerarios, véase nuestra obra *Ley de amor*, tomo 2.°, capítulo XXV.

HOMILIA 1.ª

Para el día de la Natividad de N. S. J.

Sobre el don de Cristo nuestro Señor.

HERMANO mío carísimo: *La gracia de Dios, Salvador nuestro, se ha manifestado á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo, sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos para sí como pueblo agradable, seguidor de buenas obras. Predica estas cosas, y exhorta y reprende con toda autoridad.* (Tit., II, 11 al 15.)

Estas hermosas palabras, amados míos, que constituyen la Epístola de la Misa en la presente festividad, son dignas de ser atentamente consideradas y de retenerlas para siempre en lo íntimo de nuestro corazón. En ellas encarga á Tito, el gran Apóstol de las gentes, que predique la venida de Jesucristo y sus Oficios divinos á todos los hombres, ricos ó pobres, libres ó esclavos, jóvenes ó ancianos; ó sea, que Cristo es nuestro *Salvador*, y también *Obispo* y *Maestro* de nuestras almas, que vino á enseñarnos á todos, con su doctrina y ejemplo, el camino de la eterna salud (1).

Por tanto, nosotros los Sacerdotes, al llegar este día, tenemos el imprescindible deber de enseñar ó recordar á los fieles tan

(1) Apparuit *enim* gratia Dei Salvatoris. «La partícula *enim*—dicen los sagrados expositores—une esta proposición con las anteriores, mostrando que esta doctrina ha de ser enseñada á todos los hombres.»

sublimes y consoladoras verdades, pues á nosotros, en la persona de Tito, nos fué dicho: *Predica estas cosas y exhorta y reprende con toda autoridad, sin que nadie sea osado á despreciar vuestra enseñanza.* Mas como el asunto es largo y el tiempo corto, me concretaré en este día á explicaros sencillamente dos cosas:

1.ª Que el Niño recién nacido es la gracia de las gracias.
2.ª Que viene á enseñarnos con su doctrina y ejemplos.

PUNTO 1.º

CÓMO EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO ES LA GRACIA DE LAS GRACIAS

Desde el principio del mundo todas las almas justas que estaban en la tierra y las que moraban en el limbo deseaban y pedían ardientemente el Mesías prometido. *Señor*—dijo Moisés—*yo os ruego que enviéis al que habéis de enviar* (1).

Señor—prorrumpe David,—*despertad vuestro poder y venid para salvarnos... Inclinad los cielos y bajad* (2).

Señor—exclama Isaías,—*abrid los cielos y bajad... Cielos, derramad vuestro rocío; nubes, lloved al Justo; ábrase la tierra y dé á luz al Salvador* (3).

Y por no aglomerar más textos sagrados, baste decir que el universo entero aguardaba y deseaba el Mesías como sol de justicia para iluminar al mundo sumergido en la ceguedad y en la ignorancia, y como sentado en las sombras de la muerte. Mas, he aquí que, habiendo llegado ya el tiempo vaticinado por los Profetas, nació Jesucristo, el Deseado de las naciones, y todas las ansiedades y suspiros de los Patriarcas y almas justas se trocaron en acciones de gracias y en cánticos de regocijo. *Ha aparecido*—dijo San Pablo—*la gracia de Dios, Salvador nuestro*; como si en la persona de su discípulo Tito dijera al mundo entero aquello del real Profeta: *Alégrense los cielos, y salte de contento la tierra; que el mar, en el concertado movimiento de sus olas, y todo cuanto en él se contiene, dé claras muestras de su júbilo; que se alegren los cam-*

(1) Obsecro, Domine, mitte quem missurus es. (Exod., IV, 13.)

(2) Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos... Inclina coelos tuos, et descende. (Psalm. LXXIX, 3, y Psalm. CXLIII, 5.)

(3) Rorati, coeli, desuper, et nubes pluant justum; aperiatur terra, et germinet Salvatorem. (Isa., XLV, 8.)

pos y todas las cosas que en ellos hay; porque ha venido el Señor... (Psalm. XCV, 11 al 13.) Pero ¿quién es ese Señor? ¿Qué gracia es ésa que San Pablo dice haber aparecido?

Es Cristo nuestro bien, Cristo Hijo de Dios vivo, Dios y Salvador nuestro, la misma gracia substancial, esencial y divina. Cristo, que es el principal don de Dios para nosotros los pecadores; don sobre todo don, en el cual se contienen todos los dones celestiales: *¿Cómo dándonos Dios á Cristo no nos dió también con Él todas las cosas?* (1). Cristo, pues, es la fuente de todo don y de toda gracia, de quién, mediante quién, y por causa de quién, vienen á nosotros todas las gracias. ¿Cómo es posible que nuestro corazón no se llene hoy de regocijo al contemplar á Cristo recién nacido y nacido para nosotros?

Christus natus est nobis — dijo San Juan.—*Os anuncio la vida eterna, que estaba en el Padre y que nos ha aparecido* (2). Como si dijera:—Os anuncio que el Verbo de Dios ha aparecido en la tierra para hacerse visible por la Encarnación, por el nacimiento, por la predicación, por los milagros, por la transfiguración, resurrección y ascensión.

Os anuncio que el Verbo divino, Dios como el Padre y consubstancial con Él, Dios de Dios, se ha hecho Hombre, y ha nacido entre los hombres para redimir y salvar á los mismos hombres.

Os anuncio que el Verbo se ha hecho carne (3); es decir, que Dios se hizo Hombre, que el Hijo de Dios se hizo Hijo de María, y que este Hijo ha nacido en la tierra para que nosotros nazcamos para el cielo.

Os anuncio que el mismo Verbo encarnado, ó sea Jesucristo, ha nacido en el mundo pobre, de un modo nuevo y con un nacimiento nuevo. Siendo visible en el cielo, se ha hecho también visible en la tierra; siendo incomprensible, ha querido ser en algo comprendido; existiendo antes del tiempo, se ha complacido en nacer en el tiempo; siendo infinito, ha tomado forma finita; siendo Señor, se ha hecho esclavo; siendo inmortal é impasible se ha ha hecho pasible y mortal... Su nacimiento es nuevo, porque habiendo sido engendrado eternamente de un Padre sin Madre, se ha dignado nacer en el tiempo de una Madre sin Padre, de una Madre purísima, inmaculada y siempre virgen. Tres son los naci-

(1) Quomodo non etiam cum illo omnia novis donavit? (Rom., VIII, 32.)

(2) Anuntiamus vobis vitam aeternam, quae erat apud Patrem, et apparuit nobis. (I Joann., I, 2.)

(3) Verbum caro factum est. (Joann., I, 14.)

mientos de Cristo nuestro Señor: uno natural en carne, otro espiritual en el corazón, otro eterno en el cielo. En carne nació una sola vez, en espíritu muchas, en el cielo siempre.

Pues bien... Os anuncio que el Niño Dios, cuyo nacimiento en carne hoy conmemoramos, quiso descender á la tierra para que nosotros subamos al cielo; quiso nacer para poder morir, y muriendo darnos vida espiritual y redimirnos y librarnos de la muerte eterna; quiso nacer y vivir entre nosotros para enseñarnos con su palabra y con su ejemplo el camino de la salvación y la práctica de las virtudes; quiso nacer para, mediante la encarnación, hacer suya nuestra naturaleza, ser hermano nuestro y que seamos coherederos de la patria celestial; quiso nacer y tomar de nuestra carne la condición humilde, la bajeza, las miserias, hambre, sed, frío, calor, sufrimientos, clavos y Cruz, para enseñarnos á ser pacientes, para conmover nuestros corazones, para convertirnos y obligarnos á amar á Dios y conquistarnos de este modo el Reino de los cielos.—Esto es lo que el Apóstol nos anuncia en la Epístola de hoy, diciendo: *La gracia de Dios, Salvador nuestro, se ha manifestado á todos los hombres.*

* Dios se hizo hombre y quiso nacer entre nosotros para que pudiéramos conocerle, verle, oirle, hablarle y gozar de su adorable presencia, ó como dijo San Agustín, *Dios se hizo Hombre para que el hombre llegase á ser Dios* (1). ¡Bendito seáis, Padre celestial, que así os dignasteis sublimar al hombre dándole á vuestro unigénito Hijo, y que naciera niño pequeñito para hacernos hombres per-

---

* Sin embargo ¡oh insensatez de los impíos modernos! algunos tiénense por sabios y disparatan hasta el extremo de afirmar que *la fe de Cristo contradice á la humana razón, y que la revelación divina no solo para nada sirve, sino que es perjudicial á la perfección del hombre* (*Syllab.* propos. VI). ¡Infelices! Han perdido el juicio, y en su boca sacrílega Jesucristo es *el infame,* la Iglesia católica *la lepra* del humano linaje, y el Evangelio *la mentira erigida en palabra de Dios.* Mas, gracias al Señor, esta horrenda doctrina de Voltaire y sus secuaces fué expresamente condenada por el inmortal Pío IX en la proposición VI del *Syllabus.*

Por consiguiente, nosotros firmes en nuestra fe, hemos de exclamar de lo íntimo del corazón:

---

(1) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (San Agust., Serm. IX de Nativit.)

fectos! ¿De qué manera se obró semejante maravilla? Este es mi segundo punto, esto es lo que ahora intento explicaros. Estadme atentos.

PUNTO 2.º

CRISTO VINO Á ENSEÑARNOS CON SU DOCTRINA Y EJEMPLOS

El gran Profeta Isaías, divinamente inspirado, anunció la venida del Niño Jesús, muchos años antes de que naciera: *Un niño* —exclama—*nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado: lleva sobre su espalda la señal de su dominación, y será llamado el Admirable, el Consejero, Dios, Fuerte, Padre de la eternidad, Príncipe de la paz.* (Isa., IX, 6.) Es decir, que Jesús Niño nace REY, Príncipe y Señor de cielos y tierra, cual corresponde á su naturaleza divina (1); llevará sobre sus hombros la Cruz, como insignia ó cetro de su Principado (2). Es llamado ADMIRABLE por las asombrosas maravillas que ha obrado, obra y obrará siempre en la tierra. CONSEJERO, porque ha realizado en el mundo la obra de la Redención decretada *ab aeterno* en los consejos celestiales. DIOS, por razón de su divina naturaleza. FUERTE, porque muriendo venció al diablo y á la muerte misma, dándonos eterna vida. PADRE DEL SIGLO VENIDERO, porque nos hace vivir para la eternidad y para el cielo. PRÍNCIPE DE LA PAZ, porque El nos reconcilia con Dios, nos une á los hombres, y pacifica nuestras pasiones dentro de nosotros mismos.

Tales son, carísimos hermanos, los hermosos títulos con que se ostenta al mundo el *Niño* bendito que nos ha nacido, y para colmo de ventura nuestra, añade el mismo Isaías que reposa sobre El, como en su propio lugar y asiento, *el Espíritu del Señor con todos sus inefables dones*, á saber: *espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lleno del espíritu del temor del Señor.* (Isa., XI, 2-3.)

* ¿Por qué nace este Niño tan admirable, Niño Rey, Conseje-

---

* ¡Qué gloria y qué dicha para nosotros, hermanos míos! Sin embargo, ¡parece increíble! hubo hombres como Rousseau, Straus, Bauer

---

(1) Por la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino.

(2) Los antiguos llevaban sobre sus hombros el cetro ú otra insignia de su imperio ó señorío.—(P. Scio.)

ro, Fuerte, Pacífico, Dios... repleto, digámoslo así, del Espíritu del Señor y de sus múltiples, magníficos y divinos dones? ¿Qué misión tan extraordinaria trae al mundo, que movió á su Padre celestial á ofrecérnosle hermoseado con toda la gloria, la esencia, la majestad y el poderío de su misma divinidad? Clarísimamente lo expresa el Apóstol en la Epístola del presente día. *La gracia de Dios, Salvador nuestro*—dice—*se ha manifestado á los hombres...* ERUDIENS NOS... enseñándonos; es decir, para enseñarnos, para ser nuestro *Maestro*, un día, y otro y siempre, á la manera que lo hacen los profesores con los niños en la escuela. ¡Qué misericordia tan regalada como mal agradecida!

Pero ¿cómo nos enseña nuestro dulce Jesús? Los sagrados expositores de las divinas Letras, dicen que Cristo, Hijo de Dios, sabiduría eterna, sol y luz refulgente, doctor del mundo, apareció entre nosotros mediante la encarnación del divino Verbo, y nació y habitó en nuestra compañía para ser nuestro *pedagogo* y enseñarnos, primero *con su ejemplo*, después *con sus palabras* (*Coepit facere et docere*) é interiormente *con su gracia.*

Pues bien: *Con su ejemplo,* desde el establo de Belén hasta la cima del Gólgota.

Renan... quienes no pudiendo negar la grandeza maravillosa de Jesucristo, le elogian hasta el extremo, llamándole sabio incomparable, demócrata gigantesco, proclamador de la soberanía del pueblo, el primero de los socialistas, el más antiguo de los comunistas... pero todos negándole su principal corona, es decir, negando que juntamente con ser hombre sea al mismo tiempo Dios. *¡Dios vino al mundo y el mundo no le conoció!*

Otros hombres, no menos locos que los anteriores (Feuerbach, en su libro *Esencia del Cristianismo*), confiesan que Jesús fué entre todos los hombres *el más* perfecto, y que por eso las imaginaciones populares hicieron de Él el *ideal encarnado, el ideal del hombre, el hombre ideal*; es decir, que hicieron de Jesucristo *un mito,* un personaje ideal. Error funestísimo que fué condenado en la proposición 7.ª del *Syllabus.*

Otras demencias análogas han brotado de las cabezas humanas llevadas del espíritu de soberbia y de la vehemencia de las pasiones; mas contra todas ellas levanta su voz augusta el mismo Jesucristo (Joann., X, 24, 30 y 33), y dice: *El Padre y yo somos una misma cosa... El que me ve á mí, ve también al Padre.* (*Qui videt me, videt et Patrem.*) (Joann., XIV, 8 y 9; y XVI, 15.) y también el Apóstol San Pablo dice en la Epístola de este día: *Dios y Salvador nuestro Jesucristo, se dió á sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado.*

Con sus palabras, ya con sus predicaciones, ya con su Evangelio, transmitido de generación en generación hasta nuestros días.

Con su gracia, ora iluminando nuestro entendimiento, ora moviendo los afectos de nuestro corazón, ora fortaleciéndonos para practicar las virtudes cristianas.

¡Oh divino Niño! ¡Cuánto enseñas si nosotros queremos aprender! Has nacido para enseñarnos á vivir; naciste en un establo para que aprendamos á despreciar las grandezas humanas; te reclinaron en un pesebre para que podamos ascender á los altares; no hallaste posada en la tierra para que suspiremos por las moradas del cielo; siendo infinitamente rico, te hiciste voluntariamente pobre para enriquecernos con tu pobreza; tu pobreza es nuestro patrimonio y tu debilidad nuestra fortaleza; quisiste carecer de todo para que nada nos faltase. ¡Oh Niño Jesús! Debemos más á vuestros padecimientos, que nos han rescatado, que á vuestra acción creadora dándonos la existencia.

¿Qué debemos, pues, hacer los cristianos para corresponder á tan suprema, regalada é infinita voluntad de Dios? 1.° Saber y recordar que somos discípulos muy amados de Cristo, y gloriarnos de tener tan sublime y celestial Maestro, llevando en la memoria aquella sentencia de los Profetas: *Y serán todos enseñados de Dios* (1).

2.° Considerar como dicho á nosotros por el Eterno Padre lo que desde la nube encargó á todos los hombres, á saber:—*Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.....* éste es la Verdad y la Sabiduría eterna encarnada; éste es la Ciencia increada del Padre y el Amor purísimo del Espíritu Santo, ciencia divina que dirige á los ángeles y á los hombres y á todas las criaturas del universo..... *Ipsum audite. (Oidle á El.)*—Sí, amados míos, hay que oirle, y esto será toda nuestra ciencia y toda nuestra felicidad.

Así, pues, seamos obedientes á la voz augusta y divina del Niño que nos ha nacido, seamos atentos á lo que nos dice el Hijo de Dios, Verdad eterna y Doctor sumo del universo.

Oigamos atentamente la voz persuasiva del ejemplo que nos da el augusto Infante nacido en Belén. El pesebre habla, hablan los animales, hablan las lágrimas, y hablan los pañales del inocente Niño. ¿Qué dicen? Predican la humildad, la pobreza, la penitencia y la austeridad de la vida; predican el desprecio de las riquezas, de los placeres y de las dulzuras de este mundo. El Niño ben-

---

(1) Est scriptum in prophetis. Et erunt omnes docibiles Dei. (Joann., VI, 45.)

dito, desde el pesebre y sin articular palabra, parece decirnos: *¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo habéis de tener el corazón pesado? ¿por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* (1). Aprended de mí, que vengo á enseñaros. Yo soy la Sabiduría del Padre, el Hijo de la Sabiduría, el Verbo Niño; sé reprobar el mal y elegir el bien. Aprended de mí, que soy la Vida y os enseño la vida verdadera, que os ha de conducir á la vida feliz temporal y eterna. *Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Esto y muchísimo más nos enseña el Niño recién nacido. Oigamos y leamos y meditemos atentamente el Nacimiento, la Vida, la Pasión y Muerte del divino Infante.

Oigamos y leamos y practiquemos de continuo los preceptos y los consejos evangélicos que salieron de sus labios adorables.

Oigamos y leamos y grabemos en nuestros corazones aquélla su admirable doctrina que predicó en el sermón de la montaña, cuando dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu.—Bienaventurados los mansos.—Bienaventurados los que lloran.—Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.—Bienaventurados los misericordiosos.—Bienaventurados los limpios de corazón.—Bienaventurados los pacíficos.—Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia..... Bienaventurados, porque de todos ellos es el Reino de los cielos.*

Oigamos, por último, las internas inspiraciones de la gracia del dulce y amoroso Niño, porque Él nos habla continuamente sin ruido de palabras, y esa voz interior, que ilumina, mueve y persuade, es la que da fortaleza á la voz de los ejemplos y de las palabras; es la voz de Dios, que ablanda los corazones más empedernidos, voz poderosa y eficaz, que humilla á los soberbios y alienta á los humildes, y que da á todos la esperanza dulcísima de la eterna beatitud.

¡Oh Verbo de Dios, Doctor mío, Niño mío, enséñame, enséñanos á todos, porque Tú eres la verdad eterna, la ciencia suprema, la luz y el sol del mundo; ilumina nuestro entendimimiento con el esplendor de tu eterna refulgencia; derrama tus carismas en nuestro espíritu y penetra bien nuestra alma, para que aprendamos á despreciar la vanidad de las cosas temporales y á amarte á ti sólo, riqueza suma y verdad eterna!

¡Verbo de Dios! ¡Salvador nuestro! ¡Hijo de Dios vivo, que en

---

(1) Filii hominum, ¿usquequo gravi corde? ¿Ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium? (Psalm. IV, 3.)

unión del Eterno Padre espiras un Amor también eterno, infunde en nuestros corazones una centellita de ese divino Amor, para que todos, abrasados en las llamas de tu dulce, tierna y suave dilección, te amemos á ti sólo! ¡Oh Niño bendito, Verdad infinita, Bondad suma y Caridad eterna! Así sea, amados míos, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Sobre la fiesta del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

De la doctrina de Jesucristo.

BENDITO y alabado sea al Señor Dios nuestro, que de un público y enfurecido perseguidor de Jesucristo, como era Saulo, hizo instantáneamente un admirable y ardoroso Apóstol de su Evangelio, que llenó de asombro al mundo con su predicación, con su ejemplo y con sus Epístolas portentosas. Este Apóstol insigne fué San Pablo, quien después de haber amonestado á su discípulo Tito que *en todas las cosas se mostrara al mundo como ejemplar de las buenas obras, en la doctrina, en el modo de enseñar, en la pureza de la vida y en la gravedad de la conversación* (1), le encarga que predique á Cristo, Salvador nuestro, ya nacido entre nosotros como luz que ilumina á todo hombre venido á este mundo, y como doctor universal del humano linaje. Oigamos sus propias palabras en la Epístola de este día; dice así: *La gracia de Dios, Salvador nuestro, se ha manifestado á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos*

(1) In omnibus te ipsum praebe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate; Verbum sanum, irreprensibile. (Tit, II, 7-8.

mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y el advenimiento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos para sí como pueblo agradable, seguidor de buenas obras. Predica estas cosas, y exhorta, y reprende con toda autoridad. (Tit., II, 11 al 15.)

Es decir, que el grande Apóstol no sólo quiere que Tito, en cuanto sacerdote, se muestre á los fieles como ejemplo y dechado de todas las virtudes, sino que le propone por modelo á Cristo nuestro Salvador, que vino al mundo y se hizo visible á los hombres, para que todos, señores y siervos, fueran instruídos con su doctrina y ejemplos. No hablaremos hoy de los ejemplos de Cristo, que toda la vida sería corta para meditarlos, sino únicamente de algunos rasgos de su celestial doctrina, tal como el Apóstol los expresa en la Epístola de la presente festividad. Declararemos, pues, breve y sencillamente tres cosas:

1.ª Lo que Jesús nos prohibe.
2.ª Lo que Jesús nos manda.
3.ª Lo que Jesús nos promete.

PUNTO 1.º

DECLÁRASE LO QUE JESÚS PROHIBE Á LOS CRISTIANOS

Cristo nuestro Señor, hablando de sí mismo, dijo á sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1). Y San Hilario, comentando estas palabras, añadió: «Si Jesucristo es el *camino*, no nos extravía; si es la *verdad*, no nos engaña; si es la *vida*, no nos deja en los horrores de la muerte.—Si es el *camino*, no necesitamos otro guía; si es la *verdad*, es infalible; si es la *vida*, á Él iremos hasta por la muerte» (2).

Pues bien; sentado este fundamento, dícenos el Apóstol: *La gracia de Dios, Salvador nuestro, se ha manifestado á todos los hombres, enseñándonos...* Es decir, Jesucristo, sabiduría del Padre, ciencia infinita, camino recto, verdad refulgente y vida de nuestra vida, ha nacido entre nosotros *para enseñarnos...* ¿Qué nos

(1) Ego sum via, et veritas, et vita. (Joann., XIV, 6.)
(2) San Hilar., lib. VIII de Trinit.

enseña?—Nuestra Epístola lo dice: «Antes de todo la ABNEGACIÓN.» *Abnegantes impietatem et secularia desideria.* (Ver. 12.)

¡ABNEGACIÓN! Hermosa palabra, de ordinario mal comprendida y peor practicada. Abnegarse, según el lenguaje católico, no es otra cosa que *negarse á sí mismo* (1), no en todo, sino en aquello que sea verdaderamente desordenado. Por ejemplo, soy libre en mi voluntad, con ella niego á mi propio ser todo cuanto malo descubro en mí, y lo desecho según mis fuerzas, deseando obtener todo lo bueno que Dios quiere que tenga. Esto es abnegarse (2).

Niego, y desecho, y aborrezco, y aniquilo en mí todo lo que es pecado ú origen y causa de él, ó sea *el hombre viejo* con todas sus concupiscencias. Esto es abnegarse.

Conozco que vienen á mi pensamiento ó á mi imaginación cosas nocivas, ó vanas, ó impropias de aquel tiempo, ó propias y buenas, pero con demasiada vehemencia, y entonces me esfuerzo en desecharlas ó moderarlas. Esto es abnegarse.

Siento en mi corazón afectos desordenados, deseos menos rectos, actos de la voluntad pecaminosos; ora de soberbia y de ira, ora de envidia y de odio, ora de cosas buenas con turbación de espíritu, como, por ejemplo, una inquieta propensión á leer, á estudiar, á predicar, ó á las tareas de mi propio oficio... Comprendo que aquí hay desorden y formo empeño en moderarlo, según la recta razón y la voluntad de Dios. Esto es abnegarse.

Descubro en mí cierta repugnancia á practicar las virtudes necesarias á un buen cristiano, y me hallo tibio en el servicio divino, ó en los actos del culto religioso, ó en la obediencia debida á mis superiores, ó en el amor á mis prójimos... y digo:—Alto allá; es preciso enmendarlo y realmente me enmiendo.—Esto es abnegarse.

Por último, observo que mis sentidos corporales, los ojos, los oídos, la lengua... andan libres, complaciéndose en objetos curiosos, inútiles y vanos; la razón y la ley evangélica me dicen que esto no es bueno, y deseando vivir según Cristo, tomo la espada de la mortificación y corto las demasías. Esto es abnegarse.

Ahora bien; como esta virtud de la abnegación cristiana es absolutamente necesaria para vivir piadosa, santa y ordenada-

(1) Langi, Polyant., Verb. Abnegat., al principio.

(2) Quid est semetipsum abnegare, nisi voluptatibus propriis renuntiare? (San Bernardo, Serm. VII, de Convers. ad sororem.—Véase nuestra obra *Vida feliz*, tomo IV, cap. LV, núm. 4 y siguientes.

mente, en términos que, como dijo San Juan Clímaco (1), ninguno de los adultos puede entrar coronado en las moradas del cielo sin haber hecho antes tres abnegaciones, á saber: *renunciar el amor desordenado de las cosas terrenas; renunciar la voluntad propia, y renunciar la gloria vana* que suele acompañar ó seguir á las buenas obras; he aquí por qué el grande Apóstol en la Epístola de hoy menciona ante todo la *abnegación*, diciendo: *Abnegantes impietatem et secularia desideria.* Es decir, que el Niño que nos ha nacido nos enseña como primer documento para nuestra eterna salud, la *abnegación*; y no como quiera, sino determinando la especie, esto es, *la impiedad en la doctrina*, *en el dogma*, *en las costumbres y en los deseos mundanos*, que tanto dañan á nuestro espíritu. *(Impietatem et secularia desideria.)*

Por consecuencia, es preciso que nosotros, *antes de nada*, desechemos los pensamientos y las palabras impías que se refieran *á la doctrina* puramente católica, no tan sólo las que ataquen al dogma y á la moral cristiana, sino hasta las que sean menos reverentes y que puedan desvirtuar en algo la santidad y pureza del Evangelio.

Es preciso que desechemos la impiedad en *las costumbres*, y esto con tal empeño, que jamás haya en nosotros cosa que sea relajación y libertinaje, huyendo de todos los pecados, aun de los leves, porque todos ellos entrañan cierta separación de Dios y conversión á las criaturas.

Es preciso que nos abstengamos aun de todo aquello que tenga apariencia de culpa, porque el prójimo puede tomar mal ejemplo, y á veces obliga evitar aun las obras buenas, si con ellas se han de escandalizar nuestros semejantes, y les hemos de causar ruina en su alma.

Es preciso la abnegación ó *renuncia de los deseos mundanos*, con los cuales el hombre se adhiere á las criaturas como á su fin, ó lo que es lo mismo, con ellos entrega á las criaturas su corazón, que sólo pertenece al Criador, y establece allá en su interior una como idolatría con desdoro del Hacedor supremo, único que debe ser adorado con preferencia á todos los seres del universo.

¡Cuántos, pues, que se consideran buenos cristianos no lo son en realidad, porque no siguen la doctrina de Cristo, ni le obedecen en este primer documento de la abnegación cristiana, vivien-

(1) En su Escala claustral, grado 2.°

do á sus anchas, con holgura, sin abnegarse ni mortificarse en sus potencias y sentidos!

¡Cuántos hombres hay que profesan y siguen y sustentan doctrinas erróneas, contrarias al dogma católico y á la sana ortodoxia, con detrimento de los derechos de Dios y de la enseñanza de Cristo, Doctor supremo y Maestro infalible de la verdad revelada!

¡Cuántos que, habituados á una vida libre, licenciosa y pecaminosa, se duermen y se gozan y se endurecen y se perpetúan en sus pecados, sin tener en cuenta que es preciso mortificarse y abnegarse para ajustar su vida y costumbres á la santa Ley de Cristo!

¡Cuántos que se complacen y deleitan en las cosas mundanales, adhiriéndose con vehemencia á las criaturas, acariciándolas dulcemente en su interior, y aun ocupándose de continuo en ellas al exterior, olvidándose de lo principal, que es la salvación de su alma y el acrecentamiento de la gloria divina!

¡Cuántos que tienen odio á la mortificación y á la penitencia, y que ridiculizan estas hermosas virtudes donde quiera que las ven puestas en práctica!

Contra todos éstos, pues, levanta hoy la voz el Apóstol San Pablo, y dice en nuestra Epístola: ***Cristo nuestro Señor se ha aparecido niño entre nosotros, enseñándonos que renunciemos á la impiedad y á los deseos mundanos.*** Pero dejando ya lo que el Señor *prohibe*, consideremos un momento lo que *manda*.

PUNTO 2.°

DE LO QUE JESÚS MANDA Á LOS CRISTIANOS

¿Qué manda el Niño recién nacido á todos los hombres? Oigamos de nuevo al glorioso San Pablo, quien, después de haber afirmado que *el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros*, añade que *nos enseñó (erudiens nos)*, para que, renunciando á la impiedad y deseos mundanos, *vivamos en esta vida* SOBRIA, JUSTA Y PIADOSAMENTE. (Ver. 12.) ¡Qué nueva lección! Aquí no prohibe el Señor, sino que *manda*, y el cumplimiento de este mandato es el fin que se propone cuando nos encarga que nos renunciemos á nosotros mismos, ó sea que practiquemos *la abnegación cristiana*.

Es como si el Apóstol dijera:—Hermanos, ese Niño benditísimo

que ha nacido entre nosotros, viene á enseñarnos que vivamos piadosamente en la doctrina y en las costumbres, y que renunciemos á los deseos mundanos, esto es, *á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de las riquezas y á la concupiscencia de los honores,* por ser esto cosa indispensable *para que vivamos sobria, justa y piadosamente (sobrie, et juste, et pie vivamus); sobrios* para con nosotros, *justos* para con el prójimo y *piadosos* para con Dios.

¡Nótese bien cuánto nos enseñan las divinas letras en tan pocas palabras! Este segundo encargo espiritual que nos hace Cristo es como un efecto ó consecuencia del primero. ¿Para qué nos preceptúa el augusto Infante la abnegación de potencias y sentidos?—Para que vivamos *sobria, justa y piadosamente.*

PIADOSAMENTE, quiere decir, cumpliendo con exactitud los deberes religiosos que nuestra sacrosanta Religión nos impone, dando á Dios lo que es de Dios. Y como para esto son un obstáculo las concupiscencias mundanas, que arrastran á la pobre alma á los deleites de las criaturas con ofensa del Criador, por eso, ante todo, encarga Jesucristo la *abnegación* y la *mortificación*.

JUSTAMENTE, es decir, *la vida justa,* que se refiere á nuestras obligaciones para con el prójimo, á quien debemos los oficios de la más estricta *justicia* y los de la más perfecta *caridad*. Mas ¿cómo ha de ser justo y caritativo con sus semejantes el hombre que se encuentre aprisionado con el maléfico influjo de las concupiscencias terrenas? ¿Quién ignora que hallándose el corazón embriagado con dichas concupiscencias se encuentra siempre dispuesto á violar la caridad y la justicia? Muy en su lugar está que á todos ordene el Señor la abnegación de los deseos mundanos.

SOBRIAMENTE, por último, significa que hemos de ser temperantes para con nosotros mismos, ya en los alimentos, ya en las bebidas, ya en todas las demás necesidades de nuestro ser corporal. Mas ¿quién podrá usar de dicha temperancia, si antes no reprime bien las exigencias desordenadas de sus concupiscencias rebeldes?

He aquí por qué decimos que el fruto y el fin de la mortificación preceptuada ante todo por el Niño Dios, es llevar en este mundo una vida *sobria, justa y piadosa*; y por eso son de suma importancia aquellas palabras de nuestra Epístola: *Vivamos sobria, justa y piadosamente en este mundo.* (*Sobrie, juste et pie vivamus in hoc seculo.*

Así, pues, hermanos carísimos, fijaos bien en esta segunda lección que el divino Infante nos da en la Epístola de este día,

pues ella es un epítome maravilloso de todo el Evangelio, y un como resumen de toda la santificación cristiana, comprendida en tres palabras: vivir *sobria, justa y piadosamente.*

¿Somos nosotros verdaderamente *piadosos* y adoramos á Dios en espíritu y en verdad?

¿Somos *justos* para con nuestros prójimos, sin ofenderlos nunca ni de palabra, ni de obra, ni de pensamiento? ¿Les amamos y ayudamos y soportamos sus defectos como nosotros queremos que los demás nos amen, ayuden y soporten nuestras flaquezas?

¿Somos *sobrios* en el uso de las criaturas que el Señor ha puesto en el mundo para nuestro sustento, comodidad y regalo? ¿Abusamos, por ventura, de ellas, tomándolas más allá de lo que exigen la necesidad, ó las reglas de la utilidad, ó el fin de la caridad? Cada cual considere esto dentro de sí mismo, en tanto que yo termino diciéndoos dos palabras sobre mi tercer punto; á saber:

PUNTO 3.°

SOBRE LO QUE JESÚS PROMETE Á LOS BUENOS CRISTIANOS

¡Fiel es el Señor para cumplir todas sus promesas! ¡Poderoso es para que nadie le impida cumplirlas! ¿Qué promete Jesús á los que vivan *sobria, justa y piadosamente?*—La misma Epístola lo dice á continuación: *Han de esperar la eterna beatitud y la venida gloriosa de Jesucristo, Dios grande y Salvador nuestro.* (Ver. 13.) Es decir, que así como la vida sobria, justa y piadosa es el fruto de la abnegación, así también dicha vida es la semilla de la eterna bienaventuranza. (*Expectantes beatam spem.)*

¡Qué consuelo y qué regocijo para nuestro corazón! Es como si el Apóstol dijera:—Hermanos, reparad bien que aquí somos peregrinos sobre la tierra, pero luego seremos familiares de Dios y ciudadanos del cielo; aquí no tenemos una ciudad permanente, mas luego entraremos en posesión de las moradas celestiales, refulgentes y eternas.

Esperemos, pues, con grande confianza la posesión de la patria celestial, comprendiendo que ella es el objeto, el fin y el premio de la vida *sobria, justa y piadosa.* Pensemos, amemos, deseemos y esperemos siempre tan suprema dicha, y para que nuestra esperanza no sea fallida huyamos de los goces desordenados terrenos y suspiremos por los celestiales.

Repárese bien que nuestra Epístola no dice solamente: ***Esperando la eterna beatitud***, sino que añade: ***Y la venida gloriosa de Jesucristo, Dios grande y Salvador nuestro***. En lo cual prueba, no sólo que Jesucristo es Dios y Dios grande, sino que vendrá en el día del Juicio final á resucitar nuestros cuerpos para que sean partícipes de la felicidad eterna del alma. El cuerpo es mortificado ahora; el cuerpo será glorificado luego.

Nosotros, como todo el mundo sabe, constamos de dos partes alma y cuerpo, y por consecuencia, esperamos dos beatitudes parciales, una para el alma después de nuestra muerte terrena; otra para el cuerpo que comenzará en el dia del Juicio cuando Jesucristo le resucite y glorifique. Y para que de esto nadie dude y nuestra esperanza sea firme, engloba el Apóstol en breves palabras los motivos en que la fundamos diciendo: ***Esperad la venida gloriosa de Jesucristo, Dios grande y Salvador nuestro***. Como si dijera:—De la felicidad que os aguarda si sois buenos, no dudéis un momento, porque quien lo promete es ***Jesús***, Jesús que es ***nuestro Salvador y nuestro gran Dios. Jesús*** que es misericordioso y porque es ***Salvador*** quiere nuestra eterna salvación, y porque es ***Dios grande***, es ***omnipotente*** y hace todo cuanto quiere.

Y por si estas razones no bastaren, añade á continuación la Epístola: «Quien viene es Jesús, que ***se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos de toda iniquidad.***» Pues si esto hizo Jesús por nosotros siendo pecadores y enemigos suyos ¿qué no hará si ve que llevamos una vida ***sobria***, ***justa y piadosa?***

¡Ah Señor!—podemos decir asombrados—***¿Quién es el hombre para que así te acuerdes de él?*** ¿Quién es el hombre para que te hayas dignado nacer, vivir, padecer y morir por darle vida? ¡Tal es la infinita é inefable misericordia del Niño recién nacido que hoy celebramos! El objeto de la Epístola que hemos considerado es infundir en nuestros corazones una dulce y firme esperanza de nuestra eterna salud. Para ello sólo se nos exige que agradecidos correspondamos á la incomprensible é infinita bondad de Jesús.

Jesús, no lo olvidemos, es nuestro Salvador, nuestro hermano, nuestro Juez, nuestro Dios y Dios grande, á quien debemos amor. Jesús nació, padeció y murió por nuestros pecados y debemos detestarlos. Jesús vino á ser nuestro Maestro y nuestro modelo en todo género de virtudes y debemos practicarlas. Jesús es nuestro amor, nuestro consuelo, nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, y en él sólo debemos gloriarnos. Jesús es nuestro todo en

todas las cosas y hemos de procurar no hacernos nunca indignos de tan grande honor. Esto hemos de hablar, esto hemos de enseñar á otros, y haciendo y enseñando esto, confiemos y esperemos la venida gloriosa de Cristo nuestro Salvador, quien nos colmará de dicha en esta vida y de gloria eterna en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo infraoctava de Navidad.

Del profundo abatimiento del Verbo por nuestro amor.

Amados hermanos míos: *El Verbo se ha hecho carne y habitó entre nosotros* (1). Este es el gran Misterio que con gozo de nuestro corazón venimos meditando en la presente semana. La Iglesia nuestra madre nos ofrece en estos días á ese Verbo humanado en forma de niño pequeñito, nacido en un establo y reclinado en un pesebre, sobre un poco de heno y al lado de dos animales. ¡Qué asombro! Ya hemos considerado en la Epístola del día de Navidad cómo *el tierno Infante es la gracia de las gracias, y cómo viene á enseñarnos con su doctrina y ejemplos;* mas hoy, para que no olvidemos tan saludables lecciones, añade la Iglesia una nueva Epístola que nos pone en evidencia el inmenso beneficio de la Encarnación del divino Verbo y del Nacimiento de nuestro dulcísimo Redentor. He aquí cómo se expresa el Apóstol:

Hermanos: en todo el tiempo que el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque sea señor de todo; mas está debajo de tutores y curadores hasta el tiempo determinado por el padre. Así, también nosotros cuando éramos niños servíamos bajo los rudimentos del mundo; pero cuando vino el cumplimiento del tiempo envió Dios á su Hijo,

(1) Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joann., I, 14.)

hecho de mujer y sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo de la misma ley y para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros (¡oh fieles de Galacia!) *sois hijos, ha enviado Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama:* ABBA, PADRE. *Y así no es siervo, sino Hijo; y si Hijo, también heredero por Dios.* (Gal., IV, 1 al 7 inclusive.)

¡Cuántas enseñanzas y cuán inefables se encuentran en esta Epístola! Hoy no podemos abarcarlas todas y, por lo mismo, habré de ceñirme á manifestaros, siguiendo el orden de la misma Epístola, la hermosa consideración siguiente:

El profundo abatimiento del Verbo por nosotros.

PUNTO ÚNICO

Comienza la Epístola de hoy diciendo en sus tres primeros versículos que los hombres, antes del Nacimiento de Jesucristo, eran *como niños menores de edad,* siervos de sus tutores; es decir, siervos de la Ley mosaica, que fué dada por Dios á los judíos, y mediante ellos á todo el mundo, como enseñando los primeros elementos de la piedad y los rudimentos de la verdadera religión (1); pero que tan luego como Jesús vino al mundo, los siervos se tornaron en hijos y los menores de edad en dueños de sus bienes y herederos de la patria celestial. Estos somos nosotros, que militamos en la Ley evangélica, ley de gracia, ley de amor, ley de unión con Dios, mediante la gracia y los méritos de nuestro Señor Jesucristo. La Epístola lo expresa con toda claridad, diciendo: *Los hombres, cuando eran niños, servían bajo los rudimentos del mundo; mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley.* (Vers. 3 y 4.) Detengámonos aquí un momento, carísimos hermanos, porque esto es digno de toda nuestra consideración.

Dice el Apóstol en nuestra Epístola que *tan luego como fué cumplido el tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley.* Lo cual quiere decir que al punto que hubo llegado el tiempo determinado en los consejos eternos y prefijado por el Padre para sacar al linaje humano de la servidumbre de la Ley mosaica, y

(1) Quasi prima pietatis elementa et verae religionis rudimenta. (Piconio, in cap. IV ad Galat. 3.)

otorgarle la libertad de los hijos de Dios por la Ley evangélica, envió al mundo su unigénito Hijo, ó sea á su eterno y divino Verbo, para que tomara carne humana de la substancia de la mujer y naciera de ella, sometiéndose voluntariamente á la antigua Ley de Moisés.

Nótese bién: Dios Padre envió, digámoslo así, de su propio seno á la tierra á su Hijo unigénito, consubstancial á El, sin que por esto se entienda que el Hijo dejara de existir en el seno del Padre, en el cual fué eternamente engendrado y permanece para siempre, ni tampoco que comenzara á existir en la tierra el que en todo tiempo está en todas partes, sino que por voluntad y misión del Padre fué hecho hombre, y como vestido de carne humana, á fin de que, siendo *ab aeterno* invisible, comenzara á ser visto de los hombres y conversara con ellos en el mundo.

¡Sublime y consolador Misterio! ¿Cómo pudo ser esto? «Del mismo modo—dijo Séneca,—que los rayos del sol al bajar á la tierra permanecen en el sol que los envía, así el grande espíritu viene para hacernos conocer las cosas divinas, conversa con nosotros, sin que deje de permanecer unido á su origen» (1).

Semejante argumento hizo Agnelo, Obispo de Rávena, á los arrianos, pues habiendo preguntado aquellos herejes si el Hijo de Dios al venir al mundo á tomar la forma de esclavo dejó de estar en su Padre, respondió: «Cuando la palabra que sale de mi boca y penetra en vuestro oído ha comenzado á fijarse en vuestra inteligencia y en vuestro corazón, decidme: ¿Deja de estar en mí por estar en vosotros? Pues ¡cuánto más el Verbo de Dios debe haber permanecido en el seno del Padre, aun al hacerse hombre!» (*Hist. Eccles.*)

Mas dejando aparte estas verdades pertenecientes á la fe católica y que ningún cristiano puede negar, descendamos con el pensamiento á la profunda humillación del Verbo al tomar la naturaleza humana. Dice nuestra Epístola que *Dios envió á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley* (mosaica), y esto constituye tres grados de humillación asombrosos, propios para curar la soberbia del hombre más altanero.

¡Dios envió á su hijo! ¡Qué maravilla! ¡Qué amor en el Padre! ¡Qué humildad en el Hijo! ¿Quién es este Hijo que Dios envía?

---

(1) Quemadmodum solis radii contingunt quidem terram, sed ibi sunt unde mittuntur; sic animus magnus, et in hoc demissus, ut proprius divina noscemus, conversatur quidem nobiscum, sed haeret origini sui. (Seneca, Epist. XLI.)

—Es el Verbo, que existe desde toda la eternidad; es el Dios grande, fuerte y omnipotente... es la Sabiduría del Padre, Dios como el Padre y consubstancial con El... No es esclavo, ni siervo, ni criatura; es el Hijo único, el objeto de las complacencias del mismo Padre; Dios verdadero de Dios verdadero; luz de luz, recibiendo como su Padre el homenaje de toda la milicia celestial donde los ángeles le alaban, los querubines le adoran, y adorándole tiemblan (1).

Tal es el Hijo que Dios envía, y este Hijo desciende... ¿Adónde? ¡Qué humillación! Desciende á la tierra..... ¡á la tierra, donde será desconocido de los hombres y despreciado y perseguido y ultrajado! Desconocido en Belén, donde le negaron posada; desconocido en Egipto, adonde José y María se trasladaron secretamente; desconocido en Nazareth, donde fué tenido por hijo de un pobre carpintero; desconocido en Jerusalén, donde se le trató de seductor y endemoniado; desconocido de los gentiles, á los cuales no se manifestó durante su vida mortal; desconocido de su propia nación, que se negó á reconocerle por su libertador y su Mesías; desconocido de la mayor parte del género humano, que le persiguió en su persona y en la de sus dicipulos; desconocido, por último, aun actualmente por muchos hombres desgraciados que, ciegos y furiosos, le persiguen y calumnian! Esta es la primera humillación del Verbo divino, que fué como el exordio de la segunda. Sigamos considerando.

Añade nuestra Epístola que el Hijo de Dios fué *hecho de mujer (Factum ex muliere.)* ¡Nueva maravilla y nuevo abatimiento! *Hecho de mujer* significa el modo de la Encarnación del divino Verbo. No fué Jesucristo creado como Adán, sino hecho de la substancia de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, y nació de la misma Virgen, de tal suerte, que el Hijo de Dios fué hecho también hijo del hombre, siendo, por consiguiente, *Dios y Hombre verdadero*. Fué hecho hijo del hombre para que el hombre fuera hecho Dios, y además para que todos los hijos de los hombres pudieran ser hechos hijos de Dios por la gracia de la adopción.

Esta humillación, amados míos, asombra á nuestro entendimiento. El Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho, consiente en ser hecho Él mismo, en cuanto á la carne que tomó, y por un

(1) Quien desee ver extensamente probada *la divinidad de Jesucristo* puede leer nuestra obra *Maravillas divinas*, tomo II, desde el capítulo XLI hasta el LIX.

rasgo de humildad inconcebible, hermana en su misma adorable persona la cualidad de criatura con la de Criador, la naturaleza divina con la naturaleza humana, y conservando una y otra sus esenciales propiedades, junta la majestad con la bajeza, la fuerza con la debilidad, la eternidad con la mortalidad, la impasibilidad con la pasibilidad... En suma; aquella majestad infinita se humilló hasta el extremo de ser en todo semejante á los demás hombres, á excepción del pecado y sus efectos; y el Verbo, grandeza, riqueza y felicidad suma, no se reservó para sí más que el aniquilamiento, la pobreza, las privaciones, los oprobios, los dolores, la muerte y la Cruz.

Ese es Cristo nuestro Señor, á quien el mundo necio desconoce y persigue; ese es el Niño recién nacido que en estos días conmemoramos; mas no pararon aquí sus humillaciones, pues pareciéndole sin duda poco haber tomado sobre sí todas las miserias humanas, *naciendo de mujer*, quiso además, como leemos en nuestra Epístola, quedar *sujeto á la Ley mosaica*. (*Factum sub lege.*) ¿Qué significa esto? ¿En qué consiste esta tercera humillación?

¡Portentosa maravilla! Aquel que es Rey y supremo Señor de cielos y tierra, *Rey de los Reyes y Señor de los señores*; Aquel que posee toda la gloria, la esencia, la majestad y el poder de la divinidad que reside en el Padre, ya sobre los ángeles, ya sobre los hombres, ya sobre todas las criaturas; Aquel de quien está escrito que *toda la tierra estará llena de su majestad, y que todos los Reyes del mundo le adorarán y las naciones todas le estarán sujetas* (1)... Aquel mismo es el que se abate hasta el extremo de someterse á la Ley de la circuncisión, que le confundía con los pecadores; á la Ley de la presentación, que le colocaba entre los esclavos; á todas las ceremonias de una ley imperfecta, que solamente convenía á un pueblo grosero y carnal.

Tal es la profunda humillación del augusto Niño nacido en Belén; se hace voluntariamente súbdito de la Ley mosaica, no por derecho, pues siendo el Señor de la Ley, estaba sobre la Ley; sino para abatir nuestro orgullo y enseñarnos con su ejemplo á ser obedientes y humildes.

Así, de esta manera, amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo

(1) Factus est principatus super humerum ejus. (Isa., IX, 6).—Regex regum, et Dominus dominantium. (Apoc., XIX, 11-16). — Replebitur majestate ejus omnis terra... Adorabunt eum reges terrae; omnes gentes servient ei. (Psalm. LXXI, 11-19.) Quien desee considerar extensamente el reinado de Jesucristo y cómo reina en los hombres, vea nuestra obra *Maravillas divinas*, tomo I, cap. LXXIX.

unigénito; así el unigénito del Padre se humilló y anonadó por los hombres para redimir á los mismo hombres. ¿Quién no alaba, adora y bendice al Padre y al Hijo al considerar que por tan extraño y maravilloso modo nos libran de la muerte eterna é infunden en nuestros corazones la gracia del Espíritu Santo? ¿Quién no ha de felicitar á la humana naturaleza, porque el Verbo la tomó para sí y la colocó inmortal en el cielo, llegando el barro por este medio á ser tan sublime que pudo tomar asiento á la diestra del Padre? ¿Quién no ha de felicitar á su propia naturaleza de hombre hoy inmortal en Cristo, y quién no ha de esperar ser también inmortal por medio del mismo Cristo. (San Agust. *De Incarnat.*)

Adoremos, pues, y bendigamos una y mil veces á Cristo nuestro Señor, que siendo Dios inmortal se dignó hacerse nuestro Redentor naciendo, Cordero muriendo, León resucitando y Águila subiendo á los cielos (1). Adorémosle, porque *en Él estaba la vida* (2), y encarnó para darnos vida, vida sobrenatural, vida de gracia, vida de gloria y vida inmortal y eterna. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo infraoctava de Navidad.

Sobre la elevación del hombre por Cristo.

HERMANOS míos amadísimos: *Un niño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado.* (Isa., IX, 6.) *Nacido* para nosotros, el que existía para sí; *dado* del Eterno Padre, *nacido* de la Virgen Madre; *dado* el que no tuvo principio, *nacido* el que habrá de tener fin (en cuanto hombre viador); *dado* el Eterno

(1) San Gregor., Homil. IV, super Ezech.
(2) In ipso vita erat. (Joann., I, 4.)

como su Padre, *nacido* en carne para ser más joven que su Madre; *dado* el que es vida y autor de la vida, *nacido* para sufrir la muerte y triunfar de la misma muerte. De este modo el que era, fué *dado*, y el que no era, fué *nacido; dado* como Verbo Dios omnipotente, *nacido* como niño débil é indigente. Esto nos enseña la fe y esto muestra la sagrada Teología.

¡Cuánto misterio! ¡Cuánta sublimidad! ¿Cómo nació ese niño? ¿Para qué nació? Oigamos al Apóstol San Pablo en la Epístola de este día; dice así: *Envió Dios á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley para redimir á aquellos que estaban bajo la misma ley, y para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros* (¡oh fieles de Galacia!) *sois hijos, ha enviado Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama:* ABBA, PADRE. *Y así no es siervo, sino Hijo, y si Hijo también heredero por Dios.* (Gal., IV, 4 á 7 inclusive.)

Es decir que el divino y Eterno Verbo, Dios como el Padre, quiso por nuestro amor nacer en el tiempo en la mayor pobreza y humillación para enriquecernos y elevarnos á la más excelsa dignidad que puede concebir humano entendimiento. Veamos, aunque sea ligeramente, dos cosas:

1.ª Lo que eramos antes del Nacimiento de Cristo.
2.ª Lo que somos después que ha nacido.

PUNTO 1.º

ESTADO DEL HOMBRE ANTES DE LA VENIDA DE CRISTO

Dios nuestro Señor, infinitamente bueno, no hizo nada malo; creó á Adán bueno, esto es, en estado de gracia y de justicia original, ó lo que es lo mismo, hijo suyo queridísimo, porque Padre es el que da la vida, y todo Padre ama á su hijo. Adán, pues, fué creado hijo de Dios, mas tan luego como pecó perdió la filiación divina, consistente en la gracia santificante, privando de ella á sus hijos, que desde entonces nacemos en pecado original é hijos de ira. Mas ¡cuán grande fué la misericordia de Dios! Inmediatamente después de la prevaricación adámica, alentó la esperanza del humano linaje con la promesa del Salvador, y más tarde la confirma en la persona de Abrahán, ofreciendo á su descendencia la recuperación de dicha filiación de Dios, por el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué era el hombre antes de que Jesús naciera? San Pablo nos

da de ello una idea en el principio de nuestra Epístola, diciendo: *En todo el tiempo que el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque sea señor de todo...; así también nosotros, cuando éramos niños, servíamos bajo los rudimentos del mundo.* (Gal., IV, 1-3.)

Es decir, que el linaje humano antes de la Encarnación y Nacimiento del Niño Dios vivía en un estado de esclavitud, bajo una ley de temor y de terror, y más el pueblo gentil sumido en la más repugnante idolatría. A todo se adoraba entonces menos al Dios verdadero. Cada Reino, cada provincia, cada ciudad, cada casa tenía su divinidad tutelar; los vicios más innobles y repugnantes eran canonizados, y la degradación de los hombres llegó á tal extremo de impudencia, que no se conocía el decoro; la mentira ocupaba el lugar de la verdad, y Dios, en sus altos juicios, permitió que fueran abandonados á sus deseos criminales, Llegó, pues, el género humano al colmo de la ignominia, del oprobio y del deshonor... y entonces fué cuando, por la misericordia infinita de Dios, tuvo lugar la Encarnación del divino Verbo y el Nacimiento adorable del augusto Niño que nació en Belén.

¡Oh Dios de bondad! ¡Cuán deudores somos á vuestra misericordiosa clemencia! ¡De qué beneficios tan inefables nos habéis colmado naciendo y viviendo entre nosotros! Aun cuando no hubiera otro que el de habernos sacado de ese abismo de ignominioso abatimiento. sería favor inmenso que jamás podríamos agradecer bastante. ¡Ah, Señor! De la degración más profunda nos habéis llevado á lo más sublime de la elevación. Por ventura, ¿no es lo sumo de la elevación el que de esclavos del demonio nos hayáis hecho libres, hijos de Dios y herederos del cielo?

¡Sin embargo, hay entre nosotros gentes desdichadas que no lo conocen, que no lo quieren conocer, que odian á Cristo, y á su Iglesia, y á sus ministros, y que con furor inaudito tratan de borrar de la haz de la tierra el nombre del divino Redentor! ¿Qué es esto? ¿Adónde caminan? ¿Hay juicio en sus cabezas? ¿Ó es que todos los cristianos, con ser tantos millones y viviendo en tantos siglos hemos perdido el seso? (1)

---

(1) Sobre este punto ya hemos indicado (Homilía I para el día de Navidad) las teorías insensatas de los *racionalistas* modernos. Unos, los más furibundos, blasfeman diciendo que Jesucristo es el mayor impostor, ó un personaje fabuloso inventado por impostores. Otros, presumiendo de filósofos, no se avergüenzan de afirmar que es un sabio sublime, un ideal del hombre perfecto, pero siempre un ideal ó un mito. Todos ellos coinciden en negarle la divinidad, y afirman que si le consideran los hombres como Dios, es efecto de una impostura ó de una admiración fanática. ¡Pobres sabios

A todos los incrédulos, pues, por si alguno quisiera abrir los ojos y entrar en cordura, diremos y repetiremos con el Apóstol: *La gracia de Dios, Salvador nuestro, se ha manifestado á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.* (Tit., II, 11.)

A todos decimos que Jesucristo es DIOS Y HOMBRE VERDADERO, Redentor y Salvador nuestro, Maestro infalible de la verdad, la Verdad misma encarnada, que *Él es el camino, la verdad y la vida, y que ninguno puede ir al cielo sino por Jesucristo.* (Joann., XIV, 6.)

A todos decimos, tomando en nuestros labios las palabras mismas del sagrado Símbolo de San Atanasio, *que es fe recta, que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre. Dios engendrado antes de los siglos de la substancia del Padre; Hombre nacido en el tiempo de la substancia de la Madre. Perfecto Dios y perfecto Hombre, constando de alma racional y de carne humana. Igual al Padre, según la divinidad; menor que el Padre, según la humanidad. Que aunque es verdadero Dios y verdadero Hombre, no son dos, sino un solo Cristo. Uno sólo, no por la conversión de la divinidad en carne, sino por la asuncion de la humanidad en Dios. Uno en absoluto, no por la confusión de la substancia, sino por la unidad de la persona; porque así como el alma racional y la carne forman un solo hombre, así Dios y el Hombre constituyen un solo Cristo.»*

¡Qué enseñanza, amados míos, y qué verdades tan sublimes, consoladoras y divinas! Todas ellas suben de punto si consideramos las cinco propiedades esenciales que reúne en sí Cristo, como consecuencia ineludible de la *unión hipostática*, á saber:

1.ª CRISTO ES LA SUMA GRACIA, acerca de la cual nos da testimonio San Juan en su Evangelio, diciendo: *Y vimos la gloria de Él, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.* (Joann., I, 14.)—Como si dijera: «Vimos las señales y efectos de su majestad divina, en sus milagros, en su transfiguración, en su poder, en su sabiduría y en su caridad infinita. Vimos su gloria cual convenía al Hijo unigénito del Padre, no caduca ni terrena, sino gloria de santidad, de justicia, de verdad, de gracia y de milagros. Vimos que estaba lleno de verdad para disipar nuestras

---

del mundo, cuánto deliran tan luego como se apartan de la fe católica! (Sobre naturaleza y dotes de Jesucristo, véase nuestra obra *Maravillas divinas*, tomo II, cap. XLIX y LIV.)

tinieblas, instruyéndonos en su santa ley é inspirándonos las reglas puras del Evangelio.»—(Scio.)

2.ª CRISTO ES LA SANTIDAD SUMA, en virtud de la cual pudo muy bien decir con verdad: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Joann, VIII, 46.)—Como diciendo:—Ninguno de vosotros puede tacharme de mentira; luego necesariamente habéis de creer en mí.

3.ª CRISTO ES LA SUMA SABIDURÍA, como consta de las palabras de San Pablo á los Colosenses, cuando dijo: *En Jesucristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.* (Colos., II, 3.) Y en esto se ve cuánto deliran los hombres cuando intentan buscar la sabiduría en otra parte que en Jesucristo. ¡No conocen que sin Jesucristo toda sabiduría es ignorancia!

4.ª CRISTO ES LA SUMA DIGNIDAD, según testimonio del mismo San Pablo, cuando dijo á los fieles de Efeso: *Jesucristo fué colocado sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y sobre todo nombre... y todas las cosas las sometió Dios bajo los pies de él y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia* (Ephes., I, 21-22), «no sólo sobre la militante, sino también sobre la triunfante.»—(San Jerónimo.)

5.ª CRISTO, por último, ES LA SUMA FELICIDAD, porque en *él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente* (Colos., II, 9.); es decir, «substancial y esencialmente, no en figura como en el santuario de los judíos; no por una simple comunicación de gracia como en los ángeles; no solamente en su alma como en los hombres justos, sino también en su cuerpo, que está unido del mismo modo que su alma á la naturaleza divina del Verbo.» (Scio.)—El que tiene, pues, á Cristo posee en él todos los bienes y, por consiguiente, la temporal y eterna beatitud. Pero veamos ya cómo nos eleva y dignifica Cristo nuestro Señor con su Encarnación y Nacimiento gloriosos.

PUNTO 2.º

LO QUE SOMOS DESPUÉS DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Las causas principales que impulsaron al divino Verbo á tomar carne humana y nacer en la tierra fueron tres: 1.ª Para rescatarnos del pecado y del infierno, sufriendo y muriendo por nosotros. —2.ª Para hacernos de hijos de ira hijos verdaderos de Dios y herederos de su gloria.—3.ª Para darnos en toda su plenitud al Es-

píritu Santo, con todos sus carismas, dones y frutos. He aquí lo que en breves palabras expresa nuestra Epístola, diciendo: ***Envió Dios á su Hijo para redimir á aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos y para enviar á nuestros corazones el Espíritu Santo.*** (Vers., 5 y 6) ¡Cuán grandes y consoladores beneficios!

1.º ¡PARA REDIMIR AL HOMBRE!—¡Sublime dignación! El hombre se hallaba perdido, efecto del pecado original, las puertas del cielo se le habían cerrado, las pasiones se habían desordenado en contra del espíritu, el pueblo de Dios gemía bajo el peso de la Ley mosaica y el demonio se hallaba gozoso viendo caer á sus pies innumerables almas; mas he aquí que el Hijo de Dios, el eterno y divino Verbo, cuando el hombre se había hecho carnal hasta en el espíritu, quiso nacer en el mundo para que el mismo hombre se hiciera espiritual hasta en la carne; el Hijo de Dios fué hecho hijo de Abrahán para que los hijos de Abrahán y todos los hombres fuéramos hechos hijos de Dios. El Verbo se hizo hombre para librar á los hombres de la esclavitud de la Ley antigua, de la esclavitud de los idolos, de la esclavitud del pecado, de la esclavitud de las pasiones, de la esclavitud del demonio, de quien son viles esclavos los pecadores todos, y esto es lo que significan aquellas palabras de San Pablo: ***Envió Dios á su Hijo para redimir á los hombres que estaban bajo la ley.*** ¿Quién podrá encarecer con palabras la sabiduría celestial que derrama el Apóstol en sus Epístolas? Es palabra divina y está dicho todo.

¡Hermoso y nunca bien estimado es el beneficio de la Redención! Oigamos las tiernas y deliciosas palabras de San Anselmo: «¿Qué puede hallarse—dice—más misericordioso que encontrándose el hombre pecador condenado á los eternos suplicios, y no pudiendo librarse de ellos por sí mismo, levante el Eterno Padre su voz augusta y le diga:—***Recibe á mi Hijo unigénito y entrégale por ti.***—Y que al mismo tiempo el Hijo añada:—***Tómame y redímete?*** (1).

Rasgo de misericordia fué éste tan asombroso é inconcebible, que el Apóstol San Juan, divinamente inspirado, escribió en la primera de sus Epístolas: ***Carísimos: Dios es caridad y mostró su amor hacia nosotros en que envió al mundo á su Hijo unigenito para***

(1) ¿Quid misericordius intelligi valet, quam quod peccatori, aeternis tormentis deputato, et unde se redimeret non habenti, Deus Pater, dicit: Accipe unigentum meum, et da pro te; ipse Filius: Tolle me, et redime te. (San Ansel., lib. II, cap. XX)

que vivamos por Él (1). Y de igual manera Jesucristo nos hizo patente su corazón amoroso para nosotros, diciendo por David á su Eterno Padre: *Padre mío, habéis rechazado las víctimas y las ofrendas; pero me habéis formado un cuerpo, y como no pedíais por el pecado ni holocausto ni sacrificio, dije entonces: Heme aquí que vengo para cumplir vuestra voluntad* (2).

Consta, pues, de un modo indudable que el Verbo de Dios se hizo hombre para redimir al hombre ó, como dijo San Pablo en la Epístola de este día, *para redimir á aquellos que estaban bajo la ley.*

2.° PARA HACERNOS HIJOS DE DIOS.—Inmenso beneficio, sin duda, fué el *redimirnos;* pero la bondad del Señor pasó mucho más adelante, pues se dignó además elevarnos á la suprema é inefable dignidad de *hijos suyos.* Es decir, que el Verbo divino, consubstancial al Padre, se anonadó hasta el extremo de hacerse hombre, ó mejor dicho, gusano de la tierra y oprobio de los hombres para que nosotros, sin distinción de judíos ó gentiles, recibiéramos en El y por El *la adopción de hijos de Dios*, que perdimos en nuestro primer padre y que nos fué prometida como á los hijos de Abrahán. ¡Hermosa y admirable providencia del Señor! ¡El Hijo de Dios se hizo hijo de Abrahán para que los hijos de Abrahán fuéramos hechos hijos de Dios!

«¡Ah, Señor!—decía admirado San Gregorio Nazianceno.—Jesucristo nació en la carne para hacernos nacer en el espíritu, nació en el tiempo para hacernos nacer en la eternidad, nació en un establo para hacernos nacer en el cielo» (3). ¿Quiérese, por ventura, mayor elevación que la que nos hace la Encarnación del divino Verbo? San León afirma que por la Encarnación hemos sido elevados á la altísima dignidad de hijos de Dios, y esto es cabalmente lo que declara San Pablo en nuestra Epístola, cuando dice: *Jesucristo vino al mundo para hacernos hijos adoptivos del mismo Dios. (Ut adoptionem filiorum reciperemus.)* (Ver. 5.)

Somos, pues, *hijos verdaderos de Dios; y si somos hijos, somos también herederos; esto es, herederos de Dios y coherederos del mismo*

---

(1) In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum missit Deus in mundum, ut vivamus per eum. (I Joann., IV, 9.)

(2) Hostiam et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi, holocausta pro peccato non tibi placuerunt; tunc dixi: Ecce venio, ut faciam voluntatem tuam. (Psalmus XXXIX, 7-9.—Hebr., X 5-7.)

(3) Natus est Christus in carne, ut nos nasceremur in spiritu; natus est in tempore, ut tu nascereris in aeternitate; natus est in stabulo, ut tu nascereris in coelo. (San Greg. Naz., *in Distich.*)

Cristo (1). ¿Qué nos puede faltar á los cristianos, siendo hijos de Dios y herederos del cielo? Alegrémonos todos en el Nacimiento del Niño de Belén; alégrese el justo porque está preparado para recibir la palma; alégrese el pecador porque se le ofrece el perdón; alégrese el infiel porque es llamado á la fe y á la vida en Jesucristo; alégrense todos los hombres porque Jesús es todo para todos y nació para salvar á todos.

3.° PARA ENVIARNOS EL ESPÍRITU SANTO.—«Por último, ¡oh Gálatas!—dice el Apóstol—*Puesto que sois hijos* (de Dios), *Él ha enviado á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, Espíritu Santo, que clama: Abba, Padre.* (Ver. 6.) Lo cual, según los sagrados intérpretes, es como si el Apóstol dijera: «¡Oh, cristianos! regocijaos porque en virtud de la filiación divina, Dios mismo os envía el Espíritu Santo, que del Padre y del Hijo procede, para que, teniendo en vuestros corazones el mismo Espíritu de Cristo, claméis á Dios con amor filial: *Padre, Padre.*» Así es, amados míos, porque Cristo nuestro Señor, cuando se dignó enseñar á sus discípulos á orar, quiso que recurrieran á Dios como á Padre amadísimo, diciéndole: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

He aquí, pues, lo que nos enseña la Iglesia en la Epístola de la presente Dominica. Antes del nacimiento de Jesucristo los hombres eran esclavos; hoy, por la gracia del mismo Cristo, somos hijos de Dios é hijos amadísimos. De hijos de tinieblas hemos sido hechos hijos de la luz increada; reconozcamos la excelsa dignidad de que nos hallamos revestidos por la Encarnación del divino Verbo, y nunca jamás rebajemos nuestra grandeza con acciones impropias de un buen cristiano. Tengamos presente que el Espíritu Santo mora de asiento en nuestros corazones y que Cristo nació para redimirnos, para que seamos una sola cosa con Él, para infundirnos su propio espíritu, para dársenos en alimento en la tierra y que después le gocemos eternamente en el cielo.

---

(1) Sumus filii Dei. Si autem filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi. (Rom., XVI, 17.)

HOMILIA 1.ª

Para el domingo infraoctava de la Epifanía.

De cómo el hombre se ha de inmolar en obsequio de Dios.

DESPUÉS que el Apóstol San Pablo, en su Epístola á los Romanos, les exhorta acerca de la doctrina de la fe, pasa á instruirles sobre los preceptos de la moral, y en la Epístola de este día se expresa de la siguiente manera: *Os ruego, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis al Señor vuestros cuerpos en hostia viva, santa, agradable á Él, que es el culto racional que le debéis. No os conforméis con este siglo, sino reformaos con la renovación de vuestro espíritu, á fin de que experimentéis cual es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.* (Rom., XII, 1-2.)

Dos cosas, carísimos hermanos, sobresalen en las palabras que acabáis de oir:

1.ª Cómo debemos inmolar nuestro cuerpo en obsequio de Dios.
2.ª Cómo debemos renovar nuestra alma para darle gloria.

¡Quiera el Señor que yo acierte á explicaros, cual conviene asunto de tanta importancia para la vida espiritual, y á fin de expresarme con toda la solidez y claridad posible, procuraré ceñirme en todo á las palabras citadas del Apóstol.

PUNTO 1.º

DE LA INMOLACIÓN DE NUESTRO CUERPO EN OBSEQUIO DE DIOS

¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!... De Él, y por Él, y en Él son todas las cosas. Á Él sea

gloria en los siglos de los siglos (1). He aquí, amados míos, el exordio sublime que el gran Doctor de las gentes puso á la Epístola de la presente Dominica, para que los fieles de Roma, y nosotros y el mundo entero, entienda que *todo cuanto hay en la naturaleza y en la gracia es suyo, que de Él nos viene todo y que sin Él nada subsiste.* Verdad fundamental que los santos y comentadores de las divinas Letras exponen diciendo: «De *Dios,* como Creador, son todas las cosas; *por Dios*, como conservador subsiste todo; *en Dios*, como en su fin, estriba y se contiene todo; ó lo que es lo mismo, á Dios tiende todo como á su último fin, y á El únicamente es debido honor, alabanza y gloria por los siglos de los siglos (2).

Pues bien; partiendo de esta base, dice el Apóstol: *Hermanos, yo os ruego por la misericordia de Dios*, es decir, yo os ruego por la gran misericordia que Dios ha tenido con vosotros, llamándoos por gracia á la fe, y justificándoos gratuitamente, dejando á otros muchos en sus tinieblas, que os mostreis agradecidos, y que en retorno de tan grandioso beneficio le sacrifiquéis, no víctimas de corderos, ovejas ó palomas, como en la antigua Ley, sino *vuestros propios cuerpos, como hostia viva, santa*, libre de toda mancha de pecado, y por consecuencia, *agradable á sus divinos ojos*; *pues éste es un obsequio razonable que le debéis*; es decir, un obsequio que exige la misma razón, como culto debido á Dios, como víctima espiritual ofrecida voluntariamente al Señor con muerte también espiritual; porque Dios es espíritu y quiere ser adorado con el espíritu. *(Rationabile obsequium vestrum.)*

Quiere, pues, el Apóstol, que en agradecimiento á Dios le sacrifiquemos gustosos nuestro cuerpo, con todos sus apetitos y movimientos, á la manera de una hostia racional y espiritual, con un afecto interno, puro y santo, impulsado por la fe viva, por la esperanza firme y por la caridad ardiente.

Quiere esto decir, que la ofrenda de nuestro cuerpo hecha á Dios, supone otra ofrenda interior é invisible, que es la del alma y de sus facultades, ofrenda que, como en los sacrificios, se hace

---

(1) Quoniam ex ipso, et per ipsum et in ipso sunt omnia: ipsi gloria in saecula Amen. (Rom., XI, 36.)

(2) Así Piconio. Cornelio á Lápide, y después de él Tirino, afirman que de este ejemplo de San Pablo y del uso común de los Apóstoles, comenzó en la Iglesia aquella dulce invocación de la Santísima Trinidad: *¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo!* Y que después fueron añadidas, por el Concilio Niceno, las siguientes palabras: Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula, saeculorum, amen. Citan en apoyo de su aserto á San Ambrosio y á Baronio, tomo III, año 325.

con alguna destrucción, á saber: con la del hombre viejo y de sus concupiscencias; ó lo que es lo mismo, se hace empuñando la espada de la mortificación para moderar y aniquilar en todo lo posible las exigencias corporales desordenadas. ¡Cuánta falta hace esto en el mundo y cuán olvidado se encuentra! Necesario es que yo os repita una y muchas veces con San Pablo: *Hermanos míos, sacrificad á Dios vuestros cuerpos como hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos.*

—¿Cómo — me preguntaréis—ha de hacerse este sacrificio? ¿Cómo nuestro cuerpo podrá convertirse en hostia agradable á Dios? Oigamos á San Juan Crisóstomo, que está en este punto admirable; dice así: «Nada malo mire vuestro ojo, y ya es *hostia*; nada torpe hable vuestra lengua, y ya es *oblación;* nada inicuo obre vuestra mano, y ya es *holocausto*. Pero no basta esto, pues además es preciso que hagáis obras buenas, á saber: que vuestra mano reparta la limosna; que vuestra boca bendiga á los que os persigan ó calumnien; que vuestro oído se recree continuamente en divinas conversaciones. Es preciso que en esta hostia no haya cosa inmunda, sino que todo sea puro, limpio y bien ordenado; es preciso, en suma, que ofrezcamos á Dios tanto las primicias de nuestras manos como las de nuestros pies y las de nuestros ojos, y las de nuestra lengua y demás miembros de nuestro cuerpo.» ¡Cuán hermoso documento es éste si nosotros le pusiéramos en práctica!

El hombre, amados míos, es de ordinario idólatra de su cuerpo, y esto constituye un gravísimo mal que trae á las almas perdiciones innumerables. Es una necesidad verdadera mortificar el cuerpo y ofrecerlo á Dios como hostia sagrada, porque si el alma no avasalla al cuerpo, el cuerpo se ensoberbece y avasalla al alma; harto lo muestra la experiencia y es constante desdicha en el linaje humano. Clarísimos son los testimonios del Apóstol; dijo así: *Hermanos míos, andad en espíritu y no condescenderéis con los deseos del cuerpo, pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis todas las cosas que quisiereis... Si vivimos por espíritu, andemos también por espíritu, porque los que son de Cristo crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.* (Gal., V, 16, 17, 24 y 25.) Expresiones divinas que las esclarece más y más San Agustín, diciendo: «Crucificar la propia carne es resistir con fuerza y vigor á la concupiscencia, combatiéndola sin cesar y negándole todo cuanto puede contribuir á despertarla, lo cual se consigue con una mortificación continua de la voluntad, del espíritu y de los sentidos.—(Scio.)

Y si de las divinas letras descendemos á las enseñanzas de los Santos Padres de la Iglesia, encontraremos estas y otras admirables sentencias: *El enemigo más fiero del hombre cristiano son los apetitos del cuerpo... Por lo mismo es preciso que la tarea constante de su vida sea mortificar diariamente, y afligir, y disminuir, y refrenar, y aniquilar las acciones de la carne con la energía del espíritu... El hombre que no sabe dominar sus concupiscencias, es á la manera de un jinete necio arrastrado por un caballo indómito... Por tanto, nosotros los cristianos, en virtud de nuestra fe, debemos no solamente desechar las cosas nocivas, sino también el deseo de ellas, y vencer las exigencias de la carne y de la sangre, y todo cuanto haya en nuestra naturaleza que sea contrario al espíritu y á la gracia. Esta es nuestra vocación, esta nuestra profesión, este nuestro oficio, y en verdad que no hay vocación más sublime, ni profesión más digna, ni oficio más honroso, ni felidad más cumplida* (1). Esto dicen los Santos Padres.

¿Quiere, pues, el hombre cristiano cumplir bien con el importantísimo encargo que hoy nos hace la Epístola de San Pablo? Atienda á las palabras del gran comentador Cornelio á Lapide; dice así: «No es preciso ¡oh cristiano! que busques en lo exterior víctimas que inmolar; dentro de ti tienes muchas que ofrecer. Mata al *Toro* bravo de la *soberbia;* mata al *Camello* giboso de la *avaricia;* degüella al *Cabrito* fétido de la *impureza;* sacrifica al *Ternero* grueso de la *gula;* despedaza al *Mastín* mordaz de la *envidia;* lacera el *Carnero* batallador de la *ira;* incendia al *Asnillo* lento de la *pereza;* aniquila, pues, á estas bestias contrarias al espíritu, y puedes decir que has peleado heroicamente por Dios» (2).

He aquí, en suma, lo que nos inculca hoy el Apóstol en la Epístola, cuando dice: *Os ruego, hermanos, que ofrezcáis al Señor vuestros cuerpos en hostia viva, santa, y agradable á Dios, que es el culto racional que le debéis.* (Vers. 1).

---

(1) Hostes hominis christiani sunt facta carnis. (Gregor., X, Moral).—Hoc est opus nostrum in hac vita, actiones carnis sipiritu mortificare quotidie, affligere, minuere, fraenare, interimere: haec et actio nostra, haec militia nostra. (San Clímaco, cap. XIII, de Verb. Dom.)—Qui dominari nescit cupiditatibus, is quasi equus, raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur. (San Amb., lib. III de Virg). Quare ratione nostri officii et propositi, non tantum debemus res, sed etiam cupiditatem relinquere, et vincere desideria carnis, sanguinis, et quidquid secundem naturam est, non secumdum spiritum et gratiam. Haec vocatio nostra. haec professio, et hoc officium, et nihil hac vocatione sublimius, nihil hac prof ssione dignius, nihil hoc officio honoratius, nihil felicius. (S. Agust., serm. XIII, de Verb. Dom.)

(2) Cornel. á Lápide, in cap. XII, Epist., ad Rom.

Sí, hermanos carísimos, es un débito riguroso que hemos contraído con Dios; la hostia de nuestro cuerpo, la hemos de ofrecer al Señor con el alma, ó sea con la voluntad libre, impulsada por la fe; y en este sacrificio sobrenatural y cristiano, el sacerdote es el espíritu; el altar es nuestro corazón; la espada es la contrición, y la mortificación; el fuego es la caridad; la víctima es el cuerpo, que ha de morir ciertamente al pecado, pero que ha de vivir para Dios, con mente pura y santa, dirigiendo y ofreciendo todas y cada una de las acciones del cuerpo á la gloria de Dios y á nuestra eterna salud. Hacer esto es el gran triunfo de la vida cristiana que nos proporciona un eterno peso de gloria.

Que ofrezcan, pues, los judíos y los herejes hostias mudas, y víctimas irracionales, incapaces de alabar y glorificar y alabar al Señor; nosotros los cristianos ofrecemos á Dios *nuestro cuerpo vivo*, santificado en el Bautismo por el Espíritu Santo; agradable á su divina Majestad como miembro de Cristo; alabando y glorificando al mismo Dios con acciones corporales virtuosas á Él consagradas, y por la mortificación voluntaria moderando ó destruyendo las acciones animales y sensuales que puedan dañar al espíritu. Esto es ofrecer al Señor la hostia viva de nuestro cuerpo. ¡Bienaventurado el varón que así obrare!

Mas dejando ya lo que al cuerpo concierne, vengamos al alma, que, según el Apóstol añade á continuación, ha de ser también renovada y sacrificada al mismo Dios, para que sea hecha en todo, y por todos los hombres, su adorable y divina voluntad. Reflexionemos:

PUNTO 2.°

DE LA RENOVACIÓN Y MORTIFICACIÓN DE NUESTRA ALMA EN OBSEQUIO DE DIOS

Dícenos el grande Apóstol de las gentes que *hemos de ofrecer al Señor nuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable á Dios;* es decir, haciendo de todos y de cada uno de nuestros miembros corporales un santo uso, según las necesidades y conveniencias de la vida racional y cristiana *(hostiam viventem, sanctam, Deo placentem)*, más añade que ha de ser *un obsequio nuestro razonable (rationabile obsequium vestrum)*, en lo cual declara, no sólo que hemos de *obrar con prudencia* en las mortificaciones corporales, sino que la misma alma ha de ser también *sacrificada* al Señor; es

decir, *mortificada* en todas sus potencias, afectos y pasiones, para que todo nuestro ser viva ordenado según su divina voluntad. ¡Qué hermosa, qué profunda y qué sublime es la doctrina del Apóstol!

¿Qué importa sacrificar por completo á Dios la víctima de nuestro cuerpo, si no procede de la fe, ni de la esperanza, ni de la caridad, y quedan libres las potencias del alma en todos sus afectos y operaciones? Todo nuestro ser y modo de ser viene de Dios, y por consiguiente á Él debemos dar todo y sacrificarlo todo, no sólo en agradecimiento, sino como un tributo debido de justicia á su Majestad soberana. ¿Cómo debemos hacerlo? Aquí viene bien recordar los *actos* y los *grados* de la mortificación, que en resumen son los siguientes:

Acto 1.º—Reprimir con mano fuerte los sentidos corporales y los actos exteriores, ó sea los ojos, los oídos, el gusto, el olfato y el tacto, no sólo en sus funciones y delectaciones ilícitas, sino aun en algunas lícitas, y hasta añadiendo á veces voluntariamente algo que les sea contrario y desagradable.

«Al cuerpo—dijo San Bernardo—hay que tratarle como á un enfermo, no dándole lo que le guste, sino lo que le convenga» (1). Otros dicen que dicho cuerpo ha de ser atendido como Fr. Jumento, dándole *carga, pienso y palo.* Carga porque se ensoberbece, pienso porque desfallece, y palo porque lo merece.

El alma ha de amar al cuerpo hasta por caridad, pero no de suerte que ella misma se deje arrastrar por dicho cuerpo, y que merezca que le diga el Señor:—*No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne.*—Ame Adán á su Eva, pero cuide mucho de no escuchar su voz más que la de Dios.

Acto 2.º—Prohibir á la memoria y á la fantasía el recuerdo voluntario de cosas vanas, importunas ó menos convenientes. La imaginación es la loca de la casa y hay que tratarla como á tal. Quien esto no hiciere, cuéntese por perdido.

Acto 3.º—Es preciso apartar el entendimiento de las ideas inútiles ó dañosas, de los pensamientos menos puros, de los juicios temerarios y de todo lo que pueda ser causa ú ocasión de pecado. Esto es de necesidad absoluta.

Acto 4.º—Hay que tener á raya la voluntad propia, cuidando que no se deje llevar del amor propio desordenado, y hacer que se conforme con la voluntad de Dios, y aun con la de los hombres,

---

(1) San Bern., Epist. ad Fratr. de Monte Dei.

en cuanto honesta y prudentemente sea posible. El demasiado apego al propio juicio es verdadera pestilencia. ¡Cuántos se precipitan por este abismo!

Acto 5.°—Es igualmente de necesidad refrenar con denuedo las pasiones desordenadas del ánimo, en especial *el amor*, *el odio*, *el gozo*, *el temor*, *la ira*, no sea que por cualquiera motivo se translimiten fuera de lo razonable y más allá de lo que Dios quiere; pues esto sería gran desdicha.

Tales son, en compendio, los actos principales á que nos exhorta San Pablo cuando dice en nuestra Epístola: *Hermanos, os ruego que ofrezcáis al Señor vuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable, porque es el culto racional que le debéis.*

Ahora bien; como dichos *cinco actos* pueden y deben realizarse en mayor ó menor escala, según el estado, edad, salud y temperamento de las personas, y también según la vocación de Dios y perfección á que aspiren, señalan los maestros de espíritu *tres grados*, que interesa conocer, son los siguientes:

1.° Que el cristiano se considere en este mundo *como peregrino;* esto es, como quien va de viaje, contentándose con tener alimentos, albergue y vestidos con que cubrirse, desechando todo lo demás como impedimentos para su marcha y considerando los acontecimientos, personas y cosas que se le ofrezcan como quien va de paso, atento sólo á seguir rectamente el camino de su patria, ó sea del cielo, según aquello del Apóstol San Pedro: *Ruégoos, muy amados míos, como á extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el alma.* (I Petri, II, 11.)

2.° El segundo grado, superior al primero, es que el hombre se considere en el trato de las gentes y en sí mismo *como muerto*, ó sea que no vea ni oiga ni entienda ní busque otra cosa que lo concerniente á la gloria de Dios, á la imitación de Cristo, al bien de su alma y al provecho del prójimo, llevando en la memoria aquellas palabras de San Pablo á los Colosenses (III, 3): *Hermanos, pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* Es decir, muertos al mundo y á las vanidades de él como habéis prometido en el santo Bautismo. ¡Dichoso estado! ¡A él nos encamina dulcemente el glorioso San Bernardo, cuando dijo: «Ningún hombre, pues, ha de vivir para sí, sino para Aquel que murió por él. ¿Para quién es más justo que yo viva que para Aquel que si no hubiere muerto yo no viviera? (*De dilig. Deo.*)

3.° Finalmente, hay un tercer grado en la mortificación, que es lo más sublime á que puede aspirar humana criatura, que es considerarse, no simplemente muerto, sino *crucificado con Cristo,* y sentir gozo en su corazón á semejanza del Apóstol, cuando exclamó: *Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado á mí y yo al mundo* (1). Grado supremo, al cual San Bernardo llama con razón *el tercer cielo y la perfección suma* (2).

He concluído, amados míos, de explicaros la primera exhortación de San Pablo en este día. En ella vemos que el cristiano, por la infinita misericordia de Dios, se halla santificado con la Sangre preciosísima de Jesucristo y que, siendo nosotros pertenencia exclusivamente suya, *le debemos honor perpetuo y sacrificio continuo de todo nuestro ser.* Sacrificio de nuestro cuerpo, templo vivo de Dios, consagrado en el santo Bautismo, ofreciéndosele como hostia viva, santa, agradable, racional y espiritual, ó sea sometido enteramente al espíritu con el cuchillo de una prudente mortificación.

Sacrificio del alma, conservándola siempre sumisa, devota y humilde al divino querer, y de esta manera, obedeciendo la carne al espíritu y el espíritu á Dios, prestaremos al Señor, como dijo San Pablo, *un obsequio razonable,* un homenaje debido y recibiremos paz y tranquilidad aquí en la tierra y galardón sempiterno allá en el cielo. Amén.

---

(1) Absit mihi gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. (Gal., IV, 14.)

(2) Sobre todo lo concerniente á la mortificación cristiana puede verse nuestra obra *La vida feliz,* tomo II, desde el capítulo XLIV al LVI, donde se declara con mucha extensión.

HOMILIA 2.ª

para el domingo infraoctava de la Epifanía.

Del espíritu del mundo y el espíritu de Dios.

HERMANOS míos amadísimos: El Apóstol de las Gentes en la Epístola de la presente Dominica dice así: *Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos al Señor en hostia viva, santa, agradable al mismo Señor, que es el culto racional que le debéis.* Y después de este encargo que entraña la mortificación más perfecta de cuerpo y de alma en obsequio de su Majestad divina, añade otras palabras sublimes y de profunda enseñanza para nosotros, á saber: *No os conforméis con este siglo, sino reformaos en novedad de vuestro espíritu, para que esperimentéis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Pues por la gracia que me ha sido dada, digo á todos los que están entre vosotros: No sepáis más de lo que conviene saber, sino sabed con templanza, y cada uno como Dios le repartió la medida de la fe; porque muchos somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno miembro los unos de los otros.* (Rom., XII, 1 á 5.)

Esto dijo el grande Apóstol, carísimos hermanos, y en verdad que hoy más que nunca interesa considerarlo. ¿Cómo viven en nuestras sociedades la mayor parte de las gentes? ¿Cuál es la *renovación* que hacen de su espíritu? ¿Cómo atienden á la voluntad de Dios, *buena, agradable* y *perfecta?* Lástima grande causa presenciarlo, y porque al menos nosotros abramos los ojos á la luz de la verdad evangélica y obremos con rectitud y santidad, bueno será que ajustándonos á las citadas palabras de tan santo é inspirado Doctor, declaremos ahora dos cosas:

1.ª Que no hemos de conformarnos con las ideas del siglo.
2.ª Que nos es preciso renovar nuestro espíritu.

PUNTO 1.º

DE CÓMO ES PRECISO HUIR DE LAS COSTUMBRES MUNDANAS

El mundo, amados míos, es inmundo y mancha á los que le siguen. Y si alguno dijere que el mundo no es malo porque fué hecho por Dios, responderíamos que también el hombre fué hechura divina, y sin embargo, el hombre se hizo malo por su propia voluntad. El mundo, pues, como criatura no es malo; mas en cuanto es habitado por muchos hombres corrompidos, es pésimo, y en este sentido, llámase mundo á *la viciosa y mísera condición de la humana naturaleza, corrompida por el pecado del primer hombre, y no reformada según la ley de Cristo* *.

A esto se refería el Apóstol San Juan cuando dijo: *Sabemos, que somos de Dios y que todo el mundo está puesto en el maligno* (esto es en la iniquidad) (1).—*No queráis, hermanos, amar al*

* Mas he aquí que la herejía contemporánea, ó sea «*el racionalismo y el naturalismo, no dando crédito alguno á la revelación divina, niegan que el padre del género humano haya pecado, y que, por consiguiente, las fuerzas del libre albedrío se hayan debilitado é inclinado al mal.* (Trident. sess. VI, *De justific.*, cap. I.) *Muy al contrario, exagerando la fuerza y excelencia de la naturaleza, y poniendo en ella sola el principio y la regla de la justicia, ni siquiera pueden concebir la necesidad de hacer constantes y enérgicos esfuerzos para cohibir las rebeldías de la naturaleza y dominar sus apetitos.*» (Encycl. *Humanum genus*, 20 de Abril de 1884.) De esta manera, siendo el hombre bueno, todo cuanto apetece y quiere es bueno, y no hay para qué combatir la propia voluntad, ni los deseos del corazón, ni los atractivos é ímpetus de las pasiones, porque sería combatir lo bueno y oponerse al bien. Y esto que dice el racionalismo en teoría, lo pone en práctica *el liberalismo contemporáneo*, llevándolo al terreno de la política, para que el desorden y la corrupción sean generales y dominen en los Estados, lo mismo que en las familias y los pueblos. Horroriza pensar lo que hoy se pretende con tales *libertades de perdición*, pues se trata nada menos que de emancipar las pasiones del hombre de deificarlas, lo cual no es otra cosa que *la ruina de toda moral.* Esto no lo entienden las indoctas muchedumbres, pero no por eso deja de ser una espantosa realidad. Abramos, pues, los ojos, y comprendamos que el hombre se corrompió por el pecado.

(1) Scimus quoniam ex Deo sumus, et mundus totus in maligno positus est. (I Joann., V, 19.)

mundo, ni á las cosas que hay en él, porque todo lo del mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1). Dice claramente el Discípulo del amor en estas palabras, que el espíritu y las máximas de los hombres que viven según el mundo, son enemigos de la doctrina de Jesucristo divinamente expuesta en su Evangelio; dice que el amor desordenado á todo lo que puede lisonjear los sentidos es *concupiscencia de la carne,* y debe abominarse; dice que el afán inmoderado de las riquezas materiales y la vana curiosidad que todo lo quiere ver y entender, es *concupiscencia de los ojos,* impropia de todo buen cristiano; dice que el ansia de los honores, elevaciones, dignidades y alabanzas humanas es *orgullo de la vida,* incompatible con la doctrina católica y el espíritu de Jesucristo; dice en substancia, que Jesucristo envió á sus discípulos y á todos los cristianos el Espíritu Santo como Espíritu de verdad, en contraposición al espíritu del mundo, que es espíritu de mentira (2).

Todo esto y mucho más dijo San Juan, como secretario fiel del Corazón sacratísimo de Jesús, y por eso San Pablo, escribiendo á los de Corinto, les decía:—*Hermanos, nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que el Señor nos ha comunicado.* Y por eso también en la Epístola de este día dijo á los fieles de Roma: *Os encargo, hermanos, que no os conforméis con este siglo* (3); esto es, que no sigáis las costumbres de las gentes mundanas, que buscan en todo sus placeres y comodidades con desprecio, ó á lo menos con olvido, de la ley sacrosanta de nuestro divino Redentor.

Con efecto; ¿que es lo que actualmente presencian nuestros ojos? ¿Quién no ve por todas partes la vanidad triunfante, el orgullo entronizado, la justicia sepultada, la moral corrompida y el dios de los placeres continuamente adorado? Hasta *la sabiduría del mundo*—dijo el Apostol,—*es locura delante de Dios* (4).

---

(1) Nolite diligere mundum, neque ea, quae in mundo sunt, quia omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae. (I Joann., II, 15-16.)

(2) Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vovis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere, quia non videt eum, nec scit eum. Vos autem cognoscetis eum, quia apud vos manebit, et in vobis erit. (Joann., XIV, 16-17.)

(3) Nos non spiritum hujus mundi accepimus, sed Spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis. (I Cor., II, 13.)—Obsecro vos... et nolite conformari huic soeculo. (Rom., XII, 2.)

(4) Sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum. (I Cor. III, 19.)

Sí, es locura; porque en su pretendida ilustración y alardes de progreso, antepone lo material á lo espiritual, el cuerpo al alma, la razón á la revelación y su voluntad á la divina. Es locura, porque muchas veces, con osadía insensata, legisla, dispone y gobierna, prescindiendo de Dios y de su Cristo, y en oposición á los dogmas, á la moral y á la fe revelada por el mismo Dios, cual si fuera posible gobernar las naciones y hacer felices á los pueblos, en contra de la soberanía suprema que pertenece en absoluto al Creador de los pueblos y de las naciones. Es locura, porque intenta comprenderlo y explicarlo todo sólo por la luz de la débil razón humana, negando el orden sobrenatural, la divinidad de Jesucristo y la verdad infalible que ha depositado en la Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Cuál es la sabiduría del mundo aplicada al orden social, y al pudor, y á la dignidad del hombre, y á la prosperidad de las familias, de los Estados y de todo el humano linaje? ¿Quién no sabe que el mundo enseña una moral enteramente opuesta á la moral de Jesucristo? ¡Ay del mundo! ¡Ay del mundo!

¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los que lloran! ¡Bienaventurados los que tienen el corazón limpio y los que padecen! (Matth., V.) Esto enseña Jesús y esta es su moral.—¿Qué dice el mundo? ¿Qué moral es la suya? ¡Oh! enteramente contraria. *Bienaventurados*—dice—*los ricos*; *bienaventurados los que ríen*; *bienaventurados los que disfrutan de los placeres de la tierra; bienaventurados los que no tienen sufrimiento alguno...* ¡Así se piensa, cristianos, así se habla, así se escribe y así se obra entre las gentes del mundo! La moral de Jesucristo y la moral del mundo son enteramente opuestas. Quién se engaña, ¿Jesucristo ó el mundo?—Oigamos á San Agustín, que nos da la contestación, diciendo: *Se engaña el que cree conocer la verdad, viviendo en la iniquidad. Vivir en la iniquidad es tener amor al mundo, es tener en mucha estima lo que nace y pasa, es el desearlo con ansia y trabajar por obtenerlo, y alegrarse de haberlo obtenido en abundancia, y temer su pérdida y contristarse cuando se ha perdido* (1).

Esta es, amados míos, la iniquidad y el engaño en que vive el mundo; este es el afán de multitud de personas que se llaman

---

(1) Errat quisquis putat veritatem se posse agnoscere, cum adhuc nequiter vivat Nequitia autem est mundum istud diligere, et ea, quae nascuntur et transeunt, pro magno habere, et ea concupiscere, et pro his laborare ut acquirantur, et laetari cum abundaverint, et timere ne pereant, et contristari cum pereunt. (San Agustín. De morib.)

cristianas; esta es la moral trastornadora del universo; esta es la peste social que envenena, consume y aniquila á los individuos, á las familias y á los pueblos. ¡Quiérese poseer, y mandar, y gozar á todo trance de los deleites terrenos, cual si no tuviéramos alma, ni nos aguardara otra vida! He aquí por qué el grande Apóstol, profundamente conmovido, escribió á los Filipenses, diciéndoles: *Hermanos, varias veces os lo he dicho, y ahora os lo repito llorando: muchos son los que andan siendo enemigos de la cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su dios el vientre y su gloria servirá para confusión de ellos, que sólo gustan de lo terreno* (1). He aquí por qué el mismo Apóstol dijo que *el diablo es el dios de este siglo*, y Cristo nuestro señor, Sabiduría eterna encarnada, llama al demonio *príncipe de este mundo* (2). Es decir, que el mundo tiene por rey, por padre y por guía al demonio, y por eso San Pablo, en la Epístola de este día, nos dió este precioso documento: *Hermanos, no queráis conformaros con las costumbres del siglo. (Nolite conformari huic seculo.)*

En suma: si Cristo, por amor nuestro, descendió de la corte celestial, nosotros, por amor de Cristo, hemos de huir de la vanidad terrenal. Si el mundo nos parece dulce, más dulce es Cristo nuestro Señor, y si el mundo nos parece amargo, recordemos que esa amargura la soportó Cristo por endulzar nuestra existencia.

* Pero no basta que huyamos de las máximas del mundo, sino que además es preciso que renovemos continuamente nuestro espíritu. ¿De qué manera? Eso es lo que ahora diremos.

---

* Tal es, amados míos, la moral sacrosanta de Jesucristo, promulgada al mundo para bien de las sociedades, de las familias y de los pueblos; mas he aquí que la impiedad moderna, en oposición completa á nuestra Epístola, levanta furiosa su voz y dice: «Queremos conformarnos enteramente á las ideas del mundo.—El buen estado de la sociedad pública y el progreso de la civilización reclaman absolutamente que se rija y constituya la humana sociedad sin tener para nada en cuenta la Religión, como si no existiera, ó por lo menos, sin hacer diferencia alguna entre la verdadera y las falsas.» (Encíclica *Quanta cura.*)—Los particulares, las familias mismas—dicen—pueden ser católicos; pero el Estado debe prescindir de eso y no tener religión determinada. Negamos que

---

(1) **Multi ambulant, quos saepe dicebam vobis, nunc autem et flens dico, inimicos Crucis Christi; quorum finis interitus, quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt. (Philip., III, 18-19.)**

(2) **Deus hujus seculi. (II Cor., IV, 4).—Princeps hujus mundi. (Joann., XII, 3.)**

PUNTO 2.º

DE LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU CRISTIANO

Oigamos de nuevo al Apóstol, que en brevísimas palabras lo expresa todo. «Hermanos míos—añade—*reformaos en la novedad de vuestro espíritu.*» (Vers. 2.) ¡Hermoso encargo! Continuación y complemento del primero, que es como si nos dijera:—No basta huir del mundo, porque es contrario á Dios, sino que es preciso os esmeréis en *renovar vuestra mente y vuestros carazones* en conformidad con el espíritu de Cristo.—El espíritu de Cristo se compendia en dos cosas: primera, en que *el alma se retraiga de todo lo malo;* segunda, *en que al propio tiempo practique todo lo bueno*, ó lo que es lo mismo, en que se abstenga de las concupiscencias del mundo por la *mortificación* y en que se conforme á Cristo nuestro bien por la *caridad*, según aquellas otras palabras del grande Apóstol: *Jesucristo nos instruye para que, renunciando á la impiedad y á los deseos del siglo, vivamos piadosamente, con piedad y justicia* (1).

Por consiguiente, hermanos carísimos, la verdadera ciencia, del cristianismo consiste *en conocer á Jesucristo*, porque es el autor de todas las ciencias, la ciencia por esencia, y cualquiera otra ciencia sin ésta sólo será grave ignorancia (2) y una vez conocido Jesucristo, no hay más que imitarle para renovar nuestro espíritu. ¿Qué nos enseña el divino Salvador con su vida y ejemplos? Esta es la cuestión y esto es lo que nos importa considerar.

Jesucristo tenga derecho á reinar en las sociedades, ó lo que es lo mismo: «Negamos *el reinado social de Jesucristo.*»

«Esa—dice un insigne publicista católico (5 de Agosto de 1899),—esa es la política del liberalismo, error esencialmente político, que en eso consiste substancialmente, en arrancar el Corazón de Jesús de las sociedades, de los Estados y después de las familias y, en fin, de las almas, hasta que no quede sombra ni recuerdo del nombre cristiano.» Sí; esto se pretende, amados míos, y por eso nosotros hemos de tener siempre en la memoria las palabras del Apóstol: *No queráis conformaros con las costumbres del siglo.*

---

(1) Erudiens nos, ut, abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo. (Tit , II, 12.)

(2) Si Jesum nescis, nihil est, si coetera noscis;
Si Jesum noscis, sat est, si coetera nescis.

Toda la falsa ciencia que enseña el mundo y que tanto ilusiona y enloquece á los hombres mundanos, es el desarrollo y la satisfacción de las tres concupiscencias antes indicadas, á saber: *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida*, ó sea *la soberbia, la avaricia y los deleites de los sentidos;* y contra ellas opone Jesucristo tres virtudes hermosas: *la humildad, la pobreza y los sufrimientos*, para que nosotros le imitemos.

HUMILDAD DE JESÚS.—Primeramente, Jesús fué humilde, y de tal manera, que el glorioso San Pablo nos le ofrece como tipo de imitación, diciendo: *Hermanos, yo os ruego que haya en vosotros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús, pues siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo hecho á la semejanza de hombres y hallado en la condición como hombre* (1).

Quiere esto decir que Cristo, siendo Hijo de Dios y Dios verdadero, consubstancial al Padre (2), se humilló y se anonadó á sí mismo, tomando la naturaleza humana con todas sus propiedades, y la condición de siervo y en todo semejante á los demás hombres, á excepción del pecado; humillación que pone asombro á los cielos y á la tierra y que da voces á nuestro corazón, diciendo: «Aprende aquí, hombre orgulloso y no te desdeñes de seguir las huellas de tu Dios y Señor. Jesucristo, ó sea el Verbo divino, baja por humildad al seno de una Virgen, nace como hombre en un establo, lleva una vida penosa, humilde y oculta durante treinta y tres años, muere en un infame patíbulo en medio de ladrones y fué tratado como un facineroso... ¡Cuántas sublimes lecciones de humildad! ¿Es posible que viendo á Dios humillado osemos nosotros, gusanos de la tierra, enorgullecernos?

POBREZA DE JESÚS.—En cuanto á la pobreza del divino Salvador, nadie ignora que, siendo él Rey de Reyes, no eligió para sí más que un pesebre y una Cruz, haciendo con estos dos instrumentos que nuestra pobreza quedara santificada y nuestro corazón abundara en riquezas. ¡Quién lo creyera! ¡El que es la misma riqueza, nace en un establo; el que adorna los cielos y la tierra está envuelto en pañales; el que es Monarca supremo del universo descansa en un pesebre!

---

(1) Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu; qui, cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo; sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. (Philip., II, 5 7.)

(2) Col., I, 15.—Hebr., I, 3.

Durante los treinta años de su vida privada Jesucristo *trabaja, ora, obedece y se santifica* con un oficio corporal para que todos los hombres aprendamos de aquí á amar el trabajo y á huir de la ociosidad, que es la madre de todos los vicios. ¡Ojalá que los hombres se miraran en este espejo para renovar su espíritu y dejaran de soñar con la utopía irrealizable de comer sin trabajar! Hasta las clases menesterosas suspiran hoy por habitar en espléndidas mansiones, y ya que no pueden en particular, lo realizan en general, frecuentando los Casinos, cafés y demás centros de ostentación y pasatiempo, con grave perjuicio de sí mismas y de la sociedad en general. ¡Oh! ¡Si tuvieran presente que *las raposas tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, y que el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza!* (1).

PADECIMIENTOS DE JESÚS.—¿Y qué diremos de los padecimientos de Jesús en obsequio nuestro? Basta que oigamos á San Ambrosio; dice así: «Jesucristo está pendiente de la Cruz entre el cielo y la tierra, como mediador para reconciliar al hombre con Dios, para recibir en su Cuerpo las agudas flechas de la ira divina lanzadas contra los hombres criminales, impidiendo que lleguen á la tierra; quiso él solo pagar por las iniquidades de todos los hombres.» Esto dice el Santo. ¿Quién será capaz de comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Jesucristo y de los dolores que sufrió por nosotros? Jesucristo sufrió en todos los miembros de su Cuerpo, en todas las potencias de su alma, de parte de toda clase de hombres y hasta de Dios, su Padre, de quien fué como abandonado. Sufrió todo género de tormentos y fué despojado de todos los bienes de fortuna, de la reputación, del honor y de la vida. ¡Cuánto sufrió nuestro amorosísimo Jesús!

Esto hizo nuestro adorable Redentor para que nosotros le imitemos y quedemos renovados en el espíritu. «Los ultrajes de Jesucristo—dijo San Jerónimo—son nuestra gloria. Murió para darnos vida, bajó del cielo para hacernos subir, se hizo locura para hacernos cuerdos y fué suspendido en el árbol de la Cruz para borrar el pecado cometido con otro árbol.» (*In Marcum.*) Jesucristo, pues, con sus padecimientos condena á los amadores de los placeres terrenos. Con su imitación podemos todos los hombres ser enteramente renovados. *Mirad que todo lo renuevo* (2), dijo el mismo

(1) **Vulpes foveas habent, et volucres coeli nidos; Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. (Matth., VIII, 20.)**

(2) **Ecce nova facio omnia. (Apoc., XXI, 5.)**

Jesús, y por eso el Apóstol, divinamente inspirado, nos dice á todos en la Epístola de hoy: *Reformaos en novedad de vuestro espíritu.*

—¿Y por qué—pudiera preguntarse—nos exhorta San Pablo á que renovemos todo nuestro ser?—Él mismo lo declara á continuación; dice así: *Para que experimentéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.*—(Ver. 2.) Es decir, para que, renovados en el espíritu, experimentemos y saboreemos con gusto espiritual cuál sea la voluntad de Dios y podamos distinguir *lo que es bueno* y lo que el Señor quiere que sea hecho por nosotros, *lo que es mejor* y más agradable á sus divinos ojos, *lo que es óptimo y perfecto* y, por consecuencia, lo que le es gratísimo.

A esto se encamina y esto es lo que desea el grande Apóstol, porque siendo la voluntad de Dios la regla, la medida, la fuente y el origen de toda santidad, quiere que todos la conozcamos y la cumplamos y la saboreemos con grande gozo de nuestro corazón. Lo cual ciertamente no es más que un efecto de la renovación interior, con la circunstancia de que cuanto más seamos renovados en el espíritu de nuestra mente, otro tanto seremos más iluminados por Dios y experimentaremos y saborearemos lo que es bueno, lo que es mejor y lo que es óptimo. ¿Quieren algunas personas ser santas? Este es el camino.

He aquí al mismo tiempo indicadas tres gradaciones en las almas renovadas por la imitación de Cristo, á saber: *principiantes*, que hacen lo que es bueno, ó sea el cumplimiento de los Mandamientos divinos; los *proficientes*, que se esmeran en hacer lo que es mejor y más grato á los ojos de Dios; esto es, los consejos evangélicos, y, finalmente, los *perfectos*, que siempre y en todas las cosas obran lo que entienden ser más perfecto y gratísimo al Señor y con amor puro y caridad perfecta.

¡Ojalá que las breves advertencias de San Pablo en la Epístola de hoy y las sencillas explicaciones que de ellas os he dado sirvan para que en lo sucesivo apartemos todos el corazón de las vanidades y costumbres de los mundanos, y para que renovemos nuestro espíritu, haciendo ahora, luego y siempre *lo bueno, lo mejor y lo óptimo!* Pues quien de esta manera obre ó lo procure puede estar seguro de que Dios nuestro Señor le ha de galardonar cumplidamente, ciento por uno, en el cielo. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo segundo después de la Epifanía.

De cómo hemos de amar á nuestros prójimos [1].

HERMANOS míos amadísimos: El capitulo XII de la Epístola que el Apóstol San Pablo escribió á los Romanos es un compendio maravilloso de toda la moral cristiana. En ella se nos declara á todos *lo que debemos á Dios, lo que debemos al prójimo y lo que nos debemos á nosotros mismos.*

Los deberes sagrados que tenemos para con Dios fueron objeto de nuestra instrucción en la Dominica anterior, y en la presente comienza ya el glorioso Apóstol á señalarnos las obligaciones que nos incumben para con nuestros semejantes. La Epístola, pues, de hoy, dice así: *Hermanos carísimos: Puesto que hemos recibido dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, el que ha recibido el don de profecía, use de ella según la regla de la fe; el que es llamado al ministerio de la Iglesia, aplíquese á cumplir perfectamente las obligaciones de su cargo; el que ha recibido el don de enseñar, dedíquese á la enseñanza; el que ha recibido el don de amonestar y exhortar, póngalo en ejecución; el que le ha recibido para dar limosnas, délas con sencillez; el que ha recibido el de dirigir y presidir á los demás, practíquelo con solicitud; en fin, el que ha recibido el don de hacer obras de misericordia, hágalas con gozo y alegría.*—Esto, amados míos, es como el exordio, pues á continuación añade el Apóstol lo principal, diciendo: *Sea sincero y sin fingimiento vuestro amor y vuestra caridad. Aborreced el mal y adherios al bien; amaos mutua-*

(1) Quien desee considerar la doctrina completa sobre el amor al prójimo, vea nuestra obra *La vida feliz*, tomo I, cap. XIV al XX.

mente con amor fraternal; adelantaos los unos á los otros con testimonios de honor y deferencia. (Rom., XII, 6 á 10.)

Hasta aquí el gran Doctor de las gentes, y en verdad que no es posible imaginar reglas de moral más sublimes ni enseñanzas más necesarias. En lo que hemos llamado exordio declara *la manera de practicar las virtudes con nuestros semejantes*, y después, en los dos últimos versículos, determina *cuáles hayan de ser las disposiciones internas de nuestro ánimo para con nuestros prójimos*, á saber: *amarlos* verdadera, pura, honesta y humildemente, y desear *honorificarlos* como á hijos de Dios, hermanos nuestros, miembros de Cristo, y por consecuencia, miembros de un mismo cuerpo con nosotros. Dos cosas, pues, declararemos en este día:

1.ª El amor que debemos á nuestros prójimos.
2.ª La perfección de este amor.

PUNTO 1.º

DE CÓMO HEMOS DE AMAR Á NUESTROS PRÓJIMOS

Nada hay más consolador para el corazón cristiano que oir aquellas palabras adorables de nuestro Señor Jesucristo: *He aquí mi precepto, que os améis los unos á los otros* (1). *Toda la Ley*—dijo San Pablo—*se halla contenida en esta única sentencia*: AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO (2). Y como algunos hombres creyeran que lo esencial era amar á Dios, aunque no se amara al prójimo, exclamó el Apóstol San Juan: *El que diga: Amo á Dios y no ame á su hermano, se engaña; porque el precepto de Dios exige que el que ame á Dios, ame también á su prójimo* (3).

No caben, pues, dudas sobre la obligación estricta de amarnos los unos á los otros; y tan impregnada se hallaba esta verdad en el entendimiento y en el corazón de los primeros cristianos, que el glorioso Doctor de las gentes dijo á los fieles de Tesalónica: *Hermanos, por lo que mira á la caridad fraterna, no hay necesidad de*

(1) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem. (Joann., XV, 12.)
(2) Omnis lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Gal., V, 14.)
(3) Siquis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est. Et hoc mandatum habemus a Deo, ut quid diligit Deum, diligat et fratrem suum. I Joann., IV, 20-21.)

escribiros; porque vosotros mismos aprendisteis de Dios que os améis mutuamente. (I Thesal., IV, 9.) Mas ¿cómo ha de ser este amor? ¿De qué manera nos hemos de amar los cristianos? Esto es cabalmente lo que el grande Apóstol nos enseña en la Epístola de este día. Dice así: *Es preciso que vuestro amor sea sin fingimiento; aborreciendo lo malo y aplicándoos á lo bueno* (1).

¡Qué palabras! Bien merecen que todos las consideremos atentamente; ellas equivalen á decirnos: «Hermanos, mucho os encargo que evitéis la simulación del amor como ordinariamente se acostumbra entre las gentes mundanas, pues tales andan las costumbres, que se dice mucho y se ama poco. Mucho de cortesías, mucho de cumplimientos, mucho de palabras afectuosas, y luego poco de obras y poco ó nada de amor verdadero. ¡Cuánto engaño hay en el trato social! Vosotros no seáis así, sino que vuestra dilección sea una verdad, sea sincera, sea de todo corazón, sea operativa, es decir, que la mostréis con las obras, porque obras son amores. De tal suerte, pues, habéis de amar al prójimo, que tengáis odio á sus vicios y grande afecto á sus virtudes. (*Odientes malum*, *adhaerentes bono.*)

Podrá suceder que el prójimo sea indigno, mas no importa; hay que amarle, hay que desear su bien; hay que procurársele todo cuanto nos sea posible; hemos de querer para él todo lo bueno que queremos para nosotros mismos. Lo que más le daña es su pecado, y por consiguiente, odio á ese pecado; procuremos librarle de él, aniquilarle en su alma, ya sea con palabras, ya con obras, ya con oraciones; gritos al lobo y amor á las ovejas, pues esta es la verdadera caridad que nos enseñó desde el madero de la Cruz nuestro Señor Jesucristo.

Podrá también suceder que los prójimos no conozcan nuestros favores, que los desprecien, que sean ingratos, que nos odien y que intenten hacernos daño; pero aun en ese triste caso, les hemos de amar por amor de Dios, y decirles con San Bernardo: «Hermanos míos, por más que me ultrajéis, he resuelto amaros siempre, aunque jamás lleguéis á amarme. Me uniré á vosotros aunque sea á pesar vuestro; estoy ligado con vosotros por medio de una cadena indisoluble, por el lazo de una caridad sincera, de aquella caridad que siempre dura. Si me insultáis, seré paciente, inclinaré la cabeza ante las injurias y os venceré con mis beneficios; acudiré al socorro de los que rehusen mis cuidados, colmaré de aten-

(1) Dilectio sine simulatione. Odientes malum, adhaerentes bono. (Rom., XII, 9-10).

ciones á los ingratos, y honraré á los que me desprecian, porque sois mis hermanos y porque *los unos somos miembros de los otros* (1). (*Sumus invicem membra*).—(Ephes., IV, 25.)»

Esto dijo San Bernardo, y esta es, en resumen, la mente del Apóstol, cuando nos dice en la Epístola de este día: *Hermanos, que vuestro amor sea sin fingimiento, aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno, amándoos recíprocamente con amor fraternal.* Y porque esto nadie ose ponerlo en duda, quiero recordaros otras palabras del mismo Apóstol; dijo así: *Vosotros, pues, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro; así como el Señor os ha perdonado, así lo habéis de hacer también vosotros. Mas, sobre todo, tened caridad, que es el vínculo de la perfección.* (Colos., III 12-14.)

¡Oh bendito Apóstol! ¡Qué enseñanzas nos suministras! ¡Qué paz, qué sosiego y qué felicidad habría en el mundo si los hombres obraran según estas hermosas amonestaciones de San Pablo! Todo ello no es más que la doctrina pura de nuestro Señor Jesucristo, quien como Sabiduría eterna y Amor infinito, nos dejó en su sagrado Evangelio las dos siguientes reglas:

1.ª *Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas* (2).

2.ª *Este es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros así como yo os he amado* (3).

Por consiguiente, amados míos, toda la ley del amor para con nuestros prójimos puede compendiarse en los siguientes actos:

1.º Querer para todos los hombres los verdaderos bienes eternos y también los temporales, en cuanto puedan conducir á su eterna salud.

2.º Procurarles dichos dos géneros de bienes empleando los medios proporcionados, y por el contrario, evitarles cuidadosamente todos los males; y si ya hubiesen caído en ellos, intentar repararlos del mejor modo posible.

---

(1) Vincar jurgiis, vincam obsequiis, invitis praestabo, ingratis adjiciam, honorabo et contemnentes me. (San Bernardo, Epist. 252.)

(2) Omnia quaecumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis. Haec est enim lex, et prophetae. (Matth., VII, 12.)

(3) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. (Joann. XV, 12.)

3.° Tratar siempre con el prójimo dulce, suave y cariñosamente, y por lo mismo evitar con sumo empeño, todo lo que á esto sea contrario, como son las palabras ásperas, las burlas mordaces, las detracciones, desprecios, sospechas y juicios temerarios... Evitar, en suma, todo lo que pueda serle mortificativo ó molesto.

4.° Esmerarse mucho en tener con dicho prójimo una perfecta concordia, ó sea un mismo querer ó no querer, gozándose con el que goce, y llorando con el que llore.

5.° Soportar en obsequio del mismo cuantas molestias y trabajos fuere necesario, aun dar la vida por él, si la caridad así lo exigiere.

Tales son los cinco actos principales del amor á nuestros semejantes, y como si al grande Apóstol le pareciera poco, añade unas palabras de perfección en el mismo amor, diciendo: *Amaos recíprocamente con amor fraternal, adelantándoos para honraros los unos á los otros.* (Ver. 10.) Consideremos brevemente lo que esto significa. ¡Oh Religión cristiana! ¡Si los hombres te conocieran, cuánto te amaran!

PUNTO 2.°

PERFECCIÓN EN EL AMOR AL PRÓJIMO

¡*Amor fraternal!* ¡Hermosa virtud! Siempre y en todo el universo se ha considerado el amor fraternal como perfección del amor, y por eso, para denotar la intensidad y la fineza del amor entre dos personas, suele decirse: *Se aman como hermanos.* Pues bien; nosotros, los fieles de Cristo, somos en verdad *hermanos,* no sólo por naturaleza, como descendientes de Adán, sino además por gracia, como hijos todos de Dios, según el testimonio del mismo Jesús, cuando dijo: *Vosotros todos sois hermanos... porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos.* (Mahtt., XXIII, 8-9.)

Bellísimas y consoladoras palabras que llenaron de júbilo á San Ambrosio, haciéndole exclamar de esta manera: «Mayor es la hermandad de Cristo, que la de la sangre; porque ésta se refiere á la semejanza del cuerpo, en tanto que aquélla (esto es la hermandad de Cristo) tiene lugar mediante la unanimidad del corazón y del alma, según está escrito, de la multitud de los creyentes, diciendo que *tenían entre sí una sola alma y un solo corazón.*» (San Ambr., serm. XX, *de Temp.*) Y ved aquí, amados míos, lo que el

Apóstol declara en la Epístola de este día, por aquellas palabras: *Amándoos recíprocamente con amor fraternal.*

Pero aún va más adelante el glorioso Apóstol, pues nos considera á los cristianos como formando *una sola cosa con Cristo Jesús,* ó sea un cuerpo místico, en el cual Cristo es la cabeza y nosotros los miembros. *Muchos*—dice—*somos nosotros; pero formamos un solo cuerpo en Cristo y cada uno miembros los unos de los otros. (Alter alterius membra)* (1).

No es posible encarecer con palabras lo que esta comparación significa; mas sí podemos formar de ella alguna idea oyendo á los sagrados expositores de este lugar bíblico. Dicen así:

«Tres cosas existen en el cuerpo humano, á saber: la unidad del cuerpo, la pluralidad de los miembros y la diversidad de sus oficios. De semejante manera en la Iglesia católica, que es el Cuerpo místico de Cristo nuestro Señor, hay tres cosas: 1.ª La multitud de los miembros, ó sea de los fieles.—2.ª La unidad en los mismos fieles, puesto que todos ellos están unidos á Cristo su Cabeza, interiormente por la fe y por la gracia, y exteriormente unos con otros por los Sacramentos. O lo que es lo mismo: los cristianos nos hallamos unidos en el espíritu unos con otros y con Dios por la fe y por el afecto de caridad; un solo cuerpo y un solo espíritu.—3.ª La diversidad en los oficios, encaminada á la utilidad común, y diversidad también en las gracias y en los dones, según el Señor se digne comunicarlos á cada uno» (2).

¿Qué se sigue de aquí? El mismo Apóstol lo declara: *Desde el momento,* dice, *en que un miembro padece, todos los demás padecen juntamente, y si un miembro recibe honra, todos los demás se regocijan con él. Sois el cuerpo de Jesucristo y todos miembros de ese Cuerpo unidos unos con otros»* (3). Quiere esto decir que los cristianos hemos de sufrir con los que sufren y alegrarnos con los que se alegran.

Quiere decir que la caridad divina es la argamasa celestial que une entre sí los corazones de los hombres.

Quiere decir que dicha caridad establece unión íntima entre todos los cristianos, de tan apretada manera, que se asemeja á la

(1) Multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra. (Rom., XII, 5.)

(2) Así Santo Tomás, según Piconio.

(3) Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra: si gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. Vos estis Corpus Christi, et membra de membro. (I Cor., XII, 26-27.)

que existe entre el cuerpo y el alma y á la que tienen entre sí los miembros de un mismo cuerpo.

Quiere decir que así como en el cuerpo del hombre hay varios miembros y cada uno ejerce su función respectiva, trabajando todos y cada uno, no para sí sólo, sino para todos, ayudándose mutuamente porque pertenecen á un mismo cuerpo, de igual manera ha de acaecer entre los cristianos, por más que se conserve en ellos el orden de la caridad.

Quiere decir que así como dichos miembros corporales cada uno está contento con su función, sin que ninguno quiera ser otra cosa, ni el más vil envidie al más noble, ni la mano pretenda ser ojos, ni los ojos pies, ni los pies pidan desempeñar las funciones de la cabeza, sino que entre todos existe la más perfecta unión, por modo semejante los fieles de Cristo viven en paz, sufren juntos, se alegran juntos y juntos se ayudan, soportan y socorren en la más perfecta armonía. ¡Qué hermosa sería la vida si de esta manera se obrara!

He aquí el fruto de la caridad divina, que de los individuos trasciende á las familias, á los pueblos, á las naciones y á las sociedades, haciendo de todos los hombres una sola familia perfectamente ordenada y con la mayor felicidad que es posible en este mundo. No es, pues, de maravillar que San Pablo nos recomiende en la Epístola de hoy con tanto encarecimiento la tierna, mutua y constante dilección, ni que hablando á los fieles de Efeso les dijera: *Hermanos, tened cuidado de conservar la unidad del espíritu con el vínculo de paz, siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados á una misma esperanza* (1)

Por último, añade el Apóstol que *nos adelantemos á honrarnos los unos á los otros (honore invicem praevenientes)*; encargo que es como el perfume de la misma caridad. Todos los hombres son, en algún sentido, dignos de que nosotros los honorifiquemos, y por lo mismo, hemos de tratarlos con cierta veneración y deferencia, no sólo á los superiores y constituídos en dignidad, sino á los iguales y á los inferiores, al modo que mejor convenga, á lo menos considerando que son hijos de Dios, hermanos nuestros, miembros de Jesucristo, y que somos todos miembros de un mismo cuerpo, con una misma fe, con una misma esperanza, viviendo del mismo espíritu y llamados todos á la misma eterna beatitud. Amemos,

(1) Sollicití servare unitatem spiritus in vinculo pacis. Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe. (Ephes., IV, 3-4.)

pues, á todos los hombres, por amor de Dios, sincera, pura y humildemente. Procuremos adelantarnos á reverenciarlos, á servirlos, á amarlos y á manifestarlos con signos y con obras la verdad de nuestra dilección. Así nos lo encarga el Apóstol, así lo exige nuestra profesión de cristianos, así lo preceptúa el mismo Jesucristo y así habremos de conseguir nuestra eterna bienaventuranza. Amen.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo segundo después de la Epifanía.

De los sentimientos y obras benéficas para con los prójimos.

Amados hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo explicado á los fieles de Roma los deberes principales que todos tenemos para con Dios y para con nuestros prójimos, especialmente el amor mutuo, tierno, dulce y santo que todos nos debemos como hermanos verdaderos en Cristo nuestro Señor y como miembros de un mismo cuerpo, pasa á determinar el modo con que hemos de traducir en obras los sentimientos afectuosos de nuestro corazón. *No seáis*—dice—*perezosos en hacer el bien, sino solícitos y fervorosos de espíritu sirviendo al Señor. Habéis de hallaros en la esperanza gozosos, en la tribulación sufridos, en la oración perseverantes; siendo además caritativos en socorrer las necesidades de los santos, y prontos en el ejercicio de la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen, bendecidlos y no los maldigáis. Alegraos con los alegres, y llorad con los que lloran. Sintiendo entre vosotros una misma cosa; no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes.* (Rom., XII, 11 al 17.)

¡Bellísimas instrucciones, amados míos, si nosotros supiéramos aprovecharnos de ellas para la práctica de la vida cristiana! Mi

intento en este día es declararlas breve y sencillamente, para que todos forméis juicio claro de la conducta que debemos observar los cristianos con nuestros semejantes, en virtud de la dilección tierna, verdadera y operativa que el Señor quiere y manda que nos tengamos. Al efecto, siguiendo el mismo orden de la Epístola de este día, os habré de mostrar dos cosas:

1.ª Los sentimientos interiores de todo buen cristiano.
2.ª La manera de socorrer á nuestros prójimos.

PUNTO 1.º

DE LOS SENTIMIENTOS BENÉFICOS Y CRISTIANOS

Nada en este mundo contribuye tanto á ganar el corazón de los hombres como el darles pruebas de amor y benevolencia, y de aquí el adagio vulgar: *Si quieres ser amado, ama.* ¿De qué serviría el amor interior, si no se mostrara y exteriorizara con obras buenas de obsequio? He aquí por qué el Apóstol de las gentes, después de haber encargado á los romanos que mostraran su caridad para con sus semejantes adelantándose á ellos con testimonios de honor y deferencia, añade que sean *solícitos y no perezosos* en el ejercicio de tan hermosa virtud. *(Sollicitudine, non pigri.)*

¡Solícitos! Nótese bien; porque amor perezoso, amor tardío, amor inactivo, es amor que se hiela y fenece; más que amor, es sombra de amor, y es como si el Apóstol dijera:—No basta, hermanos, que os améis de cortesía como las gentes del mundo; no basta que lo expreséis con palabras tal vez no sinceras; no basta ni aun que lo manifestéis con algunas obras de cumplimiento, obligadas, tardías y remisas, sino que es preciso además prevenir las necesidades de vuestros prójimos y proporcionarles algún alivio, algún socorro, aun antes de que ellos os lo pidan. Favor pedido y rogado, más bien es compra que dádiva. ¡Quién sabe los sudores de muerte que costará á nuestro hermano pedirnos un favor! Por eso es de mucho interés ser *solícitos* en las manifestaciones del amor á nuestros prójimos.

Nótese también que á continuación añade San Pablo: *Fervientes en el espíritu, sirviendo al Señor*; lo cual es como si dijera: —Además de la actividad es menester que seáis *prontos y alegres* en todos los oficios de la caridad, y como quien sirve á Dios en los

prójimos, porque el Señor, *Rey de reyes*, considera como hecho á sí mismo lo que con ellos hagáis.

Cosa es ésta, en verdad, muy digna de ser reflexionada; pues, ¿quién no se anima á ejercitar la caridad con sus semejantes, pensando que Dios lo está viendo y que lo recibe como hecho á su propia persona? ¿Quién no se estremece de espanto recordando que Dios no ama á los que se muestran fríos en su divino servicio, que mira con horror á los tibios y á los que hacen con negligencia la obra que les manda, y que quiere conservemos en nuestras acciones caritativas la actividad y el fervor del espíritu? (*Spiritu ferventes.*)

«Reflexionad—dice á este propósito San Juan Crisóstomo—cómo el grande Apóstol encarga que tengamos *vehemencia y fuego* en todas las manifestaciones del amor sagrado. Quiere, no sólo que se presida y gobierne á otros, sino que se gobierne y presida con solicitud; quiere que se honre al prójimo, pero no con retraso, sino adelantándose á honrarle; quiere que se ame, y que se ame sin fingimiento; quiere que nos abstengamos del mal y que tengamos horror al mismo mal; quiere que tengamos cuidado con nuestros hermanos y que este cuidado sea solícito y laborioso. Por esa razón no dice aquí: *Conservad sano el espírrtu*, sino *obrad con espíritu fervoroso*, como diciendo: –El buen cristiano no se ha de contentar con hacer el bien á sus semejantes, sino que lo ha de hacer con deseo ardiente, con espíritu fervoroso, como quien sirve á Dios.» *(Spiritus ferventes, Domino servientes.)*

¡Oh! Si esto se considerara, ¡cuán activos, cuán fervorosos y cuán solícitos seríamos en prodigar el bien á nuestros prójimos! ¡Cómo imitaríamos al santo varón Tobías) de quien leemos en las sagradas páginas que visitaba todos los días á los de su parentela, los consolaba, los prodigaba todos los socorros que estaban en su mano, daba pan á los que tenían hambre, á los pobres vestidos, á los muertos sepultura; ¡y esto á pesar de la sentencia de muerte fulminada contra él! (Tob., I, 19-20.) ¡Qué buen modelo de imitación!

Pero aún dice más el Apóstol en nuestra Epístola; para alentarnos al ejercicio continuo de la caridad cristiana. «Hermanos —dice,—cuando obréis lo bueno para con el prójimo, *habéis de estar en la esperaza, gozosos*; *en la tribulación, sufridos*; *en la oración, perseverantes* (1). Es decir, que alentados con la seguridad del pre-

(1) Spe gaudentes; in tribulatione patientes; orationi instantes. (Rom., XII, 12.)

mio que el Señor tiene prometido á los que ejercitan la caridad, hemos de *esperar gozosos* (*spe gaudentes*); y gozosos en gran manera, porque el Señor, Dios, á quien en ello servimos, habrá de ser *nuestra recompensa sobre toda ponderación grande* (1). ¿Qué cosa más propia que las grandes esperanzas para estimularnos á las grandes empresas? Si nuestra esperanza al hacer el bien es la posesión del mismo Dios, ¿no la hemos de realizar gozosos? Pero si estamos gozosos, ¿cómo no soportar *con paciencia* las tribulaciones que en la práctica del bien puedan sobrevenirnos? ¿No es un gozo verdadero el sufrir algo por el amado? ¿Y quién no sabe que mientras mayor fuere el sufrimiento, ha de ser mayor el premio? He aquí por qué el Apóstol, juntamente con el gozo, menciona la paciencia. (*In tribulatione patientes.*)

Carísimos hermanos míos: yo os confieso que me encanta y enamora esta doctrina del glorioso Doctor de las gentes, ó mejor dicho, esta doctrina del Evangelio, que comenta, pues además de marcar *el amor delicado, puro, tierno, y perfecto* que nos debemos mutuamente por el mero hecho de ser hombres y mucho más por ser cristianos, desciende á señalar las cualidades de dicho amor, diciendo que ha de ser *pronto, solícito y fervoroso, como quien sirve al Señor*, reflejándose en nuestros corazones el gozo por la esperanza del premio, y la paciencia en las tribulaciones por amor de Dios *.

* Ahora, carísimos hermanos, conviene haceros una triste observación. Siendo como es tan sublime y magnífico el ejercicio de la beneficencia cristiana, ¿cómo se explica que los Estados modernos regidos por el liberalismo, y que no cesan de clamar diariamente *filantropía, beneficencia, humanidad*, se muestren hostiles á los establecimientos de caridad, que á costa de mil sacrificios y con abnegación heroica, están sosteniendo las Comunidades religiosas de uno y otro sexo, únicamente en beneficio de los pobres y por aliviar sus humanas miserias? ¿Cómo se concibe que hasta de los hospitales públicos de las ciudades se procure arrojar á las religiosas, por ejemplo, las *Hermanas de la caridad*, tratando de reemplazarlas con enfermeras laicas? ¡Oh! Bueno es que lo sepáis. El ejercicio de la caridad en manos de la Iglesia es un imán divino que atrae los corazones humanos en favor de la misma Iglesia, que tales maravillas realiza, y como el fin de dichos Estados modernos es eliminar de las sociedades todo cuanto á la Iglesia de Jesucristo pertenezca y todo lo que al catolicismo se refiera, por eso dicen: «Fuera

(1) Deus erit merces nostra magna nimis. (Genes., XV, 1).

Y, como si esto fuera poco, añade San Pablo á renglón seguido: *Habéis también de ser perseverantes en la oración.* (*Orationi instantes.*) ¡Nueva sublimidad y nuevo encargo! ¿Qué significa esto? Clarísimos se obstentan los sagrados expositores. «Es—dicen—que la misma esperanza de obtener la eterna felicidad, mediante el amor al prójimo, hace que el corazón la desee ardientemente y que la pida á Dios con suspiros y gemidos continuos é inenarrables. Es preciso, pues, orar por nosotros, orar por nuestros prójimos y orar con asiduidad. (*Orationi instantes.*)»

La oración—todos los cristianos lo saben—es la elevación de la mente á Dios, es elevar nuestro espíritu al Señor, es comunicar con El familiarmente nuestras cosas, con la reverencia debida á Dios, pero con la confianza que se tiene en un padre amoroso, que desea colmarnos de bienes; es, como dijo San Agustín, la fortaleza de las almas santas, las delicias del Angel de la Guarda, el suplicio del demonio, un obsequio agradable á Dios, el mérito de la penitencia y de la Religión, la gloria perfecta, la esperanza cierta, la sanidad incorruptible (1). Y esto es lo que nos recomienda el Apóstol cuando nos dice: *Orad con asiduidad.* (*Orationi instantes.*)

No os hablaré hoy, amados míos, de la necesidad de la oración, ni de su excelencia, ni de su eficacia, ni de sus cualidades, sólo os diré que la oración es *la llave del cielo y el aliento del alma.* Para nuestro espíritu orar es vivir, porque orando enviamos á

---

los hábitos religiosos de todos los establecimientos de beneficencia pública; queremos que todo quede bajo la acción inmediata de los seglares, que todo sea laico, para que nadie ejerza presión en las conciencias de los pobres, y que cada cual profese la religión que quiera, ó no profese ninguna.—¡Diabólica idea!

Sí, amados míos, á eso tienden, á descatolizar el mundo, y si Dios no pone su mano para detenerlos en el camino de perdición que llevan, muy pronto, como dijo Pío IX, se dará el caso de que *los enemigos de Jesucristo procuren quitar, no sólo á la Iglesia, sino á los simples fieles, el derecho de dar limosna por amor de Dios.* (Encycl. *Quanta cura.*)

¡Cuánto importa que en los tiempos presentes recuerden los hombres la Epístola de este día y contemplen las asombrosas maravillas que obra en el mundo la caridad cristiana!

---

(1) Oratio est animae sanctae praesidium, angelo bono solatium, diabolo supplicium, gratum Deo obsequium, et poenitentiae ac religionis laus tota, perfecta gloria, spes certa, sanitas incorrupta. (San Agust., ad Prob.)

Dios el aliento del deseo, y Él nos retorna el aliento de la virtud. El mundo ciego que no ora encuentra penosa la oración, no encuentra tiempo para orar, no comprende cómo las almas virtuosas pueden orar tanto y hallar en ese ejercicio piadoso sus mayores delicias; mas nosotros, iluminados por los fulgores de la fe, alentados por la esperanza é impulsados por la caridad, oramos continuamente, llevando siempre en la memoria aquellas dulcísimas palabras de nuestro divino Redentor: *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno* (1).

Ved aquí hasta qué extremo llega la bondad de Dios para con nosotros, y cuánto importa que gravemos bien en nuestro espíritu esta amonestación del Apóstol en la Epístola de hoy: *Orad con asiduidad. (Orationi instantes.)*

PUNTO 2.°

DECLÁRASE LA MANERA DE SOCORRER Á NUESTROS PRÓJIMOS (2)

Mas viniendo ya al segundo punto, que se refiere á la necesidad y modo de socorrer á nuestros prójimos en sus necesidades, se ostenta magnífico el Apóstol; dice así: *Hermanos, habéis de socorrer las necesidades de los santos ejercitando la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen, bendecidlos y no los maldigáis. Alegraos con los alegres y llorad con los que lloran.* (Vers. 13, 14, 15.)

Verdaderamente, no puede decirse más ni mejor en menos palabras. Preciso es que explanemos estas ideas, hoy más que nunca necesarias, pues parece que han huído de los corazones cristianos la compasión y la verdadera misericordia. Dice el Apóstol: *Habéis de socorrer las necesidades de los santos.* ¿Quiénes son estos santos? «Son—dijo Piconio—los cristianos, pues desde el principio se llamaron *santos*, porque eran santificados y consagrados á Dios por el santo Bautismo (3). Decir cristiano equivale á decir santo, y si así no es, así debe ser.

El texto latino de nuestra Biblia expresa bien cómo ha de ser el socorro á nuestros hermanos, pues dice así: *Communicantes*

(1) Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. (Joann., XVI, 24.)

(2) La doctrina extensa sobre la limosna se encuentra en nuestra obra *La vida feliz,* tomo III, cáps. XIII á XVIII.

(3) *Sanctorum,* id est, christianorum: sic vocabantur; quia per Baptismum sancti erant effecti et Deo consecrati. (Bern. Piconio.)

necessitatibus sanctorum, que literalmente quiere decir: ***Participando ó comunicando en las necesidades de los santos.*** Emplea la palabra ***comunicar ó participar***, porque se entienda bien que los ricos han de participar de la escasez de los pobre, y los pobres de la abundancia de los ricos, para que de este modo los menesterosos subsistan de la beneficencia de los hacendados; los hacendados salgan gananciosos por la paciencia de los menesterosos, y unos y otros adquieran méritos y se salven por la práctica de las virtudes cristianas. Los ricos compran el cielo con sus limosnas, los pobres con su resignación, y todos con la práctica de la caridad, preceptuada y recomendada en la Ley evangélica.

Dios nuestro Señor hizo al rico para el pobre y al pobre para el rico, de tal suerte, que aquél se salve dando y éste recibiendo. Todos somos mendigos de Dios, y de Él recibimos cuanto tenemos y valemos. El pobre nos pide pan y nosotros se lo pedimos á Dios. ***El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.***

En suma, la riqueza y la pobreza son dos cosas opuestas, pero ambas necesarias. El pobre necesita del rico, mas el rico también necesita del pobre, y ni uno ni otro carecerían de lo indispensable si se auxiliasen mutuamente. El deber del pobre es trabajar, orar y resignarse; el deber del rico es trabajar, orar y hacer limosna. Dios está entre ambos para recompensarlos si obran bien, ó para castigalos si obran mal. Esta es la doctrina pura de la Iglesia católica, y si queremos prestar oidos á la doctrina de los santos, ellos nos dicen lo siguiente: Oidlo con atención.

«¡Oh cristiano!—dijo el Crisóstomo.—Repara bien que no eres dueño absoluto de tus bienes; eres, más que dueño, administrador de ellos. No has recibido de Dios las riquezas para invertirlas en placeres inútiles, sino para emplear lo superfluo en el socorro de los menesterosos, según la necesidad y la caridad lo exijan (1).

Haced limosna—dijo Tobías—*y no apartéis vuestro rostro del pobre, sea quien fuere* (2); y San Agustín afirma que los ricos no pueden salvarse sin la limosna, fundándose sin duda en que Cristo nuestro Señor dijo: *Dad al que os pida* (3), lo cual es un verdadero mandato que obliga cumplirle cuando sea posible y razonable; y en estas otras palabras de los Proverbios: ***El que cierra su***

---

(1) Tuarum rerum es, o homo dispensator, non minus quam qui Ecclesiae bona dispensat. Non ad hoc accepisti, ut in deliciis absumeres, sed ut in eleemosynam erogares... (San Crysost. ad pop. Antioch.)

(2) Fac eleemosynam, et noli avertere faciem tuam ab ullo paupere. (Tob., IV, 7.)

(3) Qui petit a te, da ei. (Matth., V, 42.)

oído al clamor del pobre, clamará él también y no será escuchado (1).

Véase por aquí cuán profunda, necesaria y atendible es la lección que hoy nos da San Pablo en la Epístola cuando dice: *Socorred las necesidades de los cristianos, ejercitando la hospitalidad.* (Ver. 13.) Palabras divinamente inspiradas, que equivalen á decirnos á todos: «Tanta ha de ser vuestra caridad para con los prójimos, que su pobreza sea como vuestra, y vuestra riqueza como suya. *Si tenéis mucho, dad mucho; si poco, poco; pero siempre de buena voluntad. Partid vuestro pan con el que tiene hambre,* pues nadie, por pobre que sea, puede dispensarse de hacer limosna» (2).

Y como pudiera acontecer que entre los pobres necesitados hubiese alguno enemigo nuestro, que nos quiera mal, y nos odie y persiga, por eso sale como al encuentro el Apóstol en nuestra Epístola, añadiendo á continuación: *Bendecid á los que os persiguen, bendecidles y no los maldigáis. Alegraos con los alegres y llorad con los que lloran.* (Vers. 14 y 15.) Como diciendo: «No por eso, amados míos, dejéis de socorrerlos; son hijos de Dios, son vuestros hermanos, y si hoy son malos, ganadlos con vuestras limosnas para que mañana sean buenos. El título para ayudarlos no son sus virtudes, sino su pobreza, que son miembros de Cristo, que representan al mismo Cristo, y si ellos no lo merecen, Cristo bien lo merece.»

Así, pues, siempre que demos limosna, hemos de atender, no á si es amigo ó enemigo nuestro, ni á si es ó puede sernos útil, ni á si se muestra ó no agradecido, sino á que nos pide por amor de Dios, y á que Dios lo manda y lo quiere, y mientras más sacrificio haga el corazón, más mérito tiene nuestra limosna. Imitemos en esto á Cristo, que hallándose pendiente de la Cruz, rogó por los mismos que le crucificaban, diciendo: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

Dios da bienes á los ricos para que los derramen en las manos de los pobres, y á la manera que el Señor hace que las lluvias caigan indiferentemente sobre todos los terrenos, y que el sol ilumine á buenos y malos, así también el hombre caritativo debe dejar caer su oro en manos de todos los necesitados, sean buenos ó malos, amigos ó enemigos, á no ser en ciertos casos excep-

(1) Qui obturat aurem suam ad clamorem pauperis, et ipse clamabit, et non exaudietur. (Prov. XXI, 13.)

(2) Quomodo potueris, ita esto misericors; si multum tibi fuerit, abundanter tribue; si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude. (Tob., IV, 8-9,)—Frange esurienti panem tuum. (Isa., LVIII, 7.)

cionales que obligue hacer sentir á los malos el efecto de su iniquidad, para que se corrijan y entren en cordura.

Finalmente, toda la naturaleza, á imitación de Dios, nos está dando voces para que seamos benéficos y limosneros. Todas las criaturas insensibles é irracionales dan con abundancia, ó mejor dicho se dan á sí mismas. Los cielos dan su luz y su hermosura, el fuego su calor, la atmósfera el suave y ligero soplo de los vientos, la tierra los frutos de toda especie, el mar los peces, los animales su lana, su leche, su carne, sus servicios... Todos vivimos de las limosnas de Dios, mediante sus criaturas, y no es justo que nosotros, seres racionales, cerremos el corazón al pobre y seamos la abominación del universo.

Concluyo, pues, diciéndoos con el Apóstol en la Epístola de este día: *No seáis perezosos en hacer el bien... sino caritativos socorriendo las necesidades de los menesterosos... Alegraos con los alegres y llorad con los que lloran.* Haciendo esto, no dudéis del premio eterno, porque es palabra divina: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

HOMILIA 1.ª

Para el domingo tercero después de la Epifanía.

Deberes del cristiano para con sus enemigos. (1)

AMADOS míos en el Señor: *Procurad tener todos unos mismos sentimientos y un solo corazón, sin que jamás forméis un juicio elevado de vosotros, sino que pensando con humildad converséis benignamente con todos los hombres, aun con los más ínfimos.* (Rom., XII, 16.) Estas palabras que dijo el Apóstol San Pablo á los fieles de Roma, son un como exordio á

(1) Sobre el amor á los pecadores y á los enemigos, véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo 1.º, cap. XVII.

las sublimes enseñanzas que á continuación les dió en la Epístola de la presente Dominica. Díjoles de esta manera: *Hermanos, no seáis sabios en vuestra opinión; á nadie devolváis mal por mal; haced bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres. Si ser puede, y en cuanto esté de vuestra parte, vivid en paz con todos.* (Rom., XII, 16, 17, 18.)

No sé, amados míos, si en todas las Sagradas Escrituras podrá hallarse doctrina más práctica y más interesante que la que acabáis de oir. El grande Apóstol, después de haber declarado lo que un cristiano debe *á Dios* y lo que debe *á sus semejantes*, pone á nuestra consideración *lo que debemos á nuestros enemigos*. «Es preciso—dice—*no hacerles mal*; es preciso *prodigarles el bien*; es preciso *vivir en paz con todos*»; cosas en verdad que el mundo no conoce, que á la naturaleza degradada repugna, pero que los cristianos practicamos gustosamente por amor de Aquel que murió por nuestro amor. Dos cosas, por lo tanto, habremos de explicar ahora:

1.ª Que no hemos de hacer mal á los enemigos.
2.ª Que es preciso hacerles bien y tener paz con ellos.

PUNTO 1.°

QUE NUNCA HEMOS DE RETORNAR MAL POR MAL

Cosa en verdad difícil á la humana naturaleza es poner en práctica la doctrina que acabo de indicaros, pero con la gracia de Dios todo se hace fácil al cristiano. Amar á los que nos aman, hacer bien á los que nos le hacen y tener paz con los pacíficos, nada tiene de extraño ni sorprendente; porque eso mismo hacen los publicanos y los gentiles; pero que nosotros amemos á los que nos aborrezcan, que procuremos el bien para los que nos hacen mal y que tratemos de conservar la paz con los mismos que nos declaran la guerra, maravilla es propia únicamente de la Religión, sobrenatural y divina, que por dicha nuestra profesamos. He aquí por qué el grande Apóstol de las gentes, antes de trazarnos la regla de conducta que hemos de seguir con nuestros enemigos, nos dice que *hemos de renunciar á nuestra propia prudencia.* (*Nolite esse prudentes apud vosmetipsos*); ó lo que es lo mismo, que no hemos de ser sabios según nuestra opinión, sino según la gracia de Dios y la ley de Cristo. El que no deje á un lado la prudencia de la carne, no puede ser buen cristiano.

¿Qué nos diría la prudencia de la carne si la consultásemos? Indudablemente, nos diría que al que nos dé una bofetada le devolvamos otra, para que vea sabemos defendernos y que no somos cobardes; nos diría que jamás le hagamos bien, para que sienta el peso de nuestra indignación y pague lo que merece; nos diría que le declaremos guerra implacable, para vencerle, triturarle y anonadarle. Esto es lo que nos diría la prudencia humana, prudencia que en otra parte llama el Apóstol *prudencia de la carne, prudencia que es muerte, prudencia que es enemiga de Dios* (1). Mas la prudencia del espíritu, ó sea la prudencia que nos enseña Cristo nuestro Señor, no es así, porque ella *es vida y paz.* (Rom., VIII, 6.) y el glorioso Apóstol, en la Epístola de hoy, nos da la primera regla, diciendo: *A nadie volváis mal por mal:* á nadie, aunque sean vuestros enemigos.

¡Qué regla! No era nueva: antes que San Pablo la había enseñado ya el divino Maestro Jesucristo, cuando dijo á la multitud de personas que le seguían al monte: *Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo,* y *diente por diente; mas yo os digo, que no resistáis al mal, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda* (2). ¡Moral sublime, magnífica y divina, que únicamente el Hijo de Dios, manso y humilde de corazón, pudo enseñar, para hacer que los hombres seamos, á su imitación, humildes y mansos! ¡Oh! ¡Si no fuéramos tan ingratos y olvidadizos!

Era ley admitida entre los fariseos que nunca se excediera la justa medida de la venganza, y así Moisés había ordenado (3) que se arrancara solamente *ojo por ojo y diente por diente;* esto es, que la venganza fuese proporcionada á la injuria; pero la perfecta paz que Jesucristo vino á enseñarnos, quiere y manda *que no nos venguemos de ningún modo,* y esto es lo que San Pablo nos encarga como primera regla en la Epístola de hoy, diciendo: *A nadie volváis mal por mal.* (Rom., XII, 17.)

Doctrina era esta nunca oída entre las gentes del mundo, mas Cristo nuestro Señor quiso que fuera predicada á todos los hombres, y la puso el sello de la divinidad, confirmando con su ejemplo lo que enseñó con sus palabras. «Jesucristo—dijo San Bernardo—fué ultrajado, menospreciado, azotado y coronado de espinas; sus manos y pies fueron clavados, fué puesto en la Cruz

(1) Prudentia carnis, mors est... Sapientia carnis inimica est Deo. (Rom., VIII, 6-7).
(2) San Matth., V, 38-39.
(3) Levit., XIX, 18, y XXIV, 20.

lleno de oprobios... Sin embargo, no devuelve mal por mal, ni maldición por maldición, sino que olvidando todos sus dolores exclama: *Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen.»* ¡Ah Señor! ¡Qué apartados están vuestros pensamientos de los nuestros! ¡Los judíos piden que os crucifiquen, y vos pedís que los perdonen! Así obráis vos, así lo hemos aprendido en vuestro santo Evangelio, así lo han practicado muchos santos, así se predica en la Epístola de hoy... Y no obstante, ¿qué hacemos nosotros?

En cierta ocasión preguntaron á Teodosio el Joven por qué no castigaba severamente á los que le ultrajaban.—¡Ojalá—contestó—pudiese yo dar vida á los muertos, en vez de condenar á muerte á los vivos! (1). ¡Hermosa respuespta! Pues nada hay más grande, ni más noble ni más glorioso que olvidar un ultraje. Pero sigamos considerando nuestra Epístola.

PUNTO 2.°

QUE HEMOS DE HACER BIEN Á LOS ENEMIGOS

Cristo nuestro Señor, con un corazón infinitamente amoroso no sólo ha impuesto á los cristianos la obligación de *perdonar las injurias*, de sufrirlas con paciencia, y de no vengarse jamás de los enemigos, sino que llevando la caridad al último extremo de lo imaginable, quiere y manda *que los hagamos bien. Ya sabéis* —dice—*lo que está dicho. Amaréis á vuestro prójimo, y aborreceréis á vuestro enemigo. Pero yo os digo:* AMAD Á VUESTROS ENEMIGOS, HACED BIEN Á LOS QUE OS ABORRECEN, Y ORAD POR LOS QUE OS PERSIGUEN Y CALUMNIAN (2).

---

(1) Sócrates, *Hist. Eccles.*, lib. VII, cap. XXII.

(2) Vobis dico: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Benedicite maledicentibus vobis, et orate pro calumniantibus vos. (Matth., V, 44.)—Era una preocupación universal entre los pueblos antiguos mirar como *enemigos* á los extranjeros. Los griegos y los romanos no se eximieron enteramente de esta preocupación. Moisés procuró destruirla entre los judíos, diciendo: «No contristaréis ni vejaréis al extranjero, porque también vosotros lo fuisteis en Egipto.» (Exodo, XXII, 21.) Jesucristo mandó que todos los hombres y todos los pueblos viviesen pacíficos entre sí, y que nos mirásemos recíprocamente como hermanos. San Pablo, eco fiel de las enseñanzas de Jesucristo, dijo: "Después del Bautismo no hay judío, ni gentil, ni circunciso, ni pagano, ni escita, ni bárbaro, sino que todos nosotros somos un solo pueblo en Jesucristo.» (Gal., III, 28, y Colos., III, 11.) En la Epístola de este día encarga *que vivamos en paz con todos, que no les hagamos mal, y que le prodiguemos el bien.* (Rom., XII, 16 al 21.) Finalmente, nuestro divino Salvador manda con todo

Pues bien; en consonancia con esta doctrina evangélica, salida de los labios adorables de Jesús, pasa el Apóstol á darnos una segunda regla sobre el modo de tratar á nuestros enemigos, diciendo en nuestra Epístola: *Haced bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres.* (Ver. 17.) Es decir, que nuestro cuidado en el trato con nuestros semejantes ha de ser prodigarles el bien, aunque sean enemigos; y esto no sólo en la presencia de Dios, que penetra el interior de los corazones, sino además en la presencia de todos los hombres, para que vean nuestras obras buenas y tomen buen ejemplo. Lo cual se halla en conformidad completa con aquellas palabras divinas de nuestro Señor Jesucristo: *De tal suerte ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas y den gloria á vuestro Padre que está en los cielos.* (Matth., V, 16.)

Por consiguiente, amados míos, no basta callar en la ofensa que nos hagan, ni permanecer pasivos sin devolver mal por mal, sino que es perfección evangélica el *devolver por mal bien.* Así lo encargó el mismo Jesucristo á sus discípulos (1); así lo practicó San Pablo, cuando dijo: *Somos maldecidos y bendecimos; somos injuriados y oramos por los que nos injurian* (2); así lo realizó San Esteban, y después innumerables cristianos en la sucesión de los siglos, porque es máxima fundamental en nuestra sacrosanta Religión *devolver bien por mal y no vengarse de las injurias sino con beneficios.* ¡Qué venganza tan hermosa!

Mas como es propio de la naturaleza degradada recordar el agravio que nos hicieron y promover querellas y desavenencias con los que nos ultrajaron, por eso el Apóstol, con luz del cielo, añadió la siguiente: *Si ser puede, y en cuanto esté de vuestra parte, vivid en paz con todos.* (Ver. 18.)

¡Cuánta sabiduría encierran estas palabras! Bien sabía el Apóstol que no siempre pende de nosotros el tener paz con todos los hombres, y por eso pone dos cláusulas: 1.ª *Si ser puede*; esto

---

encarecimiento que amemos á nuestros enemigos, que les hagamos bien y que roguemos á Dios por los que nos persiguen y calumnian. ¡Moral sublime y divina, que debiera bastar para que todo el mundo fuera cristiano y para tributar eternamente honor y gloria á Cristo nuestro Señor! Sin embargo, ¡parece increíble! los Estados modernos, con loco frenesí, intentan borrar su nombre bendito de la haz de la tierra, y que desaparezca la ley del Evangelio para entronizar la ley de las más abyectas pasiones!

(1) Benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos. (Matth. V, 44.)

(2) Maledicimur, et benedicimus... blasfemamur, et obsecramus. (I Cor. 12-13.)

es, si salva la justicia y la verdad puede ser. 2.ª *En cuanto esté de vuestra parte*; porque á veces son otros los que promueve las disensiones, y en nosotros sólo está el procurar con empeño que no se rompa la paz. Y añade que la paz sea *con todos*, como diciendo que hemos de vivir y tratar pacíficamente, no sólo con los hermanos y con los amigos, sino hasta con los enemigos. *(Cum omnibus hominibus pacem habentes.)*

El glorioso Padre de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, que conocía muy bien el espíritu de San Pablo, interpreta este lugar bíblico diciendo que es como si el Apóstol dijera: «Hermanos, desempeñad fielmente vuestros cargos, según vuestro estado y circunstancias, pero siempre complacientes, en lo posible, con las personas que os rodeen, para lo cual conviene que estudiéis bien su carácter. ¿Dónde hay cosa más hermosa que complacer á las personas que nos estén cercanas?

»Si es una persona á quien le molestan el aire arrogante ó las respuestas duras, llegaos á ella con modestia y habladla con suavidad y dulzura. Así le robaréis el corazón.

»Si es una persona amiga de hablar mucho y de que nadie la contradiga, dejadla hablar, sin oponerse á nada, á no ser que á ello os obligue vuestro deber. Hay máquinas parlantes que se rompen si callan.

»Si es una persona que requiere miramientos y que se la muestren deferencias, emplead con ella cuantas permitan la prudencia y la caridad cristianas. Harto trabajo tiene con alimentarse del viento.

»Si es una persona cuyo genio inconstante os aflige, soportad con paciencia sus defectos, considerando que todos los tenemos y queremos que nos soporten. Mucho se gana sufriendo por amor de Dios.

»Si es una persona que exige servicios de vosotros, complacedla en todo lo que podáis, conformándoos á su voluntad en las cosas indiferentes. Cuando menos mostrándola vuestro buen deseo.

»Si es una persona amiga de contradecir, y que en todo quiere llevar razón, dejadla todo cuanto sea posible, y que se lleve la razón donde quiera, y que se salga con la suya, para saliros vosotros con la vuestra, que es agradar á Dios por el ejercicio de la caridad.»

Esta sin duda fué la mente del Apóstol, cuando dijo: *Tened paz con todos*, porque esto fué lo que él practicó siempre de un modo tan admirable como útil á los progresos del Evangelio. *Yo mismo—*

escribía á los de Corinto—*procuro agradar á todos y en todo; no busco mis ventajas, particulares, sino lo que conviene á muchos para ser salvos; yo era libre para con todos, y de todos me he hecho siervo para llevar sus almas á Dios: me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos.* (*Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.)*

¡Ojalá, amados míos, que nosotros nos impregnemos bien de este hermoso espíritu del Apóstol. Él quiere que nunca volvamos mal por mal á los que se muestren enemigos nuestros, sino que les hagamos bien y que conservemos la paz con todos los hombres.*

---

* ¡Oh! ¡Cuán de distinto modo piensan y obran las gentes del mundo! ¿Cómo se resuelven hoy las cuestiones personales cuando media enemistad entre los individuos? Nadie lo ignora: las muchedumbres indoctas emplean el argumento del palo ó del navajazo limpio, y aquellas personas que blasonan de ilustradas y de caballerosas, provocan el *duelo*, que es el último grado de perversión á que puede llegar un hombre. Esta es la moral de nuestros tiempos, empleada públicamente hasta por aquellos que se llaman gobernadores del mundo y regeneradores de la humanidad; y no una sola vez por accidente, sino con frecuencia.

El duelo es un crimen *enteramente contrario á las leyes divians, eclesiásticas y civiles*, porque se trata de un asesinato ó de heridas voluntariamente procuradas, y esto, además de ser brutal, es anticristiano, antirracional y antisocial, humanamente hablando. ¡Sin embargo, esto se permite, esto se apadrina y esto se considera como un *acto de caballerosidad*, como un *lance de honor!* ¡Dios de bondad! ¿Dónde estamos? ¿Adónde nos quieren llevar las impiedades modernas? Oigan todos los hombres que tengan entendimiento las palabras del Apóstol en la Epístola de este día; dice así: *Hermanos, no os venguéis á vosotros mismos, sino dad lugar á la ira, porque escrito está. A mi me pertenece la venganza; yo pagaré, dice el Señor.* (Rom., XII, 19.)

Mas como hoy muchas gentes no quieren oir al insigne é inspirado Apóstol, oigan al menos á un filósofo moderno, á quien ellos tienen por oráculo: «Guardaos—dice Juan Jacobo Rousseau—de confundir el sagrado nombre del honor con esa preocupación feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada y no es propia más que para hacer valientes malvados. ¿En qué consiste esta horrible preocupación? En la opinión más extravagante y bárbara que pudo entrar jamás en humano entendimiento, á saber: que todos los deberes de la sociedad se suplen con el valor; que un hombre deja de ser pillo, bribón, calumniador; y que es político, humano, bien educado, cuando sabe batirse; que la mentira se cambia en verdad; que el robo se hace legítimo, la perfidia honrosa, la infidelidad laudable, en el momento que se sostenga todo

Tesoro riquísimo es la paz y el grande Apóstol la amó de tal manera que, escribiendo á los filipenses les dijo: *Hermanos, la paz de Dios, que es superior á todo sentimiento, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Cristo nuestro Señor* (1). *Que el Señor de la paz os dé Él mismo la paz sempiterna en todo lugar* (2). La paz, pues, viene de Dios, y en nosotros sólo está el recibirla voluntariamonte en nuestros corazones. ¿De qué manera? Oigamos á San Agustín, que nos responde admirablemente. Dice así:

«*La paz del cuerpo* es el temperamento bien ordenado de sus partes.

»*La paz del alma irraccional* es el reposo bien ordenado de sus apetitos.

»*La paz del alma racional* es el concierto bien ordenado del conocimiento y de la acción.

»*La paz del cuerpo y del alma* es la vida y la salud bien ordenadas en el ser animado.

»*La paz del hombre moral con Dios* es la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna.

»*La paz de los hombres* es la unión en el orden.

»*La paz doméstica* es, entre los habitantes de un mismo lugar, la unión del orden, del mando y de la obediencia.

»*La paz social* es entre los ciudadanos la unión y el orden de la autoridad y de la sumisión.

»*La paz de la ciudad celestial* es el orden perfecto, la unión suprema en el goce de Dios, en el goce mutuo de todos en Dios.

---

esto con la espada en la mano; que una afrenta se encuentra ya reparada por una estocada, y que nunca se hace injuria á un hombre con tal que se le mate. ¡Oh! Si los pueblos más ilustrados, más valientes y más virtuosos de la tierra no conocieron el duelo, digo que no es una institución de honor, sino una preocupación horrible y bárbara, digna de su feroz origen... En una palabra; el hombre de valor desprecia el duelo y el hombre de bien le aborrece.» (Bergier, *Diccion. de Teol.*, palabra *Duelo.* (3). Esto dijo Rousseau, corifeo de la impiedad, y su testimonio es irrecusable.

(1) Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. (Philip., IV, 7.)

(2) Ipse autem Dominus pacis det vobis pacem sempiternam in omnis loco. (II Thesal., III, 16.)

(3) Sobre el duelo, véase nuestra obra *Ley de amor*, tomo 2.°, cap. IV, donde se trata extensamente.

»*La paz de todas las cosas* es el orden y la tranquilidad» (1).

He aquí, carísimos hermanos, adónde se encamina la Epístola de San Pablo, en la presente Dominica; y yo, haciéndome eco de sus palabras, concluyo diciéndoos: La paz de nuestros corazones consiste *en el testimonio de una buena conciencia. Huyamos de lo malo, practiquemos lo bueno; busquemos la paz y perseveraremos en ella.* Esta es la vida cristiana sobre la tierra, y la única que nos ha de llevar á las eternas mansiones del cielo. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo tercero después de la Epifanía.

De la mansedumbre y venganza cristianas.

HERMANOS míos carísimos: Así como un estómago débil no puede digerir alimentos pesados, así también los cristianos débiles en la virtud no pueden sufrir cosa que los mortifique ú ofenda. Y como por otra parte, sufrir es preciso, puesto que muchas veces, aun sin quererlo, nos mortificamos los unos á los otros, por eso es de absoluta necesidad *la mansedumbre y la paciencia* cristianas, y el Apóstol San Pablo nos lo encarece en la Epístola de este día, y nos propone el remedio diciendo: *Hermanos, no os defendáis á vosotros mismos, sino dad lugar á la ira, porque escrito está: A mí me pertenece la venganza; yo pagaré, dice el Señor. Por tanto, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; porque si esto hicieres, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer de lo malo, mas vence el mal con el bien.* (Rom., XII, 19 al 21.)

Verdaderamente es sublime, y tocando al más alto grado de la abnegación cristiana, esta amonestación que hoy nos hace el

(1) San Agust., *De civit.*, lib. XIX, cap. XIII.

Apóstol, y á fin de que la conservéis para siempre profundamente grabada en vuestros corazones, intento explanarla, siguiendo el mismo orden de la Epístola, á saber, mostrándoos:

1.° Que es preciso no dejarse llevar de la ira.
2.° Que es preciso vencer el mal con la abundancia del bien.

PUNTO 1.°

SOBRE LA NECESIDAD DE CONTENER LA IRA (1)

«La caridad, dijo San Juan Crisóstomo, ignora lo que es un oprobio y cubre con sus alas de oro los vicios de cuantos abraza. Por el contrario, los pensamientos del hombre irascible se parecen á las víboras, que roen las entrañas de su misma madre. El corazón vengativo sufre tormento en sí mismo, quiere vengarse, como si el mal de otro pudiera serle útil. ¿Creéis—¡oh cristianos!—que es gran cosa vengaros de vuestro enemigo? Pues yo os diré cual es ese enemigo, cual es el que más daño os hace, para que le odiéis, le persigáis y le aniquiléis. Ese enemigo es vuestra ira, que no sólo os daña en el cuerpo, sino que os mata en el alma. Por eso habéis de rogar á Dios para que sea extinguido, no el prójimo que os ofende, sino vuestra ira, que os mata. Esta es la santa venganza, propia de los fieles de Cristo.» (2).

Pues bien; este es el espíritu levantado y magnífico del glorioso San Pablo, cuando en la Epístola de la presente Domínica, dice: *Hermanos carísimos míos, no os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar á la ira; porque está escrito. Á mí pertenece la venganza; yo pagaré, dice el Señor.* (Ver. 19.)

Momentos antes había dicho el gran Doctor: *Hermanos, en cuanto os sea posible, conservad la paz con todos los hombres.* (verso 18.) Y ahora añade que *ninguno se tome la venganza por sí propio, sino que dé lugar á la ira.*

¿Qué lugar es éste? ¿Qué significan dichas palabras? «Significan—dicen los sagrados expositores—que hemos de dar lugar *á la ira de Dios, á la ira del prójimo y á la ira nuestra*, que son tres iras distintas.»

---

(1) Sobre la mansedumbre, puede verse nuestra obra *La vida feliz*, tomo 2.°, desde el cap. XXXII al XXXVI.

(2) Quare orandus est Deus ut occidat, non inimicum, sed inimicitiam; hæc enim est sancta vindicta. (San Agust. Serm. XLI.)

Dar lugar á la *ira de Dios*, quiere decir que no nos enfurezcamos inmediatamente con el que nos ofenda, ni le resistamos entonces con palabras, ni con obras, y mucho menos tratemos de vengarnos de él, sino que le dejemos allá con su justo Juez, esto es, con Dios, porque oficio propio del Señor es juzgar á los siervos á su tiempo, y no es razonable que le robemos el derecho de juzgar, y mucho más cuando Él mismo ha dicho. *A mí me compete la venganza, y yo daré á cada cual su merecido.* (*Mihi vindicta, ego retribuam.* (Deut., XXXII, 15.) (1).

En segundo término, dar lugar á *la ira del prójimo*, significa que dejemos pasar su furor ó su locura, porque cuando el hombre está airado, su mente se ofusca y obra como fuera de sí. Conviene sufrir en silencio, no responder, no contradecir y si algo es preciso hablar, que sea con dulzura, porque *las palabras suaves debilitan la ira.* Hay que esperar á que pase el acceso, para luego, en momento oportuno, hacer comprender al prójimo la injusticia de sus arrebatos.

Finalmente, dar lugar á *la ira nuestra*, es no fomentarla en nada, es reprimir sin tardanza nuestros primeros ímpetus, tan luego como lo notemos; es procurar que el humo de nuestros arrebatos se disipe tan presto como se levante. Y cuenta que esto no es un mero consejo, sino una verdadera é imperiosa necesidad de nuestro espíritu. *Todo hombre*—leemos en las santas Escrituras—*ha de ser* VELOZ PARA OIR, TARDO PARA HABLAR Y TARDO PARA LA IRA; *porque la ira del varón no obra la justicia de Dios* (1). Es decir, porque el hombre, poseído del movimiento irascible, no puede obrar lo que Dios manda para que seamós justos y agradables á sus divinos ojos.

Paréceme que teniendo en la memoria este sagrado testimonio, basta para que todo buen cristiano reprima con voluntad enérgica los ímpetus de la ira propia; mas porque es asunto de altísima importancia quiero citaros las sentencias de algunos santos y Padres de la Iglesia. Dicen así:

«Hermanos, necesario es que os desagrade la ira de los demás; pero lo que os desagrada en otros procurad que jamás tenga

(1) De este pasaje bíblico abusan Lutero y otros herejes, para decir que ni aun los magistrados pueden sentenciar á los reos, porque á Dios sólo compete la venganza; pero en esto yerran grandemente, porque dichos magistrados sentencian y castigan, no en nombre propio, sino en nombre de Dios y en representación suya.

(2) Sit autem omnis homo velox ad audiendum; tardus autem ad loquendum, te tardus ad iram. Ira enim viri justitiam Dei non operatur. (Jac., I, 19-20.)

aliento en vosotros. El que se deja llevar de la ira es un necio, y no es justo que os igualéis á él participando de su necedad. Si él se enfurece, no os llenéis de ira contra él, porque entonces seréis muchos los necios, él y vosotros. Mejor es que le sufráis en paciencia y que seáis vosotros buenos, aunque él sea malo. ¿Es razonable que nos hagamos malos porque vemos malicia en nuestro prójimo?» (Alcuino, *lib. de Vit. et Vit.* cap. XXIV.)

Así, pues, dijo San Ambrosio: «Si te sorprendiere la ira, y te preocupara en tu mente, y se posesionara de tu corazón, no dejes entonces tu lugar, tu lugar es la paciencia» (1). ¡Paciencia, pues, hermanos míos, paciencia!

Y por no aglomerar más autoridades, citaré sólo á San Gregorio el Magno en sus *Morales* (libro V): «Por la ira—dice—*se pierde la sabiduría*, porque el iracundo anubla su razón y no sabe lo que hace, ni lo que habla, ni lo que conviene hablar y hacer. Por la ira *se pierde la justicia*, pues una vez perturbada la mente, el hombre no conoce lo justo, no hay juicio en su cabeza, se exaspera en su ánimo, y lo que el furor le sugiere, aquello juzga por recto. Por la ira se pierda *la gracia* de la vida social, pues quien no tempera con la razón los ímpetus de la irascible, vive irracionalmente á la manera de las bestias. Por la ira se pierde *la mansedumbre*, se destruye *la concordia*, se ofusca el entendimiento y no penetran en él los rayos luminosos del conocimiento de Dios.»

Tales son, en breve resumen, los efectos principales de la ira, y por eso, y porque á Dios nuestro Señor es á quien pertenece el castigo ó el premio, nos dice el Apóstol: *No os venguéis de nadie, sino dad lugar á la ira. (Date locum irae.)*

Por último, como al corazón verdaderamente cristiano todas las cosas que ocurran pueden servirle para su provecho espiritual, permite y encarga el gran Doctor de las gentes un género de venganza que es noble, digno, levantado, santo, y que suele ser horrible tormento para la persona que nos haga mal y excite nuestra ira. ¿Cuál es esa venganza maravillosa? Esto es lo que intento explicaros ahora. Ruego mucho que me estéis atentos.

(1) Locus tuus patientia est. (San Ambr., lib. I, *de Offic.*)

PUNTO 2.°

DE LA VENGANZA CRISTIANA (1)

No hay en el mundo virtud más admirable que amar á los enemigos. Esta afirmación, que legó á los hombres el grande Agustino en el libro primero de sus *Confesiones,* se halla basada en aquellas hermosísimas palabras de nuestro Señor Jesucristo en el nunca bien ponderado sermón de la montaña: *Yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian.* (Matth., V, 44.) Pues bien; doctrina tan fundamental, tan necesaria, tan sublime y tan práctica, no podía quedar sin un comentario divinamente inspirado, que de viva voz y por escrito determinara á los hombres las obras propias de ese amor como venganza única permitida á los que se precian de ser verdaderos fieles de Cristo. Este egregio comentador fué San Pablo, quien después de haber dicho á los romanos que procuraran conservar la paz con todos los hombres, sin dejarse nunca llevar de la ira para con ellos, porque sólo á Dios compete la venganza, añadió á continuación: *Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; porque si esto hicieres, amantonarás carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer de lo malo, sino vence el mal con el bien.* (Versos 21 y 22.)

Yo no sé, amados míos, cómo encareceros ni cómo recomendaros estos sagrados oficios que menciona el Apóstol. Es como si nos dijera:—Cristianos, tratándose de enemigos, es preciso *devolverles bien por mal*; este es el único género de venganza que os es permitido. Si por ventura se hallasen hambrientos ó sedientos, es decir, necesitados de cualquiera cosa, apresuraos á socorrerles y á prodigarles toda suerte de beneficios; porque con las palabras *comida y bebida* (*ciba et pota*), se significa cuanto ellos hayan menester de nosotros.

Nótese aquí cuán hermosa y magnífica es la venganza cristiatiana! Cuanto dista el cielo de la tierra, eso y mucho más dista el corazón cristiano del corazón de los mundanos. Juzgan las gentes del mundo que es una cobardía soportar en silencio que otro las ofenda, y suelen decir con mucha arrogancia:—*A mí, el que me la*

(1) El tratado de la ira se encuentra extensamente declarado en nuestra obra *Complemento á la vida feliz,* tomo I, cap. XXI y siguientes.

hace me la paga.—Los cristianos, por el contrario, guiados por el espíritu de Dios, si les hieren en una mejilla, presentan la otra, soportan las injurias con paciencia, y siempre que de ellos dependa, les hacen beneficios, y dicen:—*Por amor de Dios yo le perdono.*

¡Hermosa venganza! *El que esto hace*—dice el Apóstol en la Epístola de hoy—*es como si pusiera carbones encendidos sobre la cabeza de su enemigo.* (Ver 20). Frase bíblica que equivale á decir:—Devolver favores por ultrajes es como poner fuego de amor sagrado en la inteligencia y en el corazón de quien nos ofenda, pues al ver nuestro comportamiento generoso, no puede menos de inflamarse su espíritu en amor hacia nosotros.—¿Quién no se duele de haber ofendido á su prójimo cuando ve que éste le retorna bienes por males? Y si se duele de haberlo hecho, ¿qué otra cosa es sino ganar su alma para Jesucristo?

Algunos, sintiendo menos cristianamente, afirman que el Apóstol quiso decir:—El que se venga de su enemigo haciéndole bien, le avergüenza, le confunde, le hace comprender más su villanía, y le causa un tormento mayor que si le devolviera ultraje por ultraje.

De cualquiera manera que esto sea, siempre es lo cierto que el gran Doctor de las gentes no permite otra venganza que la de hacer bien á quien nos haga mal, para así vencer y ganar su corazón á fuerza de beneficios, y por eso añade á continuación: *No te dejes vencer de lo malo, mas vence el mal con el bien.* (Ver. 21.) (*Noli vinci a malo, sed vince in bono malum.*)

Y esto es muy conforme con el espíritu del cristianismo, pues así como en Dios nuestro señor *la misericordia supera á la justicia, así* también en los cristianos debe la malicia ser vencida por la bondad. El cristiano es por la caridad hijo verdadero de Dios, ó lo que es lo mismo, hijo de la caridad por esencia, porque Dios es caridad. (*Deus charitas est.*) Por lo tanto, debe imitar la bondad de Dios su Padre, quien *hace brillar su sol sobre buenos y malos,* y á todos hace bien. Este es, repito, el modo de vengarse los cristianos; este es el mandato del Señor, esta es su victoria y esto es lo que San Pablo encarga cuando dice: *Hay que vencer el mal con la abundancia del bien.* (*Vince in bono malum.*)

¡Oh Dios de bondad! ¿Quién será capaz de practicar esta hermosa virtud, si vos no la dais? *Dad, Señor, lo que mandáis y mandad lo que queréis.* Esto dijo el grande Agustino y esto decimos nosotros; pues tenemos por cierto que cuando una persona ora por sus enemigos y los ama y los favorece, la contemplan atóni-

tos el mundo, los ángeles y los hombres. La contempla Dios y la prepara el cielo; la contemplan los ángeles y se llenan de regocijo; la contempla el mundo y se maravilla; la contemplan los hombres y quedan atónitos, porque ven que en vez de retornar mal por mal, *retorna por mal, bien;* ó lo que es lo mismo, que *vence con el bien el mal. (Vince in bono malum.)*

Así, pues, ¡oh cristiano! atiende á lo que sobre este mismo asunto dijo San Bernardo, y después piensa y medita. «Tres especies de ofensas—dice—puede hacernos nuestro prójimo; á saber: *de corazón, de palabra y de obra.* De corazón, odiándonos ó deseándonos males; de palabra, murmurándonos ó difamándonos; de obra, perjudicándonos en nuestra alma, en nuestro cuerpo ó en nuestra hacienda. ¿Quieres, en cualquiera de estos casos, tomar de él una justísima y santísima venganza? ¿Quieres que no quede nada impune? Pues perdónale generosamente *de corazón, de palabra y de obra.*» Es decir:

Si te odia de corazón, ámale con corazón dulce y generoso.

Si te ofende de palabra, alábale en aquellas cosas que sea lícito, y haz devota oración por él delante de Dios.

Si la ofensa fuere de obra y te daña á ti, ó á los tuyos, préstale algún obsequio ó cólmale de beneficios cuanto puedas. He aquí la venganza dichosa que forma las complacencias de Dios, y que recomienda el Apóstol en la Epístola de hoy, cuando dice: *Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, y si tiene sed, dale de beber. Vence el mal con la abundancia del bien.*

Por último, amados míos; á fin de que todos forméis clara idea de los actos virtuosos que el Señor quiere ejercitemos con nuestros enemigos, concluyo indicándoos los seis principales, que son los siguientes:

1.° *Orar por ellos*, como claramente expresó Cristo nuestro bien, diciendo: *Orad por los que os persiguen y calumnian* (1).

2.° El segundo acto es *hablar bien de ellos, Bendecid á los que os maldigan* (2).

3.° El tercero es *saludarlos,* aunque ellos no saluden; pues así lo insinuó Cristo á sus Apóstoles diciéndoles: «En cualquiera casa que entréis (aunque sea de enemigos) diréis: *La paz sea en esta casa.*» (*Pax huic domui*).

4.° El cuarto acto es *hacerles bien*, tanto en el alma como en el

(1) Orate pro persequentibus et calumniantibus vos.(Matt., V, 44.)
(2) Benedicite maledicentibus vobis. (Luc., VI, 18.)

cuerpo; pues así lo recomendó el Apóstol á los romanos en la Epístola de este día, diciendo: *No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien.*

5.° El quinto es *hacerles préstamos en sus necesidades*, en conformidad con aquellas palabras de Cristo: *Amad á vuestros enemigos; haced bien y dad prestado, sin esperar por eso nada.* (Luc., VI, 35.) *(Nihil inde sperantes.)*

6.° Finalmente, el sexto acto de amor para con los enemigos es *darles gratuitamente; porque así*—dijo Jesús—*seréis hijos del Altísimo, que es benigno aún con los ingratos y malos.*

Tal es la práctica que debe observar todo buen cristiano para con sus enemigos; tal es el encargo que como mandato ó como consejo, según los casos, nos hace nuestro Señor Jesucristo; tal es la enseñanza que nos da el Apóstol en la Epístola de la presente Domínica, y tal es la virtud predilecta que debemos tener en nuestros corazones, pues ejercitándola por amor de Dios y por ser encargo de Cristo nuestro Señor, no se puede dudar que tenemos asegurado un eterno galardón allá en el cielo. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo cuarto después de la Epifanía.

Sobre la amistad natural.

AMADOS hermanos mios: Prosiguiendo el Apóstol San Pablo en la hermosa tarea de enseñar á los fieles cristianos las imprescindibles obligaciones que tienen para con sus semejantes, ora sean amigos, ora enemigos, ora desconocidos, y queriendo hacer un como resumen de todo lo antes dicho, para que mejor y más fácilmente se grave en la memoria, se remonta al principio fundamental de la caridad para con el prójimo y se expresa de esta manera:

Hermanos, no debáis nada á nadie, sino que os améis los unos á

los otros; porque el que ama á su prójimo cumplió la ley. Porque no adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, se comprende sumariamente en esta frase: AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO. *El amor del prójimo no obra mal, y así la caridad es el cumplimiento de toda la ley.* (Rom., XIII, 8 á 11.)

Tal es, amados míos, el razonamiento que en la Epístola de hoy hace San Pablo, con referencia á la caridad en general, y que yo, concretándole á la caridad para con los amigos en particular, ó sea *á la amistad*, intento exponeros brevemente para que entendáis qué cosa sea un verdadero amigo, porque en el trato mundano hay muchas amistades falsas, que pudiéramos llamar amistades de pega, y que traen ilusionados á muchos corazones cándidos, buenos y generosos. Dos cosas, por tanto, hay que declarar bien.

1.ª Qué cosa sea la amistad natural.
2.ª Cuáles son las amistades falsas.

PUNTO 1.º

NATURALEZA DE LA AMISTAD NATURAL

Un amigo fiel—leemos en el sagrado libro del Eclesiástico—*es una defensa fuerte, y quien lo halló, halló un tesoro. Nada hay comparable al amigo fiel, y no se puede apreciar, ni estimar el bien tan grande que es un tal amigo. Él es un medicamento de la vida y de la inmortalidad* (1). *¡Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero!* (2).

Esto leemos en las santas Escrituras, y ciertamente, así es; porque la amistad es la perfección del amor, y el vivir sin amigos, más bien que vida es muerte; porque el corazón humano está hecho para amar, y necesita objeto digno en que ejercitarle, necesita otro corazón que le sea fiel y á quien pueda comunicar con confianza las efusiones de su amor. Sin amigos puede afirmarse que todo pensamiento es tedio, toda alegría tristeza, toda

(1) Amicus fidelis, protectio fortis; qui autem invenit illum, invenit thesaurum, etc. (Eccles., VI, 14.)
(2) Beatus, qui inveniet amicum verum. (Eccles., XXV, 12.)

acción un trabajo, toda la vida un tormento. ¡Desdichado el hombre que no tiene amigos! La amistad hace más dulces las cosas prósperas, y al mismo tiempo alivia las adversas. *Deleitase el corazón con ungüentos y variedad de perfumes, y el alma se endulza con los buenos consejos del amigo* (1). ¿Y quién no siente consuelo con las palabras amistosas en el día de la tribulación?

La amistad, pues, es necesaria; pero ¿qué es la amistad? Oigamos al glorioso Angel de las Escuelas, dice así: *Amistad es amor de mutua benevolencia, fundado sobre alguna comunicación* (2). Y como esta comunicación puede ser en cosas naturales ó sobrenaturales, el mismo santo divide la amistad en *natural y sobrenatural*. La primera tiene lugar entre los consanguíneos ó personas conocidas por motivos naturales; mas la segunda reconoce por causa motivos sobrenaturales, como cuando los hombres comunican entre sí y con Dios en el cuerpo de la Iglesia católica.

En la presente instrucción nos concretamos á la amistad meramente natural, y decimos: ¡Cuán pocas son las verdaderas amistades en el mundo! ¡Cuántas amistades falsas y de relumbrón se usan entre nosotros! ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? El grande Apóstol la señala en nuestra Epístola: La amistad—dice—exige que *amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos*, y como esto, de ordinario, no se hace, he aquí por qué hay tantas amistades sólo de apariencia. ¡Infeliz el hombre que se deje llevar de todo género de amistades! Para tener á una persona como verdadera amiga, es preciso antes hacer pruebas, conociendo las cualidades de la verdadera amistad. Paréceme que no será perder el tiempo indicarlas ahora.

Allá, los antiguos, que eran muy dados á emblemas, figuraron á la amistad de la manera siguiente: «Pintaron á un joven de pie y con la cabeza descubierta, vestido con túnica basta, y en su orla se leían estas palabras: *Vida y muerte*; *invierno y primavera.* Dicho joven ostentaba el pecho abierto, y con uno de sus dedos señalaba al corazón, en el cual estaba escrito: *Lejos y cerca.*

»Extraña figura; pero muy acomodada á lo que debe ser la amistad verdadera. *El joven*, significa que la amistad siempre ha de ser floreciente, activa y hermosa; porque aun la misma antigüedad la da brillo y solidez.

---

(1) Unguento et variis odoribus delectatur cor, et bonis amici consiliis anima dulcoratur. (Prov., XXVII, 9.)

(2) Amor mutuae benevolentiae, super aliqua communicatione fundatus. (San Thom., 2.ª 2.ae, q. 22, a. 1.)

» *La cabeza descubierta* indica la desnudez de miras, como diciendo:—No busco otra cosa que el bien del amigo.

La túnica basta equivale á decir:—Dispuesto me hallo á soportar por el amigo toda suerte de trabajos, sin pararme en delicadezas ni en finuras.

» Las palabras *Vida y muerte*, es como diciendo:—Mi amistad es fiel y constante, lo mismo en muerte que en vida.

» Aquella otra inscripción: *Invierno y primavera,* es para denotar que la amistad es siempre firme, ya sea en la primavera de la prosperidad ó ya en el invierno de la adversidad.

» *El pecho desnudo y abierto*, simboliza el candor y sencillez, y como diciendo al amigo:—Mira por esta abertura y verás con tus propios ojos la sinceridad de mi amor.

» Por último, las palabras: *Lejos y cerca*, es como si dijera: —Tan fina y permanente es mi amistad, que siempre es la misma, ya esté el amigo *cerca*, ó ya *lejos*, mi amor no reconoce distancias.» (Engelgrave. Embl. 45. P. 2.ª., § 2.º)

Pues bien; una amistad de esta suerte, ¿dónde se encuentra? ¿Será exageración decir que entre las gentes del mundo son muy raras las amistades verdaderas? De Jonatás leemos en las sagradas Escrituras que amó á su amigo David como á su propia alma, porque ésta la tenía como pegada al alma de David. (I Regum, XVIII, 1.) Cítase este caso como ejemplo de una íntima y verdadera amistad; pero ¿cuántas de éstas encontramos en nuestras sociedades? * Bueno será que nos detengamos un momento á considerar cuáles sean muchas amistades de las que se usan entre nosotros.

---

* ¡Oh, amados míos! Es una desgracia la situación á que nos quiere reducir la impiedad moderna con sus teorías enteramente *naturalistas*. —Nosotros—dicen los falsos apóstoles—*rechazamos el orden sobrenatural, ó sea el fin y los medios sobrenaturales*. Lo cual equivale á decir:—Nosotros no admitimos esas amistades espirituales que se fundan en la fe y en la esperanza de la eterna beatitud; nosotros rechazamos esos amores y esos sacrificios colosales que la Iglesia preceptúa á los cristianos para atraer á las gentes y monopolizar el ejercicio de la beneficencia: basta la razón uatural para amar á nuestros semejantes y prodigarles cuantos beneficios podamos; la caridad de los católicos degrada á la humanidad, porque tiende á someter á los hombres al yugo de la fe y á la carga del Evangelio.

De esta manera, carísimos hermanos, deliran las gentes modernas anticristianas, en su empeño satánico de suprimir la acción divina de

PUNTO 2.°

DE LAS AMISTADES FALSAS

Ante todo, conviene saber que el amor y la amistad son dos cosas diferentes. *Amar es querer el bien para alguno* (1). Si este *alguno*, somos nosotros mismos, se llama *amor de concupiscencia*, y esto no es amistad. Dícese que amamos ciertas cosas, porque las deseamos; como se dice que uno ama el vino por lo dulce que en él apetece; ó que el gato ama á los tordos para comérselos y saborearlos; y nadie dirá que hay amistad, ni entre el bebedor y el vino, ni entre los tordos y el gato. Esto es clarísimo.

La amistad es ciertamente amor, pero no amor de *concupiscencia*, sino amor de *benevolencia*; ó sea cuando amamos á alguno de tal manera, que queremos el bien para él, prescindiendo del bien nuestro (2). Según lo cual, toda amistad es amor, pero no todo amor es amistad. En el mundo *hay muchos amores, pero pocas*

Jesucristo en los corazones de los hombres, y no reparan que con esto aniquilan los más dulces sentimientos, los más heroicos actos de misericordia, y los más inefables consuelos, sustituyendo el ardoroso y constante impulso de la *caridad divina* con el helado movimiento de la voluble *filantropía*. Quitan la amistad divina y dejan sólo la amistad humana; como si dijéramos, quitan á Dios y dejan la razón, obscurecida muchas veces por las pasiones más groseras.

---

(1) Santo Tomás, 1.ª 2.ªe, q. 26, a. 4.°

(2) Las gentes modernas, que prescinden de la caridad de Cristo, afirman que en el mundo no hay amistades verdaderas, es decir, *desinteresadas*; pues es imposible amar á cualquiera si no se espera alguna recompensa. Esto es falso, pues aun en lo natural hay muchos amores completamente desinteresados. Una madre ama á su hijo, aun cuando le vea ingrato y nada espere de él. Cristo, nuestro Señor, que conoce mejor que los impíos el corazón de los hombres, nos ha predicado una moral contraria á la de ellos, y se nos ha mostrado como ejemplo de una amistad perfecta. *Ninguno*—dice—*puede dar testimonio de mayor amor que el que da su vida por sus amigos.* (Joann., XV, 13.) ¿Qué interés personal terreno puede tener el que da su vida por otro? La amistad quiere el divino Salvador que se funde en la virtud para que de esta manera, aun las amistades naturales, queden santificadas. No es decir con esto que la caridad, que es la amistad del hombre con Dios, excluya todo interés personal, porque el amor presente y la felicidad futura van siempre unidos, sino que el hombre, aunque no hubiese felidad futura, tendría á Dios amor de presente; es decir, que domina en el corazón el amor de *benevolencia*, como olvidándose del de *concupiscencia*, sin que haya entre estos dos amores oposión, como pretendieron algunos ilusos.

amistades, y es la razón porque las gentes miran mucho á sus gustos y propias conveniencias, y poco á las conveniencias y gustos del prójimo, ó lo que es lo mismo, porque hay mucho egoismo y poca caridad; esto es, porque *no amamos al prójimo como á nosotros mismos*, según la Ley de Jesucristo y según nos encarga San Pablo en la Epístola de hoy.

Agrégase á esto que para la amistad no basta el amor de benevolencia, sino que además se requiere *la reprocidad en el amor*, porque el amigo debe ser amado del amigo, y como esto no siempre es fácil, he aquí porque escasean tanto las verdaderas amistades.

Por último, la amistad exige que haya alguna *comunicación de bienes* entre los amigos; es decir, alguna cosa buena que les sea común, como el parentesco, la profesión, la vecindad... porque este es el fundamento del amor amistoso.

Ahora bien, á la luz de estos principios, que enseñan de consuno la Filosofía y la Teología, ¿cuántas y cuáles son las amistades verdaderas de nuestros tiempos? Oigamos al grande Apóstol en la Epístola de este día, pues en ella nos muestra que *hay muchas amistades falsas*, porque muchas son *inconstantes*, muchas *impuras*, muchas *crueles*, muchas *injustas*, muchas *falaces*, muchas *interesadas*.

Á nadie—dice—*debáis nada, sino que os ameis los unos á los otros*. (Ver. 8.) Frase divina, en la cual nos advierte que el amor al prójimo es un *débito perpetuo*, que siempre se ha de estar pagando, porque siempre se está debiendo. En los débitos ordinarios se pagan y ya no se deben; mas en el débito del amor de amistad no es así, pues siempre se paga y siempre permanece (1). Lo cual quiere decir que la amistad, para ser verdadera, ha de ser *constante*.

¿Y qué constancia es la que se observa hoy entre muchos amigos? Nadie lo ignora. Todos los días estamos presenciando amistades relámpagos, que instantaneamente se forman y rápidamente se disuelven. Encontrarse, conocerse, agradarse, amarse y jurarse una amistad inviolable y perpetua, todo viene á ser casi una misma cosa en ciertas personas; mas después, al menor disgustillo, á la menor desatención ó sombra de desatención, ó sin nada de esto, sólo por conveniencia ó volubilidad del afecto, se

(1) Mutuam charitatem libens reddo, et gaudens recipio; quam recipio, adhuc repeto; quam reddo, adhuc debeo. (San Agust., Ep. 62, ad *Coelestin.*)

desvían, se disgustan, se murmuran, tal vez se odien con la misma vehemencia que se amaron. ¿Qué es esto? Es amistad falsa por *falta de constancia.*

¡Qué bien expresó esta idea el Espíritu Santo cuando dijo: *Si te haces con un amigo, hazte con él en la adversidad y no te fíes de él fácilmente, porque hay amigos según su tiempo, que no duran llegando el día de la tribulación!* (Eccles., VI, 7-8.) Es decir, que hay *amigos de primavera y no de invierno*; amigos mientras estás en bonanza y esperan de ti alguna utilidad, pero que huyen tan luego como te ven caído ó que no puedes servirles para sus fines. ¡Cuántos amigos de éstos hay en el mundo! Tanto te quiero cuanto te necesito ó me vales ó me puedes valer. Estas son ciertas amistades; y por eso añadió el mismo Espíritu Santo: *Hay amigo compañero de la mesa y que no permanecerá en el día de la necesidad.* (Eccles., VI, 10.)

Mas esto, con ser tan malo, no es lo peor, pues como indica el Apóstol en nuestra Epístola, hay quien finge amistad por fines menos honestos, ó crueles, ó injustos, ó codiciosos, enteramente opuestos á este precepto divino: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo*. (Ver. 9.) ¡Qué lástima de amistades!

¿Hay cosa más inicua que fingirse amigos y jurar amistad para robar á una persona ó á una familia el honor ó la hacienda? ¿Será amor de benevolencia llenar de luto á una familia honrada por satisfacer pasiones criminales ó ambiciones desmedidas? ¿Hay mayor iniquidad que fingir amores para cometer abominaciones? ¿Es justo jugar con el corazón del prójimo para pervertir sus afectos, para engañarle y para hacerle perpetuamente desdichado? Pues estas son, de ordinario, las que se llaman amistades humanas, que bien pudiéramos llamar amistades satánicas, porque ni el diablo en persona es capaz de hacer mayor daño á los que toma por amigos. En tales amistades no hay amor, no hay benevolencia, no hay fidelidad, sino enemistad, odio, injuria y abominación.

¡Líbrenos el Señor de tales falsos amigos! Y llevemos siempre en la memoria aquellas palabras del Espíritu Santo: *Hay amigo que se torna enemigo, y hay amigo que descubrirá su odio y contiendas é injurias... Sepárate de tus enemigos y está alerta con tus amigos*. Quiere esto decir, que hemos de evitar en lo posible los lazos de los que nos sean contrarios, y que aun con los amigos hemos de abrir los ojos, mirando á quién entregamos nuestro corazón y hasta qué punto podemos y debemos fiarnos de

ellos. Es preciso ser cándidos como palomas, pero al mismo tiempo precavidos como la serpiente.

Con esto á la vista, paréceme que podéis entender bien en qué consiste la verdadera amistad humana, necesaria ó cuando menos útil en el trato social, y juntamente cuáles sean las amistades falsas que conviene evitar como moneda de mala ley. Nunca hemos de confundir *el amor* al prójimo con *la amistad* del prójimo. El amor le hemos de prodigar á todos los hombres, aun á los que se muestren ser nuestros mayores enemigos; la amistad la hemos de concretar á un número muy reducido de personas, y ésas que sean virtuosas y muy escogidas.

Todo lo que la ley manda ó prohibe respecto de nuestro prójimo, lo compendia el Apóstol en nuestra Epístola de hoy, diciendo: *No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y si algún otro Mandamiento hay* (que al prójimo se refiera), *se comprende sumariamente en esta frase:* AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO.

Por último, el glorioso San Pablo concluye hoy con estas palabras: *La dilección del prójimo no obra lo malo. La plenitud de la Ley es la dilección* (1). Es decir, que quien ama al prójimo como á sí mismo, no le hace mal, ni consiente que otro se le haga; antes por el contrario, procura para él todos los bienes que quiere para sí propio; y de esta manera cumple toda la ley, porque *la plenitud de la ley es la dilección.* Amemos, pues, á Dios por sí mismo; á nosotros y al prójimo por Dios. Haciéndolo así, todos nuestros amores se refundirán en un solo y purísimo acto de amor teologal, y nuestra dicha será completa y nuestra bienaventuranza eterna. Así sea, por los siglos de los siglos. Amén.

---

(1) Dilectio proximi malum non operatur. Plenitudo legis est dilectio. (Romanos, XIII, 10.)

HOMILIA 2.ª

Para el domingo cuarto después de la Epifanía.

Sobre la amistad cristiana.

HERMANOS míos carísimos: Magnífico sobre toda ponderación se ostenta hoy el Apóstol San Pablo en la Epístola de la presente Domínica. En brevísimas palabras nos ofrece un maravilloso compendio de toda la ley y los Profetas, exhortándonos al amor mutuo, sin mezcla de falsedades hipócritas. Dícenos que la *caridad* para con nuestros semejantes es un débito perpetuo é insoluble;débito que siempre se está pagando y siempre se está debiendo; débito que debemos pagarle perpetuamente, porque perpetuamente le debemos; débito que al pagarle nos llena de riquezas, y riquezas tanto más copiosas, cuanto más pronto y con más abundancia y buena voluntad satisfagamos. Oid atentamente sus propias palabras. Dice así:

Hermanos, no debáis nada á nadie; sino que os améis los unos á los otros, porque el que ama á su prójimo cumplió la Ley. Porque no adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y si hay algún otro Mandamiento, se comprende sumariamente en esta frase: AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO. *El amor del prójimo no obra mal, y así la caridad es el cumplimiento de toda la Ley.* (Rom. XIII, 8 á 11.) ¡Oh caridad divina, cuán hermosa eres!

Ciertamente, amados míos; esta virtud es bella en sí misma, incluye á todas, y además destruye todos los vicios. Por una parte nos separa de todo lo malo *(malum enim non operatur);* por otra, entraña una eficaz operación para todo lo bueno. *(Plenitudo legis est dilectio.)*

No es mi ánimo hablaros hoy de tan excelsa virtud en general, sino únicamente de lo que se refiere á la amistad verdadera,

propia de los buenos cristianos; y al efecto intento explicaros dos cosas:

1.ª Cuál sea la amistad verdaderamente cristiana.
2.ª Los medios y los oficios de la amistad.

PUNTO 1.º

DECLÁRASE LA ESENCIA DE LA AMISTAD CRISTIANA

El glorioso Padre de la Iglesia San Agustín nos dejó escrita en su libro XV de la *Ciudad de Dios*, una breve y verdadera definición de la virtud, diciendo que es *el orden del amor* (*Ordo amoris.*) Según el Santo, toda la Doctrina cristiana se reduce á amar y á amar bien. El que ama lo que debe, cuando debe y del modo que debe, ya lo ha hecho todo, y por eso dijo: *Ama y haz lo que quieras.* Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; pues si todas tus acciones radican en el amor interior, no puede salir de esta raíz otra cosa que lo bueno (1).

Verdaderamente así es; porque *el amor de caridad*—según Santo Tomás—*es un hábito creado en el alma, por el cual el hombre es inclinado á los actos de todas las virtudes, por causa de Dios, para obrarlas pronta y fácilmente* (2.ª 2.ae, q. 23, a. 2), y como dicha caridad, definida por el mismo santo Doctor (2.ª 2.ae, q. 23, a. 1), es *cierta especial amistad del hombre con Dios*, ó lo que es lo mismo, *amistad con los hombres, por amor de Dios*, de aquí el que el gran Doctor de las gentes dijera en la Epístola de hoy: *Hermanos, amaos los unos á los otros, porque el que ama al prójimo, cumplió la Ley.* (Ver. 8.) Es decir, cumplió con el amor de Dios y del prójimo.

Ya se comprende que esta hermosa amistad, sobrenatural y divina, sólo puede tener lugar entre los cristianos, y por eso se llama *amistad cristiana*, única que hay estable, pura y verdadera, porque radica en Cristo, en su Ley sacrosanta, en su espíritu divino, y por decirlo de una vez, ella es el eco fiel de su amantí-

(1) Definitio brevis et vera virtutis est ordo amoris. (San Agust. lib. XV de *Civit.* cap. XXII).—Semel breve praeceptum tibi praecipitur. Dilige et fac quod vis; sive taceas, dilectione taceas: sive clames, dilectione clames; sive emendes, dilectione emendes; sive parcas, dilectione parcas: radix sit intus dilectionis; non potest de ista radice, nisi bonum transire. (San Agust., lib. I de *Doctr. Christ.*, cap. XXII.)

simo y sacratísimo Corazón (1). *Quien encuentra un amigo de esta especie*—ya lo dijo el Espíritu Santo—*encuentra un tesoro, y los que temen al Señor le hallarán* (2).

Propiamente hablando, es verdad que una amistad de esta suerte sólo puede existir entre los hombres buenos; pero, sin embargo, en el concepto de caridad, se extiende también á los malos, pues secundariamente, y por miramientos á los virtuosos, amamos á los que á ellos pertenecen, aunque en sí no lo merezcan (3).

Ahora bien; además de esta amistad general, es necesario al hombre tener alguna otra amistad particular, algún amigo del alma, que le sirva de consuelo en los diversos acontecimientos de la vida, á quien pueda comunicar sus pesares ó hacer partícipe de sus alegrías; un amigo en quien pueda depositar su confianza y á quien pueda descubrirle los secretos de su corazón; un amigo que tome parte en sus bienes ó males, considerándolos como propios; un amigo que sepa, pueda y quiera ayudarle en sus necesidades, y que le avise, corrija ó reprenda, con entera libertad y llaneza, cuando fuere menester. Un amigo de esta especie es en gran manera conveniente, es como el perfume de la vida, y por eso hasta los paganos lo encarecieron, diciendo por todos Ciceron: «Excepto la sabiduría, no hay dádiva más preciosa hecha á los hombres por los dioses inmortales que la amistad» (4). Si esto decía aquel filósofo de la amistad humana, ¿qué hubiera dicho de la divina?

Mas ¿cómo ha de ser este amigo? ¿A qué habremos de atender para elegirle? Nadie ignora que la amistad, para ser dulce, firme, estable y verdadera, ha de ser entre iguales, porque de no serlo, habrá superioridad en uno y sujeción en el otro; habrá, tal vez, imperio por una parte y adulación por otra; habrá miras

(1) La amistad puramente humana — dice Santo Tomás (2.ª 2.ae, q. 23, a. 2)—no es virtud, sino una consecuencia de la virtud; pero la amistad cristiana, cual es la caridad, es virtud divina, puesto que se funda en el amor de Dios y en la comunicación de la divina naturaleza.» Ved aquí unas distinciones que no entran en la cabeza de los filántropos modernos.

(2) Amicus fidelis, protectio fortis; qui autem invenit illum, invenit thesaurum... et qui metuunt Dominum, invenient illum. (Eccles., VI, 14-16.)

(3) De este modo, la caridad, que es la amistad de lo honesto por excelencia, se extiende á los pecadores, á quienes amamos por caridad, á causa de Dios. (San Tom. 2.ª 2.ae q. 23, á 1 al 3.º)

(4) Excepta sapientia, nihil melius datum est homini a Diis immortalibus quam amicitia. (Cicero, de *Amicitia*.)

interesadas ó conveniencias terrenas, y esto no es amistad, sino corrupción de la amistad. La amistad, ó encuentra á los amigos iguales, ó los hace. (1). Sobre todo, requiere igualdad en sentimientos, en costumbres, en tendencias y en religión. Un cristiano no puede ser amigo de otro que sea enemigo de Cristo. Sus ideas se repelen mutuamente, como la luz y las tinieblas.

—Madre mía—dijo un polluelo de golondrina—yo quisiera ser amigo íntimo de un tordo que me viene á visitar.—No, hijo mío—respondió la madre—no te conviene, porque tú deseas el calor y á él le agrada el frío, tú suspiras por la primavera y él por el invierno. ¿Cómo es posible que permanezcáis juntos y bien avenidos? *La amistad ha de ser entre iguales.*—Esta fabulilla explica bien el caso, y yo os añado para mayor inteligencia: La caridad ha de ser con todos los hombres, la amistad con pocos, la familiaridad sin miramientos con ninguno.

Mucho debe repararse esto de las amistades, porque es indecible el daño que hace un mal amigo, así como no se pueden calcular los grandes beneficios que nos reporta una buena amistad. Los amigos, con el trato frecuente y con el atractivo del afecto, tienden á identificarse y á tener como una sola alma y un solo corazón; y tan es así, que habiéndole preguntado á uno:—¿Qué cosa es una migo?—Respondió:—*Alter ego. (Otro yo).*—Y Cicerón, hablando sobre este mismo punto, dijo:—El que encuentra un verdadero amigo es como el que toma posesión de otro individuo, cuyo corazón se une con el suyo de tal manera que de los dos casi se forma uno sólo (2).

¿Tenemos deseos de ser buenos y gozar de eterna dicha? Pues el medio es elegir buenos amigos. Dime con quién andas y te diré quien eres. *Con los santos serás santo* (3). Y como entre todos los amigos el mejor, el más santo, el más poderoso y el más amable y fino amante es Dios, de aquí el que á todos nos interese el tener á Dios por amigo, ó lo que es lo mismo, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, ha de ser siempre el primero y principal y más íntimo amigo nuestro. Ya lo dijo claramente el piadoso Asceta por estas palabras: *Sin amigo no puedes vivir bien; y si Jesús no fuere para ti sobre todos los amigos, estarás muy triste y desconsolado. Sea,*

---

(1) Amicitia parem aut facit aut accipit. (San Hieron., sup. *Mich.*)

(2) Cujus animum ita cum suo commisceat, ut efficiat pene unum ex duobus. (En Lohener, título *Amicitia.*)

(3) Cum sancto, sanctus eris. (Psalm. XVII, 26.)

pues, sólo Jesús tu especial amado entre todos tus amigos. (Kempis, lib. II, cap. VIII.)

Por dos razones es preciso que elijamos á Jesús como nuestro amigo predilecto. La primera la indica el mismo autor, diciendo: «*El amor* de la criatura es engañoso y mudable; el amor de Jesús es fiel y permanente. El que se une á la criatura caerá con lo perecedero; mas el que abraza á Jesús perseverará firme en él. Ama y ten por amigo á aquél que, aunque todos te desamparen, no te desamparará ni te dejará perecer en el fin.» (Kempis, lib. II, capítulo VII.)

La segunda razón nos la suministra San Agustín por estas palabras: «Nada hay mas deleitable que Dios. Las cosas que te ofenden vienen del hombre, y sin embargo, las toleras por la amistad. ¿Cuánto mas cumplirás las cosas que la amistad de Dios te exige, esto es, el amor, puesto que Dios nunca te aflige, á no ser que tú le ofendas á él? Nada hay más hermoso y nada más dulce que el Señor» (1). ¡Oh maravillosa dignación de la bondad divina! ¡No somos dignos de ser siervos de Dios y el Señor nos llama amigos! ¡Cuán excelsa dignidad es para el hombre el ser amigo del Padre celestial!

PUNTO 2.°

DE LOS MEDIOS Y OFICIOS PARA HACERSE DE BUENOS AMIGOS

Mas viniendo ya á la *manera de captarse la amistad del prójimo y á los buenos oficios* propios de amigos, afirmo en primer lugar con el Eclesiástico: *El que teme al Señor, encontrará buena amistad; porque conforme á él será su amigo* (2). Es decir, que Dios premiará su fidelidad en servirle, haciendo que encuentre amigos que le sean también fieles y que le amen sinceramente y que se porten con él, como él se porta con Dios. Por ventura, ¿no es Dios quien dispone de los corazones de todos los hombres?

El segundo medio para hacerse buenos amigos, es amarlos, porque el amor llama al amor; si quieres ser amado, ama, y al

(1) Non est Deus, qui te offendat, si tu eum non offendas; nihil eo pulchrius, nihil dulcius. (San Agustín, Homil. 38.)

(2) Qui timet Deum, aeque habebit amicitiam bonam: quoniam secundum illum erit amicus illius. (Eccles., VI, 17.)

mismo tiempo sé dulce y afable en tu trato; pues escrito está que *la palabra dulce multiplica los amigos y amansa á los enemigos*, *y que la lengua de buena gracia abunda en el hombre bueno* (1). ¿Quién no sabe que la gracia en el hablar, acompañada de amor, es un imán irresistible que gana los corazones?

Demás de esto, hay un tercer medio aun más persuasivo que el anterior, y es *la comunicación de nuestros bienes*, porque obras son amores. La amistad es esencialmente comunicativa y deseosa de hacer bien al amigo. ¿Qué corazón no se rinde cuando descubre en otro un amor dadivoso, exento de todo interés, de toda codicia, de todo fraude, de toda injusticia y de toda idea menos pura? Refiere Plutarco que habiéndole preguntado á Antalcidas de qué manera podría hacerse de algunos amigos, respondió:—*Hablándoles agradablemente y haciéndoles beneficios.*

También puede considerarse como un cuarto medio muy eficaz el soportar algunos males en obsequio de la persona que se quiere tener por amiga, pues el agradecimiento suele ser origen fecundo de estrechas amistades; lo cual se halla confirmado por la Iglesia de Dios, cuando canta de los santos mártires diciendo: *Bebieron el cáliz del Señor y fueron hechos amigos suyos* (2).

Por último, hay un quinto medio que atrae y une admirablemente los corazones humanos, y es *la conformidad de las voluntades*. Cuando una persona ve que otra siente, piensa y quiere como ella, y que está como adivinando lo que le agrada para inmediatamente hacerlo, esta persona no tardará en tomar á la otra por amiga. Cristo nuestro Señor nos dió el ejemplo cuando dijo á sus Apóstoles: *Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que yo os mando* (3).

Mas dejando esto, por ser de suyo sencillísimo, quiero indicaros ahora algunos de los principales oficios ú obsequios que se hacen mutuamente los buenos amigos.

Amarás á tu prójimo como á ti mismo nos advierte hoy San Pablo, y si esto dice del simplemente prójimo, mucho más lo dirá del que además reúna la cualidad de amigo. El amigo hemos dicho que es *otro yo*, luego el amor que nos prodigamos á nosotros mismos es la regla fija para el trato con nuestros amigos. ¿Cómo nos tratamos á nosotros mismos?—Velamos por la seguridad de nues-

(1) Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos, et lingua eucharis in bono homine abundat. (Eccles., VI, 5.)

(2) Calicem Domini biberunt, et amici Dei, facti sunt.

(3) Vos amici mei estis, si feceritis quae ego praecipio vobis. (Joann., XV, 14.)

tra vida y por la conservación de nuestra salud; cuidamos de nuestro buen nombre, y queremos que nadie nos ultraje ni de palabra ni de obra; tenemos cuidado de perfeccionar nuestra alma, y para ello sometemos las pasiones á la razón, y la razón á Dios; procuramos que el amor de nosotros mismos sea ordenado, tanto respecto del cuerpo como del alma, á fin de obtener, por la gracia de Dios, nuestra eterna bienaventuranza. Pues bien; he aquí un modelo de lo que hemos de hacer con nuestros amigos, y y esto es lo que en compendio nos dice hoy el Apóstol por estas palabras: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*

Es verdad, como enseña Santo Tomas, que la palabra *como (sicut)*, no significa *igualdad* en el amor, porque el orden de la caridad exige que, en igualdad de circunstancias, nos amemos más á nosotros que al prójimo; pero sí denota *semejanza:* 1.° En cuanto *al fin*, amándonos á nosotros y al amigo por Dios. 2.° En cuanto á *la forma*, esto es, amándolos con sincero amor de benevolencia y no de concupiscencia. 3.° En cuanto *al efecto*, aliviando su necesidad al modo que aliviamos la nuestra. En una palabra, debemos, por caridad y por amor de amigos, hacer con ellos dichos buenos oficios en el modo, forma y manera que lo hacemos con nosotros y que deseamos que otros nos los hagan.

¡Qué bella y magnífica es la amistad cristiana! ¡Qué atención la de los amigos sinceros en proveer á sus mutuas necesidades! ¡Qué solicitud en servirse recíprocamente! ¡Qué dulce alegría experimentan cuando se complacen en algún servicio! Y como todo esto entre los cristianos se realiza *sobrenaturalmente,* esto es, por amor de Dios, con razón añade el Apóstol que *la caridad es el cumplimiento de toda ley. (Plenitudo legis est dilectio.)*

Con efecto, si yo amo á mi amigo como debo amarle, le amo en cuanto es obra de Dios, como imagen de Dios y objeto de sus cuidados, como colmado de sus beneficios y como precio de su Sangre, como alma destinada á poseer á Dios eternamente. Si amo á mi amigo cual debo amarle, le amo no solamente por cualidades personales, por la solidez de su espíritu, por la dulzura de su carácter, por la bondad de su corazón, por lo grato de su conversación y el afecto que me muestra, sino muy principalmente por lo que tiene de Dios, ó sea por las hermosas virtudes que resplandecen en su alma. Si amo á mi amigo como debo amarle, le amo, no tanto por la semejanza de sus costumbres con las mías, no tanto por el natural y secreto atractivo que me ofrece su porte y modales, cuanto por la edificación que me proporciona su buen ejemplo y

por el fin de agradar á Dios testificándole mi afecto y veneración á los dones inefables con que ha enriquecido á mi amigo. En suma, le amo, no sólo con el amor sensible que nace de la naturaleza, sino con el sobrenatural que procede de la gracia, y para llevarle á Dios con mis buenos consejos, con mis caritativas advertencias, con mis conversaciones piadosas y con mis edificantes ejemplos. Lo amo en Dios, por Dios y para Dios; le amo santamente, deseando su bien temporal y eterno como el mío propio, y todo para gloria de Dios nuestro Señor.

«¡Ah!—exclamaba San Francisco de Sales.—¡Cuán preciosa, cuán excelente será vuestra amistad cuando tenga estos caracteres, cuando la Religión, la devoción, el amor de Dios y el deseo de la perfección sea entre vosotros un comercio en el cual os comuniquéis recíprocamente vuestras virtudes! Será excelente porque vendrá de Dios, excelente porque conducirá á Dios, excelente porque Dios será su lazo, excelente porque subsistirá eternamente en Dios.»

He aquí, pues, cómo han de ser las amistades cristianas: *Benevolencia en el afecto, concordia en la voluntad, beneficencia en el efecto, fidelidad y constancia en la adversidad;* y después, para que nunca se marchite ni debilite, ha de reunir *la virtud como honesta, la familiaridad como agradable, y el uso como necesario;* pues donde esto falte, la amistad no es perfectamente verdadera y pronto desfallece; por el contrario, donde esto se encuentre, la amistad será firme, santa y gozosa. *Quien halla un amigo fiel, halló un tesoro. ¡Bienaventurados el que encuentre un amigo verdadero!* (1) El mejor amigo es Jesús, vida de nuestra vida y amor de nuestros amores. Permanezcamos fieles en su amistad y tendremos seguro el cielo. Amén.

---

(1) Beatus vir, qui inveniet amicum verum. (Eccles., XXV, 12.)

HOMILIA 1.ª

Para el domingo quinto después de la Epifanía.

Sobre las virtudes y la paz cristianas.

Hermanos míos amadísimos: Preciosísima es la Epístola que en la presente Dominica nos ofrece el Apóstol San Pablo, escribiendo á los Colosenses. Habíales dicho que los buenos cristianos *deben renovarse cada día en el espíritu*, y esforzarse en progresar más y más en la fe, en el amor, en los actos de Religión y en todas las virtudes, hasta llegar á ser hechos imágenes perfectas de Dios su criador; y esto sin distinción de Gentiles y Judíos, de circuncisos é incircuncisos, de Bárbaros y Escitas, de siervos y libres, porque todos los cristianos son como una sola cosa en Cristo, y Cristo es todas las cosas en todos ellos. (*Omnia in omnibus Christus.*) Y después, para hacerles comprender cuán obligados se hallaban á dicha renovación de espíritu, les habla de esta manera: *Hermanos, vosotros, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos á los otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro. Así como el Señor os perdonó á vosotros, así también habéis de hacer. Mas sobre todo esto, tened caridad, que es el vínculo de la perfección. Y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la cual también fuisteis llamados en un cuerpo, y sed agradecidos.* (Colos., III, 12 á 16.) Esta es la Epístola de la Misa de hoy.

Reparad bien, amados míos, cuántas virtudes y con cuánto encarecimiento las enumera el Apóstol, especialmente la caridad como reina de todas ellas. No es posible hablaros de cada una en particular en estas pequeñas instrucciones dominicales, mas sí puedo indicarlas comentariando el texto de la Epístola, y esto es

lo que habré de hacer hoy, buscando sobre todo el provecho de vuestras almas. A dos puntos reduciré mi instrucción:

1.° A recomendaros las virtudes señaladas en la Epístola.
2.° A encareceros cuán hermosa es la paz que de ellas procede.

PUNTO 1.°

DE LA MISERICORDIA Y OTRAS VIRTUDES CRISTIANAS

Todos los cristianos, según expresión de San Pablo, formamos un cuerpo moral con Cristo; Cristo es la cabeza, nosotros los miembros, y todos constituimos como un solo Cristo, siendo *Cristo todo en todos nosotros* (*Omnia in omnibus Christus.*) (Ver. 11.) Consecuencia legítima de esta doctrina es, que todos nos hallamos íntimamente unidos unos con otros, mediante Cristo, á la manera que unidos se hallan entre sí los miembros de un mismo cuerpo; y como Cristo es lo principal en este cuerpo místico, necesario es que en cada cristiano veamos á Cristo, y que le consideremos y honremos como cosa de Cristo y como cosa nuestra, desechando todo odio de raza y todo desprecio de condición. *Todos somos una sola cosa en Cristo, y Cristo es todo en todos nosotros.* ¡Oh, si comprendieran esto aquellos que desprecian á los pobres, considerándolos de otra raza y de otro linaje!

¡Cuán magnífica y sublime es esta enseñanza para curar la altanería y orgullo de ciertos hombres! Todos somos hermanos; como tales debemos amarnos, y por eso el Apóstol, en el principio de la Epístola de hoy saca la consecuencia diciendo: *Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia...* (Ver. 12.)

Consideremos bien la mente de San Pablo, pues es como si á todos nos dijera:—Cristianos míos, reparad cuántos y cuán grandiosos beneficios habéis recibido de Dios. Él os ha *elegido* entre la muchedumbre de los hombres para que seáis *santificados* en Cristo, y unidos á Él como los miembros á su cabeza, y para que en virtud de esto seáis amados del mismo Dios. (*Electi Dei, sancti et dilecti.*) Por consiguiente, como tales, como agradecidos al Señor, como hermanos que sois todos los cristianos, *revestíos para con vuestros semejantes de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia...* Preciso es que tengáis en

vuestros corazones los mismos sentimientos que Jesús tiene en el suyo; porque en verdad, ¿no sería monstruoso un miembro que no estuviera animado del espíritu de su cabeza?

Tal es, amados míos, la primera amonestación del Apóstol en la Epístola de este día, y según ella, una de dos: ó hemos de renunciar al glorioso título de cristianos, ó hemos de imitar á Jesucristo en las virtudes dichas, porque habiendo recibido al divino Salvador, hemos de *seguir sus huellas*; Jesucristo ha pasado por este mundo *obrando el bien*, y así hemos de pasar nosotros (1).

¿Cuál fué la misericordia de Jesús? No es posible encarecerla con palabras, porque es infinita. Su encarnación, nacimiento y redención, reconocen por causa el amor misericordioso de su corazón divino. *No he venido*—dice—*á llamar á los justos, sino á los pecadores* (2). *Digoos, en verdad, que habrá más alegría en el cielo por un pecador penitente, que por noventa y nueve justos que no necesiten penitencia.* (Matth, XV, 7.)

Y de acuerdo con estas palabras están sus obras. No habiendo querido recibirle en una población de Samaria, dijéronle sus discípulos: «Señor, ¿queréis que mandemos bajar fuego del cielo para que los consuma? Mas el divino Salvador, volviéndose hacia ellos, les dijo: *No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas.*» (Luc., IX, 52-56.)

He aquí la misericordia infinita de Jesús, y he aquí cuál debe ser la nuestra. El fué el *Buen Pastor*, que cargó sobre sus hombros la oveja descarriada y la llevó al redil; Él fué el *piadoso samaritano*, que derramó aceite y vino en nuestras llagas para curarnos y llevarnos al cielo. Él fué el que perdonó á la Magdalena, á Pedro, al Buen Ladrón y también á nosotros. El fué el que, para excitar á nuestro corazón á que le imitemos en la misericordia, dijo en el sermón de la montaña: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* El, por último, fué el que, impulsado por su corazón infinitamente compasivo, consintió en hacerse anatema, y en morir en una Cruz para obrar la salvación de todos los hombres, aun la de sus mismos verdugos que le crucificaban.

¡Asombra, amados míos, la misericordia infinita de Jesús para con los hombres, aun para sus enemigos! Y como somos cristia-

(1) Sicut ergo accepistis Christum Jesum, in ipso ambulate. (Colos., II, 6.)—Pertransit benefaciendo. (Act.. Apost., X, 38.)

(2) Non veni vocare justos, sed peccatores. (Matth. IX, 13.)

nos y debemos obrar con el mismo espíritu, por eso el grande Apóstol nos le pone hoy por modelo, diciendo: *Revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, y soportaos los unos á los otros, perdonándoos mutuamente, así como el Señor os ha perdonado á vosotros. (Sicut et Dominus donavit vobis.*

Y como si esto aún le pareciera poco al gran Doctor de las naciones, añade á continuación:—*Pero sobre todo os encargo que tengáis los unos con los otros una entrañable coridad, porque esta virtud es el vínculo de la perfección.*—(Verso 14.) Es decir, es un vínculo perfecto, ya porque ella enlaza y comprende todas las demás virtudes, ya porque une santa y perfectamente á los fieles entre sí y con Dios.

¡Oh, santo Apóstol! ¡Cuán hermosamente predicas! Tú, no sólo quieres que nos ayudemos los hombres en todas nuestras necesidades, sino que lo hagamos *por caridad verdadera*; es decir, no por *filantropía* solamente, como pregonan los impíos modernos. Quieres que nuestras virtudes sean á semejanza de las de Jesucristo, con quien formamos un solo cuerpo místico y cuyo espíritu es el mismo del Padre celestial. Quieres que nos amemos los unos á los otros con amor de *perfecta benevolencia,* amor purísimo, desinteresado, constante, sobrenatural y divino, como fundado en el amor de Dios, en quién y por quién nos prodigamos toda suerte de atenciones y beneficios. Quieres, en una palabra, que realicemos en nosotros aquella unión íntima, celestial y sobrehumana, que el mismo Cristo rogó para nosotros á su eterno Padre, cuando dijo: *Padre, una sola cosa os ruego, y es que éstos que me has dado, sean una solo cosa en nosotros, así como yo lo soy contigo.*

Después de esto, parece que no puede exigírsenos cosa más saludable ni don más precioso, y por eso el Apóstol pasa inmediatamente á indicarnos *los efectos de la caridad, de la mansedumbre y de la paciencia,* ó sea *la paz de Cristo,* en todas sus múltiples é inefables manifestaciones. Oigamos cómo se expresa. Es dulcísimo cuanto sale de sus inspirados labios.

PUNTO 2.º

DE LA PAZ CRISTIANA (1).

Hermanos—dice—*que triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la cual también fuisteis llamados en un cuerpo, y sed agradecidos. (Grati estote.)*

¡LA PAZ DE CRISTO! ¿Qué paz es ésa? El Profeta Isaías, divinamente inspirado, llamó á Cristo, que había de venir, PRÍNCIPE DE LA PAZ (2). El Profeta Miqueas, con idéntica inspiración, añade que el Mesías prometido HABRÍA DE SER LA PAZ. (*Erit iste pax.*) Jesucristo mismo, antes de subir al Padre, habló á sus discípulos, y con ellos á todos los cristianos, diciéndoles: OS DOY MI PAZ. (*Pacem meam de vobis.*) San Pablo, como antes hemos dicho, levanta su voz apostólica en la Epístola de este día, y dice á los Colosenses: *Triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, por medio del cual habéis sido llamados á formar un sólo cuerpo.* (Ver. 15.) Luego, según estos divinos testimonios, Cristo, nuestro Señor, no sólo es Príncipe de la paz y dador de la paz, sino *la paz misma personificada*, y podemos en verdad decir con San Ambrosio: «La paz de Cristo, es CRISTO MISMO; su naturaleza es la paz (3). Y de aquí lógicamente se infiere que cuando el Apóstol dice: *La paz de Cristo triunfe en vuestros corazones,* es como si dijera:—Cristo, nuestro Señor, que es la paz por esencia, triunfe, reine y gobierne en vuestros corazones, ahora por su fe, por su gracia, por su amor, por su ley, por su espíritu, y después, en el cielo, por su gloria.—¡Oh glorioso Apóstol! ¡Cuán profunda y hermosa doctrina nos enseñas!

¡Bendito sea el Señor, Dios nuestro, que así se dignó darnos la verdadera paz por su Hijo unigénito Jesucristo! Este inefable reinado de la paz en el alma de los justos no tiene fin, y así lo enseñan los santos, tomándolo de Isaías (4), en especial San Juan Crisóstomo, quien afirma que dicha paz es de cuatro maneras: 1.ª Jesucrito—dice—nos ha enseñado á someter la carne al espi-

(1) Quien desee doctrinas extensas sobre la paz cristiana, puede consultar nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV, cap. XXXIV y siguientes.

(2) Princeps pacis. (Isa., IX, 6.)

(3) San Ambrosio, *De Jacob.*, en los *Tesoros de Cornelio* á Lápide, título *Paz.*

(4) Multiplicabitur eius imperium, et pacis non erit finis. (Isa., IX, 7.)

ritu, y por este medio la guerra interior cesa en el alma y esta disfruta de paz.—2.ª Jesucristo nos ha reconciliado con su Eterno Padre, y siendo enemigos suyos, nos ha hecho sus amigos muy amados.—3.ª Jesucristo ha unido á todos los hombres, judíos y gentiles, por medio del lazo de la paz.—4.ª Jesucristo concede á los que ha unido de este modo la gracia de perseverar, para que gocen de una perpetua paz. La paz de Jesucristo no tendrá fin. (*Et pacis non erit finis.*)»

Tal es la paz de Cristo, á la cual somos llamados todos los cristianos, y según los sagrados expositores, puede tomarse en dos sentidos: Primero, que la paz de Cristo, ó sea la que Cristo se dignó traernos del cielo, y á la cual nos obliga la unidad del cuerpo de la Iglesia, á que pertenecemos, ha de hallarse siempre triunfante en nuestros corazones; y por consiguiente, siempre que nos veamos afligidos con alguna molestia ó adversidad, ó que ocurra algún motivo de disensión entre nosotros, ha de quedar vencedora en nuestra espíritu, no la ira, no la concupiscencia, no la soberbia, sino la paz cristiana; y la amonestación de la Epístola de hoy hace este sentido: «Ante todo, habéis de buscar la paz, y la habéis de conservar en todas las cosas; ó lo que es lo mismo; la paz de Cristo ha de hallarse siempre triunfante en vosotros, ya sobre vuestras pasiones, ya sobre vuestros intereses, ya sobre vuestra propia comodidad.» (1)

El segundo sentido de las palabras citadas, es como si el Apóstol dijera:—Hermanos, la paz de Cristo ha de presidir siempre en vuestros corazones, á la manera de un justo juez en los certámenes públicos, de tal suerte, que si entre vosotros se suscitare alguna lucha ó competencia, ha de ser resuelta, no por el ímpetu de las pasiones ciegas y desordenadas, sino por el amor y deseo de la paz.

De cualquiera manera, en uno y otro sentido, siempre aparece claro que el cristianismo es la escuela y la profesión de la paz, porque somos llamados á ella *(In qua, vocati estis)*, y porque Cristo nos constituyó como un cuerpo moral para que en todas las ocasiones y en todos los tiempos y modos tengamos entre nosotros verdadera y completa paz. ¿Es posible que haya de haber guerra entre los cristianos?

---

(1) Hic sensus—según Piconio—conformior videtur præcedentibus. *Super omnia autem haec...* Conformior est et Vulgatae nostrae.

* Así pues, la paz de Cristo ha de ser la que domine en las pasiones de nuestro ánimo, la que reine y gobierne en todos los afectos de nuestro corazón, la que nos conserve íntimamente unidos con Dios y con nuestros prójimos, y la que afiance la tranquilidad y el consuelo en lo interior de nuestra alma; porque ya lo dijo en otra parte el mismo San Pablo: *El Reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y alegría en el Espíritu Santo* (1).

He aquí por qué el Apostol añade á continuación: *Y sed agradecidos (Et grati estote.)* Como diciendo: *Acordaos, hermanos, que Cristo es todo en todos vosotros; que os ha elegido entre la muchedumbre de las gentes para que seáis santos y amados suyos; que os quiere revestidos de entrañas de misericordia, benignos, humildes, modestos y pacientes, soportándoos los unos á los otros en vuestros defectos, y que mutuamente os perdonéis vuestras ofensas, así como el Señor os perdonó á vosotros. Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección. Y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, siendo agradecidos al Señor por tan grandes é inefables beneficios.*

---

* Sí, amados míos, es posible, y hay guerra continua, porque existen muchos malos cristianos. ¿De dónde procede esto?—Forzoso es decirlo: procede del *racionalismo*, ó lo que es igual, del *liberalismo*, porque el liberalismo no es más que una nueva fase del racionalismo. El cristianismo es la paz, porque es el reinado de Jesucristo en los corazones de los hombres: el racionalismo es la guerra, porque trabaja por arrojar á Jesucristo del hombre, de la familia y de los Estados y entronizar el reinado de las pasiones en el universo. No es exageración esto que os digo, pues el racionalismo es la rebeldía universal del hombre contra Dios y su Verbo, y esto trae, por consecuencia ineludible, la rebeldía de los apetitos contra la razón y contra toda autoridad; por lo cual el desbordamiento de las muchedumbres indoctas se impone, y la corrupción de las costumbres no tiene límites. La guerra declarada á Jesucristo por el racionalismo ó liberalismo contemporáneo produce, como primer efecto, *la revolución permanente*.

No podemos detenernos en esto, ni es necesario, pues por desdicha nuestra lo están presenciando nuestros ojos. ¿Quién no ve hoy el abismo en que nos encontramos y lo que nos está reservado para lo porvenir, si el Señor no pone aquí su mano bendita y contiene el furor de la impiedad?

---

(1) Non est Regnum Dei esca et potus, sed iustitia, et pax et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

Esto dijo el grande Apóstol, amados míos, y esto os recuerdo yo á vosotros para que entendáis que Cristo es la misma paz, Príncipe de la paz, dador de la paz á nuestros corazones, y que en su testamento, al morir, nos dejó la paz, no como la da el mundo, sino como existe *ab aeterno* en Dios, para que siendo pacíficos en esta vida, gocemos de la paz eterna en la otra. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el Domingo quinto después de la Epifanía.

De la sabiduría y obras cristianas.

Amados hermanos míos: El glorioso Apóstol San Pablo, con un corazón de fuego y una sabiduría toda de Dios, propónese en sus hermosas Epístolas levantar nuestro espíritu de la tierra al cielo, y al efecto nos exhorta ardorosamente ya á unas virtudes, ya á otras, ya á todas, según ve que convienen al edificio espiritual de nuestra alma. Un edificio grande y hermoso no puede construirse sino poco á poco y á fuerza de trabajos, de constancia y de paciencia, y así quiere el santo que nosotros practiquemos las virtudes cristianas, con asiduidad y pureza de intención, sin desmayar jamás en tan gloriosa empresa, porque el mal de muchas almas no está en comenzar, sino en perseverar.

La humildad y la fe, parece decirnos, son el cimiento del edificio espiritual; *la esperanza* su altura, *la caridad* su anchura, y las cuatro virtudes cardinales, *prudencia*, *justicia*, *fortaleza* y *templanza* son los cuatro muros sobre que ha de estribar dicho edificio; siendo *la paciencia* su techo, *los buenos deseos* las ventanas, *la observancia* de los Mandamientos su puerta, y *el temor de Dios* el portero. ¡Qué edificio si se construye bien! El alma será en él la señora; pero tendrá por continuos y soberanos huéspedes al Pa-

dre, al Hijo y al Espíritu Santo, que la enriquecerán y hermosearán con celestiales é inefables dones.

Pues bien; el grande Apóstol, cual hábil arquitecto espiritual, levanta su voz en la Epístola de la presente Dominica y dice así: *Hermanos: La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando de corazón á Dios con gracia. Cualquiera cosa que hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por Él á Dios y Padre.* (Colos., III, 16-17.) Dos cosas, como veis, es preciso declarar aquí:

1.ª Cuál debe ser la ciencia predilecta del cristiano.
2.ª Con qué espíritu hemos de realizar todas nuestras obras.

PUNTO 1.°

DE LA VERDADERA CIENCIA CRISTIANA (1)

En cuanto á lo primero, la ciencia fundamental del cristiano es conocer á Jesucristo tanto como le sea posible, atendidas sus circunstancias y obligaciones materiales, porque el que más le conoce, más le ama, mejor cumple sus Mandamientos, mejor sigue sus consejos evangélicos, más íntimamente se une á Él, y es más santo en su divina presencia. ¿Cómo es posible conocer á Jesucristo y no amarle con todo el corazón? El que no le ama es porque no le conoce. Yo os ruego, amados míos, que sea vuestra ocupación predilecta estudiar y conocer á Cristo nuestro Señor.

El que conoce á Jesucristo y le ama, tiene lo bastante para salvarse, aunque ignore todo lo demás; pero si culpablemente no le conoce, aunque posea todos los conocimientos del mundo, es como si nada supiera en orden á su eterna salud. ¿Qué sabían los Apóstoles? Sólo una cosa: Jesús y Jesús crucificado. *Por mi parte*—dijo el Apóstol á los de Corinto—*no me he preciado entre vosotros de saber otra cosa que á Jesucristo, y éste crucificado por nosotros.* (Cap. II, 2.) Sin embargo, el mismo Jesús llama á sus Apóstoles *luz del mundo* (*Vos estis lux mundi.* Matth., V, 14), cosa que jamás dijo ni aun de los más grandes filósofos del universo.

---

(1) La Doctrina católica sobre la verdadera y falsa ciencia y sobre el don del Espíritu Santo, se halla en nuestra obra *La vida feliz*, tomo I, caps. XXVI y XXVII.

Pues bien; Jesucristo, que es la sabiduría del Padre, sabiduría eterna é infalible, habló á los hombres, y San Pablo, con luz del cielo, nos dice hoy en la Epístola: *Hermanos, la palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda la sabiduría.* (Ver. 16.) Palabras divinas, que son como si el Apóstol dijera:—Hermanos, la Doctrina de Cristo, ó sea su Evangelio, penetre plena y copiosamente en vuestras inteligencias y en vuestros corazones, y resida en vosotros como en su propia morada y os deje completamente llenos de toda sabiduría. *(In omni sapientia.)*

Reparad, hermanos míos, ¡cuán interesante es para nosotros esta advertencia del Apóstol, hoy principalmente que las gentes del mundo no conocen á Jesucristo, ni quieren conocerle, ni atender á su Doctrina, ni penetrar en su Evangelio! ¿Qué es esto? ¿En qué país vivimos? ¿Y nos llamamos cristianos?

Sabemos—dijo el Apóstol San Juan—*que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios, y estemos en su Hijo verdadero, que realmente es verdadero Dios y vida eterna* (1). Sabemos que *la vida eterna para nosotros consiste en conocer á Jesucristo como único y verdadero Dios enviado por el Padre* (2). Sabemos que *es feliz el hombre á quien el Señor haya instruído y amaestrado en su santa Ley* (3). Sabemos que *son vanos todos los hombres en quienes no está la ciencia de Dios* (4). Sabemos que *el Señor es quien da la sabiduría y que de sus labios salen la discreción y la ciencia* (5). Todo esto y mucho más sabemos por el oráculo infalible de las divinas letras, y sin embargo ¡hay cristianos que presumen de sabios y avisados y apenas saben el Catecismo, y tal vez ignoren aun lo que es absolutamente necesario para salvar su ánima! ¡Parece increible! ¡Infelices! ¿Habrá quien juzgue que hay cordura en sus cabezas?

Es más, sabemos también por las santas Escrituras que *los ignorantes (en este punto) morirán en la indigencia del corazón* (6), y que *los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y que de su boca se ha de recibir el conocimiento de la Ley* (7). Y á pesar de esto,

(1) Hic est verus Deus et vita aeterna. (Joan., IV. 20.)

(2) Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. (Joan., XVII, 3.)

(3) Beatus quem tu erudieris, Domine, et de lege tua loqueris eum. (Psalmus, XCIII, 12.)

(4) Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei. (Sap., XIII, 1.)

(5) Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus scientia. (Prov., II, 6.)

(6) Qui in locti sunt, in cordis egestate morientur. (Prov., XX, 21.)

(7) Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus. (Malachiae, II, 7.)

¡dichos hombres huyen del sacerdote, huyen de las instrucciones parroquiales, huyen de la Iglesia cuando entienden que en ella se ha de explicar algún punto de Doctrina cristiana! ¡Creen que todo lo saben! ¡A tal extremo llega la insensatez de tales hombres, á quienes, en verdad, se les pueden aplicar aquellas terribles palabras del Espíritu Santo: *Son raza sin consejo y sin prudencia. ¡Ojalá abriesen los ojos y comprendiesen y previesen el fin!* (1) *.

---

* Hermanos míos carísimos: Es de suma importancia esto que acabo de indicaros, porque una cosa es la Filosofía y las Ciencias naturales, y otra la Teología y la Ciencia de Dios, así como una cosa es la razón y otra la fe. *Hay*—dijo el santo Concilio Vaticano *(De fide cath.*, cap. IV)—*dos órdenes de conocimientos distintos por su principio y por su objeto*. La Filosofía se funda en los principios naturales de la razón; la Teología en la fe sobrenatural, ó sea en el dogma de las verdades reveladas: una y otra ciencia caminan de acuerdo, porque ambas proceden de Dios; pero si la razón se extravía, como es fácil, viene al punto en su auxilio la revelación, y por eso es título glorioso para la Filosofía el ser sirviente de la Teología. Pues bien; puede un hombre ser peritísimo en Ciencias naturales y hallarse ayuno en la Ciencia de Dios, y aun cuando así no fuere, el sacerdote católico tiene recibida de Jesucristo la misión divina de enseñar la Doctrina, y el simple fiel, por instruído que sea, debe escucharla de sus labios. Esto es lo más humilde y lo más perfecto.

Pero ¡oh desdicha! El racionalismo, ó sea el liberalismo, en su satánico empeño de obrar independientemente de Dios, de Cristo y de su Iglesia, huye del sacerdocio y dice: *La Filosofía no puede ni debe someterse á ninguna autoridad. Debe enseñarse la Filosofía sin tener en cuenta para nada la revelación sobrenatural. La ciencia de la Filosofía y de la moral puede y debe ser independiente de la autoridad divina y eclesiástica.* Errores funestísimos señalados en las proposiciones 10, 14 y 57 del *Syllabus*, y que equivalen á decir:—Nosotros, hombres de ciencia, no queremos someter nuestra sabiduría, ni á Dios que revela, ni á Cristo que enseña, ni á la Iglesia que anatematiza. La única fuente de verdad es la razón, y no reconocemos autoridad superior á ella.

¡Qué desdicha! Pero aún no se detiene aquí la insensatez de tales hombres, pues además de declarar independiente á la ciencia humana, la colocan en ademán hostil contra la ciencia divina. Es decir, que la ciencia natural *secularizada* no es sólo ciencia indiferente, es además ciencia *enemiga*; no sólo prescinde de Dios, de su Cristo y de su Iglesia, sino que los declara la guerra y blasfema de ellos. ¡Ved aquí por qué los

---

(1) Gens absque consilio est, et sine prudentia; utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent. (Deu., XXXII, 28-29.)

Mas prosiguiendo en las palabras de nuestra Epístola, dice el Apóstol que una vez llenos los cristianos de la celestial sabiduría *nos hemos de enseñar y amonestar los unos á los otros con cánticos espirituales elevados á Dios de corazón y con gracia.* (Ver. 16.) Quiere decir que ha de rebosar en nuestro pecho la sabiduría cristiana, y nos hemos de alentar y entusiasmar los unos á los otros en el servicio divino, reuniéndonos en los templos para alabar á Dios y darle gloria con cánticos sagrados, no solamente con la voz, sino con el afecto; no sólo con la música, sino con el corazón; no sólo cantando, sino amando (1); y todo esto lo más armoniosa y suavemente posible, para que nuestro corazón sea conmovido con piadoso afecto y con delectación espiritual. *(In gratia cantantes.)* Esto es lo que hace falta en nuestros tiempos para renovar el espíritu, y que Satanás no triunfe de Cristo nuestro Señor.

Así leemos de Santa Cecilia, que llevaba siempre en su pecho el santo Evangelio, y no pasaba noche ni día sin que se ejercitara en divinos coloquios, cantos y oraciones, de tal suerte, que al presenciarlo su esposo Valeriano y su hermano Tiburcio, fueron convertidos al Señor. ¡Ojalá que hoy se estimaran cual merecen las públicas manifestaciones del culto católico, obradoras de tantas y tan maravillosas conversiones!

Finalmente, el insigne Doctor termina la Epístola con otra amonestación esencialísima, enseñándonos el modo de hacer todas nuestras obras, á saber: *Que todo lo hemos de hacer para gloria de Dios.*

---

falsos doctores huyen de nuestros templos y escarnecen nuestros dogmas, y desprecian á los sacerdotes católicos llamándolos obscurantistas! Bueno es que el pueblo fiel sepa y entienda bien estas cosas para que vea en dónde estamos y adónde nos quieren precipitar. Si las personas sensatas supieran esto, ¿cómo es posible que no tuvieran odio sempiterno á toda especie de liberalismo?

(1) Non vox, sed votum; non chordula musica, sed cor;
Non cantans, sed amans, cantat in aure Dei.
(San Agust., en *Cornelio á Lapide.*)

PUNTO 2.º

QUE TODO LO HEMOS DE HACER PARA LA GLORIA DE DIOS

No es posible encarecer debidamente la importancia de este medio. Sentemos por base las palabras del Apóstol; dice así: *Cualquiera cosa que hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por Él á Dios y Padre.* (Ver. 17.) ¡Qué advertencia! ¡Parece increíble la santidad que encierra y el caudal de méritos que nos proporciona! Esta es, en suma, la vida sobrenatural de los buenos cristianos.

Dice que *todo lo hemos de hacer en nombre de Cristo, y dando por Él gracias á Dios Padre.* Es decir, que todas nuestras acciones, ya sean internas ó externas, ya palabras ú obras, las hemos de encaminar á la gloria de Dios, invocando el nombre de Cristo, tomándole como nuestro ayudador, y dando por su mediación gracias á Dios. Por Cristo y por causa de los merecimientos de Cristo, recibimos del Señor todos los bienes, y nada más congruente y debido que por el mismo Cristo le demos rendidas gracias.

Ya se comprende que esto no lo hemos de estar pensando y repitiendo en cada una de nuestras acciones, porque eso sería imposible; y por consiguiente, basta para cumplir con el precepto del Apóstol, que habitual ó virtualmente refiramos todas nuestras obras buenas á Dios. «Dicho precepto—dice el Doctor Angélico,—parece quedar cumplido siempre que nuestras obras sean tales, que puedan ceder en gloria del Señor, pero es consejo muy bueno, y pertenece á la perfección de la caridad, el que todas y cada una de nuestras obras las refiramos á la gloria divina.

Es indecible lo que aprovecha esta hermosa práctica, y conviene que, especialmente al principio de nuestras obras principales, nos acostumbremos á referirlas á la gloria de Cristo, pues adquirido el hábito de hacerlo, no se olvida, ni cuesta trabajo, y por este medio tan sencillo, todas nuestras acciones buenas, y aun las indiferentes llevan razón de virtud y de mérito.

Da compasión ver cómo se descuidan en este punto muchos cristianos, quienes, siendo, por otra parte, buenos, llevan á cabo grandes obras, con no pequeños trabajos, pero sin mérito alguno, porque las realizan solamente por motivos y fines naturales; por ejemplo, para atender á las necesidades de la presente vida. Abran,

pues, los ojos del espíritu; acostúmbrense á referir á la gloria y alabanza de Dios todo cuanto hagan, piensen y quieran, y en breve tiempo adquirirán grandes riquezas espirituales y la bendición del Señor, sin perder en nada el lucro terreno. He aquí por qué el glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola llevaba siempre en sus labios y puso por lema á su egregia Compañía estas hermosas palabras: *Todo á la mayor gloria de Dios.* Y de igual modo, con espíritu divino, dijo el Apóstol á los de Corinto (I, X, 31): *Hacedlo todo para la gloria del Señor. (Omnia in gloriam Dei facite.)* Y hoy lo repite en nuestra Epístola diciendo: *Cualquiera cosa que hagáis, sea en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por Él á Dios nuestro Padre.*

Mucho debemos fijarnos en esta doctrina, porque obrando sobrenaturalmente al modo dicho, todas nuestras obras buenas y aun las de suyo indiferentes, serán otras tantas alabanzas á Dios, y semillero fecundo de virtudes y de méritos; razón suficiente para que en la práctica hagamos todas las cosas *por Cristo, con Cristo y en Cristo.* Esto es: *por Cristo,* como mediador y Pontífice nuestro. *Con Cristo,* como cabeza nuestra, á la cual nos hallamos moralmente unidos. *En Cristo,* obrando con su mismo espíritu, y por sus mismos motivos é intenciones; que por algo hubo de exclamar el Apóstol: *Habéis de sentir en vuestro corazón lo mismo que Jesús siente en el suyo* (1).

En suma, amados míos; cuando San Pablo en la Epístola de hoy nos dice expresamente: *Hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo,* es como si dijera: «Cristianos, es preciso que ofrezcáis á Dios un sacrificio perpetuo de vuestras palabras y de vuestras acciones por Jesucristo, á quien sólo pertenece presentarlas, y hacer que sean agradables á Dios su Padre; ordenad todas las cosas á su gloria; regladlas todas según sus máximas, de manera que, no tanto sean acciones y palabras vuestras, cuanto del mismo Jesucristo.» Así se expresa Santo Tomás, y así lo hemos de considerar nosotros.

Todo el negocio en este punto se reduce á poner en práctica la Doctrina católica sobre *la recta y pura intención,* la cual, más que virtud, es el principio, el fin, la hermosura y el ornamento de todas las virtudes. Hay en este ejercicio tres grados: 1.° Cuando obramos lo bueno por temor de la pena eterna.—2.° Cuando nos impulsa á hacer el bien la esperanza del premio.—3.° Cuando en

(1) Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu (Philip. II, 5.)

nuestras obras buenas servimos á Dios únicamente por su bondad, por contemplarle tan hermoso, ó sea buscando tan sólo su gloria divina. Lo primero es bueno, lo segundo mejor, lo tercero óptimo. A esto último debemos aspirar nosotros, y esto es lo que el Apóstol nos encarga cuando dice: *Hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Hacedlo todo para gloria de Dios. (Omnia in gloriam Dei facite* (1).

Tal es, en resumen, la verdadera ciencia del cristiano, y el modo práctico de realizar sus obras para que sean agradables á Dios, sobrenaturales, meritorias y divinas. No olvidemos que la principal ciencia del hombre es conocer á Jesucristo y á su Doctrina evangélica; y la verdadera sabiduría obrar según dicha Doctrina, encaminándolo todo á la mayor gloria de Dios y al cumplimiento de su divino querer. El que asi pensare y obrare, bien puede estar seguro que tendrá paz verdadera en esta vida y gozo cumplido en la eterna. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo sexto después de la Epifanía

De las virtudes y sus cualidades

HERMANOS MÍOS AMADÍSIMOS: No sin especial designio nos propone hoy la Iglesia nuestra Madre una de las más bellas instrucciones de San Pablo. En el dia de la Epifanía nos dió á conocer el misterio consolador de nuestra vocación al cristianismo; en los cinco domingos siguientes nos ha hablado de los indispensables deberes que tenemos que cumplir para ser buenos cristianos, y hoy, que es el sexto y último, nos

(1) La práctica de esta virtud se encuentra en nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV caps. II al VII.

exhorta á perseverar en la fe y demás virtudes cristianas. He aquí el texto literal de la Epístola:

Hermanos, siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria vuestra en nuestras oraciones sin cesar; acordándonos delante de Dios y nuestro Padre, de la obra de vuestra fe, y del trabajo y caridad, y de la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. (I Tessal. I, 2 á 6.)

Dos cosas, como se ve, declara aquí el glorioso Apóstol: primera, su hermosa práctica de unir continuamente la acción de gracias á la oración de ruegos; segunda, las tres condiciones propias de las tres virtudes teologales. Por consiguiente, dos serán las consideraciones que haremos hoy:

1.ª Sobre la oración y acción de gracias.
2.ª Sobre las cualidades de nuestras virtudes.

PUNTO 1.º

QUE EN TODO HEMOS DE ORAR Y DAR GRACIAS Á DIOS.

No encuentro, amados míos, mejor principio para esta exhortación, que tomar en mis labios las palabras mismas de San Pablo al comenzar nuestra Epístola. Dice así: *Hermanos, siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria vuestra en nuestras oraciones, sin cesar.* (Ver. 2.) Sí; yo también doy gracias á Dios por los innumerables beneficios que de El habéis recibido; le doy gracias además, porque mostrarse agradecidos es un excelente medio para obtener en adelante nuevos favores; le doy gracias en nombre vuestro y mío, porque todos formamos en el Señor un cuerpo moral y porque de Dios procede todo bien, tanto en el orden corporal como en el espiritual. Juntamente os llevo siempre en la memoria en mis oraciones, porque así lo exige mi propio cargo y el amor que os tengo, siguiendo el ejemplo del Apóstol, que en la Epístola de hoy nos enseña á unir de continuo la oración á la acción de gracias. Oración para implorar misericordia en todas nuestras miserias; acción de gracias continuas, porque continuamente estamos como inundados de los beneficios de Dios. *(Gratias agimus Deo semper.)*

Propiamente hablando, la acción de gracias es una de las formas de la oración, y nada más propio que una y otra cosa vayan siempre unidas. ¿Qué es oración?—*Es elevar la mente á Dios, es*

rogarle que nos conceda lo qne nos conviene; es alabarle por sus infinitas perfecciones, ya con el pensamiento, ya con la palabra, ya con las obras.

Y claro es que este precioso ejercicio nos es á todos en gran manera necesario. ¿Qué cosa más necesaria que el hombre eleve su corazón al Dios que le crió, y que le está siempre conservando la vida? ¿Qué cosa más necesaria que, viéndonos miserables é impotentes para todo, roguemos al Señor que todo lo puede, y que sabe y quiere darnos cuanto necesitemos? ¿Qué cosa más necesaria que alabar al Ser infinitamente perfecto y darle continuas gracias por los incesantes beneficios que nos prodiga? He aquí por qué en nuestra Epístola comienza el Apóstol diciendo: *Gracias á Dios damos siempre... en nuestras oraciones sin cesar. (Gratias agimùs Deo semper... sine intermissione.)*

Verdaderamente, amados míos, la oración á Dios es para nosotros de todo punto necesaria. Necesaria para evitar las grandes miserias que ocurren en las tentaciones, pues ya nos dijo Jesucristo: *Velad y orad á fin de que no entréis en tentación* (1).

Necesaria, porque *la vida del hombre sobre la tierra* es verdara milicia; porque la lucha contra los espíritus malignos es continua y porque *hay cierta especie de demonios que no se vencen sino con la oración y el ayuno* (2). Cese la oración cuando cese la necesidad; es decir, nunca.

Necesaria, para salir del triste estado de la culpa, pues podemos caer contra la voluntad de Dios, pero no podemos levantarnos sin el concurso de Dios.

Necesaria, para obtener la gracia, pues siendo gracia no es debida, y hay que negociarla con el Señor en virtud de nuestras súplicas.

Necesaria, para realizar toda obra buena, porque de nuestra parte somos insuficientes, y únicamente Dios nos faculta para ello. Y es necesario orar sin interrupción, porque sin interrupción estamos necesitados, y ya nos lo advierte el Apóstol, diciéndonos: *Orad incesantemente. (Sine intermissione orate).* Y no sólo el Apóstol, sino también nuestro Señor Jesucristo, por estas palabras: *Es menester orad siempre y no cansarse nunca* (3).

Pero, Señor—dirá tal vez alguno,—¿cómo es posible que este

(1) Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem. (Matth., XXVI, 41.)

(2) Hoc genus daemoniorum non ejicitur, nisi per orationem, et jejunium. (Matth. XVII, 20.)

(3) Oportet semper orare, et non deficere. (Luc., XVIII, 1.)

mos siempre haciendo oración? El hombre ha de ocuparse también en otros asuntos, porque tiene cuerpo y le es preciso atender á sus necesidades. Además, orar siempre es imposible, porque el espíritu se fatiga en la oración y sucumbiría á tal tarea.—Verdaderamente, así sería si el ejercicio de la oración fuera siempre *actual*; mas ¿quién no sabe que se puede orar *mentalmente* y *virtualmente*. ¿Qué cosa más fácil que levantar la mente á Dios en todas nuestras acciones? Si esto no se hace en todos y cada uno de nuestros actos, ¿quién impide que se haga en los más principales, con intención y deseo de que persevere hasta que voluntariamente se retracte? Un hijo de familia todo lo que gana es para sus padres; esto ya se sabe; esa es su intención, y no hay necesidad de que siempre lo esté repitiendo para que así sea, y de igual manera acontece en la oración.

Por otra parte; si alabar á Dios es oración, y á Dios se le alaba, no sólo con palabras, sino también con obras, ¿será exagerado decir que quien hace todas sus obras, según Dios, está siempre orando? *Siempre bien ora quien siempre bien obra*, dicen los sagrados intérpretes de las divinas letras (1), y San Ambrosio afirma que *el justo ora siempre*, pues aun cuando su espíritu no esté estrictamente en oración, sus obras buenas interceden y sustituyen á la oración de palabras y sentimientos. «Aun durmiendo —añade—las obras del justo brillan ante Dios é interceden para con Él en el cielo.» (2).

Es más; hasta el pecador que se halla en mal estado ora siempre desde el momento en que desea con ardor romper sus cadenas y salir del pecado, pues sus oraciones actuales perseveran después virtualmente encaminando sus obras á obtener del Señor la gracia de la conversión.

Por consiguiente, amados míos, si al despertar y levantaros por la mañana, ofrecéis á Dios vuestro primer pensamiento y las obras de todo el día, procurando que sean buenas, aquel día será una continua oración para vosotros. Si vais al trabajo y comenzáis ofreciéndole á Dios, para cumplir su divina voluntad, todo el tiempo que dicho trabajo dure es una hermosa oración. Si al tomar vuestro alimento corporal, ofrecéis á Dios este acto, como nece-

(1) Semper orat, qui semper secundum Deum operatur. (Beda, in *Sentent.*)—Semper orat, qui semper bene agit. (*De orat.* San Basil.)

(2) Justus semper orat; quia, quando mens ab oratione vacat, ipsa opera intercedunt. Imo, quando dormit, opera ejus in conspectu Dei refulgent; et ipsa sunt intercessores apud Deum. (San Ambros., Serm. 86.)

sario para el sustento de la vida y porque Dios así lo quiere, haréis una buena obra y todas vuestras comidas serán otras tantas oraciones. Si tomáis un útil recreo, y os acostumbráis á referirlo á Dios como cosa necesaria para recobrar las fuerzas perdidas y tornar de nuevo á vuestras ocupaciones habituales, no es posible negar que tales recreaciones son verdadera oración. Si llegada la noche os retiráis al descanso, según costumbre, pero con ánimo de cumplir en ello la ordenación divina, sin duda alguna que vuestro descanso y vuestro sueño será una especie de oración á Dios.

Así, pues, carísimos hermanos, hemos de orar por la mañana al levantarnos, para pasar santamente el día; hemos de orar al principio y al fin de cada acción principal, para que ellas queden santificadas; hemos de orar en las tentaciones, en los peligros, en las enfermedades, y especialmente cuando se trate de elegir un estado de vida; hemos de orar por la noche, para que Dios nos conserve y bendiga durante el sueño; hemos de orar antes y después de las comidas ordinarias, y en familia; antes para denotar que recibimos de Dios el alimento y queremos tomarle por su amor; y después para dar gracias al Señor por tan señalado beneficio; hemos de orar en todo tiempo, desde la niñez hasta la decrepitud, y en todos los lugares, mayormente en el templo y en las oraciones públicas; pero, sobre todo, hemos de orar cuando entendamos, ó se nos avise de que llegará pronto la hora suprema de nuestra muerte.

He aquí, en breves palabras, lo que enseña y amonesta á los cristianos la Iglesia nuestra Madre; he aquí lo que han practicado siempre los santos y lo que actualmente practican las almas buenas; he aquí la mente del Apóstol, cuando en la Epístola de hoy dice á los tesalonicenses: *Hermanos, siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria vuestra en nuestras incesantes oraciones.*

* Pero sigamos declarando las palabras que San Pablo es-

---

* Pero ¡oh dolor! que esta doctrina tan bella, tan necesaria y tan consoladora, intentan destruirla los herejes racionalistas ó liberales de nuestros tiempos.—¿Por qué—dicen—hemos de estar continuamente invocando á un Dios que no vemos? Para el fin *natural* de la vida bastan nuestras fuerzas, y en cuanto al *sobrenatural*, nosotros le desechamos; luego no es preciso estar siempre clamando á Dios, como dicen los católicos.

¡Bendito sea el Señor, que sufre en paciencia á tanto hereje!—¡Oh

cribe á continuación, pues en ellas nos muestra el motivo de sus acciones de gracias á Dios y su continuo recuerdo de los tesalonicenses en la presencia divina.

PUNTO 2.º

CUALIDADES DE LAS TRES VIRTUDES TEOLOGALES.

Dice así el Apóstol: *Nos acordamos, hermanos, delante de Dios nuestro Padre, de la obra de vuestra fe, y del trabajo y caridad, y de la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.* (Ver. 3.) Que es como si dijera:—Incesantemente nos acordamos en la presencia divina de las obras de vuestra fe, de los trabajos de vuestra caridad y de vuestra grande paciencia, por la esperanza que tenéis en Cristo nuestro Señor.

Mucho se detienen los sagrados expositores en la inteligencia de estas palabras bíblicas, pues en ellas descubren no sólo *la fe verdadera, la esperanva firme y la caridad ardiente*, que Cristo nuestro Señor había, gratuitamente y por su gracia divina, infundido en los corazones de los tesalonicenses, sino también las tres principales cualidades de dichas tres virtudes, á saber: la fe *operatriz*, la caridad *laboriosa*, y la esperanza *paciente*; porque ni la fe sin obras, ni la caridad sin acción, ni la esperanza sin paciencia, pueden ser aptas para obtener el Reino de los cielos. Y como á nosotros nos interesa examinar y comprender si nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad reúnen las referidas condiciones, por eso no será ocioso detenernos aquí un momento.

---

hombres!—podría argüírseles. Aun suponiendo, como vosotros decís, que vuestro destino sea sólo *un fin natural*, vuestra misma razón os está mostrando que existe un Dios, autor de la naturaleza y de todos los bienes que en ella existen para vuestro uso, comodidad y regalo, á quien es muy justo que *deis gracias;* y puesto que la conservación de esos bienes no está en vuestra mano, sino que depende de la voluntad libérrima del Dios de la naturaleza, es razonable que invoquéis sus auxilios y que esperéis recibirlos para obtener *vuestro fin natural* y que le *alabéis* por los beneficios que os prodiga. Luego á los individuos, á las familias, á los Estados, á todos en común y á cada uno en particular, les obliga *por la misma fuerza de la razón*, hacer oración á Dios, alabarle y darle gracias; esto aun sólo para conseguir puramente *su fin natural.* Y como quiera que el hombre tiene además un fin sobrenatural, es evidente, que le urge alabar á Dios, darle gracias y pedirle beneficios.

Fe operativa.—La fe divina es cierto don de Dios y cierta luz con la cual el hombre asiente con firmeza á todas las verdades que Dios ha revelado y que propone á nuestra creencia por su Iglesia, ya sean verdades escritas, ó ya no no lo sean. Pero esta fe se divide en *viva* y en *muerta:* viva si va acompañada de caridad y buenas obras; muerta, si no se unen á ella las obras de la caridad. Así como la vida animal se conoce por el movimiento, así también la fe se distingue por la operación. El cristiano que tiene fe y no obra con ella, es como un soldado de cartón, que apunta y no da.

Llámanse obras de la fe, las que nacen de la misma fe y la perfeccionan y comprueban, y son las siguientes:

Creer con el corazón.

Confesar la fe con la palabra.

Confirmarla con la obra.

Derramar la sangre propia por la fe, si fuere necesario.

Esforzarse en dilatar dicha fe, cuanto sea posible.

Combatir á los herejes y demás enemigos de ella.

Ésta es la fe verdadera, la fe viva, la fe que el Apóstol alababa en los tesalonicenses, y ésta es la fe que debemos tener nosotros, no olvidando nunca que *la fe sin obras es fe muerta*, y *que sin fe viva es imposible agradar á Dios*, porque *el justo vive de la fe y el que no cree en el Hijo Unigénito de Dios ya está juzgado. (Jam judicatus est.)* (1).

Esperanza paciente.—Ahora bien: uno de los efectos principales de la fe, es levantar en el corazón humano una *firme esperanza* en Dios. Con la virtud de la fe, que radica en el entendimiento del hombre, conocemos el Bien infinito, que es Dios, y le conocemos como un bien nuestro, en cuya posesión consiste nuestra eterna beatitud; y de este conocimiento nace en nuestra voluntad el deseo de gozar de Él, y en pos del deseo surge la *esperanza* de conseguirlo, pues aunque sabemos por la misma fe, que de nosotros nada somos, nada valemos y nada podemos, sin embargo, sabemos también que con la ayuda de Dios, que nunca falta, lo podemos todo, y esto hace que nuestra esperanza sea cierta, racional y bien fundada.

La esperanza, pues, no es otra cosa que un don divino sobreañadido al de la fe, ó sea *un hábito sobrenatural*, infundido por

(1) Sine fide imposibile est placere Deo. (Hebr., XI, 6).—Fides sine operibus mortua est. (Jacob., XX, 26).—Justus ex fide vivit. (Abac., II, 4).—Qui non credit, jam judicatus est. (Joann., VIII, 24).

Dios en nuestros corazones, con el cual nuestra voluntad se mueve y eleva sobre todas las fuerzas naturales, para esperar, con el auxilio y la gracia divina, y también mediante nuestras buenas obras, procedentes de la misma gracia, la eterna beatitud. Ó más breve: *Es una expectación cierta de la futura gloria, proveniente de la gracia de Dios y de nuestros méritos precedentes.* ¡Qué hermosa es nuestra fe y qué consoladora nuestra esperanza! ¡Ánimo, cristianos, que el cielo es nuestro!

Nuestra esperanza decimos que es *cierta*, porque ciertamente esperamos de Dios los auxilios necesarios para alcanzar dicha beatitud eterna. ¿Cómo es posible que Dios, bondad infinita, nos mande aspirar á una dicha, que no está en nuestra mano alcanzarla sin su ayuda, y que al mismo tiempo se niegue á ayudarnos? Esto no es siquiera imaginable, y por lo mismo cabe decir que la consecución de la eterna bienaventuranza está en nuestra mano, en nuestra correspondencia á la gracia de Dios, en el buen uso de nuestro libre albedrío, y en conformar nuestra voluntad con la divina, ó sea, en cumplir sus divinos Mandamientos con perseverancia, hasta el fin.

Claro es, que para esto es preciso que nuestro ánimo se halle dispuesto á obrar todo lo penoso, y á sufrir todo lo adverso, antes que ofender á Dios; esto es, antes que apartarse de su divino querer; y como para ello es menester mortificarse y violentarse uno y otro día y siempre, he aquí por qué nuestra esperanza ha de ser *paciente* y *constante*, á imitación de los tesalonicenses, quienes soportaron toda suerte de penalidades por la esperanza del premio eterno. No sin razón los elogió el grande Apóstol cuando en la Epístola de hoy les dijo: *Nos acordamos, hermanos, de vuestra grande paciencia, por la esperanza que tenéis en Cristo nuestro Señor.*

Caridad laboriosa.—Por último, nuestra caridad ha de ser *laboriosa*, porque la caridad es amor, y el que ama tiende por necesidad á su unión con el amado. El amado de nuestro corazón es Dios, y ¿cómo nos hemos de unir con Dios sin trabajo y violencia?

Por otra parte, el amante procura, en cuanto en sí es, el bien del amado; y ¿qué trabajo no requiere buscar en todo la gloria de Dios, y destruir, en nosotros y en los demás, sus mayores enemigos, que son los pecados, y satisfacer por ellos, castigando nuestra voluntad, nuestros sentidos y nuestras concupiscencias, como autores de tan grandes males, dignísimos de toda pena?

Si la caridad perfecta entraña en su esencia el amor al prójimo por Dios, y el procurarle todo bien, como á nosotros mismos, ¿qué labor no requiere esta virtud habiendo tantos prójimos en gran manera necesitados?

La caridad, pues, ha de ser *laboriosa*; y como los tesalonicenses trabajaron caritativamente, no sólo para aplacar la sedición concitada contra San Pablo, sino para extender y conservar la fe de Cristo, y para ayudar á los fieles necesitados con sus propias facultades, he aquí por qué el Apóstol no escasea los elogios, sino que lleno de santo celo y amor ardentísimo les dice: *Hermanos, siempre damos gracias á Dios por vosotros, recordándoos en nuestras oraciones sin cesar*, POR LA OBRA DE VUESTRA FE, POR LA PACIENCIA DE VUESTRA ESPERANZA, Y POR EL TRABAJO DE VUESTRA CARIDAD.

En resumen; la fe debe ser *operatriz*, no inerte y ociosa; porque así como sin fe son inútiles las obras; así sin las obras es inútil la fe; pues en el primer caso todo se quedaría en el orden meramente natural, y en el segundo sería fe muerta.

La esperanza nace de la fe y participa de su certeza, pero también participa de sus obras, y *es paciente* en ellas, porque todo lo sufre y persevera en sufrir, aguardando en recompensa el premio eterno.

Por último, la caridad es *laboriosa*, según aquello de San Juan: *Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.—Esta es la caridad de Dios, que guardemos sus Mandamientos* (1).

Todo esto hicieron los tesalonicenses en grado heroico, y por eso San Pablo les escribió diciéndoles: *Hermanos, siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria vuestra en nuestras incesantes oraciones.*

He aquí, amados míos, lo que nos propone hoy la Iglesia como modelo de imitación. Hagamos oración continua; demos gracias á Dios en todas las cosas; obremos con fe firme, con esperanza paciente, con caridad laboriosa y después vivamos confiados en la infinita misericordia de Dios, que nos dará ciento por uno y eterno galardón en la gloria. Amén.

---

(1) Haec est charitas Dei, ut mandata illius custodiamus. (1 Joann., V, 3.)—Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate. (I Joann., III, 18.)

HOMILIA 2.ª

Para el domingo sexto después de la Epifanía.

Sobre la vida práctica cristiana.

AMADOS hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo elogiado á los tesalonicenses diciéndoles que daba gracias á Dios sin cesar porque sabía las obrasde su fe, la paciencia de su esperanza y las maravillas de su caridad, pasa á exhortarles para que perseveren en dichas virtudes y sufran con regocijo, de tal suerte, que continúen siendo modelos para los fieles de Macedonia y de Achaya. Díceles de esta manera: *Sabemos, hermanos carísimos, que vuestra elección es de Dios, por cuanto nuestro Evangelio no fué á vosotros solamente en palabra, sino también en virtud, y en Espíritu Santo, y en grande plenitud, como sabéis cuáles fuimos entre vosotros por bien vuestro. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo. De modo que os habéis hecho modelo á todos los que han creído en Macedonia y en Achaya. Porque por vosotros fué divulgada la palabra del Señor, no sólo en la Macedonia y en la Achaya, sino que se propagó por todas partes la fe que tenéis en Dios, de manera que nosotros no tenemos necesidad de decir cosa alguna; porque ellos mismos publican cuál entrada tuvimos á vosotros, y cómo os convertistes de los ídolos á Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar de los cielos á su Hijo Jesús (á quien resucitó de los muertos), el que nos libró de la ira que ha de venir.* (Thessal., I, 4 á 10.)

Tales son literalmente las palabras del Apóstol en la Epístola de hoy, y sirviéndome de ellas pretendo en esta breve instrucción mostraros dos cosas:

1.ª De qué modo hemos de padecer los cristianos.
2.ª Las tres cosas necesarias para la perfecta conversión.

PUNTO 1.º

DE CÓMO SE HA DE PADECER POR CRISTO

Comienza el glorioso San Pablo diciendo á los tesalonicenses *que son muy amados de Dios, y que sabe cuál haya sido su elección.* Como diciéndoles:—Tengo un conocimiento claro, no por la fe, no por una demostración cierta, no por una evidencia física, sino por las obras de vuestra fe, de vuestra constancia, de vuestra paciencia y caridad, que sois elegidos del Señor para ser amigos suyos, para su gracia, y si perseveráis en ella, también para la fruición de su gloria. Esto lo prueba el que habéis recibido el Evangelio, no por mi simple palabra, sino en virtud de muchos milagros, y del Espíritu Santo, que os ha colmado de sus inefables carismas.

Pues bien—añade el Apóstol;—yo me regocijo en ello, porque vosotros, cooperando á la gracia del Señor, *habéis sido hechos imitadores no sólo de mí, sino lo que es mucho más, de Cristo nuestro Señor, recibiendo la palabra evangélica con gozo del Espíritu Santo, aun en medio de muchas tribulaciones. (Tribulatione multa, cum gaudio Spiritu sancti)* (1).

Detengámonos aquí un momento, amados míos, porque este punto es de sumo interés práctico para todo buen cristiano. Cosa es por demás sabida que Dios ejercita á sus servidores y amigos con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria. *Mortifica y vivifica*; hiere para corregir y y corrige para sanar. Estos son los caminitos de Dios, y preciso es convenir que lo hace con altísima sabiduría y con misericordia inefable, según aquellas palabras del Señor en el Apocalipsis: *Á aquellos á quienes amo, reprendo y castigo* (2).

Es más, aun á los mismos justos envía el Señor pruebas y trabajos, ora para acrecentar sus méritos, ora para conservarlos en humildad, ora para que se unan á Él orando y suplicando, ora para purificarlos como el oro en el crisol, ora para mayor ostentación de su gloria, como aconteció en la muerte de Lázaro, en los tormentos de los mártires, en las persecuciones de los Apóstoles,

(1) Sobre las muchas y grandes tribulaciones de los tesalonicenses por causa del Evangelio, y la constante alegría que en ello mostraron, haciéndose en ello imitadores de San Pablo y de otros Apóstoles (Ibant Apostoli gaudentes a conspectu Concilii...), puede leerse el cap. XVII, de los *Hechos de los Apóstoles.*

(2) Ego, quos amo, arguo et castigo. (Apoc., III, 19.)

y de un modo especial en los trabajos que tuvieron que soportar los tesalonicenses. Nadie, pues, se ha de extrañar de que aun á las personas buenas alcancen las aguas de la tribulación, porque la llave del cielo es la punta de la Cruz. Sin prueba ni tentación, no hay combate; sin combate, no hay victoria, y sin victoria no hay corona ni cielo. El grano arrojado en la tierra necesita morir y soportar la lluvia, y el granizo, y el hielo para convertirse en espigas en la primavera; por eso está escrito: *Por muchas tribulaciones conviene entrar en el Reino de los cielos.*

Tal fué el camino del Apóstol, tal fué la vida de nuestro Señor Jesucristo, y tal la de los fieles tesalonicenses, como se lee en nuestra Epístola; y he aquí la razón porque San Pablo les dijo lleno de gozo: (No han sido inútiles mis desvelos por vosotros), pues *os habéis hecho imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra* (divina) *con mucha tribulación y con gozo del Espíritu Santo.* (Ver. 6.) Es decir, con aquel regocijo, que es don peculiar del Espíritu Santo.

Hermosa conducta, carísimos hermanos, digna de ser imitada por todos fieles de Cristo, y que nos enseña á todos cómo hemos de soportar las tribulaciones de esta vida. «Formamos—dijo San Bernardo (Serm. 1.°, in cap. *Jejunii*)—un cuerpo moral con Cristo nuestro Señor; y ¿qué cosa más congruente que los miembros nos conformemos con nuestra cabeza, que es Jesús? Si de Jesús recibimos los bienes, ¿por qué no hemos de soportar por Jesús y con Jesús los males? ¿Queremos participar de sus alegrías y no tomar parte en sus tristezas? Esto no lleva camino, y quien tal pretenda prueba bien en ello que no es cristiano seguidor de Cristo.

»En cuanto á mí—añade el Santo—sírveme de grande regocijo el unirme íntimamente á ti, ¡oh mi cabeza gloriosa y bendita! y te seguiré donde quiera que fueres, aunque sea por el fuego de la tribulación. Tú padeces por mí, y yo debo padecer por ti.»

Verdaderamente, así debe ser; sufrir con alegría por Cristo, ya por la fe, ya por el bien de los prójimos, ya por nuestra propia santificación, ya por extender la gloria del divino nombre por todo el universo. Nada hay más admirable que gozarse en la tribulación, porque nada hay más contrario á la naturaleza. Suelen las gentes del mundo en sus aflicciones llorar, quejarse, murmurar y desesperarse; mas en los cristianos no es así, pues aunque sufra la naturaleza, el Espíritu Santo, que es superior á ella, y que por las tribulaciones cristianamente soportadas ha prometido bienes celestiales y eternos, hace que el hombre, deseando para

sí dichos bienes, se goce en los padecimientos, tanto más cuanto más intenso sea el padecer.

¡Oh milagros de la gracia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son para aquellos hombres que no tienen fe, ó que la tienen semimuerta! Sufrimiento en lo corporal, gozo en lo espiritual. Este es el misterio, esto es lo que nos enseñó Cristo con su ejemplo, esto es lo que realizó en sí mismo San Pablo, y esto es lo que alabó en sus discípulos los Tesalonicenses, diciéndoles: *Os habéis hecho imitadores míos y de Cristo nuestro Señor, soportando las tribulaciones con gozo, y sirviendo de modelo á los demás fieles.*

¡Prodigio asombroso! Los tesalonicenses, recién convertidos, pasaron repentinamente de discípulos á maestros; no sólo oyeron y creyeron el Evangelio, sino que con su fe, con su paciencia, con su constancia y con la fama de sus virtudes, ó sea con su piadosa y santa vida, hicieron que la nueva Doctrina de Jesucristo fuera creída, amada y practicada por multitud de gentes en la Macedonia y en la Achaya.

Avergoncémonos, pues, nosotros, cristianos antiguos, que después de tan inmensos favores recibidos de Cristo, y de tan ilustres mártires que nos han precedido, apenas si sufrimos las tribulaciones con paciencia, estando muy lejos de recibirlas con alegría.

Procuremos todos, cuando nos hallemos en aflicción, recurrir al Espíritu Santo, que es Espíritu consolador y Espíritu de fortaleza; roguémosle que esté con nosotros, que nos ayude y que nos refrigere en el tiempo de la tribulación, pues padecer con el Espíritu Santo, es padecer á ejemplo de Cristo nuestro Señor, con grande virtud y con grande mérito. *No hay mayor gloria para un cristiano, que padecer por Cristo y á ejemplo del mismo Cristo.* Esto es lo primero que hoy nos enseña San Pablo. Pasemos á lo segundo.

PUNTO 2.°

DE TRES COSAS NECESARIAS PARA LA PERFECTA CONVERSIÓN

Los mismos á quienes habéis convertido—prosigue el Apóstol—*publican cómo os convertisteis de los ídolos á Dios para servir al Dios vivo y verdadero y para esperar de los cielos á su Hijo Jesús (á quien resucitó de los muertos), el que nos libró de la ira que ha de venir.* (Vers. 9 y 10.)

Tres cosas declara aquí San Pablo en elogio de los tesalonicenses, que son de todo punto necesarias para una perfecta conversión: primera, *dejar de adorar á los ídolos*; segunda, *dar culto al Dios verdadero*; tercera, *esperar en Jesucristo*. ¿Reunimos nosotros estas tres cualidades? ¿Nos hallamos perfectamente convertidos? Considerémoslo un momento, no sea que suframos engaño. ¡Cuántos cristianos hay que se consideran buenos y son en realidad malos!

Primera condición: DEJAR LOS ÍDOLOS.—Lo primero que exige la conversión verdadera es desechar los ídolos que adora nuestro corazón. No se trata aquí solamente de los idolos de oro, plata ó madera, ó sea de los dioses falsos, sino de aquellas cosas terrenas que adoramos con afán, cuales son las riquezas, los placeres y los honores, y que por desdicha anteponemos muchas veces al Dios vivo y verdadero. Somos ciertamente idólatras aunque no nos tengamos por tales.

No puede darse conversión verdadera, á no ser destruyendo por completo esta especie de idolatría, porque ninguno es perfecto cristiano sin que antes renuncie á las vanas pompas del mundo, á los placeres ilícitos de la carne y á las concupiscencias desordenadas, pues todo esto hay que sacrificarlo en obsequio del Dios único verdadero. Para convertirse es preciso renunciar al pecado y dejarlo en realidad. La muerte nos separa de todo lo terreno; la conversión, que es la muerte del pecado, debe también separarnos del mismo pecado.

A la manera que Jesucristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre—dice el grande Apóstol,—*así también nosotros debemos andar con vida nueva* (1). Es decir, sin pecado, y esto es convertirse. El que esto no haga le parecerá tal vez que está convertido, pero se equivoca, y su conversión es falsa.

Jesucristo—dijo el mismo Apóstol—*ha muerto por todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. Si alguno está en Jesucristo, ya es una criatura nueva; lo viejo que había en él* (esto es, el pecado) *ha desaparecido, y todo viene á ser nuevo, pues que todo ha sido renovado* (2). Esto es convertirse verdaderamente, dejar el ídolo del

(1) Ut quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitae ambulemus. (Rom., VI, 4.)

(2) Pro omnibus mortuus est Christus; ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. Si qua ergo in Christo nova creatura, vetera transierunt: Ecce facta sunt omnia. (II. Cor. V, 15-17.)

pecado y que todo sea nuevo, *corazones, voces* y *obras* (1). Esto es lo que repite San Pablo en multitud de lugares, y esto lo que nos dice el Profeta Ezequiel, por estas palabras: *Arrojad lejos de vosotros todas las prevaricaciones, con que os habéis manchado, y formará un corazón nuevo y un espíritu nuevo* (2). Lo primero, pues, es dejar los ídolos á que da culto nuestro corazón *.

Condición segunda: DAR CULTO AL DIOS VERDADERO.—Mas téngase presente que para la conversión perfecta no basta *dejar lo malo,* sino que es además preciso *practicar lo bueno*, es preciso practicar las virtudes, es preciso servir á Dios, y alabarle y adorarle, pues el mandato de nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio es este: *Al Señor Dios tuyo adorarás y no servirás más que á Él* (3).

Idéntica enseñanza encontramos en San Pablo, pues escribiendo á los colosenses les dijo: *Así como habéis recibido á Cristo nuestro Señor, andad en él, arraigados y sobreedificados en él, y fortificados en la fe, tal como os ha sido enseñada, y abunde cada día más en vosotros con acciones de gracias.* (Colos., II, 6-7.) Todo esto, como veis, exige obras, exige práctica de virtudes, exige emplearse en el servicio divino.

---

* Pero ¡oh desdicha de nuestros tiempos! Hay, muchos hombres que, extraviados por los errores *naturalistas*, tienen por buenos los ídolos de sus pasiones, y no hay medio humano para que los dejen, — Nosotros —dicen—no aceptamos la autoridad divina de la Iglesia, ni nos guiamos por la moral evangélica de Jesucristo; bástanos nuestra razón natural, que es la fuente única de nuestra moralidad.—*La ciencia de las costumbres puede y debe ser independiente de toda autoridad divina y eclesiástica. (Syllab.*, prop. 57.) La luz sola de la razón nos enseña claramente cuáles son las virtudes y cuáles los pecados; por consiguiente, nos basta la moral *filosófica*, no hace falta la *teológica;* lo cual es como si dijeran: Queremos la *moral sin Cristo* y nada más. ¡Infelices! Han llegado á imaginarse que *la moral debe ser independiente de toda idea de Dios,* y que ninguna de sus acciones debe estar sometida á la sanción divina. Cuidad mucho, amados míos, de no caer en tan pernicioso error, pues se halla expresamente condenado en las proposiciones 56 y 57 del *Syllabus*.

---

(1) Nova sint omnia, corda, voces et opera. (Sto. Tom. *Hymn. in Fest. Corp. Christi.*)

(2) Projicite a vobis omnes praevaricationes vestras, in quibus praevaricati estis; et facite vobis cor novum et spiritum novum. (Ezech., XVIII, 31.)

(3) Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies. (Matth., IV, 10.) — Omnis spiritus laudet Dominum. (Psalm. CL, 6)

Si Jesucristo es *camino* (esto es, el camino del cielo), es necesario que caminemos por él todos los días de nuestra vida. El que se aparta del camino se pierde. *(In ipso ambulate.)*

Si Jesucristo es *raíz*, forzoso es que estemos y permanezcamos adheridos á ella para recibir la savia divina, que es la vida de nuestro espíritu. Lo que el árbol sin raíces, eso es el alma sin Cristo. *(Radicati in ipso.)*

Si Jesucristo es *cimiento*, claro es que en él y sobre él debemos edificar nuestra conversión. Un cristiano que no esté fundado en Cristo, es como una casa sin cimiento, que al menor ímpetu del aire viene al suelo. *(Superaedificati in ipso.)*

No basta, pues, *dejar los pecados*; es preciso *practicar las virtudes* y tratar de crecer en ellas, dando por todo gracias á Dios, pues el corazón agradecido es como tierra buena, en la cual se multiplican las gracias divinas.

En una palabra; no conocer á Dios, es morir; conocerle, es vivir; desprecirle, es perecer; servirle, es reinar. Cuanto más servimos á Dios con fidelidad, exactitud y amor, más nos enriquece y colma de bienes; hasta por egoísmo propio nos interesa servirle con todo nuestro corazón. ¡Bienaventurado el hombre que se emplea en servir á Dios toda su vida!

Condición tercera: ESPERAR EN JESUCRISTO.—Por último, la tercera condición para que el cristiano se halle perfectamente convertido es que espere en Jesucristo como nuestro único Redentor y Salvador, que así como murió por darnos vida, así nos librará de toda pena, y nos llevará, después de purificados, á las eternas mansiones de la gloria. *(Qui eripuit nos ab ira ventura.)*

He aquí, amados míos, cómo la Epístola de hoy nos enseña á *padecer alegremente por Cristo, y á perseverar en su amor*, no haciendo nada malo, practicando lo bueno y esperando confiadamente en Cristo nuestro Señor, quien por su misericordia infinita nos ha de perdonar todos nuestros pecados y la pena eterna por ellos merecida, reservándonos para después de la muerte una gloria sin fin. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Septuagésima.

De la vida cristiana.

Amados hermanos míos: Grande es la enseñanza que hoy me propongo declararos, pues el Apóstol San Pablo en la Epístola de este día nos hace un admirable compendio de toda la vida cristiana. Dice así: *Hermanos, ¿no sabéis que los que corren en el estadio, todos en verdad corren, mas uno sólo lleva la joya? Corred de tal manera que la alcancéis. Aquel qne ha de lidiar, de todo se abstiene; y aquéllos ciertamente por recibir una corona corruptible; mas nosotros incorruptible. Por mi parte corro, no como á cosa incierta, y lidio, no como quien da golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre; porque no acontezca que habiendo predicado á otros, me haga yo mismo réprobo.* (I Cor., IX, 24 al 27.)

¡Qué doctrina tan saludable nos declara aquí el Apóstol, si queremos entenderla! Si él, que fué vaso de elección escogido por Dios y que enseñó á tantos *haciéndose todo para todos, para salvarlos á todos*, temió después de haber predicado, ¿qué haremos nosotros, que no somos Pablos, y que tal vez llevemos una vida cómoda, abundante de placeres y escasa de mortificaciones? ¿Cuál es nuestro espíritu y cuál es nuestra vida? ¿Cómo corremos y batallamos para obtener el premio de la eterna bienaventuranza? Esto es, amados míos, lo que ahora vamos á considerar, y al efecto, siguiendo el espíritu y la letra de nuestra Epístola, intento mostraros dos cosas:

1.ª Que la vida cristiana es un combate.
2.ª El modo de obtener la victoria.

PUNTO 1.°

DE CÓMO LA VIDA CRISTIANA ES UN COMBATE

No hay en el mundo felicidad mayor que una vida enteramente cristiana, pero tampoco hay vida que exija más vigilancia, ni más mortificación, ni más combate. Si queremos ser verdaderos cristianos, luchar es preciso; porque cuanto más nos dediquemos al negocio de nuestra salvación, con mayor impetuosidad se arrojarán contra nosotros los enemigos de nuestra alma.

El mundo, con sus pompas y vanidades, con sus seducciones y respetos humanos, con sus egoísmos é injusticias es un continuo adversario de nuestro espíritu, que presenta á cada paso ruda y peligrosa batalla, tanto más insistente cuanto mejor quiera ser el hombre. Jamás cesa la persecución del mundo contra los cristianos buenos y piadosos. Ya lo predijo nuestro Señor Jesucristo: *Sereis*,—dice,—*odiados por todas las gentes á causa de mi nombre* (1). *Si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido á mí primero. El siervo no es más que el Señor... Seréis oprimidos en el mundo* (2).

El demonio por otra parte, tiene por oficio tentar á los hombres, en especial á los buenos; pues allí donde ve riquezas espirituales, allí dirige su ejército y sus armas con más bravura. Esto se halla confirmado con la autoridad de San Juan Crisóstomo; dice así el santo: «No son los buques vacíos los que temen á los piratas, sino los que están cargados de oro, de plata y de piedras preciosas; de semejante manera el demonio no atormenta fácilmente al pecador, sino más bien al justo, en quien se hallan grandes riquezas, ó sea virtudes y méritos». (Homil. IV, in *Isai.*)

He aquí por qué el Espíritu Santo advierte á las almas fieles que se preparen contra los ataques de los espíritus malignos. *Hijo mío*,—dice,—*cuando quieras servir á Dios, permanece en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación* (3).

La concupiscencia, finalmente, es un tercer enemigo insidioso, interior, casero, y tanto más temible, cuanto más nos halaga y menos podemos despedirle. Y aunque es verdad, como dijo el Após-

(1) Odio eritis omnibus gentibus propter nomen meum. (Matth., XXIV, 9.)
(2) In mundo pressuram habebitis. (Joan., XV, 18-20, y XVI, 33.)
(3) Fili, accedens ad servitutem Dei, sta injustitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem. (Ecclias.· II, 1.)

tol, que *Dios es fiel, y no permitirá que seamos tentados más de lo que puedan superar nuestras fuerzas* (1), sin embargo, también lo es que hasta el mismo San Pablo se veía afligido, y decía: *¡Oh infeliz de mi! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (2).

Si á esto se agrega que Satanás, cuando acomete, ya sea sólo, ó ya con todas sus legiones, y ve que no puede triunfar, llama en su auxilio á los demonios encarnados de este mundo, ó sea á los escandalosos y corruptores, y además á las tres concupiscencias de que habla San Juan, (I, II, 16), calcúlese como será posible que el hombre pueda mantenerse en pie, sin empuñar las armas de Jesucristo y combatir firme y denodadamente.

El combate, pues, es preciso, y no un día, ni veinte, ni ciento, sino siempre, mientras dure nuestra vida, porque siempre hay enemigos, y siempre hay que pelear contra ellos, y correr á la manera de los atletas en el estadio, si no queremos ser vencidos y perder el premio.

He aquí, en substancia, lo que nos dice el Apóstol en la Epístola de hoy por las siguientes palabras: *Hermanos, ¿no sabéis que los que corren en el estadio, todos en verdad corren, mas uno sólo lleva el premio? Corred de tal manera que le alcancéis.* (Ver. 24.) Es decir, que si queremos obtener el premio de la vida eterna, es de necesidad correr en la pelea contra los enemigos del alma, no floja y remisamente, no con intermitencias ni desmayos, sino con insistencia y energía de espíritu; porque no todos los que corren alcanzan el premio; únicamente le obtendrán los que corran de buena ley saliendo vencedores. (*Sic currite ut comprehendatis.*)

Notad bien, cómo exponen los santos Padres esta frase del Apóstol. Las palabras: SIC CURRITE (*corred así*) denotan la rectitud, la diligencia, la celeridad y la perseverancia en el correr, como lo hacían los atletas en el estadio para ganar el premio. ¿Podrán ganar el cielo los tibios y perezosos? ¿Podrán ganarle los cobardes que no osan mirar de frente al enemigo?

SIC CURRITE *(corred así)* es como si dijera:—Corran los años de vuestra existencia de tal suerte que hagáis siempre lo bueno practicando las virtudes cristianas, en especial la caridad y la perseverancia en ella, para que recibáis la corona de la vida eterna. *El que no ama permanece en la muerte.* (*Qui non diligit manet in morti.*)

---

(1) Fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis. (I Corint. X, 13.)

(2) Infelix ego homo, ¿quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom. VII, 24.)

SIC CURRITE *(corred así)* equivale á decir:—Lleve el cristiano en la carrera de su vida el mismo camino que Cristo nuestro Señor, siguiendo sus pisadas, obrando con su espíritu, é imitándole lo mejor posible.

Cristo, autor del hombre y del mundo, cuando habitó y conversó con los hombres, ¿por ventura permaneció inactivo? ¿No leemos en las sagradas Escrituras que *pasó haciendo bien y sanando á todos?* «Pasó—dijo San Bernardo—no infructuosamente, no remisa, no perezosa, no lentamente, sino á la manera que fué escrito de él: *Se levantó como gigante para correr su camino* (1). Así—dice el Apóstol—se ha de correr. (*Sic currite ut comprehendatis.*)» Veamos, pues, la manera práctica de correr para alcanzar el premio.

PUNTO 2.°

MODO DE OBTENER LA CORONA DEL CIELO

Aquel que ha de combatir —continúa el Apóstol—*de todo se abstiene; aquéllos* (los atletas) *por recibir una corona corruptible; mas nosotros incorruptible.* (Ver. 25.) Quiere decir, que así como los que corren en el estadio para alcanzar el premio, se despojan de todas aquellas cosas que pueden disminuir la velocidad de la carrera, así también los cristianos para conseguir la victoria sobre sus pasiones y el galardón de la bienaventuranza, han de despojarse de todo cuanto favorezca al desorden de dichas pasiones, ó se oponga á la práctica de las virtudes.

¿Qué hacen los que tienen que correr? Se abstienen de todo alimento innecesario y de todo vestido embarazoso; y he aquí cabalmente lo que ha de procurar el cristiano; huya de la gula y de la embriaguez, huya del inmoderado ornato y coste en los vestidos, huya de la molicie y afeminación en sus costumbres, huya de todo lo que enerve el espíritu y le haga inepto para correr por los caminos de la santidad y perfección cristianas. ¡Cuántos hay que intentan subir á la cumbre de la gloria por el camino de los placeres! ¿Cuándo abrirán los ojos de la inteligencia y comprenderán que eso es imposible? ¡Oh hombres! ¡Cuán ciegos camináis!

Si en esta vida es preciso luchar contra las vanidades del mundo, contra los deleites desordenados de los sentidos, y contra

(1) **Exultavit ut gigas ad currendam viam. (Psalm. XVIII, 6.)**

el demonio de las codicias y ambiciones humanas, ¿qué cosa más necesaria que abstenerse del lujo, de los placeres de la mesa, y de la soberbia del corazón? Si los atletas que han de combatir, de todo se abstienen *(ab omnibus se abstinent)*, por una corona temporal y corruptible, ¿cuánto más habremos de abstenernos nosotros, soldados de Cristo, por una corona eterna de inefables delicias?

Si la vida regalada y las costumbres licenciosas ensoberbecen la carne para que se rebele contra el espíritu, ¿qué cosa más congruente y necesaria que robustecer el espíritu con la mortificación corporal para que se debilite la carne y quede sumisa? Esto es lo que á continuación nos enseña el Apóstol, poniéndose por ejemplo en la Epístola de hoy. Dice así: *Por mi parte corro, no como á cosa incierta, y combato, no como quien da golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, porque no acontezca que habiendo predicado á otros, me haga yo mismo réprobo.* (Vers. 26 y 27.) Es decir, no sea que por mi conducta sea desechado de Dios y excluído del cielo; no sea que enseñando yo á otros á vencer, sea yo vencido. Lo que enseño de palabra, eso muestro con la obra; no precisamente para que los hombres vean que hago lo que enseño, sino porque sé que es precisa la mortificación corporal para que venza la espiritual y que si esto no hiciere seré vencido y reprobado del mismo Dios. ¡Cuánto deben tener esto presente los hombres que desechan la mortificación del cuerpo como cosa innecesaria é inútil!

Sic curro: así corro, á la manera de los atletas en el estadio, que aspiran á obtener el premio; no me aparto de mi propósito, corriendo de aquí para allí, como quien no tiene objeto determinado, sino que corro recta y velozmente con todo mi corazón hasta llegar á la meta, donde me aguarda la corona prometida por Dios á los que corren bien por su amor.

Sic pugno: así peleo, según la palestra del Evangelio; no azotando inútilmente al aire; no obrando sin consideración, sino con golpes ciertos y acomodados para humillar y vencer al enemigo. ¿Quién es dicho enemigo?—Mi propio cuerpo, y por eso *le castigo*, le debilito y le cargo de trabajos, de hambre, de sed y de otras incomodidades, hasta reducirle á servidumbre, hasta que obedezca á la razón. (*In servitutem redigo.*)

Sic curro, sic pugno.—Así corro y peleo, privando á mi cuerpo á veces hasta de las cosas necesarias para que no se levante á mayores; y así ¡oh fieles de Corinto! deseo y quiero que peleéis y corráis conmigo recta, diligente y perseverantemente; quiero y

deseo que os abstengáis como yo, y que no os dejéis llevar de los apetitos, de la gula y de los deleites, sino que seáis temperantes y neguéis á vuestros cuerpos, no sólo lo superflo, sino aun algo de lo necesario. Este es el modo de pelear los cristianos para que seáis dueños de vuestras pasiones y os estén sujetas.

De esta manera habló el grande Apóstol, y según expone San Crisóstomo, fué como decir: «Hermanos, estoy soportando mucho trabajo para vivir sobriamente. Es cierto que las pasiones dan voces y se muestran exigentes, pero las reprimo y no me dejo arrastrar de ellas. A fuerza de trabajos comprimo mis afectos, y con la gracia someto á la naturaleza; y digo esto para que ninguno de vosotros desmayé en la pelea. Notad bien que castigo á mi cuerpo, no para destruirle, como á enemigo, sino para reducirle á servidumbre como esclavo. Mande mi razón y calle la pasión; porque de lo contrario temo no sea que después de haber predidicado á otros, sea yo digno de reprobación. (*Ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar.*)»

Pues bien; si esto dice de sí el Apóstol, si así teme siendo tan grande santo, tan gran maestro y tan gran predicador del Evangelio, ¿qué habremos de pensar nosotros y qué habremos de temer siendo más débiles que la fragil caña? *

---

* ¿Y qué diremos de aquellos infelices hombres mundanos que tienen aborrecimiento á todo lo que sea mortificación del cuerpo y represión de los sentidos?

¿Qué diremos de aquellos que erigen en sistema la deificación de las pasiones desordenadas, y que trabajan por extender y fortalecer el imperio de los corrompidos instintos de la carne?

¿Qué diremos de aquellos que, blasfemando de Dios, divinizan su razón, y su cuerpo, y sus groseros apetitos, y tienen por virtud la satisfacción ignominiosa de las más innundas y vergonzas concupiscencias?

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánta iniquidad y demencia hay en el mundo! ¿Es posible que el hombre, criado á imágen y semejanza de Dios, haya descendido voluntariamente al nivel de las bestias irracionales y se haya hecho peor que ellas?

Sí, amados míos, y este es el fruto propio del *racionalismo* contemporáneo. Á esto caminan, y á esto tienden los racionalistas, por más que parezca inverosímil. San Pablo decía: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* Y se daba á sí mismo la constestación, diciendo: *La gracia de Dios por Jesucristo.* (Rom., VII, 24-25.) Mas los racionalistas, ebrios de placeres, dicen:—Es preciso destruir cuanto antes en las almas el reinado de la gracia; es preciso popularizar el vicio en las muchedumbres,

Escrito está, amados mios, que *el Reino de los cielos padece fuerza, y que sólo por violencia puede arrebatarse.* Escrito está que *por muchas tribulaciones hemos de entrar en el Reino de Dios* (1). Pero también está escrito que *si Dios está por nosotros, ¿quién podrá triunfar de nosotros?—Todo lo puedo en Aquel que me conforta—* dijo el Apóstol, y eso mismo hemos de decir nosotros (2).

No lo dudemos, amados mios; Dios nos asiste en lo fuerte del combate. Él, que permite la tentación; El, que nos manda pelear y superarla; Él, que nos da la voluntad para combatir; Él mismo nos da la fuerza para vencer, y todos podemos decir con el Salmista: *Dios es mi luz y mi salvación, ¿á quién he de temer? Dios es el protector de mi vida, ¿quién me hará temblar?* (3). En suma; un gran combate en las tentaciones proporciona una gran gloria, no gloria humana y pasajera, sino gloria divina y eterna. Amén.

---

y que le respiren por los cinco sentidos; es preciso quitar el temor de Dios de los corazones de los hombres, para de esta manera herir en lo más íntimo á la Iglesia católica.—Y ved aquí por qué se favorece la corrupción y la inmoralidad por todos los medios imaginables. Por esto gozan de protección los teatros, los Casinos, los cafés, las tabernas, las estampas pornográficas y todas las instituciones corruptoras. Por eso se da libertad á la prensa impía y obscena, y por eso se trata de cohibir y de exterminar todo cuando directa ó indirectamente tienda á llevar á los corazones al amor y adoración á Cristo nuestro Señor. En una palabra: es el reinado de Lucifer en contra del reinado de Jesucristo. Así nos encontramos. ¿Quién vencerá?

---

(1) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (Matth., XI, 12).—Per multas tribulationes oportet nos introire in Regnum Dei. (Act., XIV, 21.)

(2) Si Deus pro nobis, quis contra nos? (Rom., VIII, 31).—Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip., IV, 3.)

(3) Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitae meae, a quo trepidabo? (Psalm. XXVI, 1.)

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Septuagésima.

Del santo temor de Dios.

CARÍSIMOS hermanos: Después que el Apóstol San Pablo hubo mostrado á los fieles de Corinto que la vida del cristiano es un verdadero y continuo combate, en el cual no se puede vencer sin una constante mortificación interna y externa, ó sea del cuerpo y del espíritu, poniéndose á sí mismo por ejemplo y lleno de temor, no sea que después de haber predicado á otros fuese él reprobado, da un paso más y procura infundir su propio temor en el corazón de los fieles para que ninguno ose vivir descuidado. He aquí sus mismas palabras:

No quiero, hermanos, que ignoréis, que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en la mar; y todos comieron una misma vianda espiritual, y todos bebieron una misma bebida espiritual; (porque bebían de una piedra espiritual, que les iba siguiendo; y la piedra era Cristo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó. (I Cor., X, 1 á 6.)

Hasta aquí el santo Apóstol, y en verdad causa espanto considerar las verdades que en las citadas palabras expone, como enseñanza nuestra, para que, á pesar de los inauditos favores con que Dios nos ha enriquecido, temblemos ante la idea de serle ingratos, y de no agradarle con nuestra vida y costumbres. ¡Quiera el Señor infundir en nuestros corazones un temor santo de ofenderle, á semejanza del que poseía San Pablo, y para ello bueno será que en la Epístola de hoy estudiemos dos cosas:

1.ª Que es necesario vivir con temor de Dios.
2.ª Las causas de nuestro temor.

PUNTO 1.°

NATURALEZA Y NECESIDAD DEL TEMOR DE DIOS

Ante todo, conviene saber que el temor de Dios *es una virtud, por la cual el hombre teme ofender al Señor*, y á ella exhortó el anciano Tobías á su hijo, diciéndole: *Hijo mío, lleva siempre á Dios en tu memoria y cuida mucho de no consentir jamás en ningún pecado, olvidando los preceptos del Señor Dios nuestro.* (Tob., IV, 6.) ¡Qué advertencia, amados míos, y cuánto quisiera yo que se quedara profundamente grabada en vuestros corazones! El que conoce á Dios, y le lleva en su memoria, y considera sus bondades, y piensa en su justicia ¿cómo es posible que le ofenda?

Lo primero en nosotros es *conocer cuán enorme es la gravedad de una ofensa divina*, y esto se puede colegir de que, para borrarla, fué precisa la Sangre y la Muerte del Hijo de Dios. Mirar al Crucifijo; esa es buena lección.

En segundo lugar, nos interesa *expiar con una penitencia y satisfación condigna, los pecados de nuestra vida pasada.* «Establézcase el hombre—dijo San Agustín—un tribunal dentro de sí mismo, y constituído el juicio en su propio corazón, sea el acusador la memoria, el testigo la conciencia, y el verdugo el temor.» (Lib. IV, Homil., 50.) Juzguémonos para no ser juzgados.

Después, formemos *un propósito firme de no ofender más á Dios, ni aún en cosa levísima*, porque, *quien teme á Dios, nada descuida.* (Eccles., VII, 19.) El que desprecia el pecado venial, cae de ordinario en el mortal.

Finalmente, *hagamos todas nuestras obras en la presencia divina, con grande diligencia y cuidado*, como encargó Josafat á los jueces que nombró, diciendo: *Haya en vosotros temor de Dios y hacedlo todo con diligencia* (1).

He aquí, en breve sumario, lo que nos interesa hacer, pues como dijo el Apóstol en la Epístola de hoy: *Nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube... y muchos de ellos no agradaron á Dios.* (Ver. 1.) Que fué tanto como decirles:—«¡Oh, fieles de Corinto! Es preciso que todos los cristianos vivamos con un santo temor de Dios, y peleando contra nuestras pasiones, mortificándonos en cuerpo y en espíritu, no sea que, por nuestra demasiada confianza,

---

(1) **Sit timor Domini vobiscum, et cum diligentia cuncta facite. (II Paral., XIX, 7.)**

ó por descuido y negligencia, nos hagamos indignos del cielo, ó seamos reprobados por nuestras culpas. Acordaos que nuestros padres, los israelitas, todos ellos caminaron bajo aquella nube misteriosa del desierto, ó sea bajo aquella benéfica columna que les guiaba de día y los iluminaba de noche; todos pasaron el mar Rojo milagrosamente, todos se alimentaron con el maná del cielo, todos refrigeraron su sed con el agua portentosa que brotó de la piedra y, sin embargo, no todos agradaron á Dios. ¡Cuánto hay que temer siempre por nuestra propia fragilidad!

De igual manera, nosotros, todos, hemos sido redimidos con la Sangre preciosísima de Jesucristo, todos tenemos una fe, una esperanza y una caridad; todos tenemos el mismo Bautismo, la misma ley, la misma Iglesia, los mismos Sacramentos, todos somos ayudados con la gracia de Cristo, iluminados por el mismo Espíritu Santo, enseñados, custodiados y dirigidos por la misma Iglesia, y alimentados con el mismo Pan eucarístico; todos tenemos ó podemos tener vida propia en el Corazón de Jesús, todos podemos ser salvos por sus merecimientos, todos recibimos los auxilios necesarios para ello, á todos se nos ha prometido el cielo... y esto, no obstante, no todos complacemos al Señor con nuestra vida y costumbres. ¿Por qué? Porque muchos *pierden el temor de Dios*, y son cristianos de perspectiva, ó como dicen, cristianos del Credo y transgresores de los Mandamientos.

Esto es lo que el Apóstol nos significa en la Epístola de este día, y de aquí todos podemos aprender cuán necesario es á nuestro espíritu el hallarse enriquecido con *el santo temor de Dios*. No se puede dudar, cristianos; el temor de Dios nos es de todo punto necesario. Así lo declaran las santas Escrituras, así lo predican los santos Padres, y así lo enseña la común experiencia. Brevísimo seré en esta prueba, porque nada hay más sabido entre los fieles de Cristo.

Temed al Señor y guardad sus Mandamientos—dijo el Eclesiastés,—*porque en eso estriba todo el hombre* (1). *Con temor y temblor habéis de conseguir vuestra salvación*—añade San Pablo (2). Y es mucho de notar que el Santo Apóstol no dijo solamente *con temor*, sino además *con temblor*, que es el efecto de un temor más vehemente. Y así lo debió experimentar en sí mismo cuando dijo:

---

(1) Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eccles., XII, 13.)
(2) Cum metu et tremore salutem vestram operamini. (Philip., II, 12.)

Castigo mi cuerpo hasta reducirlo á servidumbre, no sea que habiendo predicado á otros, yo mismo sea reprobado.

En cuanto á los santos Padres, nada hay más claro ni más repetido. «He aprendido con certidumbre—exclama San Bernardo—que nada hay más eficaz para merecer, conservar y recobrar la gracia, que la humildad y el temor de Dios (1). Sin el temor de Dios, que es la primera de las gracias y el principio de toda la Religión, ningún bien puede nacer ni crecer» (en nuestro espíritu) (2).

Y si esto no fuere bastante, oigamos á San Jerónimo, que dice así: «El que sea más santo y más sabio, ése ha de temer siempre más; porque hallándose más alto, al caer recibe mayor golpe. Las personas buenas y santas constituyen el manjar predilecto del diablo, porque las que son malas, ya las tiene por suyas y no cuida de ellas. Cayó el sabio Salomón; cayó su padre, el santo Rey David, elegido según el corazón de Dios; por lo mismo, temed, hermanos míos, una y otra vez os lo ruego, temed, porque *es bienaventurado el varón que teme á Dios*» (3).

Y como de igual forma se expresan los demás santos y doctores de la Iglesia, lógico es concluir cuán útil es considerar que podemos caer, porque considerándolo temeremos, temiendo andaremos vigilantes, con la vigilancia no pecaremos y seremos salvos. Con razón, pues, se lee en los libros sagrados que *no hay cosa mejor que el temor de Dios, ni más dulce que atender á los Mandamientos del Señor* (4) *.

---

* Esto es, carísimos hermanos, lo que nos enseña á todos la razón ilustrada por la fe; mas he aquí que los impíos de nuestros tiempos lo entienden de otra manera, y dicen:—*Fuera de temores religiosos; la conciencia es esencialmente libre é independiente respecto de todas las religiones. Cada cual es libre de decidir según entendiere en materias religiosas, y puede lícitamente abrazar la religión que prefiera, ó no seguir ninguna, si*

---

(1) In veritate didici nihil aequi efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere. (San Bern., Serm. 54 in *Can.*)

(2) Prima gratia est timor Domini. Sine hac gratia prima gratiarum, quae totius Religionis exordium est, nullum bonum pullulare, vel manare potest. (San Bern. in tr. de *Domi*, *Spirit. Sancti.*)

(3) San Hier. tr. de *Mor. San Eus.*—Beatus vir, qui timet Dominum. (Psalm., CXI 1.)

(4) Nihil melius est, quam timor Dei; et nihil dulcius, quam respicere in mandatis Domini. (Eccles., XXIII, 37.)

Veamos ahora los motivos que nos impulsan á vivir siempre temerosos en el servicio divino, pues no conviene extremar los temores, ni caer en congojas ni en escrúpulos, y mucho menos en desaliento ó desesperación. ¡Somos tan propensos á desviarnos del justo medio!

PUNTO 2.º

DE ALGUNOS MOTIVOS DE TEMOR DE DIOS

No hablemos aquí de los innumerables pecados que hayamos cometido durante nuestra vida, pues aunque es verdad que nadie puede comprender los extravíos del corazón, también lo es que, habiendo el alma hecho buenas confesiones particulares y generales, sin callar pecados por su culpa, Dios es infinitamente misericordioso y todo lo perdona, bastando que, humillados y contritos, digamos al Señor con David: *Dios mío, ¿quién entenderá los pecados? Purificadme de todos los que tengo ocultos sin conocerlos*, *y*

---

ninguna le satisficiere. (Encícl. *Immortale Dei*, 1 Nov. 1885.)—Es decir, que á quien no le agraden los Mandamientos de Dios, puede obrar como quiera, sin temor alguno, y decir:—*Fuera los Mandamientos.*—¡Bendito sea el Señor! ¿Dónde iríamos á parar si se generalizara en el mundo esta impiedad *racionalista*, puesta ya en práctica por el sistema liberal? Este es uno de los principios del liberalismo, para que nadie se llame á engaño.

Es verdad que algunos hombres, llamados *semiliberales*, no van tan lejos, pues aunque afirman que cada hombre es libre de abrazar y seguir la religión que quiera, añaden que, *guiados por la luz de la razón, tienen el deber de seguir la que les parezca ser la verdadera, (Syllab.*, prop. 15.) Mas sea de esto lo que fuere, siempre es cierto que el temor de Dios queda aniquilado y la revelación divina despreciada. Oigan todos, pues, á la augusta Asamblea del Concilio Vaticano. Dice así: *Puesto que el hombre depende todo de Dios como de su Criador y Señor, y que la razón creada está enteramente sujeta á la verdad increada, estamos obligados á rendir con la fe pleno homenaje de entendimiento y voluntad Dios revelador. (De fide cath.*, cap. III.) Es decir, que Dios, como dueño y Señor de todas las inteligencias y voluntades de los hombres, puede mandarles que crean en las verdades sobrenaturales reveladas, y no hay tal independencia en la razón humana; pues nosotros, los cristianos, sabemos por el Evangelio que *el que creyere y fuere bautizado será salvo, y el que no lo creyere se condenará.* (Marc., XVI, 16.)

de los ajenos que otros hayan cometido por mi culpa (1). En este punto hemos de tener grandísima confianza en Dios y acogernos á la grandeza infinita de su misericordia amorosa. Léese en el sagrado libro del Eclesiástico, que aun *del pecado perdonado* (ó que creemos que está perdonado) *no hemos de estar sin temor* (2); pero eso principalmente quiere decir, que aun después de perdonadas nuestras culpas, nos queda ó nos puede quedar el pago de la pena temporal, por cuya razón conviene que andemos temerosos y penitentes ahora, para no pagarlo en el purgatorio luego, y sobre todo, para que después de nuestra muerte no se nos retrase nuestra entrada en el cielo.

Tampoco hablaremos aquí del temor que infunde la incertidumbre del estado de nuestra alma, pues aunque es cierto que *el hombre no sabe con certeza de fe si es digno de amor ó de odio* (3); sin embargo, bien puede conjeturarlo por su norma de vida, y tener grande confianza en Dios llena de alegría, sin que esto excluya cierto sosegado recelo ó temor (4). Aun las almas justas cometen con harta frecuencia muchas faltas ó culpas que no conocen, y por eso no mentimos cuando en el trato común ó en el Padrenuestro nos llamamos pecadores. *(In multis offendimus omnes)* (Jacob, III, 2.) *¿Quién podrá decir, mi corazón es puro y exento estoy de pecado?* (5).

Pues bien; al hablar de los motivos de temor, nos referimos aquí principalmente á que *podemos caer en pecado,* á que no tenemos el don de la impecabilidad, y por eso nos exhorta San Pablo, diciendo: *El que esté en pie, mire y no caiga* (6). «No hay,—dijo San Agustín—pecado alguno cometido por otro hombre, que no podamos cometerle nosotros, si el Señor no nos tiene de su mano.»

Hemos de temer, si somos pecadores, porque nos puede faltar tiempo para recobrar la gracia; si estamos en gracia, porque podemos perderla; si tenemos gran caudal de riquezas espirituales, porque nos las puede robar el ladrón dulce de la vanagloria, ó el secreto orgullo de nuestro corazón.

---

(1) ¿Dilicta quis intelligit? Ab ocultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. (Psalm., XVIII, 13-14.)

(2) De propitiato peccato noli esse sine metu. (Eccles., V, 5.)

(3) Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit. (Eccles., IX, 1.)

(4) Vease lo que sobre este punto nos enseña el santo Concilio de Trento, Sesión IV, IX, y el Canon XIII.

(5) Quis potest dicere: Mundum est cor meum, purus sum a peccato? (Proverbiorum, XX, 9.)

(6) Qui se existimat stare, videat ne cadat. (I Cor. X, 12.)

Hemos de temer por nuestra fragilidad, por nuestra inconstancia, porque tenemos enemigos fuertes, pésimos y astutos, porque ignoramos el momento de la muerte y hasta cómo hemos de morir; y sobre todo, hemos de temer por las se ducciones violentas de cierta pasión, porque las asechanzas de los sentidos son más inevitables, más insidiosas, más traidoras y por lo mismo más temibles que todos los demás peligros; siendo preciso que toda persona, por santa que sea, tiemble, huya, evite y clame al Señor con David diciendo: *Penetrad mi carne, Dios mío, con vuestro santo temor. (Confige timore tuo carnes meas.* (Psalm. CXVIII, 120.)

«Aun las almas perfectas, dijo San Buenaventura (in Psalm. II), han de temer por tres razones: 1.ª Por los pecados ocultos *delicta quis intelligit.*—2.ª Por su insuficiencia para satisfacer por lo pasado (1).—3.ª Por su flaqueza en lo venidero». Y de aquí aquella sentencia de los Proverbios: *Bienaventurado el hombre que siempre está pavoroso* (2) Quiere decir: Bienaventurado el que en todas sus acciones va con el mayor tiento, temiendo hacer alguna cosa que sea ofensa de Dios; y este pavor es el que conserva al alma en gracia y hace muchos santos. (Job. X, 28).

Y téngase en cuenta que dicho temor ha de ser permanente, mientras dure la vida, por santa que sea la persona; pues si hasta el último suspiro de nuestra existencia estamos en batalla, porque no cesan los enemigos, necesario es que los soldados estén vigilantes; es decir, que haya temor de caer. Es más; aun en tiempo de paz ha de haber cierto temor y ciertas precauciones, á la manera que los Reyes y gobernantes de los pueblos, aun cuando no haya guerras, amurallan las ciudades y ponen centinelas.

Por último, es preciso que haya siempre temor en nuestra alma, no sólo por *la necesidad,* sino también por *la utilidad* y *la seguridad.*

La necesidad es palpable, pues escrito está que *quien está sin temor, no podrá ser justificado* (3). Es decir, que sólo el temor de Dios es el que puede contener la inclinación fuerte y violenta que nos arrastra al mal y nos precipita en él.

La utilidad nadie puede ponerla en duda, porque también está escrito: *Temed al Señor, vosotros que sois santos, porque de nada*

(1) Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam... (Romanos, VIII, 18.)

(2) Beatus homo, qui semper est pavidus. (Prov., XXVIII, 14.)

(3) Qui sine timore est, non poterit justificari. (Eccles., I, 28.)

carecen los que le temen. Dios les prodiga su misericordia, los bendice, los guía y los glorifica (1).

¡La seguridad!... ¿Quién no ha leído en los Libros sagrados éstas y otras semejantes locuciones? *Temed al Señor Dios vuestro y Él os librará de vuestros enemigos.—El temor de Dios es un Paraíso de bendición.—Es el manantial de la vida.—Es el principio de la sabiduría.—Es toda la sabiduría.—(Omnis sapientia timor Dei.)* (Eccles., XIX, 18.) (2) Luego todos los bienes que puede desear el hombre, su bienestar, su dicha, su perfección y su fin, se encuentran en el temor de Dios, y por eso dijo el Espíritu Santo: *Teme á Dios y observa sus Mandamientos, porque esto es todo el hombre* (3).

He aquí, en breve resumen, lo que el Apóstol trata de inculcarnos cuando en la Epístola de hoy dijo: *No quiero, hermanos, que ignoréis que vuestros padres estuvieron todos debajo de la nube..., y muchos de ellos no agradaron á Dios.* Es como si dijera: —Reparad cristianos, que los israelitas todos caminaron por el desierto llenos de los beneficios del Señor, y sin embargo, por su ingratitud, sólo dos entraron en la tierra de promisión. Aquello fué figura vuestra; vosotros habéis recibido como cristianos aún mayores dones y misericordias. ¿Cuál es vuestro agradecimiento á Dios? ¿Cuáles son vuestras virtudes? Temblad ante la presencia divina, porque aunque todos sois cristianos, y todos camináis en esta vida bajo la nube benéfica de la providencia del Señor, y todos os alimentáis del Maná eucarístico; no obstante, no todos agradáis á Dios, y el que no le agrade con sus obras y viva descuidadamente, sin temor de la justicia divina, es innegable que no entrará en el Reino de los cielos. Haga el Señor que desde hoy todos llevemos vida irreprensible, y todos consigamos la eterna bienaventuranza.

---

(1) Veánse los textos siguientes:

Timete Dominum omnes sancti ejus, quoniam non est inopia timentibus eum. (Psalm. XXXIII, 10.)

Corroboravit misericordiam suam super timentes. (Psalm. CII, 11.)

Benedixit omnibus qui timent Dominum. (Psalm. CXIII, 12.)

Legem statuit ei in via, quam elegit. (Psalm. XXIV, 13.)

Timentes Dominum glorificat. (Psalm. XIV, 4.)

(2) Prov. XV, 27.—IV Reg., XVII, 39.—Eccles., XL, 28.

(3) Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eccles., XII, 13.)

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Sexagésima.

Del sacerdocio católico.

Hermanos míos amadísimos: La Epístola de este día es propiamente una apología que San Pablo hace de su conducta ante los fieles de Corinto. Había entre estos algunos falsos apóstoles, agentes de Satanás, que procuraban desacreditarle y echar por tierra toda su autoridad y doctrina. Para atajar este mal y que no sufrieran ruina en sus almas los buenos cristianos, juzgó conveniente justificar su conducta á los ojos de los mismos Corintios, y al efecto, entre otras muchas cosas, les escribió lo siguiente: *Carísimos hermanos: Siendo como sois prudentes, sufrís con gusto á los necios. Sufrís á quien os esclaviza, á quien os devora, á quien os arrebata vuestros bienes, á quien se eleva* (sobre vosotros) *á quien os hiere en el rostro. Y puesto que esos falsos doctores tienen la osadía (de alabarse á sí mismos) quiero yo también tenerla, aunque pase plaza de necio, y alabarme á mí mismo, para que entiendan que poseo yo en grado más eminente todas esas buenas cualidades, de que vanamente se glorían* (1). *¿Son hebreos? Yo también.—¿Son israelitas? Yo también.—¿Son linaje de Abrahan? También yo.—¿Son ministros de Cristo? Yo lo soy aún más que ellos. He sufrido muchos trabajos, y más prisiones, é innumerables golpes y malos tratamientos, y repetidas veces, viéndome con frecuencia á punto de morir...* Después de esto, enumera el santo los múltiples trabajos y tormentos que por amor á Cristo y á los fieles había sufrido, y luego con su corazón de fuego, añade: *¿Quién enferma, y yo no duermo?—¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso?* Es decir: ¿Quién cae en pecado, que no sienta yo un dolor

(1) Así San Juan Crisóstomo en la nota del P. Scio.

extremo que me abrasa? *El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito en los siglos, sabe que no engaño* (en todo cuanto he dicho).

Pues bien, amados míos; detengámonos aquí; y puesto que hoy también nos hallamos los sacerdotes frente á frente de falsos apóstoles, obreros de la mentira y agentes de Satanás, como los llama el Apóstol, conveniente es que demos á conocer el sacerdocio católico, los servicios que presta, las penas que pasa y los peligros que corre; pues todos, en más ó menos, estamos hoy en el caso de decir con San Pablo: *Nos gloriamos en las humillaciones y persecuciones que padecemos por Cristo* (Ver. 30.) Dos cosas, pues, declararemos hoy:

1.ª La dignidad y ciencia del sacerdocio.
2.ª La veneración y amor que le son debidos.

PUNTO 1.º

DE LA DIGNIDAD Y CIENCIA DEL SACERDOCIO

«Hermanos míos carísimos—dijo San Pablo en la Epístola de hoy:—Vosotros soportáis de buena gana á los necios. Soportáis que los falsos apóstoles os manden con imperio y os reduzcan á servidumbre; soportáis que os arrebaten vuestros bienes y los gasten á su placer; soportáis que se eleven sobre vosotros con un fausto orgulloso, que os depriman y que os sujeten con cierta odiosa tiranía; soportáis que os hagan el ludibrio de las gentes, ó lo que es lo mismo, que os abofeteen el rostro con ignominia; por lo mismo, yo espero que me habeis de soportar en lo que tengo que deciros, pues siempre ha de ser menos molesto que dichos falsos doctores. Ellos son audaces para propalar mentiras, yo también quiero serlo para enseñar verdades, y que entendáis no soy inferior á ellos, sino muy superior.»

De esta manera, amados míos, se expresaba el Apóstol, padre amantísimo de los fieles de Corinto, y á su semejanza, quiero yo expresarme hoy, Padre, aunque indigno, vuestro, porque conviene sepáis que los ministros del Señor no son menos, ni de menor autoridad y dignidad que los falsos apóstoles y corifeos de la impiedad, que intentan descatolizaros para subyugaros y perderos.

¿Quiénes son ellos? ¿Son hombres inteligentes? También los sacerdotes están dotados de inteligencia y de saber. ¿Son docto-

res en Ciencias? También los sacerdotes. ¿Son de grande dignidad? Mayor es la de los sacerdotes. Considerémoslo un momento.

Los ministros de la Religión católica—ya lo hemos dicho en otra parte—llámanse *sacerdotes*, ya porque son *dote sagrada*, ya porque enseñan verdades sacrosantas, ya porque ejercen ministerios sagrados, ya porque dan á los fieles el Santo de los santos, ya porque los conducen con su doctrina y ejemplos á las santas mansiones de los cielos. *(Sacer dos—Sacrum dans—Sacrum faciens.)*

¡Qué sabiduría! ¡Qué ciencia! ¡Qué dignidad! El temor de Dios es la sabiduría, es la ciencia verdadera, es la ciencia de la conciencia; y ¿quién entre los magnates del mundo y entre los falsos apóstoles de nuestro siglo osará decir que su ciencia y su conciencia y su sabiduría son mejores que las que posee el sacerdocio católico? ¿Tienen, por ventura, mayor temor de Dios, mayor santidad y más pura y delicada conciencia? ¿Es posible que engolfados en los laberintos del mundo, en sus vanidades y pompas, hayan de aventajar en sensatez y en cordura á los ministros del santuario, de quienes principalmente dijo el mismo Jesucristo que son *la luz del mundo y la sal de la tierra?* (1).

Yo soy la luz del mundo—dijo el divino Maestro—*y el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida* (2). ¿Y qué otra cosa son los sacerdotes católicos, sino el reflejo divino de aquella *luz increada y verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo?* (3) Acaso la doctrina que estudia, y enseña, y practica el sacerdocio, ¿no es exactamente la misma que salió de los labios augustos de nuestro Señor Jesucristo? ¿Es su luz menos brillante, y su moral menos pura, y su santidad menos amable, porque las gentes del mundo cierren los ojos y no quieran verla, ó porque su corazón depravado prefiera la moral de Epicuro y el libertinaje de las pasiones? ¡Oh!—dijo Jesucristo á los Apóstoles, y en ellos á todos los sacerdotes.—*Luzca, pues, así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.* (4). He aquí por qué el grande Apóstol dijo á los Efesios y á los Filipenses: *Sois luz en el*

---

(1) Vos estis lux mundi... Vos estis sal terrae (Matth., V, 14 á 16.)

(2) Ego sum lux mundi: qui sequitur me, nom ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae. (Joann., VIII, 12.)

(3) Erat lux vera, quae illuminant omnem hominem venientem in hunc mundun. (Joann., I, 9.)

(4) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est. (Matth., V, 14-16.)

Señor; vivid como hijos de luz... Sed irreprochables y puros, hijos de Dios, sin mancha en medio de una generación depravada y perversa, donde brilláis como luces en el mundo. Y he aquí también por qué el mundo odia al sacerdocio; porque es luz refulgente que hiere la pupila de sus ojos enfermos por los humores fétidos de sus imnundas concupiscencias.

Desengañaos, amados míos; esta es la causa de la persecución al Clero; esta es la causa del odio á la Iglesia católica; esta es la causa de la condenación de muchos. No quieren ver la luz, la aborrecen, la abominan, y ya lo dijo Cristo nuestro Señor, Verdad infalible: *La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz y huye de ella para que sus obras no sean reprendidas* (1). Es decir, que los hombres del mundo han elegido permanecer ciegos en medio de las tinieblas y de sus pasiones, antes que gozar del benéfico influjo de la divina luz, que es Jesucristo, y su doctrina, y su Iglesia y su sacerdocio. ¡Infelices! No saben qué decir y hablan continuamente de la ignoracia y de la abyección del Clero, empobreciéndole cuanto pueden, para haber de envilecerle y extirparle de la sociedad.

¡Empeño vano! Porque siempre habrá Iglesia, siempre habrá sacerdotes, y mal que pese á los hombres corrompidos, siempre brillará en el mundo la dignidad excelsa del sacerdocio en esfera mucho más encumbrada que todas las dignidades de la tierra. Quien dice sacerdote, dice hombre de Dios, hombre de dignidad sobrehumana, más que angélica, pues como dijo el Papa Inocencio III: *El sacerdote ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre; es menor que Dios, pero mayor que los hombres todos* (2). No sin razón hubo de exclamar el glorioso San Francisco de Asís: «Si me hallase delante de un sacerdote y de un ángel, dejaría al ángel é iría al sacerdote, porque consagra el cuerpo de Jesucristo y nos administra el Pan de la vida. (3).

«¡Oh venerable dignidad de los sacerdotes!—exclama San Agustín.—¡Entre sus manos se encarna el Hijo de Dios como en el seno

(1) Hoc est autem judicium: quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem; erunt enim eorum mala opera. Omnis enim, qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus. (Joann., III, 19-20.)

(2) Sacerdos inter Deum et hominem medius constitutus; minor Deo, sed major homine. (Serm. 2.º, in *Consecrat. Pontif.*)

(3) Si hinc occurreret mihi sacerdos, illinc amgelus, relicto angelo, occurrerem ad sacerdotem, quia ipse corpus Cristi consecrat, nobisque panem vitae administrat. San Bonav. in ejus vita.)

de María!» «Su poder—añade San Bernardo—es semejante al de las tres divinas Personas; porque en la transubstanciación del pan se necesita un poder tan grande como en la creación del mundo (1)

¿Y quédiremos de su potestad asombrosa para perdonar los pecados? El sacerdote ejerce funciones divinas, ata y desata las conciencias; abre y cierra las puertas del cielo; cuando el sacerdote perdona, Dios perdona; la sentencia del sacerdote precede á la de Dios, y el acto sacramental de justificar á un impío, es una obra mayor y una maravilla más sorprendente, que crear el cielo y la tierra (2). Es decir, que los Príncipes del mundo tienen poder para encadenar ó desencadenar los cuerpos de los hombres, pero los sacerdotes pueden ligar ó desligar las almas, que es mucho más.

Por consecuencia, todos y cada uno de los sacerdotes, cuando se vean zaheridos por los falsos doctores del siglo, que suelen llamarse y considerarse como eminencias del mundo, pueden en verdad decir con San Pablo, en la Epístola de hoy: *¿Son hebreos? Yo también.—¿Son israelitas? Yo también.—¿Son linaje de Abrahán? Yo también.—¿Son ministros de Cristo? Yo lo soy aún más que ellos?* *

* Mas ¡oh insensatez de la época en que vivimos! «Hay—dice un grave escritor contemporáneo—secreta repugnancia á la entrada de los eclesiásticos en los Consejos de la nación. Una de las aberraciones de los *semiliberales* en el orden político, es su repugnancia á ver á los Obispos y sacerdotes de Jesucristo tomar la menor parte en el gobierno de los negocios públicos.

Para los revolucionarios, el sacerdote es *el gran enemigo de la razón y de la naturaleza*, porque es el predicador de las verdades reveladas y el dispensador de los bienes sobrenaturales; es *el odioso adversario de la civilización y del progreso*, porque proclama los derechos de Jesucristo sobre toda tribu, sobre toda lengua y nación. En consecuencia, según ellos, el primer deber del Estado es combatir y aniquilar al Clero. El sacerdote no debe ser echado de este mundo, pero hay que encerrarle en la sacristía... Así se explican tales hombres y así obran, sin comprender que nada hay más perjudicial á la sociedad humana, que este alejamiento de los Consejos de la nación, del Obispo y del sacerdote.» (Benoit., *Ciud. anticr.*, tomo II, secc. 3.ª, cap. II.)

(1) ¡O veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius veluti in utero Virginis incarnatur! (San Agust., Homil. 2.ª, in Psal. XXXVII).—Potestas sacerdotis est sicut potestas divinarum personarum; quia in panis transsubstantiatione tanta requiritur virtus, quanta in mundi creatione. (San Bern., Serm. ad *Pasti in ayun.*)

(2) Majus opus est ex impio justum facere, quam creare coelum et terram. (S. Agust. Tract. 52 in Joann.)

Pero, no nos detengamos aquí, porque es preciso que os añada ahora dos palabras sobre la estimación y veneración que de justicia es debida al sacerdocio católico.

PUNTO 2.°

DEL AMOR Y VENERACIÓN DEBIDA Á LOS SACERDOTES

Probada ya la altísima dignidad de los sacerdotes católicos, superior en mucho á la de los Príncipes y Reyes de la tierra, compréndese bien el amor y veneración que les son debidos. *Ellos*—como Josías—*son guiados divinamente para hacer que el pueblo se mueva á penitencia, y desaparezcan de entre los hombres las abominaciones de la impiedad.* (Eccles., XLVIII, 10.)

Ellos, como Jeremías, son *los enviados de Dios para demoler, para destruir, para perder y edificar.* (Eccles., XLIX, 9.) Es decir, para demoler el reino de Satanás, para destruir el pecado, para edificar la virtud, y para renovar al hombre, según el nuevo Adán (Jesucristo), sobre las ruinas del antiguo... *Embriagaré el alma de los sacerdotes con mi abundancia*—dijo el Señor por Jeremías—*y mi pueblo quedará lleno de mis bienes* (1).

«Ellos—exclama San Gregorio Nazianceno—son los defensores de la verdad, pertenecen á la sociedad de los ángeles, alaban á Dios con los arcángeles, obran de concierto con Jesucristo, reparan las ruinas de las almas y devuelven al Criador su imagen renovada.» *(In Distich.)*

Ellos son vicarios de Jesucristo, y el que los honra, á Cristo honra en ellos, y el que los injuria á Cristo mismo injuria; que por eso les dijo el divino Salvador: *El que á vosotros oye, á mí oye, y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia* (2).

Ellos son los dispensadores de los Misterios de Dios, ó como dijo San Ambrosio, son tesoreros del Espíritu Santo y encargados de repartir á los fieles sus dones y sus gracias.

Ellos son Padres espirituales de todo el orbe, porque á todos dan ó pueden dar la vida de la gracia. Por consiguiente, así como de los padres carnales dice la Sagrada Escritura: *Honra á tu padre y á tu madre, para que te vaya bien; y el que maldijere á su*

(1) Inebriabo animam sacerdotum pinguedine, et populus meus bonis meis adimplebitur. (Hyerem., XXXI., 14.)
(2) Qui vos audit, me audit, et qui vos spernit, me spernit. (Luc., X, 16.)

padre ó á su madre muera de muerte (1), *de igual manera y con mayor encarecimiento*, ha de entenderse que nos amonesta el Señor respecto de los padres espirituales para que les demos amor, honor y reverencia.

Así lo entendió y enseñó San Juan Crisóstomo, por las siguientes palabras: «A los sacerdotes—dijo—es muy justo que los veneremos, no solamente más que á los Príncipes y Reyes, sino aun con mayor honor que á los padres propios carnales» (2).

Ejemplos prácticos del honor y reverencia debidos á los sacerdotes, encontramos innumerables, más en obsequio á la brevedad, sólo citaré los siguientes:

El Emperador Constantino, mostró tanta veneración á los sacerdotes, y tanto se esmeraba en honorificarlos, que llegó á decir:—Si yo viera que un sacerdote pecaba, le cubriría con mi manto.—Y bien lo mostró en cierta ocasión, pues habiéndole entregado un escrito calumnioso contra Obispos y sacerdotes, ni aun leerlo quiso, y al punto lo arrojó al fuego diciendo:—*Es indecoroso que juzguemos á nuestros jueces*.—¡Hermosas palabras, muy propias para estos tiempos, en los cuales nada se desea más que propalar cualquiera noticia calumniosa que pueda contribuir al desprestigio de los ministros del Señor! ¿Qué es esto? Es el odio satánico que muchos tienen á la Religión de Jesucristo, porque ella condena sus corrompidas costumbres y corazón altanero.

Demás de esto, leemos de la bienaventurada María Ogniacense que, con suma humildad y reverencia besaba el suelo donde había puesto los pies algún sacerdote (3).

Pero ¿qué mucho el que los sacerdotes sean venerados y estimados de los buenos cristianos, cuando el mismo Dios los ha honorificado otorgándoles la doble potestad de perdonar los pecados y de consagrar el Pan eucarístico, descendiendo á sus manos Jesucristo Dios y Hombre verdadero?

Así, pues, con razón levanta su voz el Apóstol y dice á los fieles de Corinto: *Puesto que los falsos doctores tienen la osadía de estimarse en más, yo quiero tenerla en mostrarles que soy más que ellos*.

---

(1) Honora patrem tuum, et matrem tuam, ut bene tibi sit. Quique maledixerit patri aut matri, morte moriatur.

(2) Sacerdotes merito non modo plus vereri debemus, quam Principes, vel Reges, verum etiam majore honore, quam parentes proprios, honestare. (S. Crisost. lib. III, *De Sacerd.)*

(3) Estos y otros muchos extraordinarios ejemplos pueden verse en Lohoner, Bibliot. Caucion V, *Sacerdos*.

¿Son hebreos? Yo también.—¿Son israelitas? Yo también.—Son hijos de Abrahán? También yo.—¿Son ministros de Cristo? Lo soy aún más que ellos... El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito en los siglos, sabe que no engaño en todo cuanto he dicho. De igual manera, amados míos, los sacerdotes católicos siempre calumniados, siempre perseguidos y siempre despreciados por los sectarios modernos, imitadores de Lucifer, pueden santamente levantar su cabeza á imitación de San Pablo, y decir al mundo entero:—Escrito está en las sagradas páginas que *los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca ha de oir el pueblo la ley de Dios, salvadora del mundo, porque él es el ángel del Señor de los Ejércitos* (1).—Esta es nuestra misión, carísimos hermanos, y lo será siempre por más que ruja la impiedad, y por eso el glorioso Apóstol nos exhorta á todos los sacerdotes, diciendo: *Cuidad mucho de no recibir en vano la gracia del Señor... No demos á nadie ocasión de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio. Antes bien, en todas cosas nos mostremos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias... en pureza, en ciencia, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad verdadera... Pobres, pero enriqueciendo á muchos; sin tener nada, mas poseyéndolo todo.* (II Cor., VI, 1 á 11.) Esto dijo el Apóstol y esta es nuestra consigna, sufriéndolo todo por amor de Cristo y por amor vuestro, deseándoos con todo nuestro corazón la eterna gloria del cielo. Amén.

---

(1) Malach., II, 7.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Sexagésima.

Del sacerdocio católico.

(Continuación.)

AMADOS hermanos míos: El glorioso Apóstol San Pablo, Maestro y modelo del sacerdocio católico, á semejanza del Sacerdote eterno Cristo nuestro Señor, después de haber mostrado á los fieles de Corinto que en su apostolado era muy superior á los falsos apóstoles, que procuraban desautorizar su doctrina y aun su misma persona, pasa á manifestarles dos cosas: primera, *los padecimientos* que soportó por el Evangelio de Cristo; segunda, la excelencia de *los dones* con que el Señor le enriqueció, para de una y otra suerte probar, no solamente lo que es y será en todo tiempo el sacerdote católico, sino la supremacía que tiene sobre todos los hombres mundanos que se glorían en su ciencia, en sus riquezas y en apellidarse redentores de la humanidad. He aquí, en resumen, sus propias palabras:

¿Son (los falsos apóstoles) *ministros de Cristo? Yo lo soy más; en mayores trabajos, en cárceles, en azotes sin medida, en peligros de muerte muchas veces... en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles; peligros en la ciudad, en el desierto, en el mar; peligros en los falsos hermanos. En trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez... sin contar la solicitud que tengo con todas las Iglesias. ¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? Si es menester gloriarse, me gloriaré en las cosas que son de mi flaqueza.—Vendré á las visiones y á las revelaciones del Señor* (1). *Conozco á un hombre que fué arrebata-*

(1) «La visión es una representación sobrenatural exterior ó interior de algún objeto ó de algún misterio; mas la revelación es la inteligencia y el conocimiento perfecto de esta representación.»—(Scio.)

do al tercer cielo... y oyó palabras que al hombre no le es lícito hablar; de este tal me gloriaré, mas de mi no me gloriaré sino en mis debilidades. Pero aun cuando me quisiere gloriar, no seré necio, porque diré verdad; mas dejo esto para que ninguno piense de mi sino lo que ve ú oye de mi persona... Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis enfermedades para que more en mi la virtud de Cristo. (II Corint., XI y XII.)

Dos cosas sobresalen en las palabras que acabo de citaros; á saber: *los padecimientos* y peligros del Apóstol en el fiel desempeño de su ministerio, y *las virtudes* heroicas que practicó. Y como este mismo espíritu mueve hoy y moverá siempre al sacerdocio católico, puesto que es el espíritu de Cristo fijo, permanente é invariable en favor de todas las naciones y de todos los pueblos, bueno será que os indique en este día dos cosas:

1.ª Los trabajos y peligros del sacerdote por amor á las almas.
2.ª Las virtudes heroicas que por ellas practica.

PUNTO 1.°

PENALIDADES DE LA VIDA SACERDOTAL

Nada hay más general, ni menos apreciado y agradecido que los grandes sacrificios hechos por los sacerdotes católicos en obsequio de los hombres, inclusos sus mismos enemigos. *Se me ha dado* —dijo Jesucristo á los sacerdotes—*toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todo lo que os he mandado, y tened presente que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.—Id, he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos* (1). *Como me envió el Padre, así os envío yo á vosotros* (2).

Verdaderamente, carísimos hermanos, esta es la historia. «Jesucristo—dijo San Agustín—fué todo para todos: pobre con los pobres, rico con los ricos, triste con los afligidos; sufrió hambre

(1) Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi. (Matth., XXVII, 18-20.)—Ite: Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. (Luc., X, 3.)

(2) Sicut missit me Pater, ita mitto vos. (Joann., VI, 58.)

con los hambrientos, sed con los sedientos... Lloró con María, tuvo sed con la Samaritana, sudó Sangre en el Huerto de Getsemaní, y toda su vida terrena la pasó *haciendo bien á todos* (1). ¿Cómo fueron agradecidos tan inmensos beneficios por parte de los hombres? ¡Oh! Crucificándole en un infame madero.»

San Pablo, vaso de elección, Apóstol por antonomasia, sacerdote según el Corazón de Jesús, ¿qué hizo en su apostolado?—El mismo lo dijo en la Epístola de hoy: *Me veo*—dice—*en trabajos, en cárceles, en azotes sin número, en peligro de muerte muchas veces... En trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez... sin contar la solicitud que tengo con todas las iglesias. ¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?—Cuando yo era libre entre todos, me he hecho esclavo de todos, para provecho de muchos... He sido hecho todo para todos, para salvar á todos* (2). *Todo lo daría con regocijo, y me daría aun á mí mismo por vuestras almas* (3). Sin embargo, ¿cómo fué tratado el grande Apóstol?

Ved aquí, amados míos, lo que dijo y practicó San Pablo con asombro del mundo, y ved aquí, exactamente bosquejado, lo que hacen hoy mismo infinidad de sacerdotes católicos, religiosos y seculares, esparcidos por todo el orbe, sin más interés ni más objeto que el bien de las almas, de los individuos, de las familias y de las naciones todas. ¿Quién ignora los trabajos, las penalidades, las persecuciones, los dolores, los sacrificios y aun el martirio de innumerables sacerdotes, soportados voluntariamente y aun con alegría, á imitación de Cristo y de San Pablo, sólo por llevar el bien, la moralidad, la justicia, la paz y la felicidad á las gentes incrédulas, extraviadas y apartadas de la luz esplendorosa y vivificante de nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién podrá narrar las fatigas, trabajos y sinsabores de los ministros del Señor en las Misiones y catequesis, en el púlpito y en el confesonario, en los hospitales y cárceles, en los Asilos de caridad y en las parroquias, socorriendo, ayudando y consolando á los pobrecitos enfermos?

Claramente lo significa ese librito de oro, llamado *Kempis*, que todos conocéis, y que no hay persona piadosa que deje de leerle

(1) Pertransit benefaciendo et sanando omnes. (Act. X, 38.)

(2) Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrifacerem. Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos. (I Cor. IX, 19-22.)

(3) Ego libentissime impendam, et super impendam ipse pro animabus vestris. (II Cor. XII, 15).

cada día. Dice así: «El sacerdote, vestido de los ornamentos sagrados, tiene el lugar de Cristo, para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo. Él lleva la señal de la Cruz de Cristo delante de sí y en las espaldas, para que continuamente tenga memoria de su sacratísima Pasión. Delante de sí, en la casulla, trae la Cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo y estudie en seguirle con fervor. En las espaldas está también señalado con la Cruz para que sufra con paciencia por Dios, cualquiera injuria que otro le hiciere. Lleva la Cruz delante para que llore sus pecados, y detrás la lleva para llorar por compasión los ajenos, y para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrecer el santo Sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina. Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los ángeles y edifica á la Iglesia; ayuda á los vivos, da descanso á los difuntos y hácese participante de todos los bienes.» (Kemp., lib. IV, cap. V.)

Tal es el sacerdocio católico, tales sus sentimientos y deseos, tales sus trabajos y sacrificios, tales los provechos que de él reportan las humanas sociedades... Y, sin embargo, ¿cómo lo estiman los hombres? ¿Cómo lo agradecen y recompensan? ¡Parece increible! ¡Con odio y abominaciones, con injurias y calumnias! No es maravilla: lo hicieron con Jesucristo; lo hicieron con San Pablo; lo hacen con nosotros, y ese es nuestro gozo, porque esa es la señal de nuestra misión divina; somos *enviados como corderos en medio de lobos, y los discípulos no hemos de ser de mejor condición que el Maestro* *.

---

* Como prueba fehaciente de cómo las sociedades modernas tratan á la Iglesia y á sus ministros, puede verse el libro titulado: *En presencia de los males de Italia*, escrito y publicado por el diputado italiano, señor Siliprandi, quien, aun siendo liberal, no puede menos de confesar las verdades siguientes:—«Italia—dice—ha cometido *cinco errores funestos*, en sus relaciones con el Soberano Pontífice:

1.° No se ha preocupado de la Iglesia, mirándola como un objeto de interés secundario, sin prestar atención á su organización histórica.

2.° Ha procurado deprimir y rebajar al Clero inferior.

3.° Ha despojado al alto Clero, del prestigio á que tiene derecho.

4.° Ha hecho abstracción respecto del Pontificado, de las necesidades históricas de la Iglesia y de la sociedad católica.

5.° No ha comprendido el poder inmenso que posee el Soberano Pontífice en una política que no es únicamente italiana, sino que inte-

Mas no por eso hemos de ceder en nuestra gloriosa empresa de evangelizar y de favorecer á los hombres; no por eso hemos de dejar de bendecir y de amar á los mismos que nos persiguen y calumnian; antes bien, hemos de imitar á Cristo nuestro Señor, cuando dijo por Isaías: *Todo el día abrí mis manos á un pueblo incrédulo y rebelde* (1). Es decir, que nosotros, los sacerdotes, aunque nos persigan y calumnien, no cesaremos nunca de rogar frecuentemente por los infelices incrédulos y por todos los que, de algún modo, contradigan á la Religión sacrosanta de Jesús. Todos, pues, llenos de celo por la salvación de sus almas, diremos con San Pablo, en la Epístola de hoy: *¿Quién enferma y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (Ver. 29). Es decir: ¿Quién de los fieles padece necesidad, y yo no padezco con él? ¿Quién cae en pecado, que no sienta yo un dolor extremo que me abrasa?

Y si es menester gloriarnos en alguna cosa, añadiremos con el mismo San Pablo: *Nos gloriamos en padecer tormentos y humillaciones por Cristo nuestro Señor y por la salvación de nuestros semejantes.* (Ver. 30.)

He aquí lo que aprendemos los sacerdotes y lo que deben aprender todos los fieles en la Epístola de este día. Ella nos enseña á no rehusar los padecimientos de este mundo cuando se trata del bien de las almas. Ella nos enseña á desear y amar dichos padecimientos, como semilla de grandes méritos y de eterna felicidad. Ella nos enseña á gloriarnos en sufrir tribulaciones por amor de nuestros prójimos, como medios para obtener la eterna gloria. Ella nos enseña que la aflicción por Dios es madre de la eterna alegría y que el Señor, para hacernos ciudadanos del cielo, quiere antes vernos *conformes con la imagen de su Hijo Unigénito.*

---

resa á todo el catolicismo.»—(De los diarios católicos, 19 de Enero de 1899.)

Y como esto que el diputado liberal dice de Italia, se encuentra reproducido y aumentado en todas las naciones gobernadas según el espíritu moderno, es evidente que hoy, como en tiempo de San Pablo, nos hallamos combatidos y perseguidos por muchos falsos apóstoles, agentes de Lucifer, cumpliéndose al pie de la letra aquellas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: *He aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos.*

---

(1) Tota die expandi manus meas ad populum non credentem, et contradicentem. (Rom., X. 21.)

Dadnos, Señor, que penetremos bien el sentido de estas verdades, que las llevemos siempre delante de los ojos, y que estimemos, amemos y veneremos las cruces por vuestro amor, como semilla de la eterna beatitud. Digamos ahora dos palabras sobre las virtudes heroicas del sacerdocio de Jesucristo.

PUNTO 2.°

VIRTUDES PRINCIPALES DEL SACERDOTE CATÓLICO

«Los pueblos—dijo el santo Concilio de Trento—tienen la vista fija en los sacerdotes como en un espejo y los toman por modelos.» Por esta razón el Apóstol San Pablo, dirigiéndose á todos los sacerdotes en la persona de Tito, nos dijo: ¡Oh, ministro del Señor, *en todas las cosas muéstrate como ejemplo de buenas obras*! *En la doctrina, en la integridad y en la gravedad, á fin de que quien nos sea contrario se avergüence, no encontrando nada malo que decir de nosotros* (1). *Haced*—dijo á los Filipenses—*lo que habéis aprendido, recibido y oído de mí, ó visto en mí, y el Señor, Dios de la paz, estará con vosotros* (2). ¿Qué es, pues, lo que nos enseña el grande Apóstol?

Fijémonos en la Epístola de este día y le admiraremos, no sólo paciente y compasivo, soportando alegre todos los tormentos y peligros por Cristo, sino ardiendo en celo santo por la salvación de todos los hombres. *¿Quién*—dice—*cae en pecado mortal y yo no me abraso de celo por salvarle?* Y este celo rebosa por sus labios y por su pluma escribiendo al sacerdote Timoteo: *Vendrán tiempos en que ciertas gentes apartarán los oídos de la verdad y los aplicarán á las fábulas.* (Es decir, á doctrinas falsas hechas por falsos doctores y acomodadas al paladar de cada uno.) *Mas tú vela, trabaja en todas las cosas, haz la obra de Evangelista, cumple tu ministerio.* (II Timot., IV, 4-5.)

Y que este celo se halla maravillosamente infundido en el corazón del sacerdote católico no se puede poner en duda, porque las obras heroicas de cada día lo están evidenciando. No niego que haya algún sacerdote desgraciado que se olvide de este imperioso deber; pero, en general, el sacerdocio clama día y noche

(1) In omnibus teipsum praebe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum irreheprensibile: ut is qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere de nobis. (Tit., II, 7-8.)

(2) Quae et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in me, haec agite: et Deus pacis erit vobiscum. (Filip., IV, 9.)

diciendo con Elías: *Ardo de celo por vos, Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado vuestra alianza y han destruido vuestros altares.* El celo hace hervir la sangre de los ministros del Señor, porque el celo es su vida, el celo es la caridad, el celo les devora hasta el extremo de exclamar con el mismo San Pablo á los fieles de Corinto: *Todo lo daré con alegría y aun me entregaré á mí mismo por vuestras almas.* (II Cor., XII, 15.)

Si alguno deseare ejemplos sublimes del celo sacerdotal, recuerde á San Francisco de Asís, cuyas palabras de fuego penetraban hasta el fondo de los corazones; recuerde á San Antonio de Padua, á quien le pintan con llagas de fuego, porque, cual otro Elías, abrasado por el Espíritu Santo, llenaba de amor de Dios las almas de sus oyentes; recuerde á San Francisco Javier, á San Francisco de Borja y á multitud de varones apostólicos, que llenaron al mundo de admiración y el cielo de santos con el ardor de su celo infatigable.

Mas pasando del celo del Apóstol á su humildad profunda, muéstrase también modelo de esta virtud á todos los cristianos. *Si es menester gloriarse*—dice—*me gloriaré en las cosas que son de mi flaqueza.* (Cap. XII, 1.) Como diciendo:—El hombre todo cuanto tiene de bueno lo ha recibido de Dios, y no tiene de qué gloriarse, pero si en el caso presente es preciso hacer entender á los falsos doc res que soy más que ellos, referiré las visiones y revelaciones con que el Señor se ha dignado favorecerme.

Con efecto, las enumera; pero ¿cómo lo hace? ¡Oh! Con muchas salvedades y ocultando su nombre. *Conozco*—dice—*hace catorce años á un hombre que fué arrebatado al tercer cielo... donde oyó palabras que al hombre no le es lícito hablar. De este tal me gloriaré; mas de mí, únicamente en mis debilidades. Si bien es cierto que aun cuando quisiere gloriarme, no seré necio, porque diré la verdad. Mas dejo esto para que ninguno piense de mí sino lo que ve ú oye de mi persona.* ¡Qué humildad! ¡Cuánto nos enseña aquí el gran Apóstol!

¡San Pablo, vaso de elección, varón amadísimo de Dios, lleno de carismas divinos, favorecido del Señor con multitud de visiones y revelaciones y arrebatado al tercer cielo, donde le fueron enseñados arcanos inefables que la lengua del hombre no puede expresar!... ¡San Pablo, sin embargo, teme ser estimado de los hombres, y calla sus excelsas prerrogativas con un profundo silencio por espacio de catorce años! Oblíganle los falsos doctores á hablar, y lo hace como temblando; y de tantas y tan grandiosas mercedes con que se hallaba enriquedo, sólo descubre una: la de

ser arrebatado al tercer cielo, y eso lo hace en tercera persona, y al punto torna á la idea de su propia humillación, diciendo: *De buena gana me gloriaré en mis debilidades para que habite en mí más plena y perfectamente la virtud de Cristo.* (*Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.*) (Ver. 9.)

He aquí el modelo de humildad que á todos nos ofrece San Pablo en la Epístola de la presente Dominica. Si él, al hablar de sí mismo, y después de ser arrebatado al tercer cielo, temió no sea que perdiera tan hermosa virtud, ¿qué habremos de hacer nosotros, pobres y miserables criaturas? Ya lo expresó San Gregorio con enérgica y aguda frase, diciendo: *Necesario es que el sacerdote esté muerto para todas las pasiones, y que viva vida enteramente divina* (1). Y lo mismo cabe decir de todos y cada uno de los cristianos.

Y yo, amados míos, temblando ante la presencia de Dios, concluyo diciéndoos á vosotros: Necesario es que todos, sacerdotes y seglares, aprendamos del Apóstol de las gentes á despreciar y á huir la vanidad de los hombres mundanos. Huyamos, pues, del afán que ellos tienen en ser estimados y honorificados de sus semejantes, fingiendo para ello prerrogativas que no tienen; amemos el no ser conocidos y el ser reputados por nada; callemos los dones de Dios en nosotros todo cuanto se pueda, y cuando la necesidad nos obligue á descubrirlo, hagámoslo con cautela y lo menos posible, gloriándonos en nuestra nada, para que en todo y por todo sea glorificado Dios nuestro Señor, por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Necesse est ut (sacerdos) mortuus omnibus passionibus, vivat vita divina. (San Gregor. *Pastor.*, pág. 1, cap. X.)

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Quinquagésima.

Sobre la caridad.

HERMANOS míos carísimos: *Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, sería como metal que suena ó campana que retiñe. Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber, y si tuviere toda la fe, de manera que traspasase los montes y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad, nada me aprovecha.* (I Cor., XIII, 1 á 4.)

Estas palabras, amados míos, que escribió el Apóstol San Pablo á los fieles de Corinto, y que leemos en la Epístola de la presente Dominica, muestran por modo evidente, no sólo la grandiosa *excelencia* de la caridad, superior á las demás virtudes, sino la *necesidad* absoluta que de ella tenemos. Y como quiera que hoy existen muchos cristianos que no saben lo que es la caridad, ó que la confunden con la *filantropía* moderna, y otros que faltan á ella porque no consideran que sin esa virtud es imposible ser amigos de Dios y merecer el cielo, he aquí por qué es de suma importancia que yo os declare hoy las dos cosas dichas, á saber:

1.ª La excelencia de la caridad.
2.ª Su necesidad para salvarnos.

PUNTO 1.°

NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA CARIDAD

Todos habéis aprendido desde vuestros más tiernos años que *la caridad es una virtud con la cual amamos á Dios sobre todas las*

cosas, no por temor de la pena, ni por la esperanza del premio, sino por su propia bondad, y juntamente amamos al prójimo por amor de Dios.—¿En qué consiste esa virtud? El angélico Doctor responde diciendo: «Es un hábito creado (infundido por Dios en el alma) por el cual el hombre es inclinado á los actos de todas las virtudes por causa de Dios para obrarlos pronta y fácilmente.» (2.ª, 2.ªᵉ q. 23, a. 2) (1). Hábito inseparable de la gracia santificante, porque la caridad es incompatible con el pecado mortal. «¿Qué otra cosa es la caridad sino la buena voluntad?» (2). Pero si la voluntad es buena, ¿dónde está el pecado? «La caridad en acto —dijo San Juan—es *la observancia de los Mandamientos divinos»* (3). Y Cristo nuestro Señor lo expresó claramente por estas palabras: *Si alguno me ama, guardará mi palabra* (esto es, los Mandamientos), *y mi Padre le amará, y vendremos á él, y en él haremos morada* (4). Es decir, que quien está en caridad, está en Dios, y Dios en él; él ama al Señor y el Señor á él; guarda sus Mandamientos divinos, y en recompensa de esta fidelidad y de este amor, la Trinidad santísima se complace en morar en su corazón de asiento y con modo particular. He aquí en lo que se fundó San Agustín para decir: *Ama y haz lo que quieras.* (*Ama et fac quod vis.*) Porque es seguro que ninguno que ame á Dios se atreverá á ofenderle.

Sin más que esto, ya se comprende, amados míos, la grande excelencia de la virtud de la caridad; mas por ser asunto tan importante en la vida cristiana, bueno será que os indique al menos algunas sentencias de los santos Padres de la Iglesia. Oigamos al grande Agustino. Dice así:

«La caridad es la única virtud que distingue á los hijos de Dios de los hijos del diablo. Teniendo caridad se posee á Dios, y poseyendo á Dios se tienen todas las verdaderas riquezas. El amor de Dios es el colmo de la felicidad, es el supremo grado de la gloria y de la alegría, es equivalente á todos los bienes» (5). Es, por

(1) Este hábito, según la opinión del santo, es realmente diverso de la gracia santificante.—Véase la 2.ª 2.ªᵉ, q. 110, a. 3, y en la 3.ª parte, q. 26, a. 2 y la q. 89, a. 1.—También Sent. II, dist. 26, a. 4, q. 27.—Opinión seguida por Cayetano, Medina, Valencia, Suárez y otros con todos los tomistas.

(2) Quid aliud est charitas quam bona voluntas? (San Agust. *De morib.*)

(3) Haec est charitas Dei, ut mandata illius custodiamus. (I Joann., V, 3.)

(4) Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus dilliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus. (Joann., XIV, 23.)

(5) Dilectio sola discernit inter filios Dei et filios Diaboli. (San Agust. Tract., V). —Si charitatem habes, Deum habes; ille vere dives esse videtur, in quo Deus habitare dignatur. (San Agust., Serm. 54.)

consecuencia, la perla preciosa del Evangelio, que hay que venderlo todo para comprarla; es el tesoro de los tesoros para los cristianos, es el que constituye la felicidad posible del hombre aquí en la tierra, es el único camino del cielo, es lo que hace y hará eternamente la suprema dicha de los elegidos. ¡Qué virtud, si los hombres la comprendieran y supieran estimarla! Todo cuanto digamos para encarecerla es poco; todo cuanto hagamos por alcanzarla, conservarla y acrecentarla es nada, porque su valor no tiene comparación, y Dios mismo se ha dignado enriquecernos con ella para unirnos íntimamente á sí, y para deificarnos cuanto es posible á nuestra pobre naturaleza en esta vida terrena.

Pero aún cabe decir más, y es que la caridad no sólo es una virtud excelente, sino excelentísima entre todas las virtudes. ¿Por qué? Oigamos al Doctor Angélico, que en esto como en todo responde á maravilla: «Las Virtudes teologales—dice—son más excelentes que las morales, porque se refieren á Dios, y á El nos conforman como regla primera de nuestras acciones, en tanto que las morales consisten en conformarse á la razón humana, que es mucho menos. De igual manera, entre las Virtudes teologales es más excelente la que más se aproxima á Dios. La fe cree á Dios que revela, la esperanza se apoya en Dios que auxilia; mas la caridad se adhiere al mismo Dios, porque es bueno en sí; luego como la caridad nos une más al Señor, esa es la más excelente de todas las virtudes. (2.ª 2ae., q. 23, a. 6.) Argumento irreprochable que confirma plenamente San Pablo en la Epístola de hoy diciendo: «En el negocio de nuestra justificación se requieren las tres virtudes: *fe, esperanza* y *caridad*. No una ú otra separadamente, sino las tres en unión; pero la que reviste mayor excelencia es la caridad.» *(Major autem horum est charitas.)* (Ver. 13.)

Ved aquí por qué los teólogos, los santos Padres y los ascetas, todos á una voz dicen que la caridad es la más excelente de las virtudes, y que así como el oro sobrepuja en valor á los demás metales, y el sol á las estrellas, y los serafines á los ángeles, así también la caridad es superior á la fe y á la esperanza, y á todas las virtudes intelectuales y morales. «No hay—añaden—virtudes perfectas sin caridad, y donde la caridad exista, allí se personifican al punto todas las demás virtudes, como diciendo:—*Tú eres la reina* y nosotras venimos á hacerte la corte; eres *fuego celestial* que abrasa los corazones, eres *sol refulgente* que todo lo iluminas, fecundizas y vivificas; eres *virtud angélica* que transformas los

hombres en serafines; eres, no Dios, pero sí *la participación más dulce é inefable del mismo Dios*. ¡Oh caridad divina! ¡Cuán hermosa eres, y cuán necesaria á nuestro pobre corazón!» Oigamos al Apóstol, que en la Epístola de este día nos hace comprender á todos la excelencia y la necesidad de la dilección sagrada. Dice así:

PUNTO 2.°

NECESIDAD DE LA CARIDAD DIVINA

Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, sería como metal que suena y campana que retiñe. Y si tuviere profecía y supiere todos los Misterios y cuanto se puede saber, y si tuviere toda la fe, de manera que traspasase los montes y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha. (Vers. 1 á 4.)

Palabras, amados míos, divinamente inspiradas, con las cuales el Apóstol muestra á los fieles de Corinto, que todos los dones de Dios, por grandes y sublimes que sean, son como nada faltando la caridad divina. Es como si les dijera:

—Aun cuando yo tuviese el don de hablar como los ángeles, y en todas las lenguas que existen y pueden existir en la tierra y en el cielo; aun cuando además hubiese en mí el don de predecir lo futuro y de explicar los más profundos arcanos de las sagradas Escrituras, de tal suerte que fueran para mí patentes todos los altísimos Misterios de la fe; aun cuando mi creencia fuera tan intensa, que trasladara los montes de una parte á otra, y obrara el Señor por mi medio multitud de milagros asombrosos; es más, aun cuando mi compasión para con los pobres fuere tal, que les distribuyese toda mi hacienda para alimentarlos, y me expusiera á ser abrasado en las llamas para socorrerlos... todo esto, con ser tan grande y heroico, de nada me aprovecharía para la vida eterna, faltándome la caridad.

Pues bien; aplicando esta doctrina del Apóstol á nosotros mismos, yo os digo con San Agustín: *El amor de Dios es tan grande y tan necesario, que aquel que no le tiene, en vano posee todo lo demás; y, por el contrario, el que lo tiene, todo lo posee* (1).

(1) Tanta est charitas, quae si desit, frustra habentur cetera; si adsit, habentur omnia. (San Agust., Sent. 326.)

Supongamos que yo tuviese ahora el don de hablaros con tanta elocuencia y persuasión que os pareciera oir el lenguaje de los ángeles y que todos quedarais profundamente conmovidos, ¿de qué me serviría, si mi corazón no está lleno del amor de Dios, si no lo hago por amor á Jesucristo y por ganar vuestras almas? De nada me aprovecharían en la presencia del Señor, y hasta sería digno de castigo si lo hiciere por vana complacencia. El amor de Dios es el que da el mérito á las acciones, y sin él, todo es inútil para el cielo. Con dicho amor, lo pequeño se hace grande, y sin él, lo grande es como si no fuera en orden á la salvación.

De semejante manera, si vosotros oyereis mis exhortaciones, no por amor á Dios, no por salvar vuestras almas, no por instruiros en los deberes cristianos y cumplir los divinos Mandamientos, sino únicamente por aprender las verdades de la Religión, para obtener renombre de sabios, ¿de qué os aprovecharía para la vida eterna? Absolutamente de nada: se puede saber mucha Teología, mucha Doctrina moral, mucha Filosofía, muchas Ciencias naturales, mucha Física y muchas Matemáticas, mucha Astronomía y Química y aun mucha Religión; pero si á todo esto no acompaña la caridad, ¿de qué sirve para la gloria? ¡Oh! ¡Se puede tener mucha ciencia y vivir con mala conciencia! ¡Se puede saber mucho de Religión y ser apóstata de la misma Religión! ¿Quién más sabio que Salomón, y quién se precipitó en mayores excesos? ¿Quién más instruído en la ciencia del cristianismo que Tertuliano, y quién apostató más desdichadamente? Luego puede uno ser muy ilustrado y muy instruído, y al mismo tiempo muy malo y muy desgraciado. Faltando la caridad, falta todo, en orden á la eterna beatitud. Esta es la caridad y esta su excelencia.

Dirá tal vez alguno:—Pero, señor, ¿hemos de renunciar al estudio de las ciencias y considerarlas como cosa baladí?—No, hermanos míos; antes bien, cada cual debe mirar como un deber estrechísimo el adquirir, en el más alto grado posible, las que sean propias de su estado; porque la ciencia es una perfección del entendimiento, y la mucha ciencia lleva á Dios, así como la poca aparta de Él; pero al mismo tiempo que enriquecemos nuestro espíritu con conocimientos útiles, hemos de procurar, como cosa principalísima, adornar nuestro corazón con las virtudes cristianas, ó sea progresar en humildad y en caridad, á proporción que progresamos en las ciencias, no perdiendo nunca de vista lo que nos enseña el Apóstol en la Epístola de hoy, á saber:

que todas las ciencias del mundo son como nada delante de Dios, si no tenemos caridad. *(Nihil mihi predest.)*

Es más; no solo serán inútiles para el cielo las ciencias sin amor de Dios, sino todas nuestras acciones y todos nuestros sacrificios aun el de la propia vida; porque no estando el alma en gracia, ó lo que es lo mismo, faltándole la caridad divina, aun las obras más santas carecen de mérito para la gloria. (*Nihil sunt.*)

Más todavía. Hasta los merecimientos adquiridos en nuestra vida pasada por la práctica constante de las virtudes cristianas, sobrenaturales y divinas, se tornarían inútiles para el cielo desde el momento mismo en que falte de nuestros corazones la dilección sagrada. ¿Qué importa que seamos un Juan Bautista en las austeridades, un Elías en el celo, un Pablo en los trabajos, un Francisco de Sales en la dulzura, un José en la castidad y una Magdalena en el llanto, si falta lo esencial, que es el amor divino? Ni el llanto, ni la castidad, ni la dulzura, ni los trabajos, ni el celo, ni las austeridades, son nada, careciendo del amor de Dios y del prójimo. Entiéndase, pues, bien la infinita pérdida que sufrimos para la gloria cuando perdemos la caridad. Todas nuestras obras buenas pasadas son ante Dios como si no existieran; y si tuviéramos la tremenda desdicha de morir entonces, no recibiríamos recompensa alguna por ellas. ¡Oh, caridad divina, cuánto debemos estimarte y cuán poco se acuerdan de ti muchos que se llaman cristianos!

Por último, hay otros muchos y muy valiosos motivos que nos están como obligando á amar á Dios sobre todas las cosas. Dios es nuestro. ¿Quién no ama lo suyo? Dios es esencialmente bueno. ¿Quién no ama tan excelsa bondad? Dios nos ama por modo infinito. ¿Quién no corresponde á su amor? Dios es vida de nuestra vida y el no amarle es muerte. ¿Hay quién quiera morir por no amarle?

Concluyamos, pues, llevando siempre en la memoria la Epístola de este día. En ella nos enseña el Apóstol *la excelencia* sublime é inefable de la caridad, mayor, sin comparación, que la de todas las demás virtudes. Con ella todo lo tenemos; sin ella nada. Ella, en nosotros, no es Dios, pero es el supremo don de Dios en nosotros. Dios mismo es caridad, suprema, inmensa, increada, y de ella participamos todos por su bondad infinita y por los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo. ¡Gloria á Dios, que así se dignó enriquecernos y sublimarnos! ¡Oh Dios, caridad! Hacednos á todos participantes de tan excelsa y soberana perfección para

que amándoos sobre todas las cosas en esta vida, tengamos la dicha de gozaros eternamente en la otra. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Quincuagésima.

Sobre la Caridad.

(Continuación.)

Amados míos en el Señor: Proponiéndose el Apóstol de las gentes hacer comprender á los fieles de Corinto la excelencia de la caridad sobre todos los carismas del Señor otorgados á los hombres, lo prueba de tres maneras: primera, *por su necesidad*, puesto que sin caridad de nada aprovechan para el cielo todas las demás virtudes; segunda, *por su utilidad*, pues la caridad es útil para todo, en tanto que los demás dones de Dios sólo nos proporcionan algún especial provecho; tercera, *por su duración*, siendo cosa cierta que las demás virtudes duran sólo en esta vida, y que la caridad permanece en la otra y para siempre.

Prescindiendo de la necesidad, porque nadie ignora que es absolutamente necesario para salvarnos el amor á Dios sobre todas las cosas, oigamos al Apóstol, que en la Epístola de este día nos muestra su *utilidad* y su *duración*, de una manera admirable. Dice así: *La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, ni piensa mal; no se goza de la iniquidad, pero se goza de la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*

La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; más cuando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; más cuando fuí ya

hombre hecho, di de mano á las cosas de niño. Ahora vemos como por espejo en obscuridad; mas entonces cara á cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como soy conocido. Ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad; mas de éstas, la caridad es la mayor. (I Cor., XIII, 4 á 13).

Hermanos míos carísimos: ¡Qué sublimidad, qué sabiduría y qué precisión entraña esta doctrina del Apóstol! Por ella, al mismo tiempo que se comprende la *excelencia* y *la utilidad*, de la caridad vénse claras *sus propiedades*, los vicios que repele y las virtudes que impera, y por consiguiente, mirándonos en el espejo de de esta doctrina, todos y cada uno de los fieles podemos saber á ciencia cierta si en nuestro corazón reside ó no la virtud de la caridad divina. Por esto, aunque otra utilidad no hubiera, es de altísima importancia la explicación de la presente Epístola, y os ruego encarecidamente que atendáis á ella, tal como la ofrece San Pablo á nuestra consideración. Es una descripción bellísima de la caridad de Dios. Consideremos, pues, dos cosas:

1.ª Las cualidades propias de la caridad.
2.ª Su perpetua duración.

PUNTO 1.º

DESCRIPCIÓN DE LA CARIDAD

Difícilmente podrá encontrarse en todas las sagradas Escrituras una descripción de la caridad más bella y acabada que la del grande Apóstol. *La caridad* —dice— *es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se exacerba, no piensa lo malo, no se goza de la iniquidad, sino que se goza de la verdad.* Luego ¡oh cristiano! siempre que encuentres en tu conciencia haber faltado gravemente á alguna de estas doce virtudes, puedes con razón afirmar que no andas en caridad, y que tienes cerradas las puertas del cielo.

¿No sabes soportar con paciencia los defectos de tu prójimo? ¿Te enfadas desordenadamente contigo mismo cuando las cosas no te salen á medida de tus deseos, ó cuando no eres tan bueno y perfecto como quisieras? ¿Te dejas llevar de arrebatos contra tus inferiores, contra tus iguales, ó contra tus superiores? ¿Murmuras acaso contra la Providencia de Dios cuando te prueba con tribulaciones? ¡Oh! En esto mismo muestras que la caridad está lejos

de tu corazón, porque *la caridad es paciente. (Charitas patiens est)* (1).

¿Ocurre que ves á tu prójimo necesitado de tus favores, que te los pide humildemente, que te lo ruega con insistencia, y que pudiendo, ayudarle, tal vez sin grave molestia, te niegas uno y otro día y no le extiendes tu mano bienhechora?—Eso va mal: no mora en tu pecho la caridad cristiana, porque *la caridad es benigna. (Charitas benigna est.)*

¿Envidias, por ventura, los bienes de tu vecino, ó las haciendas y prosperidades de tus amigos? ¿Ves con sentimiento las dignidades á que otros se elevan, porque obscurecen tu dignidad propia? ¿Te alegras del mal que al prójimo le sucede, para que de ese modo no sobresalga más que tú en la vida social? Todo esto es satánico, y si hubiere en ti entrañas de verdadera caridad, verías con placer la dicha de tu hermano, te regocijarías en ella y la considerarías como tuya propia, y aun trabajarías por acrecentarla, cuanto te fuera posible, porque la caridad no es envidiosa. (*Non aemulatur.*)

¿Eres precipitado en los juicios que formas de tu prójimo, en vez de juzgar con lentitud y desconfiar de tu propia luz y sabiduría? ¿Careces de circunspección en la manera de hablar de él? ¿Te falta la prudencia en tus acciones, y obras con arrogancia, insulsa y neciamente?—Mala señal, porque la caridad no es temeraria, ni indiscreta, ni imprudente, ni proterva. (*Non agit perperam.*)

¿Eres amador de ti mismo, considerándote más que otros, ya por tus haciendas, ya por tu hermosa forma corporal, ya por tus talentos, ya por tus dignidades, ó ya por tus virtudes? ¡Pobre hombre! ¡Cuán errado caminas! No hay caridad en tu espíritu, porque la caridad es humilde, no se nutre con el viento de la soberbia. (*Non inflatur.*)

¿Te impulsa el deseo de honores terrenos á elevarte sobre tu condición y estado, á buscar destinos que te distingan, ó á encargarte de ministerios que den brillo á tus talentos? ¿Te afanas por encumbrarte sobre los demás, y te gozas en los cargos honoríficos, cual si de ellos dependiera tu gloria y tu ventura?—Amado hermano mío, mucho y mal trabajas, porque la caridad no admite

(1) Llámase á la caridad *paciente,* porque engendra á la paciencia, ó lo que es lo mismo, la causa en el alma. La paciencia y la benignidad son actos imperados por la caridad, é igualmente las demás virtudes cuando son perfectos, pues como es Reina de todas, impera, dirige, determina y perfecciona todos los actos virtuosos.

deseos de vana grandeza, ni de exaltaciones humanas; la caridad no ambiciona. (*Non est ambitiosa.*)

Más todavía. ¿Muévete á obrar tal ó cual cosa puramente el temor de que te sobrevenga algún mal terreno, ó la esperanza de que los hombres te galardonen en esta ó en la otra forma? Repáralo bien, porque la caridad no es interesada, sus actos se encaminan principalmente al bien del Amado, la impulsa el *amor de benevolencia*, por más que no excluya el deseo de que el alma sea hecha morada digna de Dios, hija amada suya y heredera del cielo. Es decir, que la caridad no busca en primer término sus propios intereses, sino los que son de Dios y redundan en beneficio común, temporal y eterno. (*Non quaerit quae sua sunt*) (1).

Por consecuencia, amados míos, si obramos con caridad, no nos inquietará desordenadamente nada que nos sea propio. Si se nos avisan nuestros defectos, recibiremos la corrección con humildad y aun con agradecimiento; si nos reprenden con dureza, ó nos colman de injurias, responderemos con paciencia y devolveremos bendiciones; si tenemos que corregir á otros, lo haremos sin pasión, sin ira y sin viveza, porque la caridad jamás se irrita. (*Charitas non irritatur.*)

Demás de esto, obrando con caridad, nunca habrá desorden en nuestros pensamientos; ni respecto de Dios, cuyos juicios inescrutables adoraremos con profundo acatamiento; ni respecto del prójimo, cuyas acciones interpretamos lo más favorablemente posible; ni respecto de nosotros mismos, pues jamás osaremos pensar el mal para ejecutarlo, pues la caridad—ya lo dijo el Apóstol—no piensa lo malo. (*Charitas non cogitat malum.*)

Es más, quien tiene caridad aborrece la injusticia, y cuando ve que alguno infringe la Ley de Dios, siente pena en su corazón, no sólo por ser ofensa de Dios, objeto principal de su amor, sino porque sufre daño el prójimo, á quien ama por amor del mismo Dios. Por el contrario, experimenta singular consuelo cuando es testigo de algunas buenas acciones; pues se goza en que Dios sea por ellas glorificado, y en que reciba provecho espiritual quien las ejecuta. Es decir, que la santa indignación que se levanta en nuestro pecho cuando vemos á los pecadores ofender al Señor, y

(1) Hay que evitar las exageraciones en las virtudes. La caridad no excluye el deseo y la esperanza de la gloria, y lo prueba el mismo San Pablo cuando dijo: *Deseo mi disolución y estar con Cristo.* (Philip., I, 23.) El deseo de la bienaventuranza iba en su corazón acompañado de la más ardiente caridad. Pensar de otra manera, es falso en teoría y peligroso en la práctica.

el gozo con que vemos á nuestros hermanos adelantar y hacer progresos en la virtud, es la piedra de toque para conocer si tenenemos caridad; porque, según dice nuestra Epístola, *la caridad no se alegra en lo malo, sino que se regocija en la verdad.* (*Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati.*

En resumen, *la caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.* Sufre los defectos ajenos; cree todo lo que es racional y prudentemente creible, espera la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos; soporta las adversidades, las calumnias, las persecuciones, la misma muerte... Esto y mucho más hace la caridad, según expresa el Apóstol. Veamos, amados mios, si hay en nuestros corazones esos hermosos sentimientos, y por ellos demos gloria á Dios, porque la caridad es en la tierra el conjunto de todos los bienes y la ausencia de todos los males. Consideremos ahora una última excelencia ó dote de la caridad divina, que es su perpetua duración.

PUNTO 2.°

DE CÓMO LA CARIDAD ES PERPETUA

No queremos decir—Dios nos libre—que la caridad, una vez obtenida, no se pueda perder nunca, porque eso sería herético; pero sí afirmamos que ella, *por sí misma,* jamás se ausenta de nosotros; jamás deja al hombre, á no ser que el hombre la deje á ella primero; es decir, la arroje de sí por el pecado mortal. El que no peque gravemente, conserva siempre la caridad divina en su corazón. Esto es lo que significan aquellas palabras del Apóstol: *Charitas nunquam excidit.*

Significa, además, que la caridad es, entre todos los dones de Dios al hombre, el más excelente, atendiendo á su duración perpetua; porque todas las cosas temporales permanecen sólo en esta vida, y la caridad trasciende á la otra y jamás fenece. Muere el hombre; ¿qué se lleva de este mundo para ofrecerlo á Dios como precio del Reino de los cielos? ¿Serán, por ventura, los bienes de la naturaleza, las haciendas, el poder ó las dignidades?—No; pues todo esto aquí se queda, y ni aun merece que se hable de ello; bien lo muestra el silencio que guarda el Apóstol en su Epístola. Nada dice de tales bienes.

¿Serán el don de profecías, el don de lenguas ó el don de ciencia?—Tampoco. *No las profecías,* porque serían inútiles; en el

cielo no se hace uso de ellas. Allí no habrá predicción de cosas futuras, ni explicación de Misterios obscuros, sino que todos sus felices moradores tendrán en el Verbo un excelentísimo y clarísimo conocimiento de todas las cosas. Las profecías cesarán después de esta vida. (*Sive prophetiae evacuabuntur.*)

No el don de lenguas, porque en las mansiones celestiales carecen de objeto; bien sea que, como sienten algunos, haya una sola lengua (tal vez la hebrea); bien sea que cada cual conserve la suya y haya muchas, pues en ese caso, en el cielo todos las entenderemos y nos ocuparemos en cantar las grandezas de nuestro Dios, con voz inteligible, á toda la corte celestial, y resonará como en un solo acento: *¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!...* Es decir, que cesará el don de lenguas. (*Sive linguae cessabunt.*)

No el don de ciencia, porque es innegable que en el cielo no habrá esta ciencia teológica y filosófica que aquí con tanto trabajo adquirimos, deduciendo consecuencias, ya de las verdades de la fe ó ya de los primeros principios de suyo evidentes, sino que será una teología especial, viéndolo todo en Dios por modo evidente é infalible. Es decir, que en la gloria no hemos de pasar en la ignorancia los días eternos, sino que, como observa el Crisóstomo, un conocimiento más perfecto reemplazará á esta sombra de ciencia que hoy adquirimos y que tanto envanece á algunos hombres. (*Scientia destruetur.*)

Y como lo mismo puede afirmarse de la fe, de la esperanza y de todos los demás dones, cabe, en verdad, decir, que únicamente la caridad es lo que entrará en el cielo con nosotros y no se acabará jamás. (*Charitas nunquam excidit.*)

Todas estas verdades que expresa el Apóstol en la Epístola de hoy, las prueba á continuación, diciendo: *Porque ahora en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando viniere lo que es perfecto, será abolido lo que es en parte.* (Vers. 9-10.) Es decir, que ahora, en esta vida, todos nuestros conocimientos, ya teológicos, ya proféticos, son pequeños é imperfectos; pero que luego en el cielo, adornados con el *lumen gloriae* y por la visión clara y perfecta de la divina esencia, esta ciencia imperfecta de la teología y de la profecía desaparecerá, y veremos las cosas clara y perfectamente tales como son.

Y para que nadie dude de la fuerza de esta prueba pone San Pablo el símil de sí mismo, añadiendo: *Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fuí hombre formado, di de mano á las cosas de niño.* Que fué como de-

cir:—El estado de esta presente vida es como la infancia ó la puericia, en comparación de la vida futura que viene á ser como la edad viril. Ahora, cuando hablamos de Dios y de las cosas divinas, balbucimos como niños; pero luego, cuando tengamos la dicha de estar en el cielo, ¡oh! entonces hablaremos clara y perfectamente como hombres, porque gozaremos de la clara y perfecta visión de Dios.» ¿Cuál será, amados míos, el lenguaje del cielo?

Es decir, añade el Apóstol que *ahora vemos como por espejo en enigma, mas entonces cara á cara.*—Ahora vemos á Dios y los Misterios divinos, no en sí, no directa é inmediatamente, sino por modo indirecto, y como por rayos reflejos; esto es, por las criaturas, por la fe, por las sagradas Páginas; pero luego, en las mansiones celestiales, veremos al Señor sin velos ni sombras, ni figuras, le veremos en sí mismo, clara, distinta é inmediatamente en su esencia, tal como es. ¡Qué hermosura, si bien lo consideramos!

Por último, concluye el Apóstol nuestra Epístola diciendo: *Ahora permanecen estas tres cosas: fe, esperanza y caridad, mas de ellas la caridad es la mayor.* (Ver. 13.) Con efecto, ya lo hemos dicho. Ahora en la presente vida permanecen en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, porque las tres, todas juntas, son necesarias para nuestra perfecta justificación; mas en la vida futura ya no hay fe, porque se ve; ni hay esperanza, porque se posee; permanece en nosotros únicamente la caridad, acrecentada y perfeccionada, porque los bienaventurados en el cielo aman más y mejor, y dicha caridad es la virtud máxima por excelencia, como reina y forma de las demás virtudes, sin la cual todas ellas son informes, muertas, y para la gloria inútiles. Esto es lo que tenía que deciros respecto de la caridad.

Ahora, amados míos, cada cual reflexione y considere si tiene realmente dentro de sí mismo la caridad divina. Ya hemos considerado su *naturaleza*, su *necesidad*, su *utilidad*, su *excelencia* y algunos de sus maravillosos *efectos*. Si conocieres ¡oh cristiano! por dichos efectos que en verdad reside en ti tan eminentísimo don de Dios, y por consiguiente, Dios mismo, caridad eterna é increada y autor de la caridad que á nosotros por tan inefable modo nos sublima y dignifica, dale al Señor rendidas gracias, y también á su Hijo amadísimo Jesucristo, en cuya dilección sagrada deseo que andes, y crezcas, y vivas siempre, abundando en obras buenas, sobrenaturales y divinas, ó sea hechas en caridad, y por impulso suave, dulce y amoroso de la misma caridad.

Si por el contrario, conocieres por los referidos efectos, que no

caminas en dilección sagrada, gime, llora, ruega al Señor con todo tu corazón, y desea adquirirla y trabaja para ello, y no ceses un punto hasta que Dios misericordioso, ó sea el Espíritu Santo, infunda en tu ánimo virtud tan eximia y tan absolutamente necesaria, porque sin ella toda tu vida será tinieblas, desdichas y males sin fin.

Y todos, carísimos hermanos, *amemos al Señor Dios nuestro con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas*, según leemos en el Deuteronomio (1), y no dudemos un punto de que Dios nuestro señor nos ha de galardonar eternamente en la gloria. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el miércoles de Ceniza.

Sobre la santificación del ayuno.

AMADOS hermanos míos: *Acordémonos que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir.* Es decir, acordémonos que, en cuanto al cuerpo, somos formados del barro de la tierra, y que pronto volveremos al polvo del sepulcro; acordémonos que la guadaña inexorable de la muerte siega sin cesar, cual si fueran hierba, las cabezas de los hombres, y que en la hora menos pensada segará también la nuestra; acordémonos que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir. *(Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.)*

Tal es, en resumen, la voz terrible de Dios que resuena hoy en todos los templos del universo, llamando á conversión y á penitencia á todos los cristianos, porque todos, en más ó en menos somos pecadores, y todos necesitamos ayunos, mortificación y

(1) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua. (Deut., VI, 5.)

arrepentimiento. Oíd cómo nos exhorta la Iglesia nuestra Madre en la Epístola de este día; dice así:

Esto dice el Señor Dios: Convertíos de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y gemidos. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos y convertíos al Señor Dios vuestro, porque Él es bueno y bondadoso, y paciente y rico en misericordia, y su bondad sobrepuja á nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá hacia nosotros, y nos perdonará y dejará en pos de sí la bendición para presentar al Señor Dios vuestro sacrificios y ofrendas? Tocad la trompeta en Sión, santificad el ayuno, congregad al pueblo, santificad la Iglesia, juntad á los ancianos, reunid los párvulos y aun los niños de pecho... (Joel, II, 12 al 17.)

Es decir, carísimos hermanos, que estos venerandos días de Cuaresma, no son para emplearlos en diversiones y pasatiempos, sino para vivir en santo recogimiento, en compunción de espíritu y en ayuno saludable, que por eso dice nuestra Epístola: *Santificad el ayuno. (Santificate jejunium.)* ¿Cómo podremos hacerlo? ¿Qué nos interesa considerar? Dos cosas:

1.ª Que el ayuno ha de ser universal en su objeto.
2.ª Que ha de ser sobrenatural en su motivo.

PUNTO 1.º

EL AYUNO HA DE SER UNIVERSAL EN SU OBJETO

No es mi ánimo, amados míos, hablaros hoy del ayuno eclesiástico tal como sabiamente le tiene establecido la Iglesia nuestra Madre para el santo tiempo de Cuaresma, pues es precepto tan por extremo apretado que *obliga á todos los fieles cristianos, que tengan uso de razón y sean mayores de veintiún años*, á no ser que estén eximidos por alguna causa razonable, ó por alguna costumbre legítimamente autorizada. Me propongo sólo daros á entender la manera práctica de santificar nuestros ayunos con una verdadera conversión, tal como lo indica la Epístola de hoy diciéndonos: *Convertíos de todo vuestro corazón, con ayuno, con lágrimas y gemidos.* (Ver. 12.)

La conversión, como se ve, es aquí lo principal, pues el ayuno, las lágrimas y los gemidos, no son otra cosa que actos convenientes para realizar y aun mostrar que en verdad nos hallamos convertidos. ¿Somos pecadores? ¿Debemos enmendarnos? ¿Debe-

mos satisfacer á Dios por nuestras culpas? Pues hagamos penitencia, porque esta virtud, según San Ambrosio, no es otra cosa que *el dolor del corazón, y la amargura del alma por los pecados cometidos* (1). ¿Quién, por santo que sea, no ha caído en algunas culpas, al menos en algunas infidelidades para con Dios, que le hacen sentir pena en su corazón? Pues para esto es la Cuaresma, para reformar nuestras costumbres, para entrar en cordura, para renovar nuestro espíritu y hacer penitencia; que es cabalmente lo que nos inculcó Cristo nuestro Señor, cuando dijo: «He venido á llamar á los pecadores á la penitencia.» *(Veni vocare peccatores ad poenitentiam.)* (Luc., V, 32.) ¡Oh! si los cristianos se impregnaran de este espíritu ¿cómo era posible que profanaran este santo tiempo pensando en diversiones y en espectáculos públicos lo mismo que en cualquiera otra época del año?

Pues bien; la palabra *ayuno*, en su sentido amplio, significa dicha conversión y dicha penitencia, y de él os digo que *ha de ser universal en su objeto,* pues un ayuno que se refiera sólo á la privación de algunos manjares, y tan mitigado como hoy se acostumbra, eso casi no merece el nombre de ayuno. El ayuno verdadero y provechoso es una penitencia ó mortificación, que se ha de extender no sólo al gusto del paladar, sino también á los ojos, á los oídos, á la lengua, á las manos y principalmente al corazón y á la voluntad; y esta es la mente de la Iglesia nuestra Madre, cuando en la Epístola de este día dice: *Santificad el ayuno. (Santificate jejunium.* (Ver. 15.)

«Si únicamente—dice San Bernardo—hubiéseis pecado con el estómago, bastaría tal vez que sólo ayunara el estómago; pero si habéis pecado con todos los miembros de vuestro cuerpo y con todas las potencias de vuestra alma, ¿por qué no han de ayunar el alma y el cuerpo?»

¿Han pecado los ojos con miradas curiosas é indiscretas? Pues que ayunen los ojos, y se priven de todo lo que pueda ser nocivo á la salud ó á la perfección del espíritu. El diablo entra por las ventanas. (*Jejunet oculus.)*

¿Han pecado los oídos estando demasiado abiertos á las palabras vanas de los hombres ó á las murmuraciones de los prójimos, y tal vez cerrados para oir la palabra de Dios? Pues que ayunen los oídos, y se cierren á todo lo que sea inútil, curioso, peligroso

---

(1) Poenitentia est dolor cordis, et amaritudo animae pro malis quae quisque admisit. (San Ambros. *De poenit.)*

y pecaminoso. ¡Cuánto ganaríamos á veces con ser sordos! (*Jejunet auris.*)

¿Ha pecado la lengua con discursos ociosos y mundanos, con palabras menos recatadas, con mentiras y detracciones, ó tal vez propalando errores ó blasfemias hereticales? Nada más justo que ayune la lengua y se abstenga de toda maledicencia, de toda murmuración, de toda burla y disputa, de toda palabra ociosa y de toda inutilidad é inconveniencia. *La muerte ó la vida del alma dependen de la lengua. El que custodia su lengua custodia su alma.* (*Jejunet lingua.*) (1).

¿Han pecado las manos obrando lo malo, lo injusto, lo inverecundo, ó permaneciendo ociosas en la práctica del bien ó en el cumplimiento de sus deberes? Que ayunen, pues, las manos y se ocupen en el continuo ejercicio de obras de misericordia. (*Jejunet manus.*)

¿Ha pecado el corazón con deseos desarreglados, con afectos menos puros ó con avaricias insensatas? Que ayune el corazón y contenga el desorden de sus amores, y el ímpetu de sus ternuras ilícitas, empleando toda su energía en desear las virtudes cristianas y en amar á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. (*Jejunet cor.*)

Por último, ¿ha pecado la voluntad, queriendo obrar por sí misma sin sujeción á la de los superiores, dejándose arrastrar de las indómitas pasiones? Pues que ayune la voluntad propia, sometiéndose enteramente á la divina y desechando todos los deseos del siglo, honores, riquezas, placeres, comodidades y todo lo que puede ser desagradable á los ojos de Dios. (*Jejunet voluntas.*)

«Todo esto—según observa San Bernardo—nos denota claramente el Señor cuando en la Epístola de este día nos dice: *Convertíos á mí de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y gemidos.* (*Convertimini ad me*).

»Y en efecto—pregunta el Santo—¿qué significa convertirse á Dios de todo corazón?—Significa—responde el mismo—que todos los afectos dirigidos antes á las criaturas, se encaminen ahora al Creador. En el corazón del hombre hay cuatro afectos principales, á saber: *amor, temor, gozo y tristeza.*»

El que amaba antes al mundo sin acordarse de Dios, y ahora ama á Dios sin acordarse del mundo, ese está convertido. El que

(1) Mors et vita in manu linguae. (Prov., XXVIII, 21).—Qui custodit os suum, custodit ab augustiis animam suam. (Prov., XXI, 23.)

antes temía á quien podía matar el cuerpo, y ahora ya no teme sino al que puede enviar el alma á los infiernos, ese está convertido. El que se gozaba antes en sus honores, en sus riquezas y deleites, y ahora se regocija en sus ganancias espirituales, en sus victorias sobre las pasiones, en los dones de la gracia y en Dios, su Salvador, ese está convertido. El que antes se afligía con las pérdidas temporales, con las presentes miserias y con las enfermedades del cuerpo, y ahora se entristece única ó principalmente por el pecado, por ser ofensa de Dios, ese está convertido. Por consiguiente, todo aquel que experimente en sí mismo estas cuatro conversiones, es indudable que se halla convertido á Dios de todo su corazón. Ved aquí por qué á continuación añade nuestra Epístola: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos. (Scindite corda vestra et non vestimenta vestra.)* (Ver. 13.)

Es preciso, pues, hacer que el ayuno del cuerpo sea santo y meritorio por el ayuno del alma y del corazón, ó sea por la abstinencia de los pecados y la práctica de las virtudes. Este es el ayuno que prescribe el Profeta en nuestra Epístola, diciendo: *Santificad el ayuno.* (*Sanctificate jejunium.*) (Joel, I, 25.) Y esto es lo que yo he querido significaros al añadir que *nuestro ayuno ha de ser universal en su objeto.* Pero os decía que además había *de ser sobrenatural en su motivo*, y esto es lo que ahora os diré en breves palabras.

PUNTO 2.°

EL AYUNO HA DE SER SOBRENATURAL EN SU MOTIVO

No se puede dudar, carísimos hermanos, que hoy, aun en las familias cristianas, se halla muy descuidada la obligación del ayuno. Dícese que las naturalezas antes podían más; tal vez no andará errado el que afirme que hoy la devoción ha venido á menos. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que muchos de nuestros ayunos carecen de mérito delante de Dios, porque les falta el ser hechos *por motivos sobrenaturales.* ¿Cuáles son las miras que se proponen muchos de los ayunadores de nuestros tiempos? Bien quisiera equivocarme en lo que ahora voy ó deciros.

Hay personas que ayunan por miras *enteramente humanas*; por *el qué dirán*, pues dicen en su interior:—Si ven que no ayuno, me tendrán por anticristiano. Tal vez ayunen por costumbre, ó porque les viene bien á su salud, ó porque les agrada variar de ali-

mentos. ¿Cómo es posible que estos ayunos agraden al Señor?

Hay otras personas que ayunan *por simple obediencia* á sus superiores, *ó por interés* personal, ó por parecer penitentes y mortificados, al modo que lo hacian los fariseos. *(Ut appareant hominibus jejunantes.)* ¿Quién no ve aquí un ayuno falso, criminal é hipócrita?

Es, pues, de necesidad que nuestros ayunos y penitencias sean hechos no por miras mundanas, ruines y miserables, sino por agradar á Dios nuestro Señor, por cumplir los preceptos saludables de su Iglesia, por aplacar á su divina Majestad ultrajada; en suma, es preciso que ayunemos *por motivos sobrenaturales;* pues esto es lo bueno, lo santo y lo meritorio, y esto es lo que nos enseña hoy la Epístola de la Misa, diciendo: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos y convertíos al Señor Dios vuestro*; *porque Él es bueno y bondadoso, y paciente, y rico en misericordia, y su bondad sobrepuja á nuestra malicia.* (Ver. 13.)

Lo cual ciertamente es como si la Iglesia dijera: Cristianos, todos somos culpables, todos hemos ofendido al Señor muchas veces, y es de absoluta necesidad que ahora, habiendo llegado este santo tiempo de Cuaresma, hagamos penitencia por nuestras culpas, mortificando bien nuestras pasiones y haciendo un ayuno verdadero, no por respetos humanos, ni por consideraciones terrenas, sino *por motivos sobrenaturales*, tal como agrada á su corazón divino, pues si el Señor nos ve con lágrimas y arrepentimiento, le desarmamos fácilmente, le quitamos el azote de la mano, y no pondrá en ejecución sus castigos, porque al fin es nuestro Padre, paciente, benigno y lleno de misericordia. *(Quia benignus, et misericors est, patiens et multae misericordiae.)* (Ver. 13.)

¿Quién sabe—añade nuestra Epístola—*si después de habernos perdonado, nos colmará de bendiciones, para que podamos ofrecerle con puro corazón nuestros sacrificios y ofrendas?* (1).

Ved aquí, amados míos, lo que la Iglesia nuestra Madre nos propone como medio de salvación al comenzar la Cuaresma, y en verdad que no hay para nosotros cosa que más nos interese. Se trata de satisfacer á Dios nuestro Señor por todas nuestras culpas, defectos é imperfecciones; se trata de redimir una eternidad de penas, con las pequeñas penitencias de algunos días; se trata de ganar el cielo mediante la distribución de algunas pequeñas

---

(1) Quis scit si convertatur et ignoscat, et relinquat post se benedictionem? (Ver. 14.)

limosnas: se trata de conquistarnos una corona eterna de gloria sólo por haber santificado con nuestra mortificación y buenas obras el ayuno cuadragesimal. (*Sanctificate jejunium.)*

¡Cuán bueno es el Señor y cuán infinita su misericordia! ¡Cuán á poca costa se da por vencido cuando nos ve penitentes y humildes en su divina presencia! Seamos, pues, dóciles y agradecidos á su divino llamamiento. Él nos quiere buenos, perfectos y santos, y al efecto nos abre sus brazos amorosos de un modo especial en este santo tiempo; santifiquemos el ayuno, como se nos recomienda en la Epístola de este día, y no dudemos un punto de que, haciendo lo que esté de nuestra parte, Él nos asistirá y fortalecerá con su divina gracia, y después de nuestras pequeñas mortificaciones en esta vida, coronará nuestras obras con un galardón eterno en el Reino de los cielos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el miércoles de Ceniza.

Sobre el remedio á nuestros males.

AMADOS hermanos mios: El profeta Joél, hijo de Fatuél, antes que llegara el terrible azote con que el Señor había de castigar á su pueblo ingrato, levanta su voz inspirada del cielo y exhorta á todas las personas de toda edad, sexo y condición, á que lloren, giman y se humillen en la presencia del Señor con ayunos, oraciones y penitencias, prometiéndoles el perdón de Dios y abundancia de muchos bienes. De semejante manera la Iglesia nuestra Madre cuando llega el santo tiempo de Cuaresma, convida á todos los fieles cristianos á que se reúnan en torno del altar y hagan penitencia con ayunos y oraciones, para aplacar á Dios nuestro Señor y que en su misericordia se digne perdonarnos todas nuestras culpas y concedernos la abundancia de sus gracias celestiales. Oid cómo se expresa el citado Profeta en la Epístola de este día, dice así:

Hermanos: *tocad la trompeta en Sión, santificad un ayuno, convocad á junta, congregad al pueblo, santificad la Iglesia, juntad á los ancianos y á los jóvenes y aun á los niños de pecho... Entre el atrio y el altar llorarán los sacerdotes, y dirán: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitáis caiga el oprobio en vuestra herencia, de modo que se enseñoreen de ella las naciones. ¿Por qué dicen en los pueblos: Dónde está su Dios? El Señor miró con celo su tierra y perdonó á su pueblo y le dijo: Os enviaré trigo, y vino, y aceite, y seréis abastecidos de ello, y no volveré á dejar que seáis el oprobio de las naciones.* (Joél, II, 15 á 19.)

Dos cosas, hermanos carísimos, nos muestra el Señor en esta Epístola y de ambas pienso hablaros ahora:

1.ª Que es necesario arrepentirnos y clamar á Dios.
2.ª Que el Señor atiende á los que le invocan.

PUNTO 1.º

DE CÓMO ES PRECISO ARREPENTIRNOS Y CLAMAR Á DIOS

Verdaderamente asombra y aterra la palabra de Dios que vino al Profeta hijo de Fatuél, como exordio de la Epístola de este día. Comienza de esta manera: *Oid esto, ancianos, y escuchad todos los moradores de la tierra... De esto hablaréis á vuestros hijos, y vuestros hijos á sus hijos, y los hijos de éstos á las generaciones venideras...* (Joel, I, 2—3). ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que va á decir el Profeta que tanto y tanto lo encarece? Oigamos sus propias palabras:

Lo que dejó la oruga comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón comió la roya. (Ver. 4.)

¡Qué palabras! ¿Cuál es su significado? Muchos Padres é intérpretes lo entienden al pie de la letra; otros lo acomodan á las diversas plagas que habían de venir sobre el ingrato pueblo judío; mas nosotros lo aplicaremos ahora al estado actual de nuestras sociedades ingratas á Jesucristo y á su Iglesia, pues por desgracia han venido sobre ellas: primero, la *oruga,* ó sea la plaga horrorosa del *protestantismo;* segundo, la *langosta* devoradora del *racionalismo;* tercero, el *pulgón* desolador del *masonismo*, y cuarto, la *roya* roja del *liberalismo;* sobre lo cual podemos añadir hoy una quinta plaga peor que todas, que es el *semiliberalismo*, ó sea el *catolicismo-liberal.*

La primera plaga, esto es, el *protestantismo,* rechazó el magis-

terio divino de la Iglesia, y tomando como única fuente de verdad la Biblia, sujeta al libre examen, ó sea á la razón individual, sentó las bases del *racionalismo.*

El *racionalismo*, pues, que es la segunda plaga, salió del *protestantismo* como de la flor el fruto. Así lo declaró la augusta Asamblea del Concilio Vaticano por estas palabras: *Nadie ignora que, después de haber rechazado el divino magisterio de la Iglesia y dejado las cuestiones religiosas al juicio de cada uno, las herejías proscriptas por el Concilio de Trento, poco á poco se dividieron en sectas múltiples, separadas por las doctrinas y combatiéndose entre sí, de tal manera, que muchos perdieron toda fe en Jesucristo. Han llegado ya al punto de no tener por divina la misma sagrada Biblia, que en otro tiempo afirmaban era la única fuente y solo juez de la cristiana doctrina, y hasta contarla en el número de las fábulas míticas.* (Conc. Vatic., *De fide cath.*, Proem.) Es decir, que los protestantes dijeron:—Nada de autoridad de la Iglesia; *la Biblia y la razón sola.*—Pero en pos de ellos vinieron sus discípulos, los racionalistas, y añadieron:—Nada de Iglesia y nada de Biblia; *la razón sola.* Esta es la única fuente de verdad.—Ved aquí el *racionalismo.* ¿Puede darse plaga más pestilencial que ésta para los humanos corazones?

Pues oid, amados míos, porque aún no lo hemos dicho todo. Existe entre nosotros, y extendida por todo el universo como órgano de Lucifer, una tercera plaga social, sacada ó nacida de las entrañas mismas del naturalismo ó racionalismo, llamada *Masonería.* Secta infernal que, «sin disimular ya sus intentos, se anima audacísimamente contra la Majestad de Dios, maquina al descubierto y en público la ruina de la santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiese, enteramente á los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo nuestro Salvador... El último y principal de sus intentos es destruir hasta los fundamentos de todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando á su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo.» (Encycl. *Hum. genus.)* Esto es, amados míos, lo que intenta la *Masonería.*

Mas vengamos á la cuarta plaga, es decir, al *liberalismo,* hermano gemelo del *masonismo*, hijo legítimo del *racionalismo*, ó sea una nueva forma de dicho racionalismo. *En realidad*—dijo nuestro santísimo Padre León XIII,—*lo que en Filosofía pretenden los naturalistas ó racionalistas, eso mismo pretenden en lo moral y en la política los fautores del liberalismo, los cuales no hacen sino aplicar*

á las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del naturalismo. (Encycl. *Libertas.*)

Es decir, que *el liberalismo, especie de naturalismo político, es un sistema que profesa la separación é independencia, en mayor ó menor escala, del orden natural respecto del sobrenatural; de forma que el Estado, en sus diversos organismos y relaciones, viva y obre sin someterse al orden sobrenatural, sin tener en cuenta las doctrinas y leyes de la Iglesia, que es su custodio, su aplicación y su intérprete* (1).

¡Parece imposible, amados míos, que hayamos llegado á tal extremo de insensatez los católicos, que hemos tenido la dicha de ser regenerados é incorporados á Cristo, mediante las aguas santificantes del Bautismo! Ved aquí por qué, muchos cristianos, asustados de tan funestos errores y viéndolos condenados por la Iglesia, Maestra infalible de la verdad revelada, quieren privadamente ser católicos y creen y confiesan y comulgan, y hasta son fervorosos congregantes de Asociaciones religiosas, pero *oficialmente*, no resolviéndose á dejar los puestos lucrativos que ocupan en el orden político, buscan medios de conciliación entre la Iglesia y el liberalismo, desean hermanar el dogma con el error, lo cual es imposible, y éstos, más ó menos adictos á las libertades modernas, se llaman *católico-liberales*, de quienes el gran Pío IX dijo lo siguiente: *Lo que para vosotros temo no son esos miserables de la «Commune», verdaderos demonios escapados del infierno; es el liberalismo católico, ó sea ese sistema fatal, que sueña en poner de acuerdo dos cosas inconciliables, la Iglesia y la revolución... Es necesario guardarse bien de estar de manera alguna en connivencia con las opiniones falsas, ó combatirlas más flojamente de lo que consiente la verdad* (2). Esto dijo el gran Pontífice para eterna ignominia de los católico-liberales.

Tenemos, pues, que así como en la profecía de Joél, «lo que dejó la oruga comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón comió la roya», así también en nuestra sacrosanta Religión, podemos decir:—Lo que dejó sin destruir el *protestantismo* fué invadido por el *racionalismo,* y lo que dejó intacto el racionalismo, procura aniquilarlo el *masonismo,* y lo que aun no ha podido corromper el masonismo, se han encar-

(1) Pastoral de los Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos.
(2) Pío IX á los romeros franceses en 1871 y León XIII, en su Encycl. *Immortale Dei*, 1.º de Noviembre de 1885.

gado de llevarlo á la putrefacción el *liberalismo* y el *semiliberalismo*.—¡Y habrá todavía cristianos que osen llamarse liberales! ¿Y habrá liberales que se forjen la ilusión de ser católicos?

Por tanto, amados míos, en vista de tan espantosa herejía como por todas partes nos circunda, y oprime y persigue con el satánico fin de arrancar de nuestros corazones la fe de Jesucristo, no puedo menos de hacer mías las palabras de la Epístola de hoy y deciros con la Iglesia: *Hermanos, tocad la trompeta en Sión, santificad el ayuno, y haced penitencia*, para que el Señor se apiade de nosotros;... *Y los sacerdotes al mismo tiempo lloraremos en el atrio y el altar y diremos: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitáis que caiga el oprobio en vuestra herencia, y que se enseñorecen de ella las naciones, y que nos digan por befa: Cristianos, ¿dónde está vuestro Dios?* (Joél, II, 15 y 16.)

Pero ¡oh hermanos carísimos! Después de habernos purificado y arrepentido de nuestras culpas, y de haber implorado la clemencia del Señor, demos aliento á nuestra esperanza, pues por más que ruja la impiedad, podemos responder con el santo Rey David. *Nuestro Dios está en el cielo: todo cuanto quiso hizo* (1). Es decir, nuestro Dios es el Señor omnipotente, Rey de cielos y tierra, sin cuya voluntad nada se hace, y todas vuestras inicuas pretensiones quedarán aniquiladas. Veamos, pues lo que añade el Profeta en nuestra Epístola:

PUNTO 2.°

DE CÓMO EL SEÑOR SOCORRE Á LOS QUE LE INVOCAN

El Señor—dice—*miró con celo su tierra y perdonó á su pueblo*. (Ver 18.) Palabras dulcísimas y consoladoras, que son como si el Señor dijera—«¡Oh, pueblo mío predilecto! Has prevaricado, siendo ingrato á mis beneficios y olvidándote de tu Dios; has dado entrada franca en tus dominios á las cinco plagas de *oruga, langosta, pulgón, roya é hijo de la roya*; es decir, al *protestantismo, racionalismo, masonismo, liberalismo y semiliberalismo*; has provocado mi ira y mi justa indignación; mereces, por tanto, horrible y eterno suplicio; mereces que yo aparte de ti mis ojos y te deje abandonado á tu réprobo sentido, y á tus concupiscencias insaciables... Mas, porque ¡oh cristianos! os veo arrepentidos, mortifica-

(1) **Deus noster in coelo: omnia quaecunque voluit, fecit. (Psalm. CXIII, 3.)**

dos y penitentes, recibiendo sobre vuestras cabezas la ceniza y santificando vuestro ayuno con obras buenas y con súplicas humildes ante mi presencia soberana, yo, que al fin soy vuestro Padre, y que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, yo os miro con ojos de eterna compasión y os perdono, y si sois perseverantes en el bien, os colmaré de bienes temporales y eternos, y en lo sucesivo, nunca, jamás, permitiré que seáis entregados al furor de vuestros enemigos y al vituperio de las gentes.

Sí, amados míos; esto nos dirá el Señor Dios, si nos ve arrepentidos, humildes y suplicantes, porque este es el orden de su divina Providencia, porque estas son sus entrañas amorosas, porque así nos lo tiene prometido en mil pasajes de las santas Escrituras, porque éste es el efecto propio de nuestras oraciones bien hechas, y porque así nos lo indica la Iglesia nuestra Madre en la presente festividad, poniendo en nuestra Epístola aquellas palabras del Profeta: *Respondió el Señor y dijo á su pueblo: He aquí que yo os enviaré trigo, y vino, y aceite, y seréis abastecidos de ello, y no volveré á dejar que seáis el oprobio de las naciones.* (*Et non dabo vos ultra opprobium in gentibus.*) (Ver. 19.)

De esta manera, carísimos hermanos, termina la Epístola de la presente Dominica, y por ella se ve que el Señor Dios, si nosotros enmendamos nuestra vida, y mortificamos nuestras pasiones, y cooperamos á sus gracias, y santificamos el ayuno con oraciones y buenas obras, nos mirará con ojos de misericordia y no permitirá nunca que las cinco plagas dichas lleguen á enseñorearse de nuestros corazones, ni de nuestras familias, ni de nuestra católica é infortunada nación. (Antes bien—añade el sagrado Texto—*alejará de su pueblo* (de nosotros) *el terrible enemigo, y le arrojará á tierra despoblada y yerma, donde exhalará su hedor insoportable y su corrupción pestífera, porque obró con soberbia.* (*Ascendet putredo ejus, quia superbe egit.* (Ver. 20.) Este será el fin de la herejía contemporánea.

Por último, levanta su voz el Profeta (Ver. 23), y dice á aquel pueblo (y con él á nosotros): *Y vosotros, hijos de Sión, gozaos y alegraos en el Señor Dios vuestro, porque os dió el Doctor de la justicia, y hará descender á vosotros lluvia temprana y tardía, así como al principio.* Es decir, porque nos dió á Jesucristo, Doctor infalible, que nos enseña la verdadera santidad y justicia, y hará llover sobre nosotros la lluvia copiosa de sus gracias espirituales, de sus frutos divinos y de los dones del Espíritu Santo.

Finalmente, dice el Sagrado Texto que *el Señor nos compensará los daños que nos causaron la oruga, la langosta, el pulgón y la roya, por ser estas plagas un como ejército suyo terrible, que envió contra nosotros* para castigarnos por todas nuestras prevaricaciones, para que entremos en cordura, para que alabemos el nombre del Señor Dios nuestro, y sepamos *que Él está en medio de nosotros, y que no hay más Dios que Él.* (*Ego Dominus Deu vester, et non est amplius.* (Joél, II, 25 á 27). ¡Ojalá que esto sirva para que abramos los ojos y reine en nuestros corazones Cristo nuestro Señor!

Tales son, amados míos, las piadosas consideraciones á que se presta la Epístola sagrada de la presente festividad, y que nosotros podemos aprovechar en beneficio de nuestras almas, con la dulce confianza de que, si así lo hacemos, tendremos paz cumplida en este mundo y después gozo sempiterno en el Señor por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo primero de Cuaresma.

Sobre la gracia de Dios.

Hermanos *míos*—dijo San Pablo á los fieles de Corinto,—*nosotros los Apóstoles hacemos las veces de Cristo en la tierra, somos mensajeros de Dios á los hombres, y por tanto, cuando os predicamos, es lo mismo que si Dios os exhortara por nuestra mediación* (1).—Quiere esto decir, carísimos hermanos, que lo que antes hizo Dios Padre por Cristo nuestro Señor, lo hace hoy por nosotros los sacerdotes, vicarios de Cristo. Dios predicó entonces á los hombres el Evangelio por los labios de Jesús, y hoy le predica el mismo Dios por los labios del sacerdote, ministro del mismo Jesús. He aquí por qué el grande Apóstol, en la Epístola de este día, dice de esta manera:

(1) Pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos. (II Cor., V, 20.)

Os exhortamos, como coadjutores del Señor, que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque Él ha dicho en las sagradas Escrituras: Te oiré en tiempo agradable y te ayudaré en el día de salud. Pues he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salud. (II Cor., VI, 1-2.)

Tales son, carísimos hermanos míos, las sagradas palabras que resuenan hoy en todos los templos del orbe católico, y yo también, vicario de Cristo y en cumplimiento de mi ineludible obligación, vengo hoy á deciros con el Apóstol: *Os exhorto, hermanos, como enviado de Dios, que no recibáis en vano la gracia del Señor, porque ahora es el tiempo aceptable y el día de la salud.*

Dos cosas, pues, habré de explicaros en esta breve instrucción:

1.ª La naturaleza, necesidad y excelencia de la gracia de Dios.
2.ª La necesidad de cooperar á ella.

PUNTO 1.º

NATURALEZA, NECESIDAD Y EXCELENCIA DE LA GRACIA DIVINA

Mucho se habla, amados míos, de la gracia de Dios, y sin embargo, ¡cuán pocos son los hombres que comprenden su valor! ¿Qué significa esta gracia que tanto encarece el Apóstol en la Epístola de este día? «Gracia—dijo Santo Tomás (1.ª 2.ae, q. CX, a. 2.),—*es cierta entidad sobrenatural, ó sea cierto auxilio sobrehumano y gratuito, que Dios nos da por los méritos de Cristo, para la santificación de nuestras almas.*»

Dice *entidad*, porque la gracia es una cosa real y verdadera, sobrenatural, procedente de Dios, dada gratuitamente al hombre y existente en su alma. «La luz—dijo San Agustín—pone algo en el objeto iluminado; y la gracia, que es cierta luz del alma, pone algo en ella» (1). ¿Qué cosa es esta *gracia* tan sobrenatural y divina con que Dios nuestro Señor se digna enriquecer y hermosear nuestro espíritu? «Es—dicen los teólogos—de dos especies: una que, á manera de hábito, santifica y se llama *santificante;* otra que mueve al alma para la santificación, á modo de auxilios actuales, y se denomina *actual.*»

La primera, tiene por efecto destruir instantaneamente el pecado, hacernos verdaderos amigos de Dios é hijos adoptivos suyos,

(1) San Agust. *De natur. et grat.*, cap. LII.

y por consecuencia, nos justifica y nos da derecho al Reino de los cielos. La segunda, esto es, la gracia *actual,* consiste en cierta piadosa iluminación de nuestro entendimiento, ó cierta moción de nuestra voluntad hacia el bien, ó cualquiera otra acción, con la cual Dios, en cuanto es de su parte, nos ayuda para obtener nuestra eterna beatitud *.

Pues bien; esta gracia divina, que tan gratuita y generosamente nos otorga el Señor para que seamos santos, y obremos lo

---

* Todo esto, carísimos hermanos, es de suyo sencillo y clarísimo á nuestra fe católica; mas he aquí que la impiedad contemporánea, ciega con sus errores, dice:—El hombre es, naturalmente libre en sus actos deliberados, y esa gracia divina que los católicos consideran necesaria para nuestra vida moral, destruye por completo toda libertad humana.—Falso de toda falsedad, cristianos, porque la gracia no se opone á la naturaleza, antes bien la perfecciona; es decir, que la gracia en nada destruye el libre albedrío, sino que le encamina á lo bueno y le eleva al orden sobrenatural; nadie es, en verdad, más libre que el cristiano cuando es fiel á su ley y dócil á la gracia de Dios. Oigamos sobre este punto la voz augusta é infalible de nuestro santísimo Padre León XIII. Dice así:

«Puesto que la libertad en el hombre es de tal condición, pedía ser fortificada con defensas y auxilios á propósito para dirigir al bien todos sus movimientos y apartarlos del mal; de otro modo, hubiera sido gravemente dañoso al hombre el libre albedrío... Fué necesaria *la ley natural,* primera entre todas las leyes... La ley natural es la misma *ley eterna,* ingénita en las criaturas racionales, inclinándolas (nótese que no dice *obligándolas,* sino *inclinándolas*) á las obras y fin debidos, como razón eterna que es de Dios, Criador y Gobernador del mundo universo. Á esta regla de nuestras acciones y freno del pecar se han juntado, por beneficio de Dios, ciertos auxilios singulares y aptísimos para regir la voluntad y robustecerla. El principal y más excelente de todos ellos es la virtud de la divina *gracia,* la cual, ilustrando el entendimiento é impeliendo al bien moral la voluntad, robustecida con saludable constancia, hace más expedito y juntamente más seguro el ejercicio de la libertad nativa. Y está muy lejos de la verdad el que los movimientos voluntarios sean, á causa de esta intervención de Dios, menos libres; porque la fuerza de la gracia divina es íntima en el hombre y congruente con la propensión natural, porque dimana del mismo Autor de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, que es quien mueve todas las cosas, según conviene á la naturaleza de cada una.» (Encycl. *Libertas,* 20 de Junio de 1888.)—Véase por aquí cuán errado camino llevan los herejes de nuestros tiempos.

bueno, y le demos gloria, y consigamos la vida eterna, es para nosotros *absolutamente necesaria para ir al cielo,* ya se considere como *gracia santificante,* ya como *gracia actual.*

En cuanto á la *gracia santificante,* dijo San Pablo: «*Los gajes del pecado son la muerte; mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesucristo* (1). *Donde creció el pecado, sobrepujó la gracia, para que como reinó el pecado para muerte, así también reine la gracia para justicia para vida eterna*» (2). Es decir, que el efecto principal de la *gracia santificante* es purificar á los hombres de sus pecados y poner en su corazón deseos eficaces de vivir santamente, para llegar á la posesión de la eterna felicidad en la gloria por los méritos y gracia de Cristo nuestro Señor. Y como sin esta purificación ó justificación es imposible entrar en el cielo, he aquí por qué la gracia santificante es á todo hombre *absolutamente necesaria* para entrar en la gloria.

Clara y expresamente enseña San Agustín esta necesidad, diciendo: «Sin la gracia de Cristo no pueden ser salvos ni aun los tiernos infantes y mucho menos los hombres con expedito uso de razón.» (*De natur. et grat.*) Y en nuestro Kempis leemos: «Aun cuando supieses toda la Biblia á la letra, y los dichos de todos los filósofos, ¿de qué te aprovecharía todo esto sin caridad y gracia de Dios? *Vanidad de vanidades, sino amar á Dios y servirle á Él solo.*» (*Imit.*, lib. I, cap. I, núm. 3.)

Y lo mismo cabe decir respecto de la *gracia actual;* pues nada hay más sabido entre cristianos que sin ese auxilio de lo alto nos hallamos en absoluta impotencia para todo bien que se ordene á nuestra salvación eterna. *Ninguno*—dijo Jesucristo—*puede venir á mí si no le trajere el Padre que me envió* (3). Y el grande Apóstol nos dice: *Dios es el que obra en nosotros así el querer como el ejecutar su beneplácito* (4). *Ni aun el nombre de Jesús podemos pronunciar* (con afecto y piedad) *sino por el Espíritu Santo* (5).

Luego según esto que llevamos dicho, podemos todos comprender la grande excelencia de la gracia y exclamar con el pia-

---

(1) Stipendia pecati, mors. Gratia autem Dei, vita aeterna, in Christo Jesu Domino nostro. (Rom. VI. 23.)

(2) Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia: ut sicut regnavit peccatum in mortem, ita et gratia regnet per justitiam in vitam aeternam. (Rom., V, 20-21.)

(3) Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum. (Joann, VI, 44.)

(4) Deus est qui operatur in vobis et velle, et perficere pro bona voluntate. (Philip., II, 13.)

(5) Nemo potest dicere *Dominus Jesus* nisi in Spiritu Sancto. (I Cor., XII.)

doso autor de la *Imitación de Cristo:* «¡Ah, Señor, necesaria es tu gracia; y grande gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su juventud... ¡Cuán necesaria me es, Señor, tu gracia para comenzar el bien, continuarlo y perfeccionarlo. Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; pero en ti todo lo puedo, confortado con la gracia! ¡Oh gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los merecimientos propios, ni se han de estimar en algo los dones naturales! Ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio, ó la elocuencia valen delante de ti, Señor, sin tu gracia. Porque los dones naturales son comunes á buenos y á malos; mas la gracia ó la caridad es don propio de los escogidos, y con ella se hacen dignos de la vida eterna.» (Kemp., lib. III, cap. LV) *.

Ahora bien, amados míos, conocida ya la *naturaleza*, *necesidad* y *excelencia* de la gracia, fácilmente comprenderemos la obligación que tenemos de cooperar á ella, que es á lo que el Apóstol endereza la Epístola de este día.

---

* Esta es, amados míos la doctrina católica respecto de la gracia de Dios; mas ¡oh dolor! Enfrente de esta enseñanza tan sublime y consoladora, se levanta orgullosa la herejía moderna y por boca de sus adeptos dice:—Nosotros rechazamos el *orden sobrenatural*, y sólo admitimos el *orden de la naturaleza.* Nada de conocimientos sobrenaturales, nada de revelación divina, nada de gracia santificante ni de auxilios de Dios superiores á la razón, nada de Jesucristo, ni de Iglesia, ni de sacramentos... A nosotros bástanos la razón humana, bástanos la Filosofía que se funda en la naturaleza, y no queremos la Teología, que se cimenta en la gracia.—¡Pobres hombres! Son ciegos, que en vez de pedir á Dios la vista para contemplar los esplendores del Evangelio, maldicen y reniegan de él sin saber qué cosa sea. ¡Oh hermanos míos! Vais errados; instruíos en la Religión sacrosanta de Cristo nuestro Señor, y no os quede duda que buscando la verdad de buena fe, Dios os iluminará, y abriréis vuestros ojos y sellaréis vuestros labios, dejando de blasfemar de aquello que ignoráis. El Santo Concilio Vaticano, en su cap. II, can. 3. *De fide cath.*, condena vuestros errores, y esto debe bastaros á lo menos para procurar instruiros.

PUNTO 2.°

DE LA COOPERACIÓN Á LA GRACIA

Hermanos—dice el insigne Doctor,—*os exhortamos, como coadjutores de Dios, que no recibáis en vano su gracia divina.* (Ver. 1). Lo cual es como si les dijera:—Soy ministro de Dios y embajador suyo, para predicaros y para ayudaros en su nombre.—De igual manera, amados oyentes míos, os digo yo á vosotros:—Soy cooperador vuestro en el gran negocio de vuestra salvación, y por razón de mi ministerio, debo ayudaros á conseguirla, debo predicaros en nombre de Jesucristo, cuyo embajador soy cerca de vosotros; Dios mismo es quien por mi boca os habla, os ruega, os insta. *Os exhorto,* pues, con el Apóstol, *á que no recibáis en vano la gracia de Dios. (Videte ne in vacuum gratiam Dei recipiatis).*

Gracia de Dios es el que hoy os hable yo al corazón con toda la energía de mi espíritu, y con todo el amor que en Cristo nuestro Señor os tengo. *No recibáis en vano esta gracia.*

Gracia de Dios es la remisión de los pecados que en nombre del Señor os ofrezco, si humildemente los confesáis, y os arrepentís de ellos, con propósito de enmienda. *No recibáis en vano esta gracia.*

Gracia de Dios es el que una vez perdonadas vuestras culpas perseveréis libres de ellas, huyendo las ocasiones de cometerlas, y procurando estirparlas de los corazones de todos los hombres. *No recibáis en vano esta gracia.*

Gracia de Dios es la facultad de conocer y de obrar lo bueno, otorgada por el Señor misericordiosamente á todos los hijos de Adán, y en vano la recibe el que la tiene ociosa, y no obra con ella, y no la aprovecha con diligencia para cumplir los preceptos de Dios, y de la santa Madre Iglesia. *No recibáis en vano esta gracia.*

Gracia de Dios es la perseverancia en las obras virtuosas y en la abstinencia de todo pecado, é inútil sería nuestra reconciliación con Dios, si después de haberla obtenido tornamos á ofenderle y no conservamos como perla preciosa el don inefable de la justificación. *No recibáis en vano la gracia del Señor.*

Gracia de Dios, y gracia sublime es nuestra vocación á la fe, el haber sido hechos cristianos por el santo Bautismo; pero grande inutilidad si después de merced tan señalada despreciamos esa fe,

ó nos apartamos de ella, ó no vivimos según ella, ó no la perfeccionamos con el fuego santo de la dilección sagrada. *No recibáis en vano la gracia del Señor.*

¡Oh! ¡Cuántos cristianos hacen inútil en sí mismos la gracia de Cristo, y Cristo mismo, gracia substancial, que desea habitar en nuestros corazones como en su propia casa, para endiosarnos con todos los inefables carismas del Espíritu Santo! A todos ellos, pues, conviene que el sacerdote católico, levantando su voz cuanto pueda, les diga con el Apóstol San Pablo: *Hermanos, os exhortamos á que no recibáis en vano la gracia de Dios.* (*Hortamur vos, ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.*)

Y como quiera que este asunto es de altísima importancia en la vida cristiana, apremia el egregio Apóstol á los fieles de Corinto y también á nosotros, añadiendo á continuación: *Dios nuestro Señor dijo por Isaías* (XLIX, 8.) *Te oiré en tiempo aceptable y te ayudaré en el día de la salud. Ahora, pues, os ha llegado ese tiempo aceptable; ahora es el día de la salud.* (Ver. 2.) Como diciendo:—Ya ha llegado para vosotros ¡oh cristianos! aquel día venturoso de salvación y de vida; no dejéis que pase inútilmente, sino aprovechadlo con mucho esmero para obrar en él vuestra eterna felicidad. El tiempo que transcurrió antes de la venida de Cristo, no fué propiamente día, sino más bien noche tenebrosa, en la cual todo era sombras y figuras; ahora estamos en pleno Evangelio, estamos en el tiempo de Cristo, que es día verdadero, día de salud, porque Él es la salud del mundo, día luminoso puesto que Cristo es luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Ahora es tiempo aceptable, tiempo de gracia, tiempo en que Dios ha nacido, y ha padecido, y ha muerto por nosotros; tiempo en que nos ha dado su propia vida para que nosotros tengamos vida y la tengamos en abundancia.

Esto es, amados míos, lo que significa nuestra Epístola, y esto es lo que yo quisiera dejar bien grabado en vuestro corazón. Hace ya muchas semanas, muchos años quizá, que el Señor os está esperando para usar de misericordia con vosotros (1). Hasta ahora tal vez alguno se haya hecho sordo á los llamamientos de la divina gracia, tal vez haya sido fugitivo de la providencia de Dios, que vela por nosotros; pero demos gracias al Señor, que aún os aguarda para convertiros, y hoy mismo me envía á vosotros para

(1) Expectat Dominus ut misereatur vestri. (Isa., XVIII, 30 18.)

que en su nombre os llame á penitencia y os amoneste y os diga: *Os exhorto, hermanos, á que no recibáis en vano la gracia de Dios.* (*Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.*)

Consideremos bien y penetrémonos de la gran misericordia de Dios para con nosotros, que se dignó llamarnos á la vida en tiempo de Cristo, en tiempo de gracia, en medio del cristianismo, cuando luce esplendorosa la luz del Evangelio, para la salvación de todos los hombres. Demos gracias continuas á Dios por tan señalada merced, y correspondamos fielmente á sus amorosos designios y á las dulces y santas inspiraciones de su gracia divina. Ahora, al comenzar la santa Cuaresma, es tiempo aceptable, tiempo de salud, tiempo de vida, tiempo en que el Señor nos aguarda de un modo especial para perdonarnos, santificarnos y salvarnos.

Aprovechemos, pues, este tiempo; oremos, trabajemos, vigilemos, multipliquemos cuanto sea posible nuestras buenas obras, porque *el día se pasa y vendrá la noche, cuando ya en ella nadie podrá obrar* (1). Ahora que estamos en luz, hagamos obras de luz, *no sea que de repente vengan las tinieblas y seamos confundidos* (2).

Aunque ligeramente, ya os dejo explicado *la naturaleza, la necesidad y excelencia de la gracia divina*, y también *la obligación apremiante de cooperar á ella.* ¡Desdichado el hombre que recibe la gracia de Dios inútilmente! Más le valiera no haber nacido! Por el contrario, el que es fiel y corresponde á las gracias del Señor, multiplica sus méritos, atrae nuevas gracias, y sobre todo, obtendrá la consumación de la gracia, que es la posesión de la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

---

(1) Venit enim nox, quando nemo potest operari. (Joann., IX, 4.).

(2) Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebrae comprehendant. (Joann., XII, 35.)

HOMILIA 2.ª

Para el domingo primero de Cuaresma.

Conducta práctica de los buenos cristianos.

Amados hermanos míos: El grande Apóstol de las gentes, después de haber amonestado á los fieles de Corinto que *cuidaran mucho de no recibir en vano la gracia de Dios*, advirtiéndoles que *ahora es el tiempo aceptable y los dias de salud*, pasó á determinar las obras en que habían de ocuparse todos los cristianos, especialmente los que tienen á su cargo el cuidado de las almas, y al efecto les habla de esta manera: *Os exhortamos, hermanos míos, á que no demos á nadie motivo alguno de escándalo, á fin de que no sea vituperado nuestro ministerio; antes bien, mostrémonos en todo como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimidad... por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama; como seductores, aunque verdaderos; como desconocidos, aunque conocidos; como muriendo, y he aquí que vivimos; como tristes, mas siempre alegres; como pobres, mas enriqueciendo á muchos; como quien no tiene nada, mas poseyéndolo todo.* (II Cor., VI, 1 á 10.)

Hermosa y singular doctrina, amados míos, que no sé yo cómo encarecerla, y que nos muestra á todos tres cosas:

1.ª Qué vicios debemos aborrecer.
2.ª Qué virtudes practicar.
3.ª Como hemos de cumplir nuestro respectivo ministerio.

PUNTO 1.°

DE LOS VICIOS QUE HA DE EVITAR EL CRISTIANO.

Verdaderamente, quien dice cristiano, dice hombre que profesa la fe de Cristo, hombre que sigue á Cristo, que está unido con El, que le imita en sus virtudes, que vive de su espíritu, ó mejor dicho, que vive de su propia vida; porque el cristiano debe ser la imagen viva del Salvador divino, y como una prolongación de su existencia sacrosanta sobre la tierra, debe ser como otro Cristo. (*Alter Christus.*)

Por consiguiente, es menester que el cristiano se halle muerto para todos los vicios, y que procure extirparlos cuanto sea posible; su labor mientras viva en este mundo es la profesión de la santidad, el estudio de la virtud y la imitación de la vida de Jesucristo. Quien esto no hiciere, deje de llamarse cristiano, porque el nombre ha de corresponder con las acciones, y la fe se ha de manifestar con obras. Llamarse cristiano y obrar anticristianamente, es un contrasentido y una monstruosidad abominable. Las obras son las que dan á conocer al cristiano, y no es justo que quien por el Bautismo ha sido hecho hijo de Dios, se haga por sus culpas hijo de Lucifer.

Sin embargo, ¡cuántos cristianos hay de solo nombre, que rezan el Credo é infringen los Mandamientos! ¡Cuántos que se llaman cristianos y viven como paganos! Pues bien; á todos estos se dirige hoy el Apóstol en nuestra Epístola, y proponiéndose por ejemplo á sí mismo y á los que le acompañaban, dice: *Os exhortamos, hermanos míos, á que no demos á nadie motivo alguno de escándalo, á fin de que no sea vituperado nuestro ministerio.* (Ver. 3.) Es decir, nuestro ministerio de cristianos y de Apóstoles, porque todos hemos de predicar á Jesucristo, unos con la palabra y otros con las obras.

Nótese bien esta frase bíblica. No dice el grande Apóstol que huyamos de todos los pecados en general, porque eso ya se sabe, sino que determina *el escándalo* en particular, como diciendo:—No basta ¡oh cristianos! que seáis buenos en vuestro interior, sino que es preciso que os dejéis ver como tales en los actos exteriores. No basta que evitéis el mal, sino hasta la apariencia de mal. Para vosotros os basta la buena conciencia, mas para el prójimo se requiere además la buena apariencia.—Es decir, que en oca-

siones hay que evitar algunas obras buenas, cuando no sean esenciales para nuestra salvación y lleven apariencia de malas. Y la razón la expresa el mismo texto sagrado por estas palabras: *Para que no sea vituperado nuestro ministerio.* (*Ut non viteperetur ministerium nostrum.*)

Quiere, pues, el Apóstol que todos los cristianos, y más especialmente los que tenemos por oficio propagar la luz esplendorosa del Evangelio, seamos en todo irreprensibles en nuestras costumbres, y que además tengamos prudencia y vigilancia en nuestras acciones y palabras, para que los pequeñuelos se miren en nosotros como en un espejo, y que jamás con nuestras ligerezas les demos ocasión de ruina espiritual. *Que no salga*—dice—*de vuestros labios ningún discurso malo*, *sino los que sean buenos para aumentar la fe y den gracia ó inspiren piedad á los oyentes* (1).

¡Oh, amados míos! ¡Cuántos escándalos hay en el mundo que apenas se repara en ellos, y que los dan los mismos que se tienen por buenos cristianos! La herejía, los cismas y las persecuciones contra la Religión, contra la Iglesia y contra los ministros del Señor, son grandes escándalos. Los blasfemos, los profanadores del domingo, los impúdicos, los maldicientes, los orgullosos, los avaros, los iracundos y vengativos, dan verdaderos escándalos. Los malos escritos, los teatros licenciosos, los bailes desenvueltos, las reuniones en que se habla mal del prójimo, el lujo desmedido, son realmente focos de escándalo. Las canciones menos puras, el trato licencioso, las pinturas obscenas, las estatuas indecentes... son deplorables y abominables escándalos. En esto no hay duda, todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo vitupera; pero hay otras maneras de escandalizar más sutiles, más finas, más disimuladas, sin que por eso sean menos frecuentes ni menos perversas.

Hay escándalo de los ojos; pues como todas las pasiones se dibujan en ellos y se comunican á otros rápidamente, á la manera de fluido eléctrico, es indecible el mal que ocasionan, y la multitud de almas que se hallarán ardiendo en el infierno á causa de miradas libertinas, ó menos recatadas, que sirvieron de incentivo á la caída del prójimo.

Hay escándalo en los escritos, no precisamente malos, sino frívolos y peligrosos, como epigramas, chistes, agudezas de doble sentido y escenas novelescas que afeminan á los hombres y exal-

---

(1) Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed, si quis bonus, ad aedificationem fidei, ut det gratiam audientibus. (Ephes., IV, 29.)

tan la imaginación de las mujeres, con no pequeño daño de las sanas costumbres y de la piedad cristiana.

Hay escándalo en las acciones cuando éstas carecen de la modestia debida, de los miramientos sociales ó cuando favorecen la molicie, la disipación de espíritu ó la pérdida inútil del tiempo.

Hay escándalo de omisión, como el descuidar las oraciones públicas obligatorias, la recepción de los santos Sacramentos, la asistencia á los actos religiosos, ó bien el no corregir en tiempo y modo oportuno, dando lugar á desacatos ó faltas de respeto á las personas constituídas en dignidad y mando.

¡Oh! ¡Cuánto escándalo y cuán necesario es que resuenen siempre en nuestros oídos aquellas citadas palabras del Apóstol: *Hermanos, no demos á nadie motivo alguno de escándalo, á fin de que no sea vituperado nuestro ministerio.* (*Ut non vituperetur ministerium nostrum.*)

Pero sigamos á San Pablo en nuestra Epístola, que después de indicarnos los vicios que hemos de aborrecer, nos señala las virtudes que debemos practicar.

PUNTO 2.°

DE LAS VIRTUDES PRÁCTICAS DEL CRISTIANO

En todas las cosas—dice—*mostrémonos cual corresponde á los ministros de Dios* (ó sea á los buenos cristianos), *en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimidad...* (Ver. 4 y siguientes.)

Es decir, que los cristianos, á imitación de San Pablo, ó mejor dicho, á imitación de Cristo, nos hemos de ejercitar, no ya en la paciencia, sino *en mucha paciencia;* y no ya en uno ú otro caso, sino en todos; porque el fundamento de la vida cristiana y particularmente de la vida apostólica, es la paciencia. Paciencia que el santo Apóstol ejercitó en grado heroico para darnos ejemplo, y que la enumeró distribuyéndola en tres especies: 1.ª, *en las tribulaciones*, ó sea en los trabajos penosos comunes; 2.ª, *en las necesidades*; esto es, en los casos graves y urgentes; 3.ª, *en las angustias*, como si dijera:—En los asuntos dificilísimos y gravísimos. *(In tribulationibus, in necesitatibus, in angustiis).*

No podemos detenernos aquí á considerar cada uno de los casos que menciona el santo en nuestra Epístola como ejercicio de

paciencia, bastando á mi propósito y á vuestra instrucción reflexionar, que si como el Apóstol sufrimos por amor de Dios *en flagelaciones, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos... entre los nuestros, entre los extraños, en las ciudades, en la soledad, ¡y por parte de los falsos hermanos* (I Cor., XI, 26-27), indudablemente, mereceremos, como él, no sólo ser elevados al tercer cielo y gozar de gloria sempiterna; sino que ahora experimentaremos regocijo en padecer por Cristo nuestro Señor.

La paciencia—dijo el gran Apóstol á los Hebreos—*os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios, ganéis el premio prometido* (1); la paciencia, amados míos, os digo yo á vosotros, nos es á todos necesaria aun para vivir en esta peregrinación terrena. El mundo en que vivimos es un lugar de destierro, una tierra cubierta de malezas y espinas, donde abundan las lágrimas y todas las miserias, con no pocas enfermedades y al fin la muerte. Todos los hijos de Adán somos llamados á sufrir mil aflicciones diversas, y por lo mismo, todos sin excepción necesitamos no sólo paciencia, sino *mucha paciencia;* confirmándose plenamente aquella frase del Apóstol: *La paciencia os es muy necesaria. (Patientia vobis necessaria est.)*

El mismo Apóstol enumera *doce motivos* que nos impulsan á ser pacientes, y que quiero indicarlos ahora por si os fueren de algún provecho; á nadie daña considerarlos.

El primero es que somos *herederos de Dios y coherederos de Jesucristo,* pero teniendo paciencia con Él y á ejemplo suyo (2). Sin paciencia no hay herencia.

El segundo es que *si tenemos paciencia seremos glorificados* (3). Es decir, que la paciencia nos da grande confianza de obtener la gloria.

El tercero es que *los sufrimientos de este tiempo no están en proporción de la gloria futura, que será revelada en nosotros.* (Rom., VIII, 18.) Con la paciencia en las pruebas y aflicciones se adquiere la gloria eterna, lo cual es infinitamente más que si se comprase el mundo entero por un centimillo. ¿Quién no ve aquí un hermoso motivo para ser pacientes?

El cuarto es que, sufridas con paciencia las tribulaciones mo-

---

(1) Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. (Hebr., X, 36.)

(2) Haeredes Dei, cohaeredes autem Christi, si tamen compatimur. (Rom., VIII, 17.)

(3) Si compatimur, ut et conglorificemur. (Rom., VIII, 17.)

mentáneas de la tierra, son para nosotros, de una manera sublime, *un eterno peso de gloria.* (II Cor., IV, 17.) ¡Un breve padecer y un eterno gozar!

El quinto es que las criaturas tienen con la paciencia la seguridad moral de *verse libres de la esclavitud de la corrupción.* (Roma, VIII, 21.) ¿No se pretende hoy amplia y absoluta libertad? El medio de obtenerla verdadera es la paciencia.

El sexto es que, siendo pacientes, pasaremos de la servidumbre de la corrupción á la libertad de la gloria de los hijos de Dios. (Rom., VIII, 21.)

El séptimo es que *toda criatura gime y sufre.* (Rom., VIII, 22.) ¿Cómo nos eximiremos de unos males que son comunes á todas las criaturas desde el principio del mundo? Luego es preciso tener paciencia.

El octavo es que *esperamos la redención de nuestro cuerpo* (1). Es decir, que con la paciencia, este cuerpo, cargado de enfermedades llegará á ser impasible y glorioso, y aun en esta vida se disminuirán los padecimientos.

El noveno es que *nuestra salvación viene de la esperanza* (2). Esperanza, hija de la paciencia, pues el que practique esta virtud bien puede esperar el cielo.

El décimo es que *el Espíritu Santo fortalece nuestra debilidad y ruega por nosotros con gemidos inenarrables.* (Rom., VIII, 26.) Si el Espíritu Santo ruega, unámonos á sus ruegos y esperemos pacientes.

El undécimo es la *seguridad de que para los que aman á Dios todo coopera á su bien* (3). ¿Quién no tiene paciencia en las tribulaciones, sabiendo que ellas son para su felicidad? El mal no está en las cosas, sino en nosotros, que no sabemos aprovecharnos bien de ellas.

El duodécimo, finalmente, es que *los pacientes por amor de Dios son predestinados para el cielo.* (Rom., VIII, 29-30.) (*In pacientia vestra posidebitis animas vestras.*)

Tales son los doce motivos que el gran Doctor de las gentes enumera para que seamos pacientes en todas las cosas, y en verdad que comprendiendo que el ejercicio de esta virtud nos asegura la eterna beatitud, ¿quién no se anima á sufrir resignado, á se-

(1) Exspectantes redemptionem corporis nostri. (Rom., VIII, 23.)
(2) Spe enim salvi facti sumus. (Rom., VIII, 24.)
(3) Scimus quoniam diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum. (Rom., VIII, 28.)

mejanza del santo Job? He aquí por qué San Pablo, en la Epístola de este día, hace un como resumen de todas las virtudes, diciendo: *Mostrémonos cual corresponde á los ministros de Dios en mucha paciencia.*

PUNTO 3.°

DE CÓMO NOS HEMOS DE CONDUCIR LOS CRISTIANOS

Por último, veamos ahora la manera de cumplir cada uno las obligaciones de su estado y particular ministerio. El Apóstol se ostenta en esto admirable; dice así: *Caminemos en palabra de verdad, en virtud de Dios; por armas de justicia, á diestra y á siniestra, por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama...* (Vers. 7 y 8.) Es decir, que el buen cristiano, y muy principalmente los operarios evangélicos, nos hemos de conducir siempre con la verdad en nuestros labios, confirmando nuestras enseñanzas con los múltiples y asombrosos milagros obrados por la omnipotente mano de Dios. (*In verbo veritatis, in virtute Dei.*) O, como expone el Crisóstomo: «Los buenos católicos hemos de obrar siempre con fortaleza y constancia cristianas en todas las cosas adversas y en todos los trabajos, con vehemencia en nuestras palabras y con eficacia en nuestras predicaciones, porque de este modo se verá obrar en nosotros la omnipotencia de Dios, y probaremos que somos verdaderos ministros suyos poderosos y admirables (1).

Y cuando añade el Apóstol que *hemos de pelear con las armas de la justicia, á diestra y á siniestra, por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama,* quiere decir que la regla de nuestra conducta ha de ser siempre lo justo y lo santo, *a dextris et a sinistris;* esto es, en lo próspero y en lo adverso, en todo tiempo y lugar, y cueste lo que costare, permaneciendo siempre fieles á Dios, sin que jamás nos envanezcamos por el buen éxito ni se apoque nuestro ánimo por el malo, y ya hablen bien de nosotros, ó ya hablen mal. *Por infamiam et bonam famam.* Es decir, ya nos tributen honores, ó ya seamos despreciados; ya nos ensalcen con alabanzas, ó ya nos depriman con vituperios (2). Para el cristiano todo viene bien, porque todo lo endereza á la gloria de Dios y á

(1) Véase el Crisóstomo en *Cornelio á Lápide* sobre este versículo.
(2) In gloria non superbiant; in infamia non sint pusillanimes, ut justitiam derelinquant. (Santo Tomás, en *Piconio.*)

la salvación del prójimo. ¡Cuán felices nos consideramos los cristianos cuando padecemos alguna cosa por amor del Señor!

«De todos modos—continúa el Apóstol,—los que buscamos el reinado de Cristo en los corazones de los hombres, *siendo veraces, somos considerados como seductores; siendo esclarecidos é insignes, nos tienen por viles, obscuros y despreciables: se nos juzga próximos á morir, y he aquí que, fortalecidos con la gracia de Dios, permanecemos vivos; se nos persigue y tratan de extirparnos, mas el Señor nos conserva y nunca perecemos.*»—QUASI MORIENTES ET ECCE VIVIMUS. Pues bien: si esto sucedía en tiempos del Apóstol, ¿qué nos hemos de extrañar que suceda ahora?

Demás de esto, se imaginan algunos que estamos tristes por las vejaciones de que somos víctimas, y nosotros, por el contrario, rebosamos de gozo en el Señor, y nos hallamos continuamente renovados en el espíritu; ya por la esperanza de la eterna gloria, ya porque vemos la salvación de muchos hombres, ya porque promovemos la mayor gloria de Dios en el mundo. QUASI TRISTES, SEMPER AUTEM GAUDENTES (1). Esta es la perfección de la paciencia apostólica, gozarse en las adversidades, como leemos de los Apóstoles, que *iban gozosos de la presencia de los tiranos, por haber sido dignos de padecer alguna cosa por amor de Jesucristo.* Quien busque modelo de paciencia, aquí le tiene cumplido.

«Finalmente — concluye el Apóstol, — somos considerados como pobres, porque en verdad nada tenemos y á todo hemos renunciado; mas esto, no obstante, somos ricos; primero, porque nada deseamos, y segundo, porque enriquecemos á otros, no sólo con riquezas espirituales, sino aun con las temporales, por las limosnas que les procuramos.—*Sicut egentes, multos autem locupletantes.*»

Se nos considera, repetimos, como desposeídos de todo, puesto que todo lo hemos dejado por amor á Jesucristo, hasta el deseo de tener bienes temporales; y sin embargo, lo poseemos todo, ya porque la divina Providencia nos suministra lo que necesitamos para la vida, y con esto nos hallamos contentos, aun más que si todo fuera nuestro; ya porque es prerrogativa singular de la pobreza evangélica no tener nada, no querer nada, y despreciarlo todo por Cristo; ya, finalmente, porque poseemos al mismo Cristo

(1) Sobre la renovación del espíritu, véase el cap. IV de esta misma Epístola, verso 16.

y con Él tenemos todas las cosas.—*Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.*

He aquí, amados míos, un breve resumen de lo mucho que nos enseña la Epístola de este día. En ella nos muestra el Apóstol un ejemplar vivo de la vida verdaderamente cristiana y apostólica; en ella nos señala los vicios principales que hemos de aborrecer y las virtudes prácticas que hemos de ejercitar; en ella, por último, se nos dan reglas de perfección para levantar nuestro espíritu del polvo vil de la tierra, enseñándonos que lo principal de todo es buscar á Jesucristo, y amarle y poseerle, y cumplir su santa y divina ley, pues haciendo esto seremos felices cuanto es posible en la tierra y después el Señor nos dará por añadidura los eternos gozos del cielo. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo segundo de Cuaresma.

De la perfección y santidad.

AMADOS hermanos míos: Propónese la Iglesia nuestra Madre al llegar este santo tiempo de Cuaresma exhortarnos á todos los cristianos para que seamos santos y perfectos, y para ello, después que en la Epístola del domingo anterior nos alecciona para *que no recibamos en vano la gracia del Señor*, mostrándonos *la necesidad que tenemos de cooperar á ella*, y el modo de huir de los vicios y de practicar las virtudes, prosigue hoy su tarea santificadora y, por boca de San Pablo, nos dice en la Epístola de este día: *Hermanos, os rogamos y exhortamos en Cristo nuestro Señor, que así como habéis aprendido de nosotros la manera de andar en el camino de Dios para agradarle, así también continuéis por el mismo camino, de suerte que vayáis avanzando más en él. Bien sabéis los preceptos que de parte del Señor Jesús os he dado; pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* (I Thesal., IV, 1-2-3).

Dos cosas, como veis, nos encarga el Apóstol en las palabras dichas:

1.ª Que hemos de crecer en virtudes y en perfección.
2.ª Que el Señor quiere que seamos santos.

Explicaros brevemente estos dos puntos es lo que ahora me propongo, y no dudo que os habrá de ser en gran manera provechoso. Estadme atentos.

PUNTO 1.°

DE CÓMO HEMOS DE CRECER EN PERFECCIÓN

Lo primero que el grande Apóstol nos inculca es *que andemos* (en el camino de Dios) *para agradarle.*—AMBULARE ET PLACERE DEO.—Dice *andar*, nótese bien, para que se entienda que el oficio propio del cristiano, no es estar quedo, sino andar, y andar de modo que sea Dios complacido. ¿Cómo hemos de andar nosotros en particular?

En el sagrado libro del Génesis, dícese en elogio de Henoch, que *andubo con Dios* (1), lo cual quiere decir que enderezaba todos sus pasos y pensamientos al único fin de agradar á Dios y servirle; quiere decir, que Henoch vivió tan santa y piadosamente como quien siempre lleva á Dios delante de sus ojos, como quien camina en su presencia; por lo cual, en sus obras fué cautísimo; modestísimo y religiosísimo; y su voluntad se hallaba en todas las cosas identificada con la divina, á la manera de un hombre cuando viaja en compañía de un amigo, ó de un señor á quien desea complacer, que en todo se conforma á su gusto y á su voluntad; por eso el mismo Dios le arrebató de la tierra, y le condujo á un lugar más sublime, donde viviera en trato familiar con Dios y con los ángeles (2). Magnífico y sublime es el arte de *andar con Dios*, y cabe decir que de Él pende la perfección de nuestro espíritu, según aquellas expresiones del Señor á su siervo Abrahán: *Anda en mi presencia y sé perfecto* (3). Nosotros, pues, debemos andar siempre *en la presencia de Dios.*

(1) Ambulavit Henoch cum Deo. (Genes., V, 22.)
(2) Sobre el sitio adonde fué trasladado Henoch, véase la nota del P. Scio, al versículo 24.
(3) Ambula coram me, et esto perfectus. (Genes., XVII, 1.)

Pero esto se dirá, no es virtud, ni entraña mérito, porque el hombre, quiera ó no quiera, se halla siempre ante la mirada divina; pues como dijo el gran Apóstol: *De Él, por Él, y en Él son todas las cosas... en Dios vivimos, nos movemos y existimos... y no hay criatura alguna invisible ante Dios; sino que todo está desnudo y descubierto á su vista* (1).—Es verdad, no lo negamos, antes bien añadimos con el Sabio, que *Dios es el verdadero escudriñador de los corazones..., y que estamos en su mano nosotros, y nuestros discursos, y toda nuestra sabiduría, y la ciencia de las obras y la regla de la vida* (2); pero *andar con Dios*, ó lo que es lo mismo, vivir en su presencia divina, significa en este lugar del Apóstol, pensar, hablar y obrar siempre como quien tiene delante á Dios, testigo infalible y juez inexorable, que nos ha de castigar ó galardonar según nuestros merecimientos; significa ser justo y agradable á Dios, pues ¿quién ha de pecar si contempla que Dios le contempla, y mira que Dios le mira?

«Señor—decía San Agustín en los *Soliloquios*,—consideráis mis pasos y mis caminos, y noche y día veláis para custodiarme; todo lo observáis. Sois el espectador de todos mis pensamientos y de todas mis acciones, como si, olvidando el cielo y la tierra, sólo os ocupaseis de mí... ¡Ah, Señor! Estáis en todos los tiempos, sin que haya para vos tiempo, y me veis tan cabalmente como si no hubiese otra cosa que ver. Así veláis sobre mí como si os olvidaseis de todo lo demás y no quisieseis ocuparos más que de mí sólo. En cualquier parte que esté yo, no os alejáis porque estáis en todas partes, á fin de que á todas partes donde vaya os encuentre á Vos, no pudiendo existir sin Vos. Confieso que todo lo que hago, en cualquier parte que lo haga, es en vuestra soberana presencia, y que lo veis mejor que yo. Por esto, cuando lo considero con atención, Dios mío poderoso y terrible, quedo confundido de temor y de vergüenza, porque se nos ha impuesto una rigurosa necesidad de vivir con justicia y rectitud, haciéndolo todo en presencia del Juez que nos ha de juzgar.»

Pues bien; esto que dijo el grande Agustino es á lo que San Pablo nos exhorta en la Epístola de hoy, diciendo: *Os rogamos en Cristo nuestro Señor que andéis como conviene para agradar á Dios.*

---

(1) Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia. (Rom., XI, 36).—In ipso vivimus, movemur, et sumus. (Act., XVII, 28.)—Non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus; omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus. (Hebr., IV, 13.)

(2) Deus cordi scrutatur est verus. (Sap., I, 6.)—In manu illius, et nos, et sermones nostri, et omnis sapientia, et operum scientia, et disciplina. (Sap., VII, 16.)

(Ver. 1.)—AMBULARE ET PLACERE DEO.—Pero notad, amados míos, las palabras que á continuación añade el Apóstol: *Andad*—dice—*de tal suerte que aprovechéis más y más, y Dios sea en vosotros más y más glorificado.*—SIC ET AMBULETIS, UT ABUNDETIS MAGIS.

¡Qué advertencia! La vida del verdadero cristiano consiste, no sólo en evitar el pecado, sino además en practicar la virtud, según aquellas palabras divinas: *No hagas nada malo, practica lo bueno* (1); y aquellas otras: *Irán de virtud en virtud hasta la casa de Dios* (2), y aquellas del Apocalipsis: *El que sea justo que se justifique más, y el que sea santo que más y más se santifique* (3). De todo lo cual nos dió ejemplo sublime nuestro divino Salvador, pues según leemos en el Evangelio, *Jesús adelantába en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* (4).

La perfección, pues, consiste en las palabras que hoy nos dirige el Apóstol, diciendo: *Andad de tal suerte que aprovechéis más y más.*—UT ABUNDETIS MAGIS.—Consiste, por consiguiente, en considerarnos siempre imperfectos, procurando adquirir lo que nos falta; consiste en disgustarnos de lo que somos para llegar á ser lo que no somos; consiste en no detenernos nunca en el camino de la virtud, pues desde el momento en que nos detengamos diciendo:—Ya he andado bastante,—estamos perdidos. No es perfecto quien no desee ser más perfecto, y, por tanto, cuando Jesucristo en su Evangelio nos dice: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial* (5), es como si nos dijera las mismas palabras del Apóstol: *Andad de tal suerte que aprovechéis más y más.*—UT ABUNDETIS MAGIS (6).

Pero dejemos este punto, que es de todos muy sabido, y vengamos al segundo, que indica nuestra Epístola, á saber:

---

(1) Declina a malo, et fac bonum.

(2) Ibunt de virtute in virtutem usque ad domum Dei. (Psalm. LXXXIII, 8.)

(3) Qui justus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc. (Apoc., XXII, 11.)

(4) Jesu proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum et homines. (Lucc., II, 52.)

(5) Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est. (Matth., V, 18.)

(6) Cuando se trata de la perfección humana ya se comprende que ha de ser muy distinta que la divina. Dios es perfecto, pero infinitamente perfecto en todo género de perfecciones, y por consiguiente, no puede aumentar ni disminuir en sus atributos inefables. Los hombres, por el contrario: no hay ninguno que sea absolutamente perfecto, porque todos somos limitados y nuestra perfección puede disminuir y aumentar. Y así, cuando en las sagradas Escrituras leemos: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial,* ya se entiende que esta comparación no ha de tomarse rigurosamente, sino en el sentido de que procuremos *ir siempre creciendo en virtudes* para imitar lo más posible las perfecciones infinitas de Dios; y esto es lo que el Apóstol significa con aquellas palabras de nuestra Epístola: *Ut abundetis magis.*

PUNTO 2.º

LA VOLUNTAD DE DIOS ES NUESTRA SANTIFICACIÓN

¿Qué es santidad? «Es—dice San Gregorio Nazianceno—*estar constantemente con Dios.*»—Así Henoch y Noé, que caminaban de continuo con Dios, fueron santos.

«La santidad—dijo el angélico doctor—consiste *en estar limpio de pecado y en practicar el bien*» (1).

«La santidad del cuerpo—expone San Gregorio—es *la pureza;* y la santidad del alma es *la caridad y la humildad*» (2).

«La santidad—escribió el grande Apóstol—estriba *en renunciar á la impiedad y á los deseos del siglo, y en vivir con templanza, justicia y piedad* (3). *Os conjuro, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos en Hostia viva, santa, agradable al Señor*» (4).

Es decir, que todo cristiano, para llegar á ser santo, es preciso que ofrezca á Dios, no sólo la pureza de su alma por la rectitud de sus pensamientos, sino la parte material de su cuerpo, empleándole siempre, no á su albedrío, no para dar contentamiento á sus apetitos desordenados, sino de suerte que sirva y honorifique á Dios, hasta el punto que pueda decir con el mismo Apóstol: *Vivo yo, pero no soy yo el que vive; es Cristo quien vive en mí* (5).

Tal es la santidad propia de los hijos de Dios, y á esta santidad se refiere San Pablo, cuando en la Epístola de la presente Dominica nos dice: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (6). Sentencia verdaderamente fundamental y compendiosa de toda la Doctrina evangélica, que equivale á decirnos:—Dedicarnos con empeño á obtener la santidad, es un como sumario de todos los preceptos divinos, y se alcanza huyendo de todo pecado, en especial de cuanto puede mancillar la hermosura de nuestra

---

(1) Sanctificatio est munditia a peccato, et confirmatio in bono. (Santo Tomás, 2.ª 2.ae, q. 81. a. 8.)

(2) Sanctificatio corporis, pudicitia est; sanctificatio mentis, charitas et humilitas. (San Greg., *Lib. Moral.*)

(3) Ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc saeculo. (Tit., II, 12.)

(4) Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem. (Rom., XII, 1.)

(5) Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus. (Gal., II, 29.)

(6) Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra. (I Thes., IV, 3.)

alma y la pureza de nuestro cuerpo.—*¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo* —exclama el mismo Apóstol,—*que nos ha bendecido con toda bendición espiritual para los cielos en Cristo, de igual manera que nos ha elegido en Él antes de la constitución del mundo para que seamos santos é inmaculados delante de Él en la caridad!* (Ephes., I, 3-4.)

Mas como la dificultad no está en saber *qué cosa sea la santidad*, ni en comprender que *el Señor quiere que seamos santos*, sino en poner prácticamente los medios para serlo, he aquí por qué no puedo concluir hoy sin deciros: *Es preciso imitar la santidad de Dios,* ó lo que es lo mismo, *imitar la vida sacratísima de nuestro Señor Jesucristo.* ¿De qué manera? *Hoc opus; hic labor.*

El glorioso Ángel de las Escuelas, en su opúsculo LXII, titulado de las *Divinas costumbres*, nos traza el modo de imitar, en lo posible, los divinos atributos, y de hacernos con nuestra conducta semejantes al mismo Dios.

«El primero—dice—de dichos atributos, es la *inmutabilidad*; y aunque nosotros estamos, naturalmente, sujetos á mudanza, sin embargo, nuestra voluntad ha de estar siempre fija en la divina, sin mudarse á ningún otro género de voluntad; hemos de querer siempre lo que Dios quiera y como Él lo quiera, y nada más.»

En segundo lugar, atributo inefable del Señor es que todo bien le place y todo pecado le desagrada; y claro es que si nosotros le imitamos en esto, jamás pecaremos, y practicaremos las virtudes, y seremos santos.

Demás de esto, Dios es infinitamente *bueno, benigno, paciente y misericordioso.* Como bueno, todo lo hace bien; como benigno, se complace en comunicarnos sus bienes, en todo lo que son comunicables, antes de que se los pidamos y antes de que pensemos pedirlos; es más, aunque no estimemos sus dones, y aunque los despreciemos, y aunque hayamos de usar de ellos para ofenderle. ¡Qué bondad la de Dios! Él hace brillar su sol para buenos y malos; Él hace llover sobre justos y pecadores; Él se muestra paciente; Él nos llama á penitencia, nos aguarda, nos ofrece el perdón, y nos le otorga, en efecto, tan luego como nos ve arrepentidos. He aquí el carácter propio de los santos, he aquí lo que nos enseñó de obra y de palabra Cristo nuestro Señor, he aquí lo que hemos de procurar con empeño para obtener la santidad.

Por último, y á fin de no hacerme interminable, os diré que hemos de imitar á Dios en el atributo de su caridad infinita, completamente desinteresada. Dios no busca sus ventajas, no necesita

para nada de nosotros, y en sus obras divinas y perfectas, sólo mira el bien de los hombres y de las demás criaturas. ¡Hermoso modelo para todo el que aspire á la santidad propia del cristiano! Los santos y los que procuran serlo, no tienen á la vista más que la gloria de Dios, su propia salvación y la de sus semejantes; porque todo lo demás lo consideran como de añadidura y ocupando lugar secundario en su corazón.

Así, pues, amados míos, no olvidemos un punto las palabras que hoy nos dirige el Apóstol, diciendo: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Jesucristo, en cuanto Dios, es la santidad increada, infinita, esencial, eterna, y en cuanto hombre es santísimo, no sólo por la gracia infusa en su alma, sino también por la gracia de la unión hipostática. Él es la plenitud de la gracia y la fuente de toda nuestra santificación; de su sobreabundancia recibimos todos, y justo es que tributemos á Jesucristo, nuestro divino modelo, el honor de imprimir en nuestro corazón las sagradas efusiones de sus virtudes sacrosantas.

Recordemos que la Iglesia nuestra Madre nos amonesta hoy por San Pablo, diciéndonos en la Epístola: *Carísimos, os rogamos y exhortamos en Cristo nuestro Señor, que andéis en el camino de Dios para agradarle, y que lo hagáis de suerte que vayáis siempre creciendo en virtudes y en perfección, porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Seamos, pues, santos como Jesucristo; seamos como otros Jesucristos en la tierra, porque así como Él se hizo semejante á nosotros para salvarnos, así nosotros hemos de hacernos semejante á Él para glorificarle y para que no queden frustrados sus amorosos designios.

Todo el que fuere santo crecerá como la palmera, se multiplicará como el cedro del Líbano. Será plantado en la casa del Señor, florecerá en el pavimento de nuestro Dios, dará frutos hermosísimos y permanecerá lleno de gracia y de vida. (Psalm. XCI, 12-14.) En suma, *recibirá el premio de honor y la diadema de la gloria de la mano del Señor* (1) por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Ideo, accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini. (Sap., V, 17.)

HOMILIA 2.ª

Para el domingo segundo de Cuaresma.

Sobre la impureza.

AMADOS hermanos mios: El grande y admirable Apóstol de las gentes, que nada deseaba con más ardor que la gloria de Dios y la santificación nuestra, emplea toda la Epístola de este día en exhortarnos á la práctica de la virtud y al arreglo de las costumbres. *Hermanos*—nos dice,—*esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación; esto es, que os abstengáis de toda inmundicia; que sepa cada uno ser dueño de su cuerpo en santificación y en honor* (1). *No dejándose arrastrar de las pasiones, como los gentiles que no conocen á Dios... pues el Señor no nos ha llamado para abominaciones, sino para santificación.* (Thes., IV, 3 á 8.)

¡Qué palabras, cristianos míos! ¡Cuánto merecen ser meditadas por todos los hombres que estimen en algo la altísima dignidad de seres racionales y la insigne prerrogativa de ser criados á imagen y semejanza de Dios, Ser santísimo y purísimo por esencia.

Confieso ingenuamente que me hallo tembloroso al verme hoy obligado á exponeros la doctrina del Apóstol sobre la vida purísima de alma y cuerpo que el Señor exige á todos los fieles de Cristo; porque es tal la delicadeza de algunas personas en este punto, que se escandalizan de escuchar aun el solo nombre de lo que ellas no se avergüenzan cometer. ¿Qué es esto? ¡Oh! ¿Es que á medida que crece la corrupción ha de crecer nuestro silencio? ¿Quiérese que seamos como perros mudos ante la presencia del lobo que devora la grey de Cristo? No, amados míos, esto no puede ser; estimamos mucho vuestra salvación para que callemos, y

(1) Ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione, et honore. (Thes., IV, 4.)—Por este *vaso* entienden los Padres griegos el cuerpo de cada uno. (Así el P. Scio en la *Nota*.)

puesto que San Pablo, en gran manera santo y circunspecto, habló sobre este asunto, también nosotros hemos de hablar, y por mi parte, siguiendo sus mismas palabras en la Epístola de este día, intento explicaros, con la mayor delicadeza posible, dos cosas:

1.ª Que la impureza es un crimen opuesto á la voluntad de Dios.
2.ª Que este crimen no puede quedar impune.

¡Dios mío de mi vida, purificad mis labios en el día de hoy y purificad también el corazón de mis oyentes, á fin de que oigan con fruto lo que no pueden ignorar sin peligro ni despreciar sin condenación!

PUNTO 1.º

DE CÓMO LA IMPUREZA ES ENORME PECADO

Esta es la voluntad de Dios—dijo el Apóstol—*vuestra santificación*; y como la santidad integra y completa, tanto en Dios como en los ángeles y en los hombres, consiste *en la ausencia completa de toda mancha*, ó sea *en la pureza perfectísima de todo nuestro ser*, es evidente que la santidad se opone á todo pecado, y es el conjunto de todas las virtudes. Sin embargo, como los pecados contra la castidad envuelven cierta especie de inmundicia, y cierta fealdad abominable, ya en la pureza de los pensamientos, ya en los afectos del corazón, y ya en la parte corporal, por eso, sin duda, el Apóstol, en las palabras dichas y en las que escribió á los fieles de Corinto (I, VII, 34), constituye la santidad en la castidad, y añade: *Es preciso que os abstengáis de toda innundicia*, *y que sepa cada uno ser dueño de su cuerpo en santificación y en honor.* (Versos 3 y 4.)

Este es el precepto de Dios expresado en el Decálogo, y que San Pablo, en la Epístola de este día, recomienda con todo encarecimiento, diciendo: *Esta es la voluntad de Dios*, *vuestra santificación. (Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.)*

Nótese bien que la santificación que el Señor nos exige se refiere, no solamente á la limpieza del alma, conservándola exenta de toda culpa, sino de un modo especial á la pureza del cuerpo, que como templo vivo de Dios, ha de permanecer en nosotros inmaculado.

Todos hemos sido ungidos en nuestros cuerpos con el óleo santo en la pila bautismal; todos hemos sido santificados en nuestra carne con la presencia augusta del Espíritu Santo; todos hemos sido constituídos como relicarios sagrados, donde mora Dios, Uno y Trino; todos hemos sido incorporados inefablemente á Cristo nuestro Señor, formando con El un solo cuerpo moral. Cristo es la cabeza, nosotros sus miembros, y no es justo, ni decente, ni puede soportarse que unos miembros corrompidos é impuros hayan de unirse á una cabeza sacrosanta. Por tanto, el cristiano, sea cualquiera su estado, sexo y condición, ha de ser siempre puro y purísimo en su cuerpo, no contaminándole, ni aun con el deseo, de tal suerte, que ha de alejar de su espíritu todo pensamiento menos honesto, toda imaginación menos limpia, y todo lo que en alguna manera pueda empañar la santa virtud de los ángeles.

Es más, debe evitar con grande esmero *las ocasiones ó peligros* de caer en semejante pestilencia, porque es palabra divina que *quien ama el peligro en él perece*, y porque la triste experiencia enseña que el que toca la pez se mancha los dedos. El mejor medio para salir ilesos en la tremenda lid de las inmundas pasiones, es huir hasta de la sombra de sus acometidas. Los presuntuosos en este punto suelen quedar como las pobres mariposas, que, incautas, revolotean en torno de la luz y sus alas se abrasan; y sus ojos se ofuscan, y el mismo fuego, que tanto las ilusiona, las quita la vida.

Preciso es, pues, que todos llevemos fijas en el entendimiento y en el corazón las dichas palabras del Apóstol, á saber: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Con efecto, esta ha de ser la regla de todas nuestras acciones, y este el continuo deseo de nuestro espíritu, pues es indudable que la voluntad y el deseo de Dios nuestro Señor es que en todo tiempo, ocasión y lugar seamos en cuerpo y en alma limpios, puros é inmaculados.

Dos cosas quiere siempre, y en absoluto, la suprema Majestad de Dios: primera, *que sea en nosotros santificado su santo Nombre*; segunda, *que seamos nosotros santificados en Él por Jesucristo.* Por consiguiente, una y otra cosa hemos de pedir de continuo á la bondad divina, diciendo:—Señor, que tu nombre sacrosanto y bendito sea siempre santificado por nosotros y en nosotros. Señor, que nosotros seamos santificados por tí y en tí, cumpliendo tu divino querer. Sabemos que tu voluntad adorable es que seamos puros en alma y cuerpo, sin que jamás haya en nosotros ni aun sombra de impureza; sabemos que en el lenguaje bíblico llamas á

la castidad la misma santidad, y que nada es más de tu divino agrado que el que un cristiano, viviendo en carne mortal, obre cual si fuera un ser puramente espiritual; sabemos que hay en nuestro propio ser un enemigo casero, insidioso, pertinaz, seductor, que halagando atrae, y atrayendo mata; pero también sabemos, Señor, que todos sus furores y acometidas pueden quedar superados con vuestra gracia divina y la fortaleza cristiana; sabemos que ninguno puede salir vencedor en lucha tan continua y denodada, si Vos no dais la energía propia para obtener la victoria (1); pero sabemos al mismo tiempo que Vos estáis con nosotros, que dais dicha energía á quien humildemente la pide y que jamás seremos vencidos, á no ser que nosotros voluntariamente cedamos; sabemos que una cosa es sentir y otra consentir, y que el pecado consiste tan sólo en el consentimiento libre de nuestra voluntad. ¡Ah, Señor! Todo esto sabemos, y sin embargo, temblamos, porque escrito está que *con temor y temblor hemos de conseguir nuestra salvación* (2).

Tres son, amados míos, los grados de perfección en que puede encontrarse el cristiano respecto de dicha virtud angélica:

1.° Hallarse enteramente libre de toda acción menos recta, menos pura y menos santa, con propósito firme de permanecer así en toda circunstancia y en toda ocasión, sea como fuere y cueste lo que costare, sin prestar jamás consentimiento ni oídos al dulce canto de la sirena engañadora. Este es el primer paso.

2.° No detenerse nunca, á sabiendas y queriendo, ni en los pensamientos, ni en las imaginaciones, ni en los deseos, ni en otra cosa alguna que pueda ser causa ó motivo ú ocasión de ruina espiritual en tan excelente y encantadora virtud. Esto ya es más difícil y suele ser motivo de grandes angustias para muchas almas buenas.

3.° Alejar absolutamente de sus labios toda palabra, todo movimiento, todo equívoco, toda pregunta y toda respuesta que de uno ú otro modo puedan despertar ideas que desdigan de la santidad propia de los hijos de Dios y de los templos vivos del Espíritu Santo.

He aquí, en suma, cuál es el sentido y el alcance de aquella hermosa frase que el Apóstol San Pablo nos dice en la Epístola de hoy: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que cada*

(1) Scivi, quoniam non possem esse continentem nisi Deus det, et hoc ipsum scire, erat sapientiae. (Sap. 1, VIII, 21.)

(2) Cum timore et tremore salutem vestram operamini. (Philip., II, 12.)

uno sea dueño de su cuerpo en santificacion y en honor, no dejándose arrastrar de las pasiones como los gentiles, que no conocen á Dios (Vers. 3 á 8.) *. Veamos ahora cómo castiga el Señor á los violadores de este precepto.

PUNTO 2.º

CASTIGOS DE LA IMPUREZA

Nadie ignora, amados míos, que los cristianos somos consagrados á Dios en la recepción del santo Bautismo.—¿De qué manera? Primeramente en él *somos hechos templos vivos del Espíritu Santo y también incorporados al mismo Jesucristo. Además, en él profesamos la fe en Dios, uno y trino, comprometiéndonos á vivir santa y piadosamente.* Pues bien; por cualquiera de estos títulos es evidente, que quien fuere osado á profanar la santidad de su cuerpo, aunque sólo fuere con el deseo ó con el pensamiento, recibirá de Dios tremendo, justo y eterno castigo, á no ser que contenga la ira divina con una oportuna y condigna penitencia.

¡Somos templos vivos de Dios! ¡Estupenda maravilla que jamás sabremos agradecer al Señor como es debido! Cuando el Apóstol nos dice que *la voluntad de Dios es que cada cual sepa poseer en*

* Tal es, amados míos, la moral cristiana en conformidad con aquellas palabras de Cristo: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.* (Matth., V, 8.) Mas he aquí que á los *naturalistas* de nuestros tiempos, fundados en que *la razón humana, sin respeto alguno á Dios, es el único árbitro del bien y del mal* (*Syllab.*, prop. 3.ª), no les cabe en la cabeza tal mortificación de las pasiones, y dicen:—Eso es imposible y además innecesario y malo, porque va contra lo natural.—¡Desdichados! Como no viven espiritualmente desconocen las cosas del espíritu y jamás llegan á comprender que la naturaleza se modera y se perfecciona con la gracia de Dios. *Todo lo puedo en Aquel que me conforta,* decía San Pablo; mas cuando se cree, como la mayor parte de los incrédulos modernos, que el hombre no es más que un animal, es lógica la consecuencia de seguir en todo y sin escrúpulo los apetitos naturales de la animalidad, y también lo es que resistir dichos apetitos es una especie de crimen. ¡Figuraos, carísimos hermanos, cuáles serían las costumbres de los pueblos, si por desgracia llegase á implantarse en las sociedades estas doctinas tan detestables y corruptoras! Pues ved aquí claramente lo que se intenta, con más ó menos embozo, en las naciones infestadas del *naturalismo* y del *liberalismo.*

santidad el vaso de su cuerpo (1), es como si dijera:—*Las cosas santas deben ser tratadas santamente* (2). Hacer mal uso de los vasos sagrados, contaminar los altares, profanar los templos del Señor, ¿quién no ve que son crímenes y sacrilegios dignos de eterno suplicio? *¿No sabéis que por el Bautismo habéis sido hechos templos vivos de Dios? ¿No sabéis que vuestros miembros corporales son templo del Espíritu Santo que reside en vosotros y que os ha sido dado de Dios* (3). Pues si esto sabéis ¡oh cristianos! ¿cómo osáis profanar vuestro propio cuerpo, olvidándoos de vuestra altísima dignidad y *de las muy grandes y preciosas promesas que el Señor os tiene hechas, para que por ellas seáis participantes de la naturaleza divina?* (4). ¿Qué castigo os aguarda el día que el justo Juez de vivos y muertos os pida cuenta en el riguroso tribunal de su justicia? Oid al Apóstol, que lo expresa terminantemente: *Si alguno* —dice—*violare el templo de Dios, Dios le destruirá; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo* (5). ¡DIOS LE DESTRUIRÁ! ¿Quién no tiembla?

¡Tremendo castigo, que el hombre no piensa en él cuando peca, pero que no por eso es menos cierto ni menos terrible! —*No permanecerá mi espíritu en el hombre*, dijo el Señor. (Génes., VI.)—¿Y por qué?—La respuesta la da Dios mismo: *Porque es carne.* Esto es, porque se deja llevar de los sentimientos impuros. *El hombre animal no puede comprender las cosas que son del Espíritu de Dios.* ¿Entendéis ahora, amados míos, la terrible desdicha del hombre cuando, ciego por la pasión, se deja arrastrar al inmundo lodo, que mancha y degrada todo su ser racional y cristiano? Esto debiera bastar á toda persona sensata.

Pero esto no lo dice todo; pues el enorme crimen de que os hablo reviste nuevo grado de malicia, si consideramos la injuria que hace á Jesucristo. Si el profanar el propio cuerpo como templo de Dios puede considerarse como una especie de sacrilegio, ¿qué diremos cuando se añade la ingratitud y el desprecio á Cristo

---

(1) Ut sciat unusquisque vas suum possidere in sanctificatione.

(2) Sancta sancte tractanda sunt.

(3) An nescitis quia templum Dei estis? (I Cor., III, 16.)—An nescitis quia membra vestra templum sunt Spiritu Sancti, qui in vobis est, quam habetis a Deo? (I Cor., VI, 19.)

(4) Per quem maxima, et pretiosa nobis promissa donavit; ut per haec efficiamini divinae consortes naturae, fugientes ejus, quae in mundo est, concupiscentiae corruptionem. (II Petr., I, 4.)

(5) Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos. (I Cor., III, 17.)

nuestro Señor? Y que el impuro es ingrato á Cristo y le desprecia no se puede dudar, porque están patentes los divinos testimonios y lo persuade la misma razón natural ilustrada por la fe.

¿Hay quién niegue el inmenso honor que Jesucristo nos otorga en el santo Bautismo, concediéndonos la dicha de ser no sólo servidores suyos, no sólo amigos queridísimos suyos, no sólo hermanos verdaderos suyos, sino *concorpóreos suyos*, parte de su cuerpo, pues voluntaria, gratuita y misericordiosamente se dignó elevarnos á la cualidad augusta de miembros vivos de su cuerpo místico, declarándose Él nuestra cabeza? ¡Oh, esto asombra! Sin embargo, el impúdico no se acuerda de ello, muéstrase ingrato; parece como que desprecia dignidad tan augusta, y no faltará, tal vez quien quisiera vivir siempre para estar siempre pecando. ¿Qué es esto? ¿Hay juicio en las cabezas de los hombres cuando así se envilecen y profanan los miembros místicos de nuestro divino Salvador? Dejen de ser cristianos ó dejen de ser impuros.

Mas sigamos con la exposición de nuestra Epístola, en la cual el grande Apóstol añade que *los cristianos jamás han de seguir los movimientos desordenados de la concupiscencia como los paganos que no conocen á Dios* (1). Verdaderamente es un hecho de experiencia que el no conocer á Dios ni temer su justicia es causa de que los hombres se abandonen sin moderación y sin medida á todos los degradantes excesos de la voluptuosidad. ¿Quién hay más libertino que los incrédulos? ¿Quién más corrompido que los que han perdido el santo temor de Dios? Un cristiano que tenga fe y temor del Señor es imposible que caiga y permanezca en el lodazal inmundo de la impureza.

Y por modo semejante, cabe decir que los desórdenes en este punto son causa de que los mismos cristianos pierdan la fe, pierdan la esperanza, pierdan la caridad, pierdan el alma y pierdan á Dios, cayendo en la ignorancia y en el olvido del Señor, como justo castigo de su proceder insensato. Claro es que esta desdicha no se realiza de repente, sino poco á poco y como por grados insensibles. Al principio tal vez se asuste el alma de sí misma, tal vez el Señor le haga sentir su crimen con las punzadas del remordimiento, tal vez surja en su corazón alguno que otro propósito fugaz de la enmienda... Mas tornando á la ocasión, torna á deleitarse en el pecado, y quisiera que no hubiese ley que lo prohibiera, ni Dios que lo viera, ni Dios que lo castigara. ¡Infeliz!

(1) Non in passione desiderii sicut et gentes quae ignorant Deum.

La luz de su razón se ha anublado, la luz de la fe casi se ha extinguido, y cayendo de abismo en abismo trabaja por seducir á su propio espíritu, y éste, una vez seducido, rompe el freno del temor de Dios y se sumerge en los más espantosos y horribles excesos de la voluptuosidad. ¡Cuántos montes de santidad han venido por tierra!

Tal es, amados míos, la triste historia de muchos desgraciados; pues no habiendo sabido matar al enemigo cuando era pequeño, son muertos por él cuando se hizo grande. Sirva esto de aviso á las personas incautas, porque este vicio que venimos combatiendo es de suyo seductor é implacable; es un vicio que, como hemos dicho, viola la santidad de nuestro Bautismo, profana la dignidad de nuestro cuerpo y de nuestra alma, deshonra á los miembros de Jesucristo, y si le fuera posible, destruiría al mismo Dios; es un vicio infame que, aun á los cristianos, si no se arman de fortaleza divina, les seduce y arrastra á la ignominia de los paganos que no conocen al Señor; es, en fin, un vicio enteramente opuesto al fin para que Dios nos llama en el santo Bautismo; pues, como dice el Apóstol en la Epístola de este día, nos ha llamado para que seamos santos en el cuerpo, santos en el espíritu, santos en el corazón, santos en todos nuestros deseos, santos en todas nuestras acciones; mas no para que seamos impuros. *Non in immunditiam, sed in sanctificationem.*

He concluído, carísimos hermanos, de explicaros lo que me propuse en la presente Domínica. Os ruego, por amor de Jesucristo y por el bien de vuestras almas, que jamás olvidéis las palabras de San Pablo en el día de hoy: *Hermanos*—dice,—*esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Absteneos de toda inmundicia, y que sepa cada uno ser dueño de su cuerpo en santificación y en honor. No dejándose arrastrar de las pasiones, como los gentiles que no conocen á Dios... pues el Señor no nos ha llamado para inmundicia, sino para santificación.* Y el que esto hiciere, tenga por seguro que después de tener paz y dicha en esta vida, será coronado por Dios eternamente en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo tercero de Cuaresma.

De la imitación de Dios y de Cristo.

Ay, *ay, ay de los moradores de la tierra!*—exclama San Juan en el Apocalipsis (1). Que es como si dijera:—¡Ay de aquellos hombres que viven en el mundo enteramente sumergidos en los bienes terrenos! ¡Ay de ellos, porque el cristiano ha de vivir en este valle de miserias á la manera de un peregrino que camina á su patria, que es el cielo! Inútilmente vive el que no se ocupa en acumular tesoros de méritos para la vida eterna. Y como gran número de cristianos en todo piensa menos en adquirir títulos para entrar en las moradas celestiales, he aquí por qué la Iglesia nuestra Madre nos propone hoy la norma de vida propia de los fieles de Cristo, y por boca de San Pablo nos exhorta en la Epístola de esta manera:

Hermanos: Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos, y andad en dilección, así como Cristo también nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y Hostia á Dios en olor de suavidad. Por tanto, la inmundicia y toda impureza, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á los santos (Ephes., V, 1-2-3). Es decir, que estos pecados han de estar tan lejos de nosotros, que ni aun nombrarlos es conveniente.

Dos cosas, como veis, se nos encargan en las palabras dichas; á saber: una, que nos empleemos en cosas buenas; otras, que nos apartemos de las malas. Ó lo que es lo mismo:

1.ª Que imitemos á Dios nuestro Padre.
2.ª Que caminemos en caridad á imitación de Cristo.

¿Cómo hemos de hacerlo, para que, en realidad, seamos buenos y perfectos cristianos? Esto es lo que ahora intento declararos breve y sencillamente.

(1) Vae, vae, vae habitantibus in terra! (Apoc., VIII, 13).

PUNTO 1.º

DE CÓMO EL CRISTIANO HA DE IMITAR Á DIOS

Hermanos—dijo San Pablo,—*toda amargura y enojo, toda indignación, y gritería y blasfemia sea desterrada de entre vosotros; antes bien, sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros, como también Dios, por Cristo, os ha perdonado* (Ephes., IV, 31-32). Y como quiera que esto es de altísima importancia en la vida práctica social, pasa el Apóstol en la Epístola de hoy á determinarnos el modo de llevarlo á cabo, diciendo: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos* (Ephes., V, 1.) Es decir, que *hemos de imitar á Dios* en sus relaciones con los hombres, para que seamos buenos, santos y perfectos, cuidando que no sea una imitación superficial, sino *como hijos suyos queridísimos.*

Con efecto; nada complace más á Dios que ser imitado por los hombres, y nada dignifica más á los hombres que ser imitadores de Dios. Dios es nuestro Padre, y sólo por este honroso título debemos reproducir en nosotros, cuanto sea posible, sus divinas perfecciones. El hijo ha de ser semejante al Padre, y el padre tanto más quiere al hijo cuanto más ve en él retratada su propia persona. He aquí por qué se nos recomienda tanto en las sagradas Escrituras que seamos semejantes á Dios. *Sed santos, porque yo, vuestro Dios y Señor, soy santo... Sed perfectos*—añade Jesucristo,—*así como perfecto es vuestro Padre celestial... Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos*—dice hoy el Apóstol (1).

Y en verdad, amados míos, que nada hay, ni puede haber más provechoso para nosotros, porque si ahora somos en las costumbres semejantes á Dios, necesariamente lo seremos también después en el cielo; la semejanza temporal produce la eterna, la semejanza por gracia nos lleva á la semejanza en la gloria. Bien mirado, todos los preceptos de Dios tienden á que obremos como Él obra, ó sea á que seamos buenos, justos, santos y perfectos, practicando la caridad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la misericordia y demás virtudes, á la manera que Él las

(1) Sancti estote, quia sanctus sum... Estote perfecti sicut et Pater vester coelestis... Estote imitatores Dei, sicut filii charissimi.

practica con nosotros, perdonándonos nuestras culpas y haciendo brillar el sol para los buenos y para los malos.

Es verdad que muchas de las perfecciones divinas no son para imitadas, sino para admiradas, por ejemplo: sólo Dios conoce los deseos ocultos de nuestros corazones; sólo Dios se conoce, y ama, y alaba perfectamente á sí mismo; sólo Dios se basta á sí propio, sin necesitar para nada de las criaturas; sólo Dios es bondad infinita, fuente de toda bondad y de quien todo bien procede; sólo Dios es feliz en sí mismo, y sólo Él constituye la felicidad de todos los hombres; sólo Dios posee desde *ab aeterno* la inmortalidad, y únicamente Él habita en luz inaccesible; sólo Dios pudo crear de la nada todas las cosas, y sólo Él puede conservarlas en el ser que tienen; sólo Dios puede perdonar los pecados, y dar potestad á los hombres para que los perdonen en su nombre; sólo Dios sabe cuándo será el día del Juicio, y cuál sea el número de los elegidos. A sólo Dios corresponden todas estas cosas, y á Él sólo se ha de dar honor y gloria por los siglos de los siglos... Pero esto no obstante, ¿quién no sabe que podemos imitar al mismo Dios en su humildad, en su mansedumbre, en su caridad y en su misericordia?

Claramente expresó esta idea el glorioso Padre San Agustín, cuando dijo: «Cristo nuestro Señor clama diciendo: *Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, no á fabricar el mundo, no á crear todas las cosas visibles é invisibles, no á realizar en el mismo mundo multitud de milagros, no á resucitar los muertos... sino á practicar la mansedumbre y la humildad.* (DISCITE A ME QUONIAM MITIS SUM ET HUMILIS CORDE)» (1.)

En suma, Dios, que es caridad, y paciencia, y consolación, ó mejor dicho, que es la fuente de toda consolación, de toda paciencia y de toda caridad, quiere ser imitado por nosotros, especialmente en estos divinos atributos, *para que todos*, como encarga el Apóstol, *con un sólo corazón, y con una sola voz, honorifiquemos á Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo* (2). ¡Qué doctrina, si se entendiera y practicara bien!

Esto leemos en las santas Escrituras; mas como Dios Padre es un ser enteramente espiritual y, por consecuencia, invisible á nuestros ojos corporales, por eso quiso la divina Bondad manifes-

(1) San Agust., Serm. 10 de *Verbis Domini.*

(2) Ut unanimes, uno ore honorificetis Deum et Patrem Domini nostri Jesu Christi. (Rom.; V, 6.)

tarse en carne, por modo visible en la persona augusta de nuestro Señor Jesucristo y servirnos de modelo perfecto en todas las acciones de nuestra vida terrena. Veamos, pues, aunque sea brevemente, en qué y cómo hemos de imitarle.

PUNTO 2.º

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

El gran Doctor de las gentes, en la Epístola de este día, después de habernos dicho: *Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos*, añade estas hermosas palabras: *Y caminad en dilección, así como Cristo también nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y Hostia en olor de suavidad.* (Ver. 2.) ¡Magnífica advertencia, amados míos, que jamás debiera borrarse de nuestra memoria!

Hay personas buenas, que cuidan mucho de no cometer á sabiendas ningún pecado, y que aun practican algunas virtudes diarias, permaneciendo como de asiento en ellas, lo cual ciertamente es bueno; mas, ¿hemos de contentarnos con eso?—No, porque en verdad sería poco para la perfección, y al no tratar de subir, en eso mismo comenzaríamos á bajar. En el camino de la virtud no se puede decir:—*Basta*;—pues desde el momento en que lo digamos, retrocedemos. Pues bien; el Apóstol, para prevenir este mal y abrir los ojos á los incautos, dice: *Caminad en dilección.* (AMBULATE IN DILECTIONE.)

Nótese bien. No dice San Pablo: *Estad en caridad*, ni: *Practicad alguno que otro acto de caridad*, sino: *Andad en caridad* (1), lo cual significa un continuo ejercicio y progreso en dicha virtud. El que anda no está quieto, sino en movimiento de avance, de adelanto, de perfección. ¡Hay quien permanece siempre lo mismo en la vida espiritual, y vive muy tranquilo! No, Señor; esto no debe ser, porque el Apóstol dice terminantemente: *Ambulate.* (ANDAD.) ¿Había de mandar tan gran doctor alguna cosa inútil? ¿Mas cómo ha de ser inútil lo que está inspirado por Dios?

Pero, aún va más adelante el insigne Maestro, pues nos deter-

---

(1) El Apóstol emplea la palabra *dilectio*, en vez de *caridad*, porque se entienda que el amor de los cristianos ha de ser de *previa elección*, y residente en la voluntad. —Sobre el significado de las cuatro palabras *amor*, *dilección*, *caridad* y *amistad*, véase á Santo Tomás, 1.ª 2.ae, q. XXVI, a. 3.

mina el modo de andar, poniéndonos por modelo á Cristo nuestro Señor: *Andad*—dice—*en dilección*, no de cualquier manera, no según vuestras aficiones ó caprichos, no tibia, floja y remisamente, *sino como Cristo nos amó*. (SICUT ET CHRISTUS DILEXIT NOS.) ¿Cómo nos amó Cristo? Este es el modelo que hemos de imitar. Reflexionemos.

El cristianismo es un mundo nuevo; el cristiano es una criatura nueva en Cristo; por el Bautismo recibimos un nuevo ser espiritual y divino. Luego, así como por la gracia recibimos un ser divino, así también por la caridad infundida en nuestros corazones hemos de ejercitarnos en nuevas y divinas obras. Divina, pues, ha de ser nuestra operación, nuestra manera de obrar, y tanto más aprovechemos en esto, otro tanto seremos más perfectos cristianos. El cristiano todo es de Cristo, es como la continuación de Cristo, y por lo mismo todas sus obras deliberadas han de ser semejantes á las que practicó en vida Cristo nuestro Señor. Entonces seremos verdaderos y perfectos cristianos, cuando estemos enteramente muertos á nosotros mismos, para vivir la vida de Cristo, y para Cristo, caminando en dilección de nueva vida, como hoy nos dice el Apóstol: *Ambulate in dilectione.*

El cristiano, ya lo hemos dicho, en cuanto hijo de Dios debe imitar la caridad de su Padre, y así como Dios Padre todo y siempre es caridad, así el cristiano, partícipe de la misma caridad divina, es indispensable que en toda ocasión, tiempo y lugar ande en caridad y jamás retroceda en ella.

El cristiano, en cuanto miembro de Cristo y como otro Cristo por semejanza, ha de tomar por modelo la caridad del mismo Cristo, y por consecuencia es necesario que ame á sus hermanos al modo que Jesús nos amó; esto es, que así como el divino Redentor nos amó aun más que á su propia vida, entregándose á sí mismo á la muerte por nosotros; de igual manera nosotros hemos de amar á nuestros semejantes, ofreciendo nuestra existencia propia si fuere necesario para su eterna salud. Dos, pues, son los modelos de nuestra caridad para con el prójimo: la caridad de Dios y la caridad de Cristo. Esto y nada menos es lo que el grande Apóstol nos encarga en la Epístola de este día diciendo: *Caminad en dilección, así como Cristo nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros*. (TRADIDIT SEMETIPSUM PRO NOBIS.)

Pensemos bien estas palabras divinas y este amor tan asombroso. «Cristo—dice San Pablo,—nos amó. (DILEXIT NOS.) Nos amó ternísima y eficacísimamente; no de palabra y de lengua, sino de

obra y de de verdad. Nos amó con dilección; esto es, con voluntad espontánea y libérrima, hasta el extremo de entregar (TRADIDIT) no sus riquezas, no sus vestiduras, no sus parientes y amigos, no sus ángeles y arcángeles, sino *á sí mismo* (SEMETIPSUM)... Nótese bien... *¡A sí mismo!* Dios y hombre verdadero, tanto cuanto era en sí, sin reservarse nada, ni exceptuar nada, sino que todo entero, en cuerpo, en alma y en divinidad, *se dió y se entregó por nosotros* (PRO NOBIS). ¡Por nosotros! ¡Asombrosa maravilla! Por nosotros, no amigos, no fieles y agradecidos, no deseosos de complacerle y adorarle, sino ingratos pecadores, infieles y enemigos, tal vez pensando en ofenderle de nuevo, tal vez despreciando sus favores, tal vez afiliándonos á sectas de perdición para renegar de Cristo! El muriendo por darnos vida y nosotros viviendo para darle muerte! ¡Él amándonos y nosotros aborreciéndole! ¡Hermanos míos! ¿Qué es esto? ¿Es posible que así obremos?

He aquí el modelo que el Apóstol nos propone en el día de hoy para el ejercicio de nuestra caridad. Quiere que nos amemos los unos á los otros, *así como Cristo nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros;* quiere que imitemos á Dios Padre, como hijos suyos queridísimos, honrándole, glorificándole y pagándole amor con amor; quiere que estudiemos, y consideremos y meditemos las perfecciones divinas, distinguiendo unas de otras, por más que en Dios todo sea una sola, pura, simple é infinita perfección; pues aunque Dios en todas sus perfecciones es *admirable*, no en todas es *imitable*. Admirable es en su ciencia, en su omnipotencia, en su inmensidad, en su eternidad y en otros muchos de sus divinos atributos, sin que en ello podamos imitarle porque supera á nuestra posibilidad. Imitable, sin embargoo, es en su bondad, en su beneficencia, en su misericordia, en su caridad... Y cabalmente en esta imitación se fundan nuestras virtudes, nuestros méritos, nuestra santidad y nuestra eterna beatitud.

Si amamos como Dios ama; si prodigamos el bien á nuestros semejantes como Él lo prodiga; si somos, como Él, misericordiosos con los necesitados; si perdonamos á quien nos ofenda como El perdona; si amamos y oramos y favoremos á nuestros enemigos como Él favorece, soporta y ama á los suyos, entonces seremos santos, porque esto es asemejarse á Dios en las obras; esto es hacer para con los prójimos el oficio de dioses terrenos, esto es corresponder á los designios amorosos de Dios sobre nosotros, esto es ser buenos y perfectos cristianos en la tierra y conquistarnos una corona eterna de gloria para el cielo.

Vivamos, pues de esta manera, y nuestra vida será en Dios y para Dios, buscando en todo su honor y gloria. Vivamos de Cristo, por Cristo y para Cristo, pues *Cristo es todo en todas las cosas,* y teniendo á Cristo tenemos en Él todos los bienes temporales y eternos. A Él sólo sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo tercero de Cuaresma.

Sobre la castidad.

AMADOS hermanos míos: La Iglesia, nuestra Madre, después de exhortarnos en la presente Dominica á que *imitemos á Dios, como hijos suyos queridísimos, y á que nos amemos mutuamente, así como Cristo nos amó,* pasa á recomendarnos la virtud de la pureza, para que seamos limpios é inmaculados en todo nuestro ser, cual corresponde á los hijos de Dios. Oigamos al Apóstol San Pablo en la Epístola de este día; dice así:

Hermanos, sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados... Por tanto, toda impureza ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á los santos. Que no se oigan en vuestras conversaciones, ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas inconvenientes, sino antes acciones de gracias, porque habéis de saber y entender que ninguna persona impura ó avara, lo cual es culto de los ídolos, podrá recibir en herencia el Reino de Cristo y de Dios. Ninguno os engañe con palabras vanas, pues por esto viene la ira del Señor sobre los hijos de la incredulidad. No hagáis, pues, causa común con ellos, porque en otro tiempo érais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, en justicia y en verdad. (Ephes., V, 1 á 9.)

Hasta aquí el grande Apóstol, y en verdad que bien merecen sus palabras ser atentamente consideradas. Dos cosas nos enseña con toda claridad:

1.ª Cuál debe ser la pureza de un cristiano.
2.ª Cuáles son los medios para adquirirla.

Reflexionemos algo sobre cada una de ellas.

PUNTO 1.º

QUE EL CRISTIANO HA DE SER ENTERAMENTE PURO

Nada hay, ni debe haber en el mundo más puro é inmaculado que un cristiano; porque quien dice cristiano, dice imitador de Cristo, miembro de Cristo, persona que vive de la misma vida de Cristo, con quien se halla real y substancialmente unido, mediante el alimento eucarístico. La palabra cristiano viene de Cristo, y estos dos nombres son como sinónimos, siendo preciso, como dijo San Ambrosio, «que la conducta de quien así se llame corresponda al nombre que lleva, á fin de que dicho nombre no venga á ser una palabra vana y un gran crimen» (1). La conducta, pues, del cristiano ha de ser purísima, porque purísimo es Jesucristo, de quien procede, á quien está unido y á quien imita; purísimo el Evangelio y la fe que profesa; purísima es la Iglesia, que le amamanta, rige y gobierna, y purísimo el fin á que necesariamente tiende. Por eso el Apóstol, en el día de hoy, da la voz de alerta, y dice en la Epístola: *Toda impureza ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á los santos* (2).

¡Hermosa advertencia! *Toda impureza* — dice — *y toda avaricia*, para que entendamos, que el cristiano, como miembro del cuerpo de Cristo, ha de ser enteramente limpio, en el corazón, en el cuerpo, en los labios y en la mente. *En el corazón*, reprimiendo todo mal deseo, todo mal afecto, toda mala voluntad.

En el cuerpo, observando todas las leyes de la honestidad y de la decencia. *En los labios*, evitando toda conversación, toda palabra y todo equívoco que pueda despertar ideas menos puras y deseos menos ordenados. *En la mente*, desechando con presteza toda imaginación y todo pensamiento que tienda á empañar el brillo de la virtud de los ángeles. Es más: ni aun siquiera permite el Apóstol que en el trato común de las gentes se nombren seme-

(1) Actio respondeat nomini, ne sit nomen inane et crimen inmane. (San Ambrosio.)

(2) Fornicatio autem, et omnis immunditia, aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. (Ephes., V, 3.)

jantes miserias. No podrán, ciertamente, evitarse siempre las acometidas, las imaginaciones, los pensamientos, los deseos, ni la tendencia imperiosa de las malas pasiones, permitiéndolo así el Señor, para que caminemos en humildad y en vigilancia; pero sí podemos siempre rechazarlo con horror, tan luego como lo advirtamos, podemos hacer actos contrarios de virtudes que conjuren el peligro, podemos sellar nuestros labios con el santo temor de Dios, á fin de que, como encarga San Pablo, tal inmundicia *ni aun se nombre entre nosotros.* (NEC NOMINETUR IN NOBIS.)

Y llega á tal extremo la delicadeza que el Señor exige en este punto á los fieles de Cristo, que ni aun palabras inconvenientes, ni chanzas, ni alegorías, ni equívocos, ni ligerezas de lengua permite, porque todo nuestro porte interior y exterior quiere que vaya regulado por la modestia, gravedad y santidad que hemos profesado en el santo Bautismo. En las aguas bautismales somos ungidos en nuestros cuerpos y consagrados á Dios como templos vivos del Espíritu Santo, y cometemos una especie de sacrilegio cuando con palabras, con obras, con deseos ó con miradas, profanamos nuestro propio ser, ennoblecido por el mismo Dios, y creado por Él bondadosamente, nada menos que á su imagen y semejanza.

Y ¡ay del que en esto sea infiel y licencioso! Pues ya nos dice el Apóstol á continuación: *Habéis de saber y entender que ninguna persona impura ó avara, lo cual es culto de los ídolos, podrá ser heredera del Reino de los cielos.* (Ver. 5.) Es decir, que será excluída del Reino de Dios y *arrojada en las tinieblas exteriores, y allí, en el infierno, será el llanto y crugir de dientes.*

Por último, á fin de inspirarnos horror al vicio impuro, y para que todos los cristianos abran bien los ojos, levanta su voz el grande Apóstol y dice: *Cuidado que ninguno os engañe con palabras vanas, pues por eso viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad. No hagáis causa común con ellos...* (Ver. 6.) ¡Magnífico encargo, amados míos, que fué siempre de altísima importancia, y mucho más en los tiempos corrompidos que alcanzamos.

En los días del Apóstol, existían filósofos libertinos, poetas lascivos y sectarios de Simón Mago, quienes para cohonestar su desenfreno, sostenían el funestísimo error de que para salvarse no eran necesarias las obras buenas, sino que bastaba la fe sola. En nuestra época hemos visto resucitada aquella antigua y pestilencial herejía por Lutero y Calvino y por otros muchos impíos, que para dar rienda suelta á sus inmundas pasiones, la erigen en dogma fundamental, atacando además á la santidad del matrimo-

nio católico y canonizando el libertinaje con todas sus horribles é impúdicas consecuencias.

No habré yo de enumerarlas, ni aun siquiera de indicarlas, porque tales abominaciones repugnan á la dignidad del cristiano, y el rubor sube á nuestra frente sólo al pensarlas; básteos saber que todas cuantas ignominias se ocultaban en los vergonzosos misterios del paganismo, se reproducen con aumento en los antros secretos de los modernos sectarios. Por tanto, tratándose de tan lúbricas y repugnantes miserias, hemos de llevar siempre en la memoria aquellas palabras del Apóstol: *Ni aun se nombren entre nosotros. (Nec nominentur in nobis.)*

Pues bien; contra toda esa corrompida secta de hombres sin fe y sin pudor, antiguos y modernos, y los que puedan venir en pos de ellos, lanza su anatema San Pablo, en la Epístola de este dia, y nos da á todos la voz de alerta diciendo: *Cuidado, cristianos, que ninguno de esos falsos doctores os engañe con palabras vanas, no sea que os hagáis cómplices de sus crímenes, pues por ellos viene la ira de Dios sobre las generaciones incrédulas.* (PROPTER HAEC VENIT IRA DEI IN FILIOS DIFFIDENTIAE.) (Ver. 6.) Preguntan algunos de dónde nos vienen tantas desdichas, y no reflexionan que en la Epístola de hoy tienen la respuesta.

¿Qué medios, pues, habremos de poner en juego para librarnos de semejante pestilencia, hoy que todo conspira al desenfreno de los apetitos brutales? Esto es lo que me resta que deciros. Seré breve y comedido.

PUNTO 2.º

MEDIOS PARA LA PUREZA DE CUERPO Y DE ALMA

Elocuente y persuasivo se muestra el grande Apóstol exhortándonos á que huyamos de los falsos doctores de este siglo, aunque vayan á Misa, y recen el Rosario y comulguen diariamente y se llamen á boca llena católicos; pues sus doctrinas son perversas por hallarse saturadas del virus ponzoñoso del *racionalismo* contemporáneo. Hay que abominar con todo el corazón las *libertades modernas*, aunque os sean recomendadas por hombres doctos y que blasonen de buenos cristianos, pues los que así os hablen se engañan á sí mismos, os engañan á vosotros, y siguiéndolos, os hacéis cómplices de sus maldades, y por consiguiente, de sus eternos castigos.

Vosotros—dijo San Pablo á los fieles de Efeso—*en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz.* (Ver. 8.) Esto que se refería á que antes vivían en las tinieblas del gentilismo y después eran ya iluminados con la fe y la gracia de Cristo, tiene aplicación á nosotros, que antes de ser bautizados éramos tinieblas por el pecado de origen, y después de haber sido regenerados en las aguas bautismales, somos hijos de la luz, ó sea hijos de Jesucristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, y que dijo de sí mismo: *Yo soy la luz, y el que me sigue no andará en tinieblas.*

Pues bien; según el divino mandato, dícenos San Pablo en la Epístola de este día: *Es preciso que andemos como hijos de la luz* (*ut filii lucis ambulate*); esto es, como hijos de Jesucristo, puros y limpios en nuestras conciencias, en cuerpo y en espíritu.

¿Qué medios nos ofrece la Iglesia nuestra Madre para obtener y conservar tan necesaria é inestimable pureza?

Lo primero, ya lo hemos dicho, es *imitar á Jesucristo*, que fué la pureza por esencia, que quiso nacer de Madre purísima, que eligió para fundamento de su Iglesia discípulos castos, que no permitió que el diablo le tentara contra la virtud de los ángeles, y que puso á raya la osadía de sus enemigos para que jamás le acusaran ni en lo más mínimo sobre tan horrendo pecado.

Lo segundo es *el santo temor de Dios*, pues todo el que tenga fe y sepa la enormidad de los castigos temporales y eternos que aguardan á los profanadores de tan celestial virtud, no podrá menos de horrorizarse y poner freno á todos los desórdenes que puedan empañarla.

Lo tercero es *huir las ocasiones* todo cuanto sea posible, pues es cosa sabida que en los ataques contra el pudor, el que huye es el más valiente. Aquí viene bien aquello del Sabio: *Huye del pecado como de la vista de la culebra.*

Lo cuarto es *la continua y honesta ocupación y la humildad;* porque es bueno que siempre nos encuentre el diablo ocupados, y porque á los soberbios Dios los humilla, y no hay mayor humillación que verse el hombre caído en semejantes miserias.

Lo quinto es la *rigurosa custodia de los sentidos*, en especial de los ojos y los oídos, porque el diablo se entra por las ventanas y éstas deben cerrarse y abrirse únicamente cuando convenga, y eso con mucha cautela.

Lo sexto es *mortificación corporal y espiritual*, porque el cuerpo necesita que le corten los bríos y el alma que la refrenen en sus

imaginaciones, pensamientos y quereres, pues de lo contrario aquél y ésta se desordenan lastimosamente, siendo casi imposible que no sobrevenga vergonzosa y funesta ruina. ¡Cuántos habrán perecido por no tener presente este medio!

Lo séptimo es *la oración de ruegos*, *la meditación* de las verdades eternas, y el *frecuente uso de los Sacramentos*, ó sea la confesión y comunión frecuentes bajo la dirección de un prudente y celoso confesor.

Lo octavo, finalmente, es *sentir, pensar, querer y obrar siempre en presencia de tres testigos;* esto es, de Dios, de la Virgen y del Angel de nuestra guarda; pues á quien tenga fe y esto atentamente considere, sólo el deseo de pecar le sacará los colores al rostro poniéndole á punto de morir de vergüenza.

He aquí, en breve resumen, los medios principales para andar en pureza y no conspirar contra ella. Acordémonos, como dice el Apóstol en nuestra Epístola, que *somos luz en el Señor* y que *hemos de andar como hijos de luz (ut filii lucis ambulate);* esto es, que somos iluminados con la luz evangélica para obrar pudorosamente y abominar toda inmundicia, y que hemos de caminar siempre como hijos de la luz, ó sea como hijos de Jesucristo, luz por esencia fulgurosa y purísima. Y obrando de esta manera, ya lo dijo San Pablo, *los frutos de la luz* (ó sea de la fe y de la gracia de Cristo) *son toda bondad, toda justicia y toda verdad.* (Ver. 9).

Seamos, pues, *verdaderos, justos y bondadosos*, cual corresponde á nuestra dignidad de cristianos; seamos *puros y limpios* en cuerpo y en espíritu, como el Señor exige de nosotros, y no nos quede duda de que obtendremos la suprema y eterna felicidad; porque es palabra de Jesucristo divina é infalible: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.* Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo cuarto de Cuaresma.

Del antiguo y nuevo Testamento.

Hermanos míos amadísimos: En tiempo de San Pablo, seducidos los fieles de Galacia por falsos doctores, creíanse obligados á las observancias de la Ley mosaica, y para corregir este error tan contrario á la Ley de Jesucristo, les propone el Apóstol el siguiente razonamiento:

Hermanos—les dice,—*escrito está que Abrahán tuvo dos hijos; uno* (Ismael), *hijo de la esclava* (Agar); *otro* (Isaac), *hijo de la libre* (Sara). *Estos dos hijos, Isaac é Ismael, fueron figura de los dos Testamentos. Ismael, figura de la Ley antigua, fué arrojado de la casa paterna; pero Isaac, hijo de madre libre y según la promesa de Dios, figurando la Ley nueva, quedó en posesión de la casa de Abrahán. Luego, el pueblo cristiano, que es libre, no está obligado á la Ley mosaica, que es de esclavos.* (Gal., IV, 22 al 31.)

Tal fué, en substancia, el plan ó designio del Apóstol, y la Iglesia, nuestra Madre, lo refiere en la Epístola de hoy para hacernos comprender que habiendo nosotros nacido libres por Jesucristo, no está bien que pretendamos obrar como despreciables esclavos. Librarnos de la vergonzosa esclavitud del pecado y hacernos gozar de la libertad de los hijos de Dios, es el designio que la Iglesia se propone en todo tiempo y más especialmente en las enseñanzas de las Dominicas de Cuaresma. Por tanto, haciéndome eco de su divino magisterio, y en conformidad con la Epístola de este día, intento probaros dos cosas:

1.º Que la Ley antigua fué de esclavitud.
2.ª Que la Ley nueva lo es de libertad.

PUNTO 1.º

DE LA ESCLAVITUD PROPIA DE LA LEY ANTIGUA

Dos cosas hay que notar en la citada Epístola: primera, su parte *histórica*; segunda, su parte *alegórica*, ó sea su significación mística. Como historia dice lo siguiente: *Abrahán tuvo dos mujeres, una esclava y otra libre.* De ellas le nacieron dos hijos: *Ismael* de la esclava Agar, *Isaac* de la libre Sara. Ismael nació como naturalmente acontece, de madre joven y fecunda; mas Isaac vino al mundo de un modo extraordinario, fuera del orden de la naturaleza, en virtud de una promesa divina, y de madre estéril y nonagenaria.

Ahora bien; como todos los hechos narrados en el Antiguo Testamento no son otra cosa que figuras del Nuevo, ocurre preguntar:—¿Qué figuraba y profetizaba lo que acabamos de referir de Abrahán?—Oigamos á los sagrados Expositores. Dicen así:

«Los dos matrimonios de Abrahán significan *los dos Testamentos de Dios,* ó sea las dos alianzas principales que el Señor hizo con los hombres. Las dos madres figuraban las dos Leyes: la antigua y la nueva, y los dos hijos los dos pueblos: el judío y el cristiano.

»El pueblo judío, hijo de Abrahán, según el orden de la naturaleza; el pueblo cristiano, hijo de Dios, según la gracia.

»El pueblo judío como siervo, bajo la *Ley del temor,* ya porque estaba como oprimido por la multitud y gravedad de las ceremonias corporales, ya porque era obligado á la observancia de la Ley por el temor de las penas á la manera de los siervos. El pueblo cristiano, militando bajo la *Ley del amor,* ley evangélica, ley de gracia, ley que le hace libre, ora porque enseña el modo de adorar á Dios en espíritu y en verdad, ora porque lleva á Dios con el amor y con el espíritu, y donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad. *(Ubi Spiritus Dei ibi libertas.)*»

El pueblo judío, al que prometió el Señor que Él sería su Dios, su tutor y su protector, y que le había de dar en posesión la tierra de Canaán; y dicho pueblo, aceptando tan benigna y hermosa promesa, ofreció que había de servir al Señor, su Dios, y que observaría su Ley. El pueblo cristiano, á quien el mismo Dios prometió que había de ser su amigo y su padre, y que los fieles, como hijos, habían de recibir en herencia la patria celestial. Y dichos fieles,

aceptando tácitamente por Cristo y por los Apóstoles tan magnífico y sublime don del Señor, prometieron que habían de observar la fe de Cristo y sus divinos preceptos.

Notad, amados míos, la enorme diferencia que existe entre los hombres que vivieron bajo la Ley antigua y los que vivimos bajo la Ley evangélica. La Ley antigua, aunque santa, justa y buena, y aunque en ella hubo realmente algunos varones buenos, justos y santos, ella, sin embargo, apenas podía formar más que esclavos. Así lo indican, ya *la naturaleza* misma de la Ley, ya *las recompensas* á los que la observaban, y ya *los castigos* impuestos á los transgresores.

¿Quién no sabe que la Ley mosáica en sí misma—exceptuando la parte moral ó el Decálogo—era un yugo pesado, cual convenía á un pueblo duro de cerviz; á un pueblo cuyos sentidos había que cautivar; á un pueblo que era preciso contener como á un esclavo, con multitud de preceptos; á un pueblo cuya furiosa propensión á la idolatría hacía necesario el continuo golpe del látigo de Dios? Luego la misma *naturaleza* de la Ley da bien á conocer que ella era propia de un pueblo de esclavos.

¿Y qué diremos de *las recompensas* con que el Señor alentaba á los observadores de la Ley antigua? Es verdad que la vida eterna era ya objeto de la esperanza de los justos; pero lo que más comunmente expresa la Ley era lo siguiente: *Si escucháis la voz del Señor, seréis benditos en la ciudad y benditos en los campos*; *bendito el fruto de vuestro vientre*, *y el de vuestra tierra y el de todas vuestras bestias*; *benditos serán vuestros graneros, y benditos todos los frutos que conservéis en reserva. Á vuestros pies caerán vuestros enemigos*; *vendrán á atacaros por un lado, y retrocederán por siete. El Señor derramará su bendición sobre vuestras bodegas*, *y sobre todas las obras de vuestras manos, y os bendicirá en la tierra que de Él recibiereis*. Ahora bien; ¿hay en todas estas promesas cosa alguna que no sea digna de un esclavo, ó de un mercenario que obra por la recompensa terrena?

En cuanto á los castigos con que el Señor amenazó á los transgresores de dicha Ley, ¿á quién no ponen espanto las palabras de Moisés? «Pueblo de Israel—dice—escucha y atiende: *Maldito será el que haga imagen de escultura* (para adorarla), *maldito quien no honre á su padre y á su madre, maldito quien mude la linde de la heredad de su prójimo, maldito quien haga que el ciego se extravíe en el camino, maldito quien pervierte la justicia en alguna causa del extranjero*, *de la viuda y del huérfano...*» Y así, de esta manera, pro·

siguen las maldiciones, diciendo que *el Señor enviará sobre los prevaricadores hambres, pestes, guerras, miserias, con fiebres, con fríos, con calores, con úlceras, con ceguedad de espíritu y de furor*... Repárese bien, amados míos; todos son castigos temporales, ley de temor, como á gentes á quienes se amenaza y asusta y aterroriza á la manera de esclavos, que sólo se contienen por el miedo del azote. Luego la Ley antigua, ya se considere su *naturaleza*, ya sus *recompensas*, ó ya sus *castigos*, es una Ley de verdadera esclavitud, que de ningún modo convenía á los cristianos, que somos ciertamente libres, con la libertad de hijos de Dios. Veamos, pues, en qué consiste dicha libertad gloriosa para que sepamos estimarla como don inefable del Señor.

PUNTO 2.°

CÓMO LA LEY EVANGÉLICA NOS DA LA LIBERTAD.

Los cristianos, amados míos, somos hijos de la promesa, esto es, prometidos por Dios, como si dijéramos, hijos libres de Sara libre, no hijos esclavos de Sara esclava. (*Non sumus ancillae filii, sed liberae*. (Gal., IV, 31.) Ó lo que es lo mismo; no somos hijos de la Sinagoga obligados por temor á los pasados ritos y ceremonias de la Ley judaica, sino hijos de la Iglesia de Cristo, hijos del mismo Dios, atraídos á la observancia de la Ley evangélica por los dulces y suaves acentos del amor. El amor es nuestra Ley, y el amor, como dijo San Juan, consiste *en vivir según los preceptos de Jesucristo, los cuales no son una carga* (1), sino una ayuda, como al ave las alas y al carro las ruedas. El que observa la Ley cristiana ama á Dios, y amando á Dios, la Ley es dulce, amable y muy fácil, como claramente lo expresó Jesucristo cuando dijo: *Mi yugo es suave y mi carga ligera* (2).

Nótese bien, que Jesús dice: *Su yugo y su carga*; para que entendamos que Él va con nosotros ayudándonos á observar sus divinos Mandamientos, y que con su auxilio todo lo podemos. No hay que decir:—Esto ó lo otro es pesado;—pues, como observa San Agustín, *todo precepto es ligero para el que ama; donde hay amor*

(1) Haec est charitas, ut ambulemus secundum mandata ejus. (Joann., II, 6). —Haec est charitas Dei, ut mandata ejus custodiamus; et mandata ejus gravia non sunt. (Joann., V, 3.)
(2) Jugum meum suave est, et onus meum leve. (Math., XI, 30.)

cesa el trabajo (1); con el amor lo más amargo se torna dulce. «*Dios*—añade el santo—*no manda imposibles; sino que al mandar nos advierte que hagamos lo que podamos, que le pidamos lo que no podamos y que Él nos ayudará para que podamos*» (2). ¡Qué amorosa es la Ley del Señor, si nosotros queremos cumplirla! (3). En la observancia de esta Ley se encuentra toda la felicidad del hombre, y la paz, y los consuelos, y los verdaderos placeres, y la gracia, y la salvación, y la gloria. ¡Cuánto se apena el corazón al considerar que hoy muchos hombres, que se llaman ilustrados, intentan ser felices y aun gobernar el mundo prescindiendo del Decálogo y de la Iglesia de Jesucristo!

Pensad bien y recibid con gozo, Hermanos carísimos, lo que San Pablo nos dice en la Epístola de hoy, á saber: «Que nosotros los cristianos, hermanos de Cristo é imitadores suyos, creyendo al Verbo de Dios y regenerados según su espíritu, somos semilla espiritual, linaje escogido, pueblo del Señor por excelencia, á quien pertenece, no la herencia terrena, sino la celestial, la eterna, y el Reino de Dios nuestro Padre.» ¡Cuánta gloria para nosotros y cuánta felicidad el ser realmente hijos de Dios y herederos suyos! *¡Reparad bien*—dijo San Juan—*qué caridad tuvo para con nosotros el Padre, que seamos llamados y en verdad seamos sus hijos!* (4).

Amemos, pues, á Dios como á Padre; obedezcámosle pronta, dulce y gustosamente, y adorémosle con el tierno afecto de hijos. Él nos ama y su Ley es amor: *amor á Dios por sí mismo y amor al prójimo por Dios.* Puesto que Dios es espíritu y nosotros somos semilla espiritual, amemos y deseemos las cosas espirituales, las celestiales, las divinas y eternas. Dejemos á los amadores del mundo que vivan según la carne y roguemos por ellos para que se aparten de su camino de perdición; mas nosotros, nacidos según el espíritu y libertados misericordiosamente por la gracia de Cristo nuestro Señor, vivamos según el espíritu, amando al mismo Cristo, y deseando como fin último el Reino de los cielos, la vida eterna, para glorificar á Dios por siglos sin fin.

A las gentes mundanas, como hijas de servidumbre y esclavas de sus pasiones, pertenece ser amadoras de lo temporal, amado-

(1) Omne praeceptum leve est amanti; ubi amatur, non laboratur. (San Agust., in Epist. ad Rom.)

(2) Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis; et adjuvat ut possis. (San Agust. in Epist., ad Rom.)

(3) Nihil dulcius quam respicere in mandatis Domini. (Eccles., XXIII, 37.)

(4) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus. (I Joann., III, 1.)

ras de las vanidades del siglo, amadoras de los placeres terrenos; mas á nosotros, raza escogida, libres de la esclavitud de las pasiones, é hijos predilectos de Dios, corresponde que vivamos según Dios, en espíritu y en verdad, odiando lo que el mundo ama y amando lo que el mundo aborrece. Somos enemigos del mundo y el mundo enemigo nuestro; porque siempre en esta vida la carne lucha contra el espíritu, los hijos del diablo contra los hijos de Dios, los malos contra los buenos, y á la manera que Ismael, hijo de esclava, persiguió á Isaac, hijo de libre, así también los hijos de Dios han de ser perseguidos por los hijos de los hombres. *Como entonces*—dice la Epístola—*así también ahora.* (*Quomodo tunc... ita et nunc.*) Y esto lo repite el Apóstol diciendo: *Todos los que quieren vivir en Cristo Jesús, padecerán persecución* (1). Pero ¡gloria á Dios! pues es palabra divina: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.*—Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo cuarto de Cuaresma.

Los cristianos y sus perseguidores.

AMADOS hermanos míos: El glorioso Apóstol San Pablo, habiendo tenido noticia de que los fieles de Galacia estaban á punto de perder la fe de Jesucristo, en la cual caminaban, les escribió una hermosa carta llena de amor y ternura diciéndoles de esta manera: *Hermanos míos carísimos: Tened presente que los falsos doctores, usando de artificio, os muestran un amor particular, con el fin de atraeros á su doctrina y de apartaros de Cristo... Decidme, os ruego, los que queréis estar bajo la ley* (mosaica): *¿No habéis leído que Abrahán tuvo dos hijos, uno de madre esclava y otro de madre libre; uno nacido esclavo, según la carne, y otro libre, según la promesa? Estos dos hijos significan los dos Testa-*

---

(1) Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (II Timot., III.)

mentos, y nosotros, por dicha nuestra, somos los hijos libres. Mas como entonces, aquel que había nacido según la carne, perseguía al que era según el espíritu, así también ahora. (Gal., IV, 17 al 30.)

Esto dice en substancia, amados míos, la Epístola de este día, y en verdad que cuadra bien á lo que actualmente están presenciando nuestros ojos. Entonces los judíos carnales, figurados por Ismael, no cesaban un punto de perseguir á los espirituales hijos de Abrahán, y hoy, por modo semejante, los hombres impíos y materializados, no se dan punto de reposo por aniquilar si pudieran hasta el último de los cristianos fieles á la Iglesia católica. Paréceme, por lo tanto, que no será tiempo perdido mostraros, aunque sea brevemente, lo que es en el mundo el cristianismo al que tan fieramente se persigue y se abomina. Dos cosas conviene que sepáis:

1.ª Quién es Cristo y quiénes los cristianos.
2.ª Cómo obran los fieles de Cristo.

PUNTO 1.º

EL CRISTIANO PROFESA LA FE DE CRISTO

La palabra *cristiano* viene de *Cristo*, y preciso es, ante todo, saber quién es Cristo, para formar idea de lo que es el cristiano. Cristo es *Dios y hombre verdadero. Dios*, como Verbo eterno del Padre, consubstancial á Él, y como Él omnipotente é infinito en todo género de perfecciones; *hombre*, como nacido de mujer, con cuerpo y carne unido hipostáticamente á la Persona divina del Verbo.

Cristo, *como Dios*, posee toda la bondad, toda la sabiduría, toda la majestad y todo el poder de la divinidad, igual que el Padre; *como hombre*, está sentado á la diestra de Dios Padre, superior á los ángeles y á los hombres, participando de la misma grandeza y gloria de Dios.

Cristo, *como Dios y hombre* juntamente, es el Rey de cielos y tierra, *Rey de Reyes y Señor de los que dominan, su nombre subsistirá en todos los siglos, toda la tierra estará llena de su majestad, todos los Reyes de la tierra le adorarán y las naciones le estarán sujetas* (1).

(1) Dominabitur a mari usque ad mare... Sit nomen ejus benedictum in saecula... replebitur majestate ejus omnis terra; omnes gentes servient ei. (Psal. LXXI, 8-17-19-21.)

Cristo es *luz verdadera, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* (1), luz increada y eterna que fulgura en las almas con su gracia divina, con su espíritu sacrosanto, con sus palabras de vida eterna, con sus milagros portentosos, con sus ejemplos admirables y con su doctrina celestial. Su libro de enseñanza, su Filosofía y su Teología es el Evangelio, ó sea la buena y preciosa nueva de la Encarnación y de la Redención, su Iglesia, su gracia, sus Sacramentos... concedido todo amorosamente á los fieles que en Él crean.

Jesucristo, en suma, *es todo en todas las cosas. (Omnia in omnibus Christus.)* Es decir: Jesucristo es todo santidad, todo justicia, todo bien... Es nuestra luz, nuestro guía, nuestro maestro, nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro médico, nuestro Rey, nuestro Pontífice, nuestro Salvador, nuestro Dios, nuestro todo, y por eso es bien que digamos con San Francisco de Asís: *Jesús mío y todas las cosas. (Jesus meus et omnia.)*

Esto es, en resumen, Cristo Jesús, y ahora fácilmente puede comprenderse lo que es el cristiano. «¿Qué es un cristiano?» —pregunta Santo Tomás, y responde: *Es el que tiene la fe de Cristo, el que obra virtuosamente, según el espíritu de Cristo y el que, exento de pecado, se ocupa en imitar á Cristo* (2). Tres cosas, como se ve, de altísima importancia, que hacen á los hombres felices en esta y en la otra vida, en el tiempo y en la eternidad.

Creer en Cristo, y en su Iglesia, y en todo lo que ésta nos manda creer, como verdades dichas por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; esta es la fe cristiana, sin la cual, *es imposible agradar al Señor* (3). Es más; sin ella, como dijo San Agustín, *la vida no es levantada, ni recta, ni buena* (4). El hombre sin fe se hace impío; da rienda suelta á sus pasiones, y es peor que las fieras de los bosques. Por el contrario, la persona dichosa que lleva en su corazón la fe de Cristo, obra maravillas de virtudes que asombran al mundo y regocijan á las sociedades y engrandecen á las naciones.

Por la fe, la Virgen santísima cree en la palabra del Angel, y el Verbo se hizo carne y el mundo se salva.

---

(1) Erat lux vera, iluminans omnem hominem venientem in hunc mundum. (Joan., I, 9.)

(2) Christianus est, qui fidem Christi habet, qui spiritu Christi virtuose operatur, et ad imitationem Christi peccatis moritur. (Santo Tom., 1.ª 2.ae, q. 124, a. 5.)

(3) Sine fide impossibile est placere Deo. (Hebr., XI, 6.)

(4) Sine fide non est alta, recta et bona vita. (San Agust., Tract. in Joann.)

Por la fe, se obró el estupendo milagro de la conversión del mundo pagano, llevada á cabo por doce pobres Apóstoles rudos y sin letras.

Por la fe, los primeros cristianos vendían sus bienes y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. (Act., II, 46.)

Por la fe, han soportado millares de mártires los trabajos, las cadenas, los suplicios y los más horribles tormentos, hallándose gozosos en derramar su sangre por Jesucristo, y por extender en el universo las virtudes cristianas.

Por la fe dejan su hogar, su familia y sus haciendas multitud de santos misioneros, que intrépidos se lanzan á los mares y á países salvajes por ganar almas para Jesucristo, aunque saben que se exponen á ser crucificados á semejanza del divino Salvador.

Por la fe se pueblan los desiertos de anacoretas, los claustros de ángeles en carne humana y los hospitales de santas jóvenes que renuncian á todos los atractivos del mundo para consagrar su vida al alivio de los enfermos y á socorrer las necesidades del prójimo.

¡Oh fe bendita! ¡Tú eres la que mantienes la paz, la unión, el respeto, la prosperidad y el orden entre los hombres, perpetuándose tus grandiosos beneficios de generación en generación.

Tú eres el fundamento de los Imperios, de los Reinos, de las naciones, de las provincias, de los pueblos y de las sociedades todas.

Tú haces bueno al Rey, bueno al Ministro, bueno al legislador, bueno al juez, buenos á los padres, buenos á los hijos, buenos á los hermanos y á los amigos, buenos á los sacerdotes y á los fieles... Sin embargo, ¡oh insensatez inconcebible! á tí te odian, te abominan, te persiguen, y hay quien pretende con loco frenesí que desaparezcas de la haz de la tierra para que reinen la impiedad, el libertinaje, la irreligión y el desenfreno de todas las inmundas concupiscencias. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿A qué extremo de locura hemos llegado? Pero vengamos á la práctica de la fe, ó sea á las obras virtuosas propias de los cristianos.

PUNTO 2.°

DE CÓMO OBRAN LOS CRISTIANOS EN SOCIEDAD

Cristiano, hemos dicho, es el que imita á Cristo, ó sea *el que obra virtuosamente, según el espíritu de Cristo.* El espíritu de Cristo sabemos que es el ejercicio de la caridad en sus múltiples é inefables manifestaciones. *No hacer nada malo, practicar lo bueno, buscar la paz y perseverar en ello hasta el fin,* he aquí todo; porque Jesús todo lo hizo bien, pasó por el mundo prodigando beneficios, fué Rey de paz, y perseveró de esta suerte hasta el último suspiro (1).

El mundo con sus vanidades locas, los mundanos con sus ambiciones desmedidas, y la soberbia humana ansiosa de libertinaje, promueven revoluciones sin cuento, conturbando las sociedades, las familias y los pueblos hasta el extremo de canonizar los más horrendos crímenes; mas Jesucristo, *Rey de paz y la paz misma,* vino á traernos la paz, y nos la dió tan hermosa y cumplida, que basta ser buen cristiano para tener paz completa, á saber: *paz con Dios, paz con el prójimo y paz con nosotros mismos.* El cristiano, pues, es un hombre enteramente pacífico, imitando á Cristo nuestro Señor, paz por esencia, y poniendo en práctica aquella recomendación de San Pablo: *Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones* (2).

Pues bien; este hombre, de todo punto pacífico é inofensivo; este hombre, que al obrar no busca su gloria, sino la de Dios, la de Jesucristo, la de su patria y la de sus semejantes; este hombre, que toda su vida la pasa reprimiendo las concupiscencias de su carne y los desórdenes de su espíritu, ó sea evitando lo malo, porque sabe que el vivir según la carne es muerte del alma, y que vivir según Cristo es vida y paz de la misma alma (3); este hombre, que haciéndose continua violencia en sus pasiones, vive según el espíritu de Cristo, ó sea obrando siempre lo bueno, impulsado por la caridad divina, porque recuerda que en el Bautismo le ha sido dado el Espíritu Santo, Espíritu de filiación de Dios, y que como tal hijo debe amar á Dios por sí mismo y al prójimo

(1) Omnia bene fecit... Pertransit bene faciendo... Et erit iste pax (Mich., V, 5.)
(2) Pax Christi exsultet in cordibus vestris. (Colos., III, 15.)
(3) Prudentia carnis, mors est: prudentia autem spiritus, vita et pax. (Rom., VIII, 6.)

por Dios (1); este hombre, que, como dijo San Agustín, es misericordioso para con todos, que no se conmueve por ninguna injuria, que socorre á los abandonados, que se aflige con los afligidos, que toma parte en el dolor del prójimo como si le fuese propio, que no ultraja á nadie y que vive crucificado por amor á sus semejantes; este hombre, que por motivos de Religión, acata, respeta, venera y obedece á las autoridades eclesiásticas y civiles, aunque sean díscolas, porque considera que *toda potestad legítimamente constituida viene de Dios,* y que jamás sueña con revoluciones trastornadoras del orden social y de las sanas costumbres de los pueblos; este hombre, que es el más firme sostén de las instituciones sociales, del respeto á la propiedad, de la paz en las familias y de la moral pública y privada... Este hombre, digo, es odiado, escarnecido, insultado y menospreciado por las gentes del mundo y por el espíritu moderno, espíritu de Satanás, ávido de libertinaje y de complacer á todas sus abominables concupiscencias.

Esta es, en suma, la realidad de los hechos, y éste el escándalo inconcebible del siglo en que vivimos. Se persigue á Jesucristo, á su Iglesia, á sus ministros, y á todo el que haga ostentación de ser verdadero cristiano; quiérese, en una palabra, que desaparezca de la haz de la tierra hasta la sombra del cristianismo, para ensalzar y entronizar á Satanás, príncipe del espíritu moderno con todas sus libertades de perdición. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuándo te compadecerás de esas pobres gentes descatolizadoras del universo!

Los buenos cristianos, y especialmente los sacerdotes, nos encontramos en las sociedades contemporáneas como ovejas en medio de lobos; así lo predijo Jesucristo, así fué desde el principio, así prosiguió en los siglos posteriores, así es hoy y así será siempre, porque escrito está que *todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo padecerán persecución. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.*

Ahora bien; ¿cuál debe ser nuestra conducta para con todos aquellos que nos aborrecen y buscan nuestro exterminio? El mismo Jesucristo nos da la regla; dice así: *No resistáis al mal... Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian* (2). ¡Magnífica y sublime enseñan-

---

(1) Quicunque enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (Rom., VIII, 14.)
(2) Ego autem dico vobis, non resistere malum... Diligite inimicos vestros; bene-

za! Es como si el Señor dijera:—Cuando los impíos os persigan nunca repeláis injustamente la fuerza con la fuerza, ni devolváis mal por mal, sino usando con ellos de grande paciencia, desechad de vuestro ánimo todo deseo de venganza. Habéis de superar lo malo que os hagan retornándoles bienes. *Mía es la venganza, y yo daré á cada cual según su merecido* (1).—Es más; los habéis de amar con sincero afecto del corazón, dando testimonio de ello haciéndoles bien, y rogando á Dios por ellos, porque vuestra oración será sublime, y de este modo imitaréis la perfección del amor, que vuestro Padre celestial muestra á sus criaturas, colmándolas de bienes en todos los momentos, sin que sean parte á que cese en sus misericordias la ingratitud y dureza con que le corresponden.

Tal es la doctrina de Cristo nuestro Señor, y tales las obras que practican los buenos cristianos. Tengamos presente que cada uno de nosotros existimos en Dios Padre por la gracia de la adopción; existimos en Dios Hijo por la gracia de la incorporación; existimos en Dios Espíritu Santo por la gracia de la santificación. El Padre nos crió, el Hijo nos redimió, el Espíritu Santo nos santificó. Somos hijos de Dios Padre, miembros de Dios Hijo y templos de Dios Espíritu Santo. Vivamos siempre como lo que somos. El cristiano es otro Cristo por semejanza, y el cristianismo es la religión de la eternidad. Cristo, cabeza de los cristianos, es eternamente glorificado por las almas buenas, y las almas buenas, como miembros de Cristo, son también glorificadas en el mismo Cristo. Cristo, pues, y los cristianos, como cabeza y miembros, forman un solo cuerpo místico, que sin cesar y eternamente glorifica, bendice y adora al Padre celestial. ¡Bendito sea el Señor que así nos sublimó y santificó, para que seamos suyos y Él nuestro, y le alabemos y glorifiquemos ahora y siempre por los siglos de los siglos! Amén.

---

facite his, qui oderunt vos; et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos. (Matth., V, 39-44.)

(1) Sed vincite in bono malum. Mea est ultio, et ego retribuam. (Deut., XXXII, 35.)

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Pasión.

De cómo se ha de conocer á Cristo.

Amados hermanos míos: Las sombras misteriosas de la antigua Ley fueron desapareciendo del mundo para dar paso á la luz esplendorosa del Evangelio. El sacerdocio de Aarón dejó de existir, siendo reemplazado por el sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo, según el orden de Melchisedec. Las figuras cesaron y comienza la realidad, penetrando en el *Sancta Sanctorum* el Hijo de Dios vivo, principio, fin y consumación de todas las promesas. Esto nos enseñaba el Doctor de las gentes el domingo anterior, y hoy pasa á mostrarnos al Salvador del mundo como *Pontífice Sumo de los futuros bienes*, que nace, padece y muere para con su oración y su sacrificio alcanzarnos la gracia, la gloria y la eterna bienaventuranza. Oigamos sus propias palabras, en la Epístola de este día; dice así:

Jesucristo, el Pontífice de los bienes venideros, por otro más excelente y perfecto Tabernáculo (esto es, por su Cuerpo sacratísimo, que tomó en la Encarnación, y en el que residía toda la plenitud de la divinidad) *entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado una Redención eterna. Porque si la sangre de las víctimas en la Ley antigua santificaba á los inmundos, dándoles una purificación* EXTERIOR *de la carne, ¿cuánto más la Sangre de Jesucristo, el cual, por el Espíritu Santo, se ofreció á sí mismo á Dios, como víctima sin mancilla, limpiará nuestras conciencias de las obras de la muerte*, (ó sea de los pecados), *para servir al Dios vivo... y obtener la promesa de la herencia eterna los que han sido llamados á ella?* (Hebr., IX, 11 á 15.)

Esto dice hoy el grande Apóstol, y como existen en nuestras sociedades gentes desdichadas que no conocen á Jesucristo, sino de nombre, bueno será que nosotros, grey escogida del Señor, endulcemos nuestro corazón en este breve rato, considerando dos cosas:

1.° La Persona adorable de Jesucristo.
2.° Sus oficios divinos para con nosotros.

PUNTO 1.°

NATURALEZA Y EXCELENCIA DE CRISTO (1)

Nada hay más obligatorio para el sacerdote católico que dar á conocer á Jesucristo, y nada más dulce para el corazón cristiano que considerar sus divinas é inefables excelencias. «¿Quién es Cristo?»—pregunta el Catecismo. Y responde: *Dios y hombre verdadero*. La sagrada Teología explana esta definición, y dice: «Cristo es un *hombre-Dios*, que consta de dos naturalezas: una divina, y otra humana, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo.» «Y de tal suerte acaece esto—dijo San Atanasio,—que *así como el alma racional y el cuerpo forman un solo hombre, así Dios y el hombre forman un solo Cristo.*» (Símbolo.)

Cristo, pues, como Verbo del eterno Padre, es *su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias*, y á este Hijo, ó sea al Verbo hecho carne, *le constituyó Dios*, como dijo San Pablo (Hebr., I), *heredero de todo, y por Él hizo también los siglos;* esto es, el mundo y todo lo que está sujeto á la sucesión y serie de los tiempos. ¡Qué dignidad y qué grandeza descubrimos con sólo esto en la augusta persona de Cristo nuestro Señor! Reflexionemos.

Jesucristo, en cuanto Dios, es creador de todas las cosas, y sin El, nada fué hecho, y en cuanto hombre, es heredero universal de todo.

En cuanto Dios, es por naturaleza Señor de cuanto existe, y todo le debe estar sujeto, y en cuanto hombre, goza del mismo señorío por derecho de heredad.

En cuanto Dios, posee *ab aeterno* el dominio absoluto de todas las criaturas, y en cuanto hombre, fué hecho en el tiempo heredero, Señor y posesor de las mismas criaturas, en igualdad con el Padre celestial.

Jesucristo, por lo tanto, es Padre, creador y Señor de todo el universo; y como á su majestad y soberanía supremas se agregan su bondad y amor infinito hacia los hombres, tuvo la inefable dignación de prometernos y darnos á los cristianos parte en su eter-

(1) Sobre las dotes esenciales de Jesucristo en cuanto Dios y en cuanto hombre puede verse nuestra obra *Maravillas divinas*, tomo II, cap. IX.

na y celestial herencia. No pudo su corazón amoroso contentarse con poseer Él sólo la heredad de su eterno Padre, sino que, siendo Él único Hijo y heredero primario y natural de Dios, quiso tener en nosotros hermanos adoptivos, y que, como tales, tomáramos parte en su herencia celestial.

Para esto fué preciso que Él, siendo nuestro Dios y nuestro Señor, se hiciera además nuestro Pontífice y nuestro Redentor, y que, mediante el Bautismo, nos regenerara en su Sangre y nos hiciera hijos adoptivos de Dios, y hermanos suyos, y coherederos de los bienes celestiales. ¡Todo esto hizo el divino Salvador! ¡Bendito sea!

¡Oh bondad de Cristo! ¡Oh felicidad de los cristianos! ¡Oh ceguedad funestísima la de aquellos infelices que no conocen el Corazón dulcísimo de Jesús, y que no sienten en su espíritu las tiernas y suavísimas emociones de su amor sacrosanto! ¿Hay en el mundo mayor desdicha que no conocer y no amar á Jesucristo?

Pero sigamos considerando las excelencias de nuestro divino Redentor, según el mismo San Pablo; dice así: *Jesucristo, siendo el resplandor de la gloria* (del Padre), *y la figura de su substancia, y sustentándolo todo con la palabra de su virtud, habiendo hecho la purificación de los pecados, está sentado á la diestra de la Majestad en las alturas.* (Hebr., I., 3.) ¡Qué elogio de Cristo nuestro bien! Detengámonos aquí, amados míos, porque esto es magnífico y sublime sobre toda ponderación. Esto es miel purísima que endulza todos los corazones humanos.

Dice el Apóstol que Jesucristo es *el resplandor de la gloria del Padre*, lo cual, según los expositores sagrados, equivale á decir, que así como el rayo de luz sirve para manifestar al sol, así Dios Padre, que habita en luz inaccesible, se da á conocer á los hombres por medio de su Hijo, en el que brillan todas las perfecciones del Padre; por cuya razón la Iglesia, divinamente inspirada, canta del Hijo en el Símbolo Niceno: *Luz de luz, y Dios de Dios. (Lumen de lumine, Deum verum de Deo vero.)*

Muéstrase también aquí, que el Hijo procede del Padre, por generación, necesariamente y *ab aeterno*, y por modo continuo, purísimo, inmutable é inseparable, á la manera que el rayo luminoso emana del sol necesaria, indefectible y puramente, sin que haya en el sol la menor mutación. Y como la inteligencia humana no alcanza á comprender en sí mismo el adorable misterio de la generación eterna del Verbo, se vale el Apóstol de un símil y añade que Jesucristo es *figura de la substancia del Padre;* esto es, ima-

gen substancial, imagen viva, subsistente, constante, eterna y perfectísima del Padre, con el que tiene un mismo ser y una misma naturaleza.

Tal es la excelencia divina de Cristo nuestro Señor, y porque bien se grave esta verdad en la inteligencia de los hombres, añade el mismo Apóstol: *Jesucristo vive sustentándolo todo con la palabra de su virtud.* Es decir, que Cristo juntamente con el Padre crió todas las cosas, y ahora con su providencia las conserva y gobierna todas; en lo cual se evidencia que Jesucristo, en cuanto Hijo de Dios, es coeterno con el Padre, consubstancial al Padre y con idéntico poder que el Padre.

Pues bien; este *hombre-Dios*, rebosando amor y misericordia para con nosotros, se dignó constituirse Sumo Sacerdote y expió en el ara de la Cruz los pecados de todo el mundo, no por la sangre de cabritillos ó terneras, sino *por su propia Sangre*, resucitando después glorioso y subiendo al cielo, donde está sentado á la diestra de Dios Padre, igual á Él en majestad, en potestad y en gloria, como Rey y Juez de todos los hombres.

He aquí lo que el Apóstol nos enseña en la Epístola de este día (vers. 11 y 12), haciéndonos comprender que Jesucristo nació en este mundo como verdadero *Pontífice de los bienes futuros (Pontifex futurorum bonorum)*; esto es, para impetrar en nuestro favor, con su oración y su sacrificio, los bienes eternos, ó sea la gracia y la gloria.

De donde lógicamente se infiere que nuestro dulcísimo Jesús fué *Pontífice,* no solamente en la Cruz, sino desde el instante mismo de su Encarnación y nacimiento, y durante su vida mortal, como ahora lo es á la diestra de Dios Padre en el cielo.

Jesucristo en la tierra fué Sumo Sacerdote de la Ley nueva, y por consecuencia, verdadero Pontífice.

Jesucristo en la Cruz fué Pontífice de todo el mundo, pues por todo el mundo se ofreció en sacrificio, y satisfizo por los pecados de todos los hombres.

Jesucristo, durante su tránsito por esta vida, instituyó nuevos Sacramentos, nuevo sacrificio Eucarístico, nuevos sacerdotes y Pontífices de la nueva Ley, lo cual ciertamente ninguno puede hacer, sin que sea Pontífice, y aun más que Pontífice.

Jesucristo, pues, ejerció su pontificado en la tierra y Pontífice es en el cielo, viviendo siempre para rogar por nosotros. *(Semper vivens ad interpellandum pro nobis.)* ¿Cuáles son los oficios principales que ejercitó y ejercita continuamente en favor nuestro? Esto

es lo que ahora me resta que deciros. Estadme atentos, porque el asunto es importante y dulcísimo de inquirir.

PUNTO 2.°

DE LOS OFICIOS PRINCIPALES DE CRISTO

Nadie ignora que el hombre por sí sólo nada puede en orden á la salvación eterna, y que para tener franca entrada en las mansiones celestiales le es preciso recibir continuamente *el auxilio de Cristo nuestro Señor*. Fundado en esta verdad, decía el glorioso San Francisco de Sales: «Hermanos; no vivamos encastillados en nosotros mismos, sino que, con la mente, con la intención y con la confianza en Cristo, hemos de establecer nuestro domicilio en la abertura de su Costado, porque *sin Él nada podemos*, y aunque pudiéramos, nada querríamos emprender sin Él; conviene que todo lo tengamos y obremos en Él, todo por Él, todo con Él, todo por causa de Él, pues todo lo nuestro es El mismo» (1).

Verdaderamente, amados míos, así es. Jesucristo es la única y verdadera puerta para el cielo, y Él mismo nos lo dejó expresado por estas palabras: *Yo soy la puerta. Todo el que entre por mí se salvará* (2). Y que la puerta es *única* lo declaró el Príncipe de los Apóstoles, diciendo: *No hay salvación en ninguna otra, y bajo el cielo no se ha dado á los hombres ningún otro nombre en quien debamos ser salvos*. (Act., IV, 12.)

¡Oh, si entendieran bien esto las gentes modernas que abominan á Jesucristo, que reniegan de Él, que le persiguen de muerte y que quisieran exterminar de la haz de la tierra hasta el Nombre augusto de su adorable persona!

Pues bien; dejando á tales seres desgraciados, y rogando á Dios por ellos para que se conviertan y vivan, preguntamos:

¿Cuáles son los principales oficios de Cristo para obrar en favor nuestro tan asombrosas maravillas? Oigamos sus divinas palabras: *Yo soy*—dijo—*el camino, la verdad y la vida* (3). Como si dijera:—Yo soy vuestro *Guía*, vuestro *Maestro* y vuestro *Redentor*. Yo soy el *camino*, por el cual habéis de caminar al cielo; soy

(1) Totum in illo, totum per illum, totum cum illo, totum propter illum nos habere oportet; totum nostrum ipse est. (Sales, in *Lohoner*, título «Christus».)

(2) Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur. (Joann., X, 9.)

(3) Ego sum via, veritas, et vita. Nemo venit ad Patrem, nisi per me. (Joann., XIV, 6.)

la *verdad*, porque jamás engaño en lo que digo; soy la *vida*, porque os redimo de la muerte eterna.

Yo soy el *camino*, porque os guío con mi doctrina, con mi fe, con mi gracia y con mi ejemplo; soy la *verdad*, porque os enseño las verdades divinas, los dogmas salvadores, la voluntad de mi Padre celestial; pues he nacido *para dar testimonio de la verdad*. (Joann., XVIII, 37.) Soy la *vida*, porque sin mí siempre permaneceríais en la muerte del pecado, y jamás resucitaríais á la vida de la gracia.

Y ciertamente, cristianos; así lo leemos en las sagradas Escrituras, así lo enseña nuestra Madre la Iglesia y así lo exponen los santos y doctores de ella. Oigámosles un momento, porque ellos, todos á una voz, se muestran elocuentes y persuasivos.

«Jesucristo—dijo San Agustín—es, según la humanidad, el *camino* porque ha venido á nosotros y á vuelto á su Padre, para que sigamos sus pisadas. Jesucristo, según la divinidad, es la *verdad* misma, eterna é infalible. Jesucristo es la *vida*, y la comunica á todo cuanto vive. ¿Queréis ir seguros? Soy el *camino*. ¿Queréis no engañaros? Soy la *verdad*. ¿Queréis vivir? Soy la *vida*.» (Serm. 55 de *Verb. Dom. in Joann.*)

Y no menos expresivo se muestra San Hilario; dice así: «Jesucristo no nos extravía, porque es el *camino*; no nos engaña, porque es la *verdad*; no nos deja en los horrores de la muerte, porque es la *vida*. Pero si es el *camino*, no necesitáis otro guía; si es la *verdad*, es infalible y no caeréis en error; si es la *vida*, á Él iremos hasta por la muerte.» (Lib. VII, de *Trinit.*)

Y como de igual manera se expresan los demás santos y doctores, concluyo esta prueba diciéndoos con San Ambrosio: «Entremos en este *camino*; profesemos esta *verdad*; vivamos de esta *vida*. ¡Oh, Jesús mío! Siendo el *camino*, recibidnos; siendo la *verdad*, fortificadnos; siendo la *vida*, vivificadnos.» (*De bono mortis*, capítulo XII.)

En suma; Jesucristo es la vida en todo. Su divinidad es la vida, su humanidad es la vida, su enseñanza y su ejemplo es la vida, su Pasión y Muerte es la vida y su Resurrección es también nuestra vida.

Adoremos, pues, y bendigamos á Cristo nuestro Señor; ya por su naturaleza divina consubstancial é igual al Padre; ya por su naturaleza humana, obra del Espíritu Santo, divinizada con la persona augusta del Verbo; ya por la unión hipostática que hace á Dios hombre y al hombre Dios; ya por la suma *gracia*, por la

suma *santidad*, por la suma *sabiduría*, por la suma *dignidad* y por la suma *felicidad* que residen esencialmente en Jesucristo en virtud de la misma unión hipostática.

Adorémosle y bendigámosle una y mil veces por los inefables y dulcísimos oficios de *Guía*, de *Maestro* y de *Redentor*, que continuamente ejercita con nosotros, rogándole que él sea para todos los hombres *camino*, *verdad* y *vida*; ó mejor dicho, que los hombres todos sigamos esa *vida*, esa *verdad* y ese *camino*, para que después de glorificarle cuanto sea posible en la tierra, gocemos de Él eternamente en el cielo. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Pasión.

Necesidad de amar é invocar á Cristo.

HERMANOS míos amadísimos: En la Epístola correspondiente al día de hoy nos muestra el Apóstol San Pablo á Cristo nuestro Señor como *Pontífice sumo* de la nueva Ley, con excelencia infinitamente superior á los Pontífices de la Ley antigua. Nos le muestra como *Sacerdote supremo*, para grangearnos, no los bienes temporales, sino los eternos; no como nacido de hombre, sino como formado por el Espíritu Santo; no para ofrecer á su eterno Padre la sangre de las víctimas, sino su propia y divina Sangre; no para justificar á los hombres mediante la fe en Jesucristo, que había de venir, sino en virtud de Él mismo, ya venido como Redentor nuestro, y por los merecimientos infinitos de su Pasión y Muerte dolorosísima. Los sacerdotes de la antigua alianza ofrecían muchos sacrificios; mas Jesucristo, *Pontífice* de la alianza nueva, se ofrece únicamente á sí mismo, como único sacrificio, y con la efusión voluntaria de su preciosísima Sangre, como de infinito valor, mereció la Redención eterna de todos los hombres de todos los siglos.

Reparad bien, amados míos, la grande importancia y excelen-

cia de este inefable y augusto Sacrificio.—¿Quién le ofrece? CRISTO, Dios hombre.—¿Qué ofrece? A SÍ MISMO, Hombre Dios.—¿A quién le ofrece? Á DIOS, á su eterno Padre, Dios vivo y verdadero.—¿Por quién le ofrece? POR NOSOTROS, ingratos y miserables pecadores.—¿Para que le ofrece? *Para librarnos del pecado y de la muerte eterna*; es decir, para que libres de las obras de muerte, resucitemos á la vida de la gracia, y sirvamos al Señor santa y puramente, y podamos poseer la divina y eterna herencia de los cielos, que Dios nos tiene prometida, y á la cual, por su misericordia infinita, somos llamados.

¡Oh bondad verdaderamente divina, inmensa, infinita, inefable! ¿Cómo correspondemos nosotros á ella? ¿Somos tales que merezcamos oir de los labios de Cristo aquellas consoladoras palabras: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el Reino que os tengo preparado á vosotros y á vuestros ángeles?* Si no lo somos, debemos serlo, y por lo mismo veamos cuáles son los deberes principales de todo buen cristiano para con Cristo nuestro Señor; á saber:

1.º Cristo debe ser amado.
2.º Cristo debe ser invocado.

PUNTO 1.º

DEL AMOR Á JESUCRISTO

Imposible parece, amados míos, que haya cristianos que no amen á Cristo con todo su corazón. Señal clara es que no le conoce el que ante todo y sobre todo no le ama. Si el amor llama al amor, Jesucristo, que es amor por esencia, amor infinitamente amable, amor sobre todos los amores, amor que se particulariza y extrema para con los hombres, hasta el punto de dar su Sangre y su vida por ellos, ¿es posible que pueda dejar de ser amado? ¿Es posible no deshacerse de amor por Él? ¿Es posible que no amándole se pretenda entrar en el cielo? ¡Oh! Ya lo dijo claramente San Pablo, por estas palabras: *Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado y perpetuamente execrable.* (I Cor., XVI, 22.)

Es preciso, pues, amar á Jesucristo, ya considerándole *en sí mismo* como ser infinitamente amable, ya mirándole *con referencia á nosotros* infinitamente bondadoso.

Es preciso amar á Cristo, porque Él *es imagen substancial y visible de Dios invisible* (Colos., I, 15); es decir; porque interiormen-

te encierra en sí todas las perfecciones divinas de su Padre celestial y es Dios como Él, y porque al exterior, el mismo Padre, invisible por esencia, se nos da á conocer por la santidad, por la doctrina y por los milagros de su Hijo unigénito.

Es preciso amar á Cristo, porque *Él es ante todas las cosas y todas subsisten por Él* (Colos., I, 17), ó lo que es lo mismo, porque Él es eterno y es Dios, y porque ha dado el ser á todas las cosas y todas son conservadas por Él. Su acción incesante sobre todas las criaturas es á manera de una creación continua.

Es preciso amar á Cristo, porque *en Él quiso* (su eterno Padre) *hacer morar toda la plenitud de su divinidad.* (Colos., I, 19.) Esto es, porque fué la voluntad de Dios, que en Jesucristo, Verbo divino encarnado, residiese perpetua é inseparablemente la plenitud de la divinidad, y con ésta todos los dones y carismas que le hacen sobre todo encarecimiento amable y hermoso, aun en su humanidad sacrosanta.

Es preciso amar á Cristo por su hermosura intrínseca; porque es hermoso en el cielo al lado de Dios Padre; hermoso en la tierra naciendo de Virgen Madre; hermoso en el regazo de María y en los brazos de José; hermoso en su vida privada y pública, y en sus predicaciones y milagros; hermoso en sus padecimientos, en la Cruz y en el sepulcro; hermoso, por último, en su resurrección y ascensión á los cielos, donde regocija á sus elegidos con los resplandores inefables de su gloria.

Y si amable se ostenta *en sí mismo*, ¿qué diremos cuando le consideramos como enamorado de los hombres, repartiéndoles sin tasa sus divinos beneficios?

Es preciso amar á Cristo porque Él es nuestro principio, nues- *Creador*, nuestro *conservador*, y porque crió todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra para nosotros, y á nosotros para El, para darnos su gloria y hacernos eternamente felices.

Es preciso amar á Cristo, porque es nuestra cabeza y somos sus miembros, y se hizo nuestro hermano, grangeándonos con su Sangre la herencia de la patria celestial.

Es preciso amar á Cristo, porque voluntariamente se hizo *Mediador* entre Dios y los hombres, pues convenía que el tal Mediadiador fuera en algo semejante á los hombres, y en algo semejaná Dios. Siendo todo hombre, estaría lejos de Dios; siendo todo Dios, estaría lejos de los hombres; y fué beneficio inmenso que un Dios-hombre se constituyera *Medianero* entre el hombre y Dios.» (San Agustín, lib. X de sus *Confes.)*

Es preciso amar á Cristo, porque siendo nuestro *Mediador*, es nuestro *Abogado*; y si El defiende nuestra causa, ¿cómo la perderemos, á no ser que voluntaria y obstinadamente nos empeñemos en perderla?

Es preciso amar á Cristo porque es nuestro *Redentor*, porque dió su vida por la nuestra; y esto, como observa San Bernardo, «es motivo poderosísimo para hacerle amable y para que le amemos con todo nuestro corazón, sin tasa ni medida.» «¡Ah, Señor!—decía San Agustín.—Todo aquel que no te sirve ni te ama, porque le has criado, merece el infierno; pero aquel que no te ama ni te sirve, porque le has redimido, merece que se cree para él un infierno nuevo.» (En *Lohoner*, tít. «Infer.»).

En suma; es preciso amar á Cristo, por nuestra propia utilidad, pues El mismo dijo en su santo Evangelio: *El que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré á él* (1). Como si dijera:—Será objeto del cariño de la santísima Trinidad, y Dios uno y trino, habitará de asiento y con modo muy particular en su corazón.—Y para que entendamos que el amor á su adorable Persona ha de ser constante y fino hasta el último suspiro de nuestra vida añade luego: *Como me amó el Padre, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor* (2). *Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido* (3).

Paréceme, amados míos, que no es preciso decir más para encareceros la necesidad de amar á Cristo, nuestro Señor; veamos ahora de qué manera le hemos de invocar en nuestras necesidades espirituales y corporales.

PUNTO 2.º

DE LA INVOCACIÓN Á JESUCRISTO

Basta conocer algo el Corazón amorosísimo de Jesús y su omnipotencia como Hijo de Dios consubstancial al Padre, para que surja en nuestro ánimo la más dulce y firme esperanza, y

(1) Qui diligit me, diligetur a Patre meo: et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. (Joann., XIV, 21.)

(2) Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. (Joann., XV, 9.)

(3) Haec locutus sum vobis: ut gandium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur. (Joann., XV, 11.)

para que broten de nuestros labios las oraciones más humildes y fervorosas.

Cristo es nuestro Padre, Cristo es nuestro Hermano, Cristo es nuestro Amigo, Cristo es nuestro Abogado, y nuestro Pontífice, y nuestro Mediador; Cristo es nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Dios y nuestro todo... ¿Quién no siente bullir en su pecho la esperanza más consoladora y más indestructible? ¿Quién no se siente inclinado á pedirle todo género de bienes espirituales y temporales, en especial los que se refieren á nuestra eterna salud, cuales son la gracia y la gloria?

Si Cristo es nuestro Padre, y nuestro Hermano, y nuestro Amigo, ¿dejará de amarnos? Si es nuestro Abogado, y nuestro Pontífice, y nuestro Medianero, ¿dejará de favorecernos? Si es nuestro Redentor, y nuestro Salvador y nuestro Dios, ¿dejará de salvarnos, y de glorificarnos?—No, en manera alguna; y la cuestión para obtener nuestra eterna dicha estriba únicamente en que nosotros cooperemos á sus gracias y que no le pongamos impedimentos á sus misericordias. Ó lo que es lo mismo, en que no nos obstinemos en ser pecadores endurecidos, y en provocar su justicia divina, obligándole á que nos condene á los eternos suplicios.

El por su parte no cesa un punto de llamarnos y de alentarnos para que correspondamos á sus amorosos beneficios y obtengamos con nuestras buenas obras la eterna beatitud de nuestras almas.

He aquí—dice—*que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.—En verdad, en verdad os digo, que mi Padre os da el pan verdadero del cielo, que da vida al mundo... Yo soy el pan de la vida; el que á mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed* (1). Es decir, que el hambre y la sed del alma no se pueden saciar, sino cuando ésta se alimenta de Jesucristo con una viva fe.

Pero Jesús continúa en su amorosa tarea de salvar á los hombres, y con dulzura celestial en sus labios, dice: *En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra, y cree á Aquel que me envió, tiene vida eterna. Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá* (2). Esto es; el que cree en

(1) Ecce ego vobiscum suum omnibus diebus husque ad consummationem saeculi. (Math., XXVIII, 20.)—Amen, amen, dico vobis; Pater meus dat vobis panem de coelo verum... qui de coelo descendit, et dat vitam mundo... Ego sum panis vitae: qui venit ad me, non esuriet; et qui credit in me, non sitiet umquam. (Joann., VI, 32 y sig.)

(2) Ego sum resurrectio et vita: qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet. (Joann., XI, 25.)

mí con una fe viva y acompañada de caridad y buenas obras, sin las cuales la fe es muerta, vivirá eternamente; porque de la muerte del cuerpo pasará á una vida bienaventurada é inmortal.

Ved aquí un rasgo del Corazón dulcísimo de Jesús, quien considerándonos como sus hijitos muy amados, como sus ovejitas predilectas, nos dice: *Yo soy el buen Pastor, y doy mi vida por la de mis ovejas; y mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen. Y yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano* (1).

Esto dice Jesucristo. ¡Qué amor! ¡Qué solicitud! ¡Qué fineza de misericordia para con nosotros! Y para alentarnos á que acudamos á El en todas nuestras necesidades torna á decir: *Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra... Venid á mí todos los que os encontréis agobiados* (con trabajos ó tribulaciones) *que yo os aliviaré.—Pedid* y *recibiréis... así habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos* (2).

Pues bien, en todas nuestras tribulaciones de cuerpo ó de espíritu, hemos de acudir á Jesucristo, y decirle humildemente: *Señor, sin vos nada podemos hacer. Sálvanos que perecemos.*

Y concluyo, amados míos, este punto consolador, diciéndoos con San Ambrosio: «Todo lo tenemos en Cristo, y Cristo es todo en nosotros. Si deseas curar de tus llagas, Cristo es médico. Si estás sediento con la fiebre, Cristo es fuente. Si te hallas cargado de iniquidad, Cristo es justicia. Si necesitas auxilio, Cristo es fortaleza. Si temes á la muerte, Cristo es vida. Si huyes de las tinieblas, Cristo es luz. Si deseas el cielo, Cristo es el camino. Si tienes hambre, Cristo es alimento.

»Cristo es todo en nosotros. Es nuestra boca, por la cual hablamos al Padre; es nuestro ojo, para ver al Padre; es nuestra mano, por la cual hacemos ofertas al mismo Padre» (3). «¡Ah, Señor!—añade San Agustín.—No atiendas á lo malo nuestro, de suerte que te olvides de lo bueno tuyo. Si nosotros hemos hecho por donde nos puedas condenar, tú no has omitido por donde nos puedas salvar.» (In *Medit.*).

En suma, Cristo nuestro Señor, como nos dice la Epístola de este día, es para nosotros *Pontífice de los bienes futuros;* esto es, nos granjea con su Sangre y con su Muerte los bienes eternos, *la*

(1) Ego vitam aeternam do eis, et non peribunt in aeternum, et nor rapiet eas quisquam de manu mea. (Joann., X, 28.)

(2) Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. (Matth., XXVIII, 19.)

(3) San Ambrosio, en *Lohoner*, tít. *Christus*.

gracia y *la gloria*. El, después de resucitado y ascendido al cielo, conserva en su Cuerpo sacratísimo las llagas siempre abiertas, á la manera de otras tantas bocas para rogar al Padre y obtener nuestro perdón. Unamos nuestras súplicas al acento divino de Jesús; oremos al Eterno Padre en unión suya, esto es: *en Cristo, con Cristo* y *por Cristo*, y ya que nuestras oraciones son imperfectas procuremos que tomen de Cristo su eficacia; y sobre todo, unámonos á Cristo nuestro Pontífice en el santo Sacrificio de la Misa, asistamos á ella con devoción cuantas veces podamos, y estemos seguros, que el Señor, por su infinita misericordia, nos ha de llevar á las inefables mansiones de la gloria. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Ramos.

De la humildad, obediencia y caridad de Cristo.

Amados hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo exhortado ardientemente á los filipenses á que conservaran entre sí mutua concordia, caridad fraterna y profunda humildad, tanto interior como exterior, pasa á recomendarles con particular encarecimiento la *humildad*, la *caridad* y la *obediencia*, proponiéndoles como ejemplo á Cristo nuestro Señor, con las siguientes palabras:

Hermanos: *Tened en vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Jesús, quien siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser Él igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo hecho á la semejanza de hombre, y hallado en la condición como tal hombre. Se humilló á sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.* (Philip., II, 5 á 9.)

De esta manera, carísimos hermanos, comienza la Epístola de este día, para exhortarnos *á que sintamos en nuestros corazones lo mismo que Jesús siente en el suyo.* ¿Qué siente nuestro divino

Salvador en sus entrañas amorosas? ¿Cuáles son los afectos principales que le dominan? ¿En qué nos propone hoy el Apóstol que le imitemos? Ya lo indica la Epístola, diciendo:

1.° Hemos de imitar á Jesús en la humildad.
2.° Le hemos de imitar en la caridad.

PUNTO 1.°

SENTIMIENTOS DE HUMILDAD EN EL CORAZÓN DE JESÚS

«Cada vez—dijo el Crisóstomo—que Jesucristo quería excitar á sus Apóstoles á grandes acciones, ó á grandes sacrificios, les proponía ejemplos proporcionados á la magnitud de las mismas cosas que exigía, y de semejante manera San Pablo, al proponer á los fieles cristianos que *cada uno considere como superiores á los demás* (1), les propone, no el ejemplo de los santos, ni de los ángeles, sino el del mismo Jesucristo, diciéndoles: *Habéis de sentir en vuestros corazones, lo mismo que Jesús siente en el suyo.* (Ver., 4.) Es decir; vosotros, cristianos mios, que sois propensos á consideraros más que vuestros iguales, é iguales á vuestros superiores, y tal vez, en algún sentido, superiores á todos los nacidos, es preciso que, á semejanza de Cristo nuestro Señor, para con nosotros, comencéis por haceros en vuestro interior, como inferiores á todos los hombres, en alguna manera. (*Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*)»

Jesucristo, nadie lo ignora, era por esencia infinitamente superior á todos los ángeles y á todos los hombres, y aunque en realidad era así y Él lo sabía, quiso no obstante aparecer en el mundo inferor á todos los hombres, y á todos los ángeles, para darnos ejemplo y que seamos confundidos en nuestra soberbia cuando deseamos ser tenidos en más que nuestros semejantes, atribuyéndonos tal vez talentos y virtudes, que en verdad no tenemos, ó aun cuando los tengamos, sin considerar que ellos son un puro y gratuito don de Dios.

El sentido, pues, de las palabras citadas de la Epístola, es el siguiente:—Vosotros, cristianos, habéis de procurar sentir en vuestro corazón el deseo y el afecto de la humildad respecto de vuestros prójimos, de igual manera que lo hizo Cristo Jesús para

(1) In humilitate superiores sibi invicem arbitrantes. (Philip., II, 3.)

con nosotros; porque siendo cristianos, sois discípulos y seguidores de Cristo, y á Él habéis de imitar todos en cuanto os fuere posible. (*Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*) ¿Qué hizo Jesús para que le imitemos? La misma Epístola lo declara por estas palabras:

Siendo (Jesús) *en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser Él igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo hecho á la semejanza de hombres.* ¡Qué ejemplo! ¡Frase hermosísima que merece bien toda nuestra consideración! Es como si el Apóstol dijera:—Hermanos míos: aquí tenéis el modelo de la más profunda humildad. Jesucristo, *siendo en forma de Dios* (*qui cum in forma Dei esset*), es decir, siendo por naturaleza verdadero Dios, igual al Padre y consubstancial con Él, y por consecuencia elevado infinidad de veces sobre todos los hombres y sobre todas las criaturas, como Creador y Señor de todas ellas, *se anonadó á sí mismo.* (*Semetipsum exinanivit.*)

¡SE ANONADÓ! Nótese bien. Pudo el Señor, con pleno derecho y sin que nadie pudiera tacharle de usurpar la divinidad, mostrarse á los hombres como verdadero Dios igual al Padre, y como Rey y soberano Dueño de los mismos hombres, obligarles á someterse á su imperio; pero lejos de hacerlo, tuvo por mejor para abatir nuestra soberbia, ocultar su eterna majestad y soberanía, escondiendo, digámoslo así, los esplendorosos fulgores de su divinidad bajo *la forma de siervo;* esto es, bajo la débil naturaleza del hombre que tomó en la encarnación. *(Forma servi accipiens.)*

¡Prodigio asombroso! ¡Jesucristo, Dios verdadero, y por tanto, independiente, inmortal, impasible, infinitamente dichoso en sí mismo y soberano Señor de cielos y tierra, se anonadó á sí propio, se revistió de la forma de siervo, se hizo semejante á los hombres, y fué tenido por uno de ellos, según la apariencia exterior! ¿Qué es esto sino una especie de anonadación del Verbo eterno, que sin dejar de ser lo que fué desde toda la eternidad, comenzó á ser á la manera de esclavo, manifestándose como puro hombre y oprobio de los mismos hombres?

Vengan aquí y contemplen esto los hijos de Adán altaneros, que siendo débiles por naturaleza, quieren aparecer en el mundo rodeados de pompa y esplendor, cual si fueran semidioses. Vengan, digo, y contemplen al divino Salvador, que por nosotros vino al mundo para darnos ejemplo. El eterno nació en el tiempo, el inmortal se hizo mortal, el impasible se sometió al dolor, el Dueño del universo nació en la indigencia, el que con sus nubes

envuelve al cielo fué envuelto en pobres pañales. ¡El Rey de cielos y tierra nació en un establo y tuvo por cuna un pesebre! ¡Un Dios nace, llora, suspira, padece y muere! ¿Puede concebirse humildad más profunda y anonadamiento más asombroso? ¿Qué juzgáis de esto, hombres orgullosos del mundo?

¿Y qué diremos, si se considera á Cristo nuestro Señor humillado ante los indignos pontífices de la Sinagoga, ante Herodes, ante la soldadesca, ante sus propios verdugos, y ante el fiero populacho, que ansioso de ver correr su Sangre divina le insulta, escarnece y desprecia? Con razón, pues, dice nuestra Epístola que *Jesús se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo y hecho á semejanza de los demás hombres*. Con razón la Iglesia nuestra Madre levanta hoy su voz augusta, y dice á todos los fieles al comenzar la Semana Santa: *Habéis de sentir en vuestros corazones lo mismo que Jesús siente en el suyo. (Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.)*

Pero vengamos al segundo punto de imitación á Cristo que hoy nos ofrece San Pablo, en la susodicha Epístola, á saber: *la obediencia más perfecta*.

PUNTO 2.°

DE LA OBEDIENCIA DE CRISTO

Verdaderamente, amados míos, el fundamento de todas las virtudes cristianas es la humildad, á imitación de Cristo nuestro Señor, como os acabo de indicar; y por eso el glorioso Padre San Agustín, en su Epístola LVI, hablando piadosa y cristianamente, dijo: «Si alguno me preguntare cual sea, en la Religión y disciplina de Cristo, el primer camino para alcanzar la verdad, respondería:—Hay tres caminos; el primero es la *humildad,* el segundo *la humildad,* el tercero *la humildad*. Y cuantas veces me preguntares, respondería:—*La humildad.*»

He aquí por qué el grande Apóstol, al decirnos en la Epístola de este día, que *tengamos en nuestro corazón los mismos sentimientos que Jesús tuvo en el suyo*, menciona, ante todo, la humildad del divino Salvador, diciendo que *se anonadó á sí mismo;* no ya que el Verbo divino al encarnar se despojara de su majestad, de su gloria, de su omnipotencia, y por consiguiente, de la plenitud de su ser, sino que, conservando la forma y naturaleza de Dios, la ocultó bajo

el velo de la humanidad, y como si se aniquilara haciéndose de Señor, siervo; de Dios, hombre; y de Creador, criatura (1).

Pero es mucho de notar que juntamente con la humildad enlaza Jesucristo *la obediencia,* y por eso San Pablo, después de afirmar que nuestro divino Redentor *tomó la forma de siervo (formam servi accipiens),* añadió: *Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.* (Ver. 8.)

Podrá objetarse que Cristo no pudo convertirse en siervo, puesto que esencialmente es Señor y Dios; mas á esto responde el gran comentador á Lápide, diciendo: «Cristo por razón de su persona divina es *Hijo* de Dios; pero en virtud de la naturaleza humana que tomó, es *siervo* del mismo Dios.

»Esta especie de servidumbre es común á todas las criaturas, pues en cuanto tales son siervas de su Creador. Toda criatura se encuentra sometida al dominio de Dios, porque de Él ha recibido todo su ser, á la manera que el rayo recibe su luz del sol, y siempre le está recibiendo, so pena de perder su existencia. Mas cuando la criatura es racional, se halla obligada á obedecer en todas las cosas á Dios como Señor, y á reverenciarle y darle culto; y de estas dos maneras Cristo, en cuanto hombre, es verdadero siervo. Cristo, pues, es *siervo* de Dios Padre y juntamente *hijo* suyo; siervo según la humana naturaleza considerada sola en sí misma; hijo, en cuanto la misma naturaleza humana se halla hipostáticamente unida al Verbo divino.»

He aquí en qué sentido dice nuestra Epístola que Jesucristo *se humilló á sí mismo;* tomó forma de siervo, y como tal, fué *obediente,* y no como quiera, sino *hasta la muerte, y muerte de Cruz. (Obediens husque ad mortem, mortem autem Crucis.)*

Repárese además que Jesucristo *fué hecho obediente,* no sólo ante su Eterno Padre, aceptando su Muerte ignominiosa en un madero; no sólo ante la Virgen María y San José en los treinta años de su vida privada, sino además ante los indignos pontífices de la Sinagoga, ante un príncipe idólatra, ante la soldadesca infame y ante sus propios verdugos.

Insolentes soldados vienen á apoderarse de su sagrada Persona en el Huerto de Getsemaní, y Jesús, pudiendo librarse de ellos,

(1) Así como el nombre del Criador es: EL QUE SOY. *(Ego sum, qui sum),* así el nombre de la criatura es: LA QUE NO SOY. Significando que la criatura de sí misma es nada, porque todo su ser lo ha recibido de Dios, y Dios la está continuamente conservando, de tal suerte, que si Dios dejara un instante de influir en ella, al punto la criatura tornaría á la nada, de donde vino.

se entrega en sus manos como un cordero que es conducido á la muerte. Cuando el gran sacerdote le manda en nombre de Dios vivo decir si El es el Cristo Hijo de Dios, contestó con la más puntual obediencia; cuando Pilatos le pregunta si El es Rey de los judíos, obedeció diciendo que lo era; cuando el mismo Pilatos le abandona á la crueldad de los judíos, se somete sin resistencia á su voluntad; cuando sus verdugos le mandan que se coloque sobre el madero de la Cruz, obedece sin quejarse de su inhumanidad, y hasta ruega por ellos cuando está clavado en la misma Cruz. ¡A tal extremo llegó su obediencia! Y con toda verdad dijo San Pablo, que *se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.*

En resumen, pues, de todo lo dicho, ha de comprenderse que aquellas tres frases de nuestra Epístola: *Tomando forma de siervo—hecho á la semejanza de hombre—y hallado en la condición como tal hombre*—denotan en Cristo nuestro Señor un *perfecto anonadamiento*, y son como si dijera:—Yo que soy connatural y consubstancial á Dios, me he hecho connatural y consubstancial á los hombres.

Yo que en todas las cosas soy igual á Dios, omnipotente, eterno, inmenso, infinito... me he hecho semejante é igual á los hombres, débil, temporal, limitado, pequeño.

Yo, que soy Dios y que he mostrado por los efectos mi divinidad, siendo Señor de todas las cosas, he ocultado toda mi majestad y omnipotencia bajo el aspecto de un hombre vulgar; dejándome ver á los ojos de todos, como siervo y obediente á toda suerte de personas. ¿Es así, oh cristianos, como vosotros obráis? Aprended de mí á ser humildes, que para eso he venido al mundo, para daros ejemplo.

Por último, dice nuestra Epístola que Jesucristo *se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz*, para que entendamos que juntamente con la *humildad*, se ha de practicar la *caridad* y la *obediencia.* Se humilló haciéndose hombre, no por su utilidad, sino por nuestra salvación. Nosotros instintivamente amamos la vida y propendemos al honor; mas Jesucristo, por amor nuestro, ni rehusó la muerte, ni huyó de la ignominia. ¡Y nosotros somos ingratos á Jesucristo!

¡Oh humildad infinita de Jesús! ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh obediencia inefable! Dijo el Apóstol: *Esto habéis de sentir en vuestro corazón.* (*Hoc enim sentite in vobis.*) No dijo:—Esto habéis de comprender con vuestro entendimiento—sino: *Esto habéis de sentir;* porque verdaderamente la *humildad, caridad y obediencia* de Cris-

to, pueden sentirse, pero no comprenderse. Imitemos con las obras lo que no puede comprender nuestra inteligencia.

Calle, pues, nuestro entendimiento, y enmudezca nuestra lengua para dar lugar á que sienta nuestro corazón lo que Jesús ha hecho por nosotros. A saber: *humillarse, anonadarse, obedecer, padecer, morir*... ¡Ah, Señor! Tú sólo comprendes los inefables misterios de tu *humildad, obediencia y caridad;* haced, con vuestra gracia, que nosotros sintamos algo de tan excelsas virtudes, y que practicándolas en la vida, merezcamos gozar de Vos eternamente en el cielo. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Ramos.

Sobre el dulce nombre de Jesús.

AMADOS hermanos mios: La Iglesia nuestra Madre, en la presente Dominica, pone á nuestra consideración una de las enseñanzas más necesarias para obtener nuestra eterna salud. Propónenos en la Epístola la *humildad* profundísima de Jesús, anonadándose por amor nuestro, y juntamente su *caridad* infinita, haciéndose *obediente hasta la muerte y muerte de Cruz,* y todo para que nosotros aprendamos á ser *obedientes, caritativos* y *humildes.*

Mas como estas virtudes son costosas y difíciles á la flaca humana naturaleza, de suyo inclinada á la exaltación y al honor, por eso el grande Apóstol de las gentes añade á continuación las palabras siguientes:—*Por lo cual* (esto es, porque Jesús se humilló y se hizo obediente), *Dios le ensalzó y le dió un nombre sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.* (Philip., II, 7 á 12.) Es decir, amados mios, que al lado de la humillación está *la exaltación*, y que todo el que se humilla *será ensal-*

zado, á semejanza de Cristo nuestro Señor; motivo poderosísimo para que todos seamos humildes, caritativos y obedientes.

Dos cosas, pues, intento mostraros en este breve rato:

1.ª Que el nombre de Jesús es sobre todo nombre.
2.ª Que ante el nombre de Jesús todo se humilla.

PUNTO 1.°

EXCELENCIA DEL NOMBRE DE JESÚS

Léese en el capítulo primero de la profecía de Ezequiel, que el Señor se dignó manifestarle su gloria en un como globo de fuego, y que en medio de él había semejanza de cuatro animales, representando cuatro querubines. Cada uno de éstos tenía cuatro caras, con las cuales miraban á todas partes. Una cara era de *águila*, otra de *hombre,* la tercera de *buey*, y la cuarta de *león;* y según el sentido alegórico, la de águila representa la *divinidad* de Jesucristo; la de hombre, su *humanidad* sacrosanta; la de buey, su *sacerdocio* y *sacrificio,* y la de león, su *potestad regia.*

Pues bien; el Apóstol San Pablo, en la Epístola de hoy, declara estas cuatro formas ó perfecciones de nuestro dulcísimo Redentor, diciendo de él: primero, que SU NATURALEZA ERA DIVINA. (*Cum in forma Dei esset.*) Segundo, que juntamente TENÍA NATURALEZA HUMANA. (*Habitu inventus ut homo.*) Tercero, que SU DIGNIDAD ERA PONTIFICIA, SACERDOTAL. *(Humiliavit se husque ad mortem.)* Cuarto, que SU POTESTAD ERA REGIA. *(Propter quod et Deus exaltavit illum.)* Donde se ve, que después de la humillación y anonadamiento de Jesús, tuvo lugar, como por una necesidad indeclinable la gloriosa exaltación de su divino Nombre; que es lo que expresa el sagrato texto con estas palabras: *Por lo cual Dios le ensalzó y le dió un nombre sobre todo nombre.* (Ver. 9.)

¡Hermosa consideración! ¡Qué bien cuadra á los sentimientos interesados de nuestra débil naturaleza! El hombre desea honores y Dios se los otorga cumplidos si se humilla, y tanto más será ensalzado cuanto más fuere humillado. El ejemplo de Cristo nuestro Señor lo evidencia. Jesucristo *se anonadó á sí mismo, se humilló, se hizo obediente*, y por eso *Dios le exaltó.* (*Propter quod, et Deus exaltavit illum.*) Y no le exaltó de un modo ordinario, sino sobre todas las criaturas, resucitando de entre los muertos y subiendo á los cielos, donde está sentado á la diestra de Dios Padre, en igual

gloria y majestad que Él, porque así correspondía á su humillación, á su anonadamiento y obediencia perfectísima.

Jesucristo voluntariamente *tomó la forma de siervo* y así se nos muestra á todos para eterno ejemplo de humildad y de obediencia; y su Eterno Padre, como en recompensa visible, para que todos sigamos sus huellas, le glorifica con la más excelsa é inefable de todas las exaltaciones.

Jesucristo, humillándose, *nace en carne mortal* para morir después; mas luego resucita glorioso é inmortal para vivir siempre. En su humillación recibe un cuerpo como los nuestros, pasible, corruptible y sujeto á las mismas necesidades que nosotros; pero en su exaltación tórnase su cuerpo impasible, incorruptible, lleno de gloria y exento de todas las necesidades de la humana naturaleza.

Jesucristo *se abate hasta el ínfimo de los hombres*, siendo el oprobio de la plebe; pero después es elevado sobre todos los serafines que rodean el Trono de su Padre celestial.

Jesucristo, en la Jerusalén terrestre, se somete á jueces inicuos, que le condenan injustamente; mas luego es constituído en Juez soberano de los vivos y de los muertos.

Jesucristo en este mundo se vió despreciado, ultrajado, flagelado y puesto en el número de los hombres más perversos; pero en el cielo ostenta un imperio, que abarca todos los tiempos, todos los lugares y todas las criaturas. Todo lo ha puesto el Eterno Padre debajo de sus pies, y todo lo ha sometido á Él. (*Omnia subjecit sub pedibus ejus.*—I Cor., XVIII.) He aquí, en resumen, lo que San Pablo nos significa en la Epístola de este día cuando dice que *Dios le exaltó* sobre todas las cosas. (*Deus exaltavit illum.*)

Pero aún dice más el Apóstol, pues añade que *le dió un Nombre sobre todo nombre*, lo cual nos da una nueva idea del alto grado de gloria á que fué elevado Jesucristo después de su humillación terrena. ¿Qué nombre es éste? ¿Cómo ha de entenderse? Oigamos á los sagrados expositores, que en este punto están admirables.

Dicen que *le dió Dios un Nombre sobre todo nombre;* esto es, el mismo nombre de *Dios*, é *Hijo de Dios. Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias.* Hijo de Dios, para que reconozcamos la divinidad en aquel que voluntariamente se mostró á los ojos del mundo como criatura, como hombre y como siervo.

Le dió un Nombre sobre todo nombre; es decir, una fama y una

celebridad que jamás la ha habido mayor en todos los siglos, ni en todo el universo. ¿Qué Rey, qué Emperador, qué capitán, ni que conquistador se adquirió jamás en la tierra semejante reputación? Su Nombre augusto y divino ha resonado en toda la tierra, y al fin del mundo no habrá lugar alguno donde no se haya anunciado su santo Evangelio.

Le dió un Nombre sobre todo nombre, á saber: el nombre dulcísimo de JESÚS, merecido con su Sangre Redentora, adquirido con su Muerte ignominiosa, de tal suerte, que el nombre JESÚS significa aún más que el nombre *Dios*, en el sentido de que JESÚS significa, además de la divinidad, *Salvador* y *Redentor*, y por la palabra *Dios* sólo entendemos Criador y Soberano Señor. El nombre JESÚS, significa un Hombre-Dios que nos crió y nos salvó, y el nombre *Dios* significa únicamente un Ser Supremo que nos dió el ser sacándonos de la nada.

Le dió un Nombre sobre todo nombre, porque el nombre JESÚS es propio del Verbo encarnado y significa toda la economía de la Encarnación y Redención de Cristo, en la cual resplandecen y concurren, más que en ninguna otra obra divina, la sabiduría, la omnipotencia, la bondad, la majestad y todos los atributos del Señor (1).

El nombre de Dios Redentor incluye el nombre de Dios Creador, pero no al contrario, porque la Creación pudo existir sin la Redención, mas la Redención presupone la Creación; de donde el Abulense infiere que es mayor pecado profanar el nombre de JESÚS que el nombre de Dios (2), y da por razón la común y laudable costumbre de la Iglesia de honorificar al nombre de JESÚS, con reverencias é inclinaciones de cabeza, más que cuando se pronuncia la palabra *Dios*.

No es, pues, de maravillar que el glorioso San Bernardo, como saboreando el dulcísimo nombre de JESÚS, exclamara: «El nombre de JESÚS predicado, ilumina; meditado, alimenta; invocado, suaviza. *Oleo derramado es tu Nombre*, Señor (3). Desagradable es todo alimento del alma, si no está aderezado con este óleo; insípido, si no participa de esta sal. Si escribes ¡oh cristiano! no me deleita si no leo esta palabra: JESÚS; si hablas, no me complace, á no ser

(1) Véase nuestra obra *Maravillas divinas*, sobre los nombres de Cristo nuestro Señor.

(2) Majus peccatum est accipere nomen Jesu in vanum, quam istud nomen Deus. (En *Cornelio á Lapide*, in Epist. Philip. II, 9.)

(3) Oleum effusum Nomen tuum. (Cant., I, 2.)

que resuene en mi oído el mismo nombre: JESÚS. JESÚS es miel en los labios, dulzura en los oídos y regocijo en el corazón» (1).

Así se expresan los santos, amados míos; así lo recomienda la Iglesia; así lo experimentan las almas buenas, y así conviene que lo consideremos nosotros. Añadamos ahora dos palabras sobre la adoración que merece tan suavísimo y adorabilísimo Nombre.

PUNTO 2.º

QUE EL NOMBRE DE JESÚS DEBE SER ADORADO

Cosa es muy sabida que el *nombre* de las cosas se toma (por metonimia) por la misma cosa significada. Así por el nombre de *Dios* se entiende Dios mismo, y por el nombre de JESÚS el mismo JESÚS; y cuando decimos: *Sea el nombre de Dios bendito, ó sea el nombre de* JESÚS *glorificado* es como si dijéramos:—Sea bendecido Dios y sea glorificado JESÚS.

En este sentido dice San Pablo en la Epístola de este día: *Al nombre de* JESÚS *se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos.* (Ver. 10.) Es decir, que rodilla por tierra debe ser adorado el dulcísimo nombre de JESÚS, no sólo por los cristianos fervorosos, sino por los ángeles y bienaventurados del cielo, por los hombres y todas las criaturas de la tierra, y aun por los demonios y condenados del infierno.

Toda rodilla—dice *(omne genu)* para que se entienda que ninguna criatura racional, ni humana, ni angélica puede eximirse de adorar profundamente al sacrosanto nombre de JESÚS, ó lo que es lo mismo, á su sacratísima Persona, en cuerpo, en alma y en divinidad, pues con la misma suprema adoración que adoramos al Eterno Verbo, ó sea al Hijo de Dios, debe ser también adorado el Dios-Hombre que se llama Jesucristo, sin excluir su humanidad sacrosanta, por hallarse divinizada por la unión hipostática con el mismo Verbo.

¡Oh nombre de Jesús augusto y adorable! En el cielo te adoran todas las almas de los bienaventurados, y todos los espíritus angélicos, arcángeles, querubines y serafines. Millones de millones de ángeles rodean tu excelso Trono, y dicen sin cesar: *El Cordero que ha sido muerto es digno de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición en los siglos de los*

(1) Jesus, mel in ore, melos in aure, in corde jubilus. (San Bern., Serm. V in Cant.)

siglos. (Apoc., V, 12.) Esto es, Jesús merece ser adorado como verdadero Dios, y glorificado eternamente.

En la tierra ¡oh, buen Jesús! doblan la rodilla en tu presencia todos los hombres, justos y pecadores, buenos y malos, grandes y pequeños; los justos por amor, los pecadores por temor, y todos por tus asombrosas é inauditas maravillas. ¡Ay del hombre infeliz que no doble su rodilla ante Jesús!

Aun en los lugares inferiores ¡oh, Señor! te prestan adoración las ánimas del purgatorio, las que se encuentran en el limbo y hasta los condenados del infierno, quienes á su pesar se arrodillan; esto es, conocen, tiemblan y reverencian el nombre de JESÚS, viéndose obligados á reconocerle como Dios, como Salvador y Redentor, y también como Juez, que premia á los buenos y castiga á los malos.

En una palabra: no hay lengua que no confiese, ó que algún día no haya de confesar que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre, á quien es perfectamente igual en esencia, en majestad, en poderío y en beatitud eterna y sin mudanza. (*Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.*)

De esta manera, amados míos, termina hoy la Epístola, y por modo semejante quiero yo terminar esta breve exhortación, diciéndoos con el piadoso autor de la *Imitación de Cristo*: «Cuando Jesús está presente todo es bueno y nada parece difícil, mas cuando Jesús está ausente todo es duro. ¿Qué puede dar el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es grave infierno; estar con Jesús dulce Paraíso. El que halla á Jesús, halla un Tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien, y el que pierde á Jesús, pierde muy mucho y más que todo el mundo. Pobrísimo es el que vive sin Jesús, y riquísimo el que está bien con Jesús. Sea, pues, sólo Jesús tu especial amado entre todos tus amigos.» (Lib. II, capítulo VIII.) El que de esta manera sintiere y obrare, bien puede estar seguro de que Jesús está en él, y él en Jesús, y que al fin, después de esta peregrinación terrena, pasará á gozar con Jesús de las eternas delicias del cielo. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Pascua.

Disposiciones para comulgar dignamente.

HERMANOS míos amadísimos: Jesucristo ha resucitado. ALLELUYA. Resucitó como dijo. ALLELUYA. Después de su Pasión y Muerte ignominiosa, sale triunfante del sepulcro. ALLELUYA. *Este es el día del Señor por excelencia.* ALLELUYA. *Alegrémonos y regocijémonos en él.* ALLELUYA. Hoy no se trata de ver á Jesucristo entregado al furor satánico de sus enemigos, sino de considerarle glorioso, resucitado y triunfando de la muerte, del mundo y del demonio. Regocijémonos, pues, en este día. ALLELUYA.

Llámase hoy día de *Pascua*, recordando aquel Cordero sin mancilla, cuya carne, asada al fuego, comían los hebreos con pan sin levadura, en memoria de aquel otro cordero que fué inmolado por el mismo pueblo hebreo á su salida de Egigto, y que libró á sus casas de la muerte; figura de Cristo nuestro Señor, Cordero inmaculado, que murió por nuestro amor para librarnos de la muerte eterna, y que Dios quiere que comamos los cristianos, especialmente en la Pascua, en memoria de tan insigne beneficio. Es decir, que Jesucristo quiere, y la Iglesia manda, que en este hermoso tiempo celebremos nuestra Pascua, alimentando nuestras almas con el Cordero divino Sacramentado, recibiéndole con las disposiciones debidas en memoria suya. (*Hoc facite in meam commemorationem.*)

¿Qué disposiciones son éstas? El grande Apóstol las da bien á entender en la Epístola de este día. Dice así: *Limpiad la vieja levadura para que seáis una masa nueva como sois ázimos; porque Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado.* (*Pascha nostrum inmolatus est Christus.*) (I Cor., V, 7.)

Tres cosas indica aquí el Apóstol:

1.ª Que nos limpiemos de la vieja levadura.
2.ª Que seamos pan ázimo.
3.ª Que Cristo fué inmolado.

Ya se comprende que San Pablo habla así por comparación, valiéndose del símil de la masa ázima y fermentada, y explicaros su significado es lo que ahora me propongo, como preparación para hacer una buena Comunión pascual.

PUNTO 1.º

ES PRECISO LIMPIAR EL ALMA DE TODO PECADO

Nada hay más santo ni más necesario que celebrar bien la Pascua con una buena y fructuosa *Comunión sacramental*, ó sea recibiendo á Jesús Sacramentado, *Cordero divino que quita los pecados del mundo. (Ecce Agnnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.)*

Para hacerlo dignamente es preciso limpiar primero el alma de todo pecado, porque no es lícito que el divino Cordero, el Santo de los santos, entre en un corazón manchado con la culpa. El pecado grave es la muerte del alma, y un alma muerta no es posible que pueda alimentarse con el Pan de la vida. *Yo soy el Pan de la vida* —dijo Jesucristo, y este divino Pan no es para los muertos, sino para los vivos. He aquí por qué la santa Iglesia, para que celebremos bien la Pascua, ó sea para que comulguemos dignamente, dice en la Epístola de hoy: *Limpiaos de la vieja levadura*; esto es: *limpiad el alma de todo pecado*. (*Expurgate vetus fermentum.*)

Llama San Pablo al pecado *vieja levadura*; esto es: fermento del hombre viejo, ya porque su principio es tan antiguo como nosotros, ya porque todos nacemos con inclinación al pecado. Emplea la palabra *levadura*, porque á la manera que una pequeña levadura corrompe toda la masa de harina en que se mezcla, así el libre y deliberado afecto al pecado mortal corrompe el corazón, el espíritu, los pensamientos, las palabras y las obras de quien le consiente y acaricia.

Levadura vieja, por consiguiente, es todo aquello que haya en nosotros capaz de corromper las buenas costumbres, y dice que nos purifiquemos de ello (*expurgate*), lo cual es como si dijera: Hermanos míos; todo lo que practicaban los israelitas en la antigua *Pascua*, era una figura de lo que nosotros los cristianos debemos practicar en este tiempo. Su cordero significaba el *Cordero di-*

vino, Cristo nuestro Señor en el santísimo Sacramento del altar, La levadura que á ellos se les prohibía, para poder comer el cordero, denota el pecado que á nosotros se nos prohibe para poder Comulgar. Ellos no podían tener levadura en sus casas, y nosotros no podemos tener pecado en nuestras almas. Por consiguiente, así como en la antigua Ley, para comer el Cordero Pascual, era preciso haber purificado antes la casa de toda levadura, así los cristianos, para acercarnos á la sagrada Mesa y recibir el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, es de necesidad que purifiquemos antes nuestras conciencias. (*Expurgate vetus fermentum.*)

No hemos de negar que los pecados veniales no matan por sí mismos al alma, ni destruyen la caridad divina de tal suerte que impidan *por completo* el efecto de la Comunión sagrada; pero sí afirmamos que privan al que comulga de cierta refección actual deleitable, aneja á la digna recepción del Manjar eucarístico, bien sea impidiendo gracias más abundantes que el Señor daría, bien sea cayendo en ciertas arideces y tibiezas que constituyan un peligro para la misma alma (1); y por lo mismo, conviene en gran manera purificarse, antes de comulgar, de todo pecado grave y leve, de todo afecto al pecado, y de toda complacencia menos ordenada que pueda manchar el alma. Y este es el sentido de aquellas palabras del Apóstol: *¿No sabéis que una pequeña levadura corrompe toda la masa? ¿Purificaos, pues, de toda levadura.* (*Expurgate vetus fermentum.*)

Y todo esto, amados míos, y mucho más que se haga, es como nada en comparación de lo que la Comunión merece. En ella se nos da sacramentalmente nuestro Dios, nuestro Redentor y nuestro Salvador; se nos da el Pan de los ángeles, el Santo de los santos, el enemigo irreconciliable de todo pecado, que por expiarle derramó su Sangre y perdió su vida. La Mesa sagrada de nuestros altares, en la cual celebramos la Pascua, es la misma que la de la última Cena, en la que Jesús instituyó el Santísimo Sacramento; es el mismo Jesucristo quien hace el oficio de Sacerdote Supremo, el mismo Jesucristo que se da á nosotros; uno mismo el fin porque se nos da, unos mismos los frutos que de ella podemos sacar, unas mismas las disposiciones con que á ella debemos acercarnos, unas mismas las personas que tienen derecho á presentarse en ella,

(1) Véanse Sancto Thom., p. III, q. 79, a. 8.—San Ligor., n. 270, y nuestra obra *Tesoros del Corazón de Jesús*, tomo I, cap. XXXIII.

esto es, sus discípulos, porque Jesús declara que con ellos es con quien quiere celebrar su Pascua.

Aléjense, pues, del banquete Eucarístico todos los que no sean discípulos verdaderos de Jesús; aléjense todos los Judas traidores que le venden por menos de treinta dineros; aléjense todos los falsos cristianos que siguen, ó defienden, ó sancionan, ó no prohiben, pudiendo y debiendo hacerlo, las libertades modernas y el espíritu de corrupción; aléjense todos los profanadores de los días de fiesta, los avaros, los impuros, los blasfemos, y todos aquellos que de una ó de otra manera, conserven en su alma la inmunda lepra del pecado mortal.

Pero no; no es nuestro ánimo, ni nuestro deseo, que ningún cristiano se aleje de la sagrada Mesa, y así rogamos á todos que, aun siendo pecadores, no desmayen ni se den por enteramente perdidos, sino que, acordándose de la infinita misericordia de Dios, acudan presurosos al santo Tribunal de la penitencia, y haciendo una buena y fructuosa confesión, purifiquen sus conciencias de la antigua levadura, pues esto es lo que hoy nos encarga el Apóstol, diciendo en nuestra Epístola: *Expurgate vetus fermentum.*

Sí, amados míos; el Señor quiere que dejemos de ser lo que somos, para comenzar á ser lo que no somos; quiere que dejemos el pecado y entremos de lleno en su gracia; quiere que desechemos la antigua masa y que seamos masa nueva; esto es, que seamos puros y santos, como corresponde á nuestra dignidad de cristianos; que seamos, como dice el Apóstol, *pan ázimo.* (*Sicut estis azymi.*)

PUNTO 2.°

EL CRISTIANO HA DE SER COMO PAN ÁZIMO

¿Qué significa en la frase bíblica ser como *pan ázimo?* Oigamos á los sagrados expositores, pues nada dejan que desear. «Pan ázimo—dijo á Lapide—es el que no tiene levadura que le inficione y haga fermentar», y «de semejante manera—añaden el Crisóstomo y San Anselmo—han de ser los cristianos, libres de toda levadura que corrompa su espíritu.» «Por el Bautismo—dicen—han sido hechos como *pan ázimo;* esto es, puros y limpios de la levadura del pecado, y de este modo deben perseverar siempre, pues así lo exige la profesión del cristianismo al que por la misericordia de Dios fueron llamados. A los cristianos desde el principio se les llamó *santos*, ya porque santos quedaban en las aguas bautisma-

les, ya porque hacían profesión de santidad, ya porque santos deben permanecer todo el tiempo de su peregrinación terrena.

La Iglesia nuestra Madre propone á todo el que se bautiza la santidad de vida y de costumbres en las ceremonias mismas del Bautismo, cuando después de haber ungido su cabeza con el santo crisma pone sobre la misma cabeza una vestidura blanca, diciéndole: *Recibe esta vestidura blanca, santa é inmaculada, para que la lleves sin mancha ante el Tribunal de nuestro Señor Jesucristo, y tengas vida eterna y vivas por los siglos de los siglos. Amén.*

Y como si esto no fuera ya bastante significativo, pone en las manos del bautizado una candela encendida, y le dice: *Recibe esta antorcha ardiendo é incontaminada; custodia tu Bautismo, observa los Mandamientos de Dios, para que cuando el Señor viniere á las nupcias puedas salirle al encuentro juntamente con todos los santos en la patria celestial, y tengas vida eterna y vivas en los siglos de los siglos. Amén.*

Con cuyas hermosas ceremonias, esto es, con la candela encendida y con la vestidura blanca se amonesta al cristiano: Primero, que ha de llevar una vida santa y pura, exenta de la levadura del pecado. Segundo, que desde aquel momento deja de ser esclavo del diablo y de sus pasiones, adquiriendo el honroso título de hijo de Dios. Tercero, que por los merecimientos de Cristo ha conseguido la victoria y el triunfo de todos los enemigos de su alma.

Estas ceremonias, carísimos hermanos, las ha realizado el sacerdote en nombre de Dios en todos nosotros; todos hemos sido regenerados en la fuente sagrada, todos hemos sido limpios del fermento de iniquidad, todos hemos recibido allí la gracia santificante y la filiación divina, todos, en suma, hemos sido justificados por los méritos de Cristo, y por lo mismo, nada más justo que vivamos de Dios y para Dios, desechando hasta la sombra de la antigua levadura, siendo *pan ázimo verdadero*, ó sea puros, limpios y santos.

El justo vive de fe, de esperanza y de caridad; vive de humildad, de obediencia, de oración y de pureza; vive de mortificación, de vigilancia, de prudencia y de celo; vive de Cristo, por Cristo y para Cristo; vive de su espíritu y vida divina, ó, por decirlo en frase de San Pablo, *su vivir es Cristo. (Mihi vivere Christus est.)* ¿Y por qué, se dirá, hemos de llevar tal vida? Esto es lo único que me resta que deciros, siguiendo la exposición de nuestra Epístola.

PUNTO 3.º

POR QUÉ HEMOS DE SER LIMPIOS Y PUROS

Dice el grande Apóstol: «Hermanos míos: toda vez que sois cristianos y que por el Bautismo habéis sido limpios de todo pecado y santificados con la gracia de Dios, es preciso que todo el tiempo de vuestra vida os conservéis puros y exentos de toda culpa», esto es; que seáis como *pan ázimo.* Y á continuación expone la causa diciendo: *Porque Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado.* (*Etenim Pascha nostrum inmolatus est Christus.*) Lo cual es como si les dijera:—Tened presente que celebráis la Pascua, y así como los judíos cuando celebraban la suya todo para ellos era ázimo, ó sea puro, así también vosotros habéis de ser puros, ó lo que es lo mismo, ázimos. Si aquel cordero pascual, sólo por ser figura de Cristo exigía santidad en los que comían de él, ¿cuánto más la exigirá Cristo mismo, que es la realidad y la santidad por esencia? El que se acerca á la Mesa sagrada para recibir el manjar divino, ó sea á Jesucristo, Cordero inmaculado, ha de llevar pura conciencia y santidad verdadera. Si la Pascua antigua era el tipo de Cristo, los panes ázimos eran tipo de los cristianos, y por consiguiente de la pureza de la vida. Y por eso el Apóstol argumenta en nuestra Epístola, diciendo: *Porque Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado.* (*Pascha nostrum immolatus est Christus.*)

Inmolado ha sido Jesucristo en la Cruz; inmolado se nos ofrece continuamente en nuestros altares; inmolado se halla en todo el mundo por nuestro amor; inmolación quiere que haya en nosotros para recibirle dignamente. Procuremos, pues, antes de comulgar purificarnos bien de la vieja levadura; procuremos ser en nuestra alma, como pan ázimo, sin mezcla de corrupción; procuremos ser puros y santos en toda nuestra vida, porque Cristo, que es nuestra Pascua, nuestro Cordero, nuestro alimento, nuestro Dios y nuestro todo, se ha dignado permanecer inmolado perpetuamente en el santísimo Sacramento.

De esta manera celebraremos bien nuestra Pascua, seremos como endiosados con el Manjar eucarístico, y el Cordero divino, permaneciendo en nuestros corazones durante esta vida terrena, nos dará después, como recompensa, vida feliz, inmortal y eterna por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Pascua.

Obligación y modo de comulgar dignamente.

RESURREXIT, *non est hic.* Ha resucitado, no está aquí. Jesucristo no está ya en el sepulcro; su cuerpo glorioso ha recobrado nueva vida. *Cristo*—dijo San Pablo—*resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen, porque como la muerte fué por un hombre, así también por un hombre es la resurrección de los muertos.* (I Cor., XV, 20.) Es decir, que así como en Adán todos los hombres nacemos muertos á la gracia, así en Cristo, todos resucitamos á vida eterna.

«En Cristo resucitado—dijo San Máximo (In Serm. de Pasch.)—se encuentra nuestra carne, nuestra sangre y nuestra humanidad; por consecuencia, donde reina la humanidad de Cristo, paréceme que reino yo; donde impera su Sangre divina, entiendo que impero yo y donde su carne es glorificada, me considero yo glorificado.» La resurrección de Cristo, pues, es, al modo dicho, la resurrección nuestra, y la glorificación nuestra; por eso hoy es día de grande regocijo, y en toda la Iglesia universal resuena este dulce cántico: *Alleluya. Alleluya.*

Pero Cristo nuestro Señor, según dice San Pablo en la Epístola de este día, *es nuestro Cordero pascual,* que para siempre permanece inmolado en el santísimo Sacramento (*Pascha nostrum immolatus est Christus*), y como el Cordero se ha de comer en Pascua, he aquí por qué, en la misma Epístola de hoy, nos exhorta de esta manera: *Es preciso, hermanos, que nos alimentemos de este manjar, no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, ni de pecado, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.* (I Cor., V, 8.) Palabras divinamente inspiradas, en las cuales descubrimos dos cosas que ahora intento explicaros. A saber:

1.ª Que la Comunión pascual es obligatoria.
2.ª Que se ha de hacer dignamente.

PUNTO 1.º

NECESIDAD DE LA COMUNIÓN PASCUAL

Ante todo es preciso notar que el gran Doctor de las gentes, en la Epístola de la presente Dominica expresa el *precepto de comulgar por Pascua de Resurrección*, con la siguiente palabra: *Epulemus* Es decir, solemnicemos la Pascua del divino Cordero, Cristo nuestro bien, recibiéndole Sacramentado, como alimento espiritual de nuestras ánimas.

No tratamos aquí del *precepto divino* que obliga á los adultos á recibir la sagrada Comunión, ya para atemperarse á la voluntad de Dios, que así lo ordena, ya como medio necesario para conservar mejor la gracia recibida, perseverar en ella y salvarse; pues no hay cristiano medianamente instruído que no sepa de memoria aquellas palabras de Jesucristo por San Juan (ver. 54): *Si no comiéreis la Carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su Sangre, no tendréis vida en vosotros*; esto es, vida sobrenatural y divina, vida de gracia y vida eterna.

Nos referimos únicamente al *precepto eclesiástico*, que la Iglesia nuestra Madre, en conformidad con la Epístola de este día, declaró en el santo Concilio de Letrán (c. 12), y después en el Tridentino, por estas palabras: *Todos y cada uno de los fieles, de uno y otro sexo, que hayan llegado á la edad de la discreción*, ESTÁN OBLIGADOS *á comulgar, á lo menos una vez al año por Pascua.* (Sess. 13, c. 9.)

Mucho quisiéramos, amados míos, que los cristianos se fijaran bien en esta enseñanza; porque es cosa cierta que, además de la obligación determinada que tenemos y de precepto todos los fieles de comulgar en la Pascua tan luego como hayamos llegado á la edad de la discreción, y también en forma de Viático, cuando nos encontremos en peligro probable y próximo de morir, es de necesidad que comulguemos de tiempo en tiempo, durante la vida, á lo menos una vez *durante la Pascua de Resurrección*, y esto último es lo que encarga hoy el Apóstol, diciendo: *Epulemur*; comamos solemnemente la Pascua,

Solemnemente, como si dijera:—Celebremos hoy un banquete espiritual, señal de regocijo, en memoria de la Inmolación y Re-

dención de Cristo, que es nuestro Cordero pascual, sacrificado por nuestro amor, y que se nos dió en alimento para purificarnos, para fortalecernos y para quitar los pecados del mundo: *Ecce Agnus Dei; ecce qui tollis pecata mundi.*

Y puesto que este Cordero divino se inmola diariamente en nuestros altares, como recuerdo y continuación de su Sacrificio en la Cruz, podemos decir que para los cristianos todos los días son Pascuas, son fiestas solemnes que debemos celebrar espiritualmente con regocijo, comulgando con frecuencia, según el dictamen de nuestros confesores y la pureza de nuestras conciencias.

¡Cúán desdichados son los hombres, que no se acuerdan, ó no se cuidan de cumplir el precepto pascual de la Comunión, instituído amorosamente por la Iglesia, sólo en beneficio suyo y nuestro! ¡De cuántas gracias se privan! ¡Cuánto ofenden en ello á Dios nuestro Señor! Todo el que no cumple con el precepto pascual, comete un pecado grave *contra Jesucristo, contra la Iglesia, contra la sociedad, contra la familia y contra su propia alma.*

Pecado grave *contra Jesucristo*, porque es un desprecio ó un ultraje público á su amor. Él nos ama entrañablemente, desea unirse á nosotros, desea que le recibamos en nuestro corazón, desea comunicarnos sus gracias y su propia vida divina, y cuando llega el tiempo pascual y pudiendo no se comulga, es tanto como decir á Jesús:—Sé tu mandato; le he aprendido cuando niño; constantemente le recuerdan los sacerdotes; mil veces he oído predicar las inefables gracias que el santísimo Sacramento produce en las almas; conozco los sentimientos amorosos de tu Corazón divino... y sin embargo, no quiero recibirle, no quiero alimentarme del Cordero pascual; desprecio el convite, desprecio tu mandato, desprecio tu amor.—A tal estado de demencia llegan algunos cristianos, sin tener en cuenta aquellas palabras de nuestro Salvador dulcísimo: *Todo el que se avergüence de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre celestial.*

Pero el no comulgar por Pascua florida es también pecado grave *contra la Iglesia*, porque es una transgresión voluntaria y pública de un Mandamiento importante, preciso y conocido, fácil y provechoso. Es un desprecio ó desacato verdadero á la autoridad eclesiástica, á los Prelados, á quien Jesús ha dicho: *El que á vosotros oye, á mí oye; el que á vosotros desprecia, á mí desprecia.* (Luc., X, 16.)

Por otra parte, el no cumplir con tan sagrado precepto, es una especie de crimen *contra la sociedad*, porque es un escándalo dado

públicamente, y tanto más grave y dañoso, cuanta más autoridad, saber y dignidad tenga la persona que lo dé. Si es un ignorante ó un medio fatuo el que no comulga en la Pascua, escándalo será, pero pequeño, en comparación del que daría un letrado, un Príncipe, ó uno de esos llamados sabios del mundo que arrastran con su ejemplo á las masas populares.

¿Y quién no ve que la falta del cumplimiento pascual es también un crimen *contra la familia?* Si el hijo ó el criado, ve que sus padres ó señores no se cuidan del precepto, ¿qué harán ellos? Si son los subordinados los que faltan, y los superiores, pudiendo, no lo remedian, ¿cómo cumplen con el oficio de padres que el Señor les ha encomendado? De cualquiera manera, siempre es un grito de rebelión contra las leyes de la Iglesia, que pone en conmoción el orden moral y aun el material en las familias cristianas.

Por último, la omisión voluntaria del cumplimiento pascual es un crimen gravísimo *contra el mismo que le comete,* porque es tanto como dar muerte á su alma con reflexión y sangre fría; equivale á privarse voluntariamente de los regocijos espirituales que produce el verse con los pecados perdonados, el hallarse sin remordimientos de conciencia, el tener asegurada la paz del alma, con la dulce esperanza de obtener una eterna felicidad. ¡Y les parece á algunos hombres cosa leve el dejar de cumplir tan fácil, dulce y suave precepto!

Pero aún no es esto lo más grave, sino el acercarse indignamente á recibir el Cordero pascual. Oigamos al Apóstol en la misma Epístola. Dice así:

PUNTO 2.°

SOBRE LA COMUNIÓN INDIGNA

Hermanos, comulguemos solemnemente en señal de regocijo *(epulemur); pero no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, ni de pecado, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.* (Ver. 8.)

¡Qué expresiones, amados míos, si bien se consideran! *Levadura vieja* significa, no precisamente el pecado, sino todo afecto á él, todo deseo consentido de cometerle en adelante, todo movimiento deliberado de la concupiscencia desordenada, y es como si el Apóstol dijera:—¡Oh cristianos! Para acercaros dignamente á recibir el Cordero pascual es de necesidad que abominéis todos

vuestros pecados pasados, como el mayor de los males; que forméis un dolor *interior* de haberlos cometido; un dolor *sobrenatural* que tenga por principio la fe, y por fin el obtener vuestra eterna salud mediante la gracia divina; es preciso que llevéis en vuestro corazón un dolor *universal* que se extienda á todas vuestras culpas, en especial á las graves, y que queráis primero morir que tornar á ofender á Dios gravemente.

Y no basta que esto queráis de un modo vago, natural y como por mera conveniencia, cual seria pensando que es mejor corregirse, ó diciendo sólo con la boca que os corregiréis, ó abrigando la esperanza de que llegará día en que os corrijáis, sino que es preciso quererlo y quererlo de todas veras, y quererlo sin dilación, y quererlo de una manera tan eficaz, que para conseguirlo adoptéis los medios que la Religión os presenta esto es, la confesión sacramental, cuando se trate de pecados mortales; ya porque hay un infierno que temer, y una gloria que esperar, ya porque hay un Dios amoroso á quien debéis complacer y á quien el pecado desagrada infinitamente. No basta querer desechar *la vieja levadura* en este ó aquel punto solamente; porque es preciso extender la reforma, á todos los malos hábitos y en especial á los que dominan en el corazón; pues si queda algo de dicha *levadura vieja* se corrompe pronto toda la masa, ó sea toda el alma. No basta, en fin, querer reformarse en las cosas fáciles y poco costosas, sino aun en las difíciles, venciendo todos los obstáculos, por más que fuese necesario perder todo el mundo, porque lo esencial es no perder el alma y no perder á Dios.

Esto quiere decir el Apóstol con aquellas palabras: *Quitad la levadura vieja*, y como si todavía le pareciera poco, añade que se ha de quitar también *todo fermento de malicia y de iniquidad*. (*Non in fermento malitiae et nequitiae*.) Es decir, todo vicio y todo pecado (1); porque ninguno debe acercarse á la sagrada Mesa con la conciencia manchada por las culpas graves, y ¡ay del que se acercare con tan perversa disposición! Pues ya dijo el Señor que *será atado de pies y manos y arrojado á las tinieblas del infierno, y allí será el llanto y el crujir de dientes.*

El *Cordero pascual* que quita los pecados del mundo, ó sea la sagrada Eucaristía, es el Sacramento *santo* por excelencia; en él se contiene el Dios de la pureza y de la santidad, y las cosas san-

(1) Omnia mala, probra, flagitia quae homines faciunt, in duabus rebus sunt: malitia atque nequitia. (Véase Cornelio sobre este versículo.)

tas son para los santos, sin que jamás sea lícito arrojarlas á los animales inmundos; es decir, á los pecadores indignos (1).

¿Qué ha de hacer, pues, quien desee celebrar la Pascua, hallándose en su conciencia reo de pecado mortal? Oigamos al sagrado Concilio de Trento. Dice así: *Para que no se reciba indignamente tan grande Sacramento, y, por consecuencia, sirva para muerte y condenación, establece y declara el santo Concilio que los que sientan gravada su conciencia con pecado grave, por contritos que se crean, deben, para recibirle, anticipar necesariamente la confesión sacramental, habiendo confesor. Y si alguno presumiere enseñar, predicar ó afirmar con pertinacia lo contrario, ó defenderlo en público, quede por el mismo hecho excomulgado.* (Ses. 13, cap. VII, c. 11.)

Mucho quisiera, amados míos, que se os quedara profundamente grabado en la memoria este sagrado canon de la Iglesia, pues en él se determina que si alguno tuviere la osadía de comulgar con pecado mortal en su conciencia, *la misma Comunion le serviría de eterno suplicio* (2). Se determina que el alma ha de purificarse antes *mediante la absolución sacramental, sin que baste formar un acto de contrición,* por perfecto que se le suponga.

Hacer lo contrario sería, además de horrible sacrilegio, ingratitud por todo extremo detestable, puesto que la Comunión indigna es un crimen contra Jesucristo, precisamente cuando Él se halla sobre el altar dulce y amoroso para nosotros, rogando á su Eterno Padre por librarnos de su justa indignación y de la espada terrible de su justicia.

Sería un crimen *el más audaz* de todos los imaginables, porque quien comulga indignamente ataca á la Majestad divina en sí misma, y turba, en cuanto es de su parte, la paz suprema que existe en el Reino de los cielos.

Ataca á *Dios Padre,* obligándole á que vea á su Hijo muy amado, al esplendor de su gloria y al objeto de todas sus complacencias sumido en el lodo inmundo de una conciencia impura.

Ataca á *Dios Hijo,* haciéndole la ignominia de ver su humanidad sacrosanta más impia y villamente tratada que en los escarnios y afrentas de su dolorosa Pasión.

Ataca *á Dios Espíritu Santo,* quien contempla el Cuerpo adorable de Jesús, que Él formó con tanto amor de la sangre purísi-

---

(1) Vere panis filiorum, non mittendus canibus. (In seq. *Lauda Sion.*)

(2) Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit. (I Corint., XI.)

ma de la Virgen, execrado por una vil y despreciable criatura.

Ataca *á la santísima Virgen María,* que ve á su Hijo menospreciado y ultrajado, sin poderlo evitar, y sin que estas nuevas humillaciones sean provechosas á las almas cristianas.

Ataca *á los ángeles y á los santos,* que miran al Rey de la gloria, á quien ellos adoran temblorosos, audazmente ofendido por un miserable hombrecillo.

Ataca *á la Iglesia universal,* que llora de pena al ver su más rico tesoro horriblemente profanado.

Ataca *á la Creación entera,* que se ve forzada á sufrir las injurias hechas á su Creador, y que, á serle posible, destruiría al punto al pecador sacrílego.

Todo esto y muchísimo más, hace el impío que comulga indignamente; de modo que el demonio, con tener odio eterno á Jesucristo, no podría inferirle injuria mayor.

Yo bien sé, amados míos, que entre vosotros no se da crimen tan horrible, y confío en el Señor que os ha de preservar de semejante desdicha; y para ello, poned cuanto esté de vuestra parte para prepararos dignamente á la Comunión pascual; esto es, *quitando*, como hoy dice la Epístola, *todo fermento de malicia y de iniquidad*, y siendo en vosotros mismos *ázimos de sinceridad y de verdad*, ó lo que es lo mismo, santos y puros como puro y santo es *el Cordero sin mancilla*, que por nosotros se inmola en nuestros altares y que se nos da en alimento espiritual en esta vida, para que le gocemos eternamente en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo de Quasimodo.

Sobre la fe.

HERMANOS *míos carísimos: Todo el que es nacido de Dios vence al mundo; esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es Jesucristo, que vino por agua y*

por sangre; no por agua solamente, sino (repárese bien) *por agua y por sangre.* (I Joann, V, 4-5 6.)

Estas palabras divinas, que leemos en la Epístola de este día y que el Apóstol San Juan dirigía á los recién bautizados, para que no desmayaran en la fe de Jesucristo, á pesar de las persecuciones y seducciones del mundo corruptor y corrompido, son las mismas que yo quisiera dejar hoy bien grabadas en vuestra memoria, para que vuestro corazón jamás se desaliente, á pesar de tanta iniquidad mundana como por todas partes nos rodea. Es verdad que los enemigos de nuestra fe son muchos, y potentes, y fieros, y bien concertados, para arrancar de nuestro suelo el árbol sacrosanto de la Cruz, é implantar en los humanos corazones el árbol maldito del error contemporáneo; pero no importa, es palabra infalible de Dios, declarada en la Epístola de la presente Domínica, que *con nuestra fe hemos de salir victoriosos, porque el que cree en Jesucristo vence al mundo y le pone por escabel de sus pies.*

Mostraros esta verdad, breve y sencillamente, es lo que hoy me propongo, apoyado en nuestra Epístola y en otros oráculos divinos no menos infalibles, y para ello os daré á conocer:

1.° La necesidad y excelencia de la fe.
2.° Las victorias que alcanza sobre el mundo.

PUNTO 1.°

EXCELENCIA Y NECESIDAD DE LA FE CATÓLICA

Nada hay en el mundo más necesario que la fe y nada hay que con más empeño nieguen los incrédulos de nuestros tiempos. Es preciso estar locos, amados míos, para afirmar y sostener que *la razón por sí sola basta con sus fuerzas naturales para promover el bien en hombres y naciones* (1), y sin embargo, este es el absurdo revolucionario con que hoy se trata de regenerar á las familias y á los pueblos.—Queremos—dicen los falsos apóstoles—obrar en todo según la razón; por consiguiente, *rechazamos la fe y el orden sobrenatural:* la razón nos basta.

¿La razón os basta? ¡Infelices! ¿Hay cosa más fuera de razón

(1) Humana ratio... sibi ipsi est lex, et naturalibus suis viribus ad hominum ac populorum bonum curandum sufficit. (*Syllab.*, prop. 3.ª)

que rechazar la fe y no admitir el orden sobrenatural? No, cristianos míos, no basta, ni aun siquiera para contener vuestro entendimiento dentro de los límites de la verdad. Sin la revelación y la gracia caen inevitablemente los hombres en errores y faltas morales de horribles consecuencias. Pruébalo el ejemplo de los filósofos antiguos, pues *aun los más notables no supieron librarse de muchos errores y extraños envilecimientos* (1). *Conocieron á Dios* —dijo San Pablo— *en el espejo de sus obras; mas en lugar de darle gloria, se desvanecieron en sus pensamientos; y en castigo de su locura, Dios los dejó caer en los groseros errores de la idolatría y los abandonó á su réprobo sentido* (2). Ved aquí por qué en nuestros tiempos juzgó necesario condenar este error el santo Concilio Vaticano, diciendo: *Puesto que el hombre depende todo de Dios como de su Criador y Señor, y que la razón creada está enteramente sujeta á la verdad increada, estamos obligados á rendir pleno homenaje de entendimiento y voluntad á Dios revelador.* (*De fide cath.*, cap. III.)

Pues bien; sentada esta verdad fundamental, los católicos, enfrente de los impíos, levantamos la voz y decimos con San Agustín: «Sólo la fe es la que puede dar á los hombres una vida levantada, recta, pura y buena» (3).

Sólo la fe puede mostrarnos la verdadera causa de nuestra corrupción é indicarnos el remedio de nuestros males.

Sólo la fe puede enseñarnos el camino de la felicidad verdadera y los medios de obtenerla, guiándonos por el recto sendero que conduce á la consecución de nuestro último fin.

Sólo la fe puede preservarnos de muchos errores capitales, contrarios á la misma ley natural, que se hallan mezclados entre las bellas máximas proferidas por los filósofos paganos.

Sólo la fe puede encumbrarnos á las virtudes más esenciales para ser eternamente bienaventurados, á saber: la humildad, la abnegación, el amor á los enemigos, el perdón de las injurias, la resignación en la voluntad de Dios, el regocijo en las adversidades, la pureza, la virginidad...

Sólo la fe puede dar la paz y el orden á los individuos, á las familias, á las naciones y al mundo entero; pues donde no alcanza el cetro de los monarcas, ni la vara de la justicia, ni las amo-

(1) Pío IX, Alloc. consist., 9 Dec. 1859.

(2) Tradidit illos Deus in passiones ignominiae... Tradidit illos Deus in reprobum sensum... (Rom., I, 19, 20 y 21.)

(3) Sine fide non est alta, recta et bona vita. (San Agust., *Tract. in Joann.*)

nestaciones de los superiores, allí penetra el dardo de la fe y el santo temor de Dios.

Sólo la fe es el principio de la felicidad humana, tal como podemos concebirla en esta y en la otra vida; porque sólo ella engendra la esperanza, y sólo de la esperanza surge la caridad, y sólo la caridad es la que produce las buenas obras, merecedoras de suprema y eterna dicha.

Sólo la fe es la que hace que conozcamos bien nuestra flaqueza y que esperemos en Jesucristo, y que pidamos en su nombre á Dios el socorro necesario para vencer á nuestros enemigos.

En suma: sólo la fe es el arma con la cual podemos salir vencedores de nuestras pasiones, de las asechanzas de Satanás, de los hombres impíos y del mundo entero; y por eso el Apóstol San Juan, divinamente inspirado, comienza hoy nuestra Epístola, diciendo: *Todo el que es nacido de Dios vence al mundo; esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.* (Ver. 4).

Palabras hermosísimas, amados míos, que según la mente del Apóstol San Juan, equivalen á decir:—Carísimos: todo el que cree en Jesucristo, *con fe viva, eficaz y formada,* esto es, con fe obradora, con fe informada por la caridad, con fe que da la verdadera vida, *es nacido de Dios,* es hijo suyo por un nacimiento espiritual que se efectúa por la gracia; *y todo el que de esta suerte es nacido de Dios, vence al mundo,* porque se niega á sus máximas, á sus esperanzas y á sus halagos. *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios?* (*Nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei?*) (Ver. 5.)

Verdaderamente, hermanos míos; así es, así ha sido siempre y así será hasta la consumación de los siglos. La fe en el corazón de los cristianos obra maravillas inauditas y posee virtud omnipotente. El mundo es uno; mas podemos considerar en él tres mundos: el mundo *perseguidor*, el mundo *seductor* y el mundo *corruptor*.

El mundo *perseguidor* ataca la fe en sí misma, ó sea en su substancia. El mundo *seductor* la ataca en sus dogmas, ahora en uno, ahora en otro, ahora en varios á la vez. El mundo *corruptor* la ataca en su moral, llevando á las sociedades á la injusticia, á la obscenidad y á la ignominia. Pues bien; la fe ha triunfado y triunfa todavía en esas tres especies de mundo, y mientras nosotros conservemos en nuestros corazones ese riquísimo tesoro, no haya miedo que triunfe la impiedad, aunque se conjuren á una todos los espíritus infernales del averno, porque escrito está que *la victoria*

que vence al mundo, es nuestra fe. (*Haec est victoria, quae vincit mundum fides nostra.*)

Veamos, pues, aunque sea ligeramente, cómo la fe en Cristo nuestro Señor, vence por completo todos los embates con que los hombres mundanos intentan arrebatarnos nuestra sacrosanta Religión y el dulce amor al Corazón amabilísimo de Jesús.

PUNTO 2.°

VICTORIAS DE LA FE SOBRE EL MUNDO

Primeramente conviene saber que el fundamento de la vida espiritual es la fe, que *sin esta virtud es imposible agradar á Dios*, y que nosotros somos justificados gratuitamente por los méritos infinitos de Jesucristo, que nos redimió con el precio de su Sangre preciosísima. (*Per fidem in Sanguine ipsius.*) (Rom., III, 25.) Y esto es lo que significa el Apóstol San Juan en nuestra Epístola, cuando dice: *Vence al mundo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Jesucristo, que vino por agua y por sangre; no por agua solamente, sino por agua y sangre.* (Ver. 6.) Esto es, no sólo borró nuestros pecados con las aguas santificantes del Bautismo, sino por la virtud de la Sangre que derramó en la Cruz.

El justo, por tanto, vive por la fe y de la fe, siendo todas sus obras deliberadas hijas de este impulso divino, que engendra á la esperanza, á la caridad, y á todas las demás virtudes sobrenaturales que de ella emanan. El justo castiga á su cuerpo para reducirle á servidumbre, y para atraer á su alma las gracias divinas, y la fortaleza sobrehumana que viene de Dios. *Para Él*—como vemos en San Pablo—*el mundo está crucificado, y Él lo está para el mundo.* (*Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.*) (Gal., VI, 14.)

Pues bien; sin más que esto, ¿quién no ve que el cristiano, fortificado con el escudo de la fe se hace, en cierto modo, omnipotente? No es mi ánimo extenderme en esta prueba, puesto que tenemos claros y patentes los ejemplos de innumerables mártires en los tres primeros siglos del cristianismo, y aunque de diversa manera, en todos los siglos posteriores hasta nuestros días.

El mundo *perseguidor*, ó sea los antiguos judíos, y Nerón, y Domiciano, y Diocleciano, y Maximiano... y todos los que persiguieron encarnizadamente la primitiva Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, hasta contarse más de once millones de mártires, ¿qué consiguieron? Que se aumentara el número de los ado-

radores de Cristo, habiendo llegado hasta nosotros esta consoladora frase: *La sangre de los mártires es semilla de cristianos.*

Y por mucho que hoy maquinen y se enfurezcan contra la Iglesia los modernos Nerones y Diocleciaños, ¿qué conseguirán? Que arda más y más viva en nuestros pechos la llama de la fe y que haciendo nuestras las palabras de San Juan en la Epístola de este día, clamemos todos á una voz, diciendo: *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.* (*Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.*)

Si del mundo *perseguidor* pasamos al *seductor*. podemos afirmar otro tanto. El mismo San Juan lo predijo en el Apocalipsis, por estas palabras: *Habiendo tocado la trompeta el quinto ángel, vi,* dice, *una estrella que había caído del cielo á la tierrra, y fuéle dada la llave del abismo; abrióle, y se levantó del pozo una humareda semejante á la de un gran horno, y con ese humo quedaron obscurecidos el sol y el aire. En seguida salieron del humo del pozo langostas, que se esparcieron por la tierra, y fuéles dado el mismo poder que tienen los escorpiones,*

«Ved aquí—dicen los sagrados intérpretes—lo que acontece con los herejes. Son á manera de langostas, son una plaga pestífera, ya porque la herejía nace de la corrupción del corazón, como las langostas nacen de la corrupción de la tierra; ya porque saltan de cuestión en cuestión sin orden ni concierto, al modo que las langostas avanzan sin tener movimiento ordenado; ya porque el reinado del error no dura más que cierto tiempo, hasta que viene otro, lo mismo que la langosta, que en un mismo año nace y muere, haciendo á su paso un daño horrible; ya, en fin, porque en todos los siglos nacen nuevas herejías, á la manera que todos los años surgen de la tierra nuevos enjambres de langostas. ¿Podrán nunca estos animalejos dañinos obscurecer por completo la luz radiante del sol en todas las regiones del universo? Imposible; y esto es cabalmente lo que acontece con los herejes y con las herejías. ¿Qué nos enseña la historia? Reflexionemos:

En el primer siglo de la Iglesia, y en los mismos tiempos de los Apóstoles, aparecieron los *simonianos*, *cerintianos* y *ebionitas*, que combatieron el dogma de la divinidad del Verbo encarnado y colocaron á los ángeles en un rango superior á Jesucristo. ¿Dónde están? Pasaron y perecieron.

En el segundo aparecieron los *gnósticos*, *valentinianos* y *marcionitas*, quienes sin abandonar el error de los primeros, añadieron nuevos errores. ¿Dónde están? Pasaron y perecieron.

En el tercero aparecieron los *novacianos*, *sabelianos* y los *maniqueos*, admitiendo estos últimos dos principios, uno bueno y otro malo. ¿Dónde están? Pasaron y perecieron.

En el cuarto se levantaron los *donatistas*, los *arrianos* y los *macedonianos*, que erraron sobre el Bautismo, sobre la consubstancialidad del Verbo y sobre el Espíritu Santo. ¿Dónde están? Pasaron y perecieron.

En el quinto aparecieron los *pelagianos*, *nestorianos* y *eutiquianos*... Y así, de siglo en siglo, nunca han faltado langostas infernales salidas del pozo del abismo, hasta llegar al presente, que pululan como los gusanos en la podredumbre, tratando de arrancarnos la fe y entronizar la razón y divinizar las pasiones más abyectas. ¿Dónde están? ¡A nuestra vista; más pasarán y desaparecerán!

Sí, así ha de ser, sin duda alguna. ¿Quién vencerá? ¿los *imitadores de Lucifer* ó los adoradores del Corazón de Jesús? ¿Es posible que la bandera de Satanás venza á la bandera del Hijo de Dios? ¡Oh! No cabe duda; los errores contemporáneos pasarán como los anteriores, Nínive y Babilonia quedarán en ruinas, y la Iglesia católica, como roca inconmovible, permanecerá siempre hasta el fin de los siglos, y los católicos, ardiendo siempre en llamas del amor divino, exclamaremos con la Epístola de este día: *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.* (*Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.*)

Por último, es también vencido por nuestra fe el mundo *corruptor*. Llamo mundo *corruptor* al conjunto de hombres pecadores que viven según las máximas vanas del mundo, y que con sus malos ejemplos, consejos, alabanzas, halagos, burlas é insultos, apartan á los fieles del camino de salvación. ¡Infelices! Hacen el oficio del demonio y su fin es la condenación eterna. Claramente lo dijo el Apóstol San Pablo por estas palabras: *Muchas veces os lo he dicho, y ahora lo repito llorando. Muchos son los que viven siendo enemigos de la Cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su Dios el vientre, y su gloria es para confusión de ellos, que sólo gustan de lo terreno.* (Philip., III, 18-19.)

Concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida, es el mundo corruptor, dijo el Apóstol San Juan (I Epíst. V, 19); pero todas estas maldades y escándalos se estrellan ante la fuerza omnipotente de un alma justa que dice: *Creo.* ¿Quién podrá vencer al hombre justo, que tiene hambre y sed de justicia, que se considera como peregrino en la tierra y que sólo

trabaja y suspira por la patria celestial? Si Dios está con él y él con Dios, y Dios pelea en su favor, ¿qué mundo, por corruptor que sea, podrá vencerle?

Es, pues, innegable, que la fe en Cristo nuestro Señor, es una fortaleza inexpugnable, y que nosotros los cristianos pertrechados en ella, podemos decir en verdad con la Epístola de este día: *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. (Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.)*

Creamos, amados míos, en nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero: creamos á la santa Iglesia católica, Esposa suya, columna y firmamento de la verdad: creamos en los dogmas sacrosantos de nuestra adorable Religión; y de esta manera, vivamos seguros de que no podrá dañarnos ni el mundo *perseguidor*, ni el mundo *seductor*, ni el mundo *corruptor*, y que después de nuestro breve tránsito por esta vida, iremos á gozar de Dios eternamente en la otra. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo de Quasimodo.

De la persona adorable de Jesús.

QUIÉN *es, carísimos hermanos, el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es Jesucristo, que vino por agua y por sangre... Y el espíritu es el que da testimonio de que Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. Y tres son también los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son una cosa misma. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios. Pues Dios mismo es quien ha dado testimonio de su Hijo. Quien cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio del mismo Dios.* (I Joann., V, 5 á 10.)

Estas palabras, amados míos, que leemos en la Epístola de este día, prueban con toda evidencia á los cristianos dos cosas: una

que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, y por consiguiente, *Dios verdadero;* otra que Jesucristo es *verdadero hombre*, revestido de la misma carne que nosotros. Verdades fundamentales de nuestra sacrosanta Religión, que hoy más que nunca, importa dejar bien sentadas, y por más que esto requería libros enteros, entiendo que á vuestro corazón sencillo basta considerar nuestra Epístola, y por eso me ceñiré á explicarla breve y sencillamente, mostrándoos dos cosas:

1.ª Que Jesucristo es Dios verdadero.
2.ª Que Jesucristo es verdadero Hombre.

PUNTO 1.º

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Ciertamente, amados míos, que tratándose de buenos y fieles cristianos como vosotros no hay necesidad de probar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, mas como por desgracia suelen de vez en cuando levantarse algunos espíritus de tinieblas, que osan blasfemar de lo que no entienden y suscitan dudas hasta de las verdades más evidentes y consoladoras, no está de más que consideremos el argumento que en la Epístola de hoy nos muestra el Apóstol San Juan.

Proponíase el santo principalmente refutar los errores de Ebión y de Cerinto, y las locuras de los basilidianos, y al efecto escribió una carta á los hebreos (1), diciéndoles: *Considerad, hermanos, que cualquiera que confesare* (con fe viva animada de la caridad) (Ephes., III, 17.) *que Jesús es Hijo de Dios, Dios vive en él, y él en Dios* (2)... *¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?* (3) Y después de esto añade:

Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. (*Et hi tres* UNUM *sunt.*) (Ver. 7.) No hablemos aquí de la verdad expresa de la Santísima Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, contenida en estas palabras y mostrando que el Hijo es Dios como

(1) Así lo afirman la mayor parte de los intérpretes sagrados.
(2) Quisquis confessus fuerit, quoniam Jesus est Filius Dei, Deus in eo manet, et ipse in Deo. (I Joann., IV, 15.)
(3) ¿Quis est, qui vincit mundum nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei? (I Joann., V, 5.)

el Padre *(hi tres* UNUM *sunt)*, sino única y directamente del testimonio que dan cada una de las Personas divinas de que *Jesucristo es Dios.*

El Padre dió testimonio de la Divinidad de Jesucristo cuando le reconoce y declara ser Hijo suyo en el Bautismo y en la Transfiguración. (Matth., III, 17, y XVII, 5.) El Verbo, unido á la naturaleza humana, dió testimonio de su Divinidad, ya por los asombrosos milagros que obró, ya cuando, preguntado por Caifás, Soberano Pontífice, respondió expresamente que Él era el Hijo de Dios. (Joann., VIII, 18, y XVI, 14.) El Espíritu Santo lo testificó también otorgando á los Apóstoles la potestad de hacer milagros para confirmar esta verdad y para que creyese en Jesucristo toda la tierra. (Matth., III, 16, y Act., II, 1.)

El Padre proclamó á Jesús Hijo suyo verdadero, en el Jordán y en el Tabor, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias. Oidle. (Ipsum audite.)*

El Verbo testificó de sí mismo con palabras que Él era Hijo de Dios... que *el Padre y Él eran una sola cosa...* Y cuando oraba á su Eterno Padre, decía: «Padre mío, libradme de esta hora... Padre mío, glorificad vuestro Nombre»... (*Pater clarifica nomen tuum.*) Y así en otros muchos lugares que encontramos en el santo Evangelio.

El Espíritu Santo testificó igualmente la Divinidad de Jesucristo, no sólo descendiendo sobre Él en forma de paloma al mismo tiempo que el Padre en el Jordán le declaró por Hijo, sino cuando bajó en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, autorizando la doctrina de la Divinidad de Jesús, que habían de predicar por todo el universo.

El Padre, pues, con la voz, el Hijo con su adorable Persona y el Espíritu Santo con su autoridad Soberana, los tres, *siendo un solo Dios*, probaron invenciblemente la eterna generación del Verbo y la Divinidad de Cristo nuestro Señor. No es maravilla que San Juan, divinamente inspirado, dijera en la Epístola de este día: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. (Et hi tres* UNUM *sunt.)*

Esto, amados míos, debe bastar á todo buen cristiano para quedar plenamente convencido de que Jesucristo es Dios; mas si algún incrédulo moderno necesitase más pruebas, le diríamos: —Insensato, repáralo bien. Las innumerables figuras del Antiguo Testamento, realizadas en Jesús, prueban su Divinidad; la prue-

ban las profecías que tuvieron exacto cumplimiento en su augusta persona; lo prueban sus milagros, sus obras maravillosas, sus profecías que se cumplieron después, su moral sobrehumana, sus perfecciones divinas, su Muerte y Pasión, su Resurrección gloriosa y su Ascensión á los cielos, y la conversión del mundo mediante los Apóstoles y los asombrosos milagros que éstos y los Santos de todos los siglos hasta el nuestro han obrado en su Nombre... Pero, ¿qué mucho si todas las criaturas del universo, cada cual á su modo, están probando la Divinidad de Cristo nuestro Señor?

Los ángeles confiesan su Divinidad en su Encarnación y en su Nacimiento; el firmamento la anuncia en su brillante y extraordinaria estrella; el mar le reconoce por su Dios y Señor cuando se somete á sus plantas, y calla y apacigua su furor á una sola palabra suya; la tierra le proclama su Dios conmoviéndose profundamente en el momento en que expira; el sol y la luna obscureciéndose entonces; el agua antes, convirtiéndose en vino en las bodas de Caná, y el pan multiplicado en el desierto y ahora convertido en Cuerpo suyo en nuestros altares, testifican con elocuencia que Jesucristo es Dios. *¿Quién piensas que es éste, que así manda á los vientos y al mar y le obedecen?* (Luc., VIII, 25.) Esto se decían unos á otros sus discípulos, y nosotros iluminados por nuestra Epístola, respondemos:—*Jesucristo, Señor nuestro, es Dios, y de ello dan testimonio principalmente en el cielo el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno sólo.* (*Et hi tres* UNUM *sunt.*)

Basta, amados míos, de la Divinidad de Jesucristo, porque no hay verdad en el mundo más perfectamente probada, y digamos ahora dos palabras sobre su sacratísima Humanidad.

PUNTO 2.º

HUMANIDAD SACROSANTA DE JESÚS

Tres son — dice San Juan en dicha Epístola — *los que en la tierra dan testimonio* (*de la Humanidad de Jesucristo*)*: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son una misma cosa.* (*Spiritus, et aqua et sanguis.*) (Ver. 8.) Es decir: *el Espíritu* que entregó al morir; *la Sangre* que derramó, y *el agua* que salió de su costado, después de su Muerte.

La entrega del Espíritu, ó sea el alma, prueba que era hombre, y por eso al expirar en la Cruz dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.*

El agua y aun las lágrimas que derramó durante los días de su vida mortal, prueban que era hombre, porque Dios es Espíritu purísimo que no puede llorar.

La Sangre que juntamente con el agua salió de la abertura que el soldado romano hizo en su Corazón, hiriéndole con la lanza, prueba que era hombre de carne y sangre como nosotros, y, por consiguiente, que Jesucristo, al mismo tiempo que era Dios, fué también Hombre verdadero.

Tenemos, pues, tres testigos humanos, y testigos de mayor escepción que todos cuantos puedan imaginarse, quienes nos aseguran ser real y verdadera la Humanidad de Cristo nuestro Señor, y tenemos otros tres testigos divinos que deponen en favor de su Divinidad; por consiguiente, ó hay que recusar estos testimonios, cosa que en sano juicio nadie podrá hacer, ó hay que confesar que Jesucristo nuestro divino Salvador fué, y es, y será siempre *Dios y Hombre* al mismo tiempo. Y he dicho que será siempre, porque según escribió San Pablo á los hebreos, *Jesucristo es hoy lo que era ayer y lo que será en todos los siglos*. (*Jesuschristus heri et hodie, ipse et in soecula.*) (XIII, 8.)

No veo, carísimos hermanos, medio de eludir este argumento de San Juan, y él mismo lo hace constar, añadiendo á continuación: *Si recibimos el testimonio de los hombres, ¿cuánto más deberemos recibir el de Dios, que es mayor?* (Ver. 9.) Es decir, si el testimonio de dos ó tres hombres es suficiente para que se dé crédito á lo que dicen, por más que su entendimiento esté expuesto á error, ¿no hemos de creer lo que de manera tan clara y terminante testifica Dios trino en Personas y verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos? (1).

«De todo lo cual se infiere—añade el santo Evangelista—que *quien cree en Jesucristo* (considerándole como Hijo de Dios y Dios verdadero y juntamente hombre) *tiene en sí el testimonio del mismo Dios*, y le recibe en su corazón, y se une por la fe al Señor, y *Dios está en él y él en Dios*. (*Deus in eo manet, et ipse in Deo.*) (I Joann., IV, 15.) Así como, por el contrario, *el que no tiene esta creencia hace mentiroso á Dios, porque no cree en el testimonio que Él ha dado de su Hijo*. (Ver. 10.) ¿Y qué mayor ultraje puede hacerse al Señor que acusarle de mentira y tener por falso el testimonio que da de su Hijo Jesucristo? El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo declaran á Jesús Dios y Hombre verdadero, y el incrédulo,

---

(1) Si testimonium hominum accipimus, testimonium Dei majus est.

lleno de soberbia, levanta su frente altanera y dice:—Eso es falso.—¿Cabe imaginar blasfemia más injuriosa á la eterna verdad de Dios?

Creamos, pues, hermanos míos, la verdad católica, solemne y repetidamente testificada por Dios Padre, por Dios Hijo y por Dios Espíritu Santo. Creamos que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre; verdadero Dios por la *naturaleza divina* que su Padre celestial le comunicó desde toda la eternidad, verdadero Hombre por la *naturaleza humana* que tomó en el casto seno de la siempre inmaculada Virgen María cuando llegó la plenitud de los tiempos; verdadero Dios *engendrado eternamente* en el seno del Padre entre los esplendores de su gloria, verdadero Hombre *engendrado en el tiempo* por obra del Espíritu Santo en el purísimo seno de María inmaculada; *verdadero Dios* igual en todo á su Padre, poderoso como Él, eterno como Él, sabio como Él, infinito como Él en todo género de perfecciones, *verdadero Hombre* semejante á nosotros en todo menos en el pecado y en sus efectos, que fueron la ignorancia y la concupiscencia. Es decir, que Jesucristo es pasible y mortal como nosotros, y sujeto á las necesidades de la naturaleza humana como verdadero Hombre.

Jesucristo *Dios y Hombre verdadero;* he aquí lo que me propuse mostraros en el día de hoy al explicar nuestra Epístola. Jesucristo, que es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro protector, nuestro Padre, nuestro hermano, nuestro Dios y nuestro todo; Jesucristo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, y que en Él vivimos, nos movemos y existimos; Jesucristo, que es nuestro Rey, nuestro mediador, nuestra fortaleza, y que es el autor de todas las gracias, y que nos concede todos sus méritos; Jesucristo, pues, es nuestro *libertador,* es la verdad por esencia, y su verdad nos libertará de todos nuestros enemigos (1), del mundo, de nuestras pasiones, del pecado, del diablo y del infierno, y permaneciendo firmes en nuestra fe, tendremos la dicha de verle y de gozarle eternamente en la gloria. Amén.

(1) **Christus nos liberabit. (Gal., IV, 31.)**

HOMILIA 1.ª

Para el domingo segundo después de Pascua.

Del sufrimiento mutuo.

Amados hermanos míos: El Príncipe de los Apóstoles, habiendo observado que algunos de los cristianos recién convertidos rehusaban someterse á la autoridad legítima de los Príncipes idólatras, porque los maltrataban, y queriendo corregir este error, cuyas consecuencias tendían á trastonar el orden del Estado y de la Religión, después de advertirles la rigorosa obligación de que los inferiores vivan sometidos á los superiores, les habla de esta manera:

Hermanos: Cristo nuestro Señor padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Jesucristo, que no cometió pecado alguno y de cuyos labios jamás salió palabra alguna engañosa; Jesucristo, que cuando le maldecían, no contestaba con maldiciones, y cuando le maltrataban no prorrumpía en amenazas, sino que se entregaba en manos del que le juzgaba injustamente; Jesucristo es quien llevó nuestros pecados sobre la Cruz, para que nosotros estando muertos al pecado, vivamos á la justicia. Con sus llagas habéis sido sanados; porque erais como ovejas descarriadas; pero ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras ánimas (I Petr, II, 21 al 25)

Dos cosas, amados míos, habréis notado en esta Epístola: una, que tanto los superiores como los inferiores deben soportar caritativamente las penalidades y disgustos inseparables de la condición de jefes y subordinados; otra, las razones que nos obligan á ser indulgentes con las faltas que con nosotros cometan nuestros semejantes.

Hoy, para ser breve, quiero ceñirme á lo primero, y siguiendo el orden de nuestra Epístola, os explicaré los dos puntos siguientes:

1.° Que es menester soportarnos los unos á los otros.
2.° A imitación de Cristo nuestro Señor.

PUNTO 1.º

QUE LOS CRISTIANOS SE HAN DE SOPORTAR MUTUAMENTE.

En este mundo, propiamente hablando, todos somos súbditos, todos tenemos superiores á quien estar sumisos, cuando menos á Dios, Rey y Señor de cuanto tiene ser. Sin embargo, en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras sociedades, no somos, ni podemos ser iguales todos; unos son superiores, otros inferiores; unos mandan, otros tienen que obedecer; si bien es cierto que el que manda obedece á Dios mandando, puesto que debe mandar, no según su capricho, sino con sujeción á la voluntad divina, regla universal de todas nuestras acciones morales; y el que obedece ha de hacerlo como quien obedece á Dios, puesto que Dios es el que manda mediante el superior legítimo.

Por consiguiente, arreglar los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores, equivale á establecer el orden y la paz en las familias, en las ciudades, en las provincias, en los Reinos y en el mundo entero; es tratar de un asunto que interesa en gran manera, no sólo á la Religión, sino á la sociedad civil, ó lo que es lo mismo, es enseñarnos á ser buenos ciudadanos y buenos cristianos. Cuando falta el cristianismo de las sociedades, falta la base de la moralidad verdadera, y por consiguiente no hay que esperar otra cosa que trastornos y revoluciones sin cuento.

Hoy, en nuestra Epístola, el Apóstol San Pedro da por sentada esta base, y fijándose sólo en que todos los hombres, jefes y subordinados, hemos de soportarnos mutuamente, dice así: *Hermanos: Cristo nuestro Señor ha sufrido también por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. (Relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.)*

Con efecto; el divino y eterno Verbo quiso tomar carne humana y nacer en la tierra, no sólo para redimirnos del pecado y del infierno, sufriendo y muriendo por nosotros, sino para enseñarnos con su ejemplo y con su palabra el camino de la salvación y la práctica de todas las virtudes. No hay grandeza comparable á la suya; en cuanto Dios, posee toda la majestad, toda la sabiduría y toda la omnipotencia del Padre celestial, y en cuanto Hombre, mediante la unión hipostática, participa de toda su magnificencia y de todas sus infinitas perfecciones. *Toda la tierra estará llena de su Majestad, le adorarán los Reyes de este mundo, y todas las naciones*

le estarán sujetas (1). Esto que siglos antes predijo el Profeta-Rey, lo repitió el Apóstol de las gentes diciendo: *Al solo nombre de Jesús todas las rodillas se doblarán en el cielo, en la tierra y en los infiernos* (2), y nosotros lo hemos visto realizado en todo el universo, no habiendo país conocido y civilizado, donde Jesucristo no tenga adoradores y no se le tribute honor y gloria.

Pues bien; este Soberano Señor de cielos y tierra, este Rey supremo, de infinita é inefable grandeza, tuvo á bien humillarse y anonadarse tomando forma de esclavo, tuvo á bien hacerse obediente hasta la Muerte y Muerte de Cruz, tuvo á bien sufrir las mayores injurias y los más indignos tratamientos por parte de los hombres, y todo, como afirma el Apóstol San Pablo, *para que nosotros sigamos sus huellas* (3), para que le imitemos y Él sea nuestro camino, nuestro fundamento, nuestro modelo y nuestra salvación. *Á esto*—dice el Apóstol San Pedro en la Epístola de este día—*hemos sido llamados, Cristo ha sufrido por nosotros, dejándonos su ejemplo para que sigamos sus vestigios.* (*Ut sequamini vestigia ejus.*) (Ver. 21.)

Y verdaderamente, nada hay más justo, nada más provechoso y nada más grato para un cristiano que imitar á Cristo su divino modelo. Nosotros tenemos la dicha de ser sus discípulos, y Él se nos ofrece como dechado perfectísimo de todas las virtudes sobrenaturales; Él es nuestra cabeza, y nosotros somos sus miembros; Él ha soportado por nuestro amor una vida llena de penalidades y sufrimientos y una Muerte ignominiosa sobre toda ponderación. ¡Qué vergüenza para nosotros, si bajo esa cabeza cubierta de llagas y coronada de espinas, intentáramos ser miembros delicados, ansiosos de placeres terrenos y de coronas de rosas!

Preciso es, amados míos, que imitemos á Jesucristo, y que á ejemplo suyo suframos en el trato con nuestros semejantes cuanto fuere necesario, y que suframos sin haberlo merecido, antes bien, por haberlos amado y regalado con singulares y grandiosos beneficios. De esta manera sufrió nuestro dulcísimo Redentor, de esta manera se nos ofrece como tipo de imitación, y si haciendo bien á los demás, nos ultrajan y sufrimos con paciencia, esta, dice San Pedro, *es gracia delante de Dios, pues para esto hemos sido llamados*

(1) Replebitur Majestate ejus omnis terra. (Psalm. LXXI, 19.)—Adorabunt eum Reges terrae; omnes gentes servient ei. (Psalm. LXXI, 11.)

(2) In nomine Jesu omne genu flectatur, coelestium, terrestrium et infernorum. (Philip., II, 10.)

(3) Sicut accepistis Christum Jesum, in ipso ambulate. (Colos., II, 6.)

al cristianismo, y este es el carácter propio de los discípulos de Jesucristo; es decir, para abrazarnos con la Cruz de nuestro celestial Maestro, para ser copias fieles de este divino Original; en una palabra, para imitarle en sufrir con paciencia todos los agravios y persecuciones, sean como fueren y vengan de donde vinieren. Todo es poco y todo es agradable cuando se padece por Cristo y con Cristo, considerando, como dice la Epístola de este día que *Él padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus vestigios. (Relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus.)* (Ver. 21.)

Veamos ahora la manera de conducirnos cuando llegue la ocasión oportuna.

PUNTO 2.°

IMITACIÓN DE CRISTO EN EL TRATO SOCIAL

Partiendo del principio antes sentado de que el buen cristiano ha de imitar en todo á Cristo, sigamos oyendo al Príncipe de los Apóstoles en nuestra Epístola; dice así: *Hermanos, Jesucristo no cometió pecado alguno, y de sus labios jamás salió palabra engañosa. (Non est inventus dolus in ore ejus.)* (Ver. 22.) ¡Hermoso preliminar! Si los hombres imitáramos en esto á Cristo nuestro Señor, ¿dónde habría mayor dicha y dónde más lealtad en el trato recíproco de las gentes? Allí donde no hay pecado, allí está la buena fe, el orden social, la paz y la tranquilidad de las familias y el bienestar de los pueblos.

Mas descendiendo á los pormenores de la vida inmaculada de Cristo, yo os ruego que os fijéis en la conducta del divino Salvador. Seguidle con la consideración por las diversas ciudades donde predicó, por las sinagogas en que habló, por los diferentes Tribunales á que fué llevado antes de su Muerte... ¿Qué veis? ¡Cuántos denuestos! ¡Cuántas injurias! ¡Cuántas injustas acusaciones!—Este hombre—decían—es un tumultuoso y sedicioso; es amigo de los pecadores, come con ellos y se entrega á la vida regalada y glotona... Es un ebrio, se halla poseído del demonio; es un impostor y perturbador del reposo público; es blasfemo, se atribuye á sí propio honores divinos...—Le abofetearon, le escarnecieron, y después de toda suerte de oprobios contra su honor y reputación, osaron atentar contra su vida y en realidad se la quitaron del modo más cruel é ignominioso... Esta es la historia.

Sin embargo, ¿qué hizo Jesús? Pudo justificarse, y no quiso hacerlo; pudo confundir con palabras á sus enemigos, y se abstuvo de ello; pudo en un instante aniquilar á sus perseguidores, y los dejó con vida. *Fué cargado de injurias*—dice San Pedro en nuestra Epístola—*y no contestó con injurias; fué maltratado y no prorrumpió en amenazas, sino que se entregó en manos de quien le juzgaba injustamente.* (Ver. 23.)

¡Qué ejemplo! Ved aquí, hermanos míos, el admirable modelo que Jesús nos ofrece. Con él á la vista, ¿qué cristiano osará enfurecerse y odiar á su prójimo, aun cuando se vea injustamente tratado y humillado? ¿Qué superior, ni qué inferior ha de montar en cólera y devolver mal por mal, y maldición por maldición, aunque el primero se vea desobedecido y el segundo se vea maltratado? La ley de la naturaleza degradada es *devolver mal por mal;* la ley del diablo es *devolver mal por bien;* mas la ley de Jesucristo es *devolver bien por mal,* ó á lo menos remediar cristianamente lo que se pueda, y sufrir con paciencia lo que no se pueda y siempre tratando de imitar á Cristo que, como leemos en nuestra Epístola, *cuando le maldecían no maldecía, y cuando le injuriaban no prorrumpía en amenazas.*

¡Qué hermosa clave es esta para establecer y conservar la paz en las familias, en los pueblos y en las sociedades todas! No niego que es muy duro verse los inferiores obligados á vivir bajo las leyes de superiores altaneros y crueles; no niego que es muy penoso verse obligado á soportar uno y otro día los desprecios y malos tratamientos de su orgullo anticristiano; pero ¡oh súbditos! Contemplad el ejemplo de nuestro divino Salvador, vedle ultrajado y escarnecido por hombres crueles y soberbios, y en Él encontraréis lenitivo á vuestras penas y sublimes motivos de consuelo. Él, que siempre fué justo, soportó los sufrimientos por nuestro amor, y nosotros, ¿siendo pecadores, no hemos de tolerar los trabajos que nos sobrevengan, al menos por amor suyo? Jesucristo, Verbo eterno y Señor del universo, se hizo semejante á un siervo, por enseñarnos á soportar con paciencia la tiranía de los superiores, y nosotros, siendo esclavos del pecado y de nuestras miserias, ¿no hemos de tolerar con mansedumbre un correctivo, que aun suponiéndole injusto en quien nos le dé, es permitido por Dios y puede sernos muy provechoso? ¿A quién no le viene bien una humillación?

Y vosotros, grandes del siglo, que imperáis en las sociedades, ó á lo menos en vuestras familias y dependientes, ¿querréis, por

ventura, cerrar los ojos del entendimiento á este bellísimo ejemplo que la Iglesia os ofrece en la Epístola de este día? Jesucristo, aunque revestido de la forma de siervo, tiene ciertamente sobre todos los hombres una autoridad superior á la que vosotros ejercéis sobre vuestros inferiores. Él es el *Rey de los Reyes*, el Señor de los señores y dueño absoluto de vidas y haciendas; sin embargo, ¿qué no sufrió y con qué sentimientos de paciencia de parte de los judíos? Él fué cargado con las maldiciones de su pueblo, fué cubierto de oprobios y de ignominias, acusado, condenado y muerto, ¿cómo sufrió tan inauditos é indignos tratamientos? ¿Quién es el superior que sufra tanto de parte de sus inferiores?

Tampoco niego—¡cómo he de negar!—el gran número de desacatos, rebeldías, infidelidades é ingratitudes que muchas veces sufren los superiores de sus malos é indómitos subordinados; pero por mucho que se multipliquen estas penalidades y por amargas que puedan ser, ¿qué comparación ofrecen con las que nuestro divino Salvador sufrió de los mismos á quienes favorecía convertidos en enemigos? Luego, carísimos superiores, no os exijo mucho al pediros que al veros ofendidos por los que os sirven ó por los que favorecéis, *les tornéis bien por mal*, ó al menos *los soportéis con paciencia*, y aun con bondad y dulzura, imitando á Cristo nuestro Señor, quien, como dice nuestra Epístola, *cuando le maldecían no maldecía, y cuando le maltrataban no prorrumpía en amenazas*.

He aquí, hermanos amadísimos, el fruto que me propongo sacar hoy de vuestros corazones. Espero que todos, superiores é inferiores, toméis por norma el ejemplo que Jesucristo nos ofrece en la Epístola de hoy, pues esas son las disposiciones cristianas con que todos debemos soportarnos nuestras flaquezas y miserias. ¿Somos discípulos de Cristo? ¿Deseamos cumplir su amorosa y santa Ley? Pues reformemos nuestra vida y llevemos en nuestro corazón los hermosos sentimientos de que hoy nos da gallarda muestra nuestro dulcísimo Jesús. Sufrámonos los unos á los otros, puesto que de todos modos es necesario sufrir; pero suframos como Cristo, como Él nos enseña, con humildad, con mansedumbre y con espíritu de penitencia, pues de esta manera quedarán santificados nuestros sufrimientos y después recibiremos de Dios corona eterna de gloria. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo segundo después de Pascua.

Del sufrimiento mutuo.

(Continuación.)

Hermanos míos amadísimos: Todas las personas de este mundo, sea cual fuere su dignidad, estado y condición, vense obligadas á soportar las penalidades propias de la vida social. Los superiores tienen que sufrir los defectos de los inferiores, y éstos las faltas de aquéllos; siendo imposible evitar esta desdicha, atendidas la diversidad de genios, de temperamentos, de educación, de intereses encontrados y las injusticias de gran parte de los hombres.

En vista de esto, y para endulzar nuestras amarguras, Cristo nuestro Señor se nos ofrece por modelo, y San Pedro, representante de Cristo en la tierra, después de mostrarnos en la Epístola de hoy cómo padeció Jesús y cómo soportó á sus semejantes, nos habla de esta manera: *Hermanos, Jesucristo es quien llevó en su Cuerpo nuestros pecados sobre la Cruz para que nosotros, muertos ya al pecado, vivamos á la justicia. Con sus llagas habéis sido sanados, porque erais como ovejas descarriadas; pero ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas.* (I Petr., II, 24 y 25.)

Hasta aquí el texto sagrado, y yo en este día, siguiendo su letra y su sentido, intento explicaros:

1.° Por qué los inferiores han de soportar á sus superiores.
2.° Por qué los superiores deben sufrir á los inferiores.

PUNTO 1.°

LOS INFERIORES HAN DE SOPORTAR Á LOS SUPERIORES

Jesucristo—dijo San Pablo—*es todo para todos (omnia in omnibus Christus.)* (Ephes., I, 23) y muy principalmente para nosotros los cristianos, sus criaturas predilectas. La vida es un bien, y Jesucristo es nuestra vida; la resurrección es un bien, y Jesucristo es nuestra resurrección; la luz es un bien, y Jesucristo es nuestra luz; la verdad es un bien, y Jesucristo es la verdad y es nuestro camino; por Él quiere que caminemos, y no como quiera, sino siguiendo sus pisadas. *(Ut sequamini vestigia ejus.)* (I Petr., II, 21.) ¿Y por qué? Oigamos á San Pedro en las palabras de nuestra Epístola. Dice así:

Jesucristo es quien llevó en su Cuerpo nuestros pecados sobre la Cruz, á fin de que, muertos al pecado, vivamos á la justicia. (Ver. 24.) Es decir, que *Él*, siendo el justo de los justos y la santidad por esencia, quiso llevar, y de hecho *llevó en su Cuerpo* los padecimientos y las ignominias que merecían, no sus pecados, pues jamás los tuvo, sino los nuestros, expiándolos *en la Cruz* por nuestra salvación, á fin de que, destruído el pecado *en sí mismo* y debilitado en su principio, que es nuestra concupiscencia, *vivamos á la justicia,* ora recobrando la justificación que perdimos en Adán, ora practicando las obras de justicia, según el divino querer.

¿Y cuál es este querer divino? La misma Epístola de hoy lo dice: *Que sigamos su ejemplo.* El ejemplo de Cristo es como acabamos de considerar, satisfacer á la justicia divina ultrajada por los pecados de los demás, y desear sinceramente la reparación de los desórdenes que introdujo la culpa. De modo que, aun suponiendo que nosotros fuéramos santos, que no lo somos, es ya una razón poderosa para sufrir con gusto el imitar á Cristo y *seguir sus pisadas. (Ut sequamini vestigia ejus.)*

Pues bien; si á esto se añade el que nosotros somos pecadores y que necesitamos padecer por nuestros pecados propios, ¿quién que tenga fe rehusará sufrir, venga el sufrimiento de donde viniere? Unas veces vendrá de Dios directamente, y entonces hemos de decir:—*Señor, muchas gracias.*—En otras ocasiones serán los prójimos los que nos mortifiquen, como instrumentos de Dios, y en ese caso es muy razonable que veamos oculta la mano del Señor y que

digamos también: — *Muchas gracias*, *Señor*. — Habrá días en los cuales nos hagan padecer nuestros superiores; mas vendrán otros elegidos por Dios para que nos hagan sufrir nuestros inferiores, y tal vez en un mismo día y en un mismo tiempo, se unirán unos y otros, de arriba y de abajo, para mortificarnos y darnos ocasión de merecer hermosa corona. ¿Qué hemos de hacer en semejantes casos? Reconocer nuestra flaqueza, considerar nuestras culpas, ver en todo la mano misericordiosa de Dios y recordar la Epístola de este día, exclamando con San Pedro: *Jesucristo mismo es quien llevó en su Cuerpo nuestros pecados sobre la Cruz para que nosotros, muertos ya al pecado, vivamos á la justicia.* Padezcamos por Dios, que esto nos viene bien.

Ved aquí, amados míos, un grande lenitivo á los sufrimientos que por necesidad, en más ó en menos, habrán de venir sobre nosotros. ¿Quién no alaba y bendice á nuestra sacrosanta Religión y á Jesucristo, de donde todo bien procede? ¡Cuán desdichados son los hombres que se apartan de Jesucristo! Hasta por egoísmo propio debemos ser buenos cristianos.

Supongamos que sea un pobre súbdito, quien sufra de su altanero señor tratamientos injustos. ¿Cómo lo soportará? ¿Cuáles serán sus interiores sentimientos? ¡Oh! Dirá:—Yo sufro, es verdad, y padezco injustamente de parte de los hombres; ellos me imputan faltas que yo no he cometido en esta ocasión; pero ¿cuántas otras mayores y más punibles he hecho que ellos no conocen? Realmente merezco las penas que sufro, y es muy justo que el Señor me las envíe. Mi naturaleza, flaca, rehusa el padecer; pero, ¿no ha sufrido por mí Cristo, mi divino Salvador, llevando mis pecados, y llevándolos sobre su Cuerpo, y pendiente de la Cruz, para librarme de la maldición eterna? Y si Él, inocente, ha sufrido por mí, ¿lleva camino el que yo, pecador, rehuse padecer? Yo acepto, Dios mío, la sujeción en que me encuentro, los malos tratamientos de que soy víctima y la dureza de las órdenes que me veo obligado á cumplir. Recíbelo, Señor, como una verdadera penitencia por mis culpas, y como una satisfacción á tu divina Justicia. Yo adoro los designios de tu divina Providencia al colocarme en estado de servir á los demás y depender de ellos; ¿quién sabe si al verme libre sería yo reo del infierno? Yo te doy gracias, Dios de mi vida, hasta por las injustas penalidades que sufro, y estoy dispuesto á sufrir muchas más, si así fuere de tu agrado, para la satisfacción completa de mis culpas. Esta es la resolución que, por impulso de vuestra gracia, formo en vuestra presencia. ¡Ojalá que las llagas

y heridas de Jesucristo, impresas en mi cuerpo, curen las que el pecado ha causado en mi alma!

Tales son, carísimos hermanos, las impresiones saludables que causan en las pobres súbditos los sufrimientos de Jesús de que hoy nos habla la Epístola. Por tanto, ¡oh cristianos! cuando recibáis de vuestros superiores algún mal tratamiento, pensad en vuestros pecados; pensad en la Sangre de Jesucristo derramada por ellos; pensad en que por vuestros padecimientos, aceptados con resignación cristiana, os son aplicados los méritos infinitos de Jesús, y sólo con esto, en vez de entristeceros, quedarán vuestros corazones llenos de espiritual regocijo.

¡Oh! Si los hombres tuvieran fe y consideraran las disposiciones amorosas de la divina Providencia al colocarlos en estado de servidumbre y de sufrir vejaciones continuas de sus injustos superiores, ¡cuán de otra manera andaría el mundo! Con la fe en Jesucristo vendrían la humildad, la paciencia, la mansedumbre y todas las virtudes cristianas, ahogando en su germen el espíritu revolucionario de las sociedades modernas. Mas digamos también dos palabras sobre los padecimientos de los superiores, pues no por serlo están exentos de padecer.

PUNTO 2.º

LOS SUPERIORES HAN DE CONLLEVAR Á LOS INFERIORES

No es mi ánimo, carísimos hermanos, hablaros hoy de las obligaciones de los superiores, para que nunca sean osados á tratar dura é injustamente á los subordinados abusando de su resignación y de su paciencia; pues esto ya se sabe que es tiránico, cruel y anticristiano; mas si alguno de los que ejercen autoridad sobre sus semejantes, ya sean padres, amos, patronos ó gobernantes me preguntara sobre este punto, yo le diría:—Atiende ¡oh, superior! á la hermosa epístola de este día, y con ella quedarás enseñado á ser humano, suave y benigno para con todos.

El superior, sea quien fuere, está obligado á tener con sus infeTires los mismos sentimientos de ternura y amor que Jesús tuvo para con los suyos. La caridad del Corazón divino es la norma fija y constante de todo superior que no quiera renegar del nombre de cristiano. ¿Cuáles han sido los sentimientos de Jesucristo para con todos los hombres, y en especial para los que quieren permanecer fieles á su doctrina y enseñanza?

Jesucristo era *Rey*, y nos trató como á *hermanos*. Jesucristo era *Señor*, y nos trató como á *hijos*. Jesucristo era *Dios*, y nos trató como á *iguales*. *Ya conocéis*—dijo San Pablo,—*la Gracia de Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para que con su pobreza llegarais á ser ricos* (1). Jesucristo, en suma, *se entregó por nosotros á la muerte á fin de rescatarnos de toda iniquidad y tener un pueblo puro y amante de las buenas obras* (2). Ved aquí el Corazón de Jesús, y ved aquí ¡oh superiores! cual debe ser el vuestro; y esto lo encontráis en la Epístola de este día, donde el Príncipe de los Apóstoles nos dice á todos que nuestro divino Salvador se dejó clavar en el madero de la Cruz, *para hacernos morir al pecado y vivir á la justicia. (Ut peccatis mortui, justitiae vivamus.)* (Ver. 24.) Él consintió en que su Cuerpo fuese cubierto de llagas *para curarnos de nuestras heridas.* (*Cujus livore sanati estis.*) (Ver. 24.) *Porque erais*—añade—*como ovejas descarriadas, y Él os ha vuelto al aprisco, haciéndose pastor y Obispo de vuestras almas.* (Ver. 25.)

Luego entendedlo bien, ¡oh superiores! Si os llamáis cristianos y queréis serlo de verdad, es preciso que seáis como *padres* y *hermanos* y *amigos* de vuestros subordinados, es preciso que miréis por sus intereses espirituales y temporales como por los vuestros propios, es preciso que los tratéis con amor, con suavidad y consideración, es preciso que estéis dispuestos á ganar sus almas para Dios, aun á expensas de vuestros bienes, de vuestro reposo, de vuestra salud, y aun si fuese necesario, de vuestra vida. Y no os contentéis con esto, si queréis practicar la caridad en alto grado; sino ofreced además á Dios, para su salvación y la vuestra, todas las penalidades, todos los disgustos y todas las ingratitudes que de ellos recibáis, porque estáis obligados á amarlos con amor de caridad como á prójimos hermanos vuestros, y, por consiguiente, es preciso que aceptéis todos los sinsabores que os proporcionen con espíritu de penitencia y de satisfacción por vuestras propias faltas.

Esto y mucho más diría yo á los ricos y señores del mundo, en particular á los que están llamados por Dios para gobernar las naciones y los pueblos; y si se quejaran de los sufrimientos que tienen que soportar de los mismos súbditos á quienes favorecen, yo añadiría:—Pues qué, ¿tan fieles sois vosotros á Dios, que no cesa un punto de favoreceros? ¿Olvidáis que diariamente estáis

(1) Scitis gratiam Jesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. (II Cor., VIII, 9.)

(2) Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. (Tit., II, 14.)

reincidiendo en pecados á lo menos veniales que os hacen dignos de castigo delante del Señor? ¿No sabéis que lo que llamáis venialidades son males tan horribles delante de Dios que merecen terribilísimos castigos en esta y en la otra vida? ¿No habéis considerado que esos pecados tenidos por leves son en sí mismos un mal mayor que todos los tormentos del infierno, puesto que son mal de culpa contra Dios, en tanto que el infierno es mal de pena que atormenta sólo á los condenados? Si, pues, el Señor en su misericordia os mostrara un medio de romper las cadenas de vuestros pecados y de libraros de las penas que merecen en la otra vida, ¿no sería un gran beneficio para vosotros, que deberíais agradecer en gran manera?

Pues ese medio, no lo dudéis, es sufrir con paciencia el carácter violento, el genio brusco, el ademán tosco, la respuesta irrespetuosa y los otros defectos que tengan ó puedan tener vuestros inferiores, mirándolo todo como ocasiones que la divina Providencia os depara en expiación de vuestras culpas, y como medio para que cuando se presenten tales ocasiones levantéis vuestro corazón á Dios, y le ofrezcáis vuestros combates y la violencia que os hacéis para salir victoriosos.

¡Qué hermoso es, cuando hay fe, padecer algo por amor de Dios, por asemejarnos á Cristo, por acrecentar nuestros méritos y por satisfacer por nuestros pecados! Debemos, pues, todos aprovecharnos de los defectos de nuestros semejantes como de rico tesoro para ejercitarnos en las hermosas virtudes de mansedumbre, moderación y penitencia. ¿Tenemos por ventura nosotros estas disposiciones? Entre, pues, cada uno dentro de sí mismo y examínese de estos tres puntos: 1.° ¿Por qué padezco?—2.° ¿Cómo padezco?—3.° ¿Qué fin me propongo al soportar los padecimientos?.

¡Oh! El padecer, amados míos, es preciso; todos nos mortificamos los unos á los otros, muchas veces sin querer, no pocas por exceso de cariño, y conllevarnos es de necesidad.

Puesto que los sufrimientos son inevitables, saber sufrir es grande ciencia. El que sufre con desesperación acrecienta los padecimientos, se priva de grandes méritos, ofende á Dios y no le faltará castigo. Por el contrario, quien sufre cristianamente, á lo menos con resignación, satisface por las culpas pasadas, aminora sus penas presentes, adquiere gran caudal de merecimientos para lo futuro y obtendrá grande premio.

Suframos, pues, con estas disposiciones; propongámonos estos fines y unamos nuestros padecimientos á los de Cristo nuestro

Señor. Si somos culpables, porque lo merecemos; si somos inocentes, para cuando lo merezcamos, y siempre mirando á nuestro divino Salvador, Cordero inocentísimo, manso y humilde, que padeció por nosotros *para darnos ejemplo y para que sigamos sus pisadas.*

Si así lo hacemos, nuestros padecimientos se tornarán en tesoro riquísimo para nuestras almas; el Señor en premio dará paz á nuestros corazones aquí en la tierra, y después de esta breve peregrinación de dolores, nos galardonará eternamente con las inefables delicias de la gloria. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo tercero después de Pascua.

Sobre la obediencia á las potestades legítimas.

AMADOS hermanos míos: El Príncipe de los Apóstoles, después de haber amonestado á los cristianos á que sean en su trato sencillos como niños sin malicia, les exhorta á obedecer á los superiores y á sufrir con paciencia constantemente, á imitación de Cristo, los trabajos y aflicciones de la vida. *Vosotros*—les dice—*sois linaje escogido, sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición para que publiquéis las grandezas de Aquel, que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz.* Y después de este exordio admirable comienza con las palabras de la Epístola de hoy, diciendo:

Ruégoos, hermanos carísimos, como á extranjeros y peregrinos (en este mundo) *que os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el alma... Someteos, pues, á toda humana criatura por amor de Dios; ya sea al Rey como Soberano, ya á los Gobernadores como enviados por el mismo Rey para castigar á los que obren mal y para alabar á los que se porten bien.* (I Petr., II, 11, 13 y 14.)

No podemos, amados míos, pasar adelante en esta Epístola, sin dejar antes deslindadas las ideas contenidas en las palabras que

acabo de enunciaros, porque es de suma trascendencia en los tiempos presentes determinar bien el concepto propio de la autoridad, puesto que el espíritu moderno tiende á sacudir todo yugo, es decir, toda obediencia, divina y humana. Toda labor en este punto nos parece pequeña, y por eso intento mostraros hoy con nuestra Epístola, los dos conceptos siguientes:

1.° Necesidad de la obediencia á los superiores legítimos.
2.° Las limitaciones de esta obediencia.

PUNTO 1.°

QUE ES PRECISO OBEDECER Á LAS POTESTADES LEGÍTIMAS

Admiración y espanto, amados míos, causa ver cómo los hombres de nuestros tiempos se afanan por la adquisición de bienes terrenos olvidándose casi por completo de los espirituales y celestes. Imagínanse, sin duda, que han nacido para gozar y deleitarse en las criaturas en esta vida, cual si no hubiese después otra más estimable y duradera; y á fin de que los cristianos jamás caigan en semejante desatino levanta su voz la Iglesia en este día, y por boca de San Pedro nos dice en la Epístola: *Ruégoos, muy amados míos, como á extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el alma.* (Ver. 11.) Es decir, «ruégoos que os consideréis en este mundo como peregrinos que vais de paso para vuestra patria celestial, donde os aguardan bienes mayores, mejores gozos y felicidad eterna; ruégoos que os abstengáis de los apetitos desordenados que combaten contra vuestro espíritu».

Y como quiera que entre dichos apetitos es el más funesto el deseo de independencia revelándose contra la autoridad legítima, por eso el Príncipe de los Apóstoles añade á continuación: *Someteos, pues, á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al Rey como Soberano, y á los Gobernadores, como enviados por el mismo Rey para castigar á los que obren mal y para alabar á los que se porten bien.* (Vers. 13 y 14.) Detengámonos aquí, amados míos, porque el asunto es de suyo importantísimo y no conviene pasarle de corrida.

Primeramente encárganos San Pedro que *nos sometamos á toda humana criatura* lo cual ha de entenderse, no ya que vivamos dependientes de todo el que quiera mandarnos, sino que hemos de obedecer á todos los que se encuentren revestidos de autoridad

legítima respecto de nosotros, ya sean buenos ó malos cristianos, y ya manden con dulzura ó con acritud; pues desde el momento en que son instituídos superiores nuestros les debemos obediencia en todo lo que competa á su jurisdicción y no sea contrario á la Ley de Dios ó de la Iglesia.

Y añade el sagrado texto que esta obediencia cristiana ha de ser, no por ellos, sino *por Dios* (*propter Deum*); es decir, porque Dios así lo quiere, porque esa es la doctrina de la Iglesia, porque es un *deber de conciencia*, que ningún cristiano puede eludir; y por consiguiente, la sumisión á las autoridades legítimas ha de ser interior y eficaz, y llena de respeto, fidelidad y amor. *Así*—dice San Pedro—*se ha de obedecer al Rey como Soberano y á los Gobernadores como enviados por el mismo Rey.* (Ver. 14.) *Toda alma* (es decir, todo fiel cristiano) *ha de estar*—dijo San Pablo—*sometida á las potestades superiores.* (Rom., XIII, 1.) Por tanto, es cuestión fuera de duda que á nosotros los cristianos nos obliga *en conciencia* obedecer á los Príncipes y autoridades públicas, eclesiásticas ó civiles, en todo aquello que no se oponga á los Mandamientos de Dios. ¡Oh, si los gobernantes entendieran esta verdad, cómo procurarían que todo el mundo fuera cristiano para que nadie osara revelarse contra ellos!

Mas ¿por qué esta sumisión tan apretada y esta obediencia tan absoluta? Oigamos al gran Doctor de las gentes, que responde de esta manera: *Porque toda potestad trae su origen de Dios, y las que son, por Dios son ordenadas.* (*Quae sunt, a Deo ordinatae sunt.*) Es decir, que Dios ha establecido este orden en el mundo y es preciso observarle.

Dios ha establecido, no sólo la potestad en general, sino también las varias especies de potestades: unas superiores, otras inferiores, pero todas ordenadas por Él, ya *inmediatamente* como la potestad eclesiástica, ya *mediatamente*, como la generalidad de las potestades seculares.

Dios ha establecido que las potestades legítimas, aunque abusen de su autoridad, no por eso pierdan su origen divino, y que por lo mismo los súbditos se hallen obligados en conciencia á obedecerlos en lo que manden dentro de los límites de su jurisdicción y no se oponga á la Ley de Dios.

Dios ha establecido que los hombres, revestidos de legítima autoridad, sean en el mundo ministros y vicegerentes suyos, y que por lo mismo les sean prestadas obediencia y reverencia como á vicarios de Dios.

Dios ha establecido que los que resistan á las potestades legítimas, sean considerados como si resistiesen al mismo Dios, á quien representan, y que por su desacato, si fuere en cosa grave, sean reos de eterna condenación.

Dios ha establecido que dichas potestades puedan con verdadero derecho castigar á los súbditos culpables, ó premiarlos según merezcan, inspirándose siempre en la equidad y la justicia; porque según la institución divina, los Príncipes y los magistrados son para conservar el buen orden en las sociedades humanas, premiando á los buenos y castigando á los malos.

Dios ha establecido que *se pague á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra;* y por consiguiente que á los Príncipes, aunque sean injustos y nos persigan, les debemos respeto, honra y veneración; porque lo que veneramos y respetamos en ellos no es su persona en sí misma, sino la autoridad de que se hallan revestidos, como ministros de Dios.

Tal es el concepto que los cristianos hemos de formar de las autoridades legítimamente constituídas. Las sagradas Escrituras y la Iglesia, nuestra Madre, enseñan que todas las potestades legítimas, aun las meramente civiles, vienen de Dios, y por consiguiente, que obliga en conciencia obedecerlas *por derecho divino.*

Mas ¿se ha de entender esta obediencia en sentido tan absoluto y estricto, que jamás, ni en ninguna ocasión sea permitido desobedecer ó resistir á dichas legítimas potestades? Ved aquí una materia delicadísima y peligrosa, en la que yo no habré de hacer sino meras indicaciones, cuanto basten para ilustrar vuestras conciencias y que jamás erréis.

PUNTO 2.°

LÍMITES DE LA OBEDIENCIA Á LAS POTESTADES LEGÍTIMAS

No hablaré yo aquí, amados míos, de la obediencia debida á la Iglesia de Jesucristo, pues siendo infalible en materia de fe y de costumbres, y hallándose asistida por el Espíritu Santo, jamás puede mandar lo injusto, por lo cual *siempre y en todo caso obliga en conciencia á obedecerla,* en todo cuanto caiga dentro de su jurisdicción bajo pena de pecado mortal ó venial, según la materia. Me concreto, pues, á las potestades meramente civiles, y de ellas digo que *hay casos en los cuales no se puede ó no obliga obedecerlas:* 1.° *Cuando manden cosas intrínsecamente malas.* Esto no se puede hacer.

—2.° *Cuando manden en materia que no esté en el círculo de sus facultades.* Esto no obliga.

Oigamos sobre este punto la voz augusta de nuestro santísimo Padre León XIII, en su hermosa Encíclica *Sobre los deberes principales de los cristianos*; dice así: «Si queremos sentir rectamente del amor *sobrenatural* á la Iglesia y el que *naturalmente* se debe á la Patria, diremos que son dos amores procedentes del mismo eterno principio, puesto que de entrambos es causa y autor el mismo Dios; de donde se sigue que no puede haber oposición entre los dos. Podemos tener amor á la patria y á la autoridad que la gobierna y al mismo tiempo honrar á la Iglesia como á Madre, y con todo el afecto de nuestro corazón amar á Dios. Sin embargo, ó por la desdicha de los tiempos, ó por la voluntad menos recta de los hombres, alguna vez el orden de estos deberes se trastorna. Porque se ofrecen circunstancias en las cuales parece que una manera de obrar exige de los ciudadanos el Estado, y otra contraria la Religión cristiana; lo cual ciertamente proviene de que los que gobiernan á los pueblos, ó no tienen en cuenta para nada la autoridad sagrada de la Iglesia, ó pretenden que ésta les sea subordinada. De aquí nace la lucha, y el poner á la virtud á prueba en el combate. Una y otra autoridad apremian, mas como quiera que mandan cosas contrarias, es imposible obedecer á las dos. *Nadie puede servir al mismo tiempo á dos señores* (Matth., VI, 24), y así, es menester faltar á la una si se ha de cumplir lo que la otra ordena. ¿Cuál ha de llevar la preferencia? Para nadie es dudoso. Es impiedad dejar el servicio de Dios por agradar á los hombres; es ilícito quebrantar las leyes de Jesucristo por obedecer á los magistrados, ó so color de conservar un derecho civil, infringir los derechos de la Iglesia. *Conviene obedecer á Dios antes que á los hombres.* (Act. Apost., V, 29.) Todo debe arrostrarse y preferir hasta la muerte, antes que desertar de la causa de Dios y de la Iglesia...

Sagrado es para los cristianos el nombre del poder público, en el cual, aun cuando sea indigno el que lo ejerza, reconocen cierta imagen y representación de la Majestad divina; justa es y obligatoria la reverencia á las leyes, no por la fuerza ó amenazas, sino por la persuasión de que se cumple con un deber, *porque el Señor nos ha dado espíritu de temor* (II Timot., I, 7); pero si las leyes de los Estados están en abierta oposición con el derecho divino, si se ofende con ellas á la Iglesia, ó contradicen á los deberes religiosos, ó violan la autoridad de Jesucristo en el Pontífice Supremo, entonces *la resistencia es un deber, la obediencia un*

crimen... Las leyes hechas con ofensa de Dios son injustas y no son verdaderas leyes.»

De esta manera, hermanos míos, se expresa el Vicario de Jesucristo en la tierra, y de ella surgen, por la fuerza misma de la lógica, las proposiciones antes indicadas, á saber:

1.ª Que *de ningún modo se ha de obedecer* á las potestades civiles cuando manden cosas contrarias á la Ley divina, ó á los preceptos de la Iglesia, ó á la autoridad suprema de Cristo nuestro Señor, representada en el Sumo Pontífice.

2.ª Que cuando las leyes son injustas *no obligan en el fuero de la conciencia*; es más, no deben ser obedecidas á no ser por evitar escándalo ó para no acarrear mayores males.

3.ª Que dichas leyes injustas *podrán ser obligatorias en ciertos casos* por evitar males mayores; pero no por un deber que de ellas emane, sino por no desoir los consejos de la prudencia.

4.ª Que las leyes son injustas, según el común sentir de los teólogos, por uno cualquiera de los motivos siguientes: cuando son contrarias al bien común; cuando no se dirigen á este bien; cuando el legislador excede sus facultades; cuando, aunque dirigidas al bien común y emanadas de la autoridad competente, no entrañen la debida equidad.

Ahora bien; ¿cómo es posible que esta doctrina sacrosanta, única salvadora de los pueblos, sea admitida por el *derecho moderno racionalista,* que proclama á la razón humana *como ley única para sí misma* (*Syllab.*, prop. 3) y que rechaza el orden sobrenatural, y á Jesucristo y á su Iglesia, pretendiendo que los Estados deben dirigirse y gobernarse con entera y absoluta independencia? Ved aquí por qué la impiedad contemporánea declara la guerra á Cristo nuestro Señor y á su Esposa inmaculada la Iglesia católica; ved aquí por qué desea y afirma que *el Romano Pontífice debe reconciliarse con el progreso y la civilización moderna* (*Syllabus*); ved aquí por qué rechaza y abomina *el reinado social de nuestro Señor Jesucristo.*

Bueno será, pues, antes de concluir, indicaros al menos el absoluto y pleno dominio que Jesucristo, *Hijo de Dios*, tiene sobre todo cuanto existe, ya en los individuos, ya en las familias, ya en los Estados, ya en las sociedades todas del universo.

Jesucristo, *Enviado de Dios,* y Dios como el Padre, Rey y Señor de cuanto tiene ser, es Rey de Reyes, Jefe Supremo de todos los Estados, con derecho pleno á reinar en toda tribu, en toda lengua y en toda nación. (Apoc., V, 9.)

Jesucristo tiene derecho á reinar en las instituciones públicas lo mismo que en las sociedades privadas, tiene derecho á dejar oír su augusta voz lo mismo en el santuario de las leyes que en los templos y en los centros de enseñanza, tiene derecho á prescribir leyes lo mismo en el hogar doméstico que individualmente en lo íntimo de nuestros corazones. *Es menester que Cristo reine*—dijo San Pablo,—*porque Dios Padre sujetó á su dominio todas las cosas. (Omnia subjecit sub pedibus ejus.)* (I Cor., XV, 25 y 26.)

Es verdad que Jesucristo dejó á los Príncipes de la tierra el poder de gobernar los pueblos temporalmente, pero se reservó para sí el *imperio espiritual* en las conciencias humanas, y prohibe á las potestades seculares todo cuanto pueda ser obstáculo á la eterna salvación de los hombres. Quiere que los Príncipes manden en los pueblos, pero no independientes, legislando á su capricho y según sus pasiones, sino con arreglo al Código eterno de la Ley de Dios y á las prescripciones suaves y amorosas de su Ley evangélica.

Esto quiere y manda Jesucristo Rey, y estos son los derechos que transmite íntegros á la Iglesia católica, de la cual es Cabeza. La Iglesia, por lo tanto, como *órgano* visible de Jesucristo invisible, participa de los mismos derechos, honores y preeminencias que su divino Fundador.

La Iglesia, *Cuerpo místico* de Jesucristo y como continuación del mismo Cristo en la tierra, ejerce en su nombre la autoridad suprema sobre las almas, y, por consiguiente, goza de pleno derecho para enseñar y regir las humanas muchedumbres en todo cuanto concierne ó se relaciona con su eterna salud.

La Iglesia, por último, *es una verdadera y perfecta sociedad completamente libre, goza de sus propios y constantes derechos que le confirió el mismo Cristo, sin que pueda ningún poder de la tierra limitar sus derechos, ni marcar los límites dentro de los cuales deba ejercerlos.* (*Syllab.*, prop. 19.)

Tales son, carísimos hermanos, el origen y los derechos que tiene Jesucristo á reinar en todas las humanas sociedades como Enviado de Dios, y tales son los que posee la Iglesia nuestra Madre como enviada de Cristo.

La Iglesia quiere y manda, como nos propone en la Epístola de este día, *que nos sometamos humildemente á todos los superiores por amor de Dios, ya al Rey como Soberano, ya á los Gobernadores como enviados por el mismo Rey;* quiere que nuestra sumisión y obediencia no sea únicamente por temor mundano, sino *por conciencia*,

porque Dios lo manda, porque toda potestad legítima viene de Dios; quiere que obedezcamos y reverenciemos á todos cuantos ejerzan autoridad eclesiástica ó civil, aun suponiendo que sean indignos y abusen frecuentemente de ella; pero también quiere que se resista y no se obedezca cuando los superiores manden cosas contrarias á los Mandamientos divinos, porque *se ha de obedecer á Dios primero que á los hombres*, é igualmente puede desobedecerse cuando manden algo que exceda el círculo de sus facultades, si bien algunas veces por prudencia convendrá y aun obligará obedecer las leyes injustas. Esta es la síntesis de la doctrina católica.

En suma, amados míos: Cristo nuestro Señor es el Rey absoluto de nuestros corazones, la Iglesia nuestra Madre es el órgano por donde nos habla Cristo, y nosotros, obedeciendo en todo á la Iglesia, podemos estar seguros de que hacemos la voluntad de Dios en la tierra, y que, después del tránsito de esta vida, gozaremos de su divina presencia en el cielo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo tercero después de Pascua.

Sobre el modo de conducirnos en sociedad.

AMADOS hermanos míos: El capítulo II de la Epístola de San Pedro, de donde está tomada la Epístola de este día, es un bello resumen de las obligaciones del cristiano, muy en especial en lo que concierne á la obediencia y veneración debida á los superiores legítimos, aunque estos fueren injustos, indignos y de recia condición, porque al fin siempre representan á Dios nuestro Señor, de quien han recibido la potestad y en cuyo nombre mandan.

Bien penetrado de esta verdad el Príncipe de los Apóstoles, después de haber exhortado á los cristianos á la más perfecta obediencia, expone la razón diciendo en nuestra Epístola: *Porque así es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer á la*

ignorancia de los hombres imprudentes. Sois libres, mas no para serviros de vuestra libertad como de un velo que cubra vuestra malicia, sino para obrar como siervos de Dios. Tributad á todos el honor que les es debido; amad á vuestros hermanos, temed á Dios, respetad al Rey. Siervos, estad sumisos á vuestros señores, con el mayor respeto, no solamente á los que sean buenos y moderados, sino también á los de recia condición; porque esto es agradable á Dios en Jesucristo nuestro Señor. (I Petr., II, 15 al 19.)

Tres cosas, amados míos nos señala principalmente San Pedro en las palabras dichas:

1.ª Que todos debemos obrar bien.
2.ª Que no hemos de abusar de nuestra libertad.
3.ª Que hemos de dar á cada cual lo que le corresponda.

Deciros dos palabras sobre cada uno de estos puntos es lo que ahora me propongo, y no dudo que habréis de oirme con atención y provecho.

PUNTO 1.º

NUESTRAS OBRAS HAN DE SER SIEMPRE BUENAS

Una sola cosa es necesaria, amados míos: conocer á Dios, servirle, amarle, hacer su divina voluntad y salvar nuestra alma; como si dijéramos:—Sólo es preciso *obedecer á Dios en sí mismo, y á los superiores que nos rigen y gobiernan, por amor de Dios;* porque hacen sus veces y le representan. El que esto hace, lo hace todo y no puede errar en el camino de su salvación. Así lo indica San Pedro en la Epístola de este día, diciendo: *Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes.* (Ver. 15.)

Declara el Apóstol que hay hombres *imprudentes é ignorantes,* y esto es evidente, hoy, tal vez más que nunca, porque vemos multiplicarse por todas partes los falsos doctores, que intentan regenerar la sociedad, declarando la guerra á Jesucristo y á su Iglesia, que es la mayor de las insensateces imaginables. Tachan á los cristianos de gente ilusa y fanática, lo mismo que en tiempo de San Pedro, y por eso conviene recordar las palabras de la Epístola, á saber: *Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes.*

Obrar bien, amados míos; esto es lo primero que hemos de procurar; obedeciendo á los superiores legítimos, aunque sean malos, en todo lo que no contradiga á la Ley de Dios y de la Iglesia. Quiere el Príncipe de los Apóstoles, que así, mostrándonos á todos y en todo irreprensibles, confundamos á los que juzgan y hablan mal de nosotros, para que conozcan la santidad que pide nuestra profesión de cristianos, y que somos los más fieles vasallos de la Potestad civil.

Obrar bien es en nosotros una apremiante é imprescindible necesidad, pues así nos lo dejó encargado nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo: *De tal suerte ha de brillar vuestra luz delante de los hombres; para que vean vuestras obras buenas, y den gloria á vuestro Padre celestial.* (Matth., V, 16.) Es decir, que hemos de obrar siempre lo bueno, no por vanidad, sino para dar buen ejemplo á nuestros semejantes, y que en ello sea glorificado el Eterno Padre.

Obrar bien, perseverando en ello y acrecentando las acciones virtuosas, es como la esencia del cristianismo, y por eso hemos de tener todos en la memoria aquellas expresiones del Apóstol: *Hermanos míos, estad firmes y constantes, creciendo siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en la presencia divina.* (I Cor., XV, 58.)

Obrar bien y con prontitud, sin dejarlo para mañana, es labor indispensable y diaria de todo buen cristiano, pues ya dijo nuestro Señor Jesucristo: *Andad, mientras que tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas. Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y metido en el fuego. No todo el que me dice: «Señor, Señor», entrará en el Reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial* (1).

Obrar bien, en suma, es lo que á todos nos interesa; porque es palabra divina que *cada cual recibirá según sus obras, y que seremos retribuídos según las obras de nuestras manos.* (*Redet unicuique secundum opera ejus.*) (Rom., II, 6, y Prov., XII, 14.)

Ved aquí por qué el Príncipe de los Apóstoles dice expresamente en nuestra Epístola: *Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer á la ignorancia de los hombres imprudentes.* (Ver. 15.)

Y en verdad, carísimos hermanos, no hay medio mejor de con-

(1) **Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebrae comprehendant. (Joann., XII, 35.)—Omnis arbor, quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. Non omnis, qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum coelorum, sed qui facit voluntatis Patris mei, qui in coelis est. (Matth., VII, 19-20.)**

fundir á la impiedad que mostrándole nuestras buenas obras. Las obras virtuosas tienen una elocuencia particular, aunque calle la lengua, y por eso dice el antiguo proverbio: *Obras son amores.* «Dios, nuestro Señor—dijo San Gregorio Niceno,—dió al hombre las manos para que hable mejor; no precisamente para que accione con ellas, sino para que obre lo bueno en conformidad con las palabras de sus labios.» (Lib. *de Opif. Mundi.*)

Mas como quiera que no basta hacer lo bueno, sino hacerlo cuando convenga y como convenga, por eso el glorioso San Pedro añade á continuación: *Sois libres, más no para serviros de vuestra libertad como de un velo que cubra vuestra malicia, sino para obrar como siervos de Dios.* (*Sicut servi Dei.*) (Ver. 16.)

Ahora bien; ¿cómo deben obrar siempre los siervos de Dios? Esto es lo que interesa considerar.

PUNTO 2.°

QUE EL HOMBRE NO HA DE ABUSAR DE SU LIBERTAD

El hombre, amados míos, recibió de Dios el don precioso de la libertad de obrar, no para que abuse de él tornándole en libertinaje, ni para cubrir hipócrita sus fines pésimos, sino para servir á Dios con rectitud de intención y obrar con arreglo á sus divinos Mandamientos. El mundo loco se olvida de ordinario de este fin principalísimo, y, como dijo Isaías, se ocupa muchas veces en cosas vanas, cuando no inicuas y solo consigue con eso *tejer telas de araña.* (*Telas araneae texuerunt.*) (Isa., LIX, 5.)

«Tejer telas de araña—dijo San Gregorio (*Moral.* lib. XV, capítulo IX)—es hacer cualquier cosa bajo el imperio de las codicias terrenas; consigue el hombre tal vez su objeto, más el viento de la vida mortal no tarda en destruir estas obras, que carecen de verdadera solidez. Hállase el mundo en continuo movimiento; sus hijos van y vienen, suben y bajan; corren en pos de múltiples ilusiones; construyen y derriban, amontonan proyectos sobre proyectos, y en medio de tantas agitaciones y afanes sin medida, poco ó nada se acuerdan de Dios, olvidan el negocio del alma y, tal vez cuando están en el colmo de sus ilusiones, viene la muerte y todo desaparece para ellos. ¡Infelices! *Tejieron telas de araña.* (*Telas araneae texuerunt.*)»

Los cristianos, amados míos, no hemos de ser así. Sabemos que *el Dios de las maravillas es nuestro Dios, ahora y en todos los siglos de*

los siglos (1); sabemos que hemos sido criados para servirle en esta vida y gozarle en la otra; sabemos que no conocer á Dios *es morir;* que conocerle *es vivir;* que despreciarle *es perecer*, y que servirle *es reinar* (2); sabemos que sirviéndole andamos en verdad, que la verdad nos hace libres, y que esta libertad nos preserva de todo cuanto pudiera dañarnos; sabemos que de esclavos de las codicias mundanas pasamos á gozar de la libertad de los hijos de Dios, y con esta santa libertad obramos lo bueno, lo santo, lo meritorio, reinamos en nuestras pasiones, y, como hoy nos dice la Epístola, *somos libres para obrar como siervos de Dios*, ó lo que es lo mismo, como servidores de la divina caridad.

Pues bien; sentadas estas verdades, yo os digo: No basta que nos decidamos á obrar lo bueno, sino que es preciso obrarlo con prudencia. «El hombre espiritual—dijo San Bernardo—no hace cosa alguna sin que preceda una triple consideración. Primero, *si es lícito;* segundo, *si es conveniente;* tercero, *si debe realizarlo;* pues aunque sabemos por la cristiana filosofía que lo que no es lícito, no es conveniente, ni debe realizarse, sin embargo, hay casos en los que aun siendo conveniente, y lícita una cosa, es mejor abstenerse de llevarla á cabo, por evitar algún grave mal.»

«Tres son—dicen los ascetas—las condiciones requeridas para toda buena obra meritoria, á saber: en cuanto á *la substancia*, que sea cosa buena, ó al menos indiferente; en cuanto *al modo*, que sea hecha con la debida diligencia y demás circunstancias; y en cuanto *al fin*, que sea por motivos sobrenaturales.» Todo lo cual expresan diciendo: *Hacer lo que Dios quiere; del modo que Dios quiere, y porque Dios lo quiere* (3). Aquí está todo, amados míos, y no hace falta más que entenderlo y realizarlo.

La *substancia* de la obra, quiere decir que aquello que se hace sea en sí mismo bueno, en nada opuesto á los divinos Mandamientos, ó lo que es igual, que sea agradable á Dios y conforme con su divina voluntad. ¿Qué importa al hombre todo lo del mundo, si no agrada á Dios con sus obras ni hace su divino querer? Para no errar en este punto tenemos tres pedagogos: Dios en el cielo, el superior en la tierra, la razón en la cabeza. Dios, que nos habla por su Iglesia; el superior, que nos habla en nombre de Dios, á

(1) Hic est Deus, Deus noster in aeternum, et in seculum seculi. (Psalm. XLVII, 15.)

(2) Deus, quem nescire, mori est; quem nosse, vivere est; quem spernere, perire est; cui servire, regnare est. (San Agust., *De coelesti vita.*)

(3) Omne tulit punctum, patitur qui semper, agitque,
Quae vult, quove modo vult Deus, et quia vult.

quien representa; la razón que, ilustrada por la fe, informa nuestra conciencia. Si el hombre obedece á Dios, y á su Iglesia, y á su superior y á su recta razón, ¿cómo es posible que se extravíe?

Respecto del *modo* de hacer las obras buenas, claramente le indicó el Apóstol cuando dijo: *Estad, hermanos míos, firmes y constantes, creciendo siempre en la obra del Señor. (Abundantes in opere Domini semper.)* (I Cor., XV, 58.) Es decir, que nos hemos de esmerar en hacer las obras buenas diarias, con la mayor constancia y perfección posible. Si al servir á los señores del mundo, encarga el mismo Apóstol que lo hagamos, no con fingida sumisión para que nos recompensen, sino con buena voluntad, y de todo corazón, como quien sirve á Dios en ellos (Ephes., VI, 6), ¿cuánto más nos habremos de esmerar en el servicio del Señor, realizando nuestras obras del modo más perfecto? Así nos lo encarga el Espíritu Santo por estas palabras: *En todas tus obras muéstrate excelente. (In omnibus operibus tuis praecellens esto.*—Ecclesiástico, XXXIII, 23.)

Finalmente, nuestras obras buenas han de ser hechas *por agradar á Dios,* ó sea con recta y pura intención, lo cual no es difícil en quien verdaderamente ama al Señor, pues el mismo amor le hará no pensar en otra cosa, ni tener otro fin que agradar al Amado. No hay obra más agradable á Dios que la hecha, no por nuestro interés, no por nuestra complacencia, ni por nuestro honor, sino únicamente por causa de su gloria.

Ved aquí, amados míos, lo que el glorioso San Pedro nos dice en la Epístola de hoy, por las siguientes palabras: *Hermanos, sois libres, mas no para serviros de vuestra libertad como de un velo que cubra vuestra malicia, sino para obrar como siervos de Dios.* (Ver. 16.)

PUNTO 3.º

QUE HEMOS DE DAR Á CADA CUAL LO QUE LE CORRESPONDA

Por último, el Príncipe de los Apóstoles, queriendo formar un como resumen de todas las obligaciones del cristiano para que las conservemos siempre en la memoria, concluye nuestra Epístode esta manera: *Hermanos, honrad á todos, amad á vuestros hermanos, temed á Dios, respetad al Rey. Siervos, estad sumisos á vuestros señores con el mayor respeto, no solamente á los que sean buenos y moderados, sino también á los de recia condición: porque esto es agradable á Dios en Jesucristo, Señor nuestro.* (Vers. 17 y 18.)

¡Cuánto quisiera, carísimos hermanos, comenzar ahora esta instrucción para poder extenderme en explanar estas ideas! Todas ellas son admirables y de sumo interés práctico. Cuando San Pedro dice: *Honrad á todos* (*omnes honorate*), es como si dijera: —Es preciso, hermanos, no sólo que os mostréis afables y cariñosos con todos vuestros semejantes en el trato social, sino que les habéis de prodigar *cierto honor*; esto es, cierta reverencia exterior, porque en verdad todo hombre la merece, aunque no sea más que atendiendo á los dones que en sí tenga recibidos de Dios. Aun el hombre más pobre y que parezca más despreciable, lleva siempre en sí mismo *la imagen de Dios*, su Creador; que por eso sin duda, hubo de encargarnos San Pablo: *Amaos recíprocamente como hermanos, adelantándoos para honraros los unos á los otros*. (*Honorem invicem praevenientes.*) (Rom., XII, 10.) ¡Oh! ¡Si tuvieran esto presente los hombres orgullosos del mundo! ¿Cómo era posible que despreciaran á ninguno de los pequeñuelos?

Ved aquí por qué añade á continuación San Pedro: *Amad á vuestros hermanos*. (*Fraternitatem diligite.*) Como diciendo:—El amor mutuo entre los hombres;—eso es lo esencial, no amor superficial y de fingimiento ó conveniencia como se acostumbra entre los mundanos, sino amor verdadero, amor de caridad, amor sobrenatural, amor por amor de Dios, amor operativo, que se manifieste en obras benéficas para con el prójimo, según aquella amonestación de San Pablo: *Hermanos, no queráis errar, porque Dios no puede ser engañado. Aquello que el hombre sembrare, eso también segará.* (Es decir, que cada cual será recompensado ó castigado á proporción del bien ó del mal que hubiere hecho.) *No nos cansemos de hacer el bien, y así, ahora, que tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y principalmente á los que tienen la misma fe que nosotros* (1); porque pertenecemos á una misma familia, como hijos del mismo Padre celestial, y á una misma casa, que es la Iglesia inmaculada de nuestro Señor Jesucristo. (*Fraternitatem diligite.*)

Y como si lo dicho no fuera ya sublime y grandioso, añade el Príncipe de los Apóstoles: *Temed á Dios; dad honra al Rey.* (*Deum timete: Regem honorificate.*) Temed á Dios; porque eso es *el principio de la sabiduría*, porque *el que teme á Dios nada descuida*, porque temer á Dios y guardar sus Mandamientos *eso es ser hombre*, y porque el que teme al Señor *será bendecido en la hora de su muer-*

(1) **Dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, maxime ad domesticos fidei. (Gal., VI, 10.)**

te. ¡Bienaventurado el varón que teme al Señor!... Gloria y riquezas encontrará en su casa (1). (*Gloria et divitiae in domo ejus.*)

Dad honra al Rey; es decir, á todo el que mande ó gobierne las naciones, porque *toda potestad viene de Dios*, y hay que obedecerle y honorificarle, aunque por otra parte sea indigno y díscolo.

Por último, concluye San Pedro nuestra Epístola encargando á todos los súbditos que *obedezcan á sus superiores con todo respeto, no tan solamente á los buenos y moderados, sino á los de recia condición,* y expone la causa diciendo: *Porque eso es agradable á Dios en Jesucristo nuestro Señor.* (Ver. 19.)

Y yo también, amados míos, concluyo esta breve y sencilla explicación, diciéndoos con el mismo Apóstol: «Es preciso que todos obremos bien, para dar gloria á Dios y que se confundan nuestros enemigos. (Ver. 15) Es preciso que nunca abusemos de nuestra libertad convirtiéndola en libertinaje. (Ver. 16.) es preciso que honorifiquemos á todos los hombres, y vivamos sometidos á nuestros legítimos superiores; porque esa es la voluntad de Dios, y Él que ve nuestros corazones, nos compensará dándonos ciento por uno en esta vida y después la gloria eterna en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el Domingo cuarto después de Pascua.

De la palabra de Dios.



AMADOS hermanos míos: El Apóstol Santiago, después de haber mostrado, contra los herejes de su tiempo, que el origen del mal no viene de Dios infinitamente santo, sino que procede de nosotros mismos, mediante la concupiscencia por el consentimiento de nuestra voluntad, siendo ésta la única que puede dañarnos en el espíritu (2), pasa á indicar la fuente de todo bien, que es Dios, y se expresa de esta manera:

---

(1) Eccles., VII, 19.—Eccles., XII, 13.—Eccles., V, 13.—Psalm. CXI, 1.

(2) Concupiscentia cum conceperit, parit peccatum; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. (Jacob, I, 15.) Es decir, que el hombre es solicitado

Hermanos, toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza, ni sombra de variación. Porque voluntariamente nos engendró por palabra de verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas. (Jacob, I, 17 y 18.)

Quieren decir, amados míos, estas palabras del Apóstol Santiago que todos los bienes que nosotros poseemos, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, vienen de Dios, quien los obra *por su palabra (por su Verbo)*, y por consiguiente, que dicho Verbo ó palabra, debe ser recibido por nosotros con fe, con gozo, con agradecimiento y amor. ¿Qué es lo que en este punto hacemos nosotros? ¿Cómo recibimos la Palabra divina? Bueno será que lo consideremos un momento, y al efecto intento explicaros hoy dos cosas:

1.ª La naturaleza y excelencia de la palabra divina.
2.ª Las disposiciones para oirla fructuosamente.

PUNTO 1.º

NATURALEZA Y ESENCIA DE LA PALABRA DE DIOS

Por palabra divina, generalmente hablando, se entiende *todo lo que Dios habla*, y en este sentido comprende también al *Verbo increado,* porque la expresión *Verbo* significa *Palabra* (1). Aquí nos referimos sólo á la palabra de Dios creada *(Verbum creatum)*, y os digo que es *todo lo que Dios habla á los hombres en el tiempo*, ya lo haga por los ángeles y Profetas, ya por nuestro Señor Jesucristo (2), ya por las sagradas Escrituras, ya por la Tradición apostólica ó eclesiástica (3), ya por los sacerdotes encargados de

---

al mal por su propia concupiscencia. Si su voluntad resiste á esta primera sugestión, no hay pecado alguno, antes bien habrá mérito; pero si se detiene algo por no ser vigilante y pronto en sacudir la sugestión, hay consentimiento imperfecto y es como concebir el pecado. Si el consentimiento es cumplido y perfecto, se incurre en el pecado y en la muerte del alma (tratándose de cosa grave) y esto es como dar á luz el pecado; y si después de este consentimiento interior llega á consumarse por la acción exterior, se precipita el hombre más y más en la muerte del alma. (Así San Agustín, según la nota del Padre Scio.)

(1) De esta *Palabra increada*, que es la misma eterna Sabiduría de Dios, ó sea su Hijo Unigénito, dijo San Juan: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.* (Joann., I, 1.)

(2 Multifariam multisque modis olim loquens Deus Patribus in Prophetis; novissime diebus istis locutus est nobis in Filio. (Hebr., I, 1.)

(3) Tenete traditiones, quas accepistis, sive per sermonem, sive per epistolam. (II Thessal., II, 15.)

predicar el Evangelio á toda criatura; pues todos estos medios y otros innumerables tiene el Señor para hablarnos, si no queremos ser sordos.

Dios, pues, habla al hombre, y su Palabra divina encierra toda verdad y es de todo punto infalible. ¿Y cómo no, siendo Dios la misma Verdad y teniendo horror á toda mentira? ¡Oh Palabra de Dios! ¡Cuán grande y majestuosa eres! ¡Cuánta veracidad y autoridad contienes! ¡Cuánto respeto impones! Es la voz de Dios: *Vox Domini.* (Act. Apost., XXVIII, 25.)

La Palabra de Dios, carísimos hermanos, es la verdad purísima, sin mezcla de error alguno, y subsiste no un día, ni un año, ni un siglo, sino siempre, pues está escrito que *la verdad del Señor permanece eternamente.* (*Veritas Domini manet in aeternum.*) (Psalm. CXVI, 2.) *El cielo y la tierra*—dijo Jesucristo—*pasarán, pero mis palabras no pasarán* (1).

Pues bien; esta palabra divina, que consta en el santo Evangelio, que custodia fidelísimamente la santa Iglesia, y que el Señor nos manda á los sacerdotes que la enseñemos al pueblo fiel, es en sí misma veneranda, y de excelencia sobrehumana. Nosotros los operarios del Evangelio tenemos obligación de hablaros en nombre de Dios y vosotros debéis escucharnos con sumisión y reverencia, porque el mismo Dios lo manda y nuestros deberes son correlativos.

Pablo—dijo el Señor al grande Apóstol,—*no temas, habla y no calles, porque yo estoy contigo.* (*Quod ego sum tecum.*) (Act. Apostol., XVIII, 9-10.) Y el mismo San Pablo, eco fiel de las entrañas divinas de Jesús, dijo á su discípulo Timoteo: *Predica la Palabra de Dios, é insta en ello, á tiempo y fuera de tiempo.* (Es decir, en todas las ocasiones que se presenten.) *Reprende, ruega, amonesta, con toda paciencia y doctrina.* (Timot., IV, 3.) Y el porqué de este mandato le da el mismo Apóstol, añadiendo á continuación: *Porque vendrá tiempo, en que* (los hombres) *no sufrirán la sana doctrina, antes bien acumularán maestros conformes á sus deseos* (es decir, maestros que halaguen sus pasiones) *y apartarán los oídos de la verdad y los aplicarán á las fábulas.* ¡Qué enseñanza! ¡No parece sino que el Apóstol tenía delante de sus ojos lo que estamos presenciando en nuestros días!

Teniendo esto á la vista no se puede dudar que la Palabra de

(1) Coelum et terra transibunt; verba autem mea non praeteribunt. (Matth., XXIV, 35.)

Dios predicada goza de una excelencia sobrehumana y de una eficacia sorprendente y maravillosa. Oigamos de nuevo á San Pablo, que lo explica clarísimamente; dice así: *La Palabra de Dios es viva, y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos; y que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos, y que discierne los pensamientos é intenciones del corazón.* (Hebr., IV, 12.)

Este sagrado texto, según graves intérpretes, quiere decir, que la Palabra de Dios predicada *es viva*, para que creamos; *es eficaz*, para que esperemos; es *penetrante*, para que temamos. *Es viva* en sus preceptos y en sus prohibiciones; *es eficaz* en sus promesas y en sus amenazas; *es penetrante* en su juicio y en sus condenaciones.

Por ser la Palabra de Dios *viva*, debemos creer que lo que promete es la verdad; porque es *eficaz*, debemos creer que cumplirá sus promesas; porque es *penetrante* y no puede ser engañada por nosotros, debemos arrepentirnos de haber ofendido al Señor y guardarnos en adelante de ofenderle de nuevo (1).

Y cuando añade San Pablo, que la Palabra de Dios *todo lo alcanza y discierne, hasta los pensamientos é intenciones y afectos del corazón*, es adaptando á dicha Palabra de Dios, lo que es propio del Verbo de Dios (2).

En suma; así como San Juan dijo del Verbo divino hecho hombre que *en Él se halla la vida, y que la vida es la luz de los hombres*, así también puede afirmase del *Verbo de Dios predicado* que tiene en sí la vida y es verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Y por consiguiente, amados míos, al dirigiros hoy la palabra, puedo, aunque indigno, deciros con el mismo Salvador divino: *Las palabras que os he dicho espíritu y vida son. (Verba quae locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.)* (Joann., VI, 64.)

Tal es, carísimos hermanos, la naturaleza y excelencia de la Palabra divina, no sólo tomada en sí misma, sino también en la predicación de que es objeto. Ahora consideremos un momento las disposiciones con que debemos oirlas.

---

(1) Así Hugo de San Víctor, in *Joel.*, cap. III.—Veánse Cornelio y Piconio.

(2) Otros sagrados intérpretes entienden este lugar del Apóstol refiriéndolo á Cristo, Verbo de Dios Eterno.

PUNTO 2.º

DE CÓMO HEMOS DE OIR LA PALABRA DE DIOS

La primera de todas las disposiciones para oir fructuosamente la Palabra de Dios predicada, es *tenerla en grande veneración y estima*; pues no se aprovecha ni conserva bien lo que se juzga de poco valor. Ya hemos considerado su naturaleza y excelencia, y sabemos que, como dice nuestra Epístola, es *un don perfecto que viene de lo alto*, es un tesoro infinito que el Señor pone á nuestra disposición para que seamos ricos; tesoro que los buenos cristianos le buscan con avidez y le conservan con grande esmero; así como, por el contrario, los cristianos disipados é irreflexivos ni le buscan, ni le encuentran, ni le poseen, ni le conservan y, por consiguiente, su alma carece de alimento espiritual y desfallece cada vez más en el servicio divino. Desgracia grande es no oir sermones; mayor oirlos con el fin de censurarlos, y peor que todo es despreciarlos y perseguir á los que los predican. De todo hay en estos tiempos desdichados, sin que á los culpables les ocurra pensar que van por camino de perdición. *Los que son de Dios*—dijo San Juan—*oyen la Palabra divina*; y vosotros ¡oh, hombres! no la oís, porque no sois de Dios. (*Quia ex Deo non estis*) (1).

¡Oh cristianos! Abrid bien los ojos de vuestro espíritu y mirad lo que hacéis. Si tuviérais en vuestro poder una gota del sudor que fluyó del Cuerpo sacratísimo de Jesús, ó una lágrima salida de sus ojos divinos, ó una gota de su Sangre redentora, ¡con qué reverencia y esmero la conservaríais! ¿No es verdad? ¿Pues cuánto más debéis estimar y conservar las palabras de vida eterna que salieron de lo íntimo de su Corazón amoroso?

Rebosó mi corazón palabra buena (2) dijo David;—pero ¿qué es esto en comparación de la Palabra divina salida del Corazón de Dios y manifestada á nosotros por la Ley y los Profetas, por los Apóstoles y predicadores evangélicos, ó lo que es igual, por el mismo Cristo, Verbo divino encarnado, que vino al mundo para que oyéramos su propia voz, y el eco fiel de ella que resuena constantemente en la Iglesia católica?

---

(1) Qui ex Deo est, verba Dei audit; propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis. (Joann., VIII, 47.)

(2) Eructabit cor meum verbum bonum. (Psalm. XLIV, 2.)

Es preciso, pues, para sacar provecho de la Palabra de Dios predicada, que tengamos tres oídos; á saber: el oído de la *naturaleza*, el oido de la *inteligencia*, y el oido de la *voluntad.*

El oido de la *naturaleza*, oyendo con atención las palabras, argumentos y sentencias del predicador, no por darle gusto al oido con la humana elocuencia, sino por recibir la Doctrina sagrada como alimento de nuestras almas; pues *no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (1).

Se dirá: *Yo no quiero oir á tal predicador, porque no tiene gracia* para hablar... Pero, cristiano mío, si tienes sed y quieres agua cristalina, ¿qué más da que venga por un caño de plata, que por uno de barro? Lo que se ha de mirar es que el agua sea buena, y eso, gracias á Dios, nunca corre mala por los púlpitos cristianos.

Dicen otros:—Pero si el predicador es un infame, ¿cómo he de oir yo bien sus palabras?—¿Cómo? Ya os lo dijo San Agustín: «Recoged el racimo de uvas y desechad las espinas. Oid al que os dice cosas buenas y no imitéis al que obra mal» (2).

Doctrina semejante nos enseñó el Crisóstomo por estas palabras: «¿Se desprecia, acaso, el oro porque esté envuelto en tierra? No; porque se deja la tierra y se recoge el oro; pues de igual manera vosotros recibid la Doctrina y dejad las malas costumbres. Las abejas chupan las flores y no hacen caso de sus tallos; de esta manera, coged las flores de la sana Doctrina y no os cuidéis de lo demás.»

Pero además del oído natural es preciso *el oído de la inteligencia*, para discernir y meditar aquello que se ha oido, considerándolo, no como palabra de hombres, sino como Palabra de Dios. ¿Y quién puede dudar que la predicación evangélica es como si Dios mismo nos hablara por boca de sus ministros? ¿Hay en lo humano quien pueda enseñarnos verdades tan puras en su origen, tan sublimes en sus fines, tan interesantes en sus objetos y tan adecuadas en sus partes? ¿Qué doctor, que no sea Dios, ha podido proponernos un destino, un fin último, que comprendiese y conciliase tan perfectamente los provechos del hombre con el honor de Dios, y la gloria de Dios con la salvación del hombre?—*Mi discurso y mi predicación*—decía San Pablo á los corintios,—*se fundan, no en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la manifestación*

(1) Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. (Matth., IV, 4.)

(2) Botrum carpe, spinam cave: cum audis bona dicentem, ne imiteris mala facientem. (San Agust., Tract. XLVI, in *Joann.*)

del espíritu y del poder; á fin de que vuestra fe descanse, no en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud ó veracidad de Dios.—(Non in sapientia hominum, sed in virtute Dei.) (I Cor., II, 4 á 16.) Luego el buen cristiano, cuando oye la predicación del sacerdote, debe decir con el lenguaje de su inteligencia: *Varón de Dios eres tú, y la Palabra del Señor es verdadera en tus labios* (1).

Por último, para que la audición de la divina Palabra sea provechosa, es preciso el tercer oído, ó sea *el de la voluntad.* ¿De qué serviría oir un buen sermón, y comprender y admirar sus verdades, si después no se ponen por obra? Nada; porque falta el movimiento de la voluntad. Lo esencial en la predicación es que los corazones se muevan y resuelvan á practicar el bien. *Practicad la Palabra*—dijo el Apóstol Santiago—*y no os limitéis á escucharla, engañándoos á vosotros mismos* (2). *¡Bienaventurados*—dijo Jesucristo—*los que escuchan la Palabra de Dios!* Pero á continuación añadió: Y LA PRACTICAN.

Siempre, pues, que oigamos alguna plática ó sermón, apliquemos atentamente los tres oídos dichos: el de la *naturaleza*, el de la *inteligencia* y el de la *voluntad*; y después, entrando en humildad, hemos de comprender que ni aun esto basta, porque es preciso *la gracia de Dios* para que nuestro oído oiga, y nuestra inteligencia entienda y nuestro corazón se mueva, pues por algo está escrito: *No es el que planta ni el que riega, sino el que da el incremento, Dios* (3).

He concluído, carísimos hermanos, de explicaros lo que me propuse al indicaros la Epístola de este día, y conviene que no olvidemos nunca las palabras de ella, á saber: «*Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo Alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza, ni sombra de variación. Porque voluntariamente nos engendró por palabra de verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.*

Oigamos, pues, con atención, reverencia y amor su divina Palabra, especialmente cuando la prediquen los ministros del Evangelio, pues escrito está que *los labios del sacerdote custodian la ciencia*, y todos en la sagrada cátedra del Espíritu Santo pueden decir con San Pablo:—Hermanos; *Si alguno os anuncia otro Evange-*

(1) Vir Dei es tu, et Verbum Domini in ore tuo verum est. (III Reg., XVII, 24.)

(2) Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos. (Jacob, I, 22.)

(3) Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus. I Corint., III, 7.)

lio que el que habéis recibido, sea anatema, porque os declaro que el Evangelio que os he predicado, no viene de ningún hombre, sino de Cristo, nuestro Señor, que se ha dignado revelarlo.—Gloria sea dada á Dios Padre por Jesucristo su unigénito Hijo, que con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo cuarto después de Pascua.

De la palabra de Dios.

(Continuación.)

HERMANOS míos amadísimos: Nada hay en nosotros bueno ni perfecto, así en el orden natural como en el sobrenatural, que no venga de la bondad de Dios y que no sea una participación dulcísima de sus infinitas y divinas perfecciones. El ser, la manera de ser, la vida sensitiva y racional, la salud del cuerpo, las facultades del alma, son otras tantas gracias excelsas, que el Señor nos ha concedido benignamente en el orden de la naturaleza. Por otra parte, la vocación á la fe, la recepción del Bautismo y los demás Sacramentos, los buenos deseos y santas inspiraciones, el conocimiento piadoso del bien y del mal, el huir de lo malo y practicar lo bueno, son también dones perfectos que recibimos de la mano bondadosa de Dios en el orden de la gracia.

Así lo testifica el Apóstol Santiago en las primeras palabras de la Epístola de este día, para mostrarnos cuán grande ha de ser nuestro reconocimiento á Dios nuestro Señor; y después, dejando aparte los dones de la naturaleza, y como escogiendo uno sólo entre los mayores de la gracia, se fija en *la Palabra de Dios* y dice de esta manera:

Dios por su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. Y así, amados hermanos míos, todo hombre sea pronto para oir, tardo para hablar y tardo para airarse; porque la ira del varón no obra la justicia de

Dios. Por lo cual, desechando toda inmundicia y pecado, recibid con mansedumbre la Palabra que ha sido injerta en vosotros y que puede salvar vuestras almas. (Jacob, I, 18 al 21.)

Tal es, amados míos, la enseñanza que en nuestra Epístola nos da el Apóstol Santiago, y que yo, para consuelo de vuestro espíritu, intento ampliar ahora, manifestándoos dos cosas:

1.ª La eficacia de la divina Palabra.
2.ª Las causas de su poco fruto.

PUNTO 1.º

EFICACIA Y PODER DE LA DIVINA PALABRA

No os hablaré, hermanos carísimos, de la verdad y autoridad propia de la Palabra de Dios, ni de la atención y reverencia con que debemos oirla, pues ya se comprende que cuando Dios nuestro Señor nos habla, ya sea por su Hijo unigénito Jesucristo en el sagrado Evangelio, ya por sus sacerdotes en la cátedra del Espíritu Santo, debemos escuchar atentos y creer sumisos; os diré sólo, siguiendo el orden de nuestra Epístola, que dicha Palabra divina es de *eficacia* asombrosa y nos proporciona beneficios inestimables.

Por ella—dice el Apóstol Santiago—*nos ha engendrado Dios, á fin de que seamos las primicias de sus criaturas.* (Ver. 18.) Es decir, que por ella, ó sea *por el Verbo divino*, hemos nacido á la vida de la gracia y hemos sido hechos hijos de Dios y reyes de la creación entera. Por ella quedaron mudos todos los oráculos del paganismo y fué renovada la faz de la tierra. Por ella fué destruída la muralla de separación que dividía al judío del gentil, y desde entonces los dos pueblos formaron uno sólo, ó sea el pueblo cristiano, que es el verdadero pueblo de Dios. Por ella los hombres de este pueblo de Dios, nacidos esclavos del demonio, han adquirido un nuevo nacimiento en el Señor, y todos somos hechos sus hijos en el Bautismo, sus soldados en la Confirmación, su conquista en la Penitencia, sus escogidos en la Eucaristía, sus ministros en la Ordenación, y siempre que recibimos algunos de estos Sacramentos, el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones los dones de su gracia. Por ella, como leemos hoy en nuestra Epístola, *somos hechos primicias de sus criaturas.* (Ver. 18.)

Es decir, que mediante la Palabra de Dios, viene la fe á nuestro entendimiento (*fides ex auditu*) y por la fe en su Hijo unigé-

nito Jesucristo, somos porción separada de la masa general del linaje humano, consagrados al Señor de un modo especial, como lo eran las primicias en tiempo de la Antigua Ley. Somos, por tanto, los primeros en la dilección divina y como el principio de todas sus criaturas. (*Initium aliquod creaturae ejus.*)

¡Oh Palabra inefable y augusta de Dios! ¡Cuán eficaz y omnipotente eres, aun cuando pases por los impuros labios de un predicador indigno. Dios habló, y el universo salió de la nada. Dios habló, y aparecieron el sol, la luna y las estrellas. Dios habló, y la tierra, fecundizada, produjo toda clase de frutos... Habló el Señor, y creó al hombre, rey de la creación, á imagen suya. Habló, y las aguas del diluvio cubrieron la tierra. Habló, y el mar Rojo abrió paso á los israelitas. Habló, y el cielo dió maná cuarenta años, las áridas rocas arrojaron manantiales de agua viva y los muros de Jericó se derribaron. Dios habló, y el Verbo eterno se hizo carne y nos salvó á todos.

¡Cuánta maravilla! Pero es más; el Verbo de Dios, hecho hombre, habla, y las nubes, y la lluvia, y el granizo, y las tempestades, y el rayo y todos los elementos, están prontos á ejecutar sus órdenes. Habla, y los paralíticos se levantan, y los cojos andan, y los sordos oyen, y los leprosos son limpios, y los ciegos ven y los espíritus malignos huyen despavoridos. Jesús habla, y el agua se convierte en vino, y los panes se multiplican y Lázaro y otros muertos resucitan.

Más todavía: Jesús eligió sus Apóstoles; y estos doce hombres sin instrucción, sin riquezas, sin apoyo ni defensa, armados tan sólo con la Palabra de Dios, hablan, y el mundo se conmueve, y los hombres se convierten á millares, y los filósofos, y los sabios, y los oradores y los Príncipes se dan por vencidos, abjuran sus errores y caen prosternados ante la Cruz del divino Redentor. Los Apóstoles hablan, y á pesar de tantos obstáculos, confunden á sus enemigos, derriban los ídolos y los templos paganos, disipan las tinieblas de la ignorancia y esparcen por todas partes la luz del Evangelio, haciendo que el mundo pagano se convierta y que triunfe en todas partes la Cruz de Jesucristo.

Tal es, carísimos hermanos, la fuerza sobrehumana y omnipotente de la Palabra divina. El Verbo de Dios es Dios; el Verbo de Dios se hizo hombre; y el hombre hecho Dios comunicó la virtud de su Palabra á sus Apóstoles, diciéndoles: *El que á vosotros oye, á mí oye.* No es, pues, maravilla, que por la predicación evangélica se convierta y se salve el mundo. *¡Bienaventurados los que*

oyen la Palabra de Dios y la observan! (*Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*) (Luc., XI, 28.)

Ahora bien; siendo tan magnífica y asombrosa la eficacia omnipotente de la Palabra divina predicada, ocurre preguntar: ¿Por qué oyéndose continuamente tantos sermones, hay personas que sacan de ellos poquísimo fruto? ¡Oh! Esta es nuestra desdicha. Hay muchas que oyendo *no oyen*; otras que oyendo *murmuran* y otras que oyendo *se irritan*; de todo hay entre la gente descreida y los cristianos indiferentes. Oigamos cómo los combate el Apóstol Santiago en nuestra Epístola.

PUNTO 2.°

CAUSAS QUE IMPIDEN EL FRUTO DE LA DIVINA PALABRA

Hermanos—dice,—*todo hombre ha de ser pronto para oir, tardo para hablar, y tardo para airarse, porque la ira del varón no obra la justicia de Dios.* (Vers. 19 y 20.)

Es decir, todo hombre ha de ser pronto para oir la Palabra de Dios revelada, la palabra de las santas Escritura, la palabra de la Iglesia y de los ministros evangélicos, porque *la fe*, sin la cual es imposible agradar á Dios, *viene del oido, y el oido* (por el cual nace la fe), *viene de la Palabra de Dios y de Cristo* (1). Por consecuencia, el cristiano que huye de oir la Palabra divina, tiene el nombre de cristiano; pero, en realidad, no lo es; pues ya lo declaró nuestro Señor Jesucristo, diciendo:—*El que es de Dios, oye las Palabras de Dios. Por eso vosotros no las ois, porque no sois de Dios.* (*Quia ex Deo non estis.*) (Joann., VIII, 47.)

Ved aquí por qué muchos cristianos no sacan provecho de los sermones; porque, dichos cristianos, ó no los oyen, ú oyéndolos, no los consideran, ó considerándolos, no los entienden, y por consecuencia no les hacen beneficio alguno. Jesucristo dijo: *Mis ovejas oyen mi voz* (2). Y San Juan añadió: *Nosotros somos de Dios. El que conoce á Dios, nos escucha; pero no nos escucha el que no es de Dios. En esto conocemos cuáles son los hombres que tienen el espíritu de verdad y cuáles el espíritu del error* (3). ¡Oh, qué dignos de lástima son todos aquellos que rehusan oir la Palabra de Dios ó que, oyéndola, no la consideran! *Castigaré*—dice el Señor

(1) Fides ex auditu, auditus autem per Verbum Christi. (Rom., X, 17.)
(2) Oves meae vocem meam audiunt. (Joann., X, 26.)
(3) In hoc cognoscimus spiritum veritis et spiritum erroris. (I Joann., IV, 6.)

en el Deuteronomio—*al que no quiera oir las palabras del enviado, que hable en mi Nombre* (1).

Ahora, con esto á la vista, ya se comprenderá cuán importante es el aviso que la Iglesia nos da en la Epístola de este día diciendo: *Todo hombre ha de ser pronto para oir. (Velox ad audiendum.)* (Ver. 19.)

Nótese bien, amados míos, la frase bíblica; no dice solamente que se oiga la Palabra divina, sino que se oiga *con prontitud, con velocidad.* Y nada más justo, porque se trata de cosa sagrada, y necesaria, y útil y agradable. La expresión *Evangelio* significa *Buena nueva.* ¿Y qué nueva mejor que mostrarnos los Misterios inefables de Dios y señalarnos el camino para obtener seguramente nuestra eterna beatitud? Quien no sea pronto para esto, ¿para qué será pronto? Todo hombre, pues, ha de ser pronto para oir la Palabra de Dios predicada. *(Velox ad audiendum.)*

Y como quiera que quien así oye, y estima y considera la voz de Dios por boca de sus sacerdotes no puede menos de complacerse en tan celestial alimento, y detenerse en saborear sus dulzuras para llevar á su corazón manjar tan regalado, por eso quiere el Apóstol Santiago que después de haberla oído, quedemos como absortos y en silencio contemplativo, siendo parcos en palabras, y añade: *Habéis de ser tardos para hablar. (Tardus ad loquendum.)*

¡Cuánto daño hace á los cristianos salir de su piadoso recogimiento y juzgar y hablar, y tal vez censurar las palabras del predicador! Nada más común que meterse á jueces de los ministros del Evangelio, diciendo unos que bien, otros que mal, éstos que fué largo, aquéllos que faltó á la prudencia... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Hasta simples mujeres que nada han estudiado ni saben de ciencias teológicas, se erigen en maestras de los sabios de Israel enviados por Dios para anunciarles el Evangelio! ¡Cuánto mejor fuera que todos meditáramos en silencio las palabras de los oradores sagrados, aplicándolas á nuestro espíritu como regla de nuestras costumbres! Ved aquí otro obstáculo para el fruto de la divina Palabra, y por eso el Apóstol Santiago, divinamente inspirado, añade en nuestra Epístola: *Todo hombre ha de ser tardo para hablar. (Tardus ad loquendum.)*

Por último añade el sagrado texto que hemos de ser tardos para airarnos. *(Tardus ad iram.)* ¿Qué significa esto? Significa

(1) Qui verba ejus, quae loquetur in nomine meo, audire noluerit, ego ultor existam. (Deut., XVIII, 19.)

que el mayor impedimento para la fructificación de la divina Palabra es que los hombres la reciban con desagrado y aun llenos de ira. ¿Pero sucede esto?—Sí, señor; por desgracia sucede.

Cuando un operario evangélico sube á la cátedra del Espíritu Santo, se halla en la precisión de anunciar la verdad tal cual sea y como convenga al bien de los fieles sin temores ni miramientos humanos; mas como esto no siempre agrada á los que se reconozcan culpables, por eso muchos se dejan llevar de la irascible y censuran y dicen lo que no deben.

Príncipes del pueblo, y vosotros, ancianos—dijo San Pedro,—*escuchad: Sea notorio á vosotros y á todo el pueblo de Israel que nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis... es la piedra que, rechazada por vosotros los arquitectos, ha sido puesta por Cabeza del ángulo, y no hay salvación fuera de Él* (1). Así, de esta manera predicó el Príncipe de los Apóstoles, y así debemos predicar nosotros; pero la Palabra de Dios, que reprende y hace mejores á los buenos, es insufrible para los orgullosos, y por eso los judíos no querían soportar la predicación de San Pablo (2). ¿Y qué otra cosa es lo que en la actualidad presencian nuestros ojos? ¿Quién no sabe que á muchos de los ministros de Dios se les persigue y encarcela porque predican la verdad enseñada por Jesucristo y por nuestra santa Madre la Iglesia? ¡Desdichados los hombres que se exasperan al oirla! *El que me desprecia y no recibe mi Palabra*—dijo Jesucristo—*tiene un Juez sobre sí propio, este Juez es la misma Palabra que yo he pronunciado, y ella le juzgará en el último día. (Ille judicabit eum in novissimo die.)* (Joann., XII, 48.)

Y ved aquí, carísimos hermanos, por qué en nuestra Epístola, después que el Apóstol Santiago dijo que *todo hombre sea pronto para oir y tardo para hablar,* añade á continuación: *Y tardo para airarse. (Tardus ad iram.)* Dando por razón poderosísima que *la ira del varón no obra la justicia de Dios.*

Con efecto, así es; los malos cristianos y los hombres soberbios, no pueden llevar en paciencia las reprensiones del Evangelio; tachan de exagerados á los ministros de Dios que las predican, se enfurecen y huyen del templo cuanto pueden, verificándose en nuestros días que muchos oradores sagrados predican como en desierto, ya por la escasez de oyentes, ya porque los pocos que oyen, no quieren aprovecharse de sus enseñanzas. Somos, como

(1) Non est in alio aliquo salus. (Act. Apost., IV, 11-12.)
(2) Non enim portabant quod dicebatur, (Hebr., XII, 20.)

dijo Isaías, voces que clamamos en el desierto. *(Vox clamantis in deserto.)* (XL, 3.)

Por tanto, amados míos, concluyo con las mismas palabras de la Epístola, diciéndoos: *Vosotros, desechando toda inmundicia y pecado, recibid con mansedumbre la palabra que ha sido injerta en vosotros* (esto es, la Palabra de Dios), *y con ella podéis salvar vuestras almas.* (Ver. 21.) Al menos, *hoy, si oís la voz de Dios, no queráis endurecer vuestros corazones* (1), antes bien, guardadla con diligencia en vuestro espíritu, porque ella es el alimento del alma; y ponedla en práctica continuamente, pues escrito está que son *bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la practican.* (Luc., XI, 28.) Si así lo hacemos todos, seremos felices cuanto es posible en esta vida, y después el Señor nos galardonará con premio eterno en la otra. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el domingo quinto después de Pascua.

De la Palabra de Dios.

(Continuación.)

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es continuación de la anterior, y en ella termina el Apóstol Santiago sus instrucciones respecto de la Palabra de Dios predicada. Dice así:

Hermanos míos carísimos: Cuidad de poner en práctica la Palabra del Señor y no os contentéis con oirla, engañándoos á vosotros mismos; porque quien escucha dicha Palabra y no la pone en práctica, es semejante á un hombre que se mira el rostro en un espejo, y después de haberse mirado, se va y al instante olvida de cómo estaba. Mas el que mirare atentamente la ley perfecta, que es ley de libertad, y perseverare en ella, no limitándose á oirla, sino poniendo por obra lo

---

(1) Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. (Psalm. XCIV, 8.)

que dice, este tal hallará su dicha en su propia acción. (Jacob, I, 22 al 25.)

Tal es, en resumen, la enseñanza que la Iglesia nuestra Madre se propone infundir en nuestro espíritu en la presente festividad, para que todos entendamos que no basta oir sermones, sino que es preciso poner en práctica los mandatos ó consejos que en ellos se nos recomiendan. La Palabra de Dios es eficaz en sí misma, pero requiere nuestra cooperación, recibiéndola con amor, meditándola con gozo y obrando lo que el Señor en ella nos determina. Ampliar estas ideas es lo que ahora me propongo, para que, como dice la Epístola, *ninguno se engañe á sí mismo.* Os hablaré, pues, brevemente:

1.° De nuestra cooperación á la divina Palabra.
2.° Del uso que hemos de hacer de ella.

PUNTO 1.°

DE LA COOPERACIÓN Á LA PALABRA DE DIOS

«El alma virtuosa—dijo San Bernardo (Serm. LXXIV)—busca aquella Palabra que corrige, instruye é ilumina, fortifica la virtud, reforma las costumbres y dispone á la sabiduría, adorna el corazón, une el alma á Dios y la fecundiza en buenas obras.» Y esta Palabra á que el santo se refiere, es la Palabra divina anunciada al pueblo fiel por los ministros del Evangelio; Palabra que es buscada y oída reverentemente por los hombres buenos, y despreciada ó perseguida por los hombres malos.

Pues bien; dicha Palabra, como basada en las santas Escrituras, es, según testifica San Pablo, *útil para enseñar, para reprender, para enmendar y para instruir en la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y apto para toda obra buena.* (II Timot., III, 16-17.) Sin embargo, muchas veces vemos que la Palabra de Dios queda infecunda y que produce poquísimo ó ningún fruto. ¿Por qué acontece así? ¿De dónde procede tamaña desdicha? ¡Oh! Procede de que el hombre la oye mal, de que no lleva en su corazón las disposiciones debidas, de que no coopera á la gracia de la predicación, procede, en suma, de que falta el amor de Dios en quien la oye. Ya lo dijo claramente el mismo Jesucristo: *El que no me ama*—dice—*no guarda mis Palabras. (Qui non diligit me, sermones meós non servat.)* (Joann., XIV, 24.)

La Palabra de Dios en sí misma es excelente y se asemeja al *maná* del cielo; pero al caer en la tierra la comparan con la semilla. (*Semen est verbum Dei.*) (Luc., VIII, 21.) Y por eso, para que fructifique es preciso que el terreno se halle bien dispuesto, ó lo que es lo mismo, que el hombre, ayudado de la divina Gracia, coopere á la Palabra de Dios que oyó.

Verdaderamente existen hermosas analogías entre el maná y la Palabra de Dios predicada. El maná le envió el Señor misericordiosamente desde el cielo, y del cielo, por misericordia especial de Dios, desciende á nosotros la predicación evangélica.

El maná es pequeño en el aspecto y grande en su virtud y eficacia, y de igual manera las pláticas ó sermones parecen cosa pequeña y de corta duración, pero sus efectos son grandiosos é incalculables.

El maná, siendo uno sólo en la substancia, producía diversos sabores, según el paladar de quien le tomaba por alimento; y de semejante manera la Palabra de Dios, siendo una misma, causa diversos efectos, según la disposición interior de los oyentes. A las almas buenas, que la oyen sumisa y devotamente, les sirve de salvación; pero á las malas, que la tergiversan ó la desprecian, les sirve de condenación.

El maná era muy apreciado, no sólo por venir del cielo, sino por los maravillosos efectos que producía en la alimentación de los cuerpos; y por modo semejante la Palabra divina debe ser en gran manera estimada, porque viene de Dios y es el alimento espiritual del alma.

El maná era recogido muy temprano, porque después se deshacía; la Palabra de Dios también debe oirse desde la niñez, ó lo más antes posible, no sea que después, pasada la ocasión, no haya tiempo de oirla.

Pues bien; este maná evangélico, ó sea la Palabra de Dios predicada, al ser oída por nosotros requiere nuestra cooperación para que fructifique, á la manera de la semilla sembrada en la tierra.

La semilla arrojada por el labrador en el campo, para que germine, es como la Palabra divina arrojada por los predicadores en nuestras almas, para que lleve fruto de buenas obras.

La semilla, para germinar, y nacer y desarrollarse, necesita que la tierra se halle bien preparada; y de parecida manera, para que la Palabra de Dios no quede infructuosa en nuestros corazones, es preciso que éstos sean dóciles y bien dispuestos. ¿Qué fruto ha

de producir un sermón en un incrédulo que le rechace ó que tenga el corazón más duro que una piedra? Si se halla su espíritu materializado con las cosas de la tierra ¿qué aprecio ha de formar de los bienes del cielo? Si sus pasiones y sus vicios le tienen ciego, ¿cómo ha de ver la luz refulgente del Evangelio?

La semilla, para crecer y multiplicarse, debe primero despojarse de su envoltura y morir, y no de otra suerte, para que la Palabra del Señor arraigue y crezca en nuestra alma es preciso que ésta se despoje de las afecciones desordenadas de la tierra, y que muera ó quiera morir á todo pecado y á toda ocasión de pecar.

La semilla, por modo misterioso é incomprensible, contiene en sí misma el tallo, las hojas, las flores y el fruto; y la Palabra de Dios, por modo también maravilloso y oculto, comprende en sí propia el poder de todas las virtudes sobrenaturales y divinas, juntamente con los frutos inefables del Espíritu Santo.

La semilla, aun siendo bien recibida en la tierra, y hallándose ésta bien preparada, necesita el concurso benéfico de la lluvia y del sol; y la Palabra de Dios, aun siendo bien acogida por el alma bien dispuesta, ha menester que descienda de lo alto la lluvia de la divina Gracia, y la luz del sol de justicia, y los rayos ardorosos de su encendida caridad.

La semilla, para dejar de ser lo que es y convertirse en planta frondosa y fructífera, es necesario que se una íntimamente á la tierra y que forme con ella una sola cosa, y de semejante manera, la Palabra de Dios se ha de unir por completo al alma, ó mejor dicho, el alma ha de adherirse en absoluto á la Palabra de Dios sin recelos ni hesitaciones. y de este modo producirá á treinta, á sesenta ó á ciento, según las disposiciones mayores ó menores de dicha alma.

Ved aquí, amados míos, cómo la Palabra de Dios, aunque omnipotente en sí misma, exige para dar frutos de virtudes la cooperación libre y voluntaria de nuestras almas. Y ahora, á la luz de estas ligeras explicaciones, fácil es comprender la advertencia que el Apóstol Santiago nos hace en nuestra Epístola, á saber: que es preciso poner en práctica las enseñazas que oímos en la predicación evangélica.

PUNTO 2.º

USO QUE HEMOS DE HACER DE LA DIVINA PALABRA

Hermanos—dice el santo Apóstol,—*cuidad de poner en práctica la Palabra del Señor, y no os contentéis con oirla engañándoos á vosotros mismos.* (Ver. 22.) Es decir, que no basta escuchar la Palabra de Dios con atención, con fe, con sumisión, con veneración y con deseo de aprovecharse de ella, sino que es preciso meditarla bien y resolverse seriamente á ponerla en práctica para ahuyentar de nosotros todos los vicios y plantar en nuestra alma todas las virtudes; ó lo que es lo mismo, es de necesidad que la Palabra de Dios oida sea objeto constante de nuestra meditación y regla de nuestra conducta.

¡Cuántas pláticas y sermones se oyen que pasan ante el espíritu como un relámpago y para nada aprovechan! Hay personas que les gusta mucho oir á un orador elocuente, y concurren al templo y ponen toda su atención en las palabras, en las frases y en los argumentos que emplea y salen realmente complacidas; pero como lo oyeron, no con el ánimo de aprovecharlo para el bien de su alma, sino por espíritu de curiosidad, cual si se tratara de una función teatral ó académica, pasan las ideas volando como ave que cruza los vientos y de nada les sirve para su salvación.

Hay otras personas, tal vez la mayor parte del auditorio, que escuchan nuestra voz en el púlpito con tal negligencia y descuido, que después apenas se acuerdan de lo que hemos dicho, como si para ellas fuera la Palabra de Dios cosa indiferente.

No faltan algunas que ponen atento oido á todo cuanto el predicador dice, y lo entienden bien, pero al mismo tiempo no se lo aplican á sí propias, sino que están pensando en su interior: —Tiene razón el Padre; esto viene bien para fulano ó para fulana.—¡Oh, cuánto de esto acontece en la vida práctica!

Pues bien; á todas estas personas, y á otras muchas que se encuentren en caso análogo, puede en verdad aplicárseles la comparación que en nuestra Epístola hace el Apóstol Santiago, diciendo: *Aquel que escucha la Palabra de Dios y oida no la pone en práctica es semejante al que mira su rostro en un espejo y después de haberse mirado se va y al instante se olvida de cómo estaba.* (Ver. 23.) ¿Hay mayor desdicha para un cristiano que ver las manchas en su alma y no tratar de quitarlas?

La Palabra de Dios, carísimos hermanos, es á manera de espejo fiel donde el pecador impenitente ve el mal estado de su alma y el peligro de perderla á que se expone, precipitándose para siempre en el infierno si no pone pronto remedio; y sin embargo, apártase de este espejo y al punto se olvida de cómo estaba. (*Oblitus est qualis fuerit.*)

La Palabra de Dios es un espejo para el voluptuoso, y en él ve y no puede menos de ver el horrible desenfreno de sus pasiones, de sus sentidos, de su imaginación, de sus pensamientos, de sus deseos, de todas sus concupiscencias... sin embargo, mira, aparta la vista, y luego instantaneamente se olvida. (*Oblitus est qualis fuerit.*)

La Palabra de Dios es un espejo para el ambicioso, y en él contempla claramente la necedad de sus aspiraciones, la insolencia de su orgullo, la vanidad de sus dignidades, lo efímero de sus honores, lo ingrato que el mundo se muestra para los caídos; y sin embargo, el ambicioso continúa en sus locas ambiciones, porque tan luego como desvía sus ojos del espejo, se olvida de lo que ha visto, y queda como antes. (*Oblitus est qualis fuerit.*)

La Palabra de Dios es un espejo para los amadores del siglo y en él se ve de cuerpo entero su vanidad engañosa, sus artificios malignos, sus peligros constantes, sus bienes caducos, sus placeres amargos, sus perspectivas de sonajas y cascabeles... esto no obstante, ¡los mundanos prosiguen en sus pompas vanas, en sus exhibiciones de relumbrón, y como si dijéramos, con un pie puesto en el mundo y otro en el infierno! ¿Qué es esto?—Es que inmediatamente que separan su vista de dicho espejo se olvidan de su triste figura, y permanecen en su infeliz estado. (*Oblitus est qualis fuerit.*)

Basta lo dicho, amados míos, para que todos comprendáis cuán importante es el encargo que en la Epístola de este día nos hace el Apóstol Santiago, diciendo: *Hermanos, cuidad de poner en práctica la Palabra del Señor. y no os contentéis con oirla, engañándoos á vosotros mismos.* Es decir, que todo buen cristiano, no sólo ha de procurar oir frecuentemente la Palabra de Dios, sino que después de oída ha de esmerarse en conservarla en su memoria para ponerla en práctica, ya inmediatamente, ya cuando llegue la ocasión oportuna. ¿Es justo que hagamos lo que los necios que se miran al espejo, y á pesar de verse manchados en el rostro no se mueven á quitar su fealdad?

El que considera atentamente la Ley perfecta, esto es, la Ley evan-

gélica, que es Ley de libertad, y perseverare en ella, poniéndola por obra, este tal—añade la misma Epístola—*hallará su dicha en su propia acción.* (Ver. 25.) Por consiguiente, carísimos hermanos, nosotros hemos de hacer por amor á la verdad, al menos lo que una mujer idólatra de sí misma hace por vanidad necia. ¿Quién no sabe que tales mujeres recurren constantemente al espejo, y se miran y remiran para quitar de su rostro hasta la menor imperfección? ¿Es posible que nosotros hayamos de hacer menos por la limpieza de nuestra alma y por la pureza de nuestra conciencia?

Concluyo, pues, recomendándoos con todo encarecimiento que conservéis en vuestra memoria cuanto acabo de indicaros, y haciendo mías las palabras que Dios nuestro Señor dirigió al pueblo después de haberle dado su Ley, os digo con Él: *Estas palabras y estas disposiciones han de estar grabadas en vuestros corazones, las repetiréis á vuestros hijos, las meditaréis sentados en vuestras casas y cuando estéis de camino, por la noche antes que os venga el sueño y por la mañana en cuanto despertéis, las llevaréis como signo en vuestras manos, y en la frente entre vuestros ojos, y las escribiréis en el dintel y en los postes de vuestras puertas...* (Deut., VI.) Pues haciendo esto seréis verdaderos cristianos, *hallaréis*—como dice nuestra Epístola—*la dicha en vuestras propias acciones*, y después, cuando llegue el día de vuestra muerte, recibiréis en premio la eterna bienaventuraza de los cielos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo quinto después de Pascua.

De la Palabra de Dios.

(Conclusión.)

Amados hermanos míos: Un hombre de grande experiencia y veracidad dejó consignado por escrito que por espacio de cincuenta años había buscado tres hombres que jamás pudo encontrar, ni saber que existieran en el mundo; á saber: un laborioso á quien haya faltado el pan, un sobrio consumi-

do por enfermedades y un oidor constante de la divina Palabra que haya vivido desarregladamente.

Con efecto; ciñéndonos á esto último, bien puede afirmarse que es más fácil encontrar un cuervo blanco y una cigüeña negra, que un aficionado á oir sermones con desarreglo de costumbres; porque la Palabra de Dios, oída con las debidas disposiciones, nunca queda sin fruto. Mas ha de entenderse que no basta oir la Palabra de Dios y penetrarse bien de ella, sino que es preciso ponerla en práctica y tomarla como regla de nuestras costumbres. A inculcar esta verdad fundamental se encamina el Apóstol Santiago en la Epístola de este día, diciendo:

Hermanos, cuidad de poner en práctica la Palabra del Señor y no os contentéis con oirla, engañándoos á vosotros mismos... Empero si alguno de vosotros cree tener religión y no refrena su lengua, sino que antes bien seduce su corazón, tenga entendido que su religión es vana. La Religión pura y sin mancilla á los ojos de Dios nuestro Padre es esta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones y preservarse de la corrupción de este siglo. (Jacob., I, 22 á 27.)

Según esto, amados míos, el fruto principal de nuestros sermones ha de ser triple; á saber:

1.° Refrenar la lengua.
2.° Ejercitar la misericordia.
3.° Preservarse de la corrupción del siglo.

Esto dice nuestra Epístola, y esto es lo que yo intento explicar ahora breve y sencillamente.

PUNTO 1.°

DE CÓMO ES PRECISO REFRENAR LA LENGUA

Si alguno—dijo el Apóstol Santiago—*cree tener religión y no refrena su lengua, sino antes bien seduce su corazón, este tal se engaña y su religión es vana.* (Ver. 26.) Verdaderamente, cristianos míos, así es; porque quien no contiene su lengua, en especial en los embates de la ira, jamás será victorioso de sus pasiones; y ¿qué religión es la nuestra cuando las pasiones se hallan desencadenadas?

«La lengua—como bellamente hizo notar San Bernardo—es una pequeña parte de nuestro cuerpo, pero, si no estamos prevenidos, hace daños incalculables. Lame con la lisonja, muerde con la ma-

ledicencia y mata con la mentira. Ata y no se la puede atar; se resbala como la anguila, penetra como la flecha, destruye la amistad y multiplica los enemigos, excita las contiendas y siembra la discordia; de un solo golpe hiere y mata á muchos hombres, es lisonjera y engañosa, y siempre dispuesta á obrar lo malo» (1).

Ved aquí por qué el santo Apóstol nos amonesta en la Epístola de hoy, diciéndonos que si queremos ser buenos cristianos es preciso ante todo que *refrenemos la lengua*, advirtiéndonos que si esto no hacemos, nuestra religión será vana y como una sombra de religión. Es decir, que en vano llevaremos el nombre de cristianos, en vano nos hallaremos revestidos de tan sagrado carácter, en vano asistiremos al templo y á la predicación evangélica, en vano seremos admiradores de la Palabra de Dios, en vano la escucharemos, y la meditaremos y profundizaremos en ella, en vano confesaremos y comulgaremos y seremos devotos del Corazón de Jesús; pues si nos falta la reforma interior de nuestro espíritu y dejamos que nuestras miserias salgan como á borbotones por la lengua, en ese caso bien podemos decir con el mismo Apóstol, que nuestra religión es vana. *(Hujus vana est religio.)* (Ver. 26.)

¡Oh! ¡Cuántas víctimas espirituales ha hecho el desorden de este pequeño miembro indómito! Bien saben y han experimentado y llorado muchas veces esta triste verdad las personas espirituales. Ellas saben que en el trato ordinario de las gentes es cosa más fácil callar, que hablar sin pecado; ellas saben que *la boca del justo es el canal de la vida* (2); pero tal vez ignoran que la mala lengua *es un mundo de males*, y que *quien no quiere moderar sus palabras, mata á su alma* (3); ellas saben que se han arrepentido muchas veces de haber hablado, y nunca de haber callado; ellas saben que en las conversaciones frecuentes y prolongadas es casi imposible que no salgan lesionadas la caridad, la verdad, la humildad, la justicia, la pureza... ¡Cuántos males proceden de la lengua inmortificada!

«Todo género de fieras—dijo San Pedro Damiano—se encuentra en ella; porque allí está la ligereza de las aves, la crueldad de los tigres y el engaño venenoso de las serpientes. Lenguas *volátiles* son las que se mueven con ligereza y hablan vanidades, niñerías é insipiencias, sin recordar que el Espíritu Santo ha dicho: *En el*

(1) San Bernardo, sermón de *Custodia linguae, manus et cordis.*

(2) Vena vitae os justi. (Prov., X, 11.)

(3) Universitas iniquitatis. (Jacob., III, 6.)—Lingua quae immoderata est, conteret spiritum. (Prov., XV, 4.)

mucho hablar no faltará pecado. (In multiloquio non deerit pecatum) (Prov. X, 19.)»

Lenguas *crueles*, son las que muerden y despedazan, ó cuando menos, arañan la reputación ajena, y de ellas dijo el Señor por Oseas: *Cayeron los principales de ellos por el furor de su lengua* (1).

Lenguas de *serpientes*, son las que envenenan con sus palabras, sembrando discordias en los prójimos, ó engañando con sus astucias, según aquello de David: *Con sus lenguas urdían engaños; veneno de áspides debajo de sus labios* (2).

No es maravilla que la Iglesia nuestra Madre lo recuerde en este día, ordenando en su liturgia que en todo el universo se lean ó canten aquellas hermosas palabras de Santiago Apóstol: *Si alguno cree tener religión y no refrena su lengua, antes bien seduce su corazón, este tal se engaña y su religión es vana.* (Ver. 26) (3).

PUNTO 2.°

ES NECESARIO EJERCITAR LA MISERICORDIA

Mas viniendo ya al segundo fruto de la Palabra divina, que señala nuestra Epístola, os digo con el Apóstol Santiago: *La Religión pura y sin mancilla á los ojos de Dios nuestro Padre, consiste en visitar al huérfano y á la viuda en sus tribulaciones. (Visitare pupillos et viduas, in tribulatione eorum.)* (Ver. 27.)

Quiere decir esta frase divina, no que hayamos de concretar nuestra misericordia á las viudas y á los huérfanos, sino que la ejercitemos para con todos los necesitados y en toda su extensión lo más y mejor posible; y señala á esta virtud como la esencia de la Religión, porque ella es entre todas la más excelente, es la caridad compasiva, es la que hace al hombre más semejante á Dios, y tanto el hombre es más religioso y más santo, cuanto más se asemeje á su divino Hacedor.

El santo Rey David, contemplando los atributos divinos, dice de Dios que *sus misericorcordias* están sobre todas sus obras. *(Miserationes ejus super omnia opera ejus)* (Psalm. CXLIV, 9.). Y en esto principalmente quiere Jesucristo que nosotros imitemos al Señor.

(1) Cadent in gladio principes eorum a furore linguae suae. (Oseas, VII, 16.)

(2) Linguis suis dolose agebant, venenum aspidum sub labiis eorum. (Psal. XIII, 3.)

(3) Quien desee extensas enseñanzas sobre los vicios y virtudes de la lengua, vea nuestra obra *La vida feliz*, tomo II, cap. XLIX y siguientes.

Sed misericordiosos—dice—*como lo es vuestro Padre celestial* (1). Y para alentarnos y como obligarnos á cumplir este deber tan sagrado añade á continuación: *Dad y se os dará buena medida, y apretada, y remecida y colmada darán en vuestro seno*; con lo cual nos muestra la gran profusión con que Dios recompensará nuestras buenas obras.

Y nadie se admire de que la misericordia supere aun á la misma caridad (2), porque ésta es, digámoslo así, el río de la piedad divina, corriendo dentro de su propio cauce, sin traspasar jamás las orillas, puesto que el Señor ama y comunica sus gracias especiales solamente al hombre bueno; en tanto que con su infinita misericordia sale su piedad fuera de las orillas y comunica sus bienes, no sólo á los buenos, sino también á los malos; por cuya razón, el hombre misericordioso toma como suyos, no solamente los bienes de sus prójimos, sino también sus males, según nos dió ejemplo San Pablo, cuando dijo: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (3).

Ved aquí, carísimos hermanos, cuál debe ser en nosotros el fruto principal de la divina Palabra cuando la oimos de labios del sacerdote, pues la misericordia es virtud tan excelsa, que con ella todo lo tenemos, y sin ella nada; porque el Señor ha dicho: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Y, por el contrario, á los que no ejerciten esta virtud, les amenaza y aterroriza, diciendo: *Juicio sin misericordia tendrá el que no sea misericordioso... Apartaos de mí, malditos, é id al fuego eterno* (4).

Pues bien; para que todos comprendáis debidamente la práctica de la misericordia y ninguno se llame á engaño, habré de deciros lo siguiente:

Hay personas que *pueden* socorrer al necesitado, *y no quieren*.

Hay otras que *quieren y no pueden*. Y no pocas hay que *pueden y quieren*, mas dejándolo para luego, nunca lo hacen.

¿Cómo, pues, se ha de conducir el cristiano en semejantes casos? ¡Oh! El que *pueda y no quiera*, ruegue al Señor que le mude la voluntad.

---

(1) Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est. (Luc., VI, 36.)

(2) En qué sentido la supera, puede verse extensamente tratado en nuestra obra *La vida feliz*, tomo 3.º cap. IX, § 2.º núm. 12.

(3) ¿Quis infirmatur, et ego non infirmor? ¿Quis scandalizatur, et ego non uror?

(4) Judicium sine misericordia illi, qui non facit misericordiam. (Jacob, XIII, 13.) Discedite a me maledicti in ignem aeternum. (Matth., XXIX, 41.)

El que *quiera y no pueda*, ore también para que Dios le dé el poder.

El que *pueda y quiera*, óbrelo inmediatamente, no sea que venga el diablo y le quite el buen deseo, y difiriéndolo para después, no llegue á realizarlo y pierda el mérito de su buena obra. Por algo el Espíritu Santo hubo de encargar en los Proverbios: *No estorbes hacer el bien á aquel que puede; si te es posible, hazle tu mismo igualmente. No digas á tu prójimo: Vete y vuelve; mañana te daré, pudiendo dar desde luego* (1).

Pero es más, amados míos, no basta *poder y querer y dar inmediatamente*, sino que es preciso dar *por caridad, con buena intención con rostro alegre, con abundancia, con oportunidad, con constancia, con buen orden, y de bienes propios, prefiriendo, de ordinario, las obras de misericordia espirituales á las temporales, y entre las espirituales, no ha de olvidarse nunca el perdón de las injurias* (2).

Con estas indicaciones á la vista ya puede obrar bien el cristiano, y al mismo tiempo comprenderá cuán sublime se mostró el Apóstol Santiago al decir en la Epístola de este día: *La Religión pura y sin mancilla á los ojos de Dios nuestro Padre, es ésta: Visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones.* (Ver. 27). Es decir ejercitar en toda su plenitud la misericordia sobrenatural y cristiana. Concluyamos diciendo dos palabras sobre el tercer fruto de la palabra divina, á saber:

PUNTO 3.º

HUIR DE LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO

La Religión pura—añade nuestra Epístola—*consiste además en preservarse de la corrupción del mundo.* (Ver. 27). Verdaderamente, el que viviendo en el mundo consigue no mancharse con sus miserias, ya puede cantar victoria, ya puede afirmar que su Religión es verdadera. Y esto no es de ahora, pues ya en su tiempo decía el Profeta Oseas: *No hay en la tierra ni verdad, ni misericor-*

(1) Ne dicas amico tuo: Vade, et revertere: cras dabo tibi, cum statim possis dare, (Prov., III, 27-28.)

(2) Véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo III, desde el cap. VIII al XXXII inclusive, donde se trata extensamente de la virtud de la misericordia, para con los vivos y para con los difuntos.

dia, ni conocimiento de Dios (1). Es decir, no hay conocimiento práctico de Dios para respetarle, servirle y adorar su providencia y su justicia; y por eso sin duda el Apóstol San Pablo, escribiendo á los Corintios les decía: *Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que se ha dignado hacernos* (2).

Pues bien; contemplando lo que pasa en nuestros tiempos con los hombres mundanos, ¿quién no ve que los errores contemporáneos se van enseñoreando de las inteligencias de los hombres de tal suerte, que de ordinario se toma la verdad por mentira, la virtud por vicio, la Religión por fanatismo y la imprudencia y el libertinaje por libertad, civilización y progreso? ¿Quién no ve que por todas partes nos encontramos rodeados de peligros para el alma, de miserias para el cuerpo, y que todas las concupiscencias desbordadas, amenazan sumir á nuestro espíritu en la más espantosa corrupción que jamás vieron los siglos? ¿Quién no ve que, como dijo el Apóstol San Juan, *todo cuanto hay en el mundo es codicia de la carne, codicia de los ojos y orgullo de la vida*? (3).

Y lo peor de todo es, que ese mundo tan desquiciado, tan corruptor y altanero, se considera sabio en sí mismo, despreciando la verdadera y única sabiduría, que es Cristo nuestro Señor, luz de luz, que descendió del cielo para iluminar á todo hombre que venga á este mundo. ¡Pobres gentes mundanas, que engreídas con su falsa sabiduría, no conocen que *la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios*! (*Sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum.*) (I Cor., III, 19.)

Sí; es locura verdadera; porque sus leyes, y sus máximas, y sus fines y su moral, son enteramente opuestas á la Ley divina, á los dogmas revelados y á la moral evangélica. Empéñanse con demencia inconcebible en querer comprender y explicar todas las cosas por la tenue luz de la razón natural, desechando la revelación, el orden sobrenatural, y todos aquellos Misterios inefables que constituyen nuestra esperanza en la tierra y nuestra felicidad en el cielo. Con razón, pues, dice hoy nuestra Epístola, que *la Religión pura y sin mancilla consiste, no sólo en visitar á los huér-*

---

(1) Non est veritas, et non est misericordia, et non est scientia Dei in terra. (Oseas, IV, 1.)

(2) Nos non spiritum hujus mundi accepimus, sed Spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis. (I Cor., II, 13.)

(3) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae. (I Joann., II, 12.)

fanos y á las viudas en sus tribulaciones, sino en preservarse de la corrupción de este siglo.

Procuremos, pues, oir la Palabra de Dios con las debidas disposiciones, y después poner por práctica lo que en ella se nos enseña, especialmente, como hoy nos encarga la Iglesia, refrenar la lengua, ejercitar la misericordia y preservarnos de la corrupción del mundo; pues haciéndolo de esta manera, Dios misericordioso premiará nuestras buenas obras, dándonos paz cumplida en la tierra y después eterna corona en el cielo. Amén.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Primer domingo de Adviento.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre el fervor del espíritu.*

Domingo primero de Adviento.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la conversión del pecador.*

Segundo domingo de Adviento.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la concordia y amor entre los cristianos.*

Segundo domingo de Adviento.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el reinado social de Jesucristo.*

Domingo tercero de Adviento.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la alegría y modestia cristianas.*

Domingo tercero de Adviento.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la acción de gracias á Dios.*

Domingo cuarto de Adviento.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre las relaciones entre los sacerdotes y los fieles.*

Domingo cuarto de Adviento.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre los juicios temerarios.*

Día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre el don de Cristo nuestro Señor.*

Fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la doctrina de Jesucristo.*

Domingo infraoctava de Navidad.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del profundo abatimiento del Verbo por nuestro amor.*

Domingo infraoctava de Navidad.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la elevación del hombre por Cristo.*

Domingo infraoctava de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De cómo el hombre se ha de inmolar en obsequio de Dios.*

Domingo infraoctava de la Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Del espíritu del mundo y el espíritu de Dios.*

Domingo segundo después de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De cómo hemos de amar á nuestros prójimos.*

Domingo segundo después de la Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De los sentimientos y obras benéficas para con los prójimos.*

Domingo tercero después de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Deberes del cristiano para con sus enemigos.*

Domingo tercero después de la Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la mansedumbre y venganza cristianas.*

Domingo cuarto después de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la amistad natural.*

Domingo cuarto después de Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la amistad cristiana.*

Domingo quinto después de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre las virtudes y la paz cristianas.*

Domingo quinto después de la Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la sabiduría y obras cristianas.*

Domingo sexto después de la Epifanía.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De las virtudes y sus cualidades.*

Domingo sexto después de la Epifanía.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la vida práctica cristiana.*

Domingo de Septuagésima.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la vida cristiana.*

Domingo de Septuagésima.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Del santo temor de Dios.*

Domingo de Sexagésima.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del sacerdocio católico.*

Domingo de Sexagésima.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Del sacerdocio católico* (continuación).

Domingo de Quincuagésima.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la caridad.*

Domingo de Quincuagésima.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la Caridad* (continuación).

Miércoles de Ceniza.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la santificación del ayuno.*

Miércoles de Ceniza.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el remedio á nuestros males.*

Domingo primero de Cuaresma.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la gracia de Dios.*

Domingo primero de Cuaresma.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Conducta práctica de los buenos cristianos.*

Domingo segundo de Cuaresma.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la perfección y santidad.*

Domingo segundo de Cuaresma.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la impureza.*

Domingo tercero de Cuaresma.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la imitación de Dios y de Cristo.*

Domingo tercero de Cuaresma.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la castidad.*

Domingo cuarto de Cuaresma.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del antiguo y nuevo Testamento.*

Domingo cuarto de Cuaresma.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Los cristianos y sus perseguidores.*

Domingo de Pasión.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De cómo se ha de conocer a Cristo.*

Domingo de Pasión.

HOMILIA 2.ª

Tema: ***Necesidad de amar é invocar á Cristo.***

Domingo de Ramos.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la humildad, obediencia y caridad de Cristo.*

Domingo de Ramos.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el dulce nombre de Jesús.*

Domingo de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Disposiciones para comulgar dignamente.*

Domingo de Pascua.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Obligación y modo de comulgar dignamente.*

Domingo de Quasimodo.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la fe.*

Domingo de Quasimodo.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la persona adorable de Jesús.*

Domingo segundo después de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del sufrimiento mutuo.*

Domingo segundo después de Pascua.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Del sufrimiento mutuo* (continuación).

Domingo tercero después de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la obediencia á las potestades legítimas.*

Domingo tercero después de Pascua.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el modo de conducirnos en sociedad.*

Domingo cuarto después de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la Palabra de Dios.*

Domingo cuarto después de Pascua.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la Palabra de Dios* (continuación).

Domingo quinto después de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la Palabra de Dios* (continuación).

Domingo quinto después de Pascua.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la Palabra de Dios* (conclusión).

FIN